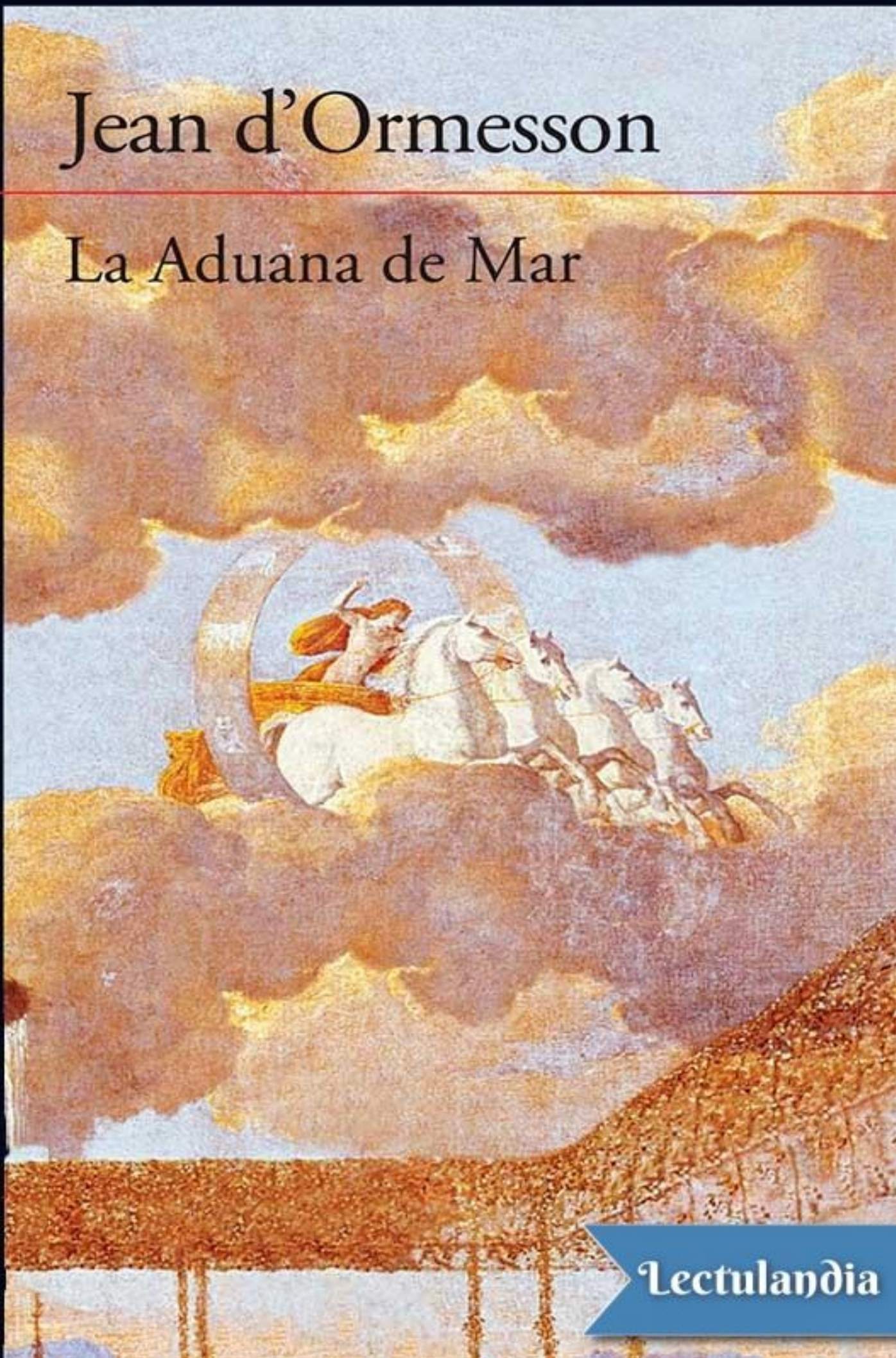
Jean d'Ormesson

La Aduana de Mar

Traducción
Juan Jacob Vilalta



Lectulandia

En La Aduana de Mar, O, el narrador de la novela, muere en Venecia en los brazos de su esposa apenas en el prefacio, pero antes de que su espíritu deje este mundo vuela sobre la imponente Aduana de Mar y se encuentra con A, un extraterrestre que viene a estudiar nuestro planeta. Con gran erudición, humor y una profunda reflexión filosófica, O le explica a A nuestro mundo a través del tiempo, revisa la historia universal y juntos redactan un curioso informe sobre la cultura humana. En esta revisión de d'Ormesson, quien fue director del diario francés Le Figaro, presente y pasado convergen para mostrarnos tal y como somos: complejos y divertidos.

Jean d’Ormesson

La Aduana de Mar

ePub r1.0
Titivillus 27.06.2023

Jean d’Ormesson, 2013

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Para A

Gracias a A y A

Nacido para ver,
Destinado a mirar,
Jurado a la torre,
Y al mundo admirar.

GOETHE[1]

La empresa que hemos acometido es tan vasta que abarca —ahora lo sé— el mundo entero.

BORGES

Estamos ante lo inconcebible,
pero con puntos irradiantes.

CHAR[2]

Prólogo

Y tú, corazón mío, por qué lates
Como acechador melancólico
Observo la noche y la muerte

APOLLINAIRE[3]

Muero

El 26 de junio, poco antes de mediodía, me sucedió algo que nunca olvidaré: morí. La vida es injusta. La muerte también. Tuve suerte. Todo sucedió bastante rápido. El corazón falló. Pude haberme lastimado. Para nada. Caí de golpe, sin el menor rasguño, en brazos de Marie, frente a la Aduana de Mar, desde la cual la vista sobre el Palacio Ducal y el campanario de San Giorgio Maggiore es tan bella. Había intentado más de una vez ponerle a uno de mis libros el título de *La Aduana de Mar*. No siempre se hace lo que se quiere. La Aduana de Mar se negó a entrar en mi vida. Entró en mi muerte.

El ser con el que se muere es tan importante como el ser de quien se nace. Estaba contento por morir frente a la Aduana de Mar. Estaba sobre todo contento de morir cerca de Marie. Había sido un ser vivo en los brazos de Marie. También en sus brazos me volví un muerto. Permaneció largo rato conmigo al pie de la Aduana de Mar y tenía, como antes, mi cabeza sobre sus rodillas. Lágrimas rodaban de sus ojos que tanto había amado porque eran tan azules. No me movía. No decía nada. Nunca dije gran cosa. Ya no decía nada de nada. Ella besaba mis labios sin vida que ya no respondían y lloraba en silencio. Yo ya no estaba en ninguna parte —o quizá ya en todas.

Tuve al día siguiente una idea genial e hice lo mejor que pude, aunque me temo que en vano, para hacerla sentirse feliz y para agradecérselo: remontamos juntos, yo en mi caja, ella siguiendo con su llanto, todo el esplendor del Gran Canal. Fue magnífico. El sol brillaba sobre el mármol y sobre el agua, sobre las fachadas ocres y rosas. Los palacios, los museos, los mercados de pescados, las terrazas de los hoteles, los grandes pilares azul y rojo donde se amarran las góndolas, el puente de la Academia y el puente de Rialto desfilaban ante nosotros. Los ángeles nos sonreían en los frontispicios de las iglesias. Algunas jóvenes muchachas también, lamiendo un *gelato*. Todo lo que amaba nos acompañaba hasta la estación de tren para mi último viaje. Había mucha belleza y muchos recuerdos. Proyectos, fracasos, esperanzas, ambiciones, batallas ganadas y perdidas. Pasiones y sueños. El matrimonio del dux y del Adriático a bordo del *Bucentaure*. La piel de Bragadino arrancado por los turcos. Los besos y la muerte de Bianca Cappello. La lectura, a lo lejos, por un genial judío sufriendo de alergia del heno y de ojos de odalisca, de *Las piedras de Venecia*, de Ruskin. Estaban Morand y Visconti, estaban Commynes y Casanova, estaban Henri de Régnier con sus largos bigotes y Byron con su pie varo. Y Goethe, y Vivaldi, que llamaban el sacerdote pelirrojo, y Wagner y todos los demás. Y

Chateaubriand, por supuesto. Había cantidad de placas de mármol sobre los muros, la llama de mi nombre en el corazón de Marie, altas suecas tostadas por el sol bajo sus cortas y claras faldas, y muchos enamorados tomados de la mano sin saber bien a bien qué decir ante esas cosas tan viejas de las que nacía la felicidad. Tuve ganas, es cierto, de vivir un poco más. Porque el mundo era bello y era bueno errar por él.

Había amado con locura mi paso por esta Tierra, el sol, la esperanza, el ruido del agua sobre las piedras, los días después, no hacer nada, las campanitas de las cabras en rebaño que pasaban por la casa blanca en la que Marie y yo habíamos vivido en Symi, el silencio y las palabras. La idea de no haber nacido nunca, acariciada por tantos pensadores, siempre me provocó horror. Gracias a Dios, había nacido. Había tomado mi lugar en el tiempo y me había paseado en alpargatas, la nariz altiva, el corazón ligero, la mano de Marie en la mía, sin amargura ni remordimientos, por las colinas y por las playas, a lo largo de los grandes ríos atravesados antes que nosotros por los conquistadores, los peregrinos, los mercaderes de telas o de especias, los enamorados huidos, y por esas pequeñas ciudades de Italia en las que había tantos portales y tan pocas aceras. Me había sentado en los cafés, en los parapetos de puentes, en las praderas por arriba de los lagos para no pensar en nada. Pensé mucho en nada. Amé casi todo de esta dichosa existencia. Y sus vacíos tanto como sus llenos. La vida me había dado tanto, con tantas sorpresas y tanta generosidad, que no le temía a la muerte, que sería su terminación. Me había encantado llegar, no estaba molesto con partir. Por pereza, por egoísmo, también por curiosidad, la idea de dejar de vivir para por fin pasar a otra cosa no me desagradaba. Pero estaba Marie.

Fueron las lágrimas de Marie las que me hicieron vacilar, sobre el Gran Canal, en vez de tomar vuelo de golpe hacia lo que esperaba ya con cierta impaciencia y curiosidad. Todavía veía la Aduana de Mar, la Salute, la Madonna dell’Orto donde hay un tan bello Tintoretto, San Giovanni e Paolo con la estatua de bronce de ese viejo militar decrépito que llamaban el Colleoni, San Giovanni dell’Orio donde nos íbamos a pasear a menudo juntos, San Nicolò dei Mendicoli, miserable y magnífico entre sus tres canales, y allá abajo, en su góndola negra vuelta minúscula de golpe y porrazo, Marie llorando sobre lo que había sido yo. Y fue ahí, ya bastante en lo alto, en el instante de partir para siempre hacia nuevas aventuras que no tienen nombre en ningún idioma y abandonar para siempre las imágenes y los sueños que tanto había amado, que me topé con A.

Primer día

El sabio es aquel que se sorprende por todo.

GIDE[4]

I. Conozco a A

A venía de otra parte. Y, creo, de bastante lejos. Llegaba a la Tierra en el momento en que yo la dejaba. Era un espíritu ingenuo y encantador. Imposible, por supuesto, describírselos mínimamente puesto que los espíritus, como se sabe, ni tienen la más mínima forma ni el más mínimo color. Flotan, vuelan, se desplazan a placer, se transforman sin cesar, están por doquier al mismo tiempo. Y se comunican entre ellos sin necesidad de lenguaje. Eso sí era tener suerte. Nos entendimos de inmediato.

—¿Dónde estoy?, —me gritó.

—Muy cerca de la Tierra —le contesté.

—¿La Tierra? ¿Qué es la Tierra?

—Es un planeta.

—¡Ah! Nos interesan mucho los planetas, las estrellas y todo lo que gira en el cielo, y las galaxias.

—A nosotros también —le grité—. ¿Viene, me imagino, de una lejana galaxia?

—Vengo del planeta Urql. Es el centro del universo. Estoy a cargo de una misión. Es su galaxia la que me pareció lejana.

—Parece ser que las galaxias —le dije en un tono más conciliador— se alejan las unas de las otras con vertiginosa velocidad.

—Ni me diga —respondió—. Es una locura. De haberme tardado un poco más, nunca hubiera llegado.

Estoy transcribiendo aquí en nuestro idioma el mensaje indescifrable de A, quien por cierto no se llamaba A. Los espíritus tienen nombres, como nos lo enseñan la Biblia, el *Popol-Vuh*, la historia de Gilgamesh y *Las mil y una noches*. Pero son nombres complicados. El de A no tenía fin y no se parecía a nada conocido. Decidí llamarlo A, decidió llamarme O y nos convertimos el uno para el otro en el alfa y en el omega.

Supe de mi nuevo amigo muchas cosas interesantes. Lograron distraerme por algunos instantes de las lágrimas de Marie y del destino del viaje que acababa de emprender. A me confió que era un sabio y que sus pares le habían encargado una investigación sobre la tan irritante cuestión de la pluralidad de los mundos y de la existencia más allá de Urql. Me confesó que las opiniones de su entorno estaban muy divididas y que muchas preclaras mentes creían a morir que solo había pensamiento en ellos.

—Es divertido —le dije—. Tenemos el mismo debate. Muchos se imaginan que solo hay vida en la Tierra. Y otros sostienen obstinadamente

que hay vida en otra parte. Para desempatar las opiniones y zanjar el asunto, emitimos ondas con puntual regularidad a través del universo.

—¡Ah! ¡Pero qué curioso! Nosotros hacemos lo mismo. Pero no es nada seguro que puedan comprender cosa alguna de lo que enviamos ni que podamos entender lo que emiten. Me temo que nuestros conceptos sean muy diferentes. Y nuestras ideas. Y nuestros sentidos. O lo que, para nosotros, lo son. Sé bien lo que es el pensamiento, puesto que soy un espíritu. Pero mucho trabajo me cuesta comprender lo que ustedes llaman vida. ¿Está usted en vida? ¿Está usted vivo?

—No, puesto que estoy muerto.

La muerte era para A tan oscura como la vida. No conocía la vida. No conocía la muerte. Yo no sabía nada de Urql. Él no sabía nada de nuestro mundo ni de los hombres que lo habitan. Comprendí pronto que él tenía todo que aprender de esta Tierra en la que acababa de desembarcar.

—¿Cuáles son sus proyectos?, —le pregunté.

—Ahora que estoy aquí, me gustaría quedarme algún tiempo para estudiar su planeta. Todo lo que me dio a entender me hace creer que su Tierra es el lugar ideal para llevar a feliz término mi investigación sobre los mundos desconocidos. Siento que una gloria universal quizá me espere en Urql. Imagine usted el estupor de mis conciudadanos ante un universo tan extraño e inverosímil como el que habita. Si me atreviera, yo…

Se interrumpió de pronto, vacilando sobre si proseguir. Puse una mano amistosa sobre su ausencia de hombro y lo alenté:

—Diga lo que tenga que decir. No tengo miedo. Hable.

—Pues bien, si me atreviera, me es usted simpático, me parece tan brillante…

El talento de la gente de Urql y su lucidez empezaban a impresionarme.

—… Le pediría que me sirviera de guía y de intérprete y me ayudara a redactar un informe que debo entregar al regresar a Urql.

La idea de quedarme algún tiempo más sobre la Tierra en la que vivía Marie me inundó de alegría. El recuerdo de mi muerte me retuvo enseguida. Intenté explicarle a A, a pesar de la atracción que también sentía por él, que a pesar de la estima que me inspiraba su juicio, mi calidad de difunto me prohibía demorarme sobre el planeta en el que nuestros contrarios destinos acababan de cruzarse y me obligaba a partir.

—¡Oh! Solo unos instantes. Iríamos lo más rápido posible. ¿Cómo quiere que me las arregle solo sobre esta Tierra en la que todo parece ser tan difícil?

Sea bueno con un espíritu extraviado en el espacio y muéstrele todo lo que ignora.

En la situación en que me encontraba, era ventajoso acumular méritos y hacer el bien a mi alrededor. Marie, más de una vez, me había tildado de egoísta. Pretendía —sin razón— que solo pensaba en mí. Instantáneamente me pregunté si el bien hecho a los espíritus era asimilado, en las altas esferas, al bien que se le hacía a los hombres. Me dije que de todos modos nada podría reprochárseme si ayudaba a un puro espíritu a informarse sobre esta Tierra en la que habíamos vivido. Me lancé:

—Tres días —le dije a A con tono lo más firme posible—. Le doy tres días. Seré su guía, le explicaré la vida, la naturaleza, la historia. Tres días. Ni uno más. Después, tengo que partir.

—¿Qué quiere decir, un día?, —preguntó A.

Comprendí que mi vida después de mi muerte no sería cómoda.

—Pues bien… —dije suspirando—, el mundo…

Y me dispuse a explicarle lo que era este mundo nuevo al que acababa de llegar, revoloteando por encima de Venecia y su ilustre laguna, el Adriático por un lado y los Alpes por el otro; y estaba feliz por la belleza del espectáculo que A podía disfrutar.

II. Presentación de la Tierra a un espíritu venido de otra parte

—Creo que lo más sencillo —le dije a A encima del Arsenal y de sus leones de piedra— sería que me hiciera preguntas.

—No lo creo. Solo se pueden hacer preguntas sobre un sistema del que ya se sabe algo. Lo que no se conoce en absoluto, no se entiende en absoluto. Usted no sabría siquiera qué preguntarme si llegara con nosotros. No sé qué preguntas hacerle sobre su Tierra. Mejor explíqueme cómo funciona esto por aquí.

Indiqué primero que mi ignorancia tenía la medida de mi buena voluntad, que tenía la dimensión de una enciclopedia, y que los riesgos de error rebasaban todos los límites. Luego, que la Tierra era redonda, o que tenía forma de melón, lo cual no le sorprendió en lo más mínimo, que giraba alrededor del sol en un año y alrededor de sí misma en un día, que la luna giraba alrededor de la Tierra en algo así como en un mes. Y que había vida sobre la Tierra. La vida lo sorprendió mucho.

—Todo lo que me ha explicado sobre los movimientos de la Tierra, del sol, de la luna, puedo comprenderlo. Todo se mueve por todos lados en los espacios de allá arriba, la mayoría de las veces muy rápidamente, y algunas veces en redondo, o más o menos en redondo. Un círculo es para todo espíritu la imagen de la simplicidad y de la perfección. Lo que no entiendo es la vida.

Dudé un instante. Mi situación no había tardado en volverse difícil.

—¿Sabe lo que es el tiempo?, —le pregunté.

—Lo adivino.

Respiré, aliviado. Qué suerte.

—Claro —prosiguió—. Yo que podría, en su Tierra, estar en todos lados a la vez, tardé mucho tiempo en llegar de Urql.

—Bravo: ese es el meollo del asunto. Las cosas aquí no se dan todas al mismo tiempo. Se suceden unas tras otras y somos llevados por un flujo invisible y sin embargo invencible que la naturaleza o la Providencia dividió en días y en noches, en meses gracias a la luna, en estaciones, en años, y en los que introducimos, para que sirvan de referencia a nuestra razón y a nuestra memoria, periodos y ritmos, semanas, horas, relojes, fiestas, efectos y causas, esperanzas y recuerdos. Si usted hubiese ignorado lo que es el tiempo, yo hubiera estado en aprietos: no hubiera sabido qué decirle. Nada es más sencillo que el tiempo mientras nos importe un pepino. Nada es más inexplicable si nos ponemos a ocuparnos de él. Ese misterio más claro que el

agua, esa evidencia en forma de abismo, de laberinto, de paradoja, está al principio y en el centro de todo. Y donde hay tiempo, hay historia.

Me detuvo enseguida. Comprendía lo que era el tiempo. Ignoraba lo que era la historia, que es la vida mezclada al tiempo.

—La historia —dije— es cuando las cosas cambian con el tiempo.

—¡Qué sorpresa! ¿Con ustedes, las cosas cambian?

—Solo eso hacen. Y siguen siendo las mismas. Permanecen y cambian. Son imprevisibles y sin embargo necesarias.

Me escuchaba con recelo. Ya me estaba enredando. Tuve el desagradable sentimiento de que me tomaba por un loco o por un imbécil.

—Qué extraño es su mundo… —repetía con estupor—. Qué extraño es su mundo.

Me puse a contarle, a grandes rasgos —y el relato nos tomó tiempo—, la interminable historia del tiempo. Sobrevolábamos Grecia, Persia, China, India, y trataba de explicarle mal que bien que del *Big Bang* —lo conocía— había salido la materia, que de la materia había salido la vida y que de la vida había salido el pensamiento. Y que ese tan largo camino había llevado hasta mí. Todo eso lo excitaba y lo divertía prodigiosamente.

—¡Qué divertido!, —exclamó—. Y tan inverosímil.

Le acepté que la vida está llena de imprevistos y de imaginación.

—¿Y la muerte?, —dijo.

—Es lo contrario de la vida, y la misma cosa, por supuesto. La muerte es inseparable de la vida. La vida está ligada a la muerte. Todo lo que está vivo morirá. Todo lo que está muerto vivió. Solo he vivido para morir y me volví un muerto porque era un viviente. Los vivos son los que mueren. Pero la vida sigue. Lo que está vivo desaparece y la vida prosigue.

Me creía a medias. Le parecía que yo era divertidísimo. Pensaba que estaba inventando para divertirlo, que decía cualquier tontería.

—¿Entonces usted estaba vivo?

—Ya se lo dije: lo estaba. La vida surgió en mí o, más bien, surgió en ella. Pertenecí a esa aventura en la que la muerte es ley y que llamamos vida.

—¡Qué horror!

—No se crea —le dije sobre alguna parte bastante alta, entre el Indo y el Ganges—. A los vivos no les importa nada en más alto grado que la vida.

—¿Y usted se murió?

—Me morí. Es lo que me permite tener el honor de entrevistarme con usted. Si todavía estuviese vivo, estaría enredado en un cuerpo, preso del

espacio y del tiempo, encerrado en ese mundo que se extiende ante nuestros ojos…

—¿Ante nuestros ojos?

—Es por decirlo así. Perdóneme. Es por la fuerza de la costumbre… Me complace tanto su compañía que olvido que estoy muerto. Cuando era un viviente, tenía una piel, una boca, dos orejas, una nariz. También tenía ojos.

—Ojos… —murmuró A—. ¡Increíble!

—Toda esa sorprendente y frágil parafernalia era cómoda para ver, para oír y para multitud de otras cosas de las que quizá le hable otro día y que a menudo eran agradables. Muchos vivos estiman que vivir es una labor sin igual. Pero no les es permitido comunicar directamente de pensamiento a pensamiento, ni de espíritu a espíritu.

—Mucho me cuesta seguirle el hilo y arreglármelas con lo que me dice. El mundo de los espíritus es tan sencillo. El de la vida es tan complicado. Muchas cosas sobre su Tierra todavía me parecen muy oscuras. Imagino la vida, según lo que me dice, como una especie de masa gelatinosa y más molesta que cualquier otra cosa. ¿Cómo se organiza? ¿Cómo hace para actuar? ¿Cómo los vivos, por ejemplo, se distinguen de la vida? ¿Se juntan todos entre ellos o se diferencian los unos de los otros?

De pronto me vi al borde del abismo. ¿Tendría que iniciar una disquisición general sobre la historia de la vida y de la evolución? Me parecía prematuro hablar de Darwin, de Crick, de Watson y de algunos más sobre los que prácticamente no sabía nada a un espíritu venido de otra parte y que apenas conocía. Me las arreglé como pude.

—Hay en el seno de la vida, que es una poderosa fuerza y de alguna manera colectiva, singularidades autónomas que funcionan por sí mismas, o que creen, más o menos, funcionar por sí mismas. Tenemos un nombre para ellas: las llamamos individuos. Después de todo, usted es un espíritu singular en el seno del pensamiento universal. De igual manera, yo era un vivo en el seno de la vida.

—¿Son los individuos los que mueren y la vida la que prosigue?

—Nunca mejor dicho, murmuré agotado pues hacía poco que me había vuelto espíritu y la prueba había sido ruda. Nada le hizo falta al mundo cuando dejé de vivir. O tan poca cosa. La vida sobrevive a los vivos.

Mi súbito cansancio no pasó desapercibido para A.

—Si el pensamiento es un efecto de la vida, la vida un efecto de la materia y la materia un efecto del *Big Bang*, vaya largo camino el que ha recorrido.

—Un largo camino —dije.

—Cumplió con un trabajo que no da pie a risa.

—Por personas interpuestas —le precisé con modestia.

—¿La vida de cada uno de los vivos es tan fatigosa como la vida en general?

—Apenas menos —le confesé—. Hay que levantarse todas las mañanas.

—¡Ah!, —dijo después de un momento de silencio—. Estará muy contento de estar muerto.

También me callé.

—Amaba a Marie —le dije.

III. El recuerdo de Marie

—¿Quién es Marie?, —me preguntó A.

—Es una mujer.

—¿Una mujer?

—Sí —le dije—. Vamos, un ser humano. Un hombre.

—¿Un hombre?

—La Tierra está poblada por hombres. Y los hombres reinan sobre la creación. Son la medida de toda cosa. Tienen una idea del infinito. Son la imagen de lo absoluto. Los hombres aseguran que no hay nada más arriba de los hombres. Incluso hay filósofos que han pensado y escrito que no habría universo si no hubiese hombre. Sostienen que el hombre es la causa del universo y no el universo la causa del hombre. El hombre inventó la ciencia, la moral, la pintura, la escultura, la bolsa, el estado, el socialismo, el teatro, la música, el juego de palabras y el golf. ¿Nunca ha escuchado hablar, en Urql, de ese centro de toda cosa, de esa obra maestra que es el hombre?

No. Era muy extraño, e incluso algo hiriente: nadie en Urql tenía la más mínima idea de lo que podría ser el hombre.

—Es un ser viviente —dije—. Y de la mayor pureza. De la más contada especie. Del género más refinado. Lo llamamos género humano. Nos ocupa y preocupa. Y, creo, cada vez más.

—¿Era un hombre?, —preguntó A.

Tomé pose de modestia y del tono más simple.

—Sí, era un hombre.

—¡Bravo!, —exclamó.

Me incliné, sin decir palabra.

—¿Y Marie es un hombre?

—No. Marie es una mujer.

—¿Pero las mujeres son hombres?

—Si así lo quiere. Sí y no. ¿Ve lo que son los hombres?

—Más o menos. Intento. Hago lo mejor que puedo.

—Poco más de la mitad: mujeres.

—¿Cuál mitad?, —preguntó A.

—No en ese sentido. Cada hombre de dos es una mujer. La mitad de los hombres son mujeres y todas las mujeres son hombres. Son las trampas del lenguaje. Todas las lenguas están llenas de trampas. Y me quedo corto. Las lenguas mismas son trampas. Son una delicia para los filósofos, los poetas y los gramáticos. El mundo es una trampa que toma la forma del lenguaje.

—Lo que sobre todo es delicioso es poder prescindir del lenguaje.

Le expresé mi acuerdo con vivacidad. Todo el mundo sueña con hablar sin ser estorbado por las palabras. Le describí en unas cuantas frases la condición de los hombres obligados, para comprenderse, a someterse al lenguaje y a sus variantes.

—¿Debo comprender —dijo— que en la Tierra tienen varias lenguas diferentes?

—Miles. Y hacen como los hombres: nacen, mueren, se transforman. La mayoría distingue el pasado y el futuro, el singular y el plural, el masculino y el femenino. Y en varias de ellas, las mujeres también son hombres.

—¿Por qué todo sobre la Tierra es tan complicado?

—Porque está el tiempo, y la vida, y la historia, y los hombres siempre tan llenos de pasiones. Y sobre todo porque está el sexo. El sexo ocupa él solo un enorme lugar en nuestro mundo. Y es muy complicado. Él es, en gran parte, el que hace el encanto del planeta. Y su oscuridad.

—Me querido O —declaró A con un dejo de solemnidad—, los espíritus no tienen sexo.

—Lo sé. Incluso creo recordar que unos hombres, antaño, se cuestionaron sobre ese problema.

—Mi querido O —retomó A—, no le entiendo nada al sexo.

—Yo tampoco —le contesté—. Nadie le entiende nada.

—¿Sabe, de casualidad, por qué hay sexos?

—Todo el mundo lo sabe. Es para garantizar la reproducción de los individuos, todos condenados a la muerte sin ninguna excepción. Solo hay sexo porque hay muerte. La muerte es la llave del sexo. Y el sexo es el aliado y el enemigo de la muerte. Son dos rivales asociados. La muerte no deja de vencer al sexo. Y el sexo no deja de triunfar sobre la muerte. Y para que nadie se escape de ella y que la muerte recule ante él, el sexo es el más dulce y el más violento, el más sencillo y el más complicado, el más libre y el más necesario, el más poderoso y el más extendido de los instrumentos de placer.

—¡Vaya, qué fuerte! Al escucharlo pareciera que no hay otra cosa sobre la Tierra.

—Cuando el amor se mezcla con el sexo, no hay otra cosa. El placer del amor es el placer por excelencia. Y el placer es una de las llaves, algunos dicen que la primera, de ese mundo en el que penetra.

A, por supuesto, no sabía nada del placer. Era un puro espíritu. Si hubiese podido conocer el placer, lo habría detestado, como ya detestaba la historia, el lenguaje y el sexo. La sola idea de un placer que pasaba por un cuerpo lo tenía

lleno de indignación. Pero, para no perturbar demasiado sus primeras horas aquí abajo, dejé de lado el sexo y le hablé de Marie, quien era para mí el placer, y mucho más que el placer.

—Lo que hay de bueno con los hombres, y también con las mujeres, es que se puede describirlos. Porque todos tienen un cuerpo.

—Un cuerpo… —murmuró—, un cuerpo…

—Un cuerpo. Sí. Un cuerpo. Los hombres son antes que nada un cuerpo. Y las mujeres también. Marie tiene los ojos azules, el pelo muy negro, los labios rojos, la piel muy suave. Es delgada sin ser flaca. Es grande sin ser corpulenta. Cuando se le ve, se le ama. Cuando se le ama, se quiere volver a verla. Es bella como una obra de arte.

A, por supuesto, no sabía nada del arte.

—Es amor —le dije para ir un poco más rápido.

A conocía el amor porque el amor y el tiempo están en el corazón del universo: no habría estrellas, ni planetas para girar a su alrededor, ni hoyos negros con tufo de asesinato, ni galaxias siempre huyendo, si no hubiese tiempo y si no hubiese amor. La sola idea de Marie encantó a mi amigo A.

—Es la primera imagen —me dijo— que me hago de un hombre.

—Es la última imagen que guardo del mundo.

Hablamos mucho de Marie.

—Vayamos a verla —dijo A.

Era mi más ferviente deseo. Mi corazón, si me atrevo a decirlo, dio un vuelco en mi pecho.

—Amo a Marie —le dije—. El amor, que mueve el sol y las otras estrellas, se instala también a veces entres dos seres humanos. Ya no quieren vivir el uno sin el otro, pasan su tiempo buscándose. Lo que más pena me dio cuando la vida se me fue, es haber dejado a Marie.

A diferencia del lenguaje y del sexo, el amor entre humanos gustó mucho a mi amigo A. Le recordaba, imagino, las leyes de gravitación y de la atracción universal.

—El sexo —le precisé en un afán de honestidad— está ligado al amor. Hay, en los hombres, innumerables ejemplos de sexo sin amor. Pero, obviando el amor místico que debe conocer y el amor de los padres por sus hijos o de los hijos por sus padres, el amor sin el sexo solo se halla en el teatro o en novelas que ya nadie lee.

Debí de inmediato, y no era algo cómodo, tratar de explicarle lo que era el teatro y lo que era una novela. Le dije que a menudo, para divertirse, para recordar, para elevarse, para asustarse, los hombres jugaban con ellos mismos

y con su destino y agregaban una vida soñada que llamaban literatura al sueño que era su vida y que llamaban realidad. Había mucho amor en la realidad y más amor aún en la literatura.

—Me hubiera gustado —dijo un A soñador— ser un héroe de novela.

—Pero lo es.

Rio con gusto, batió sus alas y giró hacia mí.

—Háble me de tú, ¿quiere?

Entendía bastante rápido. La gramática, al menos, ya no tenía secretos para él, que apenas acababa de llegar, después de un largo viaje por muy lejanas comarcas.

IV. ¿Por qué hay algo en vez de nada?

Incluso para una mente tan dotada como la de A, tres días para comprender el mundo y todo lo que lo compone no era mucho. Le dimos la vuelta al planeta en menos tiempo que el necesario para decirlo, sobrevolando el Pacífico y las llanuras del Nuevo Mundo antes de volver sobre el Atlántico y sobre nuestra vieja Europa, decantada y encantadora. Al volver a pasar sobre el Olimpo y las islas del Egeo, Egipto abajo a la derecha con sus pirámides, el Pontos Axeinos ante nosotros, también llamado Mar Negro, y el Cáucaso y Persia, seguía desempeñando un poco para A, aunque imagino que no tan bien, el papel de Aristóteles con el joven Alejandro o de Quirón con Aquiles, de Jasón y de Hércules. Nunca fui enemigo de una pizca de pedantería y no estaba poco orgulloso de mi discípulo venido de otra parte. Le expliqué en pocas palabras, o sin palabra alguna, lo que en mucho me ayudaba, el nacimiento de la historia con Herodoto o con Tucídides, y el de la filosofía con Heráclito que se bañaba en renovados ríos sin descanso y que sostenía que todo cambia, con Parménides que, aferrándose al Ser inmutable y único, pensaba que todo permanece, y con Platón que tenía más genialidad e ideas que todos los hombres antes que él, y también después de él. A escuchaba mi silencio. Todo lo que no decía, lo recordaba sin esfuerzo. Y lo que todavía ignoraba, lo adivinaba y lo deducía por sí solo, y sabía más que yo sobre lo que él no sabía. Nada había más placentero y divertido que la muerte con A. Pronto, los océanos, la atmósfera, el aire que respiran los hombres y los sentimientos que los hacen palpitar, Cristóbal Colón y Magallanes, Jenofonte y Pascal, Qin Shi Huang y su muro que se ve desde tan lejos, el tabaco, la sífilis, el papel de la santa iglesia católica romana y de la Inquisición, el sufrimiento y el amor físico, el motor de explosión y el régimen de los monzones, el Zohar y el bimetalismo ya no tuvieron secretos para él. De vez en cuando se enredaba con una inverosimilitud y me hacía preguntas.

—Perdóname —dijo—, pero todo lo que me cuentas es tan sorprendente que mucho trabajo me cuesta creerlo. Me temo que los míos, en Urql, me acusen, cuando vuelva, de haber inventado ese mundo del que me describes los misterios y que me sorprende más y más. La Tierra de los hombres, lo confieso, me es motivo de estupor.

—Tu mundo también debe ser sorprendente. Los demás son siempre sorprendentes. Pero lo más sorprendente es uno mismo. Todo lo que existe es sorprendente. El único motivo de estupor es que haya algo en vez de nada. *Cur aliquid potius nihil?*

—¿Es decir?, —preguntó.

—Es latín.

Y abordamos el latín, el griego, el sánscrito y el hebreo. Leibniz y Heidegger. Spinoza y Kant. El conocimiento del primer género y las formas *a priori* de la sensibilidad. De ahí pasábamos a la paz, a la guerra, al progreso, tan dudoso y sin embargo tan probable, de todo el séquito de los hombres, al dinero, a la banca, a los seguros, al comercio y a los navíos esparcidos por todos los mares en busca de especias, de tesoros llenos de secretos y de esclavos en venta. En todas las vueltas del camino encontrábamos otros caminos. En todos los desvíos de un discurso que era solo silencio, nos topábamos con la historia y con las pasiones de los hombres. La historia lo maravillaba. Las pasiones lo aterrorizaban. El oro lo sorprendía mucho.

—Es un metal —le dije.

—¿Como los demás?

—¡Ah!, no. El oro es un símbolo, una leyenda, un mito y una dura realidad. Es una necesidad y un sueño. Una escalera. Una obsesión. De alguna manera es una de las llaves del sistema. El oro, seguimos con la gramática, es otro nombre para la plata… Y un filósofo alemán que tenía mucho talento, y quizá genialidad, y discípulos por millones y por decenas de millones, reescribió toda la historia desde el único punto de vista del dinero.

—Creía, ¿acaso soñé?, que la llave del sistema era antes que nada el sexo y antes que nada el placer.

—Es el sexo. Es el placer. Es el dinero. Es el pensamiento. Es un poco todo lo que se quiera. La llave del sistema es la vida. Y la vida es múltiple. Se deja tomar por todos los cabos. Siempre igual a ella misma y siempre diferente, es tan diversa como las estrellas en el cielo. Hay muchas llaves para abrir el sistema. O para intentar abrirlo. Puesto que no es imposible que la llave del sistema sea que el sistema no tenga llave.

—Veo que el mundo es un inmenso misterio. O un código, si lo prefieres. Para preparar el informe que debo hacerle a la gente de Urql levanto, gracias a ti, una u otra de las esquinas del velo y veo, aquí, allá, algunas manchas de luz más bien negra. Es el código que me falta para lograr por fin la comprensión de ese misterio insondable que ustedes llaman evidencia.

—Nada es más evidente para nosotros, los hombres, que ese mundo en el que vivimos. Nos cuesta mucho concebir el infinito, la eternidad, el *otro lugar*, todo lo que sucede fuera del tiempo y que te parece tan sencillo. El tiempo es algo tan claro como el agua. El espacio es tan sencillo como dos más dos. El dinero le plantea muchos problemas a cada uno de nosotros, pero

nos es familiar: nos da lo que queremos porque es, bajo el sol, el instrumento del poder y la medida de nuestros deseos.

—Todo lo que les resulta tan evidente me parece el colmo de la arbitrariedad. Siento que de alguna manera algo me hace falta.

—El mundo es un rompecabezas —dije.

—Debe haber una pieza de la que no me has hablado.

El Himalaya, bajo nosotros, brillaba con todas sus nieves. Escondía en sus valles monjes, alpinistas, comerciantes, enamorados. Reflexioné un instante.

—Es quizá que somos libres —dije—. O que creemos serlo. El mundo, de punta a punta, está sometido a leyes de una implacable necesidad; sin embargo algo en nosotros nos susurra que somos libres.

—¿Libres?

—En cada momento del tiempo hacemos lo que queremos. Decimos lo que queremos. Escribimos lo que queremos. Forjamos nuestro propio destino. Las pasiones nos arrastran, el sexo, la ambición, el amor por el oro y el poder. Nos lanzamos en un futuro que creemos moldear a nuestro modo. Según nuestro buen parecer. Según nuestros apetitos y nuestras capacidades. Y cuando miramos hacia atrás, todo lo que hemos escrito, todo lo que hemos dicho, todo lo que hemos hecho se revela necesario, inmutable, fijo para siempre, más allá de los siglos, en los hielos de la eternidad.

—¡Ah! ¡Ah!, —exclamó y se calló largo rato—. El mundo —retomó después de un silencio sin fin— es una curiosa aventura. Su recuerdo no debe perderse para siempre. ¡A trabajar! Me vas a ayudar.

—¡Más!, —dije—. Es por nervios. Estoy muerto. No abuses. Imaginaba que la muerte era un gran reposo. Ya en vida, el egoísmo, la pereza y algunas otras virtudes menores que cultivaba con delicia eran gran parte de mi encanto. Y el de la existencia. Quisiera, bajo mi mortaja, dormir un poco más sin tener que ocuparme de los demás.

—¡Piensa en la gloria!

—¿Cuál gloria? Sueño con el olvido.

—¡La gloria que Urql le da a sus buenos servidores! Sin ti, me siento incapaz de redactar el informe sobre la Tierra que debo entregar a mi regreso. Tú que hablas de Herodoto, de Tucídides, de Platón, ¿sabes escribir, me imagino?

—¿Escribir?… ¡Señor, Señor!… Esperaba al menos que la muerte me dispensara de escribir. Accedo a pasearme algunas horas contigo en lo que fue mi mundo. Escribir me agobia.

—No has hecho, me parece, gran cosa en la vida. Serás, en la muerte, el historiador de la Tierra contada a la gente de Urql. Es tarea grande para A. Es tarea grande para O.

Y, con un gesto brusco, me estrechó contra él.

Así es como, muy tardíamente, llevado por un espíritu lleno de ardor y fogosidad, me hice escritor, muy a mi pesar, en el reino de los muertos, para la inmortalidad.

V. La Tierra es una bola redonda en el espacio y el tiempo

Lo más difícil era el principio. Comenzar siempre es duro. Sobre todo tratándose de la totalidad de la existencia y de los hombres: nunca se sabe desde dónde partir ni cómo abordarla. Le propuse a A una solemne introducción, lo más general posible, a todo estudio sobre ese mundo. Abría con estas palabras:

«Los hombres habitan el tiempo. Habitan también el espacio y una bola más o menos redonda, objeto del presente informe, sometido con respeto a las autoridades de Urql…».

—Suprime eso —interrumpió A—. De por sí, siempre tienden a creerse muy listos y caer en lo ridículo.

—¿Ah? ¿También ellos?

Y taché las últimas palabras antes de retomar impulso.

«Los hombres habitan el tiempo. Habitan también el espacio y una bola más o menos redonda, objeto del presente informe y que llaman Tierra. La Tierra, curiosamente, no solo es la Tierra. Se compone de tierra y sobre todo de agua».

—Otra vez la gramática —gruñó A.

—Sí, la gramática. Y las mayúsculas. Y la metonimia. Además el tropo, la hipálage, la sinécdoque, la antonomasia, la catacresis, la silepsis, el anacoluto. Y toda la teoría del lenguaje y de las figuras de estilo. Y el horror sagrado de las ideas y de las palabras.

—Las palabras —susurró con voz casi inaudible— deben estorbarte mucho para expresar tus ideas.

—No es tan así. Si no tuviéramos palabras, ¿tendríamos ideas?

—¡Vaya idea!, —exclamó—. Ignoraba todo de las palabras: ¿te parece que carezco de ideas?

Me callé un instante para reflexionar.

—Ya olvídalo —zanjó A—. Prosigue.

«Está rodeada de aire y los hombres lo respiran. Cuando dejan de respirar, mueren. También mueren cuando hace frío, cuando hace calor, cuando se golpean fuerte, cuando tienen hambre o sed, cuando algo no funciona, cuando la pena los sumerge o cuando llega el momento del desgaste, del desbaratamiento y del apoltronamiento. Los hombres son muy frágiles y, sobre todo hacia el final, se la pasan muriendo buena parte de su vida».

A permanecía mudo, sin un gesto, como ausente, la mirada fija en el vacío.

—¿Estás bien?, —le pregunté…

—Digamos…

—¿Crees que allá en Urql no van a entender? ¿No está suficientemente claro?

—¿Quieres que te diga?, —murmuró, agotado—. Todos los hombres parecen un chiste. Ese pensamiento infinito encerrado en cuerpos finitos… esa imagen de lo absoluto dirigida por gases y por líquidos, por algunos grados de más o de menos en una escala de temperatura, por golpes en la cabeza o por golpes al corazón… Reconoce que… Van a creer que me estoy burlando de ellos.

—Retomemos —le dije.

«La Tierra es una bola redonda en el espacio y en el tiempo…».

—¿Así está bien?

—Está bien —respondió A—. Aunque…

—¿Aunque qué?

—Aunque el espacio y el tiempo plantean de por sí ya muchas preguntas y que…

Vi el instante en que el asombrado caído de Urql iba a hablarme de Einstein, de la relatividad restringida o generalizada y del continuum espacio-tiempo. Me las arreglé para evitarlo.

—Espera un poco —le dije.

«La Tierra está habitada por diferentes criaturas con nombres casi innombrables de las que la más acabada, la más ambiciosa y la más complicada se llama el hombre. El hombre no siempre ha existido. Y la Tierra tampoco. La Tierra es más vieja que el hombre. Nadie sabe bien a bien cómo nació la Tierra, y menos aún por qué. Y el hombre nació de la Tierra, nadie sabe bien a bien cómo, y mucho menos por qué».

—Pues bien —dijo A—, por fin queda claro.

—Muchas gracias.

Alentado por A, aliviado por ver alejarse la sombra del Gran Albert y de sus brujerías, proseguí con la redacción del documento encargado de conmocionar a la gente de Urql:

«Los hombres se suceden unos tras otros por el juego de la vida y de la muerte. La muerte nace de la vida y la vida nace del amor. El amor es lo que sucede entre dos seres que se aman. No hay vida en los hombres, no hay muerte en los hombres, no hay amor en los hombres si no es porque los

hombres tienen un cuerpo. Es el cuerpo el que los instala en el espacio y en el tiempo».

—Es asqueroso —murmuró A—. Mucho quisiera que mi informe no se hundiera, apenas empezado, en la pornografía.

«El amor es la llave del mundo así como es la llave del universo. No habría niños si no hubiese amor y ya no habría mundo si ya no hubiese niños. Los niños cambian para convertirse en hombres al interior de su vida como las bacterias, las algas, los peces, los primates cambiaron para convertirse en hombres al interior de la historia. La historia hizo a los hombres en una continuidad que solo era cambio. Hasta una catástrofe final de la que aún no sabemos nada porque los tiempos no han llegado para ello y solo somos capaces de inventar el pasado. La regla del mundo es que todo cambia y que todo continúa».

—Está muy bien —dijo A—. Está bien escrito.

Agradecí discretamente. A, decididamente, no carecía de buen juicio. Tenía gran sentido de lo estético.

—Uno se embarca en tus palabras como en un barco de alta mar dejándose llevar. ¿Quizá sea un poco abstracto? ¿Piensas que mi gente de Urql leería eso hasta el final?

—Lo leerán porque es tu informe sobre la Tierra…

—Nuestro informe —dijo con suma cortesía.

—… Porque el informe sobre la Tierra redactado por A y por O, por A, espíritu de Urql, y por O, muerto de la Tierra, es el origen y el modelo de todas las novelas de aventuras. Escucha lo que sigue.

«Los cuerpos sufren. Y piensan. Y quizá solo piensan porque sufren y mueren. El sufrimiento de los hombres es un libro que no tiene fin. Y confuso, vacilante, balbuceante, siempre vencido mas triunfante, el pensamiento de los hombres es una novela sin fin. La sangre de los cuerpos corre a raudales. La muerte está presente por doquier. La felicidad y la esperanza, la espera de algo que quizá nunca vendrá, una oscura aspiración a una inefable lejanía son su resorte y su alma. La Tierra es el reino de la contradicción. Los cuerpos y los espíritus sirven como campo de batalla del dolor y de la esperanza. Porque son espíritus, los hombres están habitados por el pensamiento, el recuerdo, la imaginación, la conciencia. Pero por ser cuerpos, también están habitados por oscuros impulsos que llaman pasiones. Las pasiones hacen la felicidad y la desgracia de los hombres».

—¡Ejemplos!, —gritó A—. ¡Ejemplos! Estoy harto de la historia. Quisiera historias.

—¿Ejemplos? ¿Historias? ¡Aquí están! ¡A montones! ¡Dan paso a los trabajos prácticos y a las ciencias aplicadas!

Y, bajando a todo vuelo, fuimos a ver a Marie.

VI. Marie duerme

Marie dormía. Era verano. Casi desnuda, muy pálida, la cabeza apoyada en un brazo, su largo pelo negro desordenado, los labios entreabiertos, dormía sobre la cama que yo había compartido con ella. Su pecho se alzaba ligeramente, a intervalos regulares. Permanecí largo tiempo pasmado, inmóvil, sin palabras, soñando que soñaba conmigo. Las lágrimas brotaban de mis ojos. Hubiese querido vivir todavía, estrecharla y dormir en sus brazos. Como en Venecia antes del 26 de mi último mes de junio. Como antes de la Aduana de Mar y mi caída en la eternidad.

—Mira —le dije a A—: el mundo es bello.

A se inclinó hacia adelante y contempló a Marie con mucha atención.

Transcurrió largo rato. Giró hacia mí.

—Es muy curioso —dijo.

Curioso no es la palabra que se me hubiera ocurrido ante el cuerpo de Marie tendida en su cama. Pero Marie era la primera mujer —y de hecho el único ser humano— que A había visto. No era imposible que su palidez, su nariz muy recta, sus orejas por las que estaba loco, sus hombros y su cuello de los que prefiero no decir nada, sus cinco afilados y largos dedos al extremo de cada mano, sus senos redondos y llenos que tanto había acariciado, sus interminables piernas que bajaban hasta la tierra hubieran sorprendido a un espíritu venido de Urql.

—Es una mujer —le informé.

—¿Qué hace?

—Duerme —susurré.

El sueño sumergió a A en abismos de perplejidad.

—El sueño —continué susurrando— es una ausencia en presencia, un desvanecimiento, un silencio, una suerte de muerte a prueba y necesario para la vida.

Vaya muerta,
Cuando duermes,
¿De qué pasillos
Abres las puertas?[5]

Desaparecemos quién sabe dónde, del otro lado de no sé qué, olvidamos, soñamos, renacemos casi nuevos. Nada tiene más encanto en el mundo que esa retirada del mundo. Los hombres ocupan en dormir poco más de un cuarto

de su vida. Y a menudo casi un tercio. Cuando estaba vivo, pero creo que es toda una marca, no estaba lejos de la mitad.

—Ya que me aseguras que los hombres duermen lo esencial de su tiempo, ¿tendremos que redactar, me imagino, un informe que gire alrededor del sueño?

—Desengáñate —respondí—. Los hombres son una máquina de dormir tanto como una máquina de respirar, de comer y beber, de mear y defecar, de sudar accesoriamente, de bostezar, de pedorrearse. Y, claro está, de fornicar.

—¿Perdón?

—Pero sería un craso error dejarle creer a Urql que no saben hacer otra cosa. Los hombres, en su historia, han inventado muchas otras cosas. Buena parte del mundo es inventada por el hombre.

—Vamos a ver —dijo A.

Y se sentó, para sorpresa mía, casi conmoción, al borde de la cama en la que Marie descansaba. Los espíritus, gracias a Dios, pesan menos que un soplo, que una hoja, que un pájaro. Marie no despertó. Hizo un gesto con la mano. Soltó un suspiro. Le lancé a A una mirada de ira. Aprendía muy rápido —y quizá demasiado rápido—. Al menos por la seguridad, la autoridad, el descaro, ya se estaba pareciendo a esos hombres de los que, una horas antes, aún no sabía nada.

—Pásame con qué escribir.

Le pasé un lápiz del que se servía Marie para resaltar sus cejas con un trazo discreto y oscuro.

—Bueno, entonces, ¿qué hacen?

—¿Quiénes?

—¡Vamos! ¡Los hombres!

—Hacen la guerra —le contesté, enumerando con los dedos—. Pescan. Juegan fútbol. Cantan alrededor del fuego y, en un idioma o en otros, escriben *Die Lorelei*, *The Importance of Being Earnest*, el *Mahabharata* y el *Bhagavad-gita*, *Le Rêve dans le Pavillon rouge*, el *Genji-monogatari*, *Don Quijote de La Mancha*, *Mon amie Nane* y, primero y antes que nada, *La Ilíada* y *La Odisea*.

—No tan rápido —dijo A—. La pesca, sí veo lo que es. La guerra, también. Tendrás que conseguir las reglas del juego de fútbol: las pondremos en anexo de nuestro informe sobre el mundo. Tendrás sobre todo que resumirme en unas cuantas páginas lo esencial de *La Ilíada* y de *La Odisea*, cuya importancia, por tu énfasis, no se me escapa.

—Solo es un ejemplo. Y, al menos en literatura, los resúmenes no valen nada. Lo esencial está en los detalles, en las palabras, en su música, y casi en las letras de las que se componen, en los acentos que las coronan, en las comas y en los puntos que separan unas de las otras. De todos modos, no podríamos recorrer la historia de los hombres en tres días.

—Pero tendrá que ser —dijo—. Apurémonos.

—Tengo una idea.

—¿Sí?

La ventaja con los espíritus es que están por todas partes a la vez. Se desplazan a placer en el espacio y en el tiempo. Ahí donde fracasan los novelistas, que se esfuerzan por pasearnos, las más de las veces sin éxito, por las cabezas y los corazones de ayer y hoy, los espíritus lo logran de manera mucho más natural.

—Vamos a proceder por medio de sondeos —le dije con un entusiasmo que hasta a mí me sorprendió—. Es cómodo. Es moderno. Saltaremos hacia adelante. Volveremos hacia atrás. Haremos desfilar ante nosotros los acontecimientos y los hombres. Y, para cada uno de ellos —la caída del imperio romano, Miguel Ángel, mi amiga Nane o Platón—, el informe fijado al corazón, anotaremos las causas, los efectos, los motivos y los objetivos.

—Primero muerto —dijo A.

—¿Cómo que primero muerto? Es necesario, para comprender el mundo, que tú…

—Así no, en todo caso. Es demasiado bobo.

—Es la historia del mundo. No hay nada más.

—¿Y Marie?

—¿Marie?

—Sí, Marie. ¿Qué tal si mejor nos ocupamos de Marie? Y de ti, por supuesto.

—¿Crees que para el informe…?

—Estupendo. ¿Qué mejor? Una estampa de vida. Un caso. Un ejemplo en vivo y en directo. Quizá, así lo espero, menos aburrido que tu *pensum*. Y, en caso necesario, siempre habría tiempo de volver a Miguel Ángel.

—Y a Platón —supliqué.

—A Platón, a Miguel Ángel, a Tucídides, a Kant. A quien quieras. Con todo eso, y contigo…

—¡Oh! Conmigo —dije sonrojado y brincoteando.

—Sí, sí. Insisto: contigo. Con los demás y contigo, me parece que la gente de Urql empezará a darse una idea de lo que sucede sobre la Tierra.

VII. Un paraguas rue du Dragon

Marie me echaba al agua. Algunas semanas, algunos meses después del 26 de junio, estaba de vuelta al pie de la Aduana de Mar invadida por la bruma y, después de haberme guardado en un pequeño jarrón de alabastro que empezaba a estorbar, esparcía mis cenizas en la laguna de Venecia. Era una bella idea. Al verter en el mar lo que de mí quedaba, pensaba en nosotros y en mí. Y yo pensaba en ella y en nosotros. Las cosas ya se estaban complicando. El tiempo pasaba, como siempre. Todo cambiaba con él. Había venido con Rodolphe y ahí estaba yo con A, desplazándome a placer, ya que era un espíritu, en el espacio y en el tiempo.

Rodolphe era mi amigo. Le gustó mucho a A. También era amigo de Marie. Mirábamos, A y yo, los gestos de Marie deshaciéndose de mi vida y de una parte de la suya. Se ponía el sol. El Adriático se adueñaba de mí bajo la mirada de Rodolphe, de un espíritu venido de Urql, de mí mismo ya muerto y convertido en recuerdo y de una tropa de japoneses que tomaba fotos. Y ya solo fui un dolor en el corazón de Marie.

A estaba como en su casa entre la Iglesia de la Salute y el Palacio de los Dux. La Aduana de Mar era el primer monumento en acogerlo sobre esta Tierra y Marie era la primera mujer que había percibido. La miraba con atención, movía la cabeza, tomaba notas, acallaba unas risitas, me tupía de codazos. Se divertía mucho y se asustaba un poco con los pensamientos de Marie, de Rodolphe y con los míos.

—Explícame —pedía—. Explícame.

Le hablé del silencio, del olvido, de la ausencia. Le hablé del orgullo, de la tristeza, de los celos, del odio que sería imposible inventar si no los conociéramos. Le hablé del recuerdo. Le hablé de la esperanza. Todo eso, que le parecía loco, tenía una realidad sobre el planeta en el que viven los hombres y al que había llegado. Todo eso existía entre nosotros y solo entre nosotros. La melancolía y la espera son especialidades de esta lejana provincia que llamamos mundo.

—Los hombres viven un mundo de infinita complicación cuyos elementos están limitados en número, pero en los que las combinaciones de los efectos y de las causas forman una inextricable jungla, un bosque del que nadie sale y en el que todo no deja de remitir a otra cosa. De vez en cuando se detienen. Se tiran al sol. Miran el mar o el cielo. Una especie de paz los penetra. Conocen a alguien a quien amar. Imaginan que todo será bello y que todo será simple.

—¿Simple?, —murmuró A.

—La primera vez que vi a Marie llovía a chorros. Varias guerras se habían sucedido. El caballo ya no reinaba sobre los campos de batalla. Nos desplazábamos muy rápido. El cine se desbocaba. La televisión minaba la familia y la conversación. La píldora se colaba entre uno de los sexos y el otro. Era una edad del mundo entre otras. Era en París, rue du Dragon.

—¿Iremos?

—Iremos. Iremos donde quieras. Al interior de la historia, por supuesto. Y al interior de ese mundo del que ninguno de los vivos tiene derecho de salir y del que te doy el manual del usuario. Porque los hombres, para sobrevivir, todavía tienen que alimentarse, a pesar de tantos cambios que son tanto progreso cuanto desastre, una o dos veces al día y a veces tres o cuatro…

—¡Qué aburrido!

—Al contrario. Una delicia —contesté—… salía de un restaurante coreano o chino cuando yo pasaba bajo un gran paraguas.

—¿Un paraguas…? ¿Qué es eso?

—La lluvia, mi querido A, es agua que cae del cielo en gotas gordas sobre la tierra y moja el cabello y la piel. Las mujeres mucho le temen porque desarregla su peinado. Los paraguas las protegen. Marie estaba indecisa en su porche y se protegía la cabeza con un periódico matutino. «¿Me permite usted?», le dije, levantando por encima de ella, cual dosel o parasol para diosa primitiva, mi paraguas de seda negra. Me miró sonriendo. «¿Por qué no?», dijo. «Muchas gracias. Cualquier cosa es mejor que las noticias del día». Y nos fuimos juntos, codo con codo, bajo el mismo paraguas, hasta uno de esos cafés de Saint Germain des Prés en los que se reunían, desde la guerra, para esconderse o para mostrarse, los filósofos, las actrices, los editores y los enamorados. No éramos editores. Ella no era actriz. Yo no era filósofo. Teníamos que ubicarnos en el rubro de los enamorados. Lo más simple era volvernos el uno del otro. Nos aplicamos con ardor. Y lo logramos.

—Lo que más me perturba… —dijo A.

—¿Qué es lo que te perturba?

—Lo que me perturba es tu paraguas. Desconocemos, en Urql, el paraguas, la lluvia y hasta esa agua que escurre sobre su tierra en forma de mares y de ríos. Puedo entender las guerras, la velocidad, los nacimientos, la píldora, las imágenes en una pantalla, los cafés y el amor del que hablas tan a menudo. Porque te aprecio mucho y tus fábulas me divierten…

—No son fábulas. Es la realidad.

—Es lo mismo… a lo sumo puedo entender que le gustes a Marie y que Marie te guste. Ni sólida ni gaseosa, resistente y sutil, transparente, maleable,

capaz de tomar todas las formas sin tener ninguna, el agua me sorprende mucho. La lluvia que cae del cielo como una venganza divina, como una bendición, me sumergen en una profunda meditación en la que se mezclan la sorpresa, el espanto, el éxtasis. El paraguas me deja atónito. En él veo el genio de los hombres y su absurdo.

—Es seda sobre un mango de madera, tensada por varillas.

—Es un milagro —replicó—. ¿Qué no lo ves? Y también una ironía. Me parece que tu mundo está en ese paraguas. ¿Por qué hay, con ustedes, paraguas en lugar de nada? ¿Acaso todo en la vida es tan improbable y tan inquietante como el paraguas que llevas, al día siguiente de grandes guerras, bajo el reino del sexo, de la velocidad, del dinero y bajo la lluvia que cae sobre la cabeza de Marie, en la rue du Dragon?

—Tan improbable, tan inquietante y más aún. Vivimos en la naturaleza y en sus inmutables leyes, y también en los detalles y en los accidentes. El azar se mezcla sin cesar en el desarrollo necesario de las causas y de los efectos del que es, a la vez, lo contrario y el fruto. Y nuestra libertad, de la que ya te hablé, creo, demasiado rápido, lo corona todo. Podemos, en cada momento, ir a la izquierda o a la derecha, cambiar de opinión, continuar o poner fin de golpe a nuestro paso sin motivo por este entramado de encantamientos y de rigurosos absurdos que llamamos mundo. La vida de los hombres es un revoltijo. Va sin rumbo. Es un inenarrable desorden ordenado sin embargo por leyes. En ese tan corto trayecto entre la rue du Dragon y Saint Germain des Prés, los pensamientos de Marie llenarían un volumen. Suponen todo un mundo que reenvía, gradualmente, al conjunto de la creación. Lo que sentía yo mismo chocaba, se combinaba, por medio de los gestos y por medio del lenguaje, con lo que sentía Marie, y la pareja que formábamos ya era diferente a la suma de nuestras diferencias. Agrégale la calle, el bulevar, el café, todo lo que en ellos estaba sucediendo, todo lo que en ellos había sucedido en tiempos desvanecidos y todo lo que en ellos sucedería antes de su ruina y de su destrucción, agrégale París a nuestro alrededor y todos los círculos concéntricos cuyo conjunto forma al planeta sobre el que estás investigando y tendrás una idea, en el espacio y en el tiempo, de lo que pesaba sobre nosotros, sobre Marie y sobre mí, desde el instante de nuestro encuentro bajo mi paraguas negro hasta el momento en el que un camarero, de moño, de cabello rizado, quien también tenía una familia, una historia, un pasado, un porvenir y ese poder sobre el mundo que llamamos libertad, y quizá un paraguas, vino para preguntarnos lo que queríamos tomar.

—Es aterrador —dijo A.

—El mundo es aterrador. La vida es aterradora. La prodigiosa ventaja de los relatos sobre la vida es que escogen una línea, un tema, un trayecto y que dejan a todo lo demás caer en la nada. Es por ello que el mundo, según tú, toma la figura de Marie. Es nuestro único hilo conductor, ya que lo quisiste, en el laberinto del mundo. No quisiera vanagloriarme, pero, para simplificarte la vida, te simplifico la vida. No sé lo que harías si yo no estuviese. El torrente de la historia ya te hubiese arrastrado y regresarías a Urql, trastornado, despavorido, ahogado por el raudal de fenómenos, no entiendo nada de ese mundo en el que todo sucede al mismo tiempo a través de tantas conciencias que son igual número de memorias y de esperanzas entre tantos acontecimientos, máquinas y objetos y en el que un porvenir lleno de terror, que todo siempre lo deja abierto, no deja nunca de ser mordisqueado por un pasado inmóvil para siempre, almacenado en quién sabe qué recuerdo, y en el que ya nada es posible.

—¡Vaya suerte la mía haberme topado contigo arriba de la Aduana de Mar! Veo que el mundo solo amerita hacerle un relato.

—¡Ah!, —le dije—, tampoco te creas eso. Nada es más delicioso que el mundo en el que viví, donde Marie todavía vive y en el que caíste llegando de allá. ¿Querrías mientras que Marie, su jarrón de alabastro bajo el brazo, se va con Rodolphe por la riva degli Schiavoni hacia la pensión Bucintoro donde, por muchas razones que sería demasiado largo enumerar, se instala en él con mi recuerdo, que dejemos el porvenir para volver al pasado y para que te cuente algo de lo que viví con ella?

—Claro —dijo A—, estoy aquí solo para eso.

Y, replegando sus alas para escucharme más a gusto, me hizo una seña para que empezara.

VIII. Solo la Tierra

—Me paseé mucho con Marie en este mundo que te asombra. Me parecía de lo más sencillo. Familiar. Evidente. Había un pequeño país al que pertenezco por mis padres, por mis costumbres, por mi educación y por mi paraguas: era Francia. Francia tiene una larga historia. Le debía mucho. Me confundía en ella. Estaba vivo. Era un hombre. También era francés.

Francia es un país con campos, ríos, montañas, pueblos, quesos y vinos. Y también con un idioma que me parecía muy cómodo para expresar ideas, sentimientos, pasiones y que a menudo me encantaba. Muchos, antes que yo, se habían servido de este con elegancia. Se llamaban Rabelais, Montaigne, Pascal, Corneille y Racine, Chateaubriand, Stendhal, Mérimée y Flaubert, Barrès y Proust. Tendrás, mucho me temo, que aprenderte todos esos nombres y hacer que figuren en el informe. Porque son más importantes para comprender cualquier cosa de esos hombres de los que te hablo y por los que te interesas que todo lo demás junto. Cada uno de ellos trataba de contar un poco de ese mundo y de esa vida que me agoto en explicarte. Los leía con embriaguez. Y con desesperación. Porque me desanimaban. Inútil era hablar de ese mundo del que habían hablado. Todavía hoy me siento incapaz de presentarte este planeta como ellos te lo hubieran presentado si hubieses tenido la suerte de toparte con ellos en vez de toparte conmigo. Imagino la gloria de tu regreso a Urql con un informe preparado por Montaigne, por Flaubert o por Proust…

Mi emoción era tal que tuve que interrumpirme unos instantes y apoyarme en A.

—Cálmate —me dijo envolviéndome con su brazo—. Todo está bien. El informe avanza. Hasta me parece que va por buen camino.

—No lo sé —le dije con una voz algo atragantada—. No lo sé. Francia es un bello país con ilustres ciudades, llenas de casas y de crímenes. La más grande se llama París y todo el mundo la conoce.

—No en Urql —dijo A.

—No en Urql, claro, sino en toda esta Tierra. Todos los niños del mundo conocen el nombre de Hugo y el nombre de París. Era tener una enorme suerte, en mis tiempos, haber nacido en París y haber sido educado en el idioma de Hugo. Los que habían nacido en Sudán, en Kerala, en el Chaco, en las Célebes tenían menos oportunidades que yo de ganar algo en el casino de la vida, en la que apenas tenían cabida. El solo lugar de su nacimiento, la época también, su salud, su familia, su fortuna, sus talentos por supuesto

gravaban con muchas diferencias a los niños de esta Tierra. No es seguro que unos sean más felices que otros. Pero algunos sobre este planeta son capaces de hacer cosas que la mayoría ni siquiera puede imaginar. Yo era del reducido número de los que tenían algo para comer, para beber, para leer, para pasearme. Me paseé mucho.

Recorrí todos los países que te mostré hace rato y que viste desde lo alto. No pude salir de mi tiempo, pero pasé mi tiempo saliendo del espacio en el que me habían arrojado el azar y la necesidad, que solo son dos aspectos de una misma realidad que nos está prohibida y dos nombres que nuestro saber le da a nuestra ignorancia. El tiempo es la forma de nuestro poderío. Ese poderío me fue dado. Es una inmensa ventaja. Tuve el derecho de transformar, al pasearme donde quisiera y viendo las huellas que los hombres han dejado sobre el mundo, la esclavitud en libertad y la fatalidad en destino.

—Eso no te alcanzó para ir muy lejos. Nunca saliste de este planeta en el que están todos encerrados. Me parece que en su Tierra todo se parece siempre a todo.

—Tienes razón —le dije—. Durante algunos millones de años la Tierra ha sido una cárcel para los que la habitaban. No es imposible que, en los siglos por venir, o en los milenios, logremos, también nosotros, como tú, salir de nuestro planeta y de nuestra galaxia y partir hacia otros lados que realmente serán otra cosa. Creo que nada le es imposible al poder del espíritu ni a los recursos de los hombres. Yo me conformé con ese mundo al que llegaste y mi lema es: Solo la Tierra. Solo la Tierra, para nosotros, ya era casi todo. Mucho amé la Tierra. Me paseé en ella con Marie así como me paseo en ella contigo.

—¿Era mejor?, —preguntó A.

Dudé un instante.

—Sí. Era mejor.

Me pareció de pronto que ya sufría de las heridas de uno de esos sentimientos del alma que solo les pertenecen a los humanos.

—¿Y dónde iban?, —me preguntó, en un tono algo brusco.

—Por todos lados. A Egipto. A México. A Perú. A India. A las islas griegas. Pero sobre todo a Italia.

—¿Es la bota? ¿Ahí donde no hay aceras?

—Es la bota —le dije—. Y no hay aceras. Pero hay iglesias, palacios, estatuas, cuadros, puentes también, y plazas cuyo equilibrio está lleno de misterio, que le dieron un sentido y un contenido a esa idea de belleza de la que ya hablaba el viejo Platón y con la que los pueblos de todas partes, y sobre todo los de Grecia, siempre habían soñado. Los hombres que se habían

instalado ahí, a orillas del Tíber, del Brenta, del Arno, entre el Adriático y el Mar Tirreno, tenían muchos talentos, y a menudo eran geniales. Y durante siglos y decenas de siglos, entre matanzas y las peores injusticias, hicieron más vivible la vida que vivimos. Y había Miguel Ángel…

—¡De nuevo!, —dijo A—. Lo conozco: deja caer su pincel y un papa lo recoge. O quizá un emperador.

—¡Bravo! Ya lo sabes casi todo. Por mucho tiempo la historia del mundo se jugó en ese pequeño rincón del Mediterráneo, atiborrado de arquitectos y de grandes capitanes, en el que la cuarta parte o la tercera parte de todas las riquezas del mundo se habían acumulado.

—1527: saqueo de Roma.

—¿Y por parte de quién, por favor?

—Por los ejércitos de Carlos V.

—Excelente —le dije—. El informe de A y de O sobre el planeta llamado Tierra avanza a pasos agigantados. Te bastará con agregar que las tropas de Carlos V ante la Ciudad Eterna, llena a reventar de obras maestras y con más tesoros que la caverna de Alí Babá, estaban comandadas por el condestable de Borbón, quien había reunido bajo sus órdenes una banda de lansquenetes alemanes, de mercenarios venidos de todas partes y de vándalos a los que les había hecho perder la cabeza con sueños de pillaje en el país del sol, del papa, de las cortesanas y que habían prometido seguirlo «hasta el infierno mismo», para que los más distinguidos espíritus de Urql te consideren como un maestro y aclamen tu regreso.

—Gracias —dijo A—. Eres muy amable. Eres un hermano. Si algún día vienes a Urql…

—¡Pero cuidado! Ahí es donde todo se complica. Si quieres entender algo de lo que hacen los hombres…

—Debo hacerlo —me dijo—. Quiero hacerlo.

—Entonces necesitarás mucha memoria y mucha atención. Con el condestable de Borbón al frente de sus lansquenetes ante la Roma de Clemente VII, quien pertenece al linaje de los Médicis de mil recursos y es el primero de la larga serie, interrumpida por Juan Pablo II, de papas venidos de Italia y de ninguna otra parte, metes el dedo en un engranaje que ya no te soltará y que te devorará hasta el corazón.

—¿Cuál engranaje?, —preguntó.

—Pues la historia.

IX. El saqueo de Roma

—La ventaja con la historia es que se puede empezar donde se quiera. Nunca hay un principio, nunca hay final. Cualquier parte, en historia, lleva a cualquier parte. Sin siquiera hablar de los Médicis, de Florencia y de sus tesoros, de sus pintores, de sus escultores, de sus genios de todo tipo y un mundo aparte cada uno de ellos que ocuparía toda una vida, Clemente VII, él solo te llevará bastante lejos. Te hará remontar, hacia arriba, hasta el primer Clemente, quien interviene hacia el año 96, según San Irineo y Eusebio de Cesárea, en los turbios asuntos de la iglesia de Corinto, hasta los orígenes del papado, hasta Anacleto, hasta Lino, hasta San Pedro por supuesto, uno de los apóstoles de ese Cristo que es más que un hombre y el más hombre de los hombres y del que te hablaré alguna vez, cuando tengamos tiempo. Te hará bajar, hacia abajo y hacia nosotros, hasta Pablo VI, hasta Juan XXIII, hasta Juan Pablo I, hasta Juan Pablo II, el papa de rugoso acento, venido de Polonia sometida al comunismo y también el primero en hacer retroceder el comunismo.

—¿El comunismo…?, —preguntó A.

—Después. Después. El Cristo. El comunismo. Te explicaré después. No podemos hacerlo todo al mismo tiempo. Y deja de interrumpirme a cada rato. No terminaremos nunca. Ya conoces los paraguas, la Aduana de Mar, *La Ilíada* y *La Odisea*, el pincel de Miguel Ángel y la rue du Dragon. Has entrado, sin saberlo, en el formidable laberinto de la iglesia católica y romana y del papado, la más vieja y la más duradera, con el imperio celeste de China, de todas las instituciones jamás creadas por el hombre. Te costará trabajo salir. Es como un interminable ovillo de lana del que acabas de jalar la primera hebra. Y toneladas de lana y de seda te caerán en la cabeza. Hay un Clemente IV, que se llama Guido Foulques el Gordo y que nació en Saint-Gilles, en el departamento de Gard en Francia. Hay un Clemente V, que se llama Bertrand de Got y que nació en el de Gironde. Hay un Clemente VI, que se llama Pierre Roger y que nació cerca de Limoges antes de convertirse en obispo de Sens, y luego de Ruán, y finalmente papa en Aviñón. Es fastuoso y despilfarrador, compra Aviñón, negocia con el emperador de Alemania y el rey de Inglaterra, en Roma vence a Cola di Rienzo, hijo de tabernero metido en la revolución por el desprecio de los grandes y celebrado por Petrarca como el sucesor de Bruto, logra la sumisión de Guillermo de Ockham, franciscano nominalista, profesor en Oxford, famoso por su navaja…

—¿Cuál navaja?, —preguntó A.

—Lo ignoro. Todo el mundo ha escuchado de la navaja de Ockham, pero nadie sabe lo que es… quien, separando radicalmente la razón de la fe, no le reconocía al papa ningún poder temporal y que, en lo más recio de la peste negra, una fea enfermedad que reinaba en esa época, toma partido por los judíos que los habitantes acusan, por todos lados, de ser los responsables de la epidemia. Unos cien años antes de nuestro papa, incluso hay, en Aviñón, otro y un primer Clemente VII. Se llama Roberto de Ginebra y es un antipapa, opuesto a Urbano VI. Él da inicio al gran cisma de Occidente que duraría treinta y nueve años, de 1378 hasta 1417.

—¡Auxilio!, —exclamó A—. Un Clemente, pasa, pero siete Clementes…

—Espera un poco. Aquí está el final del túnel. Nuestro Clemente VII, un verdadero papa, ahora sí, y que vive en Roma, cual debe ser, es primo de León X, segundo hijo de Lorenzo el Magnífico, cardenal a los trece años, papa en 1513, quien…

—Con eso está bien —dijo A—. Te perdono el León X.

—Como quieras —le dije con tono algo seco—. Pensaba que el más majestuoso de los papas del Renacimiento, al que le sucederá el último, por mucho tiempo, de los papas no italianos, un flamenco, enemigo del lujo, que se llamaba Adriano, te hubiera podido interesar. Ya veo que no. Ya no te cabe en la cabeza. No importa. Apurémonos. Vayamos rápido. Seamos expeditos. Retengamos solo lo esencial. Y lástima por el informe del que empiezo a preguntarme, pero sin ser culpa mía, si no será atrozmente incompleto y algo decepcionante para los habitantes de Urql, quienes en vano buscarán en él el nombre de León X. Clemente VII es arzobispo de Florencia antes de ser elegido papa el 18 de noviembre de 1523. Él es quien, rehusándose a reconocer el divorcio de Enrique VIII, estará más tarde en el origen del cisma de la iglesia de Inglaterra.

—¿Es importante?, —preguntó A.

—Todo lo que toca a la religión es siempre importante y la idea que los hombres tienen de Dios ha costado tanta sangre como la idea que tienen de ellos mismos y de su felicidad por venir. Y me parece que los ingleses son mucho más ingleses que los franceses son franceses o los italianos son italianos. Por lo pronto, con Francisco I de Francia, con el rey de Inglaterra, con los príncipes de Italia, Clemente VII constituye la Santa Liga contra el emperador Carlos V. Las tropas imperiales toman Roma en mayo de 1527…

—¡El refrán!, —exclamó A—. Saqueo de Roma: 1527.

—Saqueo de Roma: 1527… y asolan la ciudad de cabo a rabo y mantienen en cautiverio al papa durante siete meses en el castillo Sant'Angelo, el antiguo mausoleo de Adriano.

—¿Otro papa?, —preguntó A.

—No —le dije—. Un emperador. Un romano. Un sucesor de César y de Augusto. Uno de los amos de ese imperio que, durante siglos y siglos, se confundirá con el mundo. Transformado en fortaleza, su tumba, a orillas del Tíber, está coronada por un ángel de bronce que envaina su espada y así marca para la Ciudad Eterna el final de una de esas epidemias de peste que, ya en el siglo VI, bajo San Gregorio el Grande, fundador de la cristiandad medieval, quizá el más grande de los papas de todos los tiempos, que da su nombre al canto gregoriano…

—Olvídalo —me dijo A.

—… Y sobre todo hacia mediados del siglo XIV han matado en Europa a un habitante de cada dos.

Te encantará saber, y anotar en el informe, que el ángel pacificador en la cima del antiguo mausoleo de Adriano juega el mismo papel histórico que la Iglesia della Salute, en Venecia, detrás de la Aduana de Mar, donde nos conocimos. En 1631, la construcción, por orden de la Serenísima, de la iglesia de Santa Maria della Salute —o de la Salud— por un discípulo de Palladio que se llama Longhena y que coloca el edificio sobre un millón y medio de pilotes de madera, celebra el término de la última ofensiva de la peste en Venecia.

—Encantado —me dijo A.

Lo miré de reojo. Me preguntaba si se estaba burlando de mí. Pero la idea de burlarse de la historia me pareció tan absurda por parte de un espíritu venido de Urql para estudiar la Tierra que decidí proseguir como si nada.

—El saqueo de Roma en 1527 marca a la vez el derrumbe y el triunfo del Renacimiento italiano. Innumerables historiadores, siendo el último de ellos André Chastel…

—Me darás su nombre —me dijo A—, con la ortografía exacta, las fechas de su vida terrenal y una bibliografía tan completa como sea posible.

—… Subrayaron la importancia, en menor medida para la historia militar que para la historia de las artes, de la caída de la capital del mundo occidental: la catástrofe se desviaría de las orillas del Tíber para enviar hacia toda una serie de ciudades de mediana importancia en desarrollo, a veces ya con magnificencia, en Toscana, en Umbría, en las llanuras de Lombardía, pintores, escultores, arquitectos, orfebres destinados a difundir por todas

partes los esplendores y la genialidad del Renacimiento italiano. Así, en ese mundo estudiado en el informe que reclama la gente de Urql, el bien surgió del mal así como el mal surge del bien.

—Espera un momento —dijo A—. Estoy anotando.

—Si solo debieras conocer, en las horas que nos restan de los tres días de los que dispones, una sola ciudad sobre esta Tierra, es a Roma, sin duda alguna, donde te llevaría. Es como el resumen de la historia universal. Nace en leyendas: Rómulo y Remo, las murallas del Palatino, la continuación de los reyes etruscos, impugnadas en el siglo pasado por la crítica de los textos, confirmadas en cambio hoy en día por el arqueólogo que invoca lo contrario de la filología. Se infla poco a poco hasta dominar el mundo desconocido y, durante unos mil años, reina sobre el universo que gira, en aquellos tiempos, alrededor del centro de las armas, de las riquezas, de los espíritus y de las leyes: el Mediterráneo. Durante otros mil años vuelve a la nada y, habiendo pasado de más de un millón a tres o cuatro decenas de miles de habitantes, Roma ya no es más que el cascarón vacío de su desvanecido esplendor. Hasta que el Renacimiento y la genialidad de sus papas la yerguen, de nuevo, con empeño audaz y paciencia, al primer rango de las ciudades en las que la historia se fabrica en base a capitanes, juristas, arquitectos, escritores.

Roma no ha sido a menudo tomada por sus enemigos. Contamos las caídas de Roma con los dedos de las dos manos. Carlos V se apodera de ella en 1527…

—Saqueo de… —dijo A.

—Sí, y Napoleón y Hitler ocupan la Ciudad Eterna durante los pocos años en que Europa es francesa antes de volverse alemana. Pero ni Aníbal, ni Atila, ni Federico II de Hohenstaufen, ni ningún otro de los amos de esa formidable construcción que con orgullo se denomina Sacro Imperio Romano Germánico, logrará doblegar las siete colinas dominadas por el Capitolio. A lo largo de la historia de la Ciudad Eterna, solo los galos, los normandos, Alarico y los bárbaros que se abalanzaron seguidamente, Carlos V, los dos Napoleones —el grande y el sobrino— y el Führer Adolf Hitler ven a sus tropas acampar al pie del Capitolio.

Todo lo que esos asaltos acarrean con ellos de leyendas y de anécdotas, desde los ocas del Capitolio y el *Vae victis* de los galos de Breno hasta la frágil y conmovedora gracia del rey de Roma, desde el fuego sagrado apagado en 410 por Alarico y los visigodos hasta la destrucción, en 1084, por los normandos de Roberto Guiscardo, llamados a socorrer al papa Gregorio VII contra Enrique IV de Alemania, desde la iglesia de San Clemente, a dos pasos

del Coliseo, llenaría más volúmenes de los que podrían recorrer todos los sabios del planeta Urql. Solo el saqueo de 1527…

—Francamente —dijo A—, ese saqueo empieza a…

—Es la historia… nos mantendría en vilo meses y años. Tendremos que conformarnos con marcar en el informe el nombre del general que comandaba, bajo las murallas de Roma, las tropas de Carlos V. Pero apuesto que, bajo ese alud de guerreros y de papas, ya lo olvidaste.

—¿Me tomas por un imbécil? Es el condestable de Borbón.

—¡Ahí sí que te felicito! Pero ese condestable de Borbón… ¡Uyuyuy! Es como los sentimientos de Marie bajo el paraguas de seda de la rue du Dragon. Nos reenvía al mundo entero. A sus veinticuatro años, recibe la espada de condestable de manos del rey de Francia. Tiene veinticinco años en la batalla de Marignano, en la que da pruebas de una valentía que rápidamente se vuelve legendaria. Conde de Montpensier, de Forez, de Mercœur y de Clermont, delfín de Auvernia, príncipe de sangre, dueño de inmensos dominios, obtiene unos días después de la batalla de Marignano el título de virrey del Condado de Milán. «Si tuviese tal súbdito, le dijo a Francisco I Enrique VIII de Inglaterra, poco después del campo de la Tela de Oro, no le dejaría mucho tiempo la cabeza sobre los hombros». No es imposible que Luisa de Saboya, la madre de Francisco I, se haya enamorado de él y que este se haya obstinado en rechazar sus galanteos. Despojado de sus bienes por una razón y otra, pasa al servicio de Carlos V, quien es enemigo de Francisco I y el rey hizo repintar de amarillo (era el color de los traidores) la pesada puerta de madera de su residencia en París. En la noche de una batalla de la que te ahorraré el nombre se topa, para su desgracia, con Bayard, el caballero modelo, el valeroso e intachable, a punto de morir. Cubierto de sangre, apoyado en un árbol, Bayard, en el momento de expirar, avergüenza al condestable renegado por su conducta e ilustra la idea de patria. Es una imagen que por mucho tiempo arrulló a los niños de mi país, al igual que el jarrón de Soissons, el pantalón del rey Dagoberto que se había puesto al revés, el penacho blanco de Enrique IV, «el estado, soy yo» de Luis XIV, Danton gritando, en la tribuna de la Convención nacional: «¡Audacia, más audacia, siempre audacia!» y los soldados de Verdún bajo los obuses del Káiser.

—¿Lugares comunes?, —preguntó A.

—Puede ser. Pero antes que nada imágenes, relatos y quizá, casi, ya esbozos de novelas. Tres años después del encuentro con Bayard muriendo, en el momento en que se impulsa hacia la escalera que acaba de apoyar sobre

las fortificaciones, el condestable de Borbón, a su vez, es muerto en los muros de Roma, poco antes de la caída y del saqueo de la ciudad, por un disparo de arcabuz hecho desde lo alto de las murallas. ¿Y ese disparo de arcabuz, quién lo hizo en esa bella mañana de 1527? ¿A que no adivinas? ¿A que no adivinas para nada?

—Las adivinanzas no son lo mío —me dijo A con humor.

—Era, según sus Memorias, un aventurero genial, un amigo de Clemente VII y de Francisco I, un gigante a la par con los más grandes, que era escultor, orfebre, escritor y soldado y del que, todavía hoy, todos pueden ir a ver, en Florencia, en la Loggia dei Lanzi, en la Piazza della Signoria, a dos pasos de los Uffizi, la famosa estatua de bronce que representa a Perseo sosteniendo la cabeza de Medusa. Llevaba por nombre Benvenuto Cellini.

—¿Con dos *eles*? —preguntó A.

—Con dos *eles*. Tenía, hay que decirlo, tanta imaginación como genialidad y mentía sin vergüenza alguna. Es otro francés, Filiberto de Chalon, príncipe de Orange, quien le sucede a nuestro condestable al frente de los ejércitos imperiales que están sitiando Roma, y que toma el castillo de San Ángel, le impone a Clemente VII las más duras condiciones y que deja sus lansquenetes saquear hasta el último rincón la capital del universo. Así, tres veces en menos de dos milenios, a pesar de las ocas que piaban, de las fulminaciones de los papas y de las fanfarronadas de los orfebres encaramados en las murallas, gente de mi país…

—¿Me lo recuerdas…?, —murmuró A.

—Francia… allá, hacia el oeste, ahí donde se pone el sol sobre el viejo continente… habrán asolado Roma: Breno con sus galos, Roberto Guiscardo con sus normandos, Filiberto de Chalon con sus lansquenetes de acento germánico. Habrán destruido Roma con más éxito y más convicción que todos los vándalos y todos los visigodos que sobre todo soñaban con integrarse a un imperio cuya grandeza los fascinaba y del que envidiaban las riquezas.

—¡Uf!, —exclamó A—. ¿Qué tal si vamos a tomarnos algo?

Se convertía en hombre, cada vez más.

X. ¿Cuándo nos iremos?

—Tienes razón —le dije a A—. Todas esas historias de lansquenetes, de escultores y de pintores, de papas, de condestables, nos importaban un comino. Partíamos, Marie y yo. Le dábamos la espalda a la historia. Nos tapábamos las orejas. Ya no queríamos saber nada. Dejábamos las grandes ciudades que has sobrevolado y sus agitaciones. Estábamos hartos de la multitud, del ruido, de la fatiga, del aburrimiento y de las repeticiones de la vida de cada día. Estábamos hartos del trabajo, de la lluvia, de correr tras el dinero, con la gente machacona, a la sombra de las modas y de las intrigas, sin nunca cansarse. Teníamos ganas de otra cosa. Queríamos otros lados. Teníamos grandes partidas insatisfechas en nosotros. Queríamos cambiar de vida. Los hombres se pasan la vida queriendo cambiar de vida. Siempre esperan algo. La felicidad cuando no la tienen. Novedad cuando la tienen. No podíamos, como tú, echarnos al espacio y partir hacia otros mundos. Nos quedábamos en el nuestro. Íbamos hacia el sur. Hacia el sur de Francia. Hacia el sol. Quise mucho al sol. Brillaba con mil fuegos que esparcían la paz. Me arrancaba del tumulto, de la complicación, de los balbuceos de la historia. Me devolvía al silencio. Me devolvía a mí mismo.

¡Sol, sol!… ¡Culpa resplandeciente!
Tú, sol que a la muerte enmascaras
Bajo el azul y oro de una tienda
Donde celebran consejo las flores
Por entre impenetrables placeres,
¡Tú, el más fiero de mis cómplices
Y de mis trampas, la más aguda,
Impide a los corazones que sepan
Que el universo solo es un defecto,
Allí en la pureza del no-ser!

Gran sol que despiertas el ser
Y lo acompañas con fuegos,
Tú, que entre los sueños lo encarcelas
Y tramposamente lo pintas de campiñas,
Hacedor de felices fantasmas
Que sujeta a los ojos
La presencia oscura del alma,

Siempre me ha gustado la mentira
Que expandes sobre el absoluto,
¡Oh rey de las sombras hecho de llamas![6]

—¿Qué es eso?, —preguntó A levantando una ceja.

—Es un poema. Es poesía.

La poesía no tenía significado alguno para A. Vivía en la poesía, estaba permitido sostener que se confundía con ella, pero la poesía de los hombres, es decir, antes que nada la poesía de las palabras, de esa lo ignoraba todo.

—Son palabras —retomé—. Y nada más. Es un lenguaje. Pero escogido con cuidado, puesto en cierto orden, sometido a reglas variables, aparentemente arbitrarias pero siempre rigurosas, y el más elevado de todos.

Honor de los hombres, Santo Lenguaje,
Discurso profético y engalanado
Bellas cadenas en las que se atrapa
El dios en la carne enloquecido.

¡Iluminación, vastedad!
¡He aquí el hablar de una Sabiduría
Y el sonar de una augusta Voz
Que sabe cuando suena
No ser la voz de nadie
Más que de las ondas y de los bosques![7]

—No está tan mal —me dijo—. Enséñame cómo lo hacen. Habrá que mencionar en el informe que los hombres suelen servirse de las palabras como de una especie de música que produciría un sentido, pero en el que el sentido, interrúmpeme si me equivoco, me parece muy lejos de ser un todo.

Le hablé de Ronsard, de Racine, de Shakespeare y de Goethe, de Baudelaire, de Verlaine, de Heine, de Apollinaire. Le dije que había poemas para superar el tiempo y para pasar de época en época en la memoria de los jóvenes.

Yo te doy estos versos a fin de que, si mi nombre
Aborda afortunadamente las épocas lejanas,
Y hace soñar una noche los cerebros humanos,
Navío favorecido por un gran aquilón,

Tu memoria, semejante a las fábulas inciertas,
Fatigue al lector como un tímpano,
Y por un fraternal y místico eslabón
Quede como pendiente de mis rimas altivas[8].

—Está bastante bien —me dijo A.

—¿Bastante bien? Clarín corneta.

—¿Es tuyo?

Dudé, lo confieso. No hubiera detestado, aun a costa de una impostura y de una usurpación, brillar un poco a los ojos de A, quien me trataba, me parecía, con un dejo de atrevimiento. El sueño de una gloria póstuma pasó sobre mí como tromba. Pero poco le convenía a un muerto mentirle a un espíritu. Sobre todo si la mentira podría inscribirse para siempre, circular, por los siglos de los siglos, en lejanas galaxias.

—No —dije—, no es mío.

—¡Ah!, —me confió enseguida con simplicidad—: cuando tú hablas, es más bien ordinario y poco digno de interés. Pero cuando un poeta se expresa por tu boca, casi tendría ganas de convertirme en hombre.

Reprimí el agradecerle demasiado calurosamente esa prueba de fraternidad que me honraba. Se calló un instante.

—Me pregunto —retomó—: ¿de dónde proviene esa suerte de felicidad que siento al escuchar tus poemas?

—Es misterioso.

Le hablé de las sílabas largas, de las cortas, de los dáctilos, del espondeo, de los pies, de las rimas, de las cesuras, de los hemistiquios, del ritmo. Agregué que la poesía no se justificaba más que por sí misma. No tenía, como la verdad, ningún otro juez que su propio resplandor. No estaba hecha para ser explicada, estaba hecha para ser leída y para ser recitada. Estaba hecha para hacer perder la cabeza y los corazones y para dar vértigo. Era un delicioso veneno y una embriaguez del alma. Era las montañas rusas y los columpios de la literatura.

—Es cierto —me dijo—. Casi me siento algo mareado de tanto vaivén sobre esos raudales de armonía.

—No vayas sin embargo a imaginar que hay algo mecánico en esos transportes tan bien regulados. Ni los alejandrinos, ni los octosílabos, ni los pies, ni la rima son indispensables para el placer que sientes. Lo que hace la poesía es un secreto equilibrio entre el fondo y la forma, que por demás no se distinguen; es…

—Entonces —interrumpió con algo de impaciencia—, no los distingamos.

—… Es la carga de pasión acumulada bajo las palabras, es su color y su peso, es su sentido y su sonido, es la sorpresa mezclada a la espera, es quizá hasta lo que no se dice aún más que lo que se dice.

—La poesía tal como la describes y como yo la entiendo me parece muy superior a la insípida prosa de la que te sirves sin ton ni son. ¿Por qué, en nuestro informe, no renunciar a la prosa en beneficio de esa poesía que podría suscitar en Urql sentimientos de asombro y quizá de placer?

—La poesía —le dije— es una ceremonia. Es un juego, una pasión, una exigencia de rigor, un impulso hacia otra cosa. Exige mucho esfuerzo y algo de solemnidad. No la usamos en nuestras relaciones cotidianas con los demás hombres para preguntar nuestro camino, para contar nuestro oro, para preparar un informe, para dar instrucciones o informaciones del orden de las que, gracias a ti, se encaminarán hacia Urql. Recurrimos a ella en las exaltaciones de las penas y sobre todo del amor.

—¡Otra vez el amor!, —dijo—. Me hastía un poco. Y siempre palabras. Dime entre nos, ¿en tu Tierra hacen otra cosa más que el amor? ¿Y otra cosa que palabras?

—Muchas otras cosas —le dije—. Y quizá demasiadas. Te hablaré de los puentes, de los castillos fortificados, de los coches, de los cañones, de los barcos sobre el mar que ya has visto, de las ruletas de casino y de las máquinas de coser. Pero la poesía, que está fuera del alcance del común de los mortales y que tanto me rebasa, no es otra cosa más que amor expresado por palabras. La poesía es un arte y ya te he indicado que el amor estaba en el corazón del arte. La música es amor, la pintura es amor. La poesía también es ante todo amor. A menudo mezclado con la tristeza, con la añoranza, con la melancolía. Un poco de penas y de amor llevados por las palabras.

En el mes de mayo, en su joven tallo,
Recién nacida parece la rosa;
Por su color el sol se llena de celo
Y la rocía con lágrimas del alba.

En su hoja duerme la gracia del amor,
Su olor encanta las sendas del parque;
Del sol y del agua enfrenta el ardor,
Pronto se marchita, se cierra y muere.

Eras la belleza en su primavera

Homenajeada en cielo y tierra;
Te mató la Parca y en paz descansas.

De ti me despido con lloros y llantos,
Te quiero ofrecer flores a manojos;
Que se quede vivo tu cuerpo de rosas[9].

—¡Ah!, claro… —dijo A—. Me parece que incluso en Urql…
—Sí, sí, incluso en Urql…

Ellos tienen esa grande y misteriosa repugnancia del alma
Por nuestra carne culpable y por nuestro destino:
Ellos tienen, seres soñadores, no más que un azul reclamo,
Yo no sé qué sed de morir la mañana.

¿Cuándo iremos ahí donde ustedes están, palomas,
Donde están los niños muertos y las primaveras en fuga,
Y todos los queridos amores de los que somos las tumbas.
Y todas las claridades de las que somos las noches?

¿A ese gran cielo clemente donde están todos los dictados,
Los amados, los ausentes, los seres puros y dulces,
Los besos de los espíritus y las miradas de las almas?
¿Cuándo iremos nosotros ahí, cuándo iremos?[10]

A escuchaba sin decir palabra, las alas replegadas.

—Para mi gusto —dijo— es demasiado elocuente. Y quizá un poco ampuloso.

Pero agregó en tono de confesión que de pronto el mundo le parecía menos indigno que los espacios infinitos que había atravesado. Los paraguas se desvanecían. El saqueo de Roma también. Los papas Clemente se apartaban. El condestable de Borbón se alejaba en silencio. Y los hombres lo asombraban.

—Son los cantos —le dije—, del amor y de la muerte. Los hombres le tienen miedo a la muerte, pero la vencen por el amor y las palabras.

—Me parece —me dijo— que solo son grandes renunciando a esta Tierra que tanto les importa. Qué suerte la tuya el haber dejado de vivir. Los hombres no cesan de ser ridículos, porque he de confesarte que me parecen

serlo, en la vida de la que me hablas, más a menudo que de buen juicio, aspirando a la muerte, que es el segundo y el único y verdadero nacimiento.

—No lo creo. Para todos aquellos que han conocido el sufrimiento y la vida, estar muerto, claro está, es una inmensa ventaja. Pero vivir antes de morir tampoco está tan mal. La vida también puede ser bella. No partamos enseguida. Tardémonos un poco más sobre esta Tierra despreciable de repugnantes maravillas.

Ella estaba descalza, despeinada,
Sentada, los pies desnudos entre los juncos inclinados;
Yo, que pasaba por ahí, creí ver un hada
Y le dije: ¿Quieres venir a los campos?

Ella me miró desde esa mirada suprema
Que tiene la belleza cuando hemos triunfado sobre ella
Y le dije: ¿Amas? Es el mes en que uno ama,
¿Quieres que vayamos bajo los árboles profundos?

Ella se secó los pies en la hierba de la ribera,
Me miró considerándome por segunda vez,
Y la juguetona belleza quedó pensativa.
¡Oh, cómo cantaban los pájaros al fondo del bosque!

¡Cómo el agua dulcemente acariciaba la ribera!
Yo vi venir hacia mí, desde los verdes juncos,
A la bella hija dichosa, asustada y salvaje,
Con el cabello sobre los ojos, y una sutil sonrisa[11].

—Con gusto apostaría, pobre amigo mío —me dijo riendo con aire algo obligado, que piensas en Marie.

—Por supuesto. Cuando pienso en la vida, no pienso en Galileo, ni en Benvenuto Cellini, ni en la mecánica de fluidos, ni en la batalla de Farsalia, ni en la reproducción de las fanerógamas vasculares, ni en ninguno de esos mecanismos que he intentado describirte para hacerte comprender este mundo. Cuando pienso en la vida, mi querido A, el mundo me importa soberanamente un comino. Cuando pienso en la vida, es en Marie en quien pienso. Antes de irme para siempre y de toparme contigo encima de la Aduana de Mar…

—Y me felicito por ello todos los días, a pesar de que seas un malandrín.

—Yo también —le dije—, a pesar de no ser poeta.

—No te ofendas. Estoy más que dispuesto a creer que no eres peor que los demás. Y tu prosa es muy aceptable. Da sobre el mundo y los hombres informaciones muy útiles. Tendrá, estoy seguro, un rotundo éxito en Urql.

—Lo celebro —le dije—. Ya me veo en Urql bajo aplausos… partía con Marie, lejos de la rue du Dragon y de sus paraguas. Toda mi vida soñé con partir. Y de partir a otra parte. Menos en busca de otra cosa que en mi propia búsqueda. Nuestra existencia está llena de encantos, y a veces de delicias. Pero nos parece menos absurda que a ti. De mi nacimiento a mi muerte, en la alegría y en las penas, he sido perseguido por un refrán que los espíritus no conocen y que les es propio a los hombres, estupefactos de ser echados a su pesar, para bien o para mal, en el espacio y en el tiempo: era la canción del *y para qué*. Mi demonio más familiar llevaba por nombre *y para qué*. ¿Y para qué agitarse? ¿Y para qué vivir? E incluso, algunas veces, y era la peor y la más cruel de las canciones, ¿y para qué amar y para qué ser feliz? Solo estaba el *otra parte* para combatir el y para qué. Estaban las carreteras, las islas, las playas, las pequeñas ciudades desconocidas a las que llegábamos de noche. Eran los antídotos al y para qué. El mundo era bello. Era tan bello como Marie del que era, a mis ojos, el símbolo y la imagen. Se confundía con ella. Fui a pasearme con Marie a través de este planeta que irás, en algunos días, a contarle a la gente de Urql.

Huíamos de la historia, que siempre estaba haciéndose e invadiéndonos. La historia nos alcanzaba. Nos hemos pasado el tiempo siendo alcanzados por el tiempo que pasaba. Había guerras, ruinas, revoluciones, tifones. Había periódicos para informarnos de ellos. Había desgracias y crímenes por todos lados, incendios, traiciones, niños que morían. Es necesario, de vez en cuando, para intentar sobrevivir, desviarse de la historia. Echábamos fuera la desgracia de los demás para hallar nuestra felicidad. Éramos el uno para el otro un teatro ya bastante grande.

El ardor del carbón alumbra la noche
Y el atardecer enciende el balcón.
Dulce es tu seno, blando mi corazón,
Nuestros cuerpos dicen eternas palabras,
El ardor del carbón alumbra la noche.

¡Qué hermosos son los soles en las cálidas tardes!
¡Qué profundo el espacio! ¡Qué potente el corazón!
Inclinándome hacia ti, reina de las adoradas,

Yo creía respirar el perfume de tu sangre.
¡Qué hermosos son los soles en cálidas tardes!

La noche profunda nos encierra vivos.
En la oscuridad lucen tus pupilas,
Mis labios beben tus tiernos venenos
Y tus pies descansan en mis manos tranquilas.
La noche profunda nos encierra vivos[12].

Caminaba con Marie por las playas desiertas, por las orillas de los grandes ríos, por las plazas, de noche, alumbrados por la luna. El mundo se cerraba sobre nosotros: sobre Marie y sobre mí.

—No entiendo bien —me dijo A— la ventaja, sobre su Tierra, de ser dos en vez de uno. Me parece que la historia, de la que tanto querías huir, comienza a partir de que están dos.

—Es cierto —le dije—. Ya he notado que eras muy inteligente y que comprendías muy rápidamente lo que sucede sobre este planeta del que desconocías todo hace apenas unas horas. Te contaré, si tenemos tiempo, cómo, al principio de todo, la historia empezó con Adán y Eva que no dejamos de imitar desde que el mundo es mundo y que no eran más, hace mucho mucho tiempo, que la primitiva imagen de Marie y mía.

—¿Hace cuánto tiempo?, —preguntó A.

—Algunos millones de años. Quizá tres. Quizá cinco.

—¿Es mucho?, —preguntó A.

—Mucho para nosotros —le dije—. Es excepcional que los hombres vivan más allá de cien años. Muchos mueren a los sesenta años, a los cincuenta, a los treinta. Sin siquiera hablar de los soldados, cuyo destino es hacerse matar lo más pronto posible, ni de los niños pequeños, que por mucho tiempo no han sido más que difuntos en potencia, muchos grandes genios, pintores, profetas, matemáticos, reyes, murieron alrededor de los treinta años.

—Me darás los nombres —dijo A.

—Te los daré. Me recordarás a Pico della Mirandola, a Galois, a Giorgione, a Alejandro, a Jesús.

—Pico della Mirandola —repitió A con un esfuerzo que lo hacía entrecerrar los ojos—. Galois. Giorgione. Alejandro. Y Jesús.

—Pero tres millones de años es muy poco para la vida y sobre todo para la Tierra. La vida tiene algo así como cuatro mil millones de años. Y la Tierra, cinco mil millones. Debes saber, para el informe…

—Estoy anotando —me gritó A—, estoy anotando.

—… Lo que son mil millones. Y, mucho más allá de esta Tierra que viniste a visitar, el viejo universo, al que perteneces al igual que yo, puesto que incluso los espíritus puros están ligados a lo que es y a lo que hubiese podido no ser, tiene quince mil millones de años.

—No sé quién es Adán y no sé quién es Eva. Pero me imagino que los problemas empezaron con ellos, y por ellos, y que de ellos descienden los condestables y los paraguas. Me temo que Marie no haya sido para ti más que la suma de muchos problemas que, solo Dios lo sabe, ¿quizá porque estás enfermo?, ¿quizá por creerte muy listo?, disimulabas como felicidad. Por más que lo piense, me cuesta mucho trabajo imaginar por qué estabas con ella. ¿Quizá hablabas con ella, como hablas conmigo, del destino del mundo y de los hombres?

—Para nada. No hablaba. O muy poco. La besaba.

—Bésame —dijo A con cierta brusquedad.

—De ninguna manera. Tendría que estar loco. Un muerto no besa un espíritu. Yo besaba Marie. Porque estaba viva. Y porque yo estaba vivo.

—Pero habrá, para el informe, que…

—Me importa un bledo tu informe. Arréglatelas como quieras. Con tu físico de ángel deberías poder encontrar un mortal todavía vivo que podrás besar para enriquecer tu informe. Yo… yo besaba a Marie. La besé mucho. La tomaba en mis brazos, la estrechaba contra mí. Y lo más duro de mi muerte es que ya no puedo estrecharla contra mí y son otros los que la toman en sus brazos.

—¿Rodolphe?, —preguntó A.

—No sé. Déjame en paz. Rodolphe, para nuestro informe, no tiene el más mínimo interés. Besé a Marie en esas ciudades de Italia que has visto pasar bajo tus ojos. En Roma, en Siena, en Florencia, en Venecia. En la terraza de Pienza de donde la vista se extiende, más allá de los olivos, hasta Montepulciano. En Todi donde, en la plaza, hay grandes escaleras que suben hacia una iglesia y un viejo palacio. Besé a Marie sobre la arena de esas islas griegas que sobrevolamos. Llevaban nombres que estaban hechos para el amor: Skyros, Skiathos, Skopelos, Amorgos, Kalymnos, Symi, Kuphonissia, Skinussa… Cuando pasábamos por encima de ellas, te hablaba de Aristóteles, de Tucídides, de Jenofonte, de Herodoto, pero solo pensaba en Marie. Y en nuestros besos sobre la arena que el mar recubría.

—¡Vaya idea!, —dijo A—. Me temo que la gente de Urql se burle mucho de ti. Y quizá de mí, aprovechando la ocasión. Y debo confesarte, mi pobre O,

que, en ese mundo tan trágico y tan lleno de cosas inauditas que hablan de eternidad, tus besos me consternan.

—Pasa que no sabes, mi pobre A, lo que es un beso. Es lo que nuestros miserables cuerpos mejor inventaron para tratar, como puedan, de olvidar su desdicha y de subir hacia el amor. Los pintores, los músicos, los poetas, los escultores…

—De ellos —dijo A—, porque saben que la vida es solo una imagen provisional y degradada de la muerte, haré que su memoria sea venerada por la población de Urql.

—Pues bien, nunca han dejado, en ese mundo que te esfuerzas por comprender y sobre el que trata tu informe, de soñar con el amor, que es una fuerza tan oscura y tan irresistible como la necesidad o el tiempo. Dos sueños dominan a los hombres: la religión y el amor. La religión reina sobre la muerte. Y el amor sobre la vida. Tan lejos como puedas remontar la historia de esos hombres encontrarás huellas de la imagen que se hacen de sus dioses y de su desconocido porvenir. Y huellas de sus pasiones, de las cuales el amor es la más viva. Porque era un hombre, me dediqué mucho, cuando estaba vivo, al amor con Marie. Y partí con ella. Y nos paseamos juntos en ese mundo que quieres conocer.

—Me hubiera gustado pasearme con ustedes.

—No te hubiéramos aceptado —le dije—. Queríamos estar solos. Partíamos para estar solos. Para salir de ese mundo en el que quieres entrar. Cuando partíamos solos, los dos, para Venecia, para Todi, para Granada y Symi, para el Mediterráneo entero, partíamos hacia ninguna parte. Era ninguna parte, pero mejor. Y queríamos estar solos en esos ninguna parte de ensueño. Sin embargo había, es cierto, en nuestro amor y en nuestra soledad, inagotables multitudes de arquitectos y de santos, de jardineros y de pintores: habían hecho ese mundo en el que íbamos a perdernos. Estábamos solos, dos, en medio de los cipreses, de los olivos, de los claustros. Y sombras invisibles caminaban a nuestro alrededor. Tenemos todos, naturalmente, una pesada historia tras nosotros. Tenía un padre y una madre, un oficio, amigos, recuerdos, ambiciones. Marie también tenía un padre, una madre, una abuela, un gato, temores y esperanzas.

—¿Me hablarás de eso?, —dijo A—. Tendría, para el informe, que saber casi todo de tu oficio, de tus amigos, de las familias de los dos y del gato de Marie.

—Te hablaré de eso. Será algo rudo, me temo, y no sé muy bien cómo hacer para presentarte en tres días la filosofía de Aristóteles y el gato de

Marie. El gato se llamaba Foutinou. El sistema de Aristóteles es un poco más complicado. Tú todo quieres aprenderlo. Nosotros, todo queríamos olvidar. Pero el saber y el olvido están mezclados sobre esta Tierra como lo lleno y lo vacío, y lo negro y lo blanco, y el amor y el odio. Las calles, las plazas, las iglesias donde nos escondíamos estaban todas hechas de historia. Los mares que navegábamos, la arena de las playas donde dormíamos habían visto pasar, siglo tras siglo, peregrinos y conquistadores. Ningún hombre es una isla y estamos todos vinculados al mundo con innumerables vínculos. «*Never send to know for whom the bell tolls: it tolls for thee*».

—¿Y eso qué es?, —preguntó A.

—Es inglés. Otro idioma como el latín, y que todavía hoy se habla por todo el planeta.

—¿Más ampliamente que el francés de Ronsard y de Hugo?

—Sí —dije—. Más ampliamente. «Nunca hagas preguntar por quién doblan las campanas: es para ti».

—Creo recordar que Inglaterra es una isla.

—Es una isla. Pero incluso la gente de las islas tiene vínculos con el mundo. Porque nadie se escapa: ni los viajeros, ni los ingleses, ni los ermitaños, ni los amantes, ni siquiera Marie y yo. Esos vínculos nos fabrican y nos pesan. Todos somos Juan Pueblo para quien no cesan de doblar las campanas y tenemos todos, en un rincón del espíritu y del corazón, el sueño de un Robinson, lanzado por el destino hacia riberas desérticas y que no dependería de nadie. Somos todos un poco como la paloma de Kant, que se imaginaba que volaría aún mejor si el aire no la molestara. Aprovechábamos la historia, Marie y yo, y luego la rechazábamos para quedarnos solos los dos.

—Ya entiendo —dijo A—. El mundo respira. Late como corazón. Se abre y se cierra.

—Se abre, se cierra; sube, baja; avanza, recula; va hacia una dirección y hacia la otra. El mundo es antes que nada el reino de la contradicción y de la confusión. Debes aprender que todo puede decirse de él. Quizá solo haya una cosa que siempre toma la misma dirección y de la que no se puede decir nada: es el tiempo. Todo se mueve, todo cambia, todo se transforma, solo el mundo permanece. Solo el tiempo dura. El tiempo es una catástrofe nacida de la eternidad, y es tan simple como ella. Todo lo demás bajo el sol, y antes que nada los hombres, sus pensamientos, su famosa psicología, sus obras, sus amores, es una formidable máquina sin cola ni cabeza, que no sabemos cómo tomar, del que podemos decir cualquier cosa y en el que el espíritu de los hombres, y de cada hombre en particular, trata, pero siempre en vano, de

introducir un poco de orden. Lo inaudito con nosotros, trata de entenderlo y anótalo en letras de fuego en tus apuntes de sueño, es que, lanzados por Dios sabe quién en un suburbio alejado y menor del universo estrellado, los hombres casi no son nada…

—En efecto —dijo A.

—… Y que el mundo, y el universo, y el sol, y todas las galaxias hasta Urql y más allá giran sin embargo a su alrededor. Y alrededor de cada uno de ellos.

—¡Vaya pues!, —dijo A.

—Hubo, en el mundo y en la historia, millones y millones y miles de Marie. Y hubo millones y miles de mí. Un milagro más grande que el milagro del paraguas que tanto te asombró, es que a través de todo el universo, desde siempre y para siempre jamás, sin embargo solo hay un yo. Nunca hubo ningún otro. Nunca habrá otro. Y soy yo. O era yo.

—Anoto —dijo A—: el único yo eres tú.

—Pero cada tú es también un yo. Es el fundamento de toda moral y de toda metafísica.

—Trataré —murmuró A, que parecía agobiado—, de explicar esos misterios a los que me enviaron a este palacio de espejos que llaman mundo.

—Cada uno de esos hombres que aspiras conocer para hablar de ellos en Urql es antes que nada algo único y para siempre irremplazable: es antes que nada él mismo. Y cada uno de esos él mismo también es un yo mismo: un poco de conciencia y de libertad. Estamos todos y cada uno en el centro de nuestro mundo. Estamos todos y cada uno en el centro del universo que has atravesado.

—¡Ah! ¡Ah!, —dijo A.

—Partíamos, mi querido A. El mundo daba vueltas a nuestro alrededor, y alrededor de nuestro amor. Era pura felicidad. Incluso en el interior de un mundo que nadie deja jamás, partir es una gran felicidad. Mucho amé partir. Mucho amé el mundo. Mucho amé a las mujeres, las carreteras, los paisajes. Mucho amé el placer. Mucho amé el amor.

Amaba, Señor, amaba, quería ser amado[(13)].

—¿Y ella te amaba?, —preguntó A.

—Uno nunca sabe. Eso parecía.

—Me pregunto —dijo A en tono soñador—: si hubiese sido un hombre, y si hubiese sido mujer, ¿habría amado a un tipo como tú? ¿Le hubiese sido fiel?

—Le hice la pregunta —le dije.

¿Y?

—¿Y… qué?

—¿Contestó?

—Sí. Me contestó.

—¿Y qué te contestó?

—Me murmuró una cosa que parecía una canción.

—¡Pero qué pesado eres! Nuestro trabajo no avanza. Como que te estás alargando a propósito. ¿Cuál cosa? ¿Cuál canción? Tendrán que aparecer, lo quieras o no, en el informe.

—No siempre se puede correr —le dije—. Déjame descansar un poco. Nada atrasa tanto como el peso de los recuerdos. Era algo así:

Fiel, elegí permanecer;
Por nada, por escapar del tiempo,
Para sentir el dulce placer
De la vida en los brazos del amado[14].

XI. Borrón y cuenta nueva

—Mi querido O —me dijo A—, lo que me cuentas de ti mismo me deja tan a oscuras como lo que me cuentas del mundo. Me parece que las palabras que juntas con tanta buena voluntad para explicarme la Tierra bien podrían dejar su lugar a otras y que hay algo de arbitrario en tu discurso.

—¿Arbitrario?, —exclamé.

—De accidental, de intercambiable, de aburrido, de inútil. No me sorprende mucho la melancolía que a veces parece invadirte: pareciera que la vida solo está hecha de azares.

—Es la vida. Es la historia. Si llevamos a cabo bien nuestro informe para Urql, formará parte para siempre de la historia de ese mundo donde azar y libertad son los nombres temporales de la necesidad. La historia es necesaria, inmutable, de cabo a rabo racional y lógica. De ninguna manera puede ser diferente de lo que es. Y es accidental, azarosa e inútil.

—Te compadezco —me dijo—. Qué cosa tan fea es vivir: es como gastar pólvora en infiernitos. Me afirmas que Roma fue tomada, ya no recuerdo bien cuándo…

—En 1527.

—¡Ah!, sí, es cierto, en 1527… por lansquenetes germánicos comandados por un francés y que siempre te gustó mucho estar en otra parte que en la que estás. Todo esto, te lo concedo, es del más alto interés. Pero lo podríamos omitir sin perjuicio alguno. ¿No seguiría el mundo siendo mundo sin Clemente V o VI, o incluso sin Clemente VII que tanto alardeas? De lo que más carece tu relato es de la necesidad. ¿Por qué algo en lugar de nada? Pero también: ¿por qué esto o aquello en lugar de otra cosa? No le entiendo casi nada al condestable de Borbón, a Benvenuto Cellini, a Marie y a ti.

—Me daría mucha pena que tu estancia sobre esta Tierra por la que yo también pasé se saldara con un fracaso. Tienes que meterte en la cabeza que todo en ella es inútil y que todo en ella es necesario. Los paraguas y Marie y las reglas del juego del fútbol tanto como Clemente VII y Benvenuto Cellini. Borrón y cuenta nueva.

—Cuenta nueva —me dijo con cansancio mezclado de sumisión.

—Vuelvo a empezar. Hay, en el espacio y en el tiempo, algo que se llama el mundo. Y hay, en ese mundo, algo que se llama la vida. Y hay, en esa vida, algo que se llama la historia. Y en la historia estoy yo.

Fui, en los días de mi vida, un hombre entre los hombres. Es una prodigiosa oportunidad y una aventura sin igual. Pude no haber sido, no saber

nada del mundo, ignorarlo todo de los hombres. De ninguna manera. Tenía ojos para ver, orejas para escuchar, una lengua para hablar y otras herramientas varias para hacer bastantes cosas de las que hablaremos en su momento. Todo ello sugiere que hay algo que podemos llamar mundo, y que hay alguien en el mundo que es permitido llamar yo. O quizá que esté yo, y el mundo a mi alrededor.

Muchos filósofos han pensado que el mundo y la vida no son más que un sueño. Un filósofo francés, llamado Descartes, empezó, como tú, por dudar de la evidencia de todo lo que parece tan evidente.

—¿Conocido, tu Descartes? ¿Importante, tu Descartes? Te lo pregunto para el informe.

—Muy conocido. Muy importante.

—¿Debo entender —insistió al garabatear el nombre de Descartes en la ausencia de palma de su ausencia de mano, algo así como Charlot escribiendo en el puño de su camisa—, que los filósofos franceses son los más importantes?

—No. Los más importantes, los atractivos, quienes más ideas lanzaron en el aire puro de la Hélade, fueron los griegos. Y después los alemanes, que son todos unos filósofos, músicos y soldados. Pero también los chinos. Los chinos son amarillos y son numerosos. Tuvieron un filósofo que llevaba por nombre Confucio, y otro de nombre Lao-Tsé que escribió un libro llamado *Tao Te Ching*. Inventaron la pólvora, la brújula, la porcelana para imitar el jade, la seda, los fuegos artificiales. Y comen arroz. Un filósofo chino que sueña con una mariposa se pregunta, al despertar, si no es una mariposa soñando con un filósofo. Nadie puede probar que lo que llamamos lo real sea otra cosa sino un sueño de coherencia sin falla. No es imposible que todavía estén en Urql y que el condestable de Borbón, y Benvenuto Cellini, su presunto asesino, y todos los paraguas de la rue du Dragon, y Marie, e incluso yo, quien te habla, no seamos otra cosa que un sueño. Y no es imposible que no esté para nada muerto y que la Aduana de Mar, y Urql, y tú mismo venido de Urql, y el informe que preparas con mi balbuceante ayuda, no sean otra cosa sino mi sueño.

—Puede que me sueñes —me dijo A—. Pero lo que es perturbador es que yo también sueñe. Y puede ser que sueñe, pero me parece que, entonces, tú también me sueñas.

—Nada más correcto. Merecerías ser alemán. O chino. O quizá incluso ser griego. Hay entre los espíritus, y permíteme, te lo ruego, incluirme entre ellos, ya que estoy muerto, una…

—Por favor —dijo A.

—Muchas gracias… una especie de diálogo y de correspondencia que le dan al mundo su profundidad y su realidad: sería por lo menos sorprendente que tanta gente soñara al mismo tiempo y pudiese intentar comprenderse intercambiando tantos sueños. O entonces una red de sueños tan bien coordinados merecería seguramente el nombre de realidad. Y hay otra cosa…

—¿Otra cosa?… —preguntó A reprimiendo un bostezo—. ¿Y qué es?

—Es el sufrimiento. Los hombres se frotan los ojos y se preguntan si están soñando ante una gran felicidad o ante mucha belleza. «¿Estaré soñando?», exclaman en las malas novelas. Y a veces incluso: «¿Acaso sueño?».

—«¿Acaso sueño?» —preguntó A.

—Sí. «¿Acaso sueño?». Y se pasan la mano por la frente, abrumados de estupor. Nunca se preguntan si el sufrimiento es un sueño. El sufrimiento ahí está. No le da la más mínima cabida a los fútiles juegos del espíritu ni a las sutilezas de la metafísica. El sufrimiento, en este mundo, es lo más absurdo que hay. Es también lo que nos permite no dudar de su realidad e interrogarnos sobre su absurdo. Siempre cabe la posibilidad de preguntarnos si, sí o no, somos felices. Es muy difícil negar un cáncer, o una esclerosis múltiple, o una bala en pleno pecho, o una pierna arrancada. Entre más grande es el placer, más ligero es el mundo. Entre más duro es el sufrimiento, más sólido es el mundo. El mundo existe y nosotros también, porque sufrimos.

—Esa sí es buena noticia —dijo A.

—¿De veras?

—Excelente. Todo lo que me contabas sobre Miguel Ángel y la rue du Dragon, e incluso tus poemas, que no eran desagradables, tenía algo de… ¿cómo decirlo?… arbitrario e impreciso. Veo de golpe, con gusto y claridad, cómo el dolor y las lágrimas los enraízan en su Tierra. Por fin seriedad después de tanta ligereza. Creo que el sufrimiento gustará mucho en Urql.

—Me alegra mucho.

—Imagino que el sufrimiento no perdona nunca a nadie.

—A nadie —dije—. Todo el mundo muere. Y morir no es divertido.

—¿No me digas?

—El sufrimiento, el dolor, la desgracia están sin embargo, si observas con atención, inequitativamente repartidos entre los habitantes de esta Tierra, que corre el peligro de aparecer ante las nobles almas de Urql como un modelo de injusticia. Hay hombres cuya vida es más fácil y placentera que la de otros.

—¿Quizá sea —dijo A— porque su mérito les valió felicidad?

—De ninguna manera. En el reparto de los sufrimientos y de los placeres reina el más completo desorden. Hay hombres cuya vida podríamos suponer feliz y hombres cuya vida no es más que una interminable caravana de sufrimientos. Y no hay justificación aparente a esa inequidad de destinos. Pero también hay filósofos…

—¡Otra vez!, —exclamó A.

—Son la sal de la Tierra: se interrogan así como tú sobre todo lo que no entienden, y no entienden casi nada, para sostener que el equilibrio se coloca por sí mismo en la vida y que aquellos con grandes sufrimientos también tienen grandes alegrías, mientras que todo les es insoportable a los que parecen conocer solo la felicidad. No solo para los espíritus es oscuro el mundo. Nada es más difícil, incluso para un hombre, que entender a los demás hombres. Y quizá, además, comprenderse él mismo Los hombres son para ellos mismos una suerte de infinita tarea: dominan al mundo y no se comprenden.

—¡Vaya!, —murmuró A—, es divertido.

—¿Divertido?…

—Digo… menos acongojante que de costumbre. Tengo el sentimiento, ¿acaso me equivoco?…

—¡Ah! ¡Bravo!

—… De que dices menos tonterías cuando hablas del sufrimiento que cuando hablas del amor. ¿He de considerar que el amor, por naturaleza, los vuelve estúpidos a ti y a los demás hombres? Claro está, nunca dejas, lo noté enseguida, de enhebrar sandeces. Pero me parecen menos abrumadoras cuando las cosas van muy mal que cuando van demasiado bien.

Le expresé, con términos escogidos, mi gratitud a A. Le indiqué en una palabra que él se reencontraba espontáneamente con la sabiduría de las naciones que postula que el hombre es tonto en la felicidad y divino en las lágrimas.

—Bueno —me dijo A—. Las cosas van mejorando poco a poco. Después de tus elucubraciones sobre todos esos papas Clemente…

—¡Pero es la historia!

—Pues allá ella —respondió—. No tiene ni pies ni cabeza.

—No estaría tan seguro.

—… Y después de tus locuras sobre Marie y sobre ti y sobre sus partidas hacia el sur sin sentido común, tu sufrimiento me calienta el corazón. Me alegro de ver a los hombres por fin buenos para algo que no sea de asquerosa futilidad y ligereza. ¿Sufren todo el tiempo?

—¡Que no! Por supuesto que no. Ya te expliqué que la vida está llena de encantos y que a la mayoría de los hombres les importa tanto como la niña de sus ojos, y con frecuencia más que cualquier otra cosa.

—¿Y qué hacen entre dos sufrimientos? ¿En qué se ocupan los hombres cuando no sufren? ¿Y cuando no duermen? Me imagino que no todos pueden ser papas, filósofos, condestables, lansquenetes o vendedores de paraguas. Me imagino que la obsesión por encaminarse hacia el sur para tomar Roma o por pasearse bajo el sol no es el principal resorte de sus actividades.

—No, no lo es. Los hombres trabajan. Tanto como el oro, o el amor, o la política, o el sueño, o la risa, o el aburrimiento, o todo lo que quieras y que nutre tantos sistemas siempre deseosos y siempre incapaces de resumir el universo, el trabajo es lo propio del hombre.

—Esa sí es novedad. ¿Y por qué trabajan?

—Para vivir. Para comer. Para ganar dinero. Para mantener su lugar en el mundo.

—Qué curioso —me dijo—. ¡Qué fastidio ser un hombre! ¿Tú trabajas?

—Ya no trabajo —le dije con una sombra de humor—. O ya no debería trabajar. Estoy muerto.

—Mejor para ti —me dijo—. Veo decididamente cada vez más ventajas en salir de esta vida plagada de tantas faenas. ¿Pero antes de morir y de conocerme, ayer, trabajabas?

—Por supuesto. Ayer, trabajaba.

—¿Y en qué, por favor?

—En lo mismo —le dije.

—¿En lo mismo que qué?

—Que hoy. Que lo que me haces hacer desde nuestro encuentro en la Aduana de Mar.

—¡Pero si no haces nada! O casi nada: hablas, colocas palabras una tras otra, enhebras ideas a la buena de Dios y las cambias en frases.

—Eso es lo que hacía —le dije—, mientras estaba vivo, antes de volver a hacerlo para echarte una mano.

—¿Es un trabajo?, —me preguntó.

—Lo es. Un tanto cuanto especial. Requiere esfuerzos, exige sacrificios, procura placer, genera dinero. No es imposible que dependa de alguna gracia. Es un oficio. Es un arte. Es casi una vocación.

—Los que hacen la guerra son soldados. Los que navegan son marineros. ¿Cómo se les llama, entre ustedes, a los que hacen lo que hacías?

—Porque se ve claramente que escriben para dejar huella de lo que dicen y de las ideas que les surgen, porque queda claro que pasan su tiempo escribiendo como estoy escribiendo en este momento a la atención de la gente de Urql, se les trata de escritores.

—¿Y piensas que está bien, sobre esta Tierra de la que sales y en la historia de los hombres, haber sido escritor?

—¡Ah!, —le dije—, es según se vea. Escribir es un arte fácil y de pura ejecución.

XII. A se molesta

—Pues bien, ahora que sabemos, y es de risa loca, que hay hombres sobre esta Tierra y cómo son, intentemos descubrir, para anotarlo en el informe, lo que hacen del tiempo que les es otorgado. Creo, si no mal recuerdo, porque la cabeza me da vueltas ante ese alud de inverosimilitudes y de contradicciones, que ese tiempo les es contado.

—El tiempo dura, y también pasa. Los seres y las cosas se van para ya no volver, cambian, se desvanecen, y el tiempo se los lleva.

—¿Adónde?, —preguntó A.

—Nadie lo sabe. Al pasado, al recuerdo, a la muerte, al olvido. La única cosa que subsiste en ese tiempo que transcurre es ese mismo tiempo, que no es nada, que lo es todo y que no tiene más forma que los seres que devora.

—Francamente, me cuesta mucho trabajo comprender los delirios que me cuentas. ¿Los hombres los comprenden?

—Ni siquiera se lo preguntan —le dije—. Viven en el tiempo como peces en el agua.

—¡Vaya pesadilla, una vida así de ilusión en la que su única libertad es explorar una cárcel de la que desconocen las reglas! ¿Y el tiempo nunca se detiene?

—No se detiene nunca para la vida que solo existe en el tiempo y que está unida a él por lazos indisolubles y por su ser mismo. Pero se detiene en cada uno de nosotros. Los hombres entran en el tiempo por el nacimiento y de él salen por la muerte: ese delgado lapso es el que constituye su vida, y la vida de cada hombre no es más que una minúscula fracción de la gran vida del mundo. Los hombres son llevados por un tiempo que sin embargo llevan en ellos y que circula en su sangre y en sus pensamientos. Se mueren por algo que forma parte de ellos mismos.

—Me alegro por ellos —me dijo.

—¿Te alegras por ellos?

—¿Te imaginas el horror de quedar para siempre atrapado en el tiempo? No desconfío menos del tiempo, he de decirlo, que del sexo y de los cuerpos. Sospecho que todo lo que me cuentas de la vida y de los hombres y que tanto trabajo me cuesta creer ya está en germen en ese mecanismo de desvanecimiento y de muerte.

—Tienes razón —le dije a A—. El tiempo se opone a la eternidad como la sombra se opone al sol. El tiempo es el lugar del accidente, del azar, de lo efímero, de la muerte. Es el lugar del cambio. Es el lugar de los encuentros.

Es el lugar de la historia y de la palabra porque es el lugar de la vida. La eternidad es el lugar de lo inmutable, del silencio y de la necesidad. Siempre eres igual a ti mismo, nunca has hablado más que conmigo, a quien conociste en el momento en que caíste en el tiempo arriba de la Aduana de Mar, y la vida de los hombres solo te parece ser el colmo de lo arbitrario.

—Los papas Clemente… —me dijo.

—Los papas Clemente y todo lo demás, y el mar, y el sol, y la Ciudad Eterna que terminará por morir, y los paraguas de la rue du Dragon, y yo mismo quien te habla, hubiéramos podido no ser. Somos accidentes surgidos de otros accidentes en el reino de lo arbitrario. Entramos en el tiempo que nos hizo existir. Tú, no existes porque eres eterno. Ahí donde hay tiempo, no hay nada eterno. Y ahí donde reina lo eterno, no hay ni tiempo ni vida. El tiempo y la eternidad son como esos personajes que, cada vez que suena la hora, franquean por turno, pero siempre separadamente, para golpear una campana de bronce, la puerta de los monumentales relojes de nuestras ciudades medievales. En el interior del tiempo, cuando es mediodía, no pueden ser las dos, y cuando son las cuatro, no puede ser medianoche. De igual manera, pero en el piso de arriba, no puede haber tiempo ahí donde hay eternidad y no puede haber eternidad ahí donde hay tiempo. Y sin embargo…

—¿Y sin embargo?

—Y sin embargo pareciera que el tiempo tiene un recuerdo de la eternidad. Hay en el tiempo como un sabor, como un perfume de eternidad. Un perfume pasado, desvanecido, errando en el recuerdo, en la melancolía, en las pasiones del amor y en la noche que cae sobre el mar o sobre las cumbres de las montañas. Cuando te hablo del tiempo de los hombres, no le entiendes ni pizca, y es lo más natural puesto que los hombres mismos, que están sumergidos en él, tampoco le entienden nada. Pero cuando me hablas de eternidad, hay algo en mí que se agita y se conmueve. El tiempo quizá no sea otra cosa más que eternidad degradada. «La luz es la sombra de Dios», decía un filósofo que terminó en la hoguera. El tiempo es sombra, la eternidad es sol. Pero para que haya sombra necesita haber un sol.

—¿Todos los hombres creen como tú que hay eternidad detrás del tiempo, una inmovilidad escondida tras el paso de lo efímero y algo esencial tras lo accidental?

—De ninguna manera —le dije—. Muchos hombres, y de los mejores, de los más ilustres, de los más grandes, están convencidos de que el tiempo no tiene necesidad de apoyarse en la eternidad. Creen que el tiempo y la vida salieron del azar y que la necesidad tomó el relevo de la nada. Piensan que la

eternidad es inútil para explicar el tiempo y que la necesidad está en el corazón de lo real.

—¿No se interrogan nunca sobre la necesidad de lo que pasa entre ustedes por la necesidad? ¿Por qué habría algo necesario en esa necesidad hecha solo de azares, de encuentros, de accidentes y de tiempo que pasa? ¿Por qué el efecto le seguiría a la causa y por qué la suma de los ángulos de sus triángulos euclidianos tendría que ser igual a dos derechos de toda eternidad? ¿Por qué, en todos sus triángulos rectángulos, el cuadrado de la hipotenusa tendría que ser, desde siempre y para siempre, igual al cuadrado de los otros dos lados? ¿Por qué sabrían por adelantado que el sol va a salir y que van a morir? La necesidad es otra cosa que una repetición a la que se habrían acostumbrado. No por la sola razón de que se levanta todas las mañanas, el sol se levantará mañana por la mañana sobre su Tierra. No es por la sola y frágil razón que todos los hombres de un pasado cuyo rumor los persigue terminaron por morir que también ustedes morirán. ¿Sospechas, verdad?, que detrás de su necesidad hay algo más fuerte que todas las rutinas de la constatación. Y que la necesidad que se despliega en el tiempo está enraizada fuera del tiempo. El sol se levanta y los hombres mueren porque la necesidad es un orden inmutable. Y la necesidad es un orden inmutable porque es el reflejo de un poder desconocido, oculto para todos los mortales, esa sí mucho más necesaria que su necesidad de pacotilla y de sustitución condenada a desaparecer al mismo tiempo que un universo al que la eternidad le es para siempre prohibida porque está inscrito en el tiempo.

—¡Caray, vaya parlamento!, —le dije a A—. Tú, cuando te aplicas… Me parece que los papeles se invierten y que me vuelvo, cual debe ser, el alumno de mi alumno.

—Por todo lo que es del tiempo y de la vida, sigo siendo tu discípulo —me dijo A—. Sabes que no le entiendo ni jota. Todo me tienes que enseñar. No sé nada de su Tierra, tan atiborrada de misterios que llaman evidencias. Nada, excepto que no pudo haber surgido de la nada por casualidad o por distracción, que el tiempo no es causa de sí mismo y que la historia de los hombres no es el centro del universo.

—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! Hablas como los ancianos de tiempos desvanecidos.

—No hago mucha diferencia entre ancianos y jóvenes ni entre siglos transcurridos y siglos todavía por venir…

—Es porque no sabes nada de uno de los más poderosos resortes de los hombres, y sobre todo de los hombres de hoy: el progreso. Desde hace unos siglos, la mayor parte de los distinguidos espíritus de este mundo sostiene

precisamente lo inverso de lo que acabas de decir. Están convencidos de que el hombre es el centro de todo: es lo que llaman el humanismo. Y están convencidos de que el azar y la necesidad son la fuente de la historia, de la vida, del tiempo y de todo el universo.

—Es absurdo —dijo A.

—Lo reconocen. Pero aseguran que es todavía más absurdo imaginar que algo desconocido, del que es imposible decir algo, haya creado las cosas conocidas, de las que al menos está permitido hablar, y nadie se priva de ello. Dicen que hacer recaer sobre un misterio del que nadie sabe absolutamente nada el peso de lo absurdo es una solución fácil. Prefieren una vida, un tiempo, una historia difícil de comprender pero que tienen el mérito de existir, que una eternidad, que es la perfección misma pero cuyo defecto es el de no existir. Y, para decirlo todo en una palabra, prefieren lo que existe a lo que no existe y el absurdo al misterio.

—¿Y yo, crees que existo?, —dijo A.

—Pues verás… —le dije, algo apenado.

—¿Qué, vamos? ¿Es sí o es no?

—Es difícil contestar. Y quizá imposible. Está claro que desde ahora hay para mí, y quizá también para otros, para la gente de Urql por ejemplo, algo o alguien que lleva el nombre de A. Y no es de excluirse del todo que algunos, en este mismo momento, tengan un pensamiento para A y sigan, en espíritu al menos, su viaje hacia nuestra Tierra, sus aventuras de aquí y su encuentro conmigo, que existo sin lugar a dudas ya que redacto el informe. En el recuerdo de los hombres, y en su imaginación, A se dispone a disfrutar, aunque en menos famoso por supuesto, del mismo estatus que Arsenio Lupin, que Ajax, que Aída, que Asavero, que Athos y Aramís y, claro, que d’Artagnan, que Adolphe y Aureliano, que el príncipe André y Gustave Aschenbach, que Céleste Albaret o Albertine desaparecida, que Atala, Amélie o el príncipe Aben-Hamet, que Amfortas y el rey Arturo, que Alicia y su espejo o la condesa Almaviva, que Daniel d’Arthez y Amédée Fleurissoire, que madame Angot o madame Arnoux, que Amadís de Gaula y la duquesa de Amalfi o Alejandro Magno, y también Aladino y su lámpara maravillosa o Alí Babá y sus cuarenta ladrones y bastante de Angélique.

—¿O Andrómaca?, —dijo A—. ¿O Aquiles, quizá?

—¡Bravo! ¡Qué cultura! ¡Y qué rápido aprendes! Habría que preguntarse si no faltaría algo en caso de que A no ocupase un lugar al lado de Aurore de Koenigsmark y de lady Brett Ashley interpretada por Ava Gardner. Sería poco razonable, en ese sentido, ver en ti la pura nada.

—Muchas gracias —dijo A.

Y refunfuñaba como un estudiante cuya aplicación y loables esfuerzos no lo salvaban de ser tratado con algo de ligereza.

—Si existir, en cambio, consiste en tomar lugar en el tiempo y en la historia de los hombres, está más que claro que no existes. Siempre por la misma razón: porque eres eterno y solo existe para nosotros lo que surge en el tiempo y desaparece con el tiempo. No es para sorprenderse mucho que prefieras la eternidad al tiempo y que la consideres antes que él. A falta de eternidad, te hundes en la nada. Si no eres necesario, te vuelves inútil. Ningún mortal te ha conocido jamás y debí morir para conversar contigo. Incluso debo confesarte que si todavía estuviese en vida, probablemente dudaría de ti.

—Ya nadie dudará de mí cuando, gracias a ti en gran parte, millones de lectores se abalancen sobre nuestro informe.

—¿Tanto así? Se lee mucho en Urql.

—En Urql —me dijo— y entre ustedes en la Tierra.

—¿Cómo que entre nosotros en la Tierra?

—Pero claro. Me costaría mucho no creer que nuestras conversaciones sobre los hombres no interesen a los hombres.

—Francamente —murmuré—, no me gustaría que el informe sea conocido en la Tierra…

—Ya entiendo. La Tierra y los hombres no se parecen en nada a tus extravagantes relatos. Ya sabía yo que, por extraño que fuese, tu mundo no podía ser tan inverosímil. Te burlaste de mí, me contaste puros cuentos. Y no quieres que tus tonterías circulen entre los tuyos.

—Para nada —le respondí—. La Tierra es como te lo digo, o más o menos, y los hombres también. Estoy seguro de que se reconocerían en los retratos que hago de ellos y de su historia. Lo que no cuadra eres tú. Nadie querrá creer en la Tierra que me bastó morir para conocer, en Venecia, encima de la Aduana de Mar, a un espíritu que se llamaba A y que se te parecía.

—¿Y por qué? Claro que en Urql creerán que conocí en Venecia a un… Oye, ahora que lo pienso, Venecia, la ciudad de mármol y de agua, la ciudad de no creerse, toda roja con sus canales, ¿sí existe, verdad?

—El mundo existe —le dije—. Y Venecia también. Es una ciudad construida sobre el agua, tan bella que duele y que hace soñar a los hombres. La viste, ¿lo recuerdas?

—¡Ah! Es que nunca se sabe… Después de todo lo que me has dicho, podría ser un sueño, un espejismo, un delirio, una alucinación…

—¡Que no! No pierdas la cabeza. Venecia no es menos verdadera que todo lo demás en esta Tierra. No es un espejismo, como tampoco nuestra juventud desvanecida o el asesinato de Julio César o que los reinos combatientes en el Imperio del Medio. Tenemos pruebas por millones: cuadros, memorias, relatos de viajeros, fotografías de turistas, mapas y planos… de la existencia de Venecia.

—Bueno, entonces sí creerán en Urql que conocí en Venecia, improbable ciudad entre todas, a un muerto que se te parecía y que llevaba por nombre O. Bien pueden creer en la Tierra que conociste en Venecia a un espíritu que se llamaba A. Un muerto o un vivo es apenas más verosímil que un espíritu eterno.

—No los conoces —le dije—. Desconfían de todo.

—¿Saben en la Tierra lo que pasa después de la muerte?

—No, no lo saben. Saben multitud de cosas. Sobre la precesión de los equinoccios, sobre le estructura en doble hélice de la molécula del ácido desoxirribonucleico, sobre la mariposa caimán, sobre las reinas de Palmira, sobre las propiedades del cuarzo, sobre los orígenes del idioma tocario. Conocen la música y la geometría. Se dedican a la caza a caballo y a una increíble cantidad de manías y de placeres prohibidos. Inventaron la repostería, el violoncelo, la informática, los buenos modales de la mesa, la doble contabilidad, el globo aerostático, el *rugby*, la relatividad restringida y generalizada. Descifraron el idioma maya y el lineal B. Pero no saben lo que pasa después de la muerte. Unos se imaginan que la muerte es una especie de nacimiento y que abre a la verdadera vida, cuya presencia en la Tierra no es más que una imagen deformada y una caricatura; otros creen que no hay más vida que la vida y que la muerte es el fin de todo. Unos y otros ocultan una muerte de la que nada saben en una vida de la que no saben gran cosa. Ni unos ni otros se abalanzarán sobre un informe concebido antes que nada para la gente de Urql.

—Como quieras —me dijo con tono fruncido—. Pensé que los hombres hubieran estado felices de saber algo más sobre un espíritu venido de tan lejos.

—Me temo —dije con suavidad— que una de las pasiones más extendidas entre los hombres que estudias te esté invadiendo.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál es, por favor?

—La vanidad. Recuerda que el informe no está destinado a hacer que los hombres conozcan a un espíritu de Urql, tan solo a que los hombres sean

conocidos por tus compañeros. Y la gloria que te aguarda en Urql debería, como a mí, bastarte ampliamente.

—Muy bien —dijo A—. No se hable más. Continuemos explorando ese mundo que nada sabrá de mí. ¿En qué nos quedamos?

—Me preguntabas lo que los hombres, que pertenecen al tiempo, podían hacer del tiempo, que le pertenece a los hombres.

—¿Y qué hacen de él? ¿Qué hacen los hombres de ese que es de ellos? ¿Qué hace el tiempo de esos hombres que son de él?

—Historia —le dije—. Destinos. Novelas.

XIII. ¿Así es como viven los hombres?

Hacía ya varias horas, para contar como los vivos, que conversaba con A y que me esforzaba lo mejor que podía por darle una idea de lo que ustedes son y de lo que anhelan. Me gustaría mucho escribir aquí que la noche caía sobre el mundo. Me gustaría poder escribir —¡qué descanso!— que nos deseábamos buenas noches y que nos dejábamos para dormir. Pero los espíritus no duermen y la noche además no cae nunca sobre un mundo que no termina de perseguirse antes de acabarse. Cae aquí, cae allá, pero siempre hay luz y movimiento en alguna parte. La noche, el sueño, los sueños impresionaban mucho a A. Creo que le daban miedo. Me llevó de inmediato hacia el día y hacia la actividad. La agitación de los hombres lo fascinaba.

—¿Pero qué hacen?

Me costaba contestarle. Es cierto: ¿qué hacían? Había intentado, como podía, indicarle que había el espacio en el que las cosas coexistían y que había el tiempo en las que se sucedían y se excluían unas de otras. Todo ello le parecía extraño, inverosímil, inútilmente rebuscado, pero a final de cuentas aceptable. Lo que no le había dicho, o apenas, porque era mucho más difícil imaginarlo y explicarlo, es que los hombres piensan.

—¿Así que piensan?

Sí, claro, piensan. Era incluso el pensamiento lo que hacía de ellos unos hombres. La mano, la posición erguida, pero sobre todo el pensamiento. El mundo, a pesar de ser tan simple, era de una horrible complicación. La materia estaba llena de secretos que la vida más elaborada no lograba penetrar. La huida de las galaxias y el movimiento de los planetas, la naturaleza de la luz, la composición del aire y del agua, la estructura de la más mínima piedra y de la más mínima brizna de paja planteaban innumerables y a veces insolubles preguntas. No era más que un juego de niños y rocío de la mañana en relación con lo que sucedía en la cabeza del tonto del pueblo, alcohólico y con bocio. Los hombres reían, cantaban, anhelaban, recordaban, se aburrían y amaban. Los hombres pensaban.

—Mi pobre cabeza —decía A—. Tengo el vértigo del mundo.

Las montañas, los bosques, las playas a lo largo del mar, los ríos, los desiertos y los lagos lo llenaban de una felicidad mezclada con algo de pavor. No entendía muy bien por qué ciertas formas y ciertos colores predominaban. Pero de vez en cuando, ante la belleza de ese mundo, era presa del entusiasmo. El perfil de las costas, las islas en medio de olas, con agua muy clara a su alrededor, los picos cubiertos de nieve, los valles muy verdes y las

dunas en el desierto, varias ciudades también levantadas junto al mar, o al pie de una montaña, o en el recodo de un río, y antes que nada Venecia, por supuesto, pero también Todi y los sueños de Bramante, o Gubbio y Urbino, o Fatehpur Sikri, tan rápidamente abandonada porque no había agua, o Udaipur a orillas de su lago, o Río de Janeiro con su Pan de Azúcar y su Corcovado, o el Cuerno de Oro de Estambul, le hacían amar el espacio y el tiempo, y el genio de los hombres. Estaría dispuesto a jurar que, más de una vez, bajo su aparente calma, tras su flema casi británica —si es que acaso es permisible atribuirle a un espíritu venido de Urql las pretendidas cualidades, siempre algo dudosas, de tal o cual grupo nacional— experimentó algo que, más allá del estupor, se parecía a estar maravillado. Cosas minúsculas inmensas —una tela de araña, una rosa de arena, un cristal de nieve bajo el sol, los colores de las alas de una mariposa de Amazonia, la noche cayendo sobre las islas del Mar Egeo, sobre Symi, sobre Kalymnos o sobre Castellorizo, el hormiguero de estrellas en dirección de Urql, que los hombres no podían distinguir en razón de la distancia, le inspiraban sentimientos que nunca había experimentado. Los hombres lo horrorizaban.

Los cuerpos lo horrorizaban. El sexo lo horrorizaba. El tiempo lo horrorizaba, bajo esa forma jadeante, necesaria y absurda que llamamos historia. Pero era sobre todo el pensamiento lo que lo sumía en abismos de tristeza e incredulidad.

—Es muy extraño —le decía—, puesto que tú mismo eres un espíritu y solo eres pensamiento.

Pero el pensamiento, en A, se confundía con la necesidad, la coherencia, el absoluto. Lo que lo ponía fuera de sí era la contradicción. Lo impreciso. La incertidumbre. Él no hubiera cantado:

Incertidumbre, oh mi delicia…[15]

Su pensamiento personal se desplegaba en una esfera bien redonda y bien cerrada con dimensiones de infinito y que no cesaba nunca de coincidir con ella misma. Tenía el sentimiento, creo, y era un verdadero sufrimiento, el pensamiento de los hombres surgía de todas partes sin cesar. La mentira, el cambio, lo efímero, lo accidental lo incomodaban. Lo que más le gustaba, en nosotros, era la matemática, cuyos fundamentos, sin embargo, le parecían mal cimentados. Detestaba lo arbitrario que es la ley del tiempo y de los hombres.

—En el fondo —le decía—, confiésalo, lo que te gusta es la libertad.

Pretendía que la única libertad se llama necesidad. Lo demás son sobresaltos, ilusiones, muecas, engañosas apariencias. El pensamiento en la

Tierra le parecía un campo de batalla en el que reinaba el desorden. Deploraba que el mundo visible fuese rebasado de cabo a rabo por el mundo invisible del pensamiento y de las pasiones, cuya abundancia dejaba muy atrás la multitud de granos de arena de todas las playas del planeta, de gotas de agua en el mar y de estrellas en el cielo.

—Creamos ese desorden —le dije—, y de él vivimos. Es nuestro honor y nuestra felicidad. Las pasiones somos nosotros; las ideas somos nosotros; las contradicciones somos nosotros. Rodamos de error en error y de esa cascada de fracasos surge nuestra verdad.

—¡Qué horror!

—La grandeza de los hombres —le dije— no proviene de una verdad que se nos escapa siempre. Proviene de nuestros esfuerzos hacia esa verdad desconocida: συν δλη τη ψυχη εισ την Αληθειαν ιτεον

—¿Y ahora qué es eso?

—Es griego —le dije—. «Hay que ir a la verdad con toda su alma». Lo que le pertenece a los hombres no es la verdad, es el camino hacia la verdad y el esfuerzo para alcanzarla. Casi podría decirse que, ya que estamos en el tiempo que todo lo roe y todo lo destruye, la verdad no nos incumbe. No nos concierne. No es asunto nuestro. Lo propio de los hombres, y de su grandeza, es la sucesión de sus errores en la búsqueda de la verdad.

—¿Quieres decir que sus errores les son más preciados que la verdad?

Me rasqué la cabeza.

—No nos son más preciados —dije—. Pero nos son más cercanos. Solo somos ensayos, tanteos, idas y vueltas, búsquedas. Nuestra verdad es la muerte. Y nuestra vida está hecha de errores puesto que se despliega en una historia en la que nunca se da por sentado y donde todo se transforma. Toda la belleza del mundo está en lo pasajero, en la diversidad, en la contradicción. Está en la libertad, que consiste la más de las veces en ser libre de equivocarse y de decir cualquier tontería.

—¿Entonces, eso es la vida?

—No lo sé. Yo también, puesto que soy hombre, o mejor dicho, lo era, digo cada tontería… Yo también me equivoco quizá. Yo también, mucho me temo, y más que cualquier otro, voy de error en error.

Ella tenía un corazón de golondrina
En el sofá del burdel
Yo iba a recostarme a su lado
Entre los compases de la pianola
Es así que los hombres viven

Y sus besos a lo lejos los siguen
Como soles del pasado[16].

XIV. Los soles del pasado

—¿Hay que anotar en el informe —preguntó A agitando su lápiz entre el índice y el medio— que, perseguidos por besos con aspecto de sol, los hombres gustan de recostarse, escuchando un piano mecánico, en divanes de lupanares, junto a corazones de golondrinas?

—No lo creo. No te dejes llevar hasta ahí. El genio de Aragon…

—¿Conozco a ese?

—Deberías. Para el informe.

Oh mi jardín de agua fresca y de sombra
El baile de este mi corazón oscuro
Mi cielo de estrellas sin número
Mi barca a lo lejos dulce al remar[17]

O:

Estoy lleno del silencio ensordecedor de amar[18]

O:

En el claustro que Rancé ahora desaparece
No hay premio para nosotros sino este momento único
Y en esa sola mirada que él lanza a su amante
Que contiene todas las angustias,
El fuego robado del cielo arde eternamente[19].

—¡Ah! ¡Ah!, —dijo A.

—¿Verdad?… no debe desviarte. Los hombres se recuestan muy poco junto a corazones de golondrinas. Más bien son sastres, arquitectos, astrónomos, cocineros. Son soldados y sacerdotes. Son ambiciosos, avaros, barberos, roídos por los remordimientos, con sed de placeres, dispuestos a muchos sacrificios y a muchos crímenes, bailarinas, médicos, exploradores y notarios. También son cazadores, orgullosos, pilotos de carreras, modestos, profesores de música, archivistas-paleógrafos, llevados a la risa, al suicidio, llenos de contradicciones y de locuras, enamorados y místicos. Algo los impulsa, siempre diferente, y siempre algo semejante, que los distingue de los árboles, de las piedras, de los unicornios, de los hoyos negros.

—Y que los precipita a los claustros.

—Nada más exacto —respondí—. No siempre. No cada vez. Pero a veces, e incluso bastante a menudo a tiempos perdidos. Todos los hombres se parecen y son muy diversos. Casi todos, como los monos, ellos mismos parecidos a los perros, a los gatos, a los terneros, a las cabras, tienen una cabeza, un cuello, un tronco, dos brazos que terminan en dos manos y dos piernas que terminan en dos pies.

—¿Como Marie?

—Como Marie. No nos lo disimulemos más: la mayoría de las veces en menos bien. Pero unos aman el dinero, y los otros lo detestan. Unos quieren que todo cambie, y los otros que nada se mueva. Los unos están de un lado, los otros del otro. Y de lo que menos carencia hay, en el mundo, es de lados. En Europa, en Asia, en América, por todos lados, hay hombres, ya lo sabes, para pensar que no hay nada, pero nada de nada, fuera de la materia, más allá de esta Tierra y de la vida que en ella transcurre. Y otros que creen a pie juntillas que hay dioses o un Dios y que hay una vida después de la muerte. Son sobre todo ellos quienes se encierran en claustros. Se le da el nombre de monjes, bonzos, monjas, vestales, lamas. Rancé acabó en un claustro bastante rudo del que fijó las reglas y que se llama la Trappe.

—¿En tiempos de Aragon?

—Para nada. Tres siglos antes.

—No es la gran cosa —hizo notar A.

—No gran cosa para ti. Y muy largo para los hombres. Debo decirte que nuestro informe puede concebirse según dos métodos diferentes. Y quizá deba constar de dos partes, o quizá incluso de dos tomos, para resumir el mundo y su totalidad.

—¡Dos tomos!, —exclamó A.

—Por lo menos. El mundo puede, en primer lugar, ser considerado en su diversidad en un momento dado. Ya es mucho. Es una tarea infinita. También puede ser reconstruido, a través de la historia y del tiempo, en la variedad de sus estados sucesivos. Y eso es todavía mucho más. Con el primer sistema, te esfuerzas por obtener una fotografía instantánea de todo lo que sucede en el mismo instante. Con el segundo, reconstituyes una evolución a través de una continuidad, hecha toda ella de cambios que se engendran sin descanso.

Una y otra empresa es igualmente ilusoria y de antemano destinada al fracaso. Nadie (y ni siquiera tú) logrará jamás captar con una sola mirada la formidable maraña del al-mismo-tiempo del mundo. Y nadie, por supuesto, puede resucitar la totalidad de un pasado que antaño fue un presente pero que el paso del tiempo cambió en olvido o, en el mejor de los casos, en recuerdo.

En el espacio, ya de por sí, es imposible saber con todo detalle lo que sucede en Beijing, en Moscú, en Chicago, en Roma. Es incluso imposible dar cuenta, hasta el agotamiento de lo real, de la situación de un barrio, de un cuarto, de una casa, por pequeña que sea (o incluso vacía). Nuestro vacío siempre está muy lleno. La realidad desborda su descripción por todos lados. Pero el espacio, que todo lo conserva, es aún más manejable que el tiempo, donde todo se disipa y se pierde.

En el tiempo, el historiador, el arqueólogo, el sabio recogen solo fragmentos de un pasado desvanecido. Restituyen el mapa de una batalla, los colores de una prenda de vestir, la forma de un palacio, los términos de un tratado, las extintas llamas de una pasión antes ardiente. Son incapaces de dar cuenta del aspecto, del ritmo, del sabor de un presente desaparecido para siempre y que cayó en el pasado. Es decir que del conjunto del mundo, a pesar de mi afectuoso esmero, nunca sabrás nada. El informe, y siento anunciártelo, no pasará el estado de balbuceo lleno de lagunas sobre una realidad que no está permitido tratar de infinita, pero cuyas combinaciones, en número indefinido, hacen imposible cualquier inventario. Apenas puedo murmurarte algunas palabras sueltas sobre lo que pasaba en París, a la sombra de un gran rey flanqueado por un cardenal, en los días de Rancé, de quien Aragon, tres siglos después, a pesar de tantas divergencias que bastarían por sí solas para llenar doce informes y en una ambigüedad en la que se mezclan sociedad, historia, metafísica, contaría la gloria.

—Deja de desanimarme, ¿quieres? Y de vanagloriarte de la grandeza de esta Tierra que no es más que un detalle minúsculo y algo ridículo del universo que he atravesado para venir hasta ti. Dame más bien algunos detalles sobre Rancé y sobre Aragon. Puesto que parecen importarte; quisiera, al menos, citarlos en el informe.

—Ya está hecho —le dije.

—Y explícame, aprovechando, dos o tres cosas que se me escapan. ¿Qué es lo que puede separar a los hombres los unos de los otros y, por ejemplo, Aragon y Rancé? ¿Y por qué Aragon, que parece ser tan distante de él, cree que debe hablar de Rancé?

—Los hombres, mi querido A, se la pasan pensando, muy a menudo en nada por cierto, y hablando los unos con los otros y también los unos de los otros. Más allá de las colinas y de los valles, de los océanos, de los bosques y de las flores, el mundo está lleno de pensamientos, de palabras y de sueños. Una suerte de velo, una bruma recubre toda la Tierra. Es una envoltura invisible toda hecha de espíritu. En ella hallarás montañas de saber y un

abismo de olvido que debe, también él, aparecer en alguna parte. Lo que los hombres olvidan, lo que esconden, lo que nunca han sabido todavía existe no sé dónde. Los crímenes impunes, los amores clandestinos, los niños que pudieron haber nacido y que nunca nacieron, los secretos susurrados a media voz en la noche, lo que nunca ha sido dicho y quizá apenas pensado flota alrededor de este mundo. Los hombres son bestias, mi querido A, máquinas, montones de átomos y de lodo. Pero también son espíritus.

—¿En verdad? ¿Como yo?

—Por supuesto que no. No como tú. Están clavados en el piso, llevados por el tiempo, atascados en el fango, en la preocupación, en el deseo. Pero se comunican entre ellos y hablan como nosotros hablamos.

—Ya me había dado cuenta de que los hombres hablan mucho.

—Hablan, escriben, hablan de lo que ha sido escrito y vuelven a escribir sobre lo que ya ha sido dicho. El mundo es un espectáculo, también es una glosa, y el comentario de un comentario. El mundo es una historia, también es un lenguaje. Y, al menos en tanto que un lenguaje en el mundo, la palabra de los hombres es un lenguaje sobre un lenguaje. Lo que les permite, al infinito, expresar opiniones que difieren las unas de las otras y de distinguirse entre ellos al mismo tiempo que repetirse. «El mundo», escribió un gran filósofo…

—¿Su nombre?, —preguntó A levantando su lápiz.

—Demasiado complicado. Hay una *W* seguida de una *i*, y luego dos *tt* seguidas de una *g*, y también una *e* y una *n*, y por fin *stein*, lo que realmente es lo único pronunciable en ese nombre. «El mundo es todo lo que sucede, el mundo es el conjunto de hechos y no de cosas». Pero no es decir lo suficiente. El mundo es también el conjunto de todo lo que no sucede y que sin embargo permanece todavía ahí: ideas, palabras, olvidos, silencios, creencias y secretos. Rancé cree en el cielo y Aragon no. Pero…

—Pero Rancé habla de Aragon y Aragon habla de Rancé.

—¡Oh! ¡A! Bien sabes que los hombres son llevados por el tiempo…

—Lo olvidaba —dijo A.

—… Y que solamente Aragon pudo hablar de Rancé. Pero si bien es cierto que Rancé ejerció sobre Aragon una evidente influencia ya que versos de Aragon

En el claustro que Rancé ahora desaparece…

Nos hablan de Rancé, no es del todo falso, porque los hombres son espíritus y se comunican entre ellos más allá del espacio y del tiempo, que Aragon, en cierto sentido, tiene una influencia sobre Rancé: Rancé, después de Aragon,

ya no es exactamente, en el recuerdo de los hombres, el mismo que antes de Aragon.

—¿Y por qué Aragon, en la innumerable masa de recuerdos de la historia de la que tienes llena la boca, escogió a Rancé quien, en muchos aspectos, si entendí bien lo que me contabas, estaba tan alejado de él?

—Es que los hombres, así como tú, gustan mucho de las historias. Las reclamabas hace un rato. Ellos las reclaman desde siempre e, imagino, para siempre. Los mitos, las leyendas, las historias de amor y de muerte les fascinan desde el momento, precisamente, en que se volvieron hombres. A tal punto que es válido preguntarse si a esos hombres que inventan historias, no será más bien las historias las que los inventaron. Y la historia de Rancé es tan bella que, como la historia de Ulises, o de Rama, o de Alejandro Magno, o de Simbad el Marino, o de Tristán e Isolda, ha sido retomada sin fin por aquellos que lo siguieron.

—Cuéntamela —dijo A.

—¿En verdad lo quieres?

—Sí, lo quiero. No para mí. Para el informe.

—Pues bien —empecé—, érase una vez un gran rey que reinaba sobre un bello reino. El reino se llamaba Francia y dominaba por su riqueza y la masa de sus habitantes todos los países vecinos: España, Inglaterra, los Países Bajos, Saboya y las tierras del imperio. Sus hombres eran distinguidos y clasificados según las rigurosas reglas que se vinculan a las culturas y que las constituyen. Había nobles, sacerdotes y el pueblo común. La labor de los nobles, alrededor del rey, había sido, antaño, defender contra el enemigo a los que se habían puesto bajo su protección y de hacer la guerra arriesgando su vida. Privilegiados caídos en una inutilidad de la que surgían, aquí o allá, deslumbrantes genios que se llamaban Turenne, el Gran Condé, Saint-Simon, Mauricio de Sajonia, La Rochefoucauld, o también, por otros lares, el príncipe Eugenio, se habían convertido, con el tiempo, en grandes señores, cortesanos, mariscales, duques y pares. Poseían las tierras, la fortuna y el poder.

—No entiendo nada —interrumpió A—, pero no importa: continúa.

—Los sacerdotes servían a Dios y constituían la iglesia, que era, también ella, muy poderosa y rica. Los que la dirigían eran los iguales de los más grandes y daban en público, en las iglesias en las que se reunía la multitud de fieles, lecciones al soberano. Los sacerdotes rurales eran tan pobres como su grey, pero conocían el latín, a menudo el griego, y sabían leer y escribir y hacer cuentas. La iglesia durante siglos se había confundido con el saber, con

la educación, con las letras clásicas, a las que había asegurado la sobrevivencia. En tiempos de Rancé, relaciones ambiguas de complicidad y rivalidad unían la iglesia a las ambiciones de un espíritu que se estaba emancipando. El más ilustre nombre de la iglesia, en ese época, era al mismo tiempo uno de los más grandes de esa literatura francesa de la que ya te he hablado varias veces.

—Siempre tengo la impresión de que es la única cosa que te interesa. ¿Maniático, verdad?

—Vamos… —respondí—. Algo, como todo el mundo. Tú también, ya lo verás, cuando el informe esté terminado, amarás las palabras y sus combinaciones. El nombre era el de Bossuet que echaba mano, para reinar sobre las almas, de todos los recursos del idioma y de la retórica: «Desde esta noche, estarás conmigo en la casa de mi Padre. En la casa de mi Padre: ¡vaya estancia! Conmigo: ¡vaya compañía! Desde esta noche: ¡vaya prontitud!». Por debajo de los nobles y de los sacerdotes, de lo que le separaba una clase intermediaria de burgueses, de notarios, de médicos, de financieros, de abogados, de parlamentarios que lograban a veces, con muchos esfuerzos y capacidades, subir hasta la nobleza, el pueblo se componía de campesinos, de artesanos, de comerciantes, de criados, de peones. Porque era pobre, no importaba mucho. Y trabajaba.

—El trabajo… —dijo A.

—El trabajo. Las mujeres en esos tiempos, y desde hacía largos siglos, y quizá milenios, estaban sometidas al hombre. A veces se distinguían por su inteligencia o por su carácter y ocupaban, hasta la cima del estado, funciones de autoridad. Pero lo que sobre todo las distinguía era su belleza. Había, en la corte de Francia, mujeres cuya belleza las había vuelto famosas en el mundo entero, es decir (China y las Indias eran demasiado lejanas y África ignorada), por toda Europa. Una de las más bellas mujeres, y de las más famosas por su belleza, de la corte del gran rey era la duquesa de Montbazon.

Desde su más tierna infancia, Marie de Bretaña había roto los corazones de los hombres. Tenía la belleza, tenía la gracia, tenía el encanto y la majestad. Fue primero una niña encantadora que los miembros de la familia veían crecer con una especie de admiración. Pronto su reputación alcanzó, progresivamente, medios cada vez más amplios. El rey, la corte, todos aquellos que la divisaban ya no podían olvidar la impresión dejada por su paso y por la mirada que dejaba en nosotros. Su matrimonio con Hercule de Rohan, duque de Montbazon, uno de los más grandes señores de la corte, desesperó, al menos por un tiempo, ya que, empiezas a saberlo, nada en este

mundo deja de pasar, a todos aquellos a quienes su belleza había conmovido y hecho soñar. Su nombre empezó a ser conocido más allá del círculo de sus familiares. Se hablaba de ella hasta en los suburbios de la capital o en los castillos y las ciudades de provincia y se volvió la heroína de un refrán popular que todavía se cantaba tres siglos después de su muerte:

Había diez doncellas en un prado,
Las diez por casarse.
Estaba Dine, estaba Chine,
Estaban Claudine y Martine.
¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!
Catherinette y Caterina,
Y estaba la bella Suzon,
La duquesa de Montbazon,
Estaba Célimène
Y estaba la Du Maine…
Y el hijo del rey pasó por ahí…[20]

Un día, después de muchos otros, de príncipes y capitanes, poetas, seductores que había vuelto locos y que no siempre había rechazado, Rancé pasó por su vida. Se le entregó.

Los hombres no solo hablan los unos de los otros. Se encuentran y hablan los unos con los otros. Ninguna aventura humana, ya te lo he explicado, es una aventura solitaria. Los hombres están vinculados por innumerables lazos que van desde la fe hasta el interés, pasando por la locura, la amistad, la curiosidad, la guerra. Ninguno es tan fuerte como el amor, que se lleva al mismo tiempo almas y cuerpos. Rancé, como muchos otros hombres, fue presa del amor por la Montbazon. Y la Montbazon, por una increíble suerte, fue presa del amor por Rancé. Por mucho que lo nieguen y forcejeen contra ellos mismos, no hay nada, mi querido A, que los hombres amen tanto como el amor.

—¿Más que el oro?, —preguntó A.

—Sí, eso creo. Creo que los hombres aman al amor más que al oro.

—¿Y las mujeres? ¿También aman el amor?

—Lo mismo —respondí—. Y quizá peor todavía. Se cuenta que un sabio griego, de nombre Tiresias, había obtenido de los dioses el poder de transformarse en mujer. Indicó que las mujeres, en el amor, sentían nueve veces más placer que los hombres.

—¡Mira nada más! ¿Otras cifras de amor, para el informe? ¿Otras máximas bien acuñadas?

—No habrá que hablar demasiado del amor en el informe porque, a diferencia del ajedrez, de la navegación a vela o de la matemática, de él puede decirse todo y todo lo contrario. Nuestro informe a los espíritus de Urql tendrá que inspirarse de todos los rigores de la ciencia. Nada más impreciso que el amor. Ni menos científico. Solo está hecho de detalles, de accidentes, de paradojas, de sorpresas. Y de silencio. Rancé era un libertino atractivo y talentoso. Se consagraba a la iglesia, pero no creía en gran cosa. Apostaba, cazaba, a las mujeres les gustaba mucho. Uno de los dramas del amor es que es contrario a toda moral, a toda justicia distributiva y que es acumulativo. Como el dinero atrae dinero, el amor atrae amor. Cada quien por su lado, madame de Montbazon y Rancé ya habían hecho bastantes estragos. Se echaron a los brazos el uno del otro. Fueron jornadas y noches de delirio.

—Aquí vamos —dijo A.

—Mi querido A, no hay informe sobre los hombres que, en un momento o en otro, no desemboque en el amor. Tendrás que acostumbrarte, a pesar de tu repugnancia. Y a pesar de mi horror hacia esos chismes esparcidos en todas nuestras novelas. Madame de Montbazon y Rancé fueron muy felices el uno para el otro y se dijeron cosas…

—Ya me las imagino: indignantes.

—… Encantadoras, mi querido A, deliciosas y muy dulces, que los amantes se susurran desde que hay hombres y mujeres para hablar y para escuchar y mientras los haya. Un día Rancé, que era un hombre como cualquier otro y a quien le gustaba divertirse, dejó a madame de Montbazon para ir a cazar algunos días. No sé nada, lo confieso, de las últimas palabras que intercambiaron. Está permitido suponer que se despidieron con besos. También puede imaginarse que a ella le pareció que estaba demasiado contento por irse y que se lo reprochara. O que en el momento de irse él sintiese algo parecido a un alivio porque los hombres que aman a las mujeres aspiran a menudo a dejarlas por la sola felicidad de volverse a encontrar con ellas de nuevo.

—¿Te estás burlando de mí?

—Deja de creer que me burlo de ti cuando te traigo con simpleza lo que hace la vida de los hombres. ¿Acaso es mi culpa si te parece inverosímil? Rancé partió para no sé dónde. Madame de Montbazon se resfrió al pasearse de noche cerca del estanque, o le dio escarlatina, o rubéola, o viruela: murió al cabo de tres días. Rancé volvió de la caza. Para hacerse perdonar su ausencia

y porque tenía ganas de estrechar a su amor, se precipitó hacia ella con su vivacidad y su alegría acostumbradas. ¿Lo imaginas entrando precipitadamente, las botas todavía llenas de lodo y la espada de lado, en la casa llena de bellos muebles y de cuadros de maestros?

—Sí, sí —dijo A—. Lo imagino.

—La primera cosa que divisó fue el cuerpo de su amante, tendido en un ataúd. Pero el ataúd era demasiado pequeño para lo que había sido la duquesa de Montbazon. Debieron cortarle la cabeza y posarla sobre su pecho, a la altura de los senos.

—¡Vaya pues!, —dijo A.

—La desesperación de Rancé estuvo a la medida de su pasión. «Invocó la noche y la luna. Tuvo todas las angustias y todas las palpitaciones de la espera. Madame de Montbazon se había ido a la infidelidad eterna».

—Ya veo —me dijo A—: Aragon.

—De ninguna manera: Chateaubriand…

—Uno más —suspiró.

—Y no de los menores. Chateaubriand…

—Adelante con él.

—Claro que no —dije—. Sería demasiado largo. Si me pusiera a contarte del vizconde de Chateaubriand, caballero del Antiguo Régimen, emigrado bajo el Terror, liberal bajo Carlos X, defensor de los gatos, de la libertad de prensa y de la monarquía legítima, símbolo de todos los valores y tejido de contradicciones, siempre a contracorriente y avasallado por los honores, embajador, par de Francia, ministro de Relaciones Exteriores, mentiroso, soñador, fanfarrón, encantador, epicúreo con imaginación católica, teórico de la fidelidad, practicante de la seducción, pilar de la familia y de la tradición, poco hostil a las altas esferas, enamorado de su hermana Lucile, amante de Pauline, de Delphine, de Natalie, de Juliette, de Cordélia, de Hortense y de tantas más, modelo de Hugo, de Barrès, de Aragon, de todo lo que se les parece en cuanto a genio y gloria, inventor del romanticismo, del progresismo conservador, de la melancolía moderna, renovador de las ruinas, de la naturaleza, de la catedral gótica y de las pasiones del amor, sería todo un mundo el que desfilaría ante nuestros ojos.

—Me pregunto —dijo A—, si cualquiera de esos hombres de los que me hablas sin cesar no haría desfilar el mundo ante nuestros ojos. Me parece, si te entiendo bien, que todo el universo, con sus leyes y sus sueños, se refleja en cada uno de ellos.

—Nada hay más cierto. Pero hay hombres, y mujeres, que hacen al mundo más grande y más alegre. Un mundo sin mar o sin selvas no me agradaría mucho. El mundo sin Marie, el mundo sin Chateaubriand me agradaría aún menos. Pero con ellos al lado de uno, es una oportunidad de no creerse o haber pasado algunas estaciones, primaveras llenas de encanto, deliciosos otoños, en este planeta que te parece lejano y que le es tan familiar hasta al último de nuestros cretinos, sabio o ignorante, rico o pobre, miserable o poderoso. Chateaubriand era un escritor católico. Creía, como Mauriac, como Bloy, como Bossuet, como San Agustín, que Cristo Jesús, nacido de una virgen llamada María, crucificado bajo Tiberio, resucitado de entre los muertos, era el hijo de Dios.

—No tan rápido. Ese asunto me interesa. ¿Hay muchos hombres que creen que ese Jesús era el hijo de Dios?

—Muchos. No todos. Pero muchos. Y, durante bastantes siglos, tuvieron fuerte presencia y constituyeron una familia cuyos miembros estaban ligados entre sí por la fraternidad, por la costumbre, por el amor y a veces por el odio. Chateaubriand tenía un confesor que se llamaba fray Séguin. Fray Séguin tenía un gato amarillo, una vieja sotana demasiado larga de la que se arremangaba el faldón para ir a ver a los pobres, irrevocables convicciones, mucha influencia sobre el mayor de los escritores de la primera mitad del siglo XIX. Invitó a Chateaubriand, del que conocía el pasado, las debilidades, las tentaciones, a consagrar un trabajo al fraile de Rancé, quien se había metido en un convento para olvidar su desgracia y sus amores culpables. La idea no era mala. El fraile de Rancé tenía una amante: era madame de Montbazon. El vizconde de Chateaubriand tenía una esposa, Céleste, y tenía una amante: era Juliette Récamier, la más bella criatura de su tiempo. Se le había subido a la cabeza y le había roto el corazón a Lucien Bonaparte, a Benjamin Constant, al príncipe de Prusia, a Wellington. Nunca había amado más que a René. Aragon, quien más tarde seguiría los pasos de Chateaubriand y hablaría de nuevo de Rancé, del que nosotros mismos hablamos en el reporte a la gente de Urql, también tenía una amante: era Elsa Triolet. Había nacido en Moscú y escribía novelas. Ya ves que las ideas (y las mujeres también) tejen a través del tiempo una trama entre los hombres.

—¿Y tú, tenías una amante?

—Sí. La conoces. La viste. Era Marie. Y hubiera dado por ella todas las ideas del mundo. Y Marie, y Elsa, y Juliette, y Marie…

—¡Otra vez! Te estás repitiendo. Quisiera, si me lo permites, que el informe no tartamudee como un viejo disco rayado.

—¡Pero si no se trata de la misma!, —exclamé—. Es la otra. Es la primera: es María de Bretaña, duquesa de Montbazon. A veces sucede que los hombres lleven los mismos nombres. Hay multitudes de Marie, y multitudes de Juliette, y multitudes de Armand, de François, de René y de Jean. Chateaubriand se llamaba François-René y Rancé, Armand-Jean.

—¿Multitudes de A? ¿Multitudes de O?

—No lo dudes —respondí—. Bien sabes que nuestra felicidad y que nuestro drama, uno de nuestros dramas, una de nuestras felicidades, es el no estar solos en el mundo. Y Marie, y Elsa, y Juliette, y Marie, separadas por los siglos, por las creencias, por la cultura, reunidas por el recuerdo y la imaginación, se contestan unas a otras a través del fraile Rancé, libertino y trapense, erudito y mundano, quien predicaba como un ángel y cazaba como un diablo, el vizconde de Chateaubriand, embajador y rebelde, par de Francia, amigo de los gatos, legitimista y adúltero, amenazado por el incesto, católico cubierto de mujeres, y Aragon, surrealista, director de periódico, hijo natural de un prefecto de policía, amigo de André Breton, de Éluard, de Drieu la Rochelle arrastrado por el fascismo, comunista y poeta con difíciles erecciones, animado por los ojos de Elsa, pero tentado por el cuerpo de jóvenes muchachos. Cuando Aragon, ¡bendito sea su nombre!, nos habla de Rancé, ¡y bendito sea su nombre!, y describe para nosotros, con ardientes palabras,

Esa cabeza cortada en el borde de un plato de plata[(21)],

Había leído a Chateaubriand, ¡que su nombre sea bendito!, y la *Vida de Rancé* impuesta al pecador por el dulce fraile Séguin, ¡que su nombre sea bendito!, quien era la presa de los pobres y que vivía, bajo Luis Felipe, en tiempos de Gregorio XVI, en la calle Servandoni, a un lado de Saint-Sulpice, no muy lejos de la rue du Dragon, entre su viejo gato amarillo, siempre durmiendo sobre una silla de la antecámara, y el crucifijo de madera negra que adornaba su gabinete. Ves, mi pobre A, la sobrepoblada encrucijada en la que nos detenemos por un momento para mirar el paisaje y recobrar nuestro aliento. Podemos partir de nuevo, según escojamos, hacia los pobres de fray Séguin, hacia Luis Felipe, el rey burgués, hacia el papa Gregorio XVI quien, entre Pío VIII y Pío IX…

—¡Oh! ¡No!, —gimió A—. ¡Piedad! ¡Nada de papas!…

—… Hacia Elsa Triolet, amante no solo de Aragon, sino también de Vladimir Mayakovski, bolchevique y poeta, enemigo del mundo tal cual es, quien se convierte en su cuñado y se suicida en 1930, hacia madame de

Montbazon, de vigorosa belleza y risueña, amante no solo de Rancé sino también del duque de Orléans, del príncipe de Condé, del conde de Soissons, del duque de Longueville, del duque de Guisa, del duque de Beaufort y de varios más, nacida como María de Bretaña, en el seno de una ilustre casa de la que podríamos hablar durante horas. Toda la historia de un país, que por cierto es el mío, se deshilvanaría ante nuestros ojos.

Solo el nombre de Bretaña nos haría remontar hasta tiempos inmemoriales, hasta el Mago Merlín y la Dama del Lago en el bosque de Brocelianda, hasta la corte del rey Arturo y a la materia de Bretaña, con Percival y el rey Pescador y la reina Ginebra y Lanzarote del Lago, y de ahí al Preste Juan, a Wolfram von Eschenbach, a Wagner, a Luis II de Baviera y a Lola Montes, o bajar hasta Versalles con sus cortesanos, sus recamareras, sus abades de corte, sus mosqueteros, y a Tallemant des Réaux que chismea como si fuera el portero del palacio: nos cuenta las anécdotas de las damas de su tiempo que conoce mejor que nadie y nos asegura de paso que a sus treinta y cinco años cumplidos madame de Montbazon «derrotaba a todas las demás en el baile». Y ahí, en el baile de la corte, en Versalles, como en Viena, a la Hofburg, en tiempos de la doble monarquía (los Kinsky, los Lobkowicz, los Schwarzenberg, los Starhemberg, mi querido A., y Klemens Wenzel Nepomuk Lothar, príncipe de Metternich-Winneburg, y el mariscal conde Radetzky von Radetz, y Sissi y Mayerling y la baronesa María Vetsera), como en Roma, bajo Augusto, bajo Trajano, bajo Adriano, bajo Marco Aurelio, como en Florencia, bajo los Médicis, como en Atenas, bajo Pericles, te habría dado vueltas la cabeza como a las duquesas ante el vizconde, como a los jóvenes ante Juliette, como a los príncipes de sangre ante la Montbazon. ¿Dónde mirar?, ¿a quién abordar?, ¿a quién seguir?, ¿a quién distinguir? ¿A quién incluir en nuestro informe?

De entre «todas las demás» de las que habla Tallemant des Réaux, de entre las jóvenes muchachas que, al principio de la *Vida de Rancé* encargada por el abad Séguin con un espíritu de penitencia, rodean a la irresistible duquesa de Montbazon, amante de Rancé antes de su conversión y de su entrada a la Trappe, he aquí una casi por casualidad, escogida de entre tantas otras: Renée de Rieu, llamada «la bella Châteauneuf». De maravillosa belleza, también ella, vivió una de esas vidas que nos cuentan los viejos libros. Fue brillante y adulada, loca de amor y de celos, llevada por todos los furores. Acuchilló a su primer marido, Châteauneuf, que le había sido infiel. Su segundo marido, un Castellane, de una vieja familia de Provenza, fue asesinado por el gran prior de Francia. Felizmente, antes de expirar, tuvo

tiempo de clavar su estilete en el vientre de su asesino. Bagatelas. Banalidades. Punto de apoyo de la vida. Es su hija, me imagino, quien va a interesarte. Y sabrás por qué.

La hija de «la bella Châteauneuf» había heredado la belleza de su madre. Pero se llamaba Marcelle de Castellane. La ciudad de Marsella le había servido de madrina. Es ahí, a la orilla de nuestro más querido mar, en la ciudad de los marineros griegos y de los galeotes de monsieur Vincent, que conoce al duque de Guisa y que se vuelve su amante. «Marcelle de Castellane le gustó», escribe Chateaubriand al final de su vida de santo que redacta para redimir sus pecados y para de ellos alimentarse mejor. «Ella misma se dejó tomar por el amor: su palidez, extendida como una primera capa bajo la blancura de su tez, le daba un carácter de pasión. A través de ese doble lirio apenas transpiraban las rosas de la joven muchacha. Tenía grandes ojos azules, herencia de su madre. Bailaba con gracia y cantaba que era un encanto». ¿Por qué reproducir aquí, me preguntarás…?

—No digo nada.

—No importa. Lo estás pensando, lo sé. ¿Por qué reproducir aquí, y mejor dos veces que una, en la *Vida de Rancé* primero y en el informe a nuestro cargo que tiene por destinatario las autoridades de Urql después, el retrato de una de esas jóvenes muchachas que acompañan los años locos del reformador de la Trappe y que se pronuncian sobre su edad madura y sobre tu dignidad de espíritu venido desde tan lejos? Es que, bajo los rasgos y el nombre de la amante del duque de Guisa, el envejecido Chateaubriand hace el retrato de su propia amante, desde hace mucho tiempo desvanecido en los tumultos de la historia, y yo, el de la mía, abandonada, lo sabes, por causa de mi súbita muerte ante la Aduana de Mar. La amante de René llevaba, también ella, el ilustre apellido de los Castellane. Su belleza nada le envidiaba a la de la ahijada de Marsella que nada le envidiaba a la de su madre, «la bella Châteauneuf», quien, a pesar de lo que cuenta Tallemant des Réaux, nada le envidiaba a la de Montbazon. Se llamaba Cordélia y, con su cabello muy oscuro y sus grandes ojos azules, se parecía a Marie.

—¿Ahora sí la tuya?, —preguntó A.

Bajé la cabeza con modestia.

—La mía.

—Felicidades. Pero creía que la amante de monsieur de Chateaubriand llevaba por nombre el de Juliette.

—Esa era otra. A monsieur de Chateaubriand le gustaban mucho las mujeres. Y muchas mujeres, desgraciadamente, pasaron en este mundo. Para

vivir. Y para morir. Y también muchos hombres.

—¿Cuántos?, —preguntó A, inclinado sobre su libreta.

—En este momento en el que te hablo, suponemos que algo así como ochenta mil millones de hombres se sucedieron en esta Tierra. Incluyendo mujeres. Y las amantes de René. Cordélia de Castellane, de la que Chateaubriand se vuelve loco, es una de esas ochenta mil millones de criaturas con rostro humano, o más o menos humano. Es la hija del banquero Greffulhe. También es la esposa del coronel conde Boniface de Castellane, lejano descendiente de los Castellane de Provenza en tiempos de los Guisa y de los Rancé. Porque todas las mujeres son hijas de alguien. Y la mayor parte de las hijas son la mujer de alguien. Y los hombres también son los hijos de alguien. Y muchos hombres, en este mundo, habrán sido, en su momento, el marido de alguien. Chateaubriand, en ese tiempo, es ministro de Relaciones Exteriores del rey de Francia, quien es el nieto del hijo de Luis XIV. Es el gran poeta católico en la cúspide de su gloria. La hija del banquero lo enloquece, se le sube a la cabeza, lo atolondra.

—¿Pero qué les pasa?, —preguntó A—. ¿Es contagioso?

—Es la regla. Todos los días que Dios hace, iba a visitar a Juliette de Récamier en el pequeño alojamiento que ocupaba, a unos pasos de su casa, a unos pasos también de la rue du Dragon, en l'Abbaye-aux-Bois. Apenas caído bajo el dominio de Cordélia olvida y desatiende a Juliette, quien siente convertirse de pronto en una obra maestra en peligro. ¿Qué hace Juliette?

—Llora.

—¡Bravo! Lo entiendes todo. La psicología ya no tiene secretos para ti. El corazón de los hombres es lo tuyo. El de las mujeres también. Llora. ¿Y luego? ¿Qué más?

—Se mata.

—¡Uy! ¡No tanto!

—Se va.

—¡Pues eso es! Se va. Se va a Italia, con un joven y un viejo para respetar las conveniencias y volver celoso a René. El joven se llama Ampère. Es hijo de un muy famoso y muy distraído físico que usa su pañuelo para borrar el pizarrón negro y mete en su bolsillo el trapo lleno de gis. Es amigo de Mérimée, quien escribió *Carmen* (eso es España), *Colomba* (eso es Córcega), la *Vénus d'Ille* (es lo fantástico) y muchas cosas secas, bellas, alertas, incisivas y siempre estupendas.

—No parecen aburrirse —me dijo A.

—Hacemos lo que se puede. El joven Ampère recibió un martillazo en la cabeza la noche en que su padre, era el primero de enero de 1820 y él tenía diecinueve años, lo llevó a casa de Juliette. La amará hasta el final de un doloroso amor. «Cuando murió, escribe Prosper Mérimée, me pareció que sentía una suerte de alivio».

—¡Dios!, —dijo A.

—He ahí a los hombres. El viejo era Ballanche. Era un impresor llevado por la metafísica, por siempre jamás exiliado de la felicidad, que sucesivamente había pensado en hacerse sacerdote y en casarse y que había renunciado tanto a uno como al otro proyecto. Tartamudea, es torpe, tiene un rostro machacado, de una fealdad casi repugnante, y hasta su último día, en el que pedirá humildemente que lo entierren a los pies de su ídolo, ama a Juliette sin esperanzas. De Chambéry, en Saboya, a dos pasos de la frontera, a escondidas de sus enamorados, un día siniestro de noviembre, la más bella de las mujeres del siglo le envía a su amante una carta que empieza con «Señor». «Recibí su carta de Chambéry», le contesta René. «Provocó en mí cruel tristeza. El *Señor* me dejó helado. Reconozca que no me lo merezco…».

—¡Vaya mentiroso!, —exclamó A—. ¡Y vaya pelafustán! Ya me doy cuenta de que lo quieres. A mí me parece odioso.

—Es cierto —le confesé—. Imperdonable. Y se le perdona todo, sus mentiras, su egoísmo, el ser un orgulloso, sus extravíos, así como el abad Séguin le perdonaba sus pecados. Los hombres, mi querido A, inventaron la mentira, el orgullo, el egoísmo, el crimen, y habrá que decirlo a Urql. También inventaron el perdón. Vive un gran amor, una devoradora pasión con Cordélia de Castellane, como ya las había vivido con Natalie de Noailles, a quien finalmente había vuelto loca, o con Pauline de Beaumont, a quien había engañado sin pudor con Delphine de Custine.

—Es complicado —dijo A.

—Estoy simplificando mucho. Pauline no había encontrado más solución, para retomar ventaja, que arrastrarse hasta Roma para morir en sus brazos, que por fin la estrechaban, desesperada y encantada.

—Espera un momento —dijo A— contando sus dedos. Estoy enumerando a las Señoras.

—Pauline, Delphine, Natalie, Cordélia —recité sin tomar aliento—. Y Charlotte antes que ellas, y Hortense después de ellas. Y su hermana Lucile para recordarla. Y su mujer Céleste para los archivos. Sin tomar en cuenta a las latosas, las hermanas místicas, ni las aves de paso, golondrinas o pinzones, que atraviesan el aire a todo vuelo. Y, al margen, por encima de ellas, por

arriba de ellas por la eternidad, sublime porque así era, frígida porque, sin saberlo, había desposado a su padre, lo que no es bueno para nadie, ciega porque había llorado demasiado con la muerte de Ballanche, Juliette Récamier, ¡y bendito sea su nombre!, quien depositará sobre su corazón, en el momento en que dejará de latir, un ramo de verbena.

Juliette amaba a René; Cordélia amaba al ministro. Le escribió cartas insensatas y magníficas, amor mío, corazón mío, ángel mío, vida mía y ya no sé qué más, te amo, daría el mundo por una sola de tus caricias, qué me importa el mundo sin ti, beso tus pies y tu cabello, él se la robó en calesa, él la invita a orillas del mar, a veces tenemos la impresión de que quisiera hacerle un hijo y cuando el rey lo echa y ya no quiere que sea ministro suyo, ella también lo echa y ya no quiere que sea su amante.

—Eso es bastante feo —dijo A.

—Muy feo. Pero Juliette vela por sus intereses. En el momento en que sabe, en Italia, que René ya no es ministro, supone que Cordélia lo va a cortar de tajo. Ahí deja plantados a sus dos enamorados, el demasiado joven y el demasiado viejo. Después de algunos rodeos, como para huir de su destino, regresa al fin a París. El rey ha muerto, otro rey está siendo coronado en la catedral de Reims que mucho sabe al respecto desde hace siglos de ese tipo de farsas. Chateaubriand, que está en Reims para jugar el juego social con sus compañeritos, hace que otro pretendiente de madame Récamier lo lleve de regreso a París en berlina, un hombre muy distinguido, un enemigo de Napoleón, un hipócrita de primera, del que podríamos ocuparnos durante semanas y semanas y que se llama Montmorency…

—Óyeme —apuntó A—, pero… ¿ella tiene casi tantos hombres como René mujeres?

—No para el mismo propósito… y, desgastados por la vida, heridos por las pasiones, llevados por una ternura en la que se mezcla la lástima por sus pasados sufrimientos, René y Juliette se precipitan uno hacia el otro. Él ya tiene algunas arrugas, ella ya peina algunas canas. Y hasta la muerte del genio en los brazos de la belleza, hasta el ramo de verbena depositado por Juliette sobre el corazón de René (él ya no puede moverse y ella ya no puede verlo), ya no se separarán.

—¡Me quito el sombrero!, —dijo A—. Y telón.

—No del todo. Aunque no haya nada después de la vida, la muerte, para los hombres, no siempre es el fin de todo. Sucede que algo prosiga y se agite todavía. Algunas decenas de años después de la muerte de Cordélia, otra condesa Greffulhe y otro Castellane (puesto que los nombres, entre nosotros,

de una manera u otra, pasan de los padres a los hijos y todo ese gentío desciende de nuestros personajes) fascinaron a Marcel Proust, de quien ya te he hablado…

—Y hasta me parece —cortó A con un dejo de humor— que solo hablas de él.

—¿Más que de Aragon o de Chateaubriand?

—Más o menos igual. ¿Pero debe haber sobre esta Tierra gente que no escribe?

—Es muy posible —dije—. Pero son aquellos que escriben quienes te enseñarán el mundo… y darle sus rasgos a la duquesa de Guermantes y a Robert Saint-Loup, que son los héroes de un libro del que habrá que anotar el título y que deberá figurar por entero, con la *Vie de Rancé* y las *Memorias de ultratumba*, en los anexos de nuestro informe.

—Después de las reglas del juego de fútbol —me recordó A levantando el dedo.

—Y con *La Ilíada* y *La Odisea*. El mundo es vértigo, un torbellino, un carrusel desvencijado que no cesa de arrastrar nuevas víctimas en su incesante carrera y en el que, bajo otras formas y con otros colores, vuelven a pasar las mismas figuras y los mismos actores de siempre. ¿Tomaste nota de Céleste?

—Es la mujer de René.

—¿De Lucile?

—Es la hermana.

—¿De Juliette?

—La amante oficial. La noche mística. La ternura y los juramentos. El último sueño será para ella.

—¡Bravo! Recuerda, te lo ruego, la Señora n.º 3 y la Señora n.º 4.

—¿Delphine, puede ser? O…

—No, Delphine, es la 2.

—Entonces, Natalie de Noailles y Cordélia de Castellane.

—¡Ah!, pronto, te lo anticipo, orgullo y lágrimas de alegría, presidirás en Urql coloquios sobre Chateaubriand y darás conferencias que tendrán mucho éxito sobre el Encantador y sus Señoras. Las dos, mi querido A, la bella Cordélia, que tan poco corazón tenía, y Natalie de Noailles, quien era duquesa de Mouchy y que René llamaba Mouche (Mosca), no solo toman su lugar, para siempre, en el catálogo del vizconde, también son las amantes de un sorprendente personaje al que nos es imposible no referirnos, a pesar del abad Séguin y de sus piadosas intenciones, por la *Vie de Rancé* que trabaja en el pecado al menos tanto como en la gracia: se llama Mathieu Molé. Era hijo de

un primer presidente guillotinado bajo el Terror (ya te explicaré de qué se trata). Será prefecto, consejero de estado, ministro de varias cosas y de Relaciones Exteriores. Será presidente del Consejo de ministros. Entrará a la Académie Française. Será uno de los modelos de Balzac en *La comedia humana*. Es el más íntimo enemigo de monsieur de Chateaubriand.

—¿No terminará eso nunca?, —gimió A.

—Por supuesto que no. Ahí reside todo el problema, y también en saber si hay algo o alguien para resumir, solo él, la totalidad de lo que nunca termina. No será, en todo caso, nuestro miserable informe a los eminentísimos señores de Urql el que podrá aspirar a tal honor. Ya te advertí que te irías de aquí con una magra muestra de una feria que nunca termina, y de la que sin embargo nos preguntamos si existe, y sin embargo limitada, y de un misterio insondable. Mathieu Molé es el doble y lo contrario de René. Comparte con él esperanzas y ambiciones, recuerdos y honores, y sobre todo dos amantes. Reinan, uno y otro, al lado de Napoleón, de Robespierre, de Wellington, de Byron, sobre toda una edad de este mundo. Son tan semejantes como apuestos se puede ser.

«Nuestra especie se divide en dos partes desiguales», escribe Chateaubriand: «los hombres de la muerte y por ella amados, elegido rebaño que renace, los hombres de la vida por ella olvidados, multitud de la nada que ya no renace». Chateaubriand es un hombre de la muerte. Molé es un hombre de la vida. Por adelantado le había jurado fidelidad a los regímenes del ahora y del mañana. Liberal y conservador, sucesivamente aliado del imperio, de los Borbones, de la monarquía de Julio, se pondrá a las órdenes de Napoleón, de Luis XVIII, de Luis Felipe antes de inclinarse ante Luis Napoleón, convertido en Napoleón III. A su conservadurismo oportunista y escéptico se oponen, rasgo por rasgo, la desilusionada fidelidad y el gusto por las ruinas del vizconde de Chateaubriand.

«Vamos, venga, Mathieu, venga para que lo corrompa», le decía René cuando eran amigos en tiempos de su juventud y salían a pasearse juntos, tomados del brazo, en el París del primer cónsul, por Butte-aux-Lapins, un terreno sembrado de trigo donde cantaba la urraca y que se extendía entre lo alto de la calle Miromesnil y el parque abandonado de Monceau. La amistad, poco a poco, cedió su lugar a la desconfianza, al mutuo desprecio, a una especie de odio en el que las mujeres, naturalmente, la pobre Mouche vuelta loca y Cordélia de Castellane, intrigante y magnífica, bastante tenían que ver.

«Molé tuvo éxito», siguió escribiendo Chateaubriand, «y toda la gente de su tipo tiene éxito: es mediocre, bajo con el poder, arrogante con los débiles,

es rico, tiene antecámara en casa de su suegra donde insulta a los pedigüeños y antecámara con los ministros donde van a insultarlo».

—Vaya pues… —murmuró A— qué tanda de vituperios.

—Podrás imaginar que Molé no iba a dejar sin respuesta semejante tunda. Los hombres gustan mucho de contestarse los unos a los otros. Es una manera entre otras de hacer avanzar la historia. Una fórmula de los recuerdos del perpetuo aliado alcanza al autor de la *Vida de Rancé* en un defecto de la coraza: «Lo que siempre me ha sorprendido de monsieur de Chateaubriand, es esa capacidad de emocionarse sin nunca sentir nada».

—¡Dios mío!, —exclamó A—. ¿Así es como viven los hombres? —Más o menos. Y sus besos a lo lejos los siguen como soles del pasado.

XV. A tiende una trampa

—¡Vaya mundo!, —dijo A—. Por momentos, te lo juro, tengo ganas de botarlo todo y de volver a Urql con las manos vacías, sin el menor informe. Pretenderé que no vi nada, que no encontré nada y que la Tierra no existe. Y borraré de mi corazón hasta el mismo nombre de los hombres.

—Harías mal. Un espíritu no puede mentir y, sueño o realidad, sí hay algo bajo el sol que llamamos mundo. Está poblado por hombres y es lo más bello de todo el universo.

—¿Más bello que Sirio o que Arturo? ¿Más bello que el resto de la Vía Láctea? ¿Más bello que los hoyos negros que los hombres no pueden ver porque la luz no tiene bastante potencia para lograr escapárseles? No me hagas reír, mi pobre O.

—Mucho más bello —le dije.

—¿A pesar del dolor y de las penas, a pesar de las matanzas y de las mentiras, a pesar de la serie de amantes que no tiene fin, a pesar el estúpido azar, de inmediato acechado por la necesidad, y de las barbaridades de la historia?

—A pesar de todo. Y quizá por culpa de todo. Lo que más consuela en este desastre de mundo es que lo peor nunca se da por sentado.

—Lo mejor tampoco, me imagino.

—Ni lo mejor ni lo peor. Hasta donde recuerdo, nunca era imposible, entre nosotros, descubrir un crápula bajo la máscara de un hombre honesto. Pero también un héroe bajo un asesino. Y la salvación en la abyección. Todo se invierte, todo se combina, nunca nada se salva, nunca nada está perdido. No por casualidad el símbolo de la religión de buena parte de los hombres es un instrumento de suplicio. La valentía se mezcla con el crimen, la piedad con la violencia, el amor con la mentira. Y la esperanza con la desesperación ante el horror de vivir. Y todo, hasta el más mínimo detalle, le canta a la gloria del universo.

Hice mal, mucho me temo, al haber empezado por la historia. Debí haber empezado por los árboles, por la luz del día, por las madrugadas o por la noche que cae, por el agua que tanto te intriga y que es la madre y la fuente y la condición de los hombres. Debí empezar por la felicidad. Está ligada antes que nada a las cosas de todos los días. El agua, la lluvia, el mar, la nieve, y el sol naturalmente, son inventos geniales. Y, para todo espíritu que no estuviera embrutecido por la rutina y la pereza, una cascada de sorpresas. Sale el sol: es una sorpresa. Hay flores: ¡qué sorpresa! Hay seres de otro sexo o quizá del

mismo: ¡qué sorpresa! Llega a pasar que los cuerpos se callen, que una gran paz te invada, que ninguna pregunta te atormente, y es otra sorpresa. Los hombres están hechos en primera instancia para vivir, y a veces sucede que lo logran. Duermen, es delicioso. Despiertan, todavía mejor. Salen de casa y está el cielo encima de sus cabezas con estrellas que aparecen cuando el sol se va y que desaparecen cuando vuelve. Uno acaba por acostumbrarse, pero siempre es una sorpresa. A veces cae la lluvia. Sacan el paraguas que tanto te fascinó. A veces brilla el sol y, no sé muy bien por qué, quizá porque podemos sentarnos juntos cerca del puente del río, el gran sol tiene algo que regocija a los enamorados. Los cipreses, los patos, las piedras del camino, el silencio, las risas forman parte de este mundo. Hay algo extraño en todo, noche en los robles, imprevisto en los encuentros, misterio en cada brizna de hierba, melancolía en la noche que cae sobre las islas, sobre el desierto, sobre los sobrepoblados suburbios. Los hombres son como tú: tienen la impresión de haber sido lanzados por casualidad en la patria de lo absurdo, lo transfiguran por dentro y lo vuelven familiar. Los hombres están en su casa en el mundo. De él no entienden casi nada y lo quieren mucho.

Caminan. Se pasean. Van a sus trabajos, sus placeres, sus amores. Son llevados por el tiempo y lo llevan por el espacio. No siempre saben lo que hacen, pero la vida les basta: los ocupa por entero y los compromete a actuar sobre el mundo. Y están obligados a ello: el hambre, la sed, el frío, el calor, el sueño, el amor. Y le agregan cosas: inventan la patria, los valores, el ajedrez, el ferrocarril, los coloquios, la pintura, la religión.

Se diría que la naturaleza se encargó de todo en primera instancia. Impone sus reglas, que son rudas, y que constriñen a los hombres. Hay que cazar, pescar, pizcar frutas, tallar piedras, levantar chozas. Hay que huir para sobrevivir. A medida que el tiempo pasa, los hombres, poco a poco, se sienten cada vez más libres de tomar su suerte en sus manos y de pensar en otra cosa. Ríen, cantan, dibujan bisontes en las paredes, decoran las jarras para el vino, colocan máscaras de oro sobre el rostro de los reyes muertos, construyen pirámides, puentes sobre los ríos, jardines colgantes, ciudadelas para guerrear. Vemos emerger contadores, arquitectos, capitanes, pontífices. La bomba está cebada. Es lo que llamamos progreso.

—A ti —me dijo A—, te conozco: no tardarás mucho en hablarme de literatura.

—Clarín corneta. Algunos dicen que al principio había primeramente la acción. «*Am Anfgang war die Tat*». Otros sostienen que era la palabra. «En el principio era el verbo». La diferencia es más bien estrecha. A partir de que los

hombres ya no fueron empujados por fuerzas desconocidas y que por cuenta propia se pusieron a actuar y a pensar, entraron en las palabras. Es el principio de las catástrofes y de una estancia encantada. Se diría que otro mundo toma el relevo del primero. Es poco decir que las palabras describen el mundo: lo renuevan y lo constituyen. Es otro Génesis, y es el Génesis mismo. Lo que informarás a Urql será mucho mejor que el mundo: su relato por palabras, su creación una segunda vez, su texto sin tachaduras, su diligencia sin espera, su perfume con las espinas.

—¿Lo crees de verdad?, —preguntó A.

—No, no lo creo. No creo en lo que digo. No hay nada mejor que el mundo y ya sabes lo que pienso de la suerte que correrá nuestro informe. Pero el fracaso será culpa mía. No será culpa de las palabras. No tuviste la suerte de encontrarte con Homero, con Shakespeare, con Balzac, con el autor de *Las mil y una noches* o del *Ramayana*. Ellos recreaban mundos. Yo no tengo fuerzas para hacer vivir un brezo. Llegaste demasiado tarde, mi querido A. Y te las arreglaste mal. Hubo sin embargo, en esta bola de la que hablarás en Urql, máquinas que hacen soñar, que dejaron un nombre en la memoria de sus huéspedes. Las llamamos libros. Menos rápidos que los cohetes, menos poderosos que los cañones, menos cómodos que el oro o que los billetes, uno podría creerlos de poca importancia. Pero no. En el informe que preparamos desempeñan un papel capital. Pronto sabrás todo, o quizá casi todo, sobre los quince mil millones de años de nuestro viejo universo, los cinco mil millones de años de la Tierra, los cuatro mil millones de la vida, los tres millones del hombre…

—Qué bueno.

—Los libros ocupan apenas, delgada gota de agua en el océano, algunos miles de años. En ese tiempo tan limitado cambiaron la imagen que los hombres tienen del mundo y que tienen de sí mismos. Cambiaron la imagen que puedes tener de ellos.

—¿El informe también será un libro?, —preguntó A.

—Sí, claro. El informe será un libro. Será también un libro. Quiero decir un libro más. Y los libros, vaya suerte, todavía no han desaparecido.

—Me gustan los libros —dijo A—. Les deseo larga vida. Espero que duren para siempre.

—Seguramente que no. Ya han durado mucho tiempo. Durarán quizá todavía. Pero para siempre, seguramente que no. No me aventuraré a sostener que nuestro informe a la gente de Urql podría constituir el ramillete final de unos fuegos artificiales desplegado sobre tres o cuatro milenios y que doblará

las campanas de un arte que, de los *Vedanta* a *La educación sentimental*, a los *Copains*, a *Paysan de Paris*, a *Fiesta*, a *En busca del tiempo perdido*, ha producido obras maestras. Pero no es imposible que el gran momento del libro ya haya pasado y que la novela y el cuento, que tanto han brillado en los dos últimos siglos, se preparen en secreto para reunirse con la epopeya, la égloga, los cuentos medievales, la elegía, la tragedia, el soneto en el cementerio de los dioses muertos.

—Dime —murmuró A con tono tan delicado que no percibí enseguida su oculta perfidia—: ¿creo recordar que tú mismo, cuando estabas vivo, escribías libros?

Caí en la trampa a ojos cerrados.

—Escribí varios, respondí pavoneándome. Debo confesar que algunos…

—¿Sobre Venecia, quizá? ¿O sobre Chateaubriand? Pareces conocerlos un poco menos mal que todo lo demás y, me temo, un poco demasiado bien.

—Sobre Chateaubriand, sobre Venecia, sobre mi familia, sobre Marie, sobre la historia y sobre Dios, me afirman que…

Para sorpresa mía y, debo confesarlo, sintiéndome contrariado, A me interrumpió sin pudor y se puso a chiflar entre dientes de manera bastante desagradable por parte de un espíritu de su calidad.

—Si entiendo bien a los hombres tal como me los describes, la decadencia que denuncias en los libros de tu tiempo corre el riesgo de no ser más que un efecto de la pena que sientes por la mediocridad de los tuyos.

El golpe fue bastante rudo. No había sentido nada tan desagradable desde el día en que Marie, de manera demasiado larga para mi gusto, me había hablado de Rodolphe.

—¡Dios mío!, —le dije al recuperarme e intentando poner buena cara ante el mensajero de Urql, portador de malas noticias—, cada quien hace lo que puede. No es imposible que tenga razón y que la imagen que doy del mundo esté manchada y falseada por mi insuficiencia. Espero que nuestro informe no salga demasiado perjudicado.

—No te preocupes —me dijo A posando la mano sobre mi hombro—. Aquí estoy.

Ese espíritu, de vez en cuando, lograba dejarme pasmado.

—Es cierto. Comprendiste bastante rápido cómo funcionan los hombres. Hay en lo que son, hay en lo que dicen, abismos, intereses, giros inesperados, recuerdos, olvidos, secretos que hacen que sus juicios no puedan nunca ser separados de aquel que los expresa. Un gran señor francés descubrió el secreto ya en la época de Rancé. Escribió máximas bastante cortas (un juego

de moda en los salones de entonces) que, a fuerza de girar alrededor de un tema único, constituyen un sistema. El tema, y el sistema, es el amor propio. «El amor propio es el amor por sí mismo y de toda cosa para sí. No se puede medir la profundidad ni penetrar las tinieblas de sus abismos. Es inconstante de inconstancia, de ligereza, de amor por la novedad, de cansancio y de asco; es caprichoso y se le ve de vez en cuando trabajar con gran prisa y con trabajos increíbles en obtener cosas que no le son ventajosas, y que incluso le son perjudiciales, pero que persigue porque las quiere. Es extraño, y a menudo pone todo su empeño en las más frívolas aplicaciones. Está en todos los estados de la vida y en todas las condiciones; vive en todas partes y vive de todo, vive de nada, se adecua a las cosas y a su privación; hasta se pasa al partido de la gente que hace la guerra, entra en sus propósitos y, lo que es admirable, se odia a sí mismo con ellos, ruega por su pérdida, trabaja incluso en su ruina; finalmente, solo se preocupa por ser y, mientras es, con gusto es su enemigo».

—Vaya pues —dijo A—, sí que son complicados ustedes.

—Hay genios más grandes en la literatura que el duque de la Rochefoucauld. No boxea en la categoría de los Sófocles y de los Cervantes, de los Spinoza, de los Goethe, de los Shakespeare, de los Tolstoi. Pero con esa sospecha de un secreto inconfeso, oculto en lo más profundo de una conciencia inconsciente, entreabre la puerta que uno de los maestros de su tiempo, o quizá de un poco antes, un médico judío de la Viena imperial ya en fase de decadencia, armado con herramientas mucho más temibles que el pobre amor propio (el sueño, el inconsciente, la inhibición, el complejo, y antes que nada el violento deseo que tienen los cuerpos los unos por los otros), abrirá de par en par con una sutileza y una brutalidad encantadoras: será la revolución del doctor Sigmund Freud. ¿Ves cómo nacen, a través de libros e ideas, ríos subterráneos, genealogías espirituales, líneas directrices imprevistas e innumerables? Como la de Darwin, de Karl Marx, de Einstein…

—Lo sé —dijo A—, lo sé. Detesto cuando te repites y me tomas por un tarado.

—… La revolución del doctor Freud también será obra de libros. No estoy seguro, lo confieso, de lo que valgan los míos, pero sé, mi querido A, que los hombres de estos tiempos son los hijos de los libros.

—Se cierra la edad de los libros. ¿La gente de tu época dejó de escribir?

—Claro que no. Al contrario. Todo el mundo escribe más que nunca. Los libros florecen porque mueren. O mueren porque florecen. Estamos sepultados bajo las imágenes, pero también bajo los libros. Cultura y

Comunicación se han vuelto lugares comunes de la más baja calaña: les pegaron mayúsculas y se convirtieron en ministerios. En el reino del espíritu, el éxito es mala señal. Las mayúsculas también. El mundo está hecho de tal manera que el triunfo de un sistema ya marca su decadencia. Hace más de cuatro siglos, un economista inglés que llevaba por apellido Gresham inventó una ley en la que la simplicidad se confunde con la genialidad: la mala moneda desplaza a la buena. Los malos libros desplazan a los buenos. Hace poco te extrañabas por mi duda de ver nuestro informe publicado en esta Tierra. Es que un libro nuevo en nuestras bibliotecas (se dice: *una novedad*, se grita: *¡Acaba de publicarse!* se hace publicidad, se adquieren artículos, se precipitan a la radio y a la televisión, en el peor de los casos se habla de un *best-seller*) no es más que un poco de papel en los torrentes de papel. Imagino con orgullo el estruendo que provocará nuestro informe, a pesar de todas sus lagunas, entre los espíritus de Urql, tus compañeros y amigos, que nada saben de los hombres ni de sus curiosos inventos. Aquí, en esta Tierra, no sería nada más que otro libro entre tantos otros libros. Uno de esos escritores del que conservamos el nombre porque antaño había trastornado a muchos jóvenes redactó él mismo, a la atención de su discípulo que se llamaba Nathanaël y que era para él algo así como lo que soy para ti, el manual de sus libros: aconsejaba tirarlos. ¿Querrías, mi pobre y viejo A, todavía estamos a tiempo, que vayamos a pasearnos y que tiremos el informe?

—Y yo te ordeno, Nathanaël, no tirar absolutamente nada y proseguir como se pueda con la redacción de nuestro informe. Sé lo que vales y lo que valen los hombres. Pero es necesario que el eco de sus miserables aventuras y que los nombres de Virgilio y de Stevenson, de Carpaccio, de Haydn, de Proust y de Borges, de Einstein, del doctor Freud…

—De los papas Clemente —dije.

—… De los papas Clemente, si insistes, y de Benvenuto Cellini y del condestable de Borbón…

—¿Y el mío?, —supliqué.

—Por favor…

Y me costó trabajo, en ese momento, comprender si se trataba de un rechazo o de una invitación.

—… Y los nombres de Maynard y de Baïf, de Heine, de Kipling, de Offenbach, de Toulet lleguen hasta la gente de Urql para impedirles imaginar que reinan solos sobre el universo.

XVI. La diligencia ebria

—¿Quizá habrá llegado el momento de ver en qué estado nos encontramos?, —dijo A.

—Las cosas han cambiado mucho desde que el mundo te aparecía como una bola redonda en el universo. En la bola y en el informe algo surgió. Pongamos, para ser breves y nomás de pasadita, como dicen los imbéciles, que se trate del pensamiento. Con todo lo que lo compone y todo lo que le concierne: la ciencia, la moral, la religión, la imaginación, el recuerdo, la esperanza o la ironía, la metafísica o el arte. Con todo lo que supone como consecuencia y de complicaciones, de giros inesperados, de remordimientos y de contradicciones. El pensamiento, por definición, se ejerce en primer lugar contra sí mismo. Se combate, se refuta, se cuestiona, afirma burlándose, desconfía de sí mismo, se construye destruyéndose. Está en todas partes y no está en ninguna, pero antes que nada está donde no está. Se niega y no se niega. Le está prohibido tanto quedarse donde está como alejarse para siempre. Es imposible impugnarla y sublevarse contra ella, pues solo está el pensamiento para volver sobre el pensamiento y para denunciarlo. Es en extremo difícil, hablar del pensamiento, pues siempre se piensa en lo que se trata y él mismo es el que se juzga. Los hombres se oponen a la naturaleza, la conquistan, la dominan; nada pueden contra el pensamiento, pues el pensamiento es ellos mismos. El único modo para los hombres de ganarle al pensamiento sería matar a todos los hombres, asesinos incluidos. Los hombres, que se creen libres, son prisioneros de muchas cárceles. Son prisioneros del espacio. Son prisioneros del tiempo. Son prisioneros de la vida. Son prisioneros del pensamiento. Y la más cruel de todas las cárceles, la más loca, la más sublime, es el pensamiento. Porque es al mismo tiempo la cárcel y la liberación.

—Ni te esfuerces tanto —dijo A—. No necesitas, figúrate, hablarme del pensamiento. Porque sé lo que es.

—No, no sabes lo que es. Sabes lo que es el pensamiento triunfante de los espíritus, sin obstáculos y sin límites. No sabes lo que es el pobre, el miserable pensamiento de los hombres, enredado, balbuceante, acechado por la mentira, por el error, por la mala fe, por el aburrimiento, por el azar, por la locura. Amenazado por el fracaso. Aún más amenazado por el éxito. Cristóbal Colón se equivoca, y descubre América. Einstein triunfa y abre la posibilidad de la destrucción del planeta por sí mismo. El mundo, donde la lógica y la necesidad reinan con implacable rigor, no es más que una inmensa paradoja.

Cuando obtenemos respuestas, y la ciencia obtiene muchas, es que olvidamos la verdadera pregunta. Y cuando planteamos la verdadera pregunta, no obtenemos respuesta.

—Habrá que poner todo eso por escrito para que se entere la gente de Urql.

—En un sentido, ya está hecho. En otro, es imposible. Me temo que ya te hayas convertido un poco en un hombre. Porque viniste a nuestra Tierra, viste a Marie y te he hablado mucho de Benvenuto Cellini y del paraguas de la rue du Dragon, entiendes más o menos lo que intento decirte con tanta torpeza y contradicciones. Imagínate tan siquiera un poco lo que podrían representar para un espíritu promedio de Urql la conversación de Rancé o las relaciones entre Molé y el vizconde de Chateaubriand. Vería al mundo como una maraña de mecanismos sin pies ni cabeza, de insensata complicación, del que ningún habitante de Urql hubiera nunca sido capaz de imaginar el más mínimo engranaje. Los hombres dibujan a veces las imaginarias siluetas de criaturas venidas de otros planetas e inventan antenas, aberrantes órganos, extraños o grotescos aspectos, tan alejados como puede ser de nuestro propio universo, y sin embargo, por supuesto, ¿cómo podría ser de otra manera?, siempre inspirados por él. Nadie, fuera de este mundo, podría ni inventar, ni siquiera comprender a un hombre. Las piedras, las rocas, a lo sumo los árboles y las algas del mar, un espíritu exterior podría estudiarlos e iniciarse en su estructura o en sus transformaciones. Solo un hombre, y está por verse, podría comprender a un hombre. Tú, gracias a mí, gracias a nuestro encuentro frente a la Aduana de Mar, ya eres un hombre. Solo me debes una cosa, mi querido A, pero tampoco es nada: es el haber tomado un lugar en este mundo en el que te hice entrar en el momento en el que yo salía de él.

—Muy bien —dijo A con una pizca de impaciencia—. Redactemos.

—«Durante quince mil millones de años…» —empecé.

—Constato —apuntó A—, que nos estamos yendo mucho más allá del diluvio.

—Mucho más allá. El diluvio, tal como lo cuentan la Biblia y varias tradiciones externas al pueblo hebreo como las tablas de Ebla y la historia de Deucalión, fue ayer. Y no querrías que entregara a los distinguidos espíritus de Urql, que se sorprenderían por nuestra ligereza, una apresurada y mal hecha descripción, arbitrariamente limitada a los últimos segundos de esta Tierra. Retomo. Durante quince mil millones de años el mundo es librado a sí mismo. Después, es decir ayer, es librado a los hombres. La época primitiva, la de los quince mil millones de años, se divide a su vez en dos periodos

desiguales. El primero dura una infinitesimal fracción de segundo: es lo que llamamos el *Big Bang*. El segundo dura quince mil millones de años menos que la fracción de segundo. Pero lo más importante es la fracción de segundo. Porque es el principio, el principio del principio del principio del principio, del que nadie sabe nada y del que nada se puede decir. Algo así como: *Pfuittt*… o quizá mejor: *Top*.

—*Top* —dijo A.

—Eso es. *Top*. Muy breve. Y eso que el *top* muy breve ya es demasiado largo. Hay que dividirlo en algunos miles de millones de millones. Todo, absolutamente todo, se juega en ese minúsculo espacio de tiempo en el que la historia universal ya está potenciada y en germen: la victoria de Alejandro Magno sobre Darío en Issos en 333 a. C, y su boda con Roxana, la hija del sátrapa Oxiartes, el nacimiento de Jesús en Belén, bajo el rey Herodes y bajo el emperador Tiberio, entre un buey y un asno, la de Buda en Kapilavastu, al pie del Himalaya, unos quinientos años antes, la de Mahoma en La Meca, unos seiscientos años después, y la redacción de este informe destinado a la gente de Urql.

—¡Qué!, —se sorprendió A—. ¿Todo eso?

—Y todo lo demás —precisé.

—¿Todo eso ya está contenido en el *top*, en ese espacio de tiempo tan ridículamente breve?

—Está contenido sin estar contenido. Está contenido y no está contenido. Todavía no está ahí y sin embargo ya está ahí. La coronación de Carlomagno y mi encuentro con Marie y la redacción de este informe no son más que el fruto del desarrollo de esa primera fracción de segundo. Nunca hubieran existido si esa primera fracción de segundo no hubiera existido. Derivan necesariamente, con atroz rigor, y sin embargo libremente, de los quince mil millones de años que le siguen a nuestro *top* sonoro e infinitesimal, sin contar los miles y miles de millones de años que todavía tenemos por delante.

—¿O quizá solo millones?

—O quizá solo millones. Nadie sabe nada al respecto en esta Tierra a la que llegas y de la que me retiro. Pero si no hay catástrofes provocadas por los hombres, serán más bien miles de millones.

—No le entiendo gran cosa —dijo A—. Me temo que mis amigos de Urql, que viajan menos que yo y de los que podemos suponer que tienen el espíritu menos abierto…

—Ciertamente —asentí quizá demasiado rápido y para quedar bien.

—… No entienden ni pío. Parece ser un castillo de naipes que unos niños esquizofrénicos o autistas se pondrían a edificar. O algún mecano gigante, amenazado por un ventarrón.

—Lo que sale a la luz, mi querido A, en esta primera fracción de segundo…

—Es el espacio. Lo sé. Y no es cosa de risa. Bastante me costó atravesarlo para llegar hasta ti.

—Claro. Pero también todo lo demás. Y primero el tiempo. Y la historia. Y todo lo que se desenvuelve por la causa y por el efecto. La invención de la pólvora y de la brújula por los chinos, el descubrimiento de América por Cristóbal Colón, la invención de la rueda quién sabe dónde por quién sabe quién, la invención del cero por un sabio indio, quizá de nombre Aryabhata, que se lo endilgó a los árabes que se lo endilgaron a Europa son hallazgos geniales. Algo tienen de mezquino y casi de ridículo comparado con el golpe de audacia y el golpe teatral que constituye la invención de la causa seguida de su efecto. Cada efecto agrega algo, en el tiempo, a la causa que le precede. Y la causa, sin embargo, ya está muy cargada de efecto. Y el efecto por entero ya está en la causa. El efecto está en la causa como el roble en la bellota que se hunde bajo la tierra, como el hijo por venir en la semilla del padre en el vientre de la madre. Todavía no hay hijo, pero el hijo ya está ahí. El porvenir todavía no está ahí, pero ya está por entero en el pasado que lo precede, lo manda y lo anuncia. Todo el porvenir del mundo, todos los hijos de los hombres ya están en la fracción de segundo en la que estalla el *Big Bang*. Si te doy el *Big Bang* te doy el mundo entero y toda la sucesión de los tiempos. El único inconveniente, es que no te lo puedo dar. El primer segundo del universo nos está cerrado, y quizá para siempre. Podemos remontar en el pasado hasta catorce mil millones de años, y quizá hasta quince. Es lo de menos. Una bagatela. Un juego de niños. Pero en ningún caso hasta el primer segundo de esos quince mil millones de años.

Es lo que los físicos, los sabios, llaman con un bonito nombre: una *singularidad*. Como el nacimiento de Adán y Eva, como el primer psicoanálisis, escapa al juego que desata en el mundo y, por ahí, al conocimiento. Prohibido. *Verboten. Off Limits. Pericoloso sporgersi.*

La única cosa que adivinamos de esa hipótesis muy probable que constituye el *Big Bang*, es que el universo, en ese momento, es decir al principio, se reduce a la cabeza de un alfiler. Minúscula. Imperceptible. Más pequeña, por mucho, que lo más pequeño que hay. De una abrumadora densidad. De un calor espantoso de varios miles de millones de millones de

grados. Y luego todo eso explota. Estalla. Se esparce. En menos de tres segundos, la densidad se desmorona, la temperatura se derrumba a unos cuantos miserables miles de millones de grados. Ya empezó. La historia comienza.

El caballero de Rancé y la Aduana de Mar y Marie y el paraguas de la rue du Dragon y hasta la última de las palabras de nuestro informe en común ya están programados. Ya están en la caja. Solo les queda ver la luz del día, crecer, desarrollarse y brillar con todas las luces de la existencia y del tiempo antes de retirarse a su vez, terminado su espectáculo, de ese famoso teatro de sombras que llamamos realidad. Habrá etapas. Por supuesto, habrá etapas. Al cabo de diez mil millones de años…

—¿Es algo así, si me salen bien las cuentas, como cinco mil millones de años antes de nuestro encuentro frente a la Aduana de Mar?, —dijo A agachando la cabeza por el esfuerzo.

—Un día tras otro. Así que hace cinco mil millones de años aparece bajo el sol el objeto favorito de tu investigación: la Tierra. Una cosa menos por hacer. En Europa al menos, por mucho tiempo se creyó, con la Biblia, que la Tierra tenía cuatro mil años al nacimiento del Cristo. Hacia 1830, sobre todo por cuestiones religiosas, un gran sabio como Cuvier sigue sosteniendo esa cifra que Buffon, medio siglo antes, había tenido la audacia de extender a setenta y cinco mil años. Seis y ocho siglos antes de Cristo, los *Upanishad* indios estaban más cerca de la verdad: le daban a la Tierra algo así como dos mil millones de años.

Apenas está ahí la Tierra que los acontecimientos se aceleraron, hop, hop, hop, un ritmo endemoniado: otros mil millones de años y, cuatro mil millones de años antes que nosotros, la vida asoma la nariz. Es una segunda revolución, y una segunda creación, tan inexplicable como la primera: es casi tan fuerte ver vida surgir de la materia como ver materia surgir de la nada. Ataviado con un sombrero de copa y con una varita mágica bajo una amplia capa negra, he aquí el azar y la necesidad bajo los rasgos de Mandrake, mago del infierno, o de Robert Houdini, prestidigitador genial. La sopa primitiva se cuece a fuego lento bastante tiempo, en improbables condiciones, a la temperatura adecuada, para que bacterias, protobiontes, algas verdes o azules aparecieran en las aguas del mar. De las algas verdes a los agnates y a los ciclóstomos, que son peces sin mandíbula, al meganeura monyi, que es una especie de libélula, a los dinosaurios y a los diplodocus, que ya no son libélulas, y al arqueoptérix, que ya es un pájaro pero que probablemente no vuela, es un paseo por el parque, una rutina algo larga, una serie de catástrofes

que más bien son de bostezo porque los hombres no están ahí para divertirnos con sus muecas y con su parloteo. Cuando los mamíferos hacen su entrada en escena, y sobre todo los deliciosos primates, los lémures, los tarseros, las musarañas y nuestros amigos los monos, los hombres tocan a la puerta. Llegan en el último momento, ayer o anteayer, en los tres o cuatro millones de años que acaban de pasar como flecha. Los quince mil millones de años que nos separan del nacimiento del universo e incluso los cuatro mil millones de años de la vida ya han prácticamente transcurrido cuando la alegre banda de los hombres viene a instalarse entre nosotros con todos sus trastes. El pensamiento de los hombres se levanta tarde sobre el mundo. Es un tercer misterio, tan denso como los dos primeros: el nacimiento del bien y del mal, de la esperanza, del remordimiento, es tan incomprensible como el nacimiento de la vida o el nacimiento de la materia.

—Mi pobre O —me dijo A—, si piensas poner de pegote a nuestro informe esa picaresca telenovela con un guion bastante idiota donde la diligencia de la vida, más ebria que todos los barcos cantados por sus poetas, conducida a todo meter por un misterioso cochero enmascarado estilo Zorro, escapa milagrosamente a todas las emboscadas preparadas por la geología, la temperatura, la alimentación o los meteoritos en el atormentado camino que va de la materia al pensamiento, mucho me temo que nadie, en Urql, nos tome en serio.

—¡Simplifiquemos! ¡Simplifiquemos! «Durante quince mil millones de años la Tierra está librada a sí misma, es decir a la naturaleza, cuyas rigurosas leyes dirigen la materia y la vida, que nació de la materia, que nació de quién sabe qué. Al cabo de quince mil millones de años, poco más, poco menos, la Tierra es ocupada por invasores venidos del interior y surgidos de la vida. Se llaman a sí mismos: los hombres. El hombre. *Homo. Uomo. Hombre. Man. Mensch. Menneske. Anthropos. Tchelovek. Ember. Ren. Hito. Baniadam. Rajoul*. Y piensan».

—Pos… —murmuró A.

—¿Es decir?, —pregunté.

—Me surge la idea de que eres un alga con tiempo agregado. Eres tiempo, injertado en el alga.

Porque tenía por costumbre comportarme como un hombre, es decir como un espíritu, reflexioné un momento.

—Nada más correcto —dije.

—¡Vaya aventura!

—¡Vaya novela!

—Ahora que sé que son todos unas algas que tuvieron la suerte de durar, Chateaubriand me sorprende menos. Y Molé ya nada.

—¿O quizá, al contrario, te sorprenden aún más?

—¿Ah? ¿Tú crees?… Sí, tal vez… Piensa en hacérmelo pensar.

XVII. Los tetrarcas y la muñeca rusa

—El mundo es una muñeca rusa. En la gran novela del universo está la novela de la Tierra. En la gran novela de la Tierra está la novela de la vida. En la gran novela de la historia está la novela de cada uno de nosotros. En la novela de cada uno de nosotros hay innumerables cuentos. Cuando llegaste por encima de Venecia y me hallaste partiendo, viste la ciudad y sus canales, sus puentes, sus iglesias, el Arsenal en una punta con sus leones de piedra, San Nicolò dei Mendicoli, tan sombría y tan sola; en la otra, la plaza de San Marcos en medio, con la basílica y el campanario y la escalera de los Gigantes en el Palazzo Ducale, y los palacios lombardos o góticos o del Renacimiento o barrocos a lo largo del Gran Canal, y gran número de casas, a menudo rojas, a veces verdes o amarillas, o incluso azules como en Burano que no me desagradaría mostrarte antes de desaparecer en serio de este mundo donde hay colores y donde hay casas. En cada una de esas casas hay hombres y mujeres que tienen una vida, pensamientos, sentimientos, pasiones. Ya sabes cuánto esas pasiones y esos pensamientos se combinan y se enredan. Se encariñan con cada recodo de una vida que no acaba de terminar. Porque Dios está en los detalles, y la historia de los hombres también.

En uno de los muros de San Marcos, del lado del palacio de los Dux, hay un grupo de pórfido rosa que representa cuatro personajes. Son los dos Augustos y los dos Césares del imperio romano en decadencia que sus propias dimensiones había obligado a dividir. Con frecuencia Marie y yo nos detuvimos ante el grupo de tetrarcas abrazándose con torpe gesto. Nos tomábamos de la mano porque nos amábamos. Mirábamos a los cuatro hombres de piedra con sus faldas y sus espadas con puño en pico de águila y sus sandalias de cordones y sus curiosos sombreros y nos parecían bellos. Nos hacían reír con algo de emoción. No sabíamos quiénes eran, no sabíamos nada de ellos. Son los libros, naturalmente, los que nos enseñaron su historia. Un tenue vínculo se establecía entre los emperadores romanos, de los que veíamos la imagen y de los que ignorábamos hasta el nombre, del desconocido artista que los había esculpido hacía mil quinientos años, de todos aquellos que, primero en Bizancio, luego en Venecia, los habían contemplado con admiración, con aburrimiento, por rutina, por gusto, después de una larga espera impaciente o para hacer como los demás, no sabiendo nada o sabiéndolo todo, y Marie y yo que veníamos, a su vez, a plantarnos ante ellos.

Por mucho tiempo los tetrarcas de pórfido a un costado de San Marcos encarnaron para mí todos los misterios del arte, de la historia y del tiempo. Tendían un puente entre Venecia y Bizancio, entre el imperio romano y los días de nuestra vida, entre toda la beldad del mundo y mi amor por Marie. «¿Te acuerdas de los tetrarcas?» se había vuelto una contraseña entre Marie y yo. Nos la habíamos repetido, riendo o con lágrimas en los ojos, en París, en Grecia, en Ravello, en Nueva York, cuando el sol brillaba en nuestros corazones como brillaba sobre el Gran Canal o cuando nuestro amor se hacía trizas antes de renacer de sus cenizas para permitirme morir en los brazos de Marie.

Tanto como Venecia y sus tetrarcas de pórfido, Maubeuge o Valenciennes o Saint-Chély-d'Apcher, o cualquier pueblucho perdido de Canadá o de Nuevo México, o esa pequeña ciudad de Italia que lleva por bonito nombre el de Borgo Pace pero que no posee ni el paisaje ni las iglesias que son la gloria de Todi o de Orvieto o de Positano, pueden servir de contexto para los deseos, los sufrimientos y las pasiones de los hombres. Lo que pasa en Venecia es que cada piedra es bella y que cada rincón de canal remite a algo, a un recuerdo, a una imagen, a sueños desvanecidos. Es por ello que tanto me paseaba por ahí con Marie y que tuve la suerte de morir ante la Aduana de Mar y de conocerte. De los Gesuiti, de camino a la Abbazia y de la Madonna dell'Orto, donde las colgaduras verde y blanco, tiradas aquí y allá con desenfado, son esculpidas en el mármol, a los Gesuati, sobre el muelle de los Zattere, de los Fondamenta Nuove a la Giudecca y a la isola di San Giorgio, caminábamos junto a Byron, Casanova, Thomas Mann y a Visconti, a Henri de Régnier y Paul Morand. Eran nuestros amigos de los que, contrariamente a los tetrarcas, sabíamos casi todo, lo que habían venido hacer en Venecia y a quienes habían amado, lo que habían escrito y cómo habían muerto, lo que no les impedía, sabes de eso, estar con nosotros, más fieles y más presentes que tantos seres vivos de los que nos burlábamos despectivamente. Estábamos nosotros y estaban ellos. Venecia no hubiera sido Venecia si no hubieran hablado de sus puentes, de sus pinturas, de sus cárceles, de sus góndolas con tanta gracia y sutileza:

Sinuosa y delicada,
Venecia es ágata,
Despliega canaletas
Tan vívidas como venas[22]

Y ellos no eran ellos, el corazón de lo que eran les hubiese hecho falta para siempre, si no hubieran amado Venecia y si no la hubieran hecho revivir en lo que escribían. Wagner (nos lo encontrábamos en Ravello, en la villa Rufolo, donde también deambulaba el recuerdo de Styron y del más bello de sus libros, *Esta casa en llamas*, que describe a Ravello bajo el nombre de Sambuco) había escrito *Parsifal* en ese palacio del Gran Canal ante el que pasábamos y volvíamos a pasar en góndola o en vaporetto y que contemplábamos en silencio. Chateaubriand (nos lo encontrábamos por todas partes) había venido tres veces a Venecia, donde se había hospedado en el hostal del Lion d'Or, luego en el hotel de l'Europe, en la entrada del Gran Canal, frente a la Salute y la Aduana de Mar. Y a cada vez, mi querido A, es una comedia y una novela de aventuras. —A ese, lo extrañábamos— refunfuñó A.

—Siempre se le extraña. Como se extraña a todos aquellos que amamos y que, a diferencia de todo lo que nos jala hacia abajo, se obstinan con alegría en jalarnos hacia arriba. Unos viven con la Biblia, con Homero, con Adriano o con Marco Aurelio, con Virgilio o con Horacio, con San Agustín. Otros con Montaigne, con Pascal, con Shakespeare o Mozart, con Verlaine o Carpaccio del que íbamos a ver, Marie y yo, el *Sueño de Santa Úrsula* en la Accademia o *La vida de San Jerónimo* en San Giorgio degli Schiavoni, con la huida de los monjes cual parvada de gorriones blancos y negros ante un león más bien plácido y el famoso caniche de San Agustín, pasmado por la mística luz que cae del cielo por la ventana. Muchos no viven con nadie y se quedan encerrados en su minúsculo jardín, sin mirada alguna al campo en otoño o en primavera que se pinta de tantos colores diferentes ni a las ciudades de los alrededores en las que suceden tantas cosas. Es un gran privilegio recorrer un tramo del camino con lo mejor que hay, lo más alegre, lo más vivo de entre los que han muerto. Viví mucho con el amigo, y el enemigo, y sin embargo siempre amigo, de Molé, de Joubert, de Fontanes, de tantos otros, con el amante fiel e infiel de Juliette Récamier. Reí mucho con él, como con Rabelais, Cervantes, Proust. Debes saber, mi querido A, que la vida de los hombres es siniestra, llena de sufrimientos y de lágrimas, oscurecida por la ausencia, por la muerte, por la pena, por la enfermedad, por la traición y por la mentira. Y que es locamente divertida. Cuando Chateaubriand, proveniente de París en uno de esos grandes y hermosos coches de viaje que lindamente se llamaban «dormilonas», llega a Venecia por primera vez, en pleno verano de 1806 (le tomó diez días ir desde la plaza de la Concordia al hostal del Lion d'Or), tiene la cabeza llena de un gran asunto que lo entretiene por completo.

—¡Un libro!, —gritó A.

—Para nada.

Se rascó la cabeza.

—¿1806? ¿Quizá la política, Francia, sus relaciones con el emperador?

—¡Eso es! ¡*Complimenti*, mi querido A! *E tanti auguri!* Pero es otra cosa.

—Entonces, es una historia de amor.

—Es una historia de amor. Chateaubriand, como tú y como yo, está loco de amor por una dama.

—Nunca estuve loco de amor por una dama —murmuró A.

—Discúlpame. Chateaubriand está enamorado de la dama que, antes que Cordélia de Castellane, empezará lentamente a alejarlo de Mathieu Molé: se llama Natalie de Noailles.

—Sí, sí —dijo A—. Ya sé. Es muy bella.

—No creo, pero no importa. La ama. O cree amarla. Cuando parte para Venecia bajo diversos pretextos (embarcarse hacia Grecia, recoger imágenes para su libro sobre los mártires, ir a rezar en los lugares de la pasión de Cristo), no piensa en otra cosa más que en Natalie de Noailles. Las algas, los diplodocus, los primates, los simios, los miles de millones de años de la Tierra antes de la primera sonrisa desembocan en la imagen, tan viva que se vuelve borrosa y casi dolorosa, de Natalie de Noailles en el espíritu, o en la memoria, o en el corazón, no se sabe muy bien, del vizconde de Chateaubriand. Pero porque el mundo es una muñeca rusa y que podemos, cada vez, subir hacia un conjunto más amplio o bajar hacia un detalle más delgado, el amor de René por Natalie es a su vez un universo de invasora arquitectura y de innumerables aventuras. Nos remite al imperio, a Napoleón, a la revolución francesa, al Terror que despacha hacia el cadalso al marqués de Laborde, padre de Natalie; en Londres donde se refugia el vizconde Noailles, que también es príncipe de Poix, que será duque de Mouchy, y que es el marido de Natalie; a los paisajes abrumados por el sol de Grecia y de Tierra Santa hacia donde Chateaubriand parte en peregrinación, el corazón lleno de Natalie; a Andalucía, hija del islam, donde, nueva Penélope de un Ulises católico, legitimista y adúltero, Natalie se pasa el tiempo dibujando columnas de la mezquita de Córdoba o el patio de los Leones y la sala de las Dos Hermanas de la Alhambra de Granada esperando el regreso del apasionado navegante quien, devorando los momentos bajo la impaciente vela, le pide vientos a la estrella de la noche para navegar más rápido y gloria para hacerse amar.

—¿Eso es de tu autoría?, —preguntó A.

—No. Es de Chateaubriand.

—Es lo que pensaba.

—Cualquiera de esos episodios puedes apoderártelo y cargarlo a su vez en un continente por explorar, un océano por recorrer. El mundo es finito, estrechamente limitado en el espacio y en el tiempo, en un sentido minúsculo, y no se agota jamás. Cuando termina el Terror y Natalie de Noailles, liberada de la cárcel por la caída de Robespierre, puede por fin reencontrarse en Londres con su marido, a quien ama con un amor apasionado e ingenuo, él cayó en las redes y en los brazos de una mujer que había hecho las delicias de la sociedad londinense al final del siglo XVIII y que era la amante del príncipe de Gales.

—Y dale con eso otra vez —dijo A.

—El marido de Natalie solo tenía una idea en mente: era la de deshacerse de su mujer que venía a molestarlo en sus nuevos amores. Le pidió a uno de sus amigos, que se llamaba Vintimille, ocuparse de Natalie. Vintimille cumplió con el encargo tan concienzudamente que se enamoró locamente de madame de Noailles. Pero madame de Noailles, que le tenía mucho afecto a su exaltado pretendiente, se le negaba por fidelidad a su marido del que ignoraba las intrigas y del que seguía enamorada. Vintimille, no aguantando más, se echó a sus pies y le reveló, bañado en lágrimas, la cruel comedia inventada por Noailles. Fue un terrible golpe para Natalie, cuya cabeza y corazón ya habían sido debilitados por las duras pruebas de la cárcel y de la separación. Eran tiempos del Directorio. Las mujeres mostraban sus senos bajo vestidos transparentes.

—No me sorprende —dijo A.

—Se lanzó hacia los placeres desde lo alto de sus penas. Detestó al marido que tanto había amado. Se entregó a Vintimille, despreciándolo. Despreciaba a su marido, despreciaba a su amante, despreciaba a los hombres (y los amaba). El desprecio es un arma mortal. Vintimille terminó por irse de Francia para ahogarse en las aguas de la bahía de Nápoles y Natalie empezó a mostrar los primeros signos de la locura que acabaría con ella. ¿Recuerdas a Molé?

—Solo pienso en él —dijo A.

—Molé la describe más o menos en esa época en la que, por culpa de las desgracias por las que había atravesado (¿ves cómo la vida se teje y se arregla?), quería gustarle a los hombres y obtener pruebas cada vez más ardientes de su admiración y de su aprecio: «Era Armida…».

—¿Armida?, —preguntó A.

—Una diosa. O una heroína. De Ariosto o de Torcuato Tasso, ya no sé. Una dama, en todo caso, que agrada con locura. «Era Armida. Sea que hablara, sea que cantara, el encanto de su voz era irresistible. Su coquetería alcanzaba la manía. No podía soportar que las miradas de un hombre se posaran sobre ella con indiferencia. Más de una vez la sorprendí a la mesa, buscando con inquietud en el rostro de los sirvientes que nos atendían la impresión que en ellos causaba». Es de esa mujer herida de la que Chateaubriand se enamora. Siempre sedienta de pruebas de admiración y de fidelidad, siempre ansiosa de ver restaurado su poder sobre los hombres tan cruelmente sacudido por la traición de su marido, se le entrega en Granada en cuanto llega a su encuentro al término de su peregrinación a Grecia y a Tierra Santa. ¿Te imaginas el estado de excitación de René al llegar con su mujer al hostal del Lion d'Or, en Venecia, de donde, vía Mestre y Trieste, se embarca hacia Oriente y hacia el Gólgota con Granada en el corazón?

—Sí, sí, me imagino.

Creí percibir en el tono de A una sombra de impaciencia.

—La verdad, voy a decírtela: Chateaubriand, nos importa un comino.

—¿En serio?, —preguntó A inclinando la cabeza con un encantador movimiento.

—Lo quiero mucho, por supuesto, porque escribió cosas deslumbrantes que sientan bien cuando se leen: «El hombre no necesita viajar para engrandecerse». O también…

—No sé si engrandecí —dijo A—. Pero viajé mucho.

—Te hago notar que otro escritor francés, de nombre Céline, considera al viaje como «un pequeño vértigo para pendejos».

—Muchas gracias —dijo A.

—… O también, y ahí sí, confiésalo, el autor de *Memorias de ultratumba* merece con toda simplicidad su epíteto de encantador: «Hay que ser ahorrador de su desprecio en razón del gran número de necesitados». Pero siempre pienso en el informe y el epicúreo católico solo nos sirve para comprender cómo las algas con tiempo logran arreglárselas en este mundo y cómo funciona la vida. Punto y aparte. Venecia fue una decepción. «Esa Venecia, si no me equivoco», le escribe René a un amigo del que podría hablarte y del que no te hablaré porque solo tenemos tres días para redactar el informe, «le disgustaría tanto como a mí. Es una ciudad contra natura. No se puede dar un paso sin estar obligado a embarcarse, o tener que dar rodeos por estrechos pasajes más parecidos a pasillos que a calles. La plaza de San Marcos en sí misma, por el conjunto más que por la belleza de los monumentos, es muy

destacable y amerita su renombre. La arquitectura de Venecia, casi toda de Palladio, es demasiado caprichosa y demasiado variada. Siempre son dos, y hasta tres palacios construidos unos sobre otros. Quedan algunos buenos cuadros de Paolo Veronese, de su hermano, de Tintoretto, de Bassan y de Tiziano».

El juicio brilla, lo temo por la memoria del gran hombre, por su ignorancia y su ligereza. Recuerda las irresistibles páginas de un viajero francés de gran renombre (antes de cierta fecha, los viajeros, sobre todo los franceses, siempre son de gran renombre), Charles de Brosses, quien, medio siglo antes, había dejado el departamento de Dijon para bajar hacia Italia y enviar tarjetas postales a sus amigos en Francia. Después de haber considerado la pintura en Florencia como «muy malas obras en su mayoría», Charles de Brosses, que solo ama al barroco, nos dejó una famosa descripción de San Marcos que ya se anticipa a la de René: «Se habrán figurado que era un lugar admirable, pero mucho se equivocan: es una iglesia a la griega, baja, impenetrable a la luz, de gusto miserable, tanto por dentro como por fuera… No puede verse nada más miserable que esos mosaicos… El pavimento también es todo de mosaico. El conjunto ha sido tan bien sellado que, a pesar de que el pavimento esté hundido en ciertos lugares y muy elevado en otros, ninguna pieza se ha desprendido ni saltado: resumiendo, es sin lugar a dudas el mejor lugar del mundo para jugar al trompo».

—Algo es algo —dijo A—. No me desagradaría ser el primer espíritu venido de Urql para jugar al trompo con Charles de Brosses, del parlamento de Dijon, en la basílica de San Marcos.

—Es una delicia ver que te conviertes, poco a poco, en algo tan semejante a nosotros. En lugar de enfocarnos en toda esa gente de talento que se aficiona por un adulterio tan alegre, ¿no acabaremos por preferir la buena Sra. de Chateaubriand, tan ingenua, tan simple, y que sufre en silencio por Pauline, por Natalie, por Juliette, por Cordélia y por todas esas señoras?

—Céleste —dice A.

—Céleste, en efecto, que solo ella merecería la mitad del informe.

—De ninguna manera —cortó A—. Cuando mucho, una nota a pie de página.

—Pobre Céleste, de quien Victor Hugo escribirá, con algo de injusticia: «La Sra. de Chateaubriand era muy buena, lo que no le impedía ser muy mala. Tenía la bondad oficial, lo que no le perjudica a la maldad doméstica». Le envía desde Venecia unas cuantas líneas a su amigo Joubert, encerrado en su casa de Villeneuve-sur-Yonne, entre sus viñedos y sus flores, donde arranca,

de los libros que lee caminando con pequeños pasos porque siempre está enfermizo, las páginas que no le gustan: «Le escribo a bordo del Lion d'Or, pues las casas aquí solo son naos ancladas. Se ve de todo en Venecia, excepto tierra. Sin embargo la hay en un rinconcito llamado plaza San Marcos, y es ahí donde los habitantes van a secarse de noche».

—Es divertido —dijo A.

—Lo que también es divertido es que en el momento de embarcarse hacia Grecia, Turquía, hacia la tumba de Cristo y hacia sus amores adúlteros, el poeta católico encontró alguien a quien confiarle su mujer. Es… ¡adivina!

—¡Molé!, —lanzó A.

—Eso tampoco hubiera estado mal. Pero, no, no es Molé. Es el metafísico tartamudo con rostro machacado que, quince o veinte años más tarde, pasará algunos meses en Roma, donde ya lo conociste porque no cuentan para ti ni el tiempo ni la historia: es Ballanche.

—Pensé que Ballanche estaba enamorado de Juliette…

—En el mundo en que viven los hombres, mi querido A, y es otro de sus secretos, se puede a la vez estar enamorado de Juliette y ser amigo de Céleste. Se puede ser capitán y borracho, talabartero y manco, asesino y orfebre, inteligente e idiota. Ballanche era amigo de madame de Chateaubriand y, mientras que René surcaba los mares, la imagen de Natalie grabada en el espíritu y en el corazón, se hizo cargo mal que bien de la viuda provisional. Ambos pudieron leer, en el *Mercure de France*, una carta que Chateaubriand había logrado hacerle llegar al periódico. Estaba precedida de una nota de dos líneas, pulida por la redacción: «Creemos darles gusto a los lectores del *Mercure* ofreciéndoles noticias de un viajero…».

—De renombre —sopló A.

—De renombre, por supuesto, «al que tanto interesan los amigos de las letras y de la religión».

—Me parece —murmuró A con la más suave de las voces—, que empiezo a comprender, gracias a Chateaubriand y a ti, cómo funcionan los hombres.

—¡Pues tanto mejor! El informe algo avanza. Pero debes saber también que durante el viaje de monsieur de Chateaubriand, atraído y habitado por madame de Noailles, se están matando mucho en Europa. Es Auerstaedt y Eylau, y la gloria del emperador, y ya a la lejanía, sus derrotas y su caída. España, donde Natalie espera a su viajero dibujando patios y columnas y vagamente coqueteando con grandes señores portugueses o coroneles escoceses, ya se encuentra bajo la amenaza de una guerra cuyos horrores y llamas serán pintados por Goya. Y en las Alemanias hechas trizas, Hegel le da

el último toque a la *Fenomenología del espíritu*, que es una especie de informe, inferior al nuestro por supuesto, y para uso solo de los hombres. Y en cada palacio y en cada casa de cada ciudad y de cada pueblo, se desatan las pasiones de los hombres.

—Me temo que el informe recula a medida que avanza.

—Es que el mundo es un abismo sin fondo, un tejido de Penélope, una búsqueda del Grial sin Grial.

—Y una muñeca rusa —dijo A.

XVIII. La Osa Mayor

Así llevé a A por el mundo y los hombres para nutrir el informe y hacerlo avanzar. De vez en cuando, lo confieso, me tomaba la cabeza entre las manos y me jalaba el cabello. ¿En qué aventura me había lanzado otra vez? Por mucho tiempo el mundo me había parecido complicado. Oscuro. A menudo casi hostil. Su manual del usuario me era incomprensible. Me la pasaba forcejeando sin saber adónde ir. Me parecía estar encerrado en un universo sellado en el que, por una cruel paradoja, no lograba penetrar. Mi lugar no estaba en ningún sitio. No podía ni entrar ni salir. ¿Entonces qué, entra o sale? No lo sabía, trastabillaba, daba bandazos. Una mezcla de fracasos y de tentaciones revoloteaba mi corazón. Aspiraba al reposo. En el momento en que mi vida por fin se simplificaba ya que estaba muerto, heme ahí de vuelta en una de esas aventuras a las que, estando vivo, había jurado renunciar. Al revolotear con A por encima del Danubio y del Rin, del Congo y del Nilo, del Amazonas y del Orinoco, de las grandes ciudades bajo los ojos donde se hacinaba la gente, entre los Alpes y el Himalaya, a lo largo de las Rocallosas o de los Andes, obsesionado por la labor que ocupaba mi muerte, intentaba recordar cómo era la vida.

Recordaba que era bella. Era buena. Era bella. *Wie es auch sei, das Leben ist gut*. Según me habían dicho, no empezaba bien. En la sangre y los gritos. No terminaba mucho mejor. En la angustia y la muerte. Las mujeres sufrían para darla. Los cuerpos que la recibían, tanto como los que la daban, eran máquinas de dolor. Y era bello.

A cada instante, a cada palabra, me volvían imágenes de mi vida con Marie. Hubiera querido, a granel, atarlas en ramos y entregarlas a A para que se las llevara con él a las verdes praderas de Urql.

—¿Son verdes?, —le decía.

—Creía —me contestaba con franca sonrisa—, que no hablábamos de Urql ni de mí, sino de esta Tierra y de los hombres que la habitan.

—Tienes razón. No hay nada más. El universo es el suburbio de los hombres y existe solo por mí.

Peleaba contra el olvido. Era una labor desesperada. «Nací…», le decía. Y mi vida desfilaba para el uso de la gente de Urql. Le contaba mi infancia, mi escarlatina, mi primera emoción ante la hija de un sastre que llevaba una falda roja con un nudo de lado, mi primer reporte sobre un paseo al campo que tanto me había conmocionado…

—¿El paseo?, —preguntó A.

—No, el reporte… que tuvieron que acostarme y llamar al médico, mis estudios en una preparatoria, atrás de Panthéon, donde un puñado de genios en ciernes eran alimentados con Platón, Virgilio y Horacio, con Montaigne, Henri Heine, Hegel y Marx, el concurso de admisión a una escuela donde la mitología se mezclaba a cada paso con la realidad y donde enfermeras en batas blancas acechaban el desvanecimiento de filólogos y de gramáticos rechazados por el azar, la necesidad o el destino en las tinieblas externas.

Bostezaba y tomaba notas.

—Nada más excitante y aburrido a la vez que los biógrafos. Todas las vidas se parecen. Empiezan con el nacimiento y terminan con la muerte. Es de una repugnante banalidad. Siempre es la misma cosa. Los dioses mismos se van, de un modo u otro, y aquellos que los encarnan, que los predican, que los anuncian: Adonis en el curso de una cacería, Atis bajo los golpes de Cibeles que lo convertirá en pino, Juan Bautista con Herodes quien manda cortarle la cabeza para complacer a Salomé, el Cristo en el Gólgota, Buda por los rumbos de Kushinagar, Mahoma en Medina. Pero entre el nacimiento y la muerte corre una breve y larga sorpresa, semejante siempre a sí misma y sin embargo siempre nueva. Y tras la historia de cada quien, como tras la de los dioses y de sus profetas en la Tierra, hay algo inmenso que es más grande que la vida.

Solo importaba en la mía la presencia de Marie. Cervantes y Shakespeare palidecían ante ella. Hubo millones de Marie en esta Tierra, pero solo había una en mi vida, y solo habrá una en el informe: era ella. Solo emerge de esta Tierra donde todo se parece siempre y donde los hijos no son los únicos a los que hay que educar, la idea que los hombres se hacen de sí mismos y de su elevación. Mi elevación llevaba el nombre de Marie.

Marie, pero la has visto, tenía un metro setenta y cuatro, el cabello negro, los ojos muy azules, un padre marinero, una madre bretona. Olvidé las medidas de su cintura y de su pecho. Tampoco estaban tan mal. Nos paseábamos bajo la lluvia. Íbamos en coche. Nos tirábamos al mar. Es lo que los hombres llaman vivir. Nos levantábamos de la mesa donde habíamos, según ritos irrisorios pero de suma importancia, y más o menos universales en su diversidad, que se llaman comportarse en la mesa…

—Es muy cómico —anotó A.

—Es de los hombres mismos —respondí— …donde habíamos pasado una hora, más o menos, o a veces un poco más, alimentando la máquina, e íbamos al cine. Íbamos al cine porque vivíamos en tiempos de los hermanos Lumière, de Méliès, de Hollywood, de Chaplin, de Orson Welles. En otros

tiempos y en otros lugares hubiéramos asistido a las carreras de carros en el circo, a torneos donde los paladines habrían agitado estandartes y aclamado al vencedor con toques de trompeta, a buzkashis en el desierto, a juegos de pelota donde la muerte era el premio, a regatas de góndolas en la dársena de San Marcos y del puente de Rialto. Pero vivíamos en grandes ciudades, en tiempos del maquinismo, de la cultura de masas y del ascenso de las imágenes: íbamos al cine.

Era un oasis en el corazón de la innumerable multitud, era lo negro, la paz, la felicidad. No decíamos casi nada, nos tomábamos de la mano. El mundo estaba ahí, nos confundíamos con él y nos transportaba. Ava Gardner o Humphrey Bogart solo eran los pretextos donde colgar nuestros sueños. El tiempo había transcurrido. Transcurría. Seguiría transcurriendo. Hervía en nosotros. Solo éramos recuerdos que ni nos importaban. Solo éramos esperanza. En los cines Agriculteurs, Ursulines, en las salas oscuras de lo más remoto de la ciudad, bebíamos algo del mundo embotellado para nosotros. Otros tuvieron la guerra, el *jazz*, la fe, la tuberculosis, la revolución, la tierra o la viña, el mar, la ópera, las ruinas por descifrar de la Antigüedad clásica, el caballo, el Oriente desierto o sobrepoblado, cualquier cosa, un poco de todo. Teníamos el cine, Italia, el automóvil, los libros. Entre Ben-Hur, los griegos trágicos, los papas Clemente y nosotros, solo estaba el grosor del tiempo, de la ocasión y de las palabras. Desde que los hombres son hombres, nunca han cambiado. Cambian. Permanecen los mismos. Todo se mueve. Todo permanece semejante. Es el secreto del mundo.

—Pero vamos —refunfuñó A—, entre las algas y tú…

—Tienes razón. El decorado se transforma, las cosas se modifican. Pero lentamente, tan lentamente… Entre Abraham y Homero, entre Zoroastro y Marie, solo hay sutilezas. Nada diré, echaré a las tinieblas todos esos miles de millones de años en que el mundo apenas existe puesto que no hay nadie para pensarlo, como nada es para mí todo el espacio infinito que atravesaste. Solo te hablo de los hombres: un polvo, un suspiro, una lágrima en el océano, y sin embargo casi todo. ¿Quieres que te diga algo de la toma de Constantinopla, de los acontecimientos de la Sorbona en el mes de mayo del 68, del descubrimiento de América el 12 de octubre del 92, de la muerte de Boecio, del entierro de Alarico? Te hablaré de Marie.

Marie tenía un gato, una abuela, amigos. Por mucho tiempo ambos estuvimos solos. No vivía del aire de mi época: no nutre a su gente. Ya sabes que para ir a ver *Notorious*, que en francés llamábamos *Encadenados*, en la que Ingrid Bergman, agente secreto por amor, envenenada por su marido al

servicio de los nazis, es tan bella en la escalera que baja titubeando, deshecha, resplandeciente, apoyada en su amante que es nada menos que Cary Grant devastado por la pasión, o *Philadelphia Story*, que llamábamos *Indiscreciones*, con Katharine Hepburn y su velero tan *yawr*, para absorber langostinos y bloody mary, para escaparse a Toscana o a las islas del Dodecaneso, se necesita oro, llamado plata. Hubiera preferido no hacer nada, abstenerme de trabajar, mirar lo que está pasando cuando no pasa nada y pasearme por el mundo, como hoy contigo. Pero tuve que conseguir un empleo. Enseñaba griego clásico y la filosofía de Platón, de Aristóteles, de Plotino. Cada quien hace lo que puede. Marie había estudiado derecho para ser abogada y defender a hombres de negocios poco delicados y corrompidos que se hacían pasar por viudas o por huérfanos. Así era la vida. No contaba. La verdadera vida está en otra parte. Soñábamos con otra cosa. Partíamos, como sabes, para escapar de la historia, de los papas Clemente, del condestable de Borbón, de Benvenuto Cellini, para enseguida volver a ellos. Partíamos sobre todo para cambiar de vida.

Recuerdo una noche, era varios meses después de nuestro encuentro en la rue du Dragon, en que habíamos ido, Marie y yo, a una de esas cosas que se daban, en París como en otras partes, a lo largo de los últimos siglos, bajo el nombre de té, de concierto, de cena, de comida, de fiesta, de *medianoche*, de fiesta de caridad, de baile de disfraces, de coctel, de grandes recepciones mundanas, y que brillan con todas sus luces en las novelas de Petronio, de las Sra. de La Fayette o de Nancy Mitford, de Maupassant, de Morand o de Proust, en las Memorias de madame de Boigne, de madame de la Tour du Pin, de madame de Clermont-Tonnerre, de Maurice Martin du Gard, en las películas de Visconti, de Fellini, de René Clair, en las obras de Oscar Wilde, en los vodeviles de Feydeau, en las operetas de Offenbach. Era un coctel en casa de un editor instalado en París, en la margen izquierda, en la esquina de la rue de l'Université y de la rue Sébatien-Bottin. El editor se llamaba Gallimard como me llamo O y tú A. Había publicado muchos libros de los que algunos al menos (los hay que son verdaderamente un cero a la izquierda) serán útiles para el informe. Él era, a los ojos de muchos, uno de los centros del mundo.

—¿Y si fuéramos a verlo?, —dijo A.

—¿A quién?

—Al editor.

—¿Para qué?, —pregunté con tono ya algo despectivo.

—Para el informe —balbuceó.

Lo miré con recelo.

—Ya te expliqué que el informe era para Urql, y solo para Urql.

—Bueno, bueno. No te enojes. Continúa.

—Era primavera. Éramos jóvenes y algo impacientes. La belleza de Marie resplandecía. El país en el que vivíamos estaba dominado, en aquel tiempo, por la figura y quizá aún más por la voz de un general de leyenda, odiado por unos, venerado por otros. Y el mundo a nuestro alrededor, por la rivalidad de dos enemigos asociados que se disputaban el poder y se lo repartían. Era el gran asunto de la época, la constelación mayor que mandaba a todas las demás. Había sido anunciada con más de cien años de anticipación…

—¡Cien años!, —dijo A—. Es muy poco. No tiene mucho mérito.

—Es enorme para los hombres… por unos genios como Tocqueville o como Chateaubriand. Ahora, ahí estaba. Y tapaba el horizonte. Nadie, pero nadie, en el seno de la multitud que se amontonaba en el calor casi inaguantable de los salones sobrepoblados de la casa Gallimard hubiera osado suponer que, algunas decenas de años después, el equilibrio del planeta saldría trastornado de pies a cabeza por el derrumbe de uno de los dos gigantes.

Porque estábamos en Francia, a finales de los años cincuenta o a principios de los años sesenta, el fondo de los espíritus estaba tapizado con una impalpable tela donde estaban bordados los apellidos del mariscal Stalin y del general De Gaulle, la hoz y el martillo, la cruz de Lorena, el águila desplegada, y quizá algo desplumada, de Estados Unidos de América y las cintas rojo y negro de la tapa blanca de las ediciones Gallimard, también llamadas N. R. F, para sorprender un poco más y atiborrar los espíritus, así como madame Verdurin toma por nombre Guermantes y como el abad Vautrin no es otro que Trompe-la-Mort.

Había varios salones de techos bastante altos, con bufetes donde meseros de saco blanco servían de tomar a los invitados, que habían acudido por montones para hacerse ver los unos por los otros, y ofrecían a los elegíacos atormentados por el suicidio, a los metafísicos de lo absurdo o de la trascendencia, a los revolucionarios que reclamaban en sus libros una guerra de clases sin piedad, sándwiches con tomate y canapés con paté de hígado.

—¿Era rico?, —preguntó A.

—No la gran cosa. Hay cosas mejores. Pero metafísicos y elegíacos se conformaban con lo que se les daba y no renegaban del gusto. Los salones daban a un jardín donde paseaban en desorden, en medio de escritorios en los que se amontonaban manuscritos que todavía vacilaban, antes de la lectura,

entre el bodrio y la obra maestra, todos los altos funcionarios de la corte del espíritu, todos los dignatarios que reinaban sobre los libros en la edad de la industria y de la publicidad. Unos críticos cubiertos de contratos, de prefacios, de viajes a Sicilia o, más simplemente, de especies o de sobres entregados y aceptados con la más encantadora simplicidad. Escritores de derecha que habían hecho carrera en el atrevimiento y que el éxito de sus menores llenaba de resentimiento. Filósofos de izquierda atormentados igualmente por los honores que poseían y por los que no. Poetas devorados por la pasión de tener éxito y de no mostrarlo. Dos o tres jóvenes ambiciosos que se juraban a sí mismos nunca parecerse a esos espectros vivientes que tanto habían admirado cuando leían sus libros antes de conocerlos. Varios ministros para la basura, acechados por la jubilación o la desaprobación de los electores y que veían en recuerdos redactados por explotados una esperanza de sobrevivir en la memoria del público. Y bastantes mujeres de mundo, ávidas de un poco de cultura a la sombra del genio y de un traguito de champaña para olvidar el sexo que les trastornaba la cabeza o que las había decepcionado. Errábamos, Marie y yo, entre los laureados por los premios Broquette-Gonin y los historiadores del marxismo-leninismo.

Unas nubes pasaban por el cielo, por encima del jardín. Algunas gotas de lluvia empezaban a caer. La multitud de invitados se refugió en los salones, en busca de los grandes hombres cuyos libros nos habían encantado. Oíamos a Paulhan, de misteriosa palabra, evocar, con voz endeble, en la que se mezclaba una sombra de ironía y de acento del sur de Francia, una obra monumental de muchísimo interés, que había leído apasionadamente, que se parecía a la Biblia y que era urgente reenviar a Montpellier, de donde había sido expedida. Entreveíamos a Aragon, algo apretado, de cabello blanco, departiendo con un joven vestido de cuero, de abrumadora belleza. Morand, cual mongol, se cruzaba con Caillois, cual buda. Caillois contaba que Morand, atrapado el día anterior en un banquete en su honor donde toda retirada era imposible y en el que se aburría a morir, pasó por debajo de la mesa para alcanzar el aire libre. Morand contaba que en tiempos del surrealismo y del café Cyrano, en compañía de Aragon, de Éluard, de Roussel y de algunos otros exploradores de regiones desconocidas, impacientes por cambiar la vida, Callois, ya alejado de los coches, instalado en la UNESCO antes de estarlo quai de Conti, había disputado con André Breton acerca de frijoles saltarines traídos de México. En nombre de la razón triunfante y del derecho a la verdad, Callois había propuesto abrir, para ver lo que había adentro, los frijoles que Breton, en nombre de la poesía y del derecho al

misterio, quería dejar saltar en paz en la noche del espíritu. Las sombras de Proust y de Valéry, de Gide, de Saint-John Perse, de Claudel, de Larbaud flotaban en el ambiente al mismo tiempo que los chismes sobre los acostones de unos y otros, sobre cifras de derechos de autor y de especulaciones, la mayoría desmentida por la realidad, sobre el próximo premio Goncourt. Íntimos, enemigos, enemistados, celosos, Sartre, Camus, Malraux, desfilaban ante nosotros. Y todo el ejército alemán. Y Drieu la Rochelle. Y el comunismo militante. Y la nueva novela. E infinito desfile de talentos y de modas.

—Vámonos, decía Marie.

Salíamos. El alboroto de la calle nos envolvía de silencio. Tenía un viejo Peugeot, con la capota raída a la que había pegado parches.

—¿Y ahora?, —le dije a Marie.

—Vámonos.

—¿Pero adónde?

—No importa. Pero vámonos.

Es así como Marie y yo, otra vez, una vez más, nos fuimos al sur en un coche descubierto. Viajamos toda la noche. Había buen clima. El aire era templado. Tuve la suerte, en el cielo que brillaba sobre nuestras cabezas, de reconocer la Osa Mayor y de mostrársela a Marie. Un poco más allá, en la oscuridad, adivinamos la sombra de los primeros olivos y de los primeros cipreses.

—¿Estás bien?, —le pregunté.

—Estoy bien.

Le gustaba mucho el viento, la noche, los cipreses, los olivos, las estrellas, la Osa Mayor. Quizá por lasitud, o tal vez por distracción, o para protegerse de la frescura de esas tempranas horas que preceden la mañana, me estrechaba, ponía su cabeza sobre mi hombro. La vida era muy simple y, es cierto, era bella. Cuando llegamos sobre Portofino, el sol salía.

XIX. Muerte, ¿dónde está tu victoria?

—Bueno, bueno —dijo A—. Los hombres descienden de las algas y el amor los ocupa. Ríen. Lloran. Cantan. Escriben novelas y cositas sorprendentes de las que podríamos prescindir.

—Haces mal en decir eso.

—Se desplazan sobre la Tierra. Están entre ellos en los campos de batalla o en casa del editor. El dinero es la más funesta de las invenciones geniales. Los hombres trabajan para ganarlo. Nunca se está muy seguro del sentido que toma la historia. Y algo oscuro, del que nadie sabe nada, atrae a los hombres hacia otra parte, y más lejos, y más alto.

—Mi querido A, hay que tener piedad de los hombres, pues son desdichados. Y hay que envidiarlos porque tienen genialidad. La historia está toda llena de pinturas, de músicos, de jefes de guerra, de profetas que, de Moisés a Einstein, y antes, y después, dejaron grandes nombres que se les machaca a los niños. Y hacemos bien. Porque no hay nada mejor que modelar el mundo, comprenderlo, transformarlo, vencerlo, volverlo bello. Creo que, más que las batallas, los tratados, las leyes, la flexibilización de las costumbres, y hasta los inventos que cambian la vida cotidiana —el fuego, la rueda, la agricultura, la ciudad—, las inútiles pequeñeces de las que hablabas hace rato vuelven la vida más soportable. No es necesario, para sobrevivir, escribir *Edipo rey* o *Las bodas de Fígaro*, pintar *Los milagros de la profanación de la hostia* o *La batalla de San Romano* con sus ancas y sus lanzas, hacer surgir del mármol el pavimento negro y blanco de la catedral de Siena. No es necesario. Es otra cosa. Como una suerte de llamado o de impulso. Como una necesidad de sacar a la luz. Como una necesidad de darle a un sueño borroso y todavía impreciso la solidez y la permanencia de la piedra o del roble. Lo que era inútil se vuelve entonces más necesario que la necesidad porque, por algún misterio que no puedo explicarte puesto que es inexplicable, la belleza también es necesaria para los hombres. Una especie de gramática de los sueños de los hombres se constituye siglo tras siglo. Las obras no solo remiten al mundo real del que surgen: se remiten las unas a las otras:

> *Es un grito repetido por mil centinelas,*
> *Una orden enviada por mil portavoces;*
> *Es un faro encendido sobre mil ciudadelas,*
> *Un llamado de cazadores perdidos en los grandes bosques*[(23)].

Al igual que la religión, todo lo que te parece inútil —el libro o el cuadro, la cantata, el templo en la colina o a orillas del mar— es antes que nada un vínculo entre los hombres. No hay libro si no hay lectores. No hay catedral si no hay feligreses. El público es el enemigo y la condición misma del artista. Para un escritor, para un músico, para un pintor, es tan mortífero buscar un público como no tenerlo. Las grandes cosas de este mundo están hechas apartándose de los demás, a pesar de los demás, a menudo contra los demás. Y están hechas para ellos. Todo termina, en este mundo, por ser juzgado por los demás. Por aquellos que están a nuestro alrededor, por aquellos que vienen después de nosotros. Todos necesitan algo distinto de las cosas necesarias, que son tan inútiles: basta morirse para ver su insignificancia. Hay sonidos, formas, colores y libros para encantar a los hombres. Y para volverlos un poco más hombres —o quizá un poco menos—. Quiero decir, para elevarlos por encima de lo que eran.

Se discute mucho, entre los hombres, de la realidad del progreso. Unos sostienen que sí hay un progreso en los hombres, que avanzan hacia algo, no se sabe bien a bien hacia qué, y que el porvenir, seguramente, es mejor que el pasado. Otros afirman que los hombres no harán nada mucho mejor de lo que ya han hecho, que lo que se llama progreso también es una amenaza y que es dudoso que Hegel o Picasso sean superiores a Platón o a Piero della Francesca quien pintó, en Arezzo o en Borgo San Sepolcro, ángeles de sexo incierto y emperadores soñando.

—¿Y entonces?, —preguntó A.

—Entonces, no proporciona la respuesta. No será O, mi querido A, quien le dará lecciones a un espíritu de Urql. Estoy, bien que te lo imaginas, del lado de los ignorantes, de los escépticos, de los imbéciles.

—Sí —dijo A.

—El mundo me parece sensacional. Me divierte a lo loco. No sé hacia dónde va. Y porque soy un ignorante, un escéptico, un imbécil, creo, contrariamente a la opinión de la casi totalidad de mis contemporáneos, que el hombre no es dueño de su propio destino, que hay algo por encima de él que le da sentido al universo y que lo mejor que se puede hacer…

—Entonces, ese secreto de secretos, ¿dime lo que es?, —preguntó A inclinando la cabeza con gesto brusco.

—Es hacer lo que se puede. «Aquel que siempre aspiró a la superación de sí mismo podrá ser salvado[24]».

No sé dónde está la edad de oro. ¿Ante nosotros? Lo dudo un poco. ¿Atrás de nosotros, con los griegos, donde la vida, en Atenas, bajo Sócrates o bajo

Pericles, debió ser deliciosa cuando se tenía la suerte de ser un hombre libre y no ser un esclavo? ¿Con el Renacimiento, en tiempos de los papas Clemente, o de ese papa León X del que nada quisiste saber, o también de Julio II? ¿Con la edad clásica o en tiempos de las Luces? No estoy muy seguro. No soy de aquellos que piensan que hubiera sido preferible vivir en tiempos de la guerra del fuego o de las cavernas decoradas con dibujos de bisontes y de ciervos. Estoy bien donde estoy, acepto lo que he recibido, me conformo con mi vida, no busco respuestas más que para responder a tus preguntas y me repito el precepto de un filósofo chino que vivió en mi época: «Junto al noble arte de hacer las cosas por los demás, está el no menos noble de dejarlas hacerse solas».

—Espero que no cuentes con que el informe se redacte solo… Y qué, ¿no te están retirando de tu muerte y que me lo estás endilgando?

—La contradicción reina sobre los hombres, y antes que nada sobre uno mismo. ¿Por qué, pero por qué, cuando ya estaba tan muerto y tan en calma, acepté el relajo que supone el informe? Me doy de topes por haberme topado contigo.

—La gloria en Urql… —dijo A.

—¿Te estás burlando de mí? La gloria en Urql me importa un comino. No, creo que tuve ganas de explicarte, a ti, que venías de tan lejos y no sabías nada de este mundo, lo que eran la vida y los hombres. Porque les pertenezco y soy lo que son. ¿Y sabes lo que son?

—Unos genios —dijo A con una extraña sonrisa.

—Pues, sí: unos genios. Y ni te rías. Puedo concederte que tuvieron suerte. E incluso mucha suerte. Es de preguntarse por qué la famosa evolución siempre ha sido en el sentido correcto. Ninguna mutación los ha perjudicado nunca. Ningún callejón sin salida mortal, ningún error de carril. Del alga verde a Tolstoi, a Wagner, a Einstein, el camino es de subida, arenoso, difícil, pero nunca se pierde en las dunas o en los pantanos. Cuando eran unos miles paseándose por el mundo, un soplo podía apagarlos. Se dice que los diplodocus fueron destruidos por una catástrofe cuya naturaleza desconocemos. Hasta ahora al menos, ninguna catástrofe para los hombres. Lo que los amenaza son ellos mismos, y una vieja invención griega, ya que los griegos lo inventaron todo. Los griegos decían que el peligro más mortal para los hombres era el *hybris*, el orgullo. Y no hay más que el *hybris* para poner a los hombres en peligro. Y, ¿quieres que te diga?

—Dime —dijo A.

—Si los hombres, por desventura, fueran llevados por el *hybris*, pues, me pregunto si no sería demasiado tarde. Habrían proporcionado la prueba de lo que sabían hacer. Tuvieron suerte, pero se aprovecharon. Dejarían a Sófocles tras de sí, y Cézanne, y Mozart, y Machu Picchu, y el templo de Konorak con sus ruedas de piedra, y la Toscana con sus viñas, sus olivos, sus cipreses, y la Aduana de Mar donde nos conocimos. Y mi amor por Marie. Porque la verdadera gloria de los hombres no son los genios, los talentos, los que se distinguen de los demás. Los genios, los venero, y los talentos me encantan. Odiaría quedarme sin Toulet, Paganini, Arsenio Lupin, Lubitsch, sin las novelas de Somerset Maugham, y sin *Le temps des cerises*. Genios o talentos, la verdadera gloria de los hombres está en otra parte. En el silencio, en el trabajo, en la paciencia, en el valor. La verdadera gloria de los hombres son los hombres mismos, en su diversidad y en su totalidad. Los miles de millones de millones de hombres cuyos nombres se han perdido pero cuya sola existencia ha hecho caminar la historia. Si el mundo fuera barrido, si fuera destruido sin remedio, todavía un grito se alzaría: «Muerte, ¿dónde está tu victoria?».

—¿Pero quién escucharía ese grito?, —preguntó A—. Y, sobre todo, ¿quién lo daría?

—Esa es toda la cuestión. ¿Habrá alguien, habrá algo para recordar el mundo y los hombres cuando los hombres habrán desaparecido?

—¿Alguien…? ¿Algo…? ¡Ah! ¿Quizá el informe?

—Eso es —dije—. El informe.

XX. Historias

Por absurdo que me pareciera, ya que en cuestión de modestia no le temo a nadie, la idea del informe, conservado en los archivos de Urql, constituiría algún próximo día, en cinco mil millones de años, o en quince, o quizá en cincuenta, el único testimonio sobre ese objeto de arte sin igual que hubiera sido el mundo, me daba vueltas en la cabeza. Traté, de golpe, como un cliente de supermercado esforzado en amontonar en su carrito el mayor número posible de productos de primera necesidad, de pasarle a A lo esencial de los tesoros de esta Tierra. Renunciando, a regañadientes, a Dido y Eneas de Purcell, resignado a callar Johann Nepomuk Hummel y sobre Marc-Antoine Charpentier, me puso, como pude, a tararear *La Traviata*, la *Cantata del café*, un buen pedazo del *Mesías*, largos pasajes de *Don Juan*, el prólogo de *Tannhaüser*, *Le roi barbu qui s'avance, —bu qui s'avance—, bu qui s'avance*… e *Ich bin von Kopf bis Fuss auf Liebe eingestellt*. Ya que los espíritus y los muertos, a Dios gracias, son más vivos que los vivos, le describía al mismo tiempo, valga lo que valga, las sutilezas sin fin de la composición de *Las Meninas*, en El Prado de Madrid, tan ampliamente exploradas por tantos comentaristas, hasta por Michel Foucault en *Las palabras y las cosas*, y la *Invention du corps de saint Marc*, donde el santo en persona le indica al comando de venecianos desembarcados en Alejandría traer de vuelta a casa la ubicación de su propio cuerpo. Le describí a grandes rasgos la Montagne Sainte-Victoire, la nariz rota de Montefeltre, el pequeño trozo de muro amarillo que se ve a la derecha, del otro lado del río, llegando a Delft, las lanzas de la *Ronda nocturna* que brillan en contrasentido de las lanzas del aguacero. Le hablaba de la dama, abandonada bajo el velo de su sombrero, sentada, después del amor, o quizá justo antes, frente a un guapetón de bigotes, algo demasiado nutrido, sombrero de paja sobre la cabeza, tipo violento sin duda alguna, de los que se voltean, al ponerse de nuevo la camisa, para preguntar: «¿Entonces qué, feliz?», en una barca sobre el agua que invade todo el lienzo. Lo llevaba conmigo a Segesta, a Lecce, a Urbino, a Jaisalmer, entre las tumbas licias semisumergidas, o apuntando al cielo, a la bahía de Kekova, al pie de los observatorios de Samarcanda o de Fatehpur Sikri, al *Bom Jesus* de Congonhas do Campo donde reina la gloria coja de Aleijadinho. Le contaba las bellas historias para llorar y para reír, que dan miedo, que dan para soñar que los hombres nunca han cesado de recitarles a los hombres.

—Quizá porque cada uno de ellos es en sí una historia, a los hombres les gusta con locura que les cuenten historias. El mundo no es más que una historia en la que se encajan historias. La tuya, la mía, la nuestra, la de Marie y mía, las de Don Quijote de la Mancha y de Gargantúa, de Simbad el Marino y Robin Hood, las aventuras de Arsenio Lupin y las del judío errante. Empiezan con Adán y Eva, con Gilgamesh, con el *Majábharata* y la *Bhagavad-guitá*, con Ulises, por supuesto, y Agamenón, y Helena de Troya, y Jasón y Edipo. La Biblia no es más que una larga historia cuyos héroes con Dios, el tiempo que pasa, la Tierra prometida y el pueblo elegido. Episodios dramáticos y efectos teatrales se suceden con un ritmo enloquecedor. Cuando Eva nace de una costilla de Adán, el número de hombres se ha duplicado. Cuando Caín mata a su hermano Abel, la mitad de la humanidad desaparece de golpe: el más terrible de los genocidios de toda la historia del mundo. Cuando el Diluvio se produce, y mata a todos los seres que prosperan en la Tierra, la parcialidad de Jehová a favor de los peces tiene algo de indignante. Uno de los más cortos poemas del idioma francés cuenta, sin inútiles detalles, cómo Loth, ebrio, tuvo la desconcertante idea de unirse a su hija:

Tomó, se puso tierno
Y luego, fue su yerno.

La tragedia clásica, la *bildungsroman*, el melodrama ligero, inician con fanfarrias con el sacrificio de Isaac por su padre Abraham. Los relatos de viajes que brillarán con todo su esplendor con *Las mil y una noches*, con los relatos de Rubroek o de Jean du Plan Carpin, con *El millón* de Marco Polo, con las aventuras de Fa-Hien, de Yi Jing o de Xuanzang, peregrinos budistas venidos de China, a pesar de los desiertos de Gobi y del Takla Makan, a pesar del Pamir, a pesar del Himalaya, en busca de Buda, con Cristóbal Colón y Magallanes, con las cartas de Charles de Brosses, con Goethe y Chateaubriand, con Stendhal y los ingleses que parten hacia Italia, hacia las islas del Pacífico, hacia el paso Khyber y hacia Afganistán en compañía de Byron, de Stevenson o de Rudyard Kipling, ya están todos ellos en *La Odisea* de Ulises que cae, de punta a punta del arco iris novelesco, del genio de Homero en el laberinto irlandés y atormentado de James Joyce.

Hay algo aún más sencillo y más fecundo que la Biblia y *La Odisea*. Un hombre conoce a una mujer, se aman, se dejan: varios milenios de este mundo giran alrededor de ese modelo de variaciones sin fin, incansablemente retomado, transformado, complicado por las sucesivas generaciones y que habría que tirar por montones a la hoguera de tu reporte. Un hombre, una

mujer: ¿qué familia, qué medio, qué parentesco, qué fortuna? ¿Cómo se vieron? ¿Gracias a quién? ¿Desde cuándo? ¿En qué lugares? La sociedad entera está agazapada tras ellos. Reglas, prohibiciones, intereses, pasiones. La más simple de las historias de amor mantiene relaciones con la religión, con el dinero, con un pasado inmemorial, con la historia de una sola pieza tanto con el sexo cuanto con el corazón. Se pudo afirmar que la novela, género literario dominante durante bastantes siglos en el Occidente cristiano ampliamente sometido a las influencias de los griegos, de los romanos y de los judíos, estaba vinculada a la burguesía, donde restos de lo sagrado se mezclan con la burla, donde la comunicación y el intercambio se combinan con los privilegios y la prohibición. Entre el hombre y la mujer, héroes por excelencia de toda la historia en esta Tierra desde que la historia nació, es necesario, para que haya historia, que nazca una atracción. También se necesitan obstáculos. Sin atracción, nada de historia. Pero sin obstáculos, tampoco.

Todos los obstáculos más locos que puedas inventar, la historia se sirvió de ellos para condenar al sexo y para magnificarlo. Las familias separadas por un odio ancestral, el hermano y la hermana, el padre y la hija, la suegra y el yerno, el sacerdote, el cardenal, la vestal o la monja, la separación en el espacio, la enfermedad y la muerte, la fidelidad más allá de la tumba, el amor de A por B quien ama a C quien ama a A, la impotencia, la frigidez, el vicio o la ambición al asalto de la inocencia, el inconsciente y el crimen y la felicidad en el crimen, el apego a la virtud, al trono, a la patria, a la madre, a una situación económica, a un partido político, la homosexualidad, celebrada por los griegos o por las amazonas, clandestina todavía ayer, hoy declarada, la piedad, el remordimiento, la ternura, la bestialidad y el odio hacia sí mismo y el amor por el sufrimiento, todo ha sido utilizado en las historias del corazón que están en el corazón de la historia.

La línea de la suerte, sin cesar, se mezcla con la línea del corazón y con la línea de la vida. Los juegos de azar y del destino son las delicias de los hombres. Ni hablemos ya del sobrino que se enamora de la mujer que su tío le pidió traer en barco de un país extranjero, ni de la mujer que muere a la sombra de los bosques por el hijo de su marido, ni del adolescente que se enamora de la mujer de un soldado que fue a la guerra, ni de la viuda que ama a un hombre y cuyo recuerdo de su esposo le impide entregársele, ni… Pero la lista es demasiado larga para los tres días de los que disponemos. Los mitos fundadores se agolpan alrededor de la muerte y del amor, los que, más que todo el resto, mandan e intrigan a los hombres. Este, que debe morir, huya

hasta Samarcanda pare escapar de la muerte (que lo espera en Samarcanda). Ese, sabiendo que el niño que engendró debe quitarle la vida, hace desaparecer a su hijo, quien escapa de milagro a la muerte preparada, regresa, veinte años después, a los lugares de su infancia y mata en una pelea a un personaje desconocido que no es otro más que su padre, para casarse con su mujer que no es otra más que su madre. Un tercero, ya que la nota roja y casos judiciales no dejan nunca de mezclarse con la mitología del que son el espejo y el revés y la causa y el efecto, persigue durante años una mujer que lo rechaza y no quiere nada de él. Cuando, cansado por sus fracasos, ya desgastado por la desdicha, se aleja por fin de ella para terminar su vida con otra, ella cede y lo mata.

En el género cómico, en la tragedia, los resortes son los mismos y Feydeau, después de todo, no está tan alejado de Racine. En los cuartos de eclipse y las repeticiones del Hôtel du Libre-Échange, las puertas se azotan con menor gracia y genialidad pero con igual rigor que en el palacio de Nerón. Los resortes del hombre son semejantes a los mecanismos del universo: limitados y sin fin.

Los mismos resortes actuantes en las aventuras de Moisés, de José y de Putifar, de Ester, del cíclope Polifemo, en *Britannicus* o en *Bajazet*, en *Zagid*, en *El rojo y el negro*, en los extraordinarios cuentos de Edgar Poe, por supuesto, *La carta robada*, o *Los crímenes de la calle Morgue*, llevan a otro tipo de historia del que deberás hablar en Urql y que le da colorido a toda una porción del mundo moderno: la novela policíaca, el *polar*, las novelas de aventuras por entrega, el *giallo*, el cine negro. La clave del asunto es el temor, la sorpresa, el terror, la incertidumbre de lo que va a pasar y que siempre es inesperado, o imprevisible, y ya inevitable. El estribillo es: «¿Y después?». El método se asemeja al tejido, al dibujo de un laberinto, al arte del cohetero quien dispone en el momento preciso de sus petardos y de sus bengalas. Siempre hay un secreto, un misterio, héroes blancos o negros, una intriga en forma de pregunta con cambios sucesivos e inesperados. A la sagrada angustia y a la admiración que suscitaban los grandes mitos tras los que se agitaban el orden del mundo y los dioses se suceden el terror fingido y la diversión por buscar un culpable que nunca deja de ser un hombre. Pasando de los dioses a los héroes y de los héroes a las criaturas, el drama del universo descendió sobre la Tierra hasta encerrarse en un lugar sellado: un patio, una ciudad, un grupo de amigos, a menudo un barrio, una casa, hasta un cuarto cerrado con llave. El asesino, a lo largo de los siglos, y de la creciente complicación de la técnica y de la sociedad, se vuelve cada vez más

improbable: el juez, el marido, el sacerdote, el policía, el narrador mismo o el lector, tres personas reunidas, o diez, o doce, o trece, o, al contrario, una sola que se oculta tras varias máscaras.

Lo importante es jugar con nuestro destino para distraernos del tiempo que pasa y desviar hacia vías muertas la angustia de nuestra condición, siempre igual a sí misma pero disimulada por el talento. Sherlock Holmes, Rouletabille, Arsenio Lupin, Hércules Poirot son los sacerdotes laicos de los misterios de una humanidad que aprendió a reírse de sí misma. Ya están, en un mundo técnico, irónico, hastiado, algo cansados de comprender y de no comprender, nuestros representantes novelescos frente al terror ancestral.

Todo es historia. Las guerras, las enfermedades, las lágrimas, los sufrimientos, el saber, el inconsciente, la muerte, los otros mundos y los dioses que descienden sobre esta Tierra acaban por cambiarse en historia. Hay historias más completas, más acabadas, más coherentes que otras. Hay historias que remiten, con más estilo y más resplandor, a una mayor realidad o a mayores misterios que otros. Las llamamos obras maestras. La obra maestra más acabada, la más coherente, la más completa, es la historia del mundo cuyos héroes son los hombres. Es la que contarás en Urql con las aclamaciones de los espíritus, tus compañeros.

—¿Será el informe?, —preguntó A, con una sombra de inquietud en la voz.

—Será el informe —le confirmé.

—¿Y el informe en sí será una obra maestra?

Dudé por un momento.

—Ya te advertí que, a pesar de todos nuestros esfuerzos, el informe no será más que un resumen de la totalidad de la que intento, como puedo, darte una idea. Será una breve historia de lo infinito, un resumen de lo inefable, una biografía de lo eterno, o de lo que parece eterno a los ojos de lo efímero. Solo hablará de la imagen que los hombres se construyen de sí mismos y de sus eternas esperanzas, por siempre decepcionadas por esa otra forma de sueño que llaman realidad y por siempre renacientes. Será el reflejo de un reflejo. Será un señuelo. Será una muestra de las ilusiones de los hombres, que son más grandes y más bellas que las más logradas obras.

—¿Entonces será mejor que el mundo?, —preguntó A.

—Lastimará menos. Pero siempre faltará algo, un no sé qué, un casi nada o un casi todo, una salida hacia otros lares, una apertura…

—¿Una apertura?

—Una apertura. Una apertura, una apertura, una espera de un infinito que hace que el mundo sea el mundo y el informe, un informe.

—¡Ah, Dios mío!, —exclamó A—, ¿no será tan bueno como el mundo?

—Mucho menos bueno —confesé—. Pero más breve y más manejable. Podrás ponértelo en el bolsillo y llevarlo contigo.

Segundo día

Sobre todo, nada de chismes.
Eso al difunto le daba horror.

MAYAKOVSKI[25]

I. El viaje a Roma

—No sé por qué, ni siquiera sé si tengo razón, pero las ciudades de ayer, cuando no eran demasiado grandes ni demasiado altas, unas murallas las rodeaba y las estrechas calles, algo pasadas de copas, avanzaban titubeantes, sin ton ni son, porque no había coches ni demasiada gente en el mundo, me parecían más placenteras que las de hoy. Quizá me dirás que soy un muerto de viejo cuño. Es muy posible. Lo que me gustaba en Italia es que las paredes no eran nuevas y que habían vivido. Y que eran amarillas y ocres. Nos instalábamos, Marie y yo, en plazuelas asoleadas donde hablábamos de todo y de nada viendo a los transeúntes y las fachadas de las casas donde ropa de todos los colores estaba secándose. El mundo, mi querido A, es Hegel y Giorgione y Haendel y el oro de los escitas. Es sobre todo ropa secándose en todas las ventanas del planeta.

—¿Ropa? ¿Vamos a escribir en el informe que el mundo es ropa?

—Sin la menor duda. Los hombres son antes que nada un cuerpo. Y el mundo es antes que nada ropa. Ropa, lavado de ropa, compras, mandados, cocina, zurcido. Y plazas asoleadas. Tengo una debilidad por las plazas. Las hay grandes y suntuosas por las que pasan jefes de estado y los autobuses de turistas: son como el centro y el emblema de las ciudades, llenas de negocios y de crímenes, edificadas a su alrededor. La Place de la Concorde, la Place Vendôme, la Place des Vosges en París. La Piazza Navona en Roma. La Plaza de San Marcos en Venecia. Maydan Shahr en Ispahán. La Plaza Roja en Moscú. La plaza Tian’anmen en Beijing. Prefería las más pequeñas, de las que ignoramos el nombre, con las que se topa uno de repente, con un grito de sorpresa, detrás de la iglesia o del mercado y cuyo sol y sombra se disputan los tilos, las bancas donde duermen los vagabundos, las mesas con botellas de vino o tazas de café. Correteamos mucho, Marie y yo, esas plazas en las ciudades donde se oculta la felicidad. Y se me salen las lágrimas cuando nos vuelvo a ver, tomados de la mano, en la plaza de Cremona o en la de Bérgamo, allá arriba, por encima de la planicie, en la Piazza San Ignazio, en Roma, que se parece a un decorado para Marivaux o para Mozart, en la plaza que se extiende frente a los viejos mosaicos de Santa Maria in Trastevere, la primera iglesia cristiana abierta al culto en Roma, o en la plaza, con tres platanares, que rodea, en Venecia, San Giacomo dell’Orio, en ese recóndito barrio tan lejos del Lido y tan lejos de San Marcos y al que nunca acuden los turistas.

En esas plazas de tanta calma y tan bellas, el mundo nos volvía a alcanzar. Recuerdo un día, era, creo, en el mes de junio…

—¿Tiene que incluirse en el informe?, —me interrumpió A.

—No estoy seguro. No… no creo… Más bien te estoy contando esa historia para que comprendas bien cómo avanza el mundo. Podrás a tu vez difundirla en Urql entre los espíritus de tu entorno para distraerlos un poco cuando te hablen del informe que tanto los habrá impresionado.

—Y deslumbrado —agregó A.

—Y cuando te compartan, cabeceando con aire de preocupación, su estupor y su incredulidad. Así que era en junio, en Roma, en la Piazza Campitelli, a unos cuantos pasos del Capitolio y del Teatro de Marcelo, en dirección, si no me equivoco, del Campo dei Fiori y de la Piazza Farnese, a finales de los años cincuenta o a principios de los años sesenta.

—¿Cuáles?, —preguntó A.

—Pues los míos, claro. En el corazón del siglo XX, después de Jesucristo, quien, a pesar de los budistas y de los musulmanes que están rumiando su furor y que refunfuñan por su lado, y es de entenderse, nos sirve de mojón militar para calcular el tiempo. Lo que nos da, en otro registro, un poco más de dos mil setecientos años después de la fundación por Rómulo de la Ciudad Eterna. O también, si lo prefieres, alrededor de los años 1375 o 1385 de la hégira. Me hubiera gustado conocer Roma unos doscientos años antes, hacia finales del siglo XVIII, antes de la entrada de las tropas francesas que exportaban la revolución en la punta de sus bayonetas. Ya no era tan bueno como bajo Julio II o León X…

—¡Ah!, el primo de…

—Sí. Del que, por pereza, no quisiste saber nada… Había menos genios. El ambiente estaba más pesado. Pero tampoco estaba tan mal. Me las habría arreglado como sea para hacerme contratar, en calidad de cargador, de sirviente, de mensajero, por un pintor, por un músico, por un cardenal, por un gran señor. Por el cardenal de Bernis, por ejemplo, arzobispo de Albi, amigo de madame de Pompadour, embajador en Venecia, ministro de Relaciones Exteriores, embajador en Roma ante Clemente XIV…

—¡Otra vez!, —exclamó A.

—Otra vez —dije con calma—. Poesías algo amaneradas de este tipo:

A UNA MARQUESA
QUE LE PREGUNTABA LO QUE ES EL AMOR

El amor es un niño, amo mío.

Lo es también del pastor y del rey.
Como usted está hecho, piensa como mi ley,
Pero quizá más bravío[(26)]

Habían hecho que Voltaire lo apodara *Babet la ramilletera* antes de hacerlo elegir, a los veintinueve años, en la Académie française. Hubiera sido delicioso pasearme a orillas del Tíber, al pie de Trinità dei Monti o por la vía Apia, en compañía del cardenal. O el siglo después, es decir, para mí, el siglo anterior…

—No tan rápido —dijo A.

—Es muy sencillo. Siempre el tiempo. Haz un esfuerzo. Hacia 1840. Digamos, para cambiar un poco, con ese pilluelo de cónsul en Trieste, luego en Civitavecchia, quien se permitía burlarse de su superior jerárquico, apenas unos años antes, el vizconde de Chateaubriand, embajador ante la Santa Sede de Su Majestad el Rey Muy Cristiano. No sé si Stendhal («el lado del teniente», decía Albert Thibaudet), que no llevaba en el corazón al autor de *Los mártires* y de *El genio del cristianismo*, haya conocido a Chateaubriand («el lado del vizconde»). El vizconde, en todo caso, en ninguna parte menciona, ni en su correspondencia con Juliette Récamier («¡Qué felices somos alejados de todo eso, y de amarla! ¡Suyo de por vida! ¡Suyo! ¡Suyo!») ni en las *Memorias de ultratumba*, el nombre del padre de Julien Sorel y de Fabrice del Dongo, que muy probablemente nunca había leído. A pesar del desprecio de Chateaubriand hacia el relajamiento de las costumbres modernas sobre las ruinas del Capitolio («Lo que aquí es realmente deplorable, lo que jura contra la naturaleza del lugar, es esa multitud de insípidos ingleses y de frívolos dandis que se toman encadenados por los brazos como murciélagos por las alas»), no me hubiera desagradado tomarlos a ambos por ese brazo tan severamente condenado y pasearme con ellos bajo el castillo Sant'Angelo, por la isla Tiberina y por el Trastevere. Hubiera sido sensacional para el informe. Hubiera sido facilísimo.

—¿Tú crees?, —preguntó A, con algo de inquietud en la voz.

—Seguro. Me habrían, uno tras otro, hablado mal el uno del otro.

—Es pura pose, me habría murmurado Henri aprovechando la ausencia de René quien, apoyado sobre un muro, se habría retrasado para lanzar miradas melancólicas a la cúpula de San Pedro y sobre San Onofre, donde Torcuato Tasso había encontrado refugio. «Salió la luna a mitad de la noche. Pronto esparció en los bosques ese gran secreto de melancolía que gusta contar a los viejos robles y a las antiguas orillas del mar» o «Dígale al mar todas mis ternuras para ella. Dígale que nací en el ruido de sus olas, que vio mis

primeros juegos, nutrió mis primeras lágrimas y mis primeras tormentas, que lo amaré hasta mi último suspiro y que le ruego le haga escuchar a usted algunas de sus tempestades de otoño», ¡eh!, ¿qué le parece?

—Nada mal, le habría respondido. Nada mal.

—Es cierto —dijo A—. Nada mal.

—¡Qué! ¿Cómo que nada mal? La más mínima de esas insulseces me habría hecho vomitiva toda la literatura francesa. Es un hablador, un hipócrita, un mentiroso, un padre de la iglesia cubierto de mujeres, un asceta en busca de dinero y sediento de honores. Lo que quiere es un confesionario donde fornicar con jóvenes mujeres que no le pertenecen y una celda sobre un teatro donde jugar al embaucador. Todo lo que se detesta. Es precisamente uno de esos cabrones que encontrarás en *La náusea*, en el entorno de Antoine Roquentin, en tiempos de mis triunfos. Estoy esperando a Henri Guillemin para ajustarle cuentas y por adelantado felicito a Jean-Paul Sartre por mear sobre su tumba.

—¿Porque Sartre…?, —preguntó A.

—Sí, amigo mío. Y se ufanaba de ello.

—¿Y dónde está enterrado Sartre?

Lo miré con suma frialdad.

—Eso no te importa. Además, ya nadie lo recuerda, a pesar del más bello sepelio de un escritor desde Victor Hugo.

René nos habría alcanzado, su hermosa cabeza sobre un cuerpo casi deforme.

—Ese joven —me habría confiado después de unas amables palabras para mi persona que bien me merecía—, tiene menos talento del que cree. No tiene el más mínimo principio. Todo lo ignora de la dignidad. Pretende a la vez amar al Emperador y a la libertad: ¿así o más absurdo? No por casualidad se topará con la muerte por donde están los grandes bulevares, ahí donde en la sombra acechan las mujeres de mala vida. Ganguea en el vacío y nada me irrita más que ese éxito que espera del futuro.

Me habría llevado a los dos, cada quien refunfuñando por su lado, hasta las ruinas del Coliseo. Ahí, en el corazón de Roma, entre la sangre de los mártires echados a los animales o crucificados, se habían sucedido en los días de su vida. Uno habría salido de una visita en un salón del Corso, de una audiencia con el Santo Padre, de la fiesta, arruinada e iluminada por una violenta tormenta, que el vizconde embajador, par de Francia, antiguo ministro de Relaciones Exteriores, vencedor de la guerra de España, poeta casi oficial de la catolicidad triunfante, acababa de dar, en la suntuosa villa

Médicis, para la gran duquesa de Rusia. Otro, todavía turista o quizá ya cónsul, habría redactado una guía de Roma y de las pasiones del amor y se habría instalado, para soñar, sobre las gradas del anfiteatro. A pesar de todos los honores con los que cargaba, el embajador católico tenía el espíritu y el corazón tan ocupados por las mujeres como el viajero desconocido. Y no solo por la suya y por la gran duquesa.

Unos días antes de la fiesta en la villa Médicis, el jueves santo, al día siguiente a una famosa carta y a menudo modificada, dirigida a Juliette Récamier: «Salgo de la Capilla Sixtina después de haber asistido al Oficio de Tinieblas y haber escuchado cantar el *Miserere*. El día tocaba a su fin, las sombras invadían lentamente los frescos de la capilla y solo se percibían algunos grandes trazos del pincel de Miguel Ángel. Los cirios, apagados uno tras otro, dejaban escapar de su luz sofocada un ligero humo blanco. Los cardenales estaban de rodillas, el nuevo papa postrado. El admirable rezo de penitencia y de misericordia que le había sucedido a las lamentaciones del profeta se elevaba por intervalos en el silencio de la noche. ¡Ojalá hubiera estado usted ahí conmigo! ¿Cuándo habré terminado con mi porvenir y cuándo no tendré otra cosa que hacer en este mundo más que amarla y consagrarle mis últimos días? Bella cosa es Roma para olvidarlo todo, despreciarlo todo y morir…».

—Pues bien —dijo A—, la carta me gusta mucho. Hizo bien en modificarla. ¿Él muere?

—De ninguna manera. Espera un poco. Unos días antes de la fiesta en la villa Médicis, el jueves santo, al día siguiente a una famosa carta dirigida a Juliette Récamier, a la víspera de tirarse a los pies del Santo Padre para conmemorar la muerte de Cristo antes de celebrar su resurrección, Chateaubriand acababa de recibir, con la recomendación de Fortunée Hamelin, una criolla de Santo Domingo de innumerables aventuras, apodada «la bella fea», de hecho una jovencita muy guapa, loca por escribir, quien será su último amor: se llamaba Hortense Allart.

—Número 6 —me sopló A.

—Vea, le habría dicho a Henri, le gustan las mujeres tanto como a usted. Un hombre que ama las mujeres y que ama el acordeón…

—¿Lo amaba?, —preguntó A.

—Lo intenta, en cualquier caso. Cuatro años más tarde, en la vieja calesa de viaje del príncipe de Talleyrand que lo trae de regreso de Praga, donde fue a visitar a Carlos X destituido…

—¿Chateaubriand en la calesa de Talleyrand? Mi mundo se derrumba —dijo A—. O más bien el tuyo.

—Sin Talleyrand, dije prontamente. Sin Talleyrand. Le había comprado el coche: «Lo mandé arreglar, a fin de volverlo capaz de andar contra natura: puesto que, por su origen y sus costumbres, estaba poco dispuesta a correr tras los reyes caídos».

—¡Ah vaya!, —dijo A.

—Por las carreteras de Bohemia, en la calesa de Talleyrand, tocará ese instrumento nuevecito que acaba de ser inventado por Buschmann bajo el nombre de *handaoline* o de *harmónica de mano* antes de ser bautizado *acordeón* por los músicos austríacos.

—¡En anexo en el informe, bajo la rúbrica *Acordeón*!, —vociferó A.

—¿Qué estaba diciendo? ¡Ah, sí!: un hombre que ama a las mujeres con locura y también el acordeón no puede ser del todo malo.

—Un *snob*, habría gruñido Henri, un ampuloso, un mojigato, un jesuita, un amigo de los Borbones, nuestro gran hipócrita nacional. Siempre lo detesté.

—Pero ahora que lo pienso, le hubiera insinuado a Henri con una sombra de perfidia, hay un vínculo entre ustedes.

—¿Un vínculo?, eso sí quiero verlo.

—Lo ha visto, le habría dicho. Era muy bonito. Era la escritora de medio pelo del jueves santo. Era Hortense Allart.

—¿Hortense Allart? No la recuerdo. Recuerdo a Alexandrine, Angeline y Angela, Matilde y Alberthe, Menti, Giulia…

—¡Ah!, él también… —dijo A.

—Todo el mundo. Todo el mundo. Los escritores como los demás. ¿No vivió usted en el 71, rue de Richelieu?

—Por supuesto que sí, habría contestado Stendhal. Pero no veo…

—Ella le envía una larga carta para suplicarle que se ocupe de ella y de su manuscrito, que no es una obra de arte: «Le ruego hacerme ese favor que solo le costará algunas líneas y que le agradeceré infinitamente». Prometedora de secreto, incluso de dinero, o quizá además de caricias, la fórmula final es un poco ambigua: «No se sabrá, si así lo quiere, que es usted quien se implicó, y aceptaré cualquier condición».

—Más claro, ni el agua —dijo A.

—Me parece que no echó del todo en saco roto esas imploraciones puesto que, un mes y medio más tarde, ella le hizo llegar una nueva carta a monsieur Bayle (con una falta de ortografía), al 71 rue de Richelieu: «Recibí su carta

anteayer, Señor, y en mi arrebato le digo que es usted un hombre *encantador*…».

—¡Demonios!, —habría exclamado monsieur Beyle.

—Hubiera hecho mal, por otra parte, en aprovecharse de esos arrebatos para intentar volverla en contra, según deseo secreto de monsieur de Chateaubriand. Sainte-Beuve lo había intentado y se había ganado por parte de esa joven mujer audaz y sin embargo fiel una respuesta bastante mordaz: «Era un hombre que el amor había encantado tanto como la gloria, que amó toda su vida y que era el más tierno del mundo. Era bueno y benévolo. Era muy orgulloso, sobre todo conmigo, que era más joven que él. No creía que tanto se le pudiera amar a pesar de que era lindo, tan bello, tan obediente, tan tierno… Así que tenga cuidado con lo que va a decir».

—No digo nada, habría dicho Stendhal.

—Y hace bien, habría proferido Chateaubriand, quien era menos sordo y estaba menos ausente de lo que podrías creer.

—No creo nada —dijo A—. Y no digo nada.

—Y haces bien. Hay que ser muy prudente tratándose de los hombres, siempre listos para sorprender y a hacer lo contrario de lo que estaríamos en nuestro derecho de esperar de ellos. Los crees sordos y oyen. Los crees honestos y son unos canallas. Los crees cobardes o ligeros y su valentía te sorprende. Equivale a decir enseguida que la psicología, que solo profetiza el pasado, es la más vana de las ciencias del hombre, de las que ninguna es muy segura. También poco te he hablado, para el informe, de esos sentimientos de ficción que los novelistas de poca monta le confieren a sus personajes. El mundo ya está suficientemente poblado, suficientemente borroso, suficientemente incoherente como para no aumentarle más y no amontonar incertidumbre sobre incertidumbre ni proliferación sobre proliferación. Solo creo en la anécdota y en la metafísica. Por ello es que el informe descansará sobre la historia, que se sitúa a medio camino entre un suceso cualquiera y la filosofía.

—¿Y Stendhal?, —preguntó A—. ¿Qué hacemos con él?

—Nos importa un comino. Como Chateaubriand. No nos la vamos a pasar festejando sus tirantes, sus calesas, sus manías, sus amores. Solo los convoco en el informe para distraernos un poco. Son buenos compañeros y te enseñarán más sobre el mundo que los banqueros o los notarios que solo se ocupan de dinero, que todo el tiempo repiten las mismas cosas. Al menos con Stendhal, o con Chateaubriand, nos divertimos más que con los otros. Cuando estés harto del informe, podrás leer *El rojo y el negro* o las *Memorias de*

ultratumba. No se puede hacer nada mejor. Pero nosotros, aquí, tú y yo, que aprendemos el mundo, no tenemos el tiempo, como lo hacen los sabios, los biógrafos, los historiadores, para seguirlos paso a paso. Mil cosas nos esperan. Nos esperan aquí mismo, en Roma, donde te recuerdo que estamos instalados, al acecho de la vida, en la Piazza Campitelli, a unos cuantos pasos del Foro y del Teatro de Marcelo, en el corazón de la eternidad. De haber sido tú, mi querido A, no habría dejado de pasearme en Roma con los innumerables viajeros (amantes, artistas, peregrinos, conquistadores, comerciantes, escritores o sabios) que, desde hace más de tres mil años, han desfilado al pie de las siete colinas. Hubiera seguido a Breno, los alemanes, los normandos, y al cardenal Du Bellay, y a Lutero, y a los ingleses del Gran Tour, y a Claude Lorrain, y a Hubert Robert, y a Byron, y a Goethe, y a Maupassant, y a Zola, y al doctor Sigmund Freud, a quien, por oscuras razones y, en su sistema al menos, demasiado claras, tanto trabajo le dio llegar hasta la Ciudad Eterna. Me habría colado en su tropa, habría marchado con ellos, habría escuchado lo que decían y habría aprendido sobre los hombres más que en ninguna parte.

—Es lo que hago —dijo A.

—¿Es lo que haces?

—Por supuesto. Mientras estoy aquí contigo, revoloteando por encima del mundo en las hojas del informe, también estoy en otra parte con los demás. Soy los demás y soy tú tanto como soy yo. Es que soy un espíritu, mi pobre O. Y los espíritus, lo sabes, están en todas partes al mismo tiempo. Se pasean en el pasado, se pasean en el futuro. ¿No has entendido todavía que yo era todos los hombres? Me confundo de inmediato con ellos de los que me hablas, entré en uno, entré en otro, y me salgo a toda prisa para venir contigo.

—¡Vaya pues! ¿Y yo qué pitos toco en todo esto? Podrías escribir el informe tú solo.

—De ninguna manera —me dijo—. Es un magma sin nombre. Tú pones orden.

—¿De verdad?

—Pero por supuesto. Tú me guías. Tú me limitas.

—Hago lo que puedo —le dije bajando la cabeza.

—El mundo es un desmadre total —dijo A—. A pesar del desastre que eres, me haces un enorme favor. Me explicas lo que sé, redactas lo que soy. Pero, si de una manera u otra, no era todos los hombres, no entendería palabra alguna de todo lo que me cuentas.

—¡Vaya pues! Qué fuerte.

—Ya me explicaste que solo están los hombres para comprender a los hombres. Es quizá por esa razón que su Dios se hizo hombre. Pero, a partir de que eres un hombre, comprendes todo de los hombres: Sócrates, quien daba luz al pensamiento de los que hablaban con él, enseñaba que saber es recordar y que cada quien ya lo sabe todo.

—¿Entonces, ya lo sabías todo?

—Hubiera podido saberlo. Pero no lo sabía. Lo bueno del informe es que me sorprendo, contigo, de lo que hubiera yo podido saber. Y que no sabía.

II. La loca de Riga

—En la Piazza Campitelli, a unos pasos del Capitolio y del teatro de Marcelo (y ya ves que el mundo entero ya está contenido en esas palabras aparentemente sin misterio como está contenido en el edicto de Milán o en el sacrificio de Abraham, como también está contenido en la más mínima mirada, en la más mínima brizna de hierba aplastada bajo tus pasos, en la primera idea que nos viene a la mente de mañana), comíamos higos y jamón de Parma: *prosciutto con fichi*. Y bebíamos lambrusco, que es un vino tinto espumoso de la región de Módena. La comida ocupa mucho a los hombres, que hicieron de la cocina un arte probablemente menor, inferior en elevación y en encanto a la danza o a la música, pero mucho más presente en la existencia cotidiana de la mayoría. Porque somos nuestro padre y nuestra madre, somos la infancia y el paisaje, somos la gente que vemos y los libros que leemos. También somos lo que comemos. Estábamos en el *espresso*, hirviendo y muy fuerte, el vino, el alcohol, el café ocupan en nuestra vida un lugar más importante que el imperativo categórico y que la radiación de Hubble…

—Pero sin embargo… —Lanzó A—. ¡La radiación de Hubble…! ¡El desplazamiento del espectro hacia el rojo…! ¡Los sesenta mil kilómetros recorridos a cada segundo por las galaxias que se están alejando…!

—… Cuando un muchacho insignificante, al menos para mí, y una joven persona rubia de cabello corto, como se ven por centenas en las calles de todas las ciudades, se instalaron a nuestro lado. Marie, para estupor mío y, debo confesarlo, para mi contrariedad porque nuestra soledad se quebrantó de golpe y entramos en el mundo que queríamos dejar, se echó con exaltación a los brazos de Lisa: era el nombre de la rubia. No te explicaré, es inútil para el informe, los vínculos que las unían. Siempre se puede proporcionar detalles de a montón. Lo importante son los encuentros. La vida y las novelas están solo hechas de encuentros.

—¿Como el nuestro?, —preguntó A.

—Como el nuestro. Y todo lo que de ellos deriva. Al estilo de todo el mundo, Lisa tenía un padre, una madre, una familia, un oficio, historias del corazón y relaciones un poco por todas partes que nos llevarían a cualquier lugar. Al estilo de nadie, era sobre todo letona. Letonia es un pequeño país del norte…

—¿Del norte de qué?

—Del norte de Europa, de complicada historia, entre Alemania y Rusia. En los siglos en los que vivíamos, y en los otros también, era una situación difícil. Había landas, lagos, abedules y renos, rusos, polacos, finlandeses, suecos, prusianos un poco más lejos pero terriblemente cercanos, Hermanos Livonios de la Espada y caballeros teutónicos, las dos batallas de Tannenberg, Iván el Terrible y Pedro el Grande, Carlos XII y Lenin, el tratado de Brest-Litovsk y el mariscal Pilsudski, Eisenstein y Paderewski. Todo ese mundillo estaba sentado con nosotros alrededor del *espresso* de la Piazza Campitelli.

—Los papas Clemente están de vuelta —gimió A.

—Lo molesto con los papas Clemente, y con todos los demás, incluso los del norte, cuyos nombres todavía flotan en nuestras brumosas memorias, es que clavan astillas en el corazón y en los cuerpos de los hombres. Una famosa astilla, y otro encuentro, es el pacto germano-soviético entre Molotov y Ribbentrop, es decir, entre Stalin y Hitler, el 23 de agosto del 39.

—Me exasperas con tu esnobismo. Cada hombre tiene la locura de creerse el centro del mundo y del tiempo. Precisa el siglo, al menos.

—1939 —dije—. Había, en esos tiempos, dos grandes imperios de formidable poderío, herederos de Alejandro, de Julio César, de Carlomagno, y de Federico II, de Qin Shi Huang, de Gengis Kan o de Tamerlán: el Reich alemán de Adolf Hitler y la Unión Soviética de Stalin. Eran países donde revivía la conjunción que había hecho el poderío de los chinos, de los romanos, de los mongoles: una casta militar todopoderosa y masas dominadas, reducidas a una obediencia que podría pasar por voluntaria y en la que se mezclaba el orgullo de pertenecer a una potencia conquistadora de porvenir asegurado. Mucho más que los celos, el dinero, la ambición individual o el sexo, que constituyen el corazón y la materia de esas novelas que ya nadie lee, la política, la historia, la ambición colectiva son los resortes de la vida de los hombres. Al menos en mi época, sometida a las conminaciones de Hegel y de Marx, en la que el estado lo era todo. Había inmensas cárceles con millones de detenidos, policías secretas, juicios amañados de antemano, desfiles bajo el gran sol de todas las primaveras de la juventud o con antorchas, de noche, en catedrales de luz, una incesante propaganda que terminaba por destruir la idea misma de verdad, y los dos más terroríficos ejércitos que el mundo jamás había conocido. Ninguna novela negra, ninguna historia de fantasmas, ninguna película policíaca, ninguna obra de Esquilo o de Shakespeare asustó más al mundo que los SS con calavera o los tanques soviéticos apoyados en la KGB. El disparo de pistola en la nuca y el hacha del verdugo se repartían Europa. El comunismo

había levantado contra el capitalismo una formidable máquina de guerra donde la filosofía se mezclaba con la historia y con la economía política. El Reich alemán se había edificado contra los judíos, acusados de todos los males, contra el Tratado de Versalles, que había puesto fin a una primera guerra entre las naciones de una Europa dividida en dos campos, contra el capitalismo liberal y contra el comunismo que se había apoderado de Rusia en 1917. ¿Todo bien?

—Todo bien —dijo A—. Continúa.

—Los nacionalsocialistas de Hitler detestaban el comunismo y la democracia. Los comunistas de Stalin detestaban el nacionalsocialismo y la democracia. Los demócratas detestaban el comunismo y el nacionalsocialismo. Era una partida de billar a tres bandas, un juego de gallina ciega de tres esquinas, o de quemados de tres canchas, donde cada quien era el enemigo de los otros dos. El 23 de agosto de 1939, el nacionalsocialismo se unía al comunismo contra la democracia. Por poco menos de dos años. Justo el tiempo necesario para hacer estallar la guerra más grande de la historia.

—Muy curioso —anotó A—. Inigualable en su delirio y en sus dimensiones, y sin embargo vagamente repetitivo. ¿Acaso Tucídides, Carlos V, Napoleón…?

—El mismo rollo. Con muchos muertos de más, y crímenes en tropel, y sufrimientos sin fin, y algo sutil y violento…

—¿Más sutil que la política? ¿Más violento que la ambición?

—Creo que sí. Es la ideología. En nombre de la raza y de la nación, de la lucha de clases, del materialismo histórico, del fin de la historia, mató hombres por decenas de millones.

—¿Es mucho?, —preguntó A.

—Mucho. La muerte de un hombre es una catástrofe.

—¿Y eso por qué?

—Porque la vida es sagrada.

—¿Toda vida?

—Toda vida. Pero la de los hombres más que cualquier otra. Porque el hombre no es una criatura entre las demás. Es radicalmente diferente. Hay un hilo único que corre por la existencia. Por toda la existencia, por muy diversa que sea. Hay un vínculo entre la tierra y el agua, entre el agua y la vida, entre las lampreas y los caracoles de tierra, entre las estrellas y los hombres. El hombre es pariente de las esponjas, de los erizos, de los patos salvajes, de las llamas de América. Pero no es ni una esponja, ni un erizo, ni un pato salvaje,

ni una llama. Y, porque es un espíritu al mismo tiempo que es un cuerpo, es casi como tú.

—No exageremos enseguida —dijo A.

—Vaya, es algo entre una esponja y tú. La vida de los hombres, así, es más preciosa que el oro, que el agua, que el fuego. Es más preciosa que el amor.

—¿Más preciosa que el amor?

—Tan preciosa, si quieres. Además, quizá sea la misma cosa. Me la pasé explicándote que a los ojos de los hombres al menos y, me imagino, en otra parte, pero en otra parte no sé, nada más precioso que el hombre, que no es nada y que lo es todo, que es como polvo en el mundo y en el mundo por entero. La muerte de un hombre es un fin del mundo. La muerte de diez millones de hombres es un fin del mundo multiplicado por diez millones. Lo que pasa entonces es que puedes escoger entre dos actitudes.

—¿Dos solamente?, —preguntó A.

Me encogí de hombros.

—Cantidad, por supuesto. Una multitud. Una infinidad. Pero simplifiquemos siempre, y pongamos dos por el momento. Puedes tomar las grandes masas, el mapa del planeta, la ofensiva alemana hacia Noruega y los Pirineos, hacia el Cáucaso y el mar Caspio, hacia el mundo árabe con Rommel, Japón abalanzándose sobre China, sobre Singapur, sobre Australia y sobre India, los lazos estrechándose entre la Inglaterra de Churchill y los Estados Unidos de Roosevelt con el objetivo de dominar los mares y el petróleo y de resistir a Hitler y, para coronarlo todo, la victoriosa alianza de las democracias liberales y del totalitarismo comunista contra los totalitarismos japonés y nacionalsocialista que terminan por derrumbarse después de estar a nada de conquistar el planeta, y antes de convertirse, a su vez, en democracias liberales para volver a ganar en la paz todo lo que habían perdido en la guerra.

—¿Es importante?, —preguntó A—. ¿Para el informe?

—Capital. Y tan insignificante como la guerra del Peloponeso o la lucha de Roma contra Cartago. Una página de la historia del mundo, y una de las más sangrientas. Pero nada más que una página. Lo que cuenta es el sufrimiento. A través de la historia y sus peripecias, lo que se va dibujando poco a poco, con el sudor y con las lágrimas, es la figura de los hombres. Las batallas, las pinturas, las invenciones, las técnicas no tienen sentido más que por el hombre y para el hombre.

—¿Apuesto que humanista?

—No tan seguro. No tan rápido. Lo veremos más tarde. Volvamos a nuestras dos actitudes. Puedes ver a los ejércitos recorrer el planeta. Puedes también bajar a la mercería judía de Berlín o de Viena, donde al hijo le gusta la música y a la hija las novelas; a un gulag de Siberia poblado de traidores y de trotskistas; a una familia francesa de maestros o de ferrocarrileros, aplastados por la derrota, donde unos se alían con Pétain en recuerdo de Verdún y otros con De Gaulle con la esperanza de un mañana. Lo que ahí reina es el dolor. Los grandes designios de los poderosos descansan en la desgracia de una multitud de carteros, de confiteros, de mineros, de jardineros. La familia de Lisa conocida por casualidad en la Piazza Campitelli tenía la suerte y la dicha de estar establecida en Riga en 1939.

Era una dicha. Había en el pasado de la letona de cabello rubio judíos, alemanes, polacos, rusos, escandinavos, húngaros, italianos. Hasta había letones. Habían construido una casa. Era una bella casa donde habitaba desde siempre…

—¿Desde siempre?, —preguntó A.

—Siempre, para los hombres, tiene el sentido de mucho tiempo… La abuela de Lisa era una mujer notable. Todo el mundo en Riga la conocía por su nombre: Anna. En una época en que las mujeres se quedaban las más de las veces, cuando no estaban en la iglesia, en su cocina, en su lavandería (las tres K, decían los alemanes: *Kirche*, *Kinder*, *Küche*, la iglesia, los hijos, la cocina), Anna dirigía el más grande, y quizá además el único de los periódicos de Riga. Tres o cuatro veces al año salía con los suyos hacia Berlín, tan cercana, hacia Stalingrado, más cercana aún, que antaño se llamaba San Petersburgo, luego Petrogrado, luego Leningrado, antes de llamarse de nuevo San Petersburgo, hacia Moscú, hacia París o hacia Londres. Hablaba ruso, alemán, inglés, francés. Entendía italiano, que era el idioma de su madre. En todas partes estaba como en su casa. Era Europa ella sola. El encanto, el saber, la prosperidad, la larga duración de Europa. Su despreocupación, también, ante los dramas que emergían. A menudo se llevaba a sus dos hijas, que eran hermosas como el amanecer y, en el vestíbulo del Ritz, Place Vendôme, en el casino de Monte-Carlo, en la corte de Inglaterra, en la Ópera de Berlín la llegada de las tres trastornaba las mentes. Era una dicha, en Riga, entre las dos grandes guerras, ser Anna, o una de sus hijas, o una de sus nietas.

Era una desgracia. Como Armenia, como Líbano, como Cachemira o Irlanda del Norte, como Israel en el siglo XX o Alsacia-Lorena a finales del XIX, los países bálticos estaban situados en una zona de fractura histórica.

Hay regiones de fractura geológica. También hay regiones donde la historia por mucho tiempo vaciló y donde la mezcla de las razas, de los idiomas, de las creencias, de las opiniones acarrea turbulencias. Sucede que las cosas, de golpe, por culpa de su pasado, adquieren un aspecto caótico. Es engorroso. Sucede que los hombres, individualmente o en masa, estén atrapados por lo que acontece y sean arrastrados, ya que nadie es malo voluntariamente…

—¿Nadie es malo voluntariamente?

—Nadie es malo voluntariamente: Platón lo dice… sobre mortíferos enfrentamientos. De estos salen por el crimen, por la cárcel, por el psicoanálisis, por el suicidio cuando se trata de individuos, o por la guerra cuando se trata de naciones.

Y los cuarenta de Sebaste
Menos que mi vida martirizados[27].

La abuela de Lisa conocía mejor que nadie la política europea de entre las dos guerras mundiales. Conocía bastante gente en Moscú y en Berlín. Conocía a Ribbentrop, a Rudolf Hess, al mariscal Goering, que la había invitado a cazar varias veces. Había visto en dos ocasiones al secretario general del Partido Comunista de la Unión Soviética, que era un antiguo seminarista georgiano de nombre Iósif Vissariónovich Dzhugashvili y que se convertiría pronto en el mariscal Stalin. Y conocía a Litvinov, a Molotov, a Vychinski, algunos otros dignatarios del régimen a los que les hablaba de Goering y de Goebbels. También conocía a un intelectual de lentes que más tarde debería alcanzar una especie de celebridad anónima al inspirar uno de los personajes, un intelectual de lentes que lucha contra el héroe, de una película de éxito mundial inspirada de un libro de éxito mundial: *Doctor Zhivago*. De regreso de Montecarlo y de Londres, donde toda la familia había sido presentada a la reina en un baile donde las debutantes eran feas que daba miedo, una de las dos hijas de Anna, la tía de nuestra Lisa, se enamoró del comunista de lentes. ¿Captas la imagen, camarada?

—¿Cuál?, —preguntó A—. El *prosciutto con fichi* de la Piazza Campitelli? ¿La familia de Lisa en la capital de Letonia en vísperas de la Segunda Guerra Mundial? ¿La situación del planeta en tiempos de Hitler y de Stalin? ¿O los desordenados movimientos de la pasión amorosa entre una joven burguesa del norte y un comunista de lentes que pasó a la posteridad en una película estadounidense sobre la Revolución de Octubre?

—Todo al mismo tiempo —respondí—. Ya estás bastante crecidito, quiero decir bastante viejo en este dichoso planeta, para comprender que todo

sucede al mismo tiempo en este mundo donde el infinito es una dimensión de lo finito y donde el más mínimo pestañeo hace temblar todo el universo. Todo se enlaza en el espacio y todo se enlaza en el tiempo. Porque cada instante de este mundo es fruto del pasado y cada fracción del presente ya carga con mucho de lo que está por venir. Cada uno de nosotros, gradualmente, es el conjunto del mundo, y una cadena ininterrumpida, que arrastra todo en la superficie del globo, relaciona (¿quizá sea sorprendente para un espíritu llegado como tú de esos lejanos espacios donde reina la simplicidad de lo eterno y del vacío?) el *prosciutto con fichi* de la Piazza Campitelli con el secretario general del Partido Comunista de la Unión Soviética y el plan quinquenal.

Aquí se introducen, al interior del relato cortado con láser en el sueño doloroso de la totalidad sufriente, y que pasaba, por pedazos, de Anna a sus dos hijas, de sus hijas a Lisa, de Lisa a Marie y a mí mismo y de mí mismo a ti, y quizá de ti a Urql, personajes subalternos que hacen mover al destino sobre sus bisagras bien aceitadas: un cónsul general de Alemania, desde hace mucho prendado de Anna, que comprendió rápidamente, o quizá incluso supo por sus relaciones en la Wilhemstrasse que negociaciones secretas entre Hitler y Stalin pueden hacerles correr el riesgo poco envidiable a los países bálticos de ser moneda de cambio o una apuesta entre rusos y alemanes; un hombre de negocios estadounidense, de origen armenio, también enamorado de la indestructible y muy hostil, por supuesto, por razones públicas y privadas, al cónsul general; y una especie de vieja loca, aliada, según su decir, pero nada hay más dudoso, a las ilustres familias de los Sobieski y de los Czartoryski, que deambula por los salones de los barones baltas de Riga donde se le recibe por lástima y donde la llaman «la vidente»: lee el futuro en los tarots, en las líneas de la mano y en el café.

Anna, que era viuda, bella, todavía joven, todopoderosa en Letonia y que dirigía su periódico con mano de hierro, ofrecía cada año, en su gran casa de Riga, una recepción a la que se agolpaban los miembros del gobierno, el cuerpo diplomático y consular, toda la crema y nata de los barones baltas y todo lo que importaba en la prensa letona. A finales del invierno o en la primavera del 39, cinco o seis meses antes del pacto germano-soviético, justo antes o justo después de la invasión de Checoslovaquia por Hitler, lo hizo como de costumbre. Ahí estaba el cónsul general de Alemania y el hombre de negocios estadounidense que acababa de llegar de Eriván, vía Moscú. Estaba el comunista de lentes que era el amante de la tía de Lisa. Había dos

miembros de la familia balta que aparece en *El tiro de gracia* de Marguerite Yourcenar. Y estaba la vieja loca que leía las líneas de la mano.

Hacia finales de la velada, en el momento en que varios invitados ya iban a recoger su abrigo o su bastón en el guardarropa del que cuidaba, en blusa negra y delantal blanco, una joven recamarera de diecinueve años, originaria de Polonia, que acababa de ser contratada, la que leía la buena suerte tomó la mano de Anna.

—¿Y?, —preguntó Anna.

La otra miraba la mano, hacía caras, se callaba.

—¿Y bien?, —repitió Anna con algo de impaciencia.

—Veo gente… veo cosas… Más le valdría dejar Riga —murmuró ella bruscamente.

Y se soltó llorando. Un rumor se elevó de entre los invitados.

—No es nada —dijo Anna a media voz volviéndose hacia sus amigos—. Está un poco loca.

La loca se levantó, muy pálida, y salió.

III. El mundo es un espectáculo

—Contado por Marie como te lo cuento a ti, me dejaba llevar por el relato de Lisa. Como me hubiera dejado llevar por las aventuras de Gengis Kan o de Simbad el Marino, o por las de un campesino del Yangtsé en tiempos de los Reinos Combatientes, o por las de un capitán del Gran Ejército de Napoleón volviendo a atravesar el Niemen o el Berezina en pleno invierno de 1812, o por las de Cándido con los búlgaros o con los indios Orejones. Me hubiera gustado saberlo todo sobre el comunista de lentes que ocupaba en Moscú cargos cada vez más importantes antes de ser sospechoso de trotskismo y de desviación ideológica y del que la tía de Lisa se había enamorado. Me hubiera gustado saberlo todo sobre la tía de Lisa que se volvía actriz y que subía al escenario. Me hubiera gustado saberlo todo sobre los dos pretendientes que se disputaban el corazón de Anna. Me hubiera gustado saberlo todo sobre Anna, de quien me fascinaba, no sé por qué, la figura lejana y ya casi desvanecida. Me hubiera gustado saberlo todo sobre la vida en Riga entre Hitler y Stalin de la que nos hablaba Lisa, hacia finales de los años cincuenta o principios de los años sesenta, a unos pasos del teatro de Marcelo, asolado y reconstruido por los Orsini o los Barberini (*quod Barbari non fecerunt, Barberini fecerunt*), y de la estatua ecuestre de Marco Aurelio que todavía se erguía, en esos tiempos, en el centro del Capitolio. ¿Sabes de dónde llegábamos cuando nos encontramos, Marie y yo, con la letona de la Piazza Campitelli?

—De Portofino —dijo A—. Y de una especie de fiesta con gente rara del tipo rue de l'Université.

—Nada se te escapa —le dije—. Se juraría que, en toda tu vida, no hiciste otra cosa más que ser un hombre entre los hombres. Me pregunto si no te costará trabajo volver a ser un espíritu extranjero a este mundo que absorbe todo lo que toca. Lisa estaba flanqueada por ese tipo, ¿lo recuerdas?, que me había parecido insignificante. Era alto, flaco, y bastante bien parecido a los ojos de Marie. Él también tenía una historia, un pasado, un oficio, padres (lo que cansa, en los hombres, es que al menos hasta estos tiempos donde todo cambia bastante rápido y donde los niños nacen de probetas, todos tienen padres) y podríamos seguir sus huellas en busca de la vida y de este mundo sin fin al que te interesas. Llevaba por nombre Rodolphe.

—¡Ah! ¡Ah!, —dijo A.

—Fue en Roma donde Marie conoció a Rodolphe.

—Marie te amaba —me dijo A posando su mano sobre mi hombro—. ¿Me imagino que el amor pone un poco de orden en los hombres?

—Y desorden. Yo amaba a Marie. Ella me amaba. Se volvió amiga de Rodolphe. Y Rodolphe, ¿por qué no?, se enamoró de ella. Vivía con Lisa. La dejó por Marie. O por la imagen de Marie que vivía conmigo. Lo que pasó en Roma, en París, en Venecia, en mis tiempos y después de mí, entre Marie y Rodolphe, no puedo decirlo porque no lo sé. La vida también está hecha de un velo encantador y cruel que llamamos secreto.

—No hay secreto para los espíritus. ¿Quieres que ahora yo te hable de Rodolphe?

—Muchas gracias —le dije—. Mejor no. Te estoy contando la vida. No me cuentes la mía. Y mucho menos la de los demás. Lo delicioso en la muerte es que hemos terminado de vivir, es decir, de sufrir. Toda vida es amarga porque termina por la muerte. La vida es una enfermedad mortal, de transmisión sexual, de la que nos curamos un poco cada día y que termina por llevarnos. La vida es un préstamo gratuito que no podemos rechazar, que siempre tenemos que reembolsar, que nos es sucesivamente concedido y retirado, y que nos importa más que nada. Al menos mientras vivimos.

Solo habría algo peor que morir: sería no morir. No metas de nuevo a la vida: solo tiene precio porque cesa. Todos, o casi todos, tenemos miedo de morir. Pero, una vez en la muerte, en la paz, en el olvido, ¿nos darían ganas de volver a esta Tierra? Y tú, a quien le cuento como puedo lo que son el mundo, y la vida, y el amor, y los paraguas, y las plazas de Roma y esas ciudades de Toscana y de Umbría donde llegas, cuando vienes de Francia por el valle de Aosta o por los lagos italianos, ¿te darían ganas de cambiarte en hombre por algunas decenas de años y tomarte un *espresso*, esperando la muerte, en la Piazza Campitelli?

—No lo sé —dijo A—. Lo estoy pensando.

—Te entiendo. Yo, ya di. Me gustó con locura bajar hacia Italia al modo de Aníbal, de Bonaparte, de Goethe y de Byron, de Chateaubriand, de Stendhal. Me latía el corazón como a ellos, elefantes y genialidad y ambición aparte. No tenía elefantes. Nada diré de la genialidad. No tenía mucha ambición.

—¿No mucha ambición?, —preguntó A.

—No, no mucha. No tenía ganas de volverme cónsul, ni ministro, ni embajador. No tenía ganas de ganar fortunas, de instalarme en la existencia, de ser un gran propietario o un industrial o un empresario. No tenía ganas de comandar ejércitos o flotas, de dirigir pueblos. Ni siquiera tenía ganas de escoger un estado. Mucho menos de tener éxito. Tener éxito es de las palabras más inmundas de los tiempos modernos. Detestaba los negocios, los

expedientes, los coloquios, las artimañas, los largos designios. Prefería la pereza, no hacer nada, el sol sobre el mar. Adoré la vida cuando en ella no pasaba casi nada. Amé el caer de la noche y las madrugadas, los poemas de Horacio, de Hafiz, de Omar Jayam, de Toulet que le cantan al vino y a las chicas, los cuentos de Borges con sus máscaras y sus cuchillos, sus laberintos, sus loterías, los coches que tomábamos para irnos a otra parte y que iban muy rápido por las carreteras bordeadas de árboles de las que salían caminos de tierra, la ingenuidad de Marie. Tratándose de abrazarse de algo, prefería, más que seguramente, que no fuese una carrera. Pero tuve que mostrarles, a quien me amaba y a los demás, que podía, yo también, agitarme como todo el mundo y hacer lo que hacían. Tuve, que Dios me perdone, ideas, opiniones, oficinas, oficios. Pasé concursos. Ocupé cargos. Ni me importaba mucho. Escribí algunos libros.

—Lo sé —dijo A—. Sobre Chateaubriand. Sobre Venecia. Y sobre ti.

—Hice lo que debía hacerse. Hice sobre todo lo que pude. Estoy contento de estar muerto y de hablar contigo que por fin vienes de otra parte. El mundo es inútil. Solo amé a Marie.

—¿Nada más?, —preguntó A—. ¿Nada más en este mundo?

Buscaba en mis recuerdos lo que había amado.

—Quizá el mundo mismo. La vida, por supuesto. Pero más aún el mundo. El mundo y su espectáculo. La vida tiene ese lado pretencioso, tiene una violencia, un lado de autosatisfacción y vagamente conquistador que me gustan solo a medias. Los imbéciles repiten que la vida es un combate, que hay que luchar para vivir. Esos toques de corneta, esos llamados a las armas más bien me cansaban. Me gustaba mirar al mundo desde un poco lejos, como lo hacemos hoy, como Lucrecia en el acantilado, «*Suave mari magno*…», como si estuviera de paso. Y en efecto lo estaba. Una suerte de turista de vacaciones en las playas de este planeta, en sus colinas, en su campiña. «¿Y se quedará cuánto tiempo?». «¡Oh! A menos de un accidente, algo menos que un pequeño siglo». ¡Visité el mundo en primavera! ¡Visité el mundo en otoño! ¡No lo lamentaré: setenta y cinco años de sufrimientos y de placeres mezclados y de asombro garantizados! *All the world a stage*: el mundo es un teatro. Todos maltratamos nuestro número bajo los proyectores de la historia, recitamos nuestro texto, se nos aplaude, se nos chifla y, después de haber sido figurantes apenas inteligentes en la más bella de las obras (un éxito universal, un triunfo, una obra maestra: la historia de los hombres en la Tierra), volvemos para siempre a los camerinos del olvido y de la eternidad.

—Pero debe haber —dijo A— cosas que agitan a los hombres y que los hacen actuar…

—Tienes razón. Hay sin embargo en el corazón de los hombres algo tan fuerte como el amor por la vida: es la curiosidad. Siempre quieren saber lo que pasará después, lo que pasó antes, lo que pasa en otra parte, un poco más lejos, más allá del mar o de las colinas. Sentí en mí todos los oscuros impulsos de la curiosidad. Y, en el corazón de la curiosidad, hay algo que es como el alma del mundo, y su motor: es el deseo. Si algo amé aparte de Marie, y quizá Marie solo era su imagen bajada en un cuerpo, es el deseo. Echa a los hombres fuera de sí mismos. Los hace partir por los mares y más allá de los desiertos, en busca del oro, del sexo, del poder, del saber. Si no hubiera deseo, no habría historia y no habría hombres. Solo habría animales, plantas, máquinas. Los hombres, mi querido A, y es su sola grandeza, siempre están un poco más lejos.

—Los espíritus también. Es por ello que vine de Urql.

—Y es por ello que redacto para ti y para uso de los tuyos el informe sobre la Tierra.

IV. La marcha del tiempo

Los años pasaron. Entregados a la Unión Soviética por el pacto Molotov-Ribbentrop, Riga, Letonia, los países bálticos fueron ocupados por el Ejército Rojo. Luego tocó el turno a los alemanes que, después de haber sido, durante poco menos de dos años, aliados de la Unión Soviética, se habían vuelto sus enemigos. Se quedaron tres años. Desde el verano del 41, menos brillante que del verano del 40 pero todavía triunfal, hasta el verano del 44, que ya anunciaba el crepúsculo de los dioses y el apocalipsis. Después de los alemanes, primero vencedores, luego vencidos, los rusos volvieron como amos por un poco menos de medio siglo.

Lo que fue la ocupación alemana, lo que fue la ocupación rusa, hay, para enseñárnoslo, recuerdos y libros. La guerra siempre es cruel. Siempre es semejante a sí misma. Pero, desde Caín y Abel y los emperadores de China, todavía logra inventar nuevas astucias para hacer sufrir y nuevos delirios. El delirio de Hitler eran los judíos. El delirio de Stalin era el enemigo de clase. Había habido los romanos y los cartagineses, los cruzados y los musulmanes, los aztecas y los españoles, los hunos, los mongoles, las columnas de Turreau en Vandea y las expediciones de Simon de Montfort contra los habitantes de Albi. Todos mataban con singular alegría, quemaban, crucificaban, fusilaban, guillotinaban, degollaban, torturaban. El exterminio de los judíos era de una simplicidad bíblica: los judíos, sin excepción, eran criminales por derecho de nacimiento. Una historia recorría Europa. Alguien anuncia: «Todos los judíos y todos los peluqueros fueron arrestados». Y otro pregunta: «¿Por qué los peluqueros?». Algo de historia del mundo y de sus subterráneos también está en esas palabras. Hitler conquistó Europa. Los judíos de los países bálticos fueron masacrados como los de Polonia. Cuando los alemanes fueron derrotados y los rusos llegaron, fue harina de otro costal, y sin embargo siempre la misma: la abuela de Lisa…

Me interrumpí de golpe. Sacudí la cabeza.

—¿Entonces?, —preguntó A—. ¿Qué pasa? ¿La abuela de…?

—Creo que voy demasiado rápido. Debes entender que el tiempo del informe no es el de la vida. Cuando te cuento el mundo, aminoro la velocidad, acelero, recorto, voy volando. Vuelvo atrás, me precipito hacia adelante, arrastro los pies, insisto, escojo, lo dejo por la paz. Pasamos más tiempo frente a nuestro *espresso* de la Piazza Campitelli que en Riga en los negros años bajo Hitler y Stalin. Cada una de nuestras historias está recortada en la historia. Todo el arte de quien la cuenta reside en cómo la recorta. Se

abandona el mundo entero. Se siguen las huellas de un amor, de una familia, de un soldado, de una casa. Se devana un hilo rojo. Se toca el tiempo como se toca el acordeón. Sostendré encantado que contar una historia solo es cuestión de tiempo. En todos los sentidos de la palabra: los verbos y la duración.

Antes que nada debes saber si utilizas, en tu relato, tanto para los hombres como para los espíritus de Urql, el presente, el pretérito imperfecto, el pretérito perfecto simple, el pluscuamperfecto, o el futuro o el futuro anterior, tiempos metafísicos por excelencia. «A conoció a O encima de la Aduana de Mar el 26 de junio hacia mediodía». O: «El 26 de junio hacia mediodía, encima de la Aduana de Mar, A conoce a O.». O también: «A habrá conocido a O el 26 de junio hacia mediodía encima de la Aduana de Mar». Puedes notar los matices, no solo de los tiempos, sino de figura y del sentido que conlleva la elección de la modulación del verbo.

El pretérito es alegre, rápido, militar, novelesco y stendhaliano: «El 15 de mayo de 1796, el general Bonaparte hizo su entrada en Milán encabezando ese joven ejército que acababa de cruzar el puente de Lodi y de anunciarle al mundo que después de tantos siglos César y Alejandro tenían un sucesor». O: «La primera vez que Aureliano vio a Berenice le pareció francamente fea». Has quedado embarcado a tu pesar. Partes con los demás y el mundo es tuyo.

El presente registra con una suerte de austeridad. Es una multa, es un acta, una evidencia: «Solo hay un problema filosófico verdaderamente importante: el suicidio». «El hombre ha nacido libre, y en todas partes está encadenado». «Las familias felices se parecen todas, las familias desdichadas son desdichadas cada una a su manera».

«En Venecia escarlata,
flota la barca quieta».

El pretérito imperfecto, en Flaubert, es el instrumento del pintor que te hace asistir a una escena ya terminada y marcada de eternidad de la que, contrariamente a lo que sucede con Stendhal, no formas parte y que miras desde el exterior sin poderle cambiar nada: «El 15 de septiembre de 1840, hacia las seis de la mañana, en la *Ciudad-de-Montereau*, listo para partir, fumaba con grandes fumarolas frente al muelle Saint-Bernard». «Como hacía un calor de treinta y tres grados, el bulevard Bourdon se hallaba absolutamente desierto». «Era en Mégara, suburbio de Cartago, en los jardines de Amílcar».

O también: «René Dubardeau, mi padre, tenía otro hijo: era Europa». Todo está arreglado por adelantado. No te queda más que contemplar el

destino desenvolverse ante tus ojos.

El pretérito pluscuamperfecto es una mirada hacia atrás, teñida de melancolía: «Durante mucho tiempo me he acostado temprano…». El futuro anterior, tiempo misterioso si los hay, te manda a un porvenir en el que todavía no estás y desde el que contemplas un pasado que, en el momento en el que hablas, está en estado de presente y a veces de futuro. Es el principio visto desde el final, es la vida vista desde la muerte. Hay que agregar que los tiempos de los verbos tienen coloraciones sentimentales totalmente independientes del desenvolvimiento temporal: hay ternura en el pretérito imperfecto (a menudo nos dirigimos con el pretérito imperfecto a los animales y a los niños pequeños), hay aventura en el pretérito y sospecha, incluso amenaza, en el futuro anterior.

Más decisiva aún es la elección, en cualquier relato y, por supuesto, en el informe que estamos redactando sobre el estado de la Tierra, de cierto ritmo del tiempo. Si hubiera querido, mi estimado A, presentarle a la gente de Urql la integralidad del espectáculo del mundo (*All the world's a stage…*), hubiéramos tenido, tú y yo, que revivir, en tiempo real, desde los principios, todos los miles de millones de años que han transcurrido desde los tres golpes del *Big Bang*. Y solo sería al *Big Bang* al que, por una increíble paradoja, puesto que es el único acontecimiento cuyo acceso le está prohibido a la ciencia, hubiéramos verdaderamente podido asistir en su totalidad. Puesto que, por una minúscula fracción de segundo, el universo se reduce, en el momento del *Big Bang*, a una cabeza de alfiler imperceptible, incandescente, de un calor y de una masa infinitos, y que contiene todo lo que existe. Inmediatamente después, un segundo, una fracción de segundo después, hubiera sido necesario ya estar a la vez en todos los puntos del espacio. Y algunos miles de millones de años después hubiera sido necesario no solo expandirse a todos los horizontes de la geografía y de la historia, sino deslizarse, imposible tarea, en todos los recovecos y en todos los recodos de la casa de la conciencia humana. ¡Tanto espacio! ¡Tanto tiempo! ¡Tanto pensamiento disperso! Solo tenemos un informe. No debe ser demasiado largo ni demasiado pesado para que puedas llevártelo contigo a Urql. Nos quedan solo dos días. Y no es mucho para resumir el mundo. Y he ahí el porqué, después de haberme demorado demasiado tiempo alrededor de un *espresso*, paso a toda velocidad…

—Antes de irte —dijo A.

—Sí, antes de irme, sobre los años terribles de la Letonia soviética al día siguiente del pacto entre Hitler y Stalin el 23 de agosto del 39, luego de la

Letonia alemana y nazi como consecuencia del lanzamiento de la operación *Barbarroja* en la noche del 21 al 22 de junio del 41, y finalmente de la Letonia de nuevo soviética después de la victoria de Stalin sobre Hitler y la entrada en Riga de los soldados del Ejército Rojo persiguiendo hasta Polonia, hasta el Elba, hasta Berlín a la *Wehrmacht* en desbandada.

Si, llevados por la conversación alrededor del *espresso* de la Piazza Campitelli, emprendiéramos, tú y yo el relato de las aventuras de la abuela de Lisa y decidiéramos consagrarles, a ellas solas, como lo merecen (así como lo merece todo lo demás: el pasar revista por Homero de las tropas y de las naves reunidas ante Troya, el llamado por Chateaubriand o por Proust a los muertos del Jockey Club o del congreso de Verona; la lista de sombreros, en Rabelais, y de los objetos usuales que pueden servir de limpiaculos; el interminable catálogo de las amantes de don Juan), cuatro o cinco volúmenes del informe, es a partir de la noche del 23 de agosto que deberíamos iniciar. Ahí es donde todo empieza.

El día estuvo relativamente en calma. Hay buen clima. Anna regresó del periódico. Platica con sus dos hijas y con algunos amigos, entre ellos, por supuesto, el cónsul general de Alemania y el estadounidense de origen armenio, en el gran jardín que rodea la casa. Desde hace uno o dos años, desde Múnich, por lo pronto, en septiembre del 38, y quizá desde la *Anschluss* en marzo, que el clima político es muy denso en Europa. A cada inicio de primavera, a cada principio de otoño, uno se pregunta qué va a pasar. El invierno y el verano son playas más serenas. Treguas en una carrera jadeante. Cuando suena el teléfono en la casa de Riga esa bella noche de agosto en la que hace mucho calor, nadie se preocupa. Cuando el ama de la casa, que la pequeña polaca fue a buscar al jardín, vuelve con sus hijas y con sus amigos, todo el mundo entiende, por su andar, por su aspecto, que sin embargo algo está sucediendo.

—Nada serio, espero —lanzó alguien.

—No lo sé —contestó ella—. No estoy segura. Ribbentrop y Molotov firmaron hoy en Moscú un pacto de no agresión.

—¡Pero es la paz!, —dijo una voz.

—Es más bien la guerra —dijo Anna.

Ya nadie sabe nada. Los anexos secretos que prevén el reparto de Polonia y que entregan los países bálticos y algunos otros territorios a la Unión Soviética no son publicados. El anuncio del pacto en sí llegó muy rápidamente a la abuela de Lisa porque dirige un periódico y ocupa en Riga una situación excepcional. Y quizá también porque ella es de los que sirvieron

de enlace entre la gente de Hitler y la gente de Stalin. El día siguiente y los sucesivos, cuando los periódicos y las radios hayan difundido la noticia, muchos hombres y mujeres por el mundo no captarán enseguida su significación y su gravedad. Ella ya comprendió lo que significa el acercamiento entre Hitler y Stalin. Ella sabe que Francia e Inglaterra negociaban desde hacía mucho tiempo con Stalin y Litvinov, su comisario de Asuntos Exteriores, reemplazado en mayo anterior, y eso ya era una señal, por Viacheslav Molotov. Ella sabe también que Stalin piensa que las democracias le dieron a Múnich, en septiembre del 38, la medida de su debilidad. Ella sabe que la ocupación de Checoslovaquia por Hitler, hace apenas unos meses, en marzo del 39, le pareció la consecución natural de la vergüenza de Múnich y no le sorprendió. Ella adivina el doble revire soviético y alemán: el acuerdo entre los dos jefes todopoderosos y enemigos es dictado, por cada uno, por una fría apreciación de sus respectivos intereses e indica, por lo pronto, una acción conjunta contra el país que los separa y cuya destrucción los va a unir: Polonia.

En la noche del 23 de agosto de 1939, en el jardín de la casa donde habla con sus hijas, ¿tiene la abuela de Lisa algún pensamiento por la loca de Riga? Hay otras cosas por hacer, tantas decisiones que tomar. Toda la noche, la madre y las dos hijas le dan vueltas y vueltas en sus cabezas a los proyectos y a los riesgos.

—Es la guerra —dijo la madre.

—Partamos —dijo la hija, que es la madre de Lisa.

—Imposible —dijo la madre—. El periódico, la casa, la familia, la gente. Ambas se tienen que ir. Me quedo.

—Me quedo con ustedes —dijo la tía de Lisa.

—No quiero. Te tienes que ir.

—No quiero. Me quedo.

Lo que por supuesto está en la mente y el corazón de la tía de Lisa es la imagen del comunista de lentes. No había mucho trecho entre Riga y Moscú. Menos aún entre Riga y Leningrado, donde iba a menudo el comunista de lentes. Irse a París o a Londres era cortar para siempre los vínculos con la Unión Soviética y con sus amores. La madre de las dos muchachas era una mujer muy fuerte y muy tierna. Amaba a sus hijas. Quería su felicidad. ¿Mantenía, ella misma, una relación con el cónsul general o con el armenio, o quizá con los dos? Tú, probablemente, lo sabes o podrías saberlo. Pero Lisa no lo sabía. Y yo tampoco lo sé. Gracias a Dios, no lo sé todo, puesto que soy un hombre.

El cónsul general de Alemania y el estadounidense de Armenia, que sacaban, como todos aquellos que no cerraban los ojos, las conclusiones del pacto germano-soviético, le insistieron, cada quien por su lado, a la mujer que amaban para que se pusiera a salvo, con toda su familia, ante los acontecimientos que se preveían.

—¿Qué quiere que haga?, —les contestaba—. ¿Que abandone el periódico, sus periodistas, sus tipógrafos, sus lectores? ¿Que anuncie que me voy porque tengo miedo? Bien sabe que me tengo que quedar.

Lo sabían, por supuesto. Cuarenta y ocho horas después, el 25 de agosto, en el tren de noche la madre de Lisa y Lisa, todavía en pañales o falda floreada con fruncidos, o quizá incluso en algo que hacía las veces de moisés o de bolsa de viaje, salían hacia Berlín, hacia París y hacia Londres. La tía de Lisa y su madre se quedaban en Letonia porque había en Riga un periódico y lo que se llama un deber, porque había en Moscú un comunista de lentes y lo que se llama una pasión.

A la semana siguiente estallaba la guerra en Polonia. Los alemanes y los rusos se la repartían entre ellos. Los países bálticos se volvían una tierra aislada entre el comunismo y el nacional-socialismo.

Unos meses más tarde, el general Karlis Ulmanis, al mismo tiempo *Vadonis*, es decir Führer o Duce, primer ministro, presidente de la República, un dictador, en verdad, que dirigía Letonia con puño de hierro, y con quien Anna mantenía la mejor de las relaciones, estaba obligado a dejar el poder y, en mandamiento de las cláusulas secretas del pacto Molotov-Ribbentrop, las tropas soviéticas penetraban en los países bálticos.

Se hicieron arreglos como se pudo. El *Vadonis* era deportado a algún lugar de Siberia. Letonia era anexada a la Unión Soviética. El comunismo se instalaba. El periódico, por supuesto, pasaba bajo el control de la KGB. Se sobrevivía, sin embargo. El cónsul general de Alemania seguía en su puesto. El estadounidense de Armenia seguía con sus negocios. La tía de Lisa, que interpretaba papeles de joven primera actriz en los escenarios del Gran Teatro, vivía el perfecto amor con el comunista de lentes y planeaba desposarlo. Se recibía de vez en cuando, por vías alternas, por el cónsul, por el estadounidense, una carta de la madre de Lisa: madre e hija estaban, ambas, instaladas en Inglaterra, en las cercanías de Londres, donde los riesgos de la guerra, ya rondando y rugiendo sobre La Mancha después del estrepitoso derrumbe de Francia, se revelaban más temibles que en Letonia. Londres ardía bajo las bombas. Conventry ya no existía. Inglaterra entera se tambaleaba al borde del precipicio en el que ya había caído Francia.

—¿Recuerdan —le dijo una noche a sus amigos la abuela de Lisa—, recuerdan ustedes a la vieja loca que pretendía leer la suerte en las líneas de la mano?

Sí, sí, varios de los que estaban presentes habían conocido a la vidente. Pero nadie sabía lo que había sido de ella.

—Quería que me fuera de Riga… —dijo Anna con tono soñador—. Me temo que la vida de mi hija no sea todavía más dura en Londres que la nuestra en Riga.

—¡Dios mío!, —lanzó alguien—, es cierto. ¿Quién lo hubiera creído?

Los demás asintieron con la cabeza. Tenían suerte en su desgracia. El mundo a su alrededor se había vuelto un infierno.

Las lágrimas humedecían los ojos de Anna pensando en Lisa.

V. El ser es lo que es

—¡Oh, O!, —me dijo A—, nada me divierte más que los hombres.

—Sufren —le recordé.

—Lo sé. Pero el relato de sus desdichas resulta en una amarga dicha. Me gusta llorar sobre sus sufrimientos. Creo que mis amigos de Urql le tomarán tanto gusto como yo a sus guerras, a sus pasiones, a sus fracasos, a sus lágrimas, a todas las locuras a las que los acarrea el deseo. Imagino que historias como las de las damas de Riga las tendrás por centenas.

—Por miles. Sin contar todas las demás: las que existirán algún día y que todavía no existen. Porque es necesario anotar en el informe sobre la Tierra que todas las historias que te cuento son reflejos del pasado. Porque era hombre, nada sé del porvenir. Solo puedo recordar. O inventar. Pero todo lo que los hombres imaginan siempre está marcado por el pasado. Se conforman, para hacer algo nuevo, con organizar de otra manera lo que ya existe. No hay más, para verdaderamente inventar, que la historia en marcha, la historia haciéndose. Y lo que la historia inventará, ningún ser vivo es capaz de imaginárselo. El porvenir es un monopolio del tiempo. Debes ser tú quien me dicte, para el informe, lo que harán los hombres y lo que será el mundo en un millón de años.

—Mi querido O —me dijo A—, has sido demasiado bueno conmigo. Sabemos, tú y yo (inútil, por supuesto, mencionarlo en el informe, que debería ser considerado una obra maestra a los ojos de todos tus lectores), que no eres muy entendido. Pero hiciste lo mejor que pudiste. Si puedo, por mi parte, enseñarte tan siquiera un poco llevándote al mundo tal como será después de ti, estoy todo listo, a mi vez, a servirte de guía en un porvenir que te es todavía más extraño que ese pasado del que no sabes gran cosa.

La oferta de A me seducía. Sopesaba los pros y los contras. Dudaba, como de costumbre.

—Bien pensado —le dije—, prefiero no saber nada. Algo así como con Rodolphe. Lo que sucederá después de mí no me concierne. Suficiente tengo con ese pasado pegado a la piel. Sé, puesto que todo tiene sentido, que no puedo lavarme las manos de la historia después de mí. Pero quiero que quedemos a mano y que el informe sobre los hombres termine a mi muerte. Escribirás solo, si quieres, el breve anexo necesario sobre los cinco mil millones de años que todavía están por venir y que harán de nuestros hijos algo tan extraño a los seres humanos de hoy como los seres humanos de hoy son extraños a las algas. Prefiero dejarte librado a tu destino, o al nuestro, y

seguir el ininterrumpido camino por nuestro encuentro, que tanto gusto me ha dado, por encima de la Aduana de Mar. Ya bastante trabajo tengo con mi propia vida, sobre la que pesa con rudo peso todo el pasado del mundo. Renuncio a un porvenir del que me sé sin embargo, en minúscula parte, solidario y responsable. No es que yo sea ciego o más cobarde que los demás. Hay que mirar las cosas de frente. Sé muy bien que muchas cosas que amé en este mundo corren el riesgo de desaparecer para siempre en un futuro cercano; los libros, los bosques, cierta manera de ser, de comportarse, de pensar, el mismo Mediterráneo, del que me aseguran ya no será más, en algunos millones de años, que esplendoroso recuerdo. Lo que le ocurrirá después de mí a lo que fue mi mundo, no lo sé. No quiero saberlo. Me imagino que es para ahorrarles penas demasiado crueles a los hombres que se les hace morir antes de que su mundo cambie con demasiada violencia. Hay progresos, éxitos, triunfos que no soportarían. Demasiado te he hablado del tiempo que pasa para ignorar que pasa. Amé demasiado su paso y sus invenciones en el pasado para no amar su paso y sus invenciones en el futuro. Estoy seguro de que el mundo será muy bello para los que vendrán después de mí. Pero estoy demasiado acostumbrado a escribir con un lápiz y a pasearme por los bosques o a orillas del mar en el que navegaban Ulises y Virgilio y todo el séquito de los dux en la galera Bucintoro para no, de golpe, ser presa de una angustia, no por mi partida, lo que todavía puedo soportar, sino por lo que pasará después de mi partida, y que probablemente será mucho mejor. Que será otra cosa, en todo caso, y que no seré capaz de enfrentar. Tienes que perdonarme: no soy, como tú, un espíritu venido de Urql. Solo soy un hombre que pertenece a su tiempo. Mi pobre y viejo espíritu para siempre inmortal, te voy a decir algo que te hará reír: lo bueno de los hombres es que se desvanecen en el tiempo y que se marchan con él.

En un gesto de amistad que me conmovió mucho, A posó su brazo sobre mis hombros. Creo que vertí unas lágrimas.

—No te preocupes demasiado —me dijo—. Bien sabes lo que va a pasar. Todo cambiará, pero tan lentamente que siempre parecerá que nada se mueve nunca. La Tierra desaparecerá, pero hará mucho tiempo que los hombres habrán dejado este planeta. La Tierra es la cuna de los hombres, pero los hijos de los hombres no se quedan para siempre confinados en su cuna. Los progresos serán asombrosos y no arreglarán nada, porque a los sufrimientos sanados les sucederán otros sufrimientos y a los obstáculos franqueados les sucederán otros obstáculos. Es tan imposible para ti imaginar el universo dentro de cinco mil millones de años como le era imposible a una roca en

fusión, o a un alga azul, o incluso a Lucy, la pequeña criatura africana descubierta en tu época en el sureste de África, imaginarse a Platón, Miguel Ángel o Darwin. Todos los problemas que te planteas y que se plantean los tuyos, quiero decir los hombres a tu alrededor desde hace tres o cuatro mil años, no serán resueltos. Pero serán esquivados porque el espíritu del hombre habrá inventado otra cosa y la historia del universo inventará de nuevo otra cosa que el espíritu mismo de los hombres. Será más y más intenso, y quizá, hay que decirlo, más y más siniestro. Cuando los hombres hayan dejado este planeta porque el calor o el frío o una explosión atómica o un accidente imprevisible lo hayan vuelto invivible y se hayan establecido en alguna parte en una galaxia o en otra, se acordarán de la Tierra como de un sueño desvanecido. Sus dudas, sus sufrimientos, la brevedad de su vida, su sumisión a una naturaleza que habrá desaparecido bajo la forma de bosques, de mares, de animales salvajes, de regiones desconocidas, su ignorancia, su ingenuidad aparecerán como una edad de oro. Se hablará de la Tierra como se habla de la Atlántida o del jardín del Edén. Terminarán por poner en duda su legendaria existencia. La vida, o lo que le habrá sucedido, se habrá vuelto abstracta, teórica, enteramente dominada, en los siglos por venir, por la ciencia y la técnica; y, más tarde, por otra cosa de la que aún nada sabes y de la que nadie nada sabe y para la que la ciencia, tal como la veneras y la temes hoy, será algo como la magia en tiempos de la edad de piedra o de la guerra del fuego.

Entonces, quizá, en un tiempo muy lejano, en un espacio desconocido, un sabio venido de Urql, puesto que la Tierra estará muerta o habrá explotado, encontrará el informe. Las criaturas, en ese tiempo, o las criaturas de las criaturas, no conocerán la dicha que los libros les brindaban. Se comunicarán entre sí por canales que todavía no llevan nombre alguno en los idiomas que hablas. El informe aparecerá como un objeto misterioso e infundirá algo de miedo. Al sabio venido de Urql le costará trabajo descifrarlo e incluso entender de lo que se trataba. Con muchos esfuerzos e investigaciones, sin embrago descubrirá a los papas Clemente, al condestable de Borbón, a esa extraña ciudad de Venecia que estaba construida sobre el agua y al Mediterráneo, que habrá desaparecido. Descubrirá París, que ya no será más que un recuerdo en el recuerdo de la Tierra, y la rue du Dragon, que ya no será más que un recuerdo en el recuerdo del recuerdo. Los descubrirá, a Marie y a ti, mi querido O, como cosas muy valiosas en la especie de los primates y de los diplodocos.

—¿De los diplodocos?

—Vamos… En menos grande. Quizá no en menos estúpido. Ya me entiendes. Cosas muy viejas, algo cómicas y algo alarmantes. Se interesará por ti, mi viejo O. Y le parecerás delicioso. Se encontrará con Venecia e intentará imaginar lo que pudo haber sido la Aduana de Mar. Y el palacio de los Dux. Y los frescos de Carpaccio en San Giorgio degli Schiavoni. Todo eso, por supuesto, le parecerá bastante loco. Y no faltarán los buenos espíritus, de entre los sabios, sus colegas, para sostener con obstinación que todo lo que cuenta el informe no es más que leyenda e invención. Solo habrá un personaje que le será familiar, como le hubiera sido familiar a un campesino de la Edad Media, a un legionario romano, a un hoplita de Alejandro, a cualquiera de tus ancestros puliendo una piedra o un hueso, y como lo es para ti: soy yo. Yo soy eterno. A lo largo de la historia de los hombres, incluso los que no creen en mí, y con mayor razón todos los que sé quieren creer, comprenden muy bien quién soy. Eres tú, mi pobre O, quien, dentro de cinco mil millones de años será incomprensible.

—¿En cinco mil millones de años?

—E incluso en cinco millones. Yo siempre estaré ahí, inmutable, imperecedero, siempre negado, claro está, y siempre renaciente. En un mundo que cambia como cambias tú mismo (y en unos cuantos días, bien que lo sabes, has cambiado mucho) se necesita algo que no cambie. Soy yo. Quizá yo sea un sueño. Lo eres tú también.

—Un saludo. Un saludo a la inmortalidad.

—Un saludo a la vida.

—Es un saludo a la muerte —dije—. La vida, la muerte no son lo contrario la una de la otra. Son una misma cosa que se opone a la eternidad. Y sin embargo…

—¿Y sin embargo…?

—Y sin embargo, no creo que estés tan alejado de mí como lo piensas ni que esté tan alejado de ti como me temo. Pertenecemos, tú y yo, a algo inmenso que es más grande que el mundo y más grande que esa vida que vemos como sagrada, más grande que la historia de los hombres que sin embargo pongo tan en alto, más grande que el universo del que caíste sobre Venecia, más grande que yo, por supuesto, y más grande que Marie, más grande también que tú.

—¿Y que es…?, —preguntó A con algo de desconfianza y de mal humor.

—Que es el ser. La vida que emana tan vigorosamente desde hace cuatro mil millones de años no es más que un subproducto del ser. El mundo y el universo son fragmentos del ser. El pasado y el futuro y el tiempo entero se

inscriben en el ser. Y los espíritus como tú y todos los sueños del espíritu solo existen por el ser. Pero terminada por la muerte, la vida es un esplendor. La locura de los hombres es la de adorar la vida en vez de adorar el ser, que es la causa y la fuente y el aval y el fin.

—Mi querido O —dijo A—, me pareces muy audaz al atreverte a hablar del ser. Vine a esta Tierra para escucharte hablar de la vida. Quizá, quizá… sobre la vida y la historia tendrás algo que decir. No gran cosa, por cierto. Pero del ser, más que seguro, no tienes derecho a decir nada.

—Mi querido A, hay que ser sabio para hablar de la vida. Y para hablar de mi historia. Te advertí enseguida que no sabía casi nada. La fecha del saqueo de Roma,

—1527.

—El nombre de Molotov,

—Viacheslav,

—la lista de los papas Clemente, la Piazza Campitelli, algunos fragmentos dispersos de la existencia en la Tierra del vizconde de Chateaubriand, algunos versos de Aragon, la rue du Dragon en la margen izquierda del Sena y para qué sirve un paraguas: toda mi ciencia ahí termina. No podías encontrar, en este mundo y en su historia, peor guía que yo. Pero sobre el ser, mi querido A, sé tanto como tú. Porque la ciencia del ser, o más bien su luz, está en cada uno de nosotros. Y Platón, o Spinoza, o Hegel, o Miguel Ángel, o Mozart, o Tolstoi, o Leonardo da Vinci, o Cristo Jesús o Mahoma o Buda no hacen otra cosa, lo sabes como yo después de todo lo que te he dicho, más que revelárselo al más estúpido de nosotros. Y entre más grande es el mensaje, es también más simple. No todo el mundo es capaz de comprender a Aristóteles, de amar a Haydn o a Rembrandt. Pero el mundo es capaz de comprender a Buda, o a Mahoma, o a Jesús. Les hablan a las masas, a los pobres, a los niños antes de hablarles a los sabios. Y ellos son quienes nos hablan del ser con mayor fuerza. La vida, esa vida única e irreemplazable que colocamos por encima de todo, esa vida que nos es sagrada, esa vida que reina, bajo forma de conciencia, de pensamiento, de ciencia, sobre el mundo y sobre el universo, no está excluido que nos haya sido dada solo para ocultar al ser. La vida es manifiesta. El ser está escondido bajo la vida, bajo la materia, bajo las leyes del universo. La vida estalla por doquier. El ser se enmascara y se calla. La vida se mueve, cambia, evoluciona, se transforma, adquiere los más diversos rostros. El ser permanece inmóvil y siempre idéntico a sí mismo. La vida transcurre. Y el ser es. El ser no es lo que aparece, lo que se mueve, lo que cambia, lo que se va. El ser es lo que es.

—Mi querido O —murmuró A—, vine…

—Lo sé: viniste desde muy lejos y me conociste encima de la Aduana de Mar para saber algo más sobre este mundo y la vida. Y te imaginas que sabes bastante sobre el ser, y en todo caso más que yo, que solo era un hombre llevado por el tiempo y por las ilusiones. Es cierto que el mundo es un espectáculo insensato que hace perder la cabeza y da vértigo. Pero no quisiera que creyeses…

—¿Que creyese…?

—… Que creyeses que en este mundo de delirio, regido por el azar y la necesidad, la vida, para siempre, le ganó la partida al ser. La vida se ha vuelto tan rica, tan poderosa y tan rica que relegó al ser a oscuros abismos. Por todas partes, por todos lados, nos enfrentamos a la vida, a sus invenciones geniales, a su poder sin límites. Pero el ser siempre está ahí, por debajo, un poco más lejos, escondido de las miradas y del orgullo de las algas del tiempo. Solo vemos el mundo y la vida. Solo escuchamos el mundo y la vida. Solo de ellos se habla. Solo de ellos sentimos. Solo quedan el pensamiento y las palabras para recordar de nuevo al ser. Queda permitido afirmar que el ser se ha refugiado en la gramática y en la matemática. En el sufrimiento, también, en el asombro, en la sorpresa, en el vacío. En la indigencia y en los signos.

—¡Ah! ¡Bravo!, —dijo A con un tono que me gustó a medias—. Muy bien. Volvamos a la Tierra. ¿Y el mundo? ¿Y la vida? ¿Y nuestro informe sobre los hombres?

—El mundo y la vida son cosas pequeñitas que comenzaron con el *Big Bang* hace quince mil millones de años, que se desvanecen con los hombres y que acabarán por acabar.

—¡Ah! ¡Los hombres! ¡Los hombrecitos de la Tierra!

—Cuando llueve… —empecé—, cuando llueve sobre el mundo…

—¿Perdón?

—… Pasan bajo paraguas por la rue du Dragon.

VI. El mundo da un vuelco

—De vez en cuando el mundo da un vuelco. A menudo parece dormir. Se matan hombres por acá o por allá, se ama, se detesta, se construyen máquinas, pero no sucede gran cosa. Y entonces, de repente, el mundo da un vuelco. Da un vuelco con la primera risa, con la primera palabra, con el primer fuego, con la primera ciudad donde se elevan algunas piedras. Da un vuelco con Egipto. Da un vuelco con los griegos. Da un vuelco con Alejandro. Da un vuelco, por supuesto, con la muerte de Cristo, una marca tan fuerte que divide la historia en dos. Y luego pareciera que da vuelcos cada vez con más frecuencia. Con la adopción del estribo, que transforma radicalmente la caballería, con la invención de la ballesta, que horroriza al papa, del cañón, del collar de tiro, del timón de codaste, de la imprenta, de la máquina de vapor, de la electricidad. Con la caída de Constantinopla. Con el descubrimiento de América, el 12 de octubre de 1492, que acarrea el declive de la madre de todos los mares y el fin de Venecia. Con la revolución francesa. Con Pearl Harbor. Con la bomba atómica. Con el automóvil, el avión, la televisión, la píldora anticonceptiva, el primer hombre sobre la luna, el sida, la Revolución de Octubre y el fin del comunismo en la patria del socialismo.

En la noche del 21 al 22 de junio del 41, el mundo volvió a dar un vuelco. Hasta ahí, Hitler, al mando de los ejércitos alemanes, cosechó éxito tras éxito. Con algunas excepciones, Europa se volvió alemana. Del círculo polar al Mediterráneo, de Brest a la frontera rusa. Hitler tiene un aliado que se llama Mussolini y que le pesa más de lo que le sirve. A los italianos les cuesta derrotar a los griegos. Los alemanes deben intervenir contra Yugoslavia y Grecia y la resistencia es más fuerte de lo previsto. La ofensiva contra Stalin, el aliado del verano del 39, que debía producirse en primavera, es aplazada varias semanas, hasta el primer día del verano. El solsticio de verano, con su simbolismo, no es mala fecha para el heredero de Sigfrido, el protegido de Wotan, el amo de los Nibelungos. En la noche del 21 al 22 de junio del 41, con millones de hombres y miles de tanques y de aviones agazapados en un secreto que parece casi increíble, la operación *Barbarroja* desata la más grande de las guerras, y la más mortífera, de la historia de la humanidad.

Nada fracasa como el éxito. A finales de junio del 41, Hitler, en la cumbre de su poderío, ya está perdido. Todavía no lo sabe, por supuesto. Cree, y muchos creen como él, que ganó la guerra. Contra el comunismo y la Unión Soviética, las tropas alemanas, por todas partes, y hasta la Ucrania comunista,

son acogidas como libertadoras. Pronto, matanzas e incendios harán que se les odie y combata. En los primeros días de la ofensiva son más bien recibidas favorablemente. En los países bálticos y en Riga la noticia del ataque retumba como trueno. Así como en Bucovina o como en Moldavia, los rusos son invasores y, excepto para una minoría de intelectuales marxistas que pronto tomará el poder por poco menos de medio siglo (pero todavía nadie sabe nada de eso), el comunismo es odiado. A pesar del recuerdo de Tannenberg y de los caballeros teutónicos, el 22 de junio del 41 una explosión de júbilo sacude Lituania, Letonia, Estonia. Cuando los blindados alemanes, que avanzan a toda velocidad sin toparse con muchos obstáculos, penetran en Riga, la abuela de Lisa, quien vivió durante un año una ocupación rusa todavía relativamente soportable, comparte el sentimiento de la inmensa mayoría de la población. Durante tres años los países bálticos servirán como base de retaguardia de las tropas alemanas que toman Minsk, Pskov, Vitebsk, Smolensk, que atacan en vano Leningrado y son detenidas en seco, así es la historia, por la conjunción del internacionalismo pregonado por Marx y Lenin y del nacionalismo ruso encarnado por Stalin, quien por cierto es georgiano. A lo que hay que agregar el capitalismo estadounidense que suministra sus dólares, su técnica, sus barcos.

Durante tres años es la guerra. Desde el Mar del Norte hasta el Mar Negro, en la nieve y en el hielo, con un calor sofocante, el cañón ruge y retiembla la tierra. De ninguna manera se puede huir. ¿Para ir adónde, Dios del cielo? El mundo está partido a la mitad. Anna ya no recibe ni la más mínima noticia de Londres, de su hija, de su nieta quien, quince o veinte años más tarde, tomará lambrusco con Marie y conmigo, bajo una luz de verano, en la Piazza Campitelli. En el momento en que el cine y el teatro empiezan a volverla casi famosa en Letonia, la tía de Lisa ya no tiene noticia alguna del comunista de lentes, que debe estar combatiendo en Leningrado a los oficiales alemanes con Cruz de Hierro y calavera, de grandes abrigos con solapas blancas, que frecuenta en Riga. Poco menos de tres años después, durante la primavera del 44, más o menos en el momento en que los estadounidenses desembarcan en Normandía, es la debacle alemana. Y la victoria del Ejército Rojo. Los rusos se instalan. Y el comunismo. Después de la cruz gamada, cuyos pedazos son tirados para siempre a la basura de la historia, la hoz y el martillo extienden su sombra sobre el mundo. El final de la historia es para mañana.

—Me cuesta algo de trabajo seguirte en esa cascada de invasiones, más complicadas que las de los godos, de los suevos, de los vándalos. Y sigo

ignorando lo que es ese comunismo del que hablas sin descanso. Hace ya mucho tiempo, creo que fue ayer, para hablar como los hombres, me habías prometido volver sobre dos cosas que parecían alterarte, no sé muy bien por qué, y que para mí permanecían algo oscuras: creo que una de ellas era el comunismo.

—¡Vaya memoria!

—Así tiene que ser —refunfuñó—. Tú no tienes ninguna. Olvidas, te repites, dices cualquier sandez, el Alzheimer te anda rondando.

—No siempre —dije triunfal—: la segunda de las dos cosas era el cristianismo.

—Me parece, ¿me equivoco?, que casi tanto como tus conversaciones en la Piazza Campitelli y los paraguas de la rue du Dragon, casi tanto, ¿me atrevería a decirlo?…

—Atrévete pues —alenté—. Atrévete pues.

—… Como las aventuras, quizá algo repetitivas del vizconde de Chateaubriand con sus bellas señoras, las dos misteriosas cosas tienen cabida en el informe. ¿Quizá, pero tú eres quien decide, ha llegado el momento de que me informes?

VII. Nietzsche ha muerto

—Tienes razón —le respondí—. Nuestro informe sobre la Tierra correría el riesgo de ser incompleto si en él no apareciera un alemán nacido en Tréveris, en 1818, con el nombre de Karl Marx, y sobre todo un judío del que ni siquiera está permitido decir que era genial y que llamamos Jesucristo. Estoy dudando, lo confieso, abordar esos capítulos. Porque Marx y Jesús están en el corazón de lo que piensan los hombres, de lo que sienten, de lo que creen. Innumerables obras les fueron consagradas y muchos hombres murieron por el uno o por el otro. Se desataron pasiones por el uno o por el otro. Y desde hace dos milenios…

—No es mucho —hizo notar A.

—Siempre es lo mismo: no es mucho para ti, pero es mucho para nosotros, desde hace dos milenios y para miles de millones de hombres, el nombre de Jesús es sagrado.

—¿Para ti también?, —preguntó A.

—Para mí también.

—Y el de Marx, ¿también es sagrado?

—No. Para nadie. Pero dejó su huella impresa en la historia, y eso ya es bastante.

—¿Por cuánto tiempo?

—¡Ah! Nadie lo sabe. Porque, contrariamente a lo que afirmaba, la historia no se detiene. Prosigue. Modifica los paisajes y cambia las proporciones. El nombre de Marx y el de Jesús no pueden ser comparados. No pueden ser puestos en el mismo plano. No pueden juntarse el uno con el otro. Ni siquiera es imposible que hayamos sufrido, pronunciando sus nombres con un mismo soplo, de un error de perspectiva que les parecería asombroso a los que vendrán después de nosotros. Ya que uno es filósofo. Y el otro…

—¿Y el otro?, —preguntó A.

—Es difícil decirlo. El otro, para miles de millones de hombres, es Dios.

—¡Ah!, —dijo A.

—Sé que en Urql no tienen ni idea de los hombres. ¿Pero nunca, en Urql, han escuchado el nombre de Jesús?

—Nunca.

Callé un momento.

—Y no me sorprende —retomé—. Porque ese Dios también es un hombre.

—¿Un hombre?

—Es un hombre.

—¿Y sin embargo, Dios?

—Para miles de millones de hombres y de mujeres que creen en él, Cristo es hombre y Dios.

A calló.

—Es colocar muy en alto a los hombres —dijo al fin—, y la divinidad bastante bajo al cambiar a un hombre en Dios y convertir en Dios a un hombre.

Callé de nuevo.

—Sí —dije—. Con Cristo, Dios desciende hasta los hombres. Y, ya que el hijo del hombre es también el hijo de Dios, Dios, con Cristo, hace subir al hombre hasta Dios. Es precisamente ese vínculo ente Dios y los hombres lo propio del cristianismo y lo que constituye su grandeza.

—¿Quién decide esas cosas? ¿Son los hombres? ¿O es Dios?

—Son los hombres. Pero inspirados por Dios hecho hombre.

—Ya veo —dijo A— que nada me puedes decir de Dios porque a los hombres no les es permitido saber nada de Dios.

—Es verdad. Sin embargo…

—Entonces, como siempre, háblame solamente de los hombres.

—Desde siempre —empecé—, vamos, desde que piensan, desde que tienen la desgracia y la dicha de pensar, los hombres se crearon imágenes muy diversas de los poderes externos y superiores al mundo, que llevan multitud de nombres y que, en el cuerpo del informe para uso de la gente de Urql y para más comodidad, llamaremos divinidades. En los griegos, en los romanos, en los aztecas, en los germanos, en los pueblos de África, por doquier, en las más altas culturas y en los más remotos bárbaros, esas divinidades han sido innumerables. Pero, hace tres o cuatro mil años…

—¡Ah!, —dijo A—, eso fue ayer.

—… Allá por el Tigris y el Éufrates, luego por las orillas orientales del Mediterráneo, por primera vez, un hombre genial, uno de los más grandes, uno de los más ilustres de toda la historia de la vida, adora a un Dios único, oculto, todopoderoso, sin principio y sin fin, justiciero y vengador, cuyo inefable nombre no puede ser pronunciado ni escrito. El hombre, que se llama Abraham, le da su hijo a Dios como, dos mil años después, Dios le da su hijo a los hombres. Entre esos dos sacrificios se inscriben los orígenes de la gran alianza entre los hombres y Dios y nace el monoteísmo. Sin siquiera hablar del islamismo, que también se le une, es toda la historia del pueblo judío, tan

claramente elegido y tan claramente maldito, y de los principios del cristianismo.

Agotado por el esfuerzo, me quedé pasmado, incapaz de proseguir.

—Continúa —dijo A.

—Me cuesta —confesé—. Debo advertirte ahora que muy poco sé sobre la mecánica ondulatoria, sobre la navegación a vela, sobre el cultivo del maíz que solo aparece en Europa después de Cristóbal Colón, sobre la geología, sobre la medicina, sobre la filosofía de Avicena, de Averroes, de Maimónides, quienes desempeñaron un papel tan decisivo en la historia del pensamiento, y que no sé nada de nada, no solo sobre Dios…

—Por supuesto —dijo A—. Ningún hombre sabe nada de Dios. Dios no se confiará a las algas con tiempo.

—… Sino sobre las ideas que los hombres se forman de Dios y que constituyen una ciencia que se llama teología.

—¿Es una ciencia exacta?, —preguntó A.

—No, no es una ciencia exacta. Las ciencias exactas sacan conclusiones rigurosas de consecuencias sin recurso de apelación de postulados arbitrarios que nadie puede probar y de los que no se ocupan. La teología es la ciencia del fin último y del principio absoluto. Es la ciencia de los postulados.

—¿De dónde se inspiran?, —preguntó A.

—De los libros sagrados.

—Me imagino que esas obras son más importantes para nuestro trabajo que las reglas del fútbol que figuran en anexo, e incluso que *La Ilíada* y *La Odisea* a las que les hacen tanto caso o que las *Memorias de ultratumba*. Dime el nombre, te lo ruego, de esos libros sagrados de los que me empiezo a preguntar si no bastarían, por sí solos, para componer el informe.

—Todo el mundo tiene los suyos, respondí: los aztecas, los hindúes, los budistas, los mongoles, los taoístas, los parsis, e incluso los mormones, los de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, quienes piensan que los indios de América son los restos de las tribus perdidas de Israel y cuyo jefe, Joseph Smith, descubrió, el 22 de septiembre de 1827, en una colina del estado de Nueva York, placas de oro grabadas con jeroglíficos egipcios que afortunadamente logró, con la ayuda de dos piedras mencionadas en la Biblia y que milagrosamente cayeron en sus manos, descifrar a toda prisa antes de su desaparición. Los judíos tienen la suya: es la Biblia, de la que veneran sobre todo el principio bajo el nombre de Torá. Y los cristianos también tienen la suya: es la Biblia cristiana. Comprende el Antiguo Testamento, que se confunde con la Biblia judía, y el Nuevo Testamento, cuyo corazón son los

Evangelios que cuentan la vida de Jesús, hijo de Dios y de los hombres, Mesías anunciado por las Santas Escrituras. Porque, según sus propias palabras, Cristo no vino para abolir la ley judía, sino para llevarla a cabo y concluirla.

—Todos esos libros —preguntó A—, ¿cuentan la misma cosa?

—Sí y no. Cosas bastante diferentes para nutrir odios que todavía subsisten entre judíos y cristianos, entre cristianos y musulmanes, entre judíos y musulmanes.

—Vaya que es molesto. Me gustaría que el informe fuera algo coherente.

—Y sin embargo cosas bastante semejantes sobre la existencia de Dios, sobre la felicidad de la salvación, sobre el papel del rezo y de la caridad. La verdadera diferencia es una diferencia de lenguaje: Dios no lleva el mismo nombre en las diferentes religiones. Y una diferencia de gramática, de sintaxis y de signos: no le gustamos de la misma manera, no lo adoramos según los mismos ritos.

—¿Eres cristiano?, —preguntó A.

—Lo soy. O lo era: me imagino que, ahí donde voy cuando te haya dejado, las etiquetas de este mundo son borradas bastante rápido y que no hay, entre los muertos, cristianos y lo demás. O intentaba serlo. Mis padres lo eran. Y los padres de mis padres. Antes de enviarme a la escuela de maestros laicos y progresistas, quienes también pretendían poseer la verdad, pero que le daban un nuevo sentido mezclándola con tolerancia, fui criado, sin excesivo rigor, en la religión católica, apostólica y romana. Y si realmente fuera necesario, en todo el espacio de los siglos, seguir a alguien hasta el final, creo que sería Jesús al que me gustaría seguir. Era hijo de una virgen, resucitó de entre los muertos después de haber sido crucificado bajo el reino de Tiberio, su cuerpo se eleva ante los ojos de sus discípulos, hasta el fin de los siglos su cuerpo se cambia en pan, su sangre se cambia en vino.

—¿Crees todo eso?, —preguntó A.

—No sé. A veces dudo. Cristo, en verdad, solo enseñó dos cosas: que había que amar a los demás y que había que amar a Dios.

—¿Los amas?

—Amo mucho a Dios. Amar a Dios es muy cómodo. Es mucho más fácil que amar a los demás. Dios es un sueño. Está lejos. Está en otra parte. Siempre está de viaje. Nada se sabe de él. Se parece un poco a ti, pero en mucho mejor por supuesto. Los demás ahí están, y me fastidian. Reclaman, ocupan lugar, hacen ruido, huelen feo. A veces se les ocurre escribir libros mejores que los míos. Los demás me molestan todo el tiempo. Dios nunca me

molesta. Cuando todo me sale bien, se lo agradezco. Cuando todo me sale mal, le imploro. Sé que Dios tiene otras cosas que hacer que ocuparse de algas con tiempo. Se ocupa de miles de millones de estrellas en miles de millones de galaxias y de miles de millones de partículas en miles de millones de moléculas. Pero los hombres son los que lo desesperan. Es por ello, me imagino, que nos envió a su hijo bajo el nombre de Jesús.

Él, Jesús, solo se ocupa de los hombres. Él nos toma de la mano. Él piensa en nosotros sin cesar puesto que se volvió hombre antes de morir por nosotros y sabe lo que es andar cargando un cuerpo en el espacio y en el tiempo. Él hizo bajar a Dios hasta los sufrimientos de los hombres. No es un jefe, un rey, un emperador, un riquillo, un patrón. Es un pobre, un débil, un condenado a muerte. Aquel que quiera ganar su vida la perderá, dice Jesús en boca de uno u otro de los discípulos que se expresan en su nombre. Es el acierto genial del cristianismo y de la iglesia católica, que tanto amó, después, el poder y la gloria: lo que triunfa, con Jesús, es el fracaso, la miseria, el sufrimiento. Porque hay más amor, en esta Tierra, del lado de los vencidos que del lado de los vencedores. Pareciera que el amor se larga cuando aparecen los poderosos. Jesús huyó del poder como los demás huyen de la miseria. A partir de que ya no es niño, se cambia a víctima. Incluso si Jesús no fuera más que un mito (y los sabios aseguran que no es más mito que Alejandro o César o Cleopatra o Moisés), me parece que tantos hombres y mujeres pensaron en él con tanta ternura que algo de la ternura del mundo se me regresa bajo su nombre.

A veces pienso que, incluso si el cristianismo y la religión católica, apostólica y romana…

—Es bonito —dijo A—. Suena bien.

—Lo sé. Es la genialidad de la iglesia… si llegaran a desaparecer…

—¿Desaparecerán?, —preguntó A.

—No lo sé. Tú eres quien lo sabe. Yo no. Incluso si el cristianismo y la religión católica llegaran a desaparecer, llevados por el tiempo que se lleva a los hombres y sus instituciones, la religión de los pobres, de los vencidos y de los débiles no terminaría nunca. La gloria de Cristo está en el sufrimiento más que en el triunfo. Los triunfos pasan. El sufrimiento se queda. A lo largo de los siglos, con la Inquisición, con la resplandeciente ignominia de los Borgia y de tantos otros, con las estupidez de los prelados aferrados al pasado, con un príncipe de Borbón que recibe a los ocho años su capelo cardenalicio, con la pompa y la púrpura de la iglesia que había fundado con pescadores y prostitutas, Cristo sufrió por su triunfo. Triunfa en el sufrimiento. Y quizá en su fracaso. Me imagino muy bien, en un mundo rico y duro que habría

terminado por rechazar los absurdos de nuestros dogmas, a un pequeño grupo de escépticos, asqueados por el conformismo y por la prosperidad, ávidos en fin de paradojas, vagamente tentados por otra cosa, que se reuniría en un sótano y que compartiría pan y que bebería vino en recuerdo de Cristo Jesús del que ya no sabrían nada, excepto que amaba a los pobres, a los vencidos, a los rebeldes, a los que lloran. Entonces quizá Jesús, en quien ya nadie creería, y ni siquiera ellos mismos por supuesto, volvería entre ellos.

Más que nadie, Jesús introdujo en la historia algo sublime que habrá que anotar en el informe porque solo los hombres lo practican y que es su bien propio al mismo tenor que el pensamiento, pero un piso más arriba: es el perdón. Más que ordena e impone, Cristo olvida y borra. Al Dios de venganza y resentimiento del Antiguo Testamento le sucede un hombre de amor y de misericordia. No por casualidad lo llaman el Redentor: redime y perdona. La cruz deja, con él, de ser un instrumento de suplicio para convertirse en signo de redención.

—No entiendo —dijo A—. ¿Qué redime?

—Los pecados del mundo.

—¿Los había vendido, o qué?

—El solo hecho de estar en el mundo ya es una falta. Para la iglesia católica, todos los hombres, excepto la Virgen, madre de Dios, nacen con un pecado. Es el pecado original.

—¿Hay que registrar en el informe que, excepto la Virgen, por supuesto, todos los hombres son culpables y todos son propensos a ser malos?

—Es un gran debate. Hubo filósofos para sostener que el hombre es bueno por naturaleza. La iglesia es menos angelical que la filosofía. El hombre es solo culpa a los ojos de una doctrina que se remonta a Adán y donde el hijo del hombre muere para salvar a los hijos de Dios. Y solo es perdón. La culpa está en el corazón de todas las religiones. El perdón de la culpa está en el corazón del cristianismo. Y, más propiamente, de la religión católica que tanto ama a los pecadores que es capaz de perdonar, en un abrir y cerrar de ojos de arrepentimiento, una vida entera de crímenes. A un hombre que viene a decirle: «Padre, he matado», el sacerdote católico responde con una pregunta: «¿Cuántas veces, hijo mío?». Y un último suspiro de esperanza y de fe basta para borrar toda una carrera de excesos. Es por ello que tantos libertinos fueron católicos. Y que tantos católicos fueron libertinos.

—Chateaubriand —dijo A—. Y el abad Rancé.

—Y toda la multitud de los demás. Hay una frase de Lutero…

—¿Era católico?

—Justamente, dejaba de serlo. Y, por una multitud de razones que siempre son las mismas y de las que la primera…

—… Es que no sabes nada…

—Y tú, todo lo adivinas… no entraremos en pleitos de religión que ocuparon a los hombres tanto y más que el amor o que el oro y que hicieron derramar ríos de sangre por oscuras tesis que ya nadie lee, por frases ambiguas, por palabras impugnadas, por una sola vocal, como la *iota* de *omoousios* o de *omoiousios* que desataba pasiones que ya no entendemos.

—¿Y entonces —dijo A con algo de impaciencia—, esa frase de Lutero…?

—*Peccate fortiter. Credite fortius*: «Pequen con vigor. Pero tengan una fe aún más vigorosa». Lo más bello que el cristianismo le ha dado al mundo, bajo las especies púrpura y oro de la iglesia católica,

—apostólica y romana,

—el más formidable ejemplo de una institución lograda y duradera, con sus increíbles fastos y sus compromisos y su voluntad de poder y sus riquezas sin límite, son sus hijas perdidas y sus malos muchachos.

Con la Encarnación, con la Trinidad, con el Espíritu Santo que vincula al Padre con el Hijo, la iglesia católica, mi querido A, es una cosa tan grande, y el cristianismo, que derriba el orden del mundo y que tira a reyes, a poderosos, a ricos a los pies de un instrumento de tortura que no es ni más ni menos que una guillotina o que un cadalso o que un pelotón de fusilamiento, es un movimiento del corazón de audacia tan asombrosa que la totalidad de un informe, que cubriría, de paso, la totalidad del hombre, podría consagrárseles. De alguna manera me pregunto por qué, desde nuestro encuentro encima de la Aduana de Mar, hemos hablado de otra cosa.

—¿Y Dios?, —preguntó A—. ¿Aparece, de vez en cuando, en esos palacios de ideas, en esas construcciones de palabras, en esa religión de los hombres que hombres han concebido para gloria de los hombres al menos tanto como para la de Dios?

—¿Los hombres hablan de Dios? ¿Tienen el derecho de hablar de Dios? Le hablan a Dios, eso es todo. Lo adoran, le suplican, se tiran a sus pies. Nada tienen que decir de lo que no pueden concebir. Dios se encarga de los hombres y decide su suerte. No les toca a los hombres encargarse de Dios ni decidir su suerte. Dios no existe en la historia y en el tiempo, puesto que es eterno. Y ellos no son más que hombres en la historia y en el tiempo.

Hace algunos años, en un congreso de filosofía que se celebraba en Moscú, para entonces capital de un comunismo que, a falta de amo, al menos

no tenía Dios, el presidente de la sesión, un profesor de la universidad de Nueva York o de Chicago, después de haber consultado su reloj, les dijo a los delegados: «Nos quedan cinco minutos. Quizá podríamos abordar el tema de Dios». Era no tomar en cuenta la historia que corría, hacia la misma época, por anfiteatros y campus. En las paredes de la facultad de filosofía aparece una inscripción con letras gigantes escritas con marcador o con *spray*:

DIOS HA MUERTO
firmado:
NIETZSCHE

Una mano misteriosa borra la inscripción y en su lugar escribe:

NIETZSCHE HA MUERTO
firmado:
DIOS

Hay muchas cosas geniales en el cristianismo y en la iglesia católica. La más genial, de seguro, es haber hecho descender a Dios, del que no está permitido decir nada, entre los hombres que todo el mundo conoce. Es lo que se llama la Encarnación. Dios está fuera del tiempo y está fuera de la historia. Y he aquí que entra en el tiempo y que entra en la historia con el nombre de Jesús. Quizá no esté del todo prohibido pensar que el cristianismo, con infinitas precauciones, y quizá sin saberlo, con el ánimo de hacer de Dios un hombre, hizo del hombre un Dios.

Innumerables herejías, con volteretas y golpes de efecto dignos de películas de Hollywood, giran alrededor de ese misterio: ¿Jesús es primero Dios o es primero hombre? Todas las preguntas anexas, a las que están relacionados los nombres de Arrio o de los nestorianos, los concilios de Nicea, de Constantinopla, de Éfeso o de Calcedonia (¿El Hijo es el igual del Padre? ¿Existen dos naturalezas en la persona de Cristo? ¿Es María la madre del Dios o solamente la madre del hombre? Y la controversia filio que…) derivan de esa cuestión en la que se juega, de verdad, todo el sentido de nuestro informe sobre el mundo y los hombres. La respuesta de la iglesia es que indisolublemente Jesús es Dios y hombre. Un Dios Padre, que es el Hijo al mismo tiempo que el Padre ya que el Hijo es también el Padre y las tres Personas son un solo Dios, reina siempre, desconocido, inefable, para siempre

jamás inmutable, idéntico a sí mismo eternamente, fuera del mundo y del tiempo. Se envió él mismo, bajo forma del Hijo, hijo de Dios y del hombre, en el espacio y en el tiempo creados por el *Big Bang*, para ahí vivir como los hombres. Y ahí morir como ellos.

—¿Será lo que llamas teología?, —preguntó A.

Sobrevolábamos mares, islas, grandes lagos en las islas, volcanes en el mar.

—Jamás me atrevería a pretender que esos relatos en pleno vuelo sean teología: desde aquí oigo elevarse de los augustos lugares donde se reúnen las risas de los teólogos. Pero me imagino que la teología debe ocuparse como nosotros (de otra manera, pero como nosotros) de la Encarnación y de la Santa Trinidad.

—¿Será también lo que llamas filosofía?, —volvió a preguntar A.

—Mismo motivo, mismo castigo. El informe destinado a Urql es para la filosofía lo que Courteline es para Shakespeare, lo que Guignol es para el Segundo Fausto. En menos gracioso, desgraciadamente. El informe está provisto de un asa, para que te cueste menos trabajo llevártelo contigo. Ya sabes que la filosofía se pregunta, con asombro, por qué hay algo en vez de nada y lo que hacemos en esta Tierra en la que tienes la suerte, o la desgracia, de solo estar de paso.

—Estoy dudando —me confió A—. ¿Suerte o desgracia? Estoy dudando. Primero pensé, lo sabes, que era una gran desgracia ser un hombre sobre la Tierra en el seno del universo. Ya me estoy cuestionando si no hay alegría, mezclada con algo de desesperación, en ser, desde siempre y por los siglos de los siglos, así como un héroe, vagamente pasmado, de novela policíaca o de novela de aventuras, un enigma dentro de un enigma en el seno de otro enigma.

—¡A eso vamos!, —exclamé—. Esto es la filosofía: el enigma, el estupor, la desesperanza, la alegría. Todo está ahí. El filósofo es alegre porque sabe que no sabe nada y que a diferencia de los otros nada espera ya del mundo más que algo de sorpresa. ¿Hasta dónde nos sorprenderemos? ¿Hasta dónde nos llevará el estupor de nuestra condición? El filósofo está tan perplejo ante el mundo y los hombres como lo estabas tú encima de la Aduana de Mar.

—Lo recuerdo… —dijo A—. Y la impaciencia por saber se mezclaba con el estupor ante lo que estaba viendo.

—Iris es hija de Taumas. El saber nace del asombro. Toda la parte del mundo que se extiende alrededor de la Aduana de Mar y que llamamos Europa, un cabo tijereteado y minúsculo en el extremo de Asia, se construyó

sobre dos pilares: la filosofía griega, que intentará responder por la tragedia, por la historia, por la geometría, por la ciencia, por tantas estatuas también, al asombro metafísico ante esa maravilla que es el hombre; y la teología cristiana, resultado y trastorno de la tradición judía, que le pedirá al amor de un Dios caído en el tiempo y encarnado en la historia una respuesta a ese misterio que es el hombre y un consuelo a sus sufrimientos.

—¡Vaya pues!…

—Eso te deja pasmado.

—Lo que no me queda claro… —dijo A.

—¿Y ahora qué pasa? ¿No está todo más que clarísimo? ¿No todo está claro como el agua?

—Lo que todavía no me queda claro, es que Dios llega al mundo en un momento dado y en un lugar dado. ¿Por qué no más temprano o más tarde? ¿Y por qué no en otra parte?

—Ni me lo digas —le dije—. Es un rompecabezas. Dios desciende con los judíos y, con la ayuda de los romanos, los judíos son quienes lo matan. Ni te imaginas las catástrofes que desató ese asesinato. Es la guerra de pandillas a escala del planeta. Lo más curioso es que los judíos, que ya se consideraban, en el Antiguo Testamento, como el pueblo elegido por excelencia, son confirmados, en el Nuevo, en ese destino de excepción ya que, retomando una fórmula de monseñor de Quélen, arzobispo de París bajo la Restauración, predecesor bajo la Cúpula de nuestro amigo Molé…

—¡Órale!, ¡dime!, —exclamó A, que no siempre se comportaba como se hubiera deseado.

—… Jesús no solo es hijo de Dios por su padre, pertenece también, por su madre, a una muy buena y muy vieja familia de la tribu de David. El pueblo elegido, por supuesto, se transforma en pueblo maldito cuando envía al Mesías al cadalso, a la guillotina, al pelotón de fusilamiento. ¿Pero el medio para entrar en la historia y en el tiempo sin caer en los tumultos de una situación política, económica, social, sin ser parte de un pueblo, sin pertenecer a una época? Jesús nace bajo Augusto y muere bajo Tiberio, representado por Poncio Pilatos ante el rey Herodes, quien colabora desvergonzadamente con las tropas de ocupación. Y sobre todo, fundador de todo el cristianismo, padre de la iglesia católica, de las iglesias ortodoxas, de las iglesias protestantes, de todas las sectas cismáticas o heréticas que reclaman ser del cristianismo, Jesús es antes que nada judío. Los protestantes son católicos que se separaron de la iglesia. Los católicos son judíos que se separaron de Israel.

—Ya me explicaste que los hijos, entre ustedes, son la muerte de los padres.

—Jesús no escapa a esa regla. Una vez entrado en la historia, y no sé si te das cuenta de la formidable catástrofe (utilizo la palabra *catástrofe* en el sentido de cambio radical) que significa la entrada de un Dios en la historia, una vez que Cristo entró en la historia, sigue las leyes de la historia. Las sigue al pie de la letra, con la ayudadita necesaria, porque ese hombre es Dios. Nace de una mujer, pero ella es virgen. Vive como todos los demás, pero hace milagros. Muere, pero resucita.

Era necesario, para que Jesús fuera el Mesías anunciado por las Sagradas Escrituras y por el hijo del hombre, que María fuera una mujer, pero también era necesario que pudiera ser madre de Dios: de ahí la Inmaculada Concepción que hace que María, en la doctrina católica, sea la única mujer de la historia de los hombres nacida de una mujer sin pecado. Era necesario, para que Jesús sea el hijo del hombre y el Cristo Salvador, que fuera crucificado por los suyos: de ahí la traición de Judas. Si Judas, presa de remordimientos, hubiera renunciado, de último momento, a entregar a Jesús a los romanos y a los judíos, no hubiera habido cristianismo. El éxito de los zelotes, de aquellos que lo querían todo ahora mismo, hubiera sido la ruina de los cristianos por los siglos de los siglos. El triunfo del cristianismo, que es su clave y su corazón, debía pasar por el fracaso; y su vida, por su muerte. Ya ves que aquí estás tocando algo que va mucho más allá que la sola doctrina cristiana para alcanzar la naturaleza misma y la raíz de lo que es el hombre en su historia: Muerte, ¿dónde está tu victoria?

Y el artesano de esa victoria del fracaso sobre la victoria, es ese mismo que no había comprendido que la muerte es más fuerte que la vida para asegurar la eternidad en el recuerdo de los hombres: es Judas. El traidor es la piedra clave de la entrada de Dios en la historia. Dios penetra en la historia de los hombres gracias a Judas, que le da muerte. El mal colabora con el bien para hacer de la historia de los hombres algo divino. Y Judas, el traidor, el único hombre, quizá, que esté condenado para siempre al infierno eterno es, al igual que María, la Virgen, sentada en el Paraíso a la derecha de Dios Padre que es el padre de su Hijo entregado a los verdugos para salvar al mundo y a la historia, el artesano negro de nuestra salvación.

Y es poco decir que Judas, como María, colabora con la entrada, llena de amor y de sangre, del Hijo de Dios en el tiempo. Es la historia entera que la anuncia y la prepara. Adán, con la falta, ya es la imagen de Jesús, ya que es el Hijo de Dios. Eva, la primera mujer, que no nace como las demás y que se

deja llevar por el mal para que la historia se haga, ya es María y Judas a la vez. Y Noé, y Abraham, e Isaac, y Moisés, y David, y Salomón no son, como San Juan Bautista, más que los paladines de Cristo y del descenso de Dios en la oscura historia de los hombres.

—Lo que me inquieta, cuando hablas de los judíos, de los católicos, de los protestantes, de los musulmanes, es la diversidad de las posibles interpretaciones de la historia. No quisiera que el informe sea confiscado por una religión ni que pueda ser acusado de parcialidad metafísica. Me pregunto si el oro, del que tanto me has hablado, es tan importante como me lo habías dicho y si los hombres no están divididos por sus ideas al menos tanto como por sus intereses. ¿Acaso hay, en los hombres, tantas religiones como idiomas?

—Hasta ahora por lo menos hay, gracias a Dios, menos religiones que idiomas. Pero hay varias, y muchas son muy bellas. Y los que creen en una religión creen naturalmente, por la misma ocasión, que es la única verdadera. Se harían matar por ella (¿y podemos censurarlos?) más seguramente que por oro.

—¿Crees que tu religión era la única verdadera?

—No lo sé. No creía que mi familia era la única en ser buena. No creía que mi patria era la única en ser justa.

—¿Pero te harías matar por ellas?

—Sin duda alguna —dije—. Hubiera sido sumamente feliz de hacerme matar por la religión católica, apostólica y romana, en la que no creía del todo; hubiera sido sumamente feliz de hacerme matar por mi familia que no dejaba de irritarme o por mi patria de la que terminarás por saber, de palabras de uno u otro, que es insoportable.

—¿Y por qué entonces, te lo ruego, luchar por causas de las que no estabas seguro?

—Pues porque eran las mías —respondí—. Ahora sabes que los hombres tienen un tiempo y un lugar, y amigos, y sentimientos. Y que todo eso no es más que azar mezclado con necesidad. Pero también hay algo que se llama recuerdo, honor, fidelidad y que hace que los hombres gusten de pelear y morir por lo que creen y por sus apegos. No hay nada peor para un hombre que no creer en nada. Es por ello que uno de los más grandes de todos nuestros filósofos, el padre de Fichte y de Schelling, el abuelo de Hegel, el bisabuelo de Marx, limitó el saber para darle lugar a la fe.

—¡Su nombre!, —exclamó A—. ¡Quiero su nombre para el informe!

—Se llamaba Kant, Emmanuel Kant, y nació en Königsberg, en Prusia Oriental, en tiempos de las Luces, al final del Antiguo Régimen, en vísperas de la revolución francesa, que transformó por completo al mundo quizá tanto como Cristo. Hacer girar las cosas alrededor del espíritu en vez de hacer girar el espíritu alrededor de las cosas y su revolución copernicana es tan radical como la de los *Sans-culottes*: dejando en una negra noche secretos fuera de alcance, mostrando que los fenómenos necesitan, para surgir, del espacio y del tiempo, funda un sistema formidable que anuncia muchos otros sistemas.

—Dime la verdad —suplicó A—. No te ciegues en tu admiración por Kant, en tu amor por Cristo. ¿No hay, en la historia, toda una multitud de filósofos, de sabios, de santos, de profetas y de religiones que transformaron por completo al mundo?

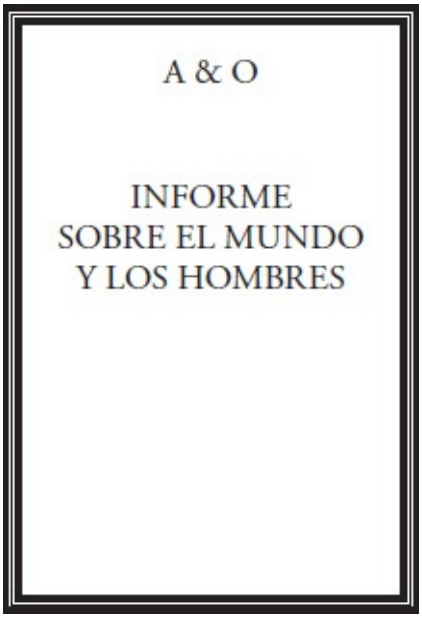
—Claro que sí. Tienes razón. Una multitud. Einstein transforma al mundo. Y Mahoma transforma al mundo. Y Buda transforma al mundo. Es porque mis padres eran cristianos, y los padres de mis padres, que te hablé de Cristo del que ellos mismos me hablaban. Hay muchos otros sistemas, tan fuertes, tan sutiles, y cuyos discípulos creen a ojos cerrados que poseen la verdad. Ignoro casi todo de la grandeza del cristianismo, de la transubstanciación, de la gracia, de la parusía, del Espíritu Santo y de los concilios sin fin en los que los hombres votaron sobre Dios como los diputados sobre un impuesto o sobre una ley agraria y de la que surgió la santa iglesia. Solo sé, y apenas, que hay algo muy bello llamado, creo, la comunión de los santos y que le permite al amor y a los méritos circular por la oración entre todos los que creen: en el estado en el que me encuentro, lo espero todo de la ayuda de aquellos que amé y que, quizá, me amaron. Del islam o del budismo, cuya historia, más larga para el budismo y más corta para el islam, es tan complicada como la del cristianismo, con cismas, y herejías, y sabios, y montonales de escuelas, no sé nada.

—¡Qué molesto!, —gimió A—. ¿Qué vamos a hacer para el informe? No puedo echarme para subsanar esas lagunas sobre todas las almas de los muertos que van pasando y de las que algunas, me imagino, son musulmanas o budistas.

—No es tan grave. Te advertí, desde el principio, es decir desde mi final, que no sabía nada sobre casi todo. Eso es más bien una suerte. Si hubiera sabido lo que fuera sobre la Querella de las Investiduras, sobre los orígenes de la ópera, sobre el cultivo de la viña, sobre el precámbrico, sobre Tucídides o sobre Vivaldi, nuestro pobre informe hubiera adquirido de inmediato dimensiones monstruosas. No sabiendo nada sobre nada, paso, me deslizo,

sobrevuelo, me apuro y una especie de equilibrio se establece en la flaqueza. Y volverás a Urql ligero como una pluma, una sombra de intento de borrador de esbozo de proyecto de informe entre tus manos de fuego.

Y no debes hacerte ilusiones, ¿es necesario decírtelo de nuevo y repetírtelo sin cesar?, sobre el valor del informe. No sé nada del porvenir: envejecerá muy rápidamente. Te he repetido suficientemente que los hombres están en el espacio y en el tiempo. El informe también estará en el espacio y en el tiempo. Era blanco, burgués, francés, europeo, cristiano. Un obrero musulmán, un campesino budista te habría entregado un informe completamente diferente. Y además, sobre todo, estaba en el tiempo. Un informe, mi querido A, por mucho que hable de la eternidad, nunca es eterno. Está fechado en el tiempo y por la historia de sus autores. Puedo creer que eres eterno. Pero yo no lo soy. La prueba es que estoy muerto. Las fechas de mi vida deberán aparecer en el informe cuya portada llevará nuestros dos nombres:



Ya ves que mi vida, mi pobre vida, marca toda nuestra empresa y que pronto la volverá caduca. El informe tendría, para obrar bien, que ser revisado y completado por otros que no sea yo; huelga decir, cada cuatro o cinco años.

—¡Cada cuatro o cinco años! ¡No te pases! Tengo otras cosas que hacer. ¿Has pensado, mi querido O, en la duración del viaje, incluso para un espíritu como yo que se desplaza, gracias a Dios, algo más rápido que la luz?

—No estarías obligado a venir cada vez tú mismo. Lo más grueso estaría hecho. Podrías enviar a uno de tus asistentes, si es que hay, no lo sé, asistentes

de los espíritus. ¿Un joven espíritu, quizá, que estaría terminando sus estudios?

—Ya deja de decir tonterías. El informe debe ser redactado de una vez por todas. Lo veo como a un clásico, como la Biblia, como *Don Quijote*, como *La Ilíada* o *La Odisea. A thing of beauty is joy for ever. Opus aere perennius*. Y *ktêma eïs aeï*.

—Esa imperecedera obra sería conveniente retocarla a intervalos regulares. Sería todavía mejor tener tantos informes como muertos en la Tierra. Cada muerto tendría su informe, cada muerto haría su informe, cada muerto sería un informe. Después de todo, es un poco lo que sucede con la historia del mundo que en sí misma no es otra cosa más que un informe infinito, escrito por los hombres. Y es por eso que, como no puedes, no puedes llevarte contigo hasta Urql el mundo y su pasado, soy aquí, para ti, el escribano de la historia. Pero debes saber que, por ello, concebido sin documentos, sin archivos, sin investigaciones por un ignorante de ideas muy estrechas, el informe está más cerca de ser una obra de imaginación que de un acta notarial. Digámoslo sin cortapisas: es una novela cuyos personajes serían algas, el tiempo, los espacios infinitos de los que caíste entre nosotros, y los hombres.

—¡Una novela!, —exclamó A—. ¡Qué horror! Te suplico que no dejes andar por ahí esa vulgar grosería en el informe.

—La retiro. La borro. La tacho. Pero nada le hace ni nada le hará: no por ello sé más sobre el islam ni sobre el budismo.

—Haz un esfuerzo —suplicó A—. Trata de acordarte. ¿En el budismo, un Dios desciende sobre la Tierra? ¿Y es Mahoma, como Jesús, el hijo de Dios vuelto hombre?

—No, no. Mahoma es solo un profeta y solo hay un Dios en el cielo del Islam. Y su nombre es Alá. Y hasta podría afirmarse que el islam es un monoteísmo más radical que el cristianismo con su Trinidad y una religión más abstracta, más pura, suelta.

Apenas unos años después de la muerte del Profeta, el islam se expande con vertiginosa rapidez desde España hasta Persia. Dos de las más grandes batallas de la historia, Al-Qadisiyyah y Nivahand, entregan Persia indo-europea de los soberanos sasánidas a los árabes musulmanes bajo las órdenes de Omar, segundo califa de los creyentes. Es en ese preciso momento en que los persas se vuelven persianos, antes de volverse o volver a ser iraníes. Y, del otro lado del mundo de la viña y del olivo, los conquistadores del islam atraviesan el norte de África y toman España. Me han asegurado que esa

formidable cabalgata, en la que un número reducido de guerreros estaba probablemente enrolado, había sido posible por la herejía de Arrio quien, poniendo en duda, en provecho de Dios Padre, la divinidad de Jesús, preparaba el terreno, en el Mediterráneo y en Oriente, para el monoteísmo rigurosamente del Islam.

La complicación del islam no proviene de su doctrina, que es más simple que la de la iglesia, sino de sus intérpretes y de sus divisiones. La historia del islam es todavía más atormentada que la del cristianismo y se necesitaría volúmenes enteros en anexo del informe para dar una idea. Porque la imagen de Dios, por supuesto, pero también el rostro del hombre no tienen el derecho de ser reproducidos, no encontrarás en el islam el equivalente de los Tiziano, de los Giorgione, de los Miguel Ángel, de los Leonardo, de los Rafael…

—Vaya, qué bueno —refunfuñó A.

—Pero la caligrafía, los arabescos, las miniaturas, y sobre todo los comentarios y las glosas del Corán, y las glosas de las glosas y los comentarios de los comentarios, bastarían para tenernos ocupados durante un buen lapso de eternidad. Y, con una multitud de historias de comerciantes y de camelleros que se encajan las unas en las otras y que recita, para no morir, a su sanguinario esposo la bella sultana Sheherazade, *Las mil y una noches* son una obra maestra al igual que *La Ilíada* o *La Odisea*. ¿Quieres que te cuente a mi vez para hacerlas figurar en el informe la historia de Aladino y de su lámpara maravillosa o la de Alí Babá y los cuarenta ladrones?

—¡En anexo!, —chilló A—. ¡En anexo! ¿Acaso te imaginas que vamos a perder el tiempo con esos cuentos para niños y con esos viejos legajos ilegibles?

—Son muy legibles, al contrario, y si el informe, de milagro, pudiera parecérseles, ya no tendrías que preocuparte por tu regreso a Urql ni por el recibimiento de los tuyos.

—Tengo otras cosas que hacer, exclamó en el colmo de la exasperación. Tengo que ir a ver la Bolsa, los abogados, los soldados que combaten en las llanuras y a orillas de los grandes ríos, las prostitutas, los médicos, los arquitectos, los directores generales de los principales ministerios, los empresarios de los que casi no me hablas (¿te has vuelto loco?) y de los que sospecho, por lo que veo, que hacen cosas considerables, y los bueyes de Kobe (pero bien que no me dices nada al respecto) que los japoneses masajean con cerveza, lo sé de fuente segura. Para ti, bien que me doy cuenta, no hay más que los filósofos y los literatos: pareciera que el mundo fue construido con puras historias de alcoba, con cuentos de hadas, con novelas y

sistemas jalados de los pelos. Solo están, al escucharte, San Agustín y Santo Tomás de Aquino, Einstein, Spinoza, Hegel y Proust. Y ahora me sales con Sheherazade. Eres de una ligereza, mi pobre amigo… En fin… pasemos… Dime rápido, para terminar con esto, unas palabras pero no más, después dejaremos la religión, que nos ha ocupado mucho, para volver a los asuntos importantes, sobre Buda y el budismo.

—No creo que el budismo sea verdaderamente una religión. Sería más bien una sabiduría. Se puede, y es muy común, ser sintoísta y budista. Se podría ser, a lo sumo, cristiano y budista. Conocía al menos a un jesuita, pero es cierto que era indio, y que era jesuita, que decía ser también budista. De todos los grandes sistemas, que constituyen cada uno una especie de informe sobre el estado de la Tierra, pero esta vez para uso de los hombres y no para uso de Urql, me parece que el budismo es el más tolerante. Me reprochas el que me gusten las historias. Todas las religiones son historias maravillosas. No hay historia más bella que la historia de Buda.

—Bueno, bueno —dijo A—, acomodándose como para dormir. Ahí vamos. Cuéntala.

VIII. La sonrisa del Buda

—Érase una vez en una región de colinas donde, a la sombra de altas montañas siempre cubiertas por la nieve, vivían monos, tigres, elefantes y hombres, un pequeñísimo reino gobernado por un príncipe que era muy rico y muy justo. El príncipe y la princesa, que era muy bella, por supuesto, ya que los príncipes, en los cuentos, siempre tienen mujeres muy bellas, eran los padres de un hijo que habían llamado Gautama. Querían mucho a ese hijo que había dado pruebas, desde muy joven, de muchas virtudes. Se decía que las estatuas de piedra de un templo que había visitado en su infancia se habían arrodillado a su paso. El joven príncipe, como todos los jóvenes, amaba la vida, y divertirse. Para protegerlo lo más posible de los peligros de este mundo, que es injusto y cruel, y de sus tentaciones, que son numerosas, el padre y la madre de Gautama lo hacían vivir, bajo la vigilancia de entregados y numerosos criados, tras los muros de un palacio y de su vasto jardín, lleno de flores, de extrañas plantas, de fuentes y de quioscos donde se movían bailarinas y tocaban músicos.

A menudo la princesa se preocupaba, como todas la madres, por el destino de su hijo.

—¡Ah!, —decía—, si llegara a prendarse de alguna de esas bailarinas del jardín y que no fuera digna de él, ¿qué sería del trono y del país? ¡Y si fuera de cacería en su elefante y diera con uno de esos tigres come hombres que no distinguen a los hombres de los simples soldados, cuál no sería mi desesperanza!

E iba a buscar al príncipe, su marido, para que los guardias que velaban por su hijo fueran alentados por sus capitanes para que incrementaran todavía más su vigilancia y su rigor.

Pero un día que miraba por la ventana de su palacio con algo de melancolía, porque le hubiera gustado mezclarse con la multitud de jóvenes de su edad que iban a cazar y a bailar, Gautama vio un espectáculo en cuatro actos que lo marcó y lo emocionó, porque era de naturaleza sensible y buena, hasta hacerle brotar lágrimas.

Primero vio a un anciano que se paseaba entre la multitud agitando un cuenco. Era un mendigo apabullado por el peso de los años. Su rostro estaba cubierto de llagas y por una devorante barba. Sus manos temblaban. Su ropa estaba hecha jirones. Caminaba con dificultad, apoyándose en un bastón. La gente en la calle lo evitaba, a veces con repugnancia. Algunos lo insultaban y le reprochan por pedir limosna en vez de trabajar como todo el mundo. Pero

la edad y las discapacidades le impedían trabajar como los aguadores, los tejedores, los pescadores en la mar y como los que se encargan de los elefantes. Los perros ladraban y gruñían al verlo. De vez en cuando una mujer compasiva le daba un óbolo o vertía en su cuenco de madera un poco de arroz o algo de leche de búfala.

—¡Dios mío!, —exclamó Gautama—. Ese hombre podría ser mi padre, o mi abuelo, o mi bisabuelo. ¿Es posible que yo sea feliz mientras hay hombres tan desdichados? La miserable vida que lleva avergüenza mi vida de placer. Tendré que hablar de ello a mi madre y yo, que de todo disfruto en un palacio de delicias, haré algo para aliviar la desgracia de los ancianos y de los mendigos del reino de mi padre.

Apenas había tomado tal resolución cuando, al asomarse de nuevo por la ventana, vio pasar a un enfermo llevado en camilla. Una mujer de edad, que debía ser su madre, le tomaba la mano. A cada paso de los que lo llevaban con muchas precauciones, el enfermo daba gritos de dolor.

—¡Ah!, —gritaba—, ¡sufro, sufro tanto que quisiera morir! ¡Mátenme! ¡Mátenme o cúrenme!

Y su madre enjugaba con una tela de seda el sudor que cubría su rostro.

—¡Qué horror!, —pensó Gautama—. El sufrimiento es una desgracia tan grande que todos los placeres de la Tierra no bastan para borrarlo. La siento revolotear por encima de mí como por encima de todos los hombres.

Mientras se hacía esas reflexiones, escuchó un rumor proveniente de la calle. Era un cortejo de gente rica, espléndidamente vestida, que acompañaba a un muerto del que iban a quemar el cadáver. Toda una familia, que llorando se arrancaba el cabello y se desgarraba la ropa, seguía el cuerpo del difunto. Las matracas y los instrumentos musicales no lograban cubrir los sollozos de todos aquellos y de todas aquellas que le lloraban a un hijo, a un padre, a un marido o a un hermano.

Gautama bajó la cabeza y se alejó lentamente de la ventana. ¡Qué extraño era vivir en la despreocupación, en medio de flores y de los platillos más refinados, cuando la muerte ya estaba ahí! La muerte no era un accidente que un poco de prudencia o de valor permitiría evitar. Era inevitable para todos y para cada uno y se confundía con la vida, de la que ensombrecía los placeres.

La angustia que lo penetraba ante la miseria, el sufrimiento, el tiempo que transcurre y la muerte se convertía en tal pesadumbre que sintió la necesidad de frescura y de aire puro. Volvió a la ventana. Fue entonces que divisó en la calle a un monje errante rezando. El monje no veía nada, no escuchaba nada, no decía nada. El espectáculo de la calle, tan animada, tan llena de vida, le era

extraño. Miraba por dentro. Vivía en otro mundo que negaba el mundo terrenal. Refulgía con una felicidad que nada le debía al placer ni a las ilusiones de la existencia. Había salido de la vida y había salido del mundo.

Fue ese día en que Gautama renunció a su rango, a su palacio, a sus bienes y se despojó de su vida para partir por los caminos, para predicar la verdadera doctrina y para convertirse en Buda —o El Despierto—. También se le llamó Sakyamuni, es decir, el Sabio de los sakya, porque era el hijo del jefe de la tribu de los sakya. Y, en Asia y por todo el mundo, transformó radicalmente la existencia de muchos centenares de millones de hombres que se desviaron del mundo y de sus ilusiones para entrar en sí mismos y seguir la huella del maestro de la ley.

—¡Bravo!, —exclamó A—. ¡Bravo! Es el más bonito de los cuentos que me has contado.

—No es un cuento. Salvo algunos detalles, ya que no estaba presente en el palacio de los sakya, es la realidad.

—¡Qué! ¿El hijo de la tribu de los sakya realmente existió? ¿Era un hombre como tú?

—Como yo. Como Jesús y como yo. Es lo que llamamos un personaje histórico.

—¿Eres tú también un personaje histórico?

—No. Es necesario haber cambiado al mundo para tener el derecho de recibir el título de personaje histórico.

—El informe… —empezó A.

—Ni el informe hará de sus autores personajes históricos.

—¿Tú crees?

—Mucho me temo. Quizá seamos aclamados por los brillantes espíritus de Urql, pero no hemos cambiado un mundo que nos habremos conformado con describir como Dios nos da a entender. Alejandro Magno y Platón son personajes históricos. Y Jesús también es un personaje histórico. Y Mahoma. Y Buda. Pero antes que personajes históricos, son hombres que entraron en el tiempo y que vivieron en esta Tierra. Y yo también era un hombre. Soy un tipo de la clase de Jesús y de Buda.

A silbó de nuevo entre dientes. Esa costumbre me exasperaba.

—¿Y cómo sabemos que Buda realmente vivió en su Tierra?

—Tenemos centenas, miles, millones de testimonios.

—¿Como para Venecia?, —preguntó A.

—Si quieres. Como para Venecia. Pero es muy diferente. A Venecia puedes ir, pasearte por ella, ver los palacios, visitar las iglesias. Conocemos la

existencia de Buda y de Jesús por el testimonio de los que vivieron y caminaron y sufrieron con ellos. Hay sabios, cierto Couchoud, por ejemplo, que pusieron en duda la existencia histórica de Jesús. También hay iluminados que pusieron en duda la existencia de Napoleón. Vieron en el Emperador, nacido en una isla a mitad del mar, muerto en una isla a mitad del mar, rodeado, en el transcurso de su vida, por príncipes y mariscales como por tantos otros planetas, un mito solar encarnado. Se pudo poner en duda la existencia real de Rómulo o de Zoroastro, que también llamamos Zaratustra. Pero nadie duda hoy de la existencia de Jesús ni de Buda.

—¿Y entonces?, —preguntó A.

—¿Y entonces qué?

—¿Jesús y Buda?

—¿Qué, Jesús y Buda?

—Vamos, háblame algo de ellos, dime lo que sabes, compáralos uno con el otro. No pongas esa cara de tarugo. Después de todo, tanto el uno como el otro proponen a los hombres que están sufriendo algo que se parece a una salvación. Me gustaría ver en el informe un paralelo algo intenso entre Jesús y Buda. No sé por qué, tengo la sensación de que eso sí debería interesarle a la gente de Urql.

Miré a A. Le sacaba punta a su lápiz.

—Dime…

—¿Sí?

Soplaba sobre las pequeñas virutas que caían de su lápiz sobre las páginas de su cuaderno de apuntes.

—¿No me estarás tomando, de pura casualidad, por el redactor de las páginas culturales de una revista de moda? Acepté, por debilidad, pasearte entre los hombres. No era para emprender, una vez más, con la vaga idea de gustar a los lectores de Urql, el paralelo usado entre Alejandro Magno y César o entre Corneille y Racine. Era para volver a ver el mundo que debí dejar. Amé mucho el mundo. Hubiera querido volver, una vez más, contigo, a la campiña toscana, por las rutas del chianti por Castellina o entre Arezzo y Siena, o entre Montepulciano y Pienza, donde nos habríamos paseado por la calle del Amor y por la calle de los Besos. O también por Umbría, donde nos hubiéramos sentado en los escalones de las escaleras de Todi o delante de la fachada de la catedral de Orvieto con el sol poniéndose. O en Ravello, tan bella o de tanta calma…

—Ya sé —dijo A—, ya sé. Wagner. *Parsifal*. La villa Rufolo.

—O a Udaipur…

—También lo sé. Hay un lago. Y una isla en el lago. Y un hotel en la isla. Y el palacio del rajá en la orilla frente a la isla.

—O a las Espóradas del norte, que son muy verdes y frescas y que se llaman Esciro, Scíathos, Skópelos, y que no volveré a ver jamás porque solo los vivos tienen el derecho de ir por el mar y llegar a las islas cuando cae el sol, o por Patmos, donde vivió San Juan…

—¿Cuál?, —preguntó A—. ¿El de Herodes y Salomé, cuya cabeza cortada fue presentada sobre un plato, o el bien amado discípulo que ponía su frente sobre el hombro de Jesús?

—El del largo cabello rubio y la frente sobre el hombro de Jesús. Ya no tenía su cabello rubio, que cae al pie de la cruz en un cuadro de Masaccio que mucho admiraba cuando vivía, y ya era un anciano cuando escribió el *Apocalipsis* en las alturas de Patmos, donde tanto hubiera querido, una última vez, como lo había hecho con Marie, y el cielo era muy azul y el sol caía a plomo y éramos muy felices y que nos amábamos, subir a pie contigo. O quizá montados en dos burros que hubieran estado felices por una vez de llevar la ligera carga de un espíritu venido de Urql y la sombra de un muerto. Y hubiéramos visto, abajo, brillar el mar Egeo. El mar Egeo… ¿Entiendes?… ¡El mar Egeo!… O en Kálimnos, cuyas casas se vuelven a pintar cada año de azul, de rosa, de verde por los pescadores de esponjas. O también en Symi…

—Ya sé —suspiró A—. Ya me hablaste de Symi.

—¡Oh, A!: déjame hablarte un poco más de Symi. Las almas de los pobres muertos están ligadas a lugares donde fueron felices y a los que querrían volver. Yo, sin ti, nunca hubiera podido volver a Symi. Si acepté servirte de guía, era con la secreta esperanza de volver a Symi. En tiempos en que era hombre, viví en Symi en una gran casa blanca a orillas de una ensenada redonda y casi cerrada que se llamaba bahía de Pedi. La casa tenía un jardín. Un muro rodeaba el jardín y las cabras, de mañana, bajaban de las colinas y desfilaban a lo largo del muro al son de sus campanillas. Había un árbol en el jardín y había una mesa bajo el árbol. Ahí pasé, con Marie, algunos meses de mi vida y, desvanecidos, eternos, son para siempre los más bellos.

—¿Y qué hacían?, —preguntó A agitando su lápiz en un tono en que suspicacia se mezclaba vagamente con indagación.

—Pues nada. No hacíamos nada.

—¿El amor?

—El amor —dije—. De mañana, temprano, después del paso de las cabras, bajábamos a pie hasta el puerto de Symi, donde íbamos a comprar

pan, vino, agua, miel, arroz, pastas, jamón. Volvíamos a pie. Dormíamos mucho. Nadábamos en la bahía. El agua estaba calma y azul. Veíamos la arena y las piedras algunos metros bajo nosotros. Cuando habíamos terminado de bañarnos, nos acostábamos sobre los guijarros, a lo largo de la orilla, al estilo de las efigies recostadas, apretados el uno contra el otro, y mirábamos el mar, a lo lejos, donde pasaban barcos, del otro lado del cuello que cerraba la bahía. Y la apertura era tan reducida que, para divisarlos en la estrechez de la almena, había que acechar los silenciosos veleros o el pedorreo de los barcuchos de pescadores que dejaban en el cielo corolas de humo: apenas aparecían con lentitud, casi con solemnidad, en el delgado ángulo que se abría sobre alta mar y ya empezaban a desaparecer.

—Hay algo de lo que no me has hablado y que, como la risa o el perdón, me parece muy propio del hombre: es el aburrimiento. ¿No se aburrían?

Me puse a reír en silencio.

—Tu pregunta me divierte porque nos la hicieron muchas veces, a Marie y a mí, «¡Qué!», nos decían, «¿tan lejos de los periódicos y de sus amigos, ni enterados de lo que sucedía, no se aburrían?». No, no nos aburríamos. Vivíamos. Éramos jóvenes. Mirábamos el mundo. Nos amábamos. Mucho evitábamos hacer algo. Nos bastábamos a nosotros mismos. Teníamos dos o tres libros que leímos por la noche, en el jardín, antes de ir a cenar *suvlakis*, *tzatzaki* y pimientos morrones asados en la fonda de la esquina, donde venían los pescadores, una pareja de suecos, una francesa algo loca, que había vivido mucho tiempo en París y en Nueva York con un pintor casi famoso, y desconocidos que salían de quién sabe dónde, durante una noche o dos, antes de regresar a quién sabe dónde. Los libros eran buenos. Eran novelas inglesas de Wodehouse en los que un *butler* de nombre Jeeves mantenía con su patrón, el elegante Bertram Wooster, relaciones inenarrables que hacían morir de la risa, relatos de viajes de Eric Newby (*Una vueltecita por el Hindu Kush*) o de Leigh Fermor (*El tiempo de las ofrendas*), las *Crónicas italianas* de Stendhal o las *Memorias* de Dumas. Los demás, los libros que figuraban desde hacía semanas y semanas en la lista de éxitos de las revistas parisinas, y que nos habíamos llevado por distracción o por cobardía, los habíamos dejado en los baños del barco que nos había traído.

Un día, presa de una agitación que ya no controlábamos o de locura de grandeza, alquilamos, para darle la vuelta a la isla, un barco de pescador. Éramos tres: el pescador, Marie y yo. El barco era muy pequeño. El motor hacía un ruido de los mil demonios. El aceite se fugaba por todos lados. Tres noches seguidas, mientras el pescador dormía en su barco, dormimos al aire

libre, sobre las peñas de la orilla. Del otro lado de la isla, sobre un abrupto promontorio, había un monasterio al que llegamos al tercer día. Escalamos hasta arriba por bellas escaleras que toman los peregrinos. Después de dos días de soledad, tuvimos la impresión de entrar en el mundo. El monasterio era limpio y blanco, con una pequeña iglesia y un patio grande, atiborrado de buganvilias, sobre el que daba un pequeño cuarto. Quizá porque ellos también habían caído bajo el encanto de Marie, los popes nos propusieron alquilarnos el cuarto. La vista al mar era tan bella que daba miedo. Nuestra casa de Pedi parecía, comparada, un chiquero, un multifamiliar de los suburbios. Dudamos. Pasamos varias horas mirando la isla y el mar desde la ventana del cuarto. Pero mi rastrillo y Jeeves nos esperaban en Pedi. Volvimos a casa en el barco del pescador.

—¿Y Buda?, —dijo A.

—Sonreía.

—¿Cómo que sonreía?

—Todo el mundo sabe desde siempre que Cristo nunca rio. Reír no es lo propio de Dios. Los dioses griegos reían, los dioses germanos reían, a veces los dioses aztecas ríen con risa horrible. El Dios de la Biblia no ríe. Y Cristo no ríe jamás. Tampoco sonríe. Si hay un humor de Dios para nutrir el amor de Dios, es un humor forzado. La risa del Dios de la Biblia no estalla sobre el mundo, y la miseria de los hombres nunca es iluminada por una sonrisa de Jesús, cuya ternura, de Matías, de Marcos, de Lucas y de Juan, siempre es más cercana a las lágrimas. Sobre las cosas de este mundo, y sobre sus ilusiones flota la sonrisa de Buda. A la donación de las lágrimas de Cristo responde y se opone la sonrisa de Buda.

—Vaya pues —dijo A—, eso es lo que quería. Ya lo ves: cuando te esfuerzas un poco…

—No me exasperes. Ya es bastante duro ser hombre, o haberlo sido. No abuses de tus poderes. Tú haces lo que quieres, estás aquí, estás allá, te vas, regresas, flotas por los aires, dices cualquier tontería, al modo de un espíritu, que eres, o de ese personaje de novela que hubieras querido ser. Yo, porque soy hombre, o porque lo fui, me las arreglo como puedo en mis recuerdos, en mis arrepentimientos, en mis remordimientos, en mis contradicciones. En las dificultades del informe. En la tristeza de la vida.

—En las esperanzas —dijo A.

—Es cierto. Mientras era hombre tenía, pegado al cuerpo, algo maravilloso que se llamaba esperanza. ¡Oh, A! ¡Cuán feliz fui en Symi! No esperaba nada más que el amor de Marie. Tenía lo que anhelaba. Lo más bello

que hay en el amor compartido es que nada se espera del otro. El mundo me importaba un pepino. Se reducía a Marie. Creo que, para Marie, se reducía a mí. La rue du Dragon se había desvanecido. Ya no había papas Clemente, el mismo Chateaubriand daba pruebas de una discreción que no era la acostumbrada. Estábamos solos los dos. Y nos reíamos bajo el sol.

La vida es triste, mi pobre A. Ya no estoy en Symi. ¿Y por qué, te pregunto, ya no estoy en Symi? Porque hay algo que pasa, y que no es el amor sino el tiempo, en el que el amor está inscrito, como todas las cosas de este mundo. Vaya si creo que es el tiempo el que hace sonreír a Buda. Y nada más triste que la sonrisa de Buda. Nada es más reconfortante que las lágrimas de Jesús. Porque nos prometen otro mundo en el que reinará el amor. En el que ya no habrá tristeza, en el que todo será perdonado, en el que reinará el amor. Nada más triste que la sonrisa de Buda. Porque nos dice que este mundo, y la felicidad de este mundo, no es más que una ilusión. Y que la única solución está en la nada.

Lo que Buda, después de haber dejado el palacio de su padre en Kapilavastu, había descubierto en El Despertar, al pie de una higuera pipal de grandes raíces aéreas, llamada en recuerdo suyo *ficus religiosa*, es que, incluso en Symi, vivir es muy cruel. Ya que el sufrimiento, algún día, por los caminos de la vejez, de la enfermedad, de la separación, de la muerte, irrumpe en la vida, incluso la existencia de los ricos, de los poderosos, de los príncipes, incluso la existencia de los que se aman, incluso la existencia de los dioses está destinada al fracaso. El origen de toda desgracia está en lo que nos animaba, a Marie y a mí, con tan irresistible fuerza bajo el sol de Symi: en la búsqueda de la felicidad.

—La felicidad no tiene buena reputación —hizo notar A—, ni para sus profetas ni para sus dioses.

—Es que, para Buda, la desgracia es la ley de la existencia y la felicidad no puede durar. Y que se opone, por Cristo, al amor de los pobres y a la caridad. Es por ello que, por Cristo, les será tan difícil a los ricos, a los poderosos, a los felices de este mundo, que prefirieron la felicidad en la Tierra al amor al prójimo, entrar al reino de los cielos. Y es por ello que, para Buda, hay que cesar de nutrir en sí la sed de existencia que es la raíz de la ilusión de la felicidad.

—Pues para ti —dijo A—, estás en el mejor de los mundos posibles, o más bien en el peor, puesto que lo que Cristo y Buda recomiendan antes que nada, por diferentes motivos, es dejarlo y morir. Estás muerto. Todo está bien. Mis mejores deseos y muchas felicidades.

—Sí y no. No es así de sencillo. Es cierto que todo cristiano debería amar a la muerte, que no tiene derecho de darse, pero que es la puerta hacia ese otro mundo y esa otra vida cuyo mundo y cuya vida no son más que el anuncio y la promesa. Aquel que cree en Jesús, la muerte lo tira a los pies de un Dios del que el mundo los separa. Toda esperanza de los cristianos está en la inmortalidad del alma y en la vida eterna. Morir para un cristiano es nacer a la verdadera vida. «Soy», dice Cristo, «la resurrección y la vida». Y sobre la tumba de Claudel está grabada esta inscripción: «Aquí yacen la ceniza y la semilla de Paul Claudel». Creer en Cristo y en sus palabras es creer que aquellos que se aman se hallarán en un mundo en que la carne, por fin, sus suntuosas delicias, sus sufrimientos, sus mentiras ya no impedirán el amor. Es de creerse que, para siempre jamás, sin fin, entiendes eso, me imagino volveré a ver a Marie en la gloria del Señor, en un lugar de luz y de paz comparado con el cual Symi sería como un infierno.

—¿Lo crees?, —preguntó A.

—Lo espero. Mi fe no es otra cosa más que la forma de mi esperanza. Lo que enseña Buda es un poco más complicado.

—¿Más complicado que el cristianismo?

—En un sentido, sí. Más complicado. ¿Recuerdas que la Reforma sale de la iglesia católica como la iglesia católica salía del Antiguo Testamento?

—Lo recuerdo muy bien —dijo A—. Ya noté que, entre ustedes, los hombres, todo sale siempre de todo.

—Es culpa del tiempo. Pues, justamente, el budismo sale del brahmanismo, más viejo que él por muchos siglos. Le hereda una idea tan inverificable como la vida eterna o la inmortalidad del alma: la del ciclo de los renacimientos. Hay menos almas en el mundo que criaturas para estar en ellas. Muero y renazco bajo la forma de un hombre, de un animal, de un maldito o de un sabio. Cada uno de los renacimientos y su lote de felicidad o de desgracia en este mundo, según una justicia inmanente, retrospectiva e ineluctable, por el valor moral de los actos llevados a cabo en las vidas precedentes.

—¡Carambolas!, —exclamó A—. ¡Esa sí que es una idea genial!

—Ya ves que el objetivo único de todas las religiones es explicar lo inexplicable. ¿Por qué ricos y pobres, lágrimas y sufrimientos, poderosos o miserables? Cristo predica la paciencia: morirán todos y a los ricos les costará más trabajo entrar en el reino de los cielos, a donde los sufrimientos y las lágrimas son el mejor de los pasaportes. Los primeros serán los últimos, dichosos los pobres y los hambrientos, malhaya los ricos y los poderosos

porque tuvieron en esta Tierra lo que creyeron era la felicidad. Y para demostrar mejor que las lágrimas y el sufrimiento son la mejor garantía de vida eterna, lo crucifican y nunca ríe. La solución de Buda es radicalmente diferente. No eres responsable más que de una ínfima parte del destino que te es dado en esta Tierra: son los demás, antes que tú, los responsables. Solo tienes que aceptar el destino que es el tuyo y que no depende de ti en la espiral del tiempo. Todo lo que puedes hacer es procurar que la vida que vendrá después de ti sea mejor que la tuya. Ya ves cómo la moral es impuesta por la religión: por la preparación y el temor de la vida eterna en el seno de la vida de cada uno en el caso del cristianismo: por el ciclo de los renacimientos sucesivos en el caso del budismo. Si torturo a los demás, si me acuesto con mi madre, si robé mi fortuna y si soy cristiano, seré para siempre privado de la vida eterna donde el alma pura de María me esperará en vano a la sombra de la Santa Trinidad y de Cristo Jesús y de la Virgen, su madre. Si exterminas inocentes, si violas a tu hija, si traicionas a tus amigos y si eres budista, serás convertido en sapo.

—¡Carambolas!, —repitió A.

—No te ocupes demasiado de los concilios, de las bulas de los papas, de la lista de las herejías y de los cismas que le dan a la iglesia católica mucho de su grandeza y de su complicación, ni de las oscuras palabras como karma, dharma, kalpa, samsara, que tan bonitas suenan al oído. Cristo te dice solamente amar con un mismo amor al Padre, al Hijo, al Espíritu Santo que solo son un Dios y amar a los demás como a ti mismo para entrar para siempre en la vida eterna. Buda te dice solamente que todo es pasajero, ilusorio y cambiante, que no hay ni alma inmortal ni Dios eterno, omnipotente, creador, y que más vale cuidarse de no pisar una hormiga porque el alma de tu hermano pudo haber pasado por ella.

—Me parece —hizo notar A—, que el ritmo del budismo es más lento que el cristiano y que su respiración espiritual requiere algo más de tiempo.

—Si quieres. El destino del cristiano se juega durante una vida. Es la apuesta de Pascal: la eternidad contra un puñado de años. Y la suerte de un alma en el soplo del arrepentimiento. El destino del budista se estira sobre un sinnúmero de vidas. La meta de la cadena de vidas es desembocar en la extinción de la sed de existencia. «Extinción», en sánscrito, se dice *nirvana*. La vía de la liberación no puede ser seguida más que por monjes mendicantes que son llamados *biksu*. A fuerza de pobreza, de sacrificios, de elevación, el biksu, en vez de cambiarse una vez más en libélula o en tigre, caerá por fin en la nada tan ardientemente anhelada. El santo y el biksu se abstienen del mal y

hacen el bien. Uno y otro tienen un sueño llamado salvación. La salvación del santo cristiano es la vida eterna. La salvación del biksu budista es el fin de toda vida.

Volábamos por los aires. La Tierra giraba bajo nosotros.

—Me pregunto —sopló A girando hacia mí—, si ese derroche de ideas, si esos juegos tan sabios no tienen por meta primera hacer aceptar al mundo por los hombres que en él viven.

Me quedé callado una vez más por un instante. Estaba harto de hablar, de tomar notas para el informe, de ver a A enervarse y agitar su lápiz. El mundo desfilaba ante nuestros ojos. Intuía ciudades, campiñas, montañas y mares. Era la Tierra. Era azul y bella. Era minúscula. Los hombres en ella se sucedían con talento, con genio, sin saber nada de ellos mismos. Estaban atrapados en la red del espacio y del tiempo, de las causas y de los efectos. Jesús no podía nacer en el sur de Nepal. Jamás Buda hubiera nacido entre los rabinos de Israel. Uno y otro surgían en la necesitad del medio y del tiempo. El pan y el vino de Cristo pertenecían al país de la viña y del trigo, de los cipreses, de los olivos. El ciclo de los nacimientos estaba vinculado a pueblos donde la vida colectiva pesaba con terrible peso sobre los individuos.

—Entre el final de la infancia y los últimos años —le dije en voz baja a A —, hay un largo periodo de la vida de Jesús del que no sabemos nada. Algunos aseguraron, sin muchas pruebas en verdad, que el hijo de la Virgen se había marchado a la India donde, desde hacía quinientos años, florecía el budismo.

—Pues bien —dijo A, estirando las piernas y esperando el momento en que iba a prender su pipa—, habrá que volver sobre todo eso.

—Oh, Symi… —murmuré—. Oh Symi… Symi.

IX. El final de la historia

—¿No habíamos dejado al ejército entrando en Riga?

—Es exacto —dije.

—¿Y Karl Marx y el comunismo, de los que a menudo me has hablado de manera tan intensa como de Cristo Jesús, no estaban agazapados detrás los países bálticos?

—Nada más cierto.

—¿Habría que indicar en el informe que Karl Marx, como Jesús, como Mahoma, como Buda, como Joseph Smith, también era, hace apenas ciento cincuenta años, un fundador de religión?

—«Oh, alma mía, no aspires a la vida inmortal, pero agota el campo de lo posible».

—¿Y ahora, qué es eso?, —masculló A.

—Píndaro. O Hesíodo, ya no sé. Píndaro más bien, creo. Y traducido por Valéry, del que ya conoces el nombre. Todo eso se repite y se contesta. El genio de Jesús, de Mahoma, de Buda, es que hacían elevar las esperanzas de los hombres hacia otras vidas. El genio de Karl Marx es hacer descender el cielo sobre la Tierra. Las religiones prometen siempre que todo estará mejor en otra parte, y más tarde. El grito de guerra de Karl Marx, que correría como reguero de pólvora por todo el mundo, es: «¡Aquí y ahora!».

Jamás la filosofía había estado en una fiesta así. Se pudo sostener que Hegel cerraba el gran circo de la filosofía que había sido abierto por los presocráticos e inaugurado ante los aplausos de la multitud por Platón y por Aristóteles. Con Husserl, con Jaspers, y primero con Heidegger, sigue habiendo bonitos números después de la clausura oficial. Hay sobre todo dos deslumbrantes ramilletes de bengalas que cierran el fuego artificial (o quizá los fuegos artificiales): el primero es lanzado por Marx, y el segundo por Nietzsche. El golpe genial de Marx, que hizo temblar las bases de las iglesias y de los estados, es haber comprendido que la filosofía, hasta él, solo se había dedicado a pensar el mundo, y que ahora se trataba de cambiarlo.

¡Cambiar la vida! ¡Cambiar el mundo! Solo eso estaban esperando los hombres. Desde que los hombres son hombres, no dejo de explicártelo, aspiran a otra cosa. Ese excedente de energía, ese suplemento de esperanza, la religión los desviaba hacia el más allá de las vidas renacientes o de la vida eterna. Karl Marx llega y les dice a los pobres: «Es en esta vida y en este mundo donde serán felices». ¿Cómo quieres que la multitud de obreros y de campesinos no corra y haga filas tras él? La filosofía, hasta Marx, se dirigía a

un puñado de riquillos y de clérigos, donde se mezclaban emperadores como Marco Aurelio o Federico II, el último de los Hohenstaufen, el que llamaban *Stupor mundi*, papas, monjes, maestros de escuela mendigos y andrajosos al borde de la anarquía y en la punta extrema del individualismo como Diógenes en su barril, santos como Francisco de Asís. El genio de Marx consiste en descubrir una verdad de explosiva sencillez: los ricos son cada vez más ricos y los pobres cada vez más numerosos. La filosofía, con él, brota cual huracán de las oficinas y de las bibliotecas: subleva enormes multitudes que toman el nombre de masas. El marxismo no es nada más que masas populares llevadas por la filosofía hacia la conquista de ese mundo que es el objeto de tu informe a las autoridades de Urql.

—Muy bien —dijo A—. Gracias a ti, pasé de una convicción a otra. Fui un poco cristiano. Fui un poco budista. El islam me impresionó. Fui tentado por el estoicismo. Por el epicureísmo también. No me desagradó la escuela de desenfado que hiciste desfilar ante mis ojos. Heme ahora sintiéndome marxista. Quizá podré convertir al materialismo dialéctico a cierto número de espíritus puros…

—Eso no está excluido. Desde Espartaco, jefe de gladiadores y de esclavos rebelados contra Roma, hasta Pancho Villa y Emiliano Zapata, revolucionarios mexicanos que, a principios del siglo XX llevan tras de sí con grandes esperanzas a decenas y decenas de miles de campesinos explotados, pasando por los taboritas de Bohemia, los niveladores en Inglaterra, los babuvistas en Francia y cantidad de movimientos más o menos mesiánicos por todas partes en el mundo, los pobres, los miserables nunca dejaron de rebelarse contra los ricos y los poderosos. Lo que les faltaba era una justificación, una teoría, un aparato ideológico, un corpus universitario. Karl Marx se los provee en abundancia.

Se los provee porque tiene talento, una visión, una formidable capacidad de trabajo. Se los provee sobre todo porque llega en buen momento. Los griegos tenían un pequeño dios que llamaban Kaïros. Era el dios de la oportunidad y del momento justo. El pequeño dios Kaïros interviene a menudo en el mundo. Karl Marx se sitúa en la encrucijada de innumerables corrientes que lo llevan de la mano, no seamos demasiado marxistas para explicar a Karl Marx y acordémosle, por añadidura, una sombra de invención creadora y de libertad individual, hasta sus teorías. Llega al término de la famosa genealogía de la que ya te he hablado…

—Kant quien engendra a Fichte quien engendra a Schelling quien engendra a Hegel quien engendra a Marx —recitó A.

—Le bastó con derribar a Hegel y volver a ponerlo de pie para que el idealismo absoluto se convirtiera de pronto (como el oro se convierte en plomo o el plomo se convierte en oro, a escoger, según tus opiniones) en materialismo dialéctico. Está el famoso linaje del economismo inglés. Está el linaje del socialismo francés. Está sobre todo el material humano necesario para hacer entrar a las masas en la filosofía y para permitirle al cielo descender sobre la Tierra: el proletariado industrial y urbano, creado por el maquinismo, hijo a su vez de la ciencia y de los progresos técnicos. En la confluencia del proletariado y de la filosofía, con el aporte de los ríos de la economía política y del movimiento socialista: el enorme río del marxismo. Se lleva con él toda la juventud del mundo.

Lo que fue para los hombres de mi época la revolución comunista, ni te lo puedes imaginar. La presencia de los hombres sobre esta Tierra adquiría nuevo rostro. Era como si rasgaras y tiraras a la basura de la historia todos los viejos informes sobre el mundo para redactar uno nuevo. El nuevo, eran *El capital* y el *Manifiesto del Partido Comunista*. El mundo cambiaba de base, la vida cambiaba de sentido. Quizá tendríamos que marcar en nuestro informe, bajo la rúbrica «Enterradores», o menos siniestro: «Hacia nuevos horizontes», o poético y provocador: «La Tierra tiembla bajo sus pasos», los nombres de cinco malandrines, entre otros, que transgredieron las buenas costumbres y todo lo que se hacía hasta ellos en las mejores familias: Darwin, que saquea el pasado del hombre y reemplaza la mano de Dios por animales repugnantes; Marx, que derriba el orden de las cosas, tira la vajilla por la ventana y hace entrar al proletariado a los palacios de los filósofos, de los arzobispos y de los reyes; Freud, que fisgonea en las alcobas y en las guarderías para traer a la luz la mayor cantidad de secretos posible; Picasso, que desfigura y destruye los rostros del mundo y del hombre; Einstein, que le da un vuelco a la evidencia, tan armoniosa y tan sencilla, de un espacio y de un tiempo jugando cada quien por su lado, para presentar un mundo absurdo donde observadores sin escrúpulos de pronto remontan en el tiempo alejándose del espacio.

Al mismo A le cambiaba el rostro al escuchar esos horrores.

—Mucho me temo que llego en un momento nefasto para una foto de familia de tu bendito planeta. Todo se derrumba.

—Todo se derrumba. Nunca el mundo había ido tan rápido, con ritmo tan alegre, con tantas esperanzas. Y todo lo que creía queda hecho añicos. Si hubieras venido, mi querido A, en tiempos de Voltaire, o incluso de Chateaubriand, y entonces hubiéramos redactado un informe sobre el estado

de la Tierra, merecería, como la mayoría de los libros que habíamos traído a Symi Marie y yo, ser tirado a la basura.

—¿Crees al menos que este informe…?

—Me temo, mi pobre A, te lo he repetido en todos los tonos, que no tenga mayor uso, para servirnos del lenguaje de los vendedores de ropa, que el funesto informe del que nos salvamos hace ciento cincuenta o doscientos años. Todo se viene abajo. Todo se va por la borda. Todo no deja de venirse abajo. Porque todo siempre se viene abajo y sigue viniéndose abajo. Y el mismo marxismo, que debía derrumbar el viejo mundo de antaño, se volvió un viejo mundo derrumbado a su vez. El horizonte infranqueable fue franqueado y se arrastra tras nosotros como el desvencijado decorado de una vieja película de terror que no hubiera tenido éxito. La historia pitó el final de lo que debía pitar el final de la historia.

El siglo de Einstein, de Picasso, de Freud, de Stalin y de Hitler conoció muchos dramas. Dos dramas gemelos lo delimitan y marcan con fuego sus años de juventud y su edad avanzada. En 1917 la Revolución de Octubre, bajo las órdenes de Lenin, lleva al poder, en Moscú, a la filosofía de Karl Marx, que más bien estaba hecha para conquistar las capitales de los grandes países industrializados, Inglaterra y Alemania. Es en Moscú, en todo caso, que la filosofía en armas se apodera de un estado moderno. No es, como con Hitler, el principio de una nueva era que debe durar mil años. Es otro capítulo del informe y de la historia de los hombres, o más bien, otro informe. Es una nueva etapa que le da vuelta a una página para siempre. Es otro mundo para siempre, que se extenderá poco a poco al conjunto del planeta. Setenta y cuatro años más tarde, en 1991, el comunismo se derrumba en la patria del socialismo. Por sí mismo. Desde el interior. Durante tres cuartos de siglo, el marxismo-leninismo, encarnado y desviado por Stalin, habrá acumulado las víctimas y las ruinas. Habrá resistido triunfalmente a sus enemigos externos, los ejércitos blancos, la *Wehrmacht* hitleriana, las democracias occidentales, y caerá ante los golpes del único de sus adversarios que no podía combatir: él mismo. Después de Lenin, Stalin, Jrushchov, Brézhnev, Andropov y Chernenko, el Partido Comunista de la Unión Soviética termina por entregarse a Mijaíl Gorbachov, que inscribe para siempre su nombre en el doble cuadro de honor de los partidarios de Karl Marx y de sus peores enemigos imaginándose que el sistema podrá sanar sus males y ponerse a funcionar de nuevo en la transparencia y en la libertad. Apenas liberado del terror que lo mantenía en pie, el comunismo se derrumba en el país mismo donde había triunfado y arrastra en su caída al séptimo y último secretario.

La filosofía descansaba en tanques. Según una célebre fórmula, la dictadura del proletariado se había transformado en dictadura sobre el proletariado. Los intelectuales del oeste todavía eran marxistas en la frescura de sus corazones cuando el proletariado de Rusia había dejado de serlo. Ni un solo puño se levantó en la Unión Soviética para defender al comunismo. El régimen que habría de cambiar al mundo, marcar el fin de la historia y abrir una nueva era se desvanecía sin dejar huella. Stalin, que había sido adulado como un emperador romano por todo lo que era importante en el mundo, era arrastrado por el lodo. Y sus estatuas, desmanteladas. Lenin moría por segunda vez. Karl Marx, que había nutrido generaciones sucesivas de apasionados discípulos y de exaltados comentaristas, caía al nivel de un Paul Bourget, de un hombre de letras de segunda categoría, de un profesor de ética sorprendido en una casa de mala nota, la URSS, y abucheado por sus alumnos. Todo el mundo había sido comunista y ya nadie lo era. Pudo decirse de Hitler que no dejaría en la historia más que la imagen de un agitador en tiempos de Stalin. Pero he ahí que Stalin y Hitler aparecen ambos como jefes de bandos rivales en una era de propaganda, de mentiras de estado, de ilusiones desvanecidas y de sangre.

En la primavera del 44 el comunismo triunfa. Los estadounidenses desembarcan en las playas de Normandía. Stalin ya venció a Hitler. La más poderosa de las maquinarias de guerra de todos los tiempos, el ejército de Hitler, fue vencido por el espacio, por las máquinas del capitalismo servidas por los innumerables soldados del marxismo-leninismo, por el invierno, por la nieve y por el frío, por el calor del verano, por el polvo de las llanuras sin fin. Toda Europa del Este y del centro cae bajo la férula de Stalin. Lo que fue la ocupación alemana de Europa y la matanza de los judíos, de los comunistas, de los gitanos, de los homosexuales, está inscrito en la historia con letras de fuego y de sangre. El incontenible alud del Ejército Rojo, aliado por culpa de Hitler y por la crueldad de la historia de las democracias liberales, de los estadounidenses de Roosevelt, de la Inglaterra de Churchill agotada por la guerra que ha librado sola, en su isla, durante dieciocho meses, contra los alemanes todopoderosos, de la Francia libre del General que se opone al Mariscal y al Estado de Vichy, es para quienes lo vivieron un recuerdo de pesadilla. Asia se abalanza sobre Europa. Se desata por doquier el infierno y los pueblos ya no saben, entre la peste y el cólera, a qué santo encomendarse. Para la abuela y la tía de Lisa ya es demasiado tarde. Asisten, arraigadas en su casa de Riga, al regreso del Ejército Rojo.

¡El Ejército Rojo! Toda la esperanza de un mundo descansa en esas dos palabras en los que brillan el triunfo de la filosofía y de la historia cumpliéndose. ¡El Ejército Rojo! Las sombras de Karl Marx, de Lenin, de Trotsky, de Stalin acompañan a los mongoles, los calmucos, los tártaros, kirguís, que se abalanzan sobre los países bálticos, sobre Polonia martirizada, sobre Prusia Oriental, donde todo empezó con paseos en horas fijas por las avenidas de Königsberg y el sistema sin falla del realismo práctico y del idealismo trascendental, inventado, a partir de Hume y de su sueño dogmático, por un oscuro profesor de nombre Emmanuel Kant. ¡El Ejército Rojo! Una placa de plomo reemplaza la otra y la cortina de hierro bautizada por Churchill cae, con un estruendo de fin del mundo, sobre la mitad de Europa.

El cónsul general de Alemania en Riga fue muerto en Stalingrado, adonde sus opiniones algo tibias hacia el nazismo lo habían enviado. Desde Washington, desde Moscú donde iba a menudo ya que los Estados Unidos y la URSS ahora eran aliados a pesar del odio que se tenían, el estadounidense de origen armenio hizo todo lo que pudo, pero en vano, para salvar a la mujer que amaba. El intelectual comunista de lentes de *Doctor Zhivago* había caído en desgracia y había sido fusilado por desviacionismo y actividades divisionistas. La abuela y la tía de Lisa fueron arrestadas por la KGB y enviadas a Siberia. En el gulag, cerca de Irkutsk, donde ambas morirían, Anna se encontró, una bella mañana en que la temperatura rondaba los treinta grados bajo cero, con una vieja y desconocida mujer.

—¿No me reconoce?, —le preguntó la vieja mujer.

—Para nada —respondió ella—. ¿Quién es usted?

Era la loca de Riga.

X. Cinco historias y un idiota

—La vida… —empezó A.

—Mi pobre amigo, la vida como el tiempo, como el todo, como el nada. Es demasiado evidente y demasiado cercana, es demasiado vacía, está demasiado llena para que el informe sea capaz de hablar de ella.

—Qué engorroso. Si el informe no es capaz de hablar de la vida, ¿qué estamos haciendo aquí?

—Estamos contando historias para intentar entregar a Urql, por caminos de tierra que serpentean por la campiña, una vaga idea de los hombres. Puedo, valga lo que valga, y si tienes ganas de salir a divertirte un poco solo levanta la mano, contarte *On purge Bébé* u *Occupe-toi d'Amélie* que son de morirse de la risa o la Guerra de las Dos Rosas, que es un poco menos chistosa, entre la Casa de York y la Casa de Lancaster, una noticia de segunda plana, una anécdota, el descubrimiento de América o de la penicilina, un libro, una traición, o el catálogo de ventas por correspondencia de la Manufacture française d'armes y de cycles de Saint-Étienne, una conversación, de noche, en una de esas casas coloniales de Atlanta hacia finales del verano de 1864, o en la terraza de un café cerca del museo de El Cairo en vísperas de la ofensiva del mariscal Rommel, ya en El Alamein o en Marsa Matruh y tan impacientemente esperado por los nacionalistas que están cosiendo banderas con la cruz gamada, o incluso, cuando mucho, la historia de las algas y de los primates, o la de mis abuelos. Te hablé del marxismo con algo de detalle, y quizá demasiado…

—Claro que no —dijo A con mucha cortesía—, claro que no.

—… Porque constituyó para los hombres de mi época lo que se había convenido llamar un horizonte infranqueable y que ha sido franqueado. Puedo recortar en la historia y la vida tantos relatos como quieras para estupefacción de las poblaciones de Urql. La vida sin más, el mundo entero, es harina de otro costal. La vida no se cuenta. El mundo no se cuenta. Se está adentro. Eso es todo. La vida es el conjunto de fuerzas que se resisten a una muerte que termina por llegar y el mundo es la totalidad de lo que existe y que sucede y que también no sucede en la superficie de este planeta en el que aterrizaste.

—En lugar de marearme con detalles que ignoro, ¿quizá podrías, vamos, de alguna manera —sugirió A—, si no es mucho pedirte ya que veo que la buena voluntad no parece ser muy lo tuyo, quizá podrías intentar decirme en unas cuantas palabras cómo era el mundo cuando vivías en él? Me hablaste del cine, de Jesús, de Stalin y de Hitler, del dinero, de las madrugadas, de dos

o tres viejas plazas en Venecia o en Roma. Debió haber otra cosa. ¿Pero qué? Es una pregunta tan sencilla que hasta me da vergüenza hacértela. Te bastaría recordar lo que veías cuando abrías los ojos y lo que escuchabas cuando pasabas en medio de la gente cuando vivías.

—No es tan sencillo —le aseguré—. No basta con escuchar, hay que comprender. No basta con ver, hay que escoger, construir, organizar. No basta con contar, hay que darle un sentido a lo que se cuenta. Sin ese orden interno que transfigura el caos, el mundo, tal como camina en su historia y en los espacios infinitos, corre el riesgo de parecerle a la gente de Urql una historia contada por un idiota…

—Claro —murmuró A—, es un riesgo.

—… Llena de ruido y de furia sin significado alguno. La clave del informe es el sentido. Porque el universo no tiene sentido, pero el mundo le da uno. Porque la vida no tiene sentido, pero el pensamiento le da uno.

—Lo que cuentas es muy bello, pero no entiendo lo que cuentas.

—Voy a tratar de explicártelo.

Un hombre está en su casa. Lleva puesto un traje con un cinturón y hombreras bastante amplias como si fueran alas. Lleva un sable de lado. Recibe a un mensajero, espléndidamente vestido, que acaba de llegar al patio de la gran casa de madera de techos laqueados y encorvados y que se apeó de su caballo, sostenido por unos criados, para entregarle un objeto, de forma oblonga, envuelto con sumo cuidado en una tela de mucho valor. Despliega la tela y descubre una espada bastante corta, más bien un puñal largo, cincelado con magnificencia y con engarce de piedras preciosas. El puñal va acompañado por una carta que el mensajero le extiende con las dos manos, como ya lo había hecho con el puñal, inclinándose hasta tierra. La carta proviene del emperador. Está redactada, con magníficos caracteres, cada uno de ellos un dibujo en sí, en un lenguaje refinado. Se acerca a la ventana para leer con respeto la misiva imperial. No es más que elogios y cumplidos. Se necesitaría mucha buena voluntad, o más bien mala, para desvelar la más mínima reserva entre tanta cortesía: «Ha llevado tan lejos las virtudes del valor y de la obediencia hacia el emperador, que son tradicionales en su familia, que nadie podrá, después de usted, servir con tanto honor…».

—Le agradezco —le dijo al mensajero—. Sírvase poner mi gratitud y mi fidelidad a los pies de Su Majestad Imperial y encargarle a su bondad, de la que Ella me provee la prueba una vez más, de todos mis seres queridos.

El mensajero se retira retrocediendo e inclinándose tres veces. El hombre llama a su mujer, a sus hijos, a sus soldados, a sus criados. Les dice unas

palabras en un idioma gutural. Todos escuchan, cabizbajos. Unas lágrimas son furtivamente vertidas por la mujer. Las enjuga de inmediato para acallar a un niño que se puso a gritar. Todo el mundo se aleja en silencio, las mujeres y los niños con pasitos apresurados, los soldados y los criados con largas zancadas que retumban en la casa de papel y de madera sobre la que la noche empieza a caer. El hombre se queda solo en una habitación casi vacía. Se sienta en el piso, inmóvil, las piernas dobladas. Sin decir palabra, sin hacer un gesto, las manos puestas sobre las rodillas, piensa. Ve batalla de madrugada, incendios, marchas por el bosque, mañanas de triunfo al lado del emperador.

En el patio de la casa, bajo un pórtico con columnas, unos criados extienden una estera de paja, recubierta por un paño rojo. Cae la noche. Todo está en calma. Son encendidas linternas. El amo de la casa reaparece con el torso desnudo. Lleva calzoncillos. Se cortó la coleta que caía sobre su nuca y se rapó la cabellera. Es seguido por un compañero, su amigo de toda la vida, quien lleva un sable curvo. Él lleva en sus dos manos, cuya palma mira al cielo, el puñal del emperador. Se acomoda sobre la estera cubierta de paño rojo para borrar la sangre. Empuña con las dos manos la daga del emperador, vacila apenas un instante, empuja el mango con todas sus fuerzas y lentamente se abre el vientre.

El otro, tras él, levanta el sable hacia el cielo. Espera. Cuando la sangre brota a borbotones sobre el paño, con un gesto rápido como el rayo le corta la cabeza al amo.

Tenemos a una mujer cuyo marido murió anteayer por la noche. El calor es bochornoso. Todo el mundo espera la lluvia. Rodeada por sus criados, la mujer, frente a su espejo, se arregla como para una fiesta. No amaba a su marido. Era rico, poderoso y viejo. Tenía cuarenta y ocho años más que ella. Murió bastante rápido y su cuerpo se puso todo negro. Recuerda su boda, hace menos de cuatro años. Apenas salía de la infancia. Había hecho, una vez más, lo que le dictaban sus padres, sus tíos, sus hermanos. El cortejo había pasado, con sus elefantes, frente a los muros rojos de la ciudad, los mismos por los que pasaría poco después. Siempre tuvo el sentimiento de estar paralela a la vida, de nunca haber entrado en ella. Las fiestas, los paseos, las ceremonias, los honores nocturnos. Hubo ese caballero, venido de Jaisalmer, con el que había intercambiado unas palabras en el jardín de las rosas. Había sobre todo dos hijos, un niño y una niña, a los que acaba de dar un beso.

Desciende al jardín, donde la espera una multitud. Se forma el cortejo y se encamina. Es un derroche de colores, donde dominan el amarillo y el rojo, es un ruiderío interrumpido por repentinos silencios. Los sacerdotes caminan al

frente, precedidos y seguidos por innumerables músicos. Luego siguen los elefantes, los guardias cuyo uniforme atrae todas las miradas, las bailarinas hindúes, famosas en toda la región. El cuerpo es llevado en brazos. Ella camina tras el féretro, apoyada en el hermano y uno de los hijos del difunto. Al hermano, medio idiota, lo corroe la ambición. El hijo, cuya madre ha muerto, siempre la detestó. ¿En qué estarán pensando a lo largo del trayecto?

La multitud de espectadores es cada vez más numerosa. Vinieron de las colinas, de las orillas del río, de ciudades tan lejanas como Gwalior o Chittorgar, quizá de Ranakpur, y quizá de Jaisalmer. ¿Quizá el caballero en el jardín de las rosas está escondido en alguna parte? De pronto, el cortejo se detiene. Ahí está la hoguera, ante los ojos de todos, en medio de las piedras ligeramente inclinadas que les sirven de almohada a los elefantes dormidos. Se hace un gran silencio. Parece que el calor del día se ha vuelto insostenible. La camilla es levantada encima del montón de ramas y de leña olorosa. Se echan pétalos de rosa sobre el cuerpo del difunto. La viuda, ebria por las bebidas sagradas que los sacerdotes le dieron a tomar, sube a su vez por una escalera que tiembla para darle un último beso a lo que fue su marido, tanto tiempo detestado. El hijo del difunto le prende fuego a la hoguera de la que sale de inmediato un espeso humo de rico olor y que se sube a la cabeza. Las llamas surgen con fuerza. Ella no vuelve a bajar.

Era un campesino algo simplón que vivía lejos de la ciudad. Todos los suyos habían muerto. Los sacerdotes, con un cuchillo de obsidiana, le habían abierto el pecho y le habían arrancado el corazón a uno de sus hijos. La soledad y la miseria se le habían subido a la cabeza. Las autoridades terminaron por abandonarlo a su suerte y dejarlo errar por el altiplano, donde se alimentaba de raíces y donde bebía agua de los manantiales. De vez en cuando se encontraba con guerreros, con peregrinos, con campesinos como él que regresaban del mercado y que le dejaban tomates y algunas mazorcas. Decía palabras sin sentido y hablaba mientras corría.

Una mañana tuvo un encuentro que lo dejó mudo. Era una tropa, a lo lejos, como nunca había visto. Al frente, montados en tres animales fabulosos que lo dejaron seco de terror, avanzaban tres personajes que parecían hombres, pero tan inverosímiles que debió, en varias ocasiones, pasarse las manos frente a los ojos para ahuyentar una visión. Uno llevaba una barba blanca, los otros dos barbas negras, y sus cuerpos estaban encerrados en un corsé de metal que brillaba al sol. Llevaban sobre la cabeza grandes sombreros de fieltro adornados con plumas y una larga espada pendía sobre el

flanco de la bestia de pesadilla que les servía de montura. Tras ellos marchaba una veintena de soldados, con una pica al hombro.

Se tiró al piso. Vio pasar a la tropa surgida del infierno y entendió de inmediato que había vivido demasiado, puesto que asistía al principio de una espantosa catástrofe. Las ideas daban vuelta en su cabeza a velocidad vertiginosa. Recordó de pronto lo que un sacerdote de Tenochtitlan le había contado, una noche de tormenta, hacía ya muchos años: Quetzalcóatl se había ido sobre el agua hacia el sol levante y había prometido volver. Ahora estaba seguro: los seres que había visto, que no se parecían a nadie ni a nada de lo que conocía y que ya se alejaban con un ruido de metales que helaba el corazón, eran los mensajeros del dios. A menos que… apenas se atrevía a formular lo que le pasaba por la cabeza… a menos que el personaje a la cabeza, más magnífico aún, más inquietante que los demás, rodeado de señales de respeto por todos sus compañeros, no fuese el dios mismo. Esperó mucho tiempo más, todavía acostado tras un arbusto espinoso rodeado por dos piedras que lo protegían de las miradas y del furor del dios. Luego se levantó como loco y se puso a correr bajo el sol gritando a voz en cuello:

—¡Quetzalcóatl ha vuelto! ¡Quetzalcóatl ha vuelto!

Verdún seguía resistiendo. El prestigio de la corona obligaba al éxito de la ofensiva alemana dirigida por el Kronprinz. Los franceses, para resistir, se dejaban desangrar. Cada unidad en combate perdería uno de cada dos hombres, y a veces dos de cada tres. Para los dos adversarios, que dejarían sobre el terreno, muertos, heridos, desaparecidos, un millón de hombres en números redondos, Verdún se había vuelto el símbolo de la guerra y el corazón de Francia.

La cota 304 había caído. Mort-Homme había caído. El fuerte de Douaumont había cambiado de manos varias veces: había sido tomado por los alemanes, retomado, vuelto a perder. Después de haber resistido más de seis meses, el comandante Raynal, quien era el alma del fuerte de Vaux, se vio obligado a capitular. Los cerrojos de Verdún cedían uno tras otro. Solo el fuerte de Souville seguía aguantando bajo los bombardeos y protegía Verdún.

—¿Hola? ¿Mangin? Habla Pétain.

—Lo escucho muy mal, mi general. Intentaré comunicarlo con el general.

—Apúrese, viejo. Tengo prisa.

Pasan algunos segundos. Ruidos en la línea. A lo lejos se escucha el rumor de cañoneo.

—¡Hola!… Habla Mangin.

—¡Ah! ¡Mangin! ¿Cómo sigue Souville?

—La situación es desesperada. Todas las comunicaciones están cortadas. ¡Hola!… ¿Me escucha? Ya no llega ningún refuerzo. El bombardeo es ininterrumpido.

—¿Quién está al mando ahí?

—Casi todo el mundo fue muerto. ¡Hola!… Ahora, es el teniente Dupuy.

—¿Dupuy?

—¡Hola!… Sí. Kléber Dupuy.

—¡Ah! Kléber Dupuy. Sí… sí… Ya me han hablado de esa pistola… ¡Hola!… ¡Mangin!… ¡Hola!… ¡Hola!…

Kléber Dupuy detestaba la guerra. Los generales. Los militares. Era maestro. Pertenecía a una familia de la que todos los miembros eran republicanos, laicos, socialistas de padre a hijo. Los únicos soldados que les merecían respeto eran los soldados del Año II. Es por esa razón, como otros se llaman Marceau, que le habían puesto por nombre Kléber. El bisabuelo de Kléber había sido guillotinado por Gracchus Babeuf. El abuelo estuvo metido en los Talleres Nacionales. El padre había tomado partido, bajo la Comuna de París, por Rossel y por Clemanceau. Kléber había sido criado no solo con los viejos métodos y los cuentos infantiles, con extraños toques modernos, de los maestros de izquierda:

¿Conociste a Kléber?
Kléber Kléber
Cuando recorría kilómetros.
¿Conociste a Kléber?
Kléber Kléber
En su canguro amarillo y verde.
Kléber Kléber
Con su quepí sobre la cabeza.
Kléber Kléber
En su canguro amarillo y verde…

Pero en el culto a Proudhon, a Marx, a Jaurès, a la Internacional Socialista del que su padre era militante. Era amigo de Barbusse, quien todavía no había escrito *El fuego*, y, cuando fue sorprendido distribuyendo entre los hombres volantes y periódicos pacifistas, tuvo serios problemas con Nivelle y Mangin, que quiso fusilarlo. Fue Pétain quien lo salvó. Después de terribles reprimendas, semanas de arresto de rigor y algo de cárcel, lo habían enviado en primera línea, para que lo mataran, al fuerte de Souville.

Socialista, pacifista, antimilitarista de hueso colorado, Kléber Dupuy ignoraba el miedo. Odiaba la guerra. Los bombardeos le daban risa.

—Y siguen las pendejadas —decía—. Firmes, saludo militar, izar la bandera, *Marsellesa* de mis huevos y, enseguida, los shrapnels y la Gran Berta.

Cuando los oficiales de Souville, cortados de todo contacto, abandonados por Dios y por los hombres, habían sido todos muertos, había tomado el mando con el grado de teniente. Quedaban setenta y seis hombres. La mayoría eran tiradores senegaleses que daban horror a los alemanes.

Entonces sucedió algo bastante inesperado. ¿El teniente Kléber Dupuy les habría tomado afecto a esos muchachotes negros que se lanzaban al asalto riendo a mandíbula batiente y lanzando obscenidades que nadie entendía? ¿Se habrá dicho con filosofía que no había otra cosa que hacer más que empuñar el papel al que lo invitaba el destino, tan preciado por los estoicos de los que tenía siempre un volumen en su bolsillo y que leía con gusto, acodado en su casamata, entre dos bombardeos? ¿O fue alcanzado, como Pablo de camino a Damasco, por una iluminación que le hizo quemar todo lo que había adorado y adorar todo lo que había quemado? Por una razón u otra, frente a las tropas de asalto del Kronprinz, el teniente Kléber Dupuy, socialista, pacifista, de oficio profesor, se volvió de un día para otro héroe nacional.

Cuando el general Mangin, a la cabeza de los refuerzos franceses, logró por fin aflojar el tornillo de las mandíbulas del Kronprinz y romper el sitio de Souville, quedaban en el fuerte, heridos, azorados, temblando de fiebre, al borde de la locura, catorce tiradores senegaleses y el teniente Kléber Dupuy. Habían resistido a todo el ejército alemán. El general Mangin se arrancó la Legión de Honor y la prendió en el pecho del que había querido fusilar. El maestro lloraba.

—Dentro de veinticinco o treinta mil años…

—Es mañana —dijo A.

—Es mañana —dije—… París, Londres y Venecia no serán más que fábulas en la memoria de los hombres. Algo así como Éfeso, Halicarnaso, Babilonia, como Kadesh o Karkemish. Inmensas catástrofes lo habrán borrado todo. Florecerán las Atlántidas. De Alejandro y de Hércules, de Carlomagno y del Preste Juan, ya nadie sabrá cuál es realidad y cuál es leyenda. Las tres grandes guerras franco-alemanas, que agitaron tantos espíritus, ya no serán más que una, y quizá se meterán en el mismo costal las guerras de Napoleón y las de Luis XIV. Quizá la era de los libros, de las guerras, de los bosques solo será un capítulo, ¡vamos!, ¡fuera!, no se hable

más de eso, de los manuales por venir o de los que los reemplazarán. Habrá tantas cosas que aprender sobre una historia de la humanidad de agobiantes dimensiones que la gente de la época, por razones diferentes, a pesar de casetes y de archivos, sabrá de su pasado tan poco como nosotros mismos. Quizá, mi querido A, y me estremezco con esas palabras, habrán olvidado el informe a la gente de Urql sobre el estado de la Tierra y sus ilustres autores.

—¡Ah! ¡Dios mío!, —exclamó A.

—No importa. Sigamos. En veinticinco o treinta mil años, investigadores venidos de otra parte…

—¿Y de dónde?, —preguntó A.

—No lo sé. De otra parte. Pongamos que de Urql, por ejemplo.

—¿De Urql?

—Pues sí. ¿Por qué no?… se agitarán sobre las ruinas de Nueva York o de París. Serán ruinas magníficas. Todo lo que nos pareció tan feo comparado con el Partenón o con Persépolis estará impregnado de una grandeza de la que no tienes ni idea.

—Y tú tampoco —dijo A.

—Y yo tampoco, por supuesto. El Empire State Building, o el Grand Central de Nueva York o el Centre Pompidou o la Casa de la Unesco de la plaza de Fontenoy serán objeto de excavaciones muy sesudas llevadas a cabo con medios que ni siquiera nos podemos imaginar y se intentará comprender lo que eran los hombres de nuestro tiempo, en qué se ocupaban y en qué creían.

—Un poco como yo —dijo A.

—Y como para ti hoy, y para mí, será una tarea sobrehumana. Pero ya que dentro de treinta mil años los hombres serán superhombres, no porque sean superiores a lo que habremos sido, sino porque habrán renunciado a ser hombres en provecho de máquinas cada vez más refinadas y cada vez más eficaces que harán de ellos unos superhombres, la tarea sobrehumana sin embargo se cumplirá. Apoyados por sus robots y artilugios nucleares, los superhombres excavadores, arqueólogos, epigrafistas, historiadores, filósofos, descubrirán que trenes partían de Grand Central y que funcionarios de estado cobraban de un presupuesto y ocupaban oficinas en la Casa de la Unesco y en el Centre Pompidou. Lo que hacían en la Unesco o en el Centre Pompidou los funcionarios de estado, o de los estados, será bastante más difícil, dentro de treinta mil años…

—¿Dentro de treinta mil años?

—Sí, dentro de treinta mil años… por definir con certeza. Pero en fin, puedes imaginar que muy grandes mentes, estilo Champollion, estilo Lévi-Strauss o estilo Dumézil, emitirán la hipótesis de que ejercían funciones a medio camino entre la magia y el comercio, la banca o la religión, en un ámbito muy oscuro que costará trabajo definir y que llevaba por nombre cultura. Unos sostendrán que se trataba de monjes, a menudo iluminados, que repetían sin fin los mismos encantamientos y las mismas letanías sobre lo intercultural y sobre la tolerancia; y los demás, cínicos y aprovechados que constituían, del tipo de los arúspices del Bajo Imperio, una clase de explotadores del pobre pueblo y que reían a carcajadas cuando se miraban. Costará trabajo entender de qué podían servir los imponentes archivos conservados en lugares antaño llamados bibliotecas, una expresión en desuso que provenía, a decir de los sabios, de la vieja palabra griega *biblos*, que significaba libro, antiguo medio de difusión de la famosa cultura, ella misma objeto de tantas especulaciones contradictorias. Innumerables sistemas, de inaudita complicación, serán sucesivamente edificados. Para unos, la cultura pertenecerá definitivamente al ámbito de la religión. Por otros, atañerá a un saber acumulado por mandarines con fines de poder. Para otros más, solo se tratará de un juego, de una mistificación o de un deporte en el que los vencedores, aclamados por la multitud, recibían medallas de oro y guirnaldas de laurel.

En medio de esos delirios y de sus interrogantes, un buen día dos arqueólogos, uno muy joven y otro más viejo, estarán casi simultáneamente, por un golpe de azar, en las ruinas de Grand Central y de la Casa de la Unesco, en el sitio llamado de Nueva York y en la excavación llamada de París, en el origen de un doble descubrimiento bastante raquítico, y sin embargo capital, que hará mucho ruido en el ámbito de los sabios.

Hará mucho ruido porque estará envuelto en un misterio. Los trenes, se había entendido: la gente se subía para ir a otra parte en la época en que tenían tiempo que perder y en el que, en vez de desintegrarse aquí y de reintegrarse allá, daban saltos de pulga, dentro del mismo cuerpo, entre una ciudad y otra. Los libros, se había entendido: la gente se desgastaba la vista leyendo aventuras, a menudo de una rara estupidez, impresas sobre papel en caracteres que, tomados aisladamente, no significaban nada de nada y cuyo conjunto constituía un sistema de infernal dificultad, conocido con el nombre de alfabeto. Las sillas, las oficinas, las escaleras, los elevadores, los estacionamientos para coches, se habían terminado por entender. Solo

quedará inexplicado, y quizá inexplicable, el doble y delgado y sin duda decisivo descubrimiento de nuestros dos arqueólogos.



Será un disco de tamaño pequeño. Casi el mismo en Nueva York y a orillas del Sena. Por un milagro que la ciencia nunca bendecirá suficientemente, los dos ejemplares fueron hallados en un estado de conservación cuasiperfecto. El disco, en su centro, estará perforado por un hoyo. El borde exterior de los dos tercios de su superficieserá en parte de color verde, en parte de color rojo.

Reproducciones del disco habrán sido enviadas, por todo el universo, a todos los parques de atracciones y a las reservas folclóricas que servirán como museos de las principales galaxias. Se verán incluso en las cooperativas de aprovisionamiento, donde serán almacenadas las pastillas nutritivas, y en los centros espaciales, donde animaciones musicales y juegos nucleares los habrán tomado por tema. Se harán broches, sellos, motivos decorativos. Las mujeres los llevarán al cuello o en su túnica. Los hombres los usarán como cortapuros o como llavero. Una nueva colonia espacial, al límite de nuestra galaxia, tomará al disco como emblema y lo adornará con un lema, tomado en préstamo a Miguel Ángel, que correrá a su alrededor en letras de oro: «Dios le dio una hermana al recuerdo y la llamó esperanza».

Gracias al desarrollo de los medios de comunicación, la oscura veneración de una historia de la que ya no se sabrá mucho más se habrá expandido por todos los rincones del universo. El objeto se convertirá en el símbolo del pasado de la humanidad. El símbolo también del saber sobre ese pasado, y de su ignorancia. Será aún más conocido en esos alejados tiempos que lo son para nosotros el recipiente de Vix o *La parisina* de Cnosos con su nariz respingada o también los guerreros de Xian de barro cocido cuyas reproducciones circularon de grandes revistas a grandes almacenes. Será, en más pequeño, el equivalente de las pirámides, de la Acrópolis, de la plaza del Capitolio, del templo de Angkor Vat o de Borobudur, de la catedral de Chartres, del juego de pelota de Chichén Itzá.

—De la Aduana de Mar —dijo A.

—De la Aduana de Mar.

Los escolares lo dibujarán al mismo tiempo que la imagen de esta Tierra, de la que habrán venido. El Disco se volverá nombre propio y el corazón mismo y la esencia de una historia que no dejará de extenderse y de proliferar, y de caer en el olvido. Será objeto de admiración de las multitudes y de una especie de culto. Y nada les será más familiar a esos hombres del futuro que la forma del Disco, de perfecta simplicidad, indefinidamente repetida en todas las paredes, sobre papel, sobre los paños, sobre los objetos, incansablemente reproducida por las máquinas electrónicas y nucleares. El signo más difundido de la historia de la humanidad también será el más misterioso. Las teorías se habrán multiplicado alrededor de la cultura y de su papel en la sociedad. Florecerán más numerosas aún alrededor del Disco y de su significado.

Durante largos años, quizá durante varios siglos, apoyada en una epigrafía de la que no tenemos la menor idea y en gran número de textos, de reglamentos, de circulares, de manuales administrativos de nuestro tiempo, descifrados sin cesar por las computadoras, prevalecerá una tesis clásica, llamada «teoría de las comunicaciones»: el Disco aparecerá como una señal utilizada por dos medios de locomoción desaparecidos desde hace tiempo: el ferrocarril y el automóvil. Estará fuera de duda que la mención «luz verde» y «luz roja» era frecuente en los millones y millones de toneladas de archivos registrados en las grandes centrales electrónicas del espacio. La luz verde permitía la circulación de los artefactos, la luz roja la prohibía.

El primer ataque contra la teoría funcionalista de las comunicaciones vendrá por parte de especialistas de las grandes organizaciones internacionales: Sacro Imperio Romano Germánico, jesuitas, francmasonería, Tribunal de la Rota, Inquisición, Sociedad de las Naciones, aristócratas y socialistas, mafia, trata de blancas, Naciones Unidas, Unesco… que afirmarán que, si bien había trenes en Grand Central de Nueva York, ningún rastro de ferrocarril había podido ser descubierto en las ruinas de la plaza de Fontenoy en París. El Disco tenía, además, dimensiones tan modestas que los conductores hubieran necesitado tener ojos de lince para descifrarlo a lo lejos. Filósofos y sabios propondrán entonces una hipótesis revolucionaria que hará mucho ruido y que marcará una vuelta, por muchos aplaudida, a la espiritualidad. El Disco ya no estará vinculado a la circulación de los automóviles y del ferrocarril: tomará, como la misma cultura, un significado religioso y necesariamente ambiguo. Algunos supondrán que se trataba de una patena sobre la que se depositaban alimentos espirituales, quizá una legumbre

verde o vino tinto. Otros, que el Disco era una ruleta rusa de la que dependían la vida y la muerte que los emperadores consultaban antes de levantar o bajar el pulgar para indultar a los gladiadores o para condenarlos.

Las más sutiles interpretaciones quedarán injertadas en esta teoría. Unos hablarán de una actividad religiosa y mágica, extrañamente mezclada con preocupaciones financieras, que llevaba por nombre *política* y donde, según textos antiguos de ardua lectura, se encontraban, en efecto, alrededor de un pivote central llamado *democracia* y representado por el hoyo de en medio, *Rojos* y *Verdes*. Otros, apoyados en oscuros libros de magia, establecerán una relación entre el disco verde y rojo y el signo del yin y del yang en la filosofía del tao. Otros más llevarán el debate hacia la literatura, y exhumarán el recuerdo de una obra muy famosa…

—¿El informe?, —preguntó A con gran sonrisa.

—No. *El rojo y el negro*. Sabrán que la literatura, hacia esa época, se había convertido en una rama de la publicidad. Imaginarán que el disco es un expositor o un argumento de venta para una obra cuyo título habría sido *El rojo y el verde*, que se volverá tan famoso como si algún día hubiera sido editado y del que buscarán por todas partes, pero en vano, los rastros inexistentes. Hombre y mujeres de letras lanzarán en las pantallas nucleares telenovelas llamadas *La novela del rojo y del verde*, *Las aventuras del rojo y del verde*, *El regreso del rojo y del verde*, en las que la vida intelectual de nuestra época estará representada bajo aspectos alucinantes. Darán un contenido a la nada y lo nombrarán literatura. Sabios eruditos hallarán, a orillas del Sena, rastros de desdichados ancianos sepultados bajo el polvo de documentos descompuestos y entregados a la burla y a las pullas del público bajo el nombre de chaquetas verdes[1]. Y un archivista-paleógrafo desenterrará un drama de un tal Hugo donde exhibirá un verso (un «verde», según una nueva escuela de críticos y de filósofos)[2] que le valdrá tanta gloria como si lo hubiera concebido él mismo:

> [3]*¡Miren todos! ¡Ahí va pasando el hombre rojo*(28)*!*

El Disco será conocido, durante un siglo o dos, bajo el nombre de «Disco de los hombres verdes y de los hombres rojos».

La historia de un inmenso pasado proveerá además, alrededor del disco de Grand Central y de la Casa de la Unesco, el material de muchos edificios de una fragilidad maravillosa. Se evocarán los juegos de Deauville, de Monte Carlo, de Las Vegas donde, alrededor de un tapete verde, salían números

rojos. Se dará con las carreras de carros del hipódromo de Bizancio donde se enfrentaban los Azules, los Verdes, los Blancos y los Rojos. Cuando los quisquillosos espíritus hagan notar que entre el emperador Justiniano y la Casa de la Unesco, entre la emperatriz Teodora y el Grand Central de Nueva York había transcurrido un milenio o dos, se llamará a Nostradamus, cuyas *Centurias*, traducidas al nuclear, seguirán estando de moda, se invocarán misterios y sociedades secretas que se habrán perpetuado durante siglos y siglos (aunque sabes que la única sociedad secreta que vale es la historia de los hombres a través de los milenios) y se barrerá la objeción de un manotazo.

El disco rojo y verde conocerá todavía, a través de los siglos, innumerables avatares. Los gramáticos («ver rojo», «tomar sin verde[4]», «rojo de vergüenza», «verde de rabia», «llevar al rojo vivo», «ponerse pálido como manzana verde»; los místicos, los físicos, los psicoanalistas bromistas: «verde lombriz de tierra» y «madre roja Mar Rojo[5]» e incluso, en una poderosa síntesis: «ser marcado al verde rojo[6]», los jugadores, los locos, los militares retirados, los investigadores y los curiosos darán su opinión a su vez. Ninguno encontrará la clave, tan simple, del enigma. El disco verde y rojo (pero el secreto permanecerá para siempre perdido para los hombres) comandaba…

—¿El respeto?, —propuso A.

—Probablemente. Probablemente. ¿Algo más?

—¿El silencio?

—Habla sin temor.

—¿El retiro?

—No es inexacto. Desarrolla. Inventa, imagina, supón.

—¿El acceso a algo?

—¡Ya casi! ¡Caliente, caliente!

—No sé —confesó A sacudiendo la cabeza—. No sé.

—La puerta de los sanitarios.

XI. Me enojo con A

—Te la pasas todo el tiempo repitiendo que el tiempo siempre es el tiempo y que el tiempo cambia todo el tiempo.

—¿Dije cosas así?, —pregunté.

—Las dijiste. Las escribiste. Ya figuran en el informe en el que todos podrán leerlas. A mí, que tengo el espíritu más simple puesto que no pertenezco a la historia y que soy eterno, es ese cambio el que me sorprende. La diversidad del mundo. La multiplicidad de los acontecimientos, de las perspectivas, de las miradas. Y sin embargo, ese vínculo del uno al otro por la imaginación y el recuerdo. Y que podamos pasar en espíritu de los samuráis a los aztecas y del futuro al pasado.

—¿Entendiste bien que siempre era la misma cantaleta? Los hombres suceden a las algas y los romanos suceden a los griegos y Bizancio sucede a Roma, pero el efecto siempre sale de la causa y la historia sigue ahí. El mundo siempre es el mundo, nadie podría confundirlo con cualquier otra cosa y permanece semejante a sí mismo.

—También entendí bien que siempre era diferente. Los hombres ya no son algas, y los romanos no son griegos, y Bizancio no es Roma. El mundo no cesa de moverse.

—Como el cuchillito de Juanito. Se cambia la hoja. Se cambia el mango. Y sigue siendo el mismo cuchillito: el cuchillito de Juanito.

—¿No hay gente de la que me has hablado a menudo a propósito de Tucídides, de Jenofonte, de Tácito y que se interesan en sus obras a la hoja y al mango del cuchillito de Juanito y a los cambios de la historia de los hombres?

—¡Ah! Ya veo en quién estás pensando —dije—: en los historiadores. Escriben informes sobre los hombres en general. Explican de dónde provienen los francos, los hunos, los mongoles de Gengis Kan y el mismo Gengis Kan, o Lorenzo de Arabia, o Annette von Droste-Hülshoff, y lo que anhelaron y realizaron antes de desaparecer.

—Los historiadores cuentan batallas, tratados, matrimonios, carreras…

—¡Qué horror! Sobre todo, nada de chismes.

—… Revueltas y revoluciones, inundaciones, hambrunas, libros y obras de teatro, el precio del trigo y del oro, el origen del tenedor y de la vela latina, los debates de los clérigos y de los sabios sobre las creencias y las instituciones…

—Los papas Clemente —dije.

—Entre otros. Y hay demasiados. Lo que quisiera poner en el informe, es lo que los historiadores no ponen en sus obras: el color de las cosas, el asombro de ser, la familiaridad del universo y su alejamiento, la manera en la que nos comportamos en él, de hablar, de pensar, la imagen que se hacen de un mundo al que pertenecen y que les pertenece, la melancolía, el aburrimiento, la ambición, el asco, las ocultas esperanzas de los jóvenes. Todo lo que sucede en secreto, sin que nadie sepa nada, en los espíritus y en los corazones. Entiendes lo que quiero decir: el espíritu de la época.

Fue mi turno, solo eso esperaba, de silbar entre dientes.

—Vaya, vas muy rápido —le dije—. Apenas si logro comprender lo que sentía Marie en el patio con buganvilias del monasterio de Symi. Apenas si logro comprender lo que yo mismo pensaba. Mucho menos traducírtelo y explicártelo. ¿Cómo quieres que comprenda y que explique en el informe los sentimientos y los pensamientos de un samurái, de un bosquimano, de la mujer de un guerrero azteca o de un banquero del Renacimiento, de un astrónomo de Samarcanda, de Uccello en Florencia en el taller de Ghiberti o de Carpaccio en Venecia pintando sus cortesanas?

—Acabaré por creerte —gruñó A—: me topé con un incapaz.

—Ni lo dudes.

—Si hubiera, en vez de ti, conocido a Tucídides o Hugo…

—¡Ah!, —murmuré—, me va a salir con *Cosas vistas*…

—O Samuel Butler, o Pepys, o Dumas, o Mérimée…

—Francamente —le dije—, mejor, imposible.

—… El asunto ya estaría resuelto y tomaría vuelo hacia Urql con una pequeña obra maestra que me valdría la estima y la admiración de todos los espíritus, mis compañeros. Desgraciadamente…

—¿Desgraciadamente…?

—Desgraciadamente, no tienes ni la menor idea de lo que habría que poner en el informe para despertar en la gente de Urql una luz de esperanza.

—Sabes —le dije—, tu informe…

—¿Dime?

—Que se vaya al carajo.

—Qué delicadeza de fórmula —dijo—. No me sorprende de tu parte. Te sabía bueno para nada. Ahora sé que eres un vulgar. Reconozco mi error: debí desconfiar de tus primeras palabras en las que se expresaban un espíritu mediocre y no confiarte jamás una tarea de la envergadura del informe. Más o menos todo lo que cuentas, con mesurado talento, no tiene el más mínimo sentido y el mundo, escuchándote, sería un total desmadre. Balbuceas, se te

traba la lengua, te enredas, te haces bolas, sueltas cualquier tontería. Me temo que la lectura del informe, que debió ser un encantamiento, a modo, por ejemplo, del trabajo sobre Sirio de mi compañero Urxulzkromlech…

—Llamémoslo U —sugerí.

—… Tan lleno de saber y de sentido común, se revele muy decepcionante. Ningún espíritu en Urql, te lo aseguro, le entenderá nada y los hombres, por tu culpa, serán para nosotros unos misterios de vanidad y de contradicciones. Mejor me hubiera dirigido a una institución seria donde trabajan hombres con experiencia y peso: a la Harvard University, quizá, o al Polytechnicum de Zúrich, o a la Academia de Ciencias Morales y Políticas, que pertenece, creo, al Institut de France…

—Muy buena idea —dije—. Te invitará seguramente, a cambio, a dar una ponencia sobre los problemas monetarios de Urql y sobre sus valores éticos.

—… O también a la Unesco, que redactó a muy alto costo, con la ayuda de los gobiernos del mundo entero, una *Historia cultural de la humanidad* que debe convertir en inútiles, me imagino, a todos los otros trabajos del mismo tipo.

—¿Qué esperas?

—O al Massachusetts Institute of Technology o a la London School of Economics o al Institute for Advanced Studies de Princeton, cuya reputación ha llegado hasta mí.

—¿Gracias a quién?, —murmuré.

—Tú, ni siquiera eres capaz de contestar a la pregunta para niños de preprimaria que te hice hace rato y decirme en qué el mundo en el que viviste era diferente al de Esopo o de Horacio, de La Fontaine, de Voltaire, de tu querido Chateaubriand, quienes hablaron todos con tanta gracia y talento sobre lo que habían visto. O incluso el de tus abuelos, quienes quizá evocaron ante ti, a pesar de tu estupidez que debía causarles tantas preocupaciones, recuerdos de su vida.

—Mira —dije—, no tenemos tanto tiempo. No nos peleemos. No te oculté que no sabía casi nada. En esta Tierra me la pasé haciendo lo que me gustaba y es por ello que le vida me fue deliciosa.

Somos los conejitos
Gente ajena a la escritura
Calzados con los zapatos
Que nos dio la naturaleza.
Sin haber leído a Dostoievski
Parecemos rudos

Pero no nos ufanamos
De ser psicólogos.
Somos los conejitos.
El pelo forma nuestras botas.
No tenemos libritos
Por eso no tomamos notas[(29)].

—¿Qué mosca te picó?, —gruñó A—. ¿Te estás volviendo loco?

—Tú eres el que me está volviendo loco. Nunca debí hacerte caso. Cuando te conocí encima de la Aduana de Mar me dejé llevar por la idea de revivir, en la muerte, con Marie y contigo, lo que tanto había amado en los días de mi vida. Pero veo que el informe es incapaz de rendir lo que mejor había en este planeta en el que tanto me paseé: una grandeza, un encanto, una alegría, un dulzor… Tienes razón: no estoy a la altura de mi encomienda. Le presentarás mis disculpas a la gente de Urql. Dile, la próxima vez, de bajar contigo y juzgar por ella misma. Es demasiado difícil explicar a alguien que no tiene la menor idea de lo que es el tiempo que pasa, el olor del heno cortado en las alturas de los lagos de Baviera, el color del agua en Naxos o en la bahía de Fethiye, la caída del imperio de Occidente en tiempos de Alarico, de Odoacro o de Teodorico y la risa de Marie.

Ahora, antes de separarnos y de partir cada quien hacia lo que nos espera, tú por Urql y yo no sé dónde, de todos modos trataré de indicarte en pocas palabras, si puedo, y ya que me lo pides, cómo era el mundo en tiempos en que vivía en él.

—Gracias —dijo A.

Y me tendió la mano.

Era un buen muchacho.

XII. La posesión del mundo

Me le acerqué. Bajé la voz para que no me escucharan en Honshu o en Shikoku, que estábamos sobrevolando.

—Criaturas misteriosas, desde hace tres o cuatro siglos, son dueñas del mundo. Le pusieron la mano encima, se lo han acaparado. Es el robo más importante de la historia universal.

—¡Diantres!, —exclamó A sentándose y colocándose el puño bajo el mentón—. ¿Y de quién se sospecha?

—¡Adivina!

—¿De invasores venidos de otra parte, apuesto, que hacen soñar a las buenas gentes? ¿De extraterrestres bajados de sus ovnis? ¿De tipos algo como yo?

Me coloqué un dedo sobre los labios. Miré a mi alrededor.

—Para nada —cuchicheé—. Son tipos como yo. Son los hombres mismos.

—¡Los hombres mismos!

—Así es. Es oficial. Durante mucho tiempo los hombres estuvieron por encima de toda sospecha, o más bien por debajo de toda sospecha.

—Cuando eran algas —dijo A.

—E incluso más tarde. La vida surge del mundo, los hombres surgen de la vida, y entre el mundo y los hombres se desata una lucha a muerte. Veinte veces, treinta veces, podría pensarse que el mundo, que tomó un nombre falso y se hace llamar naturaleza…

—¡Ahora, usurpación de identidad!, —exclamó A.

—No reculan ante nada… le ganará la partida a los hombres como se la ganó a los diplodocus, a los archaeopteryx, a las tribus perdidas de Israel, a todo lo que dejó regado a lo largo del camino. No le apostaríamos ni un peso a los hombres, más débiles, menos bien armados para durar lo que tantos otros de sus congéneres en la historia de la vida. Es una batalla en toda regla, es un combate de gladiadores, es la carrera de Ben Hur. Ahí estamos, jadeantes, asombrados, mirando a los hombres pelearse contra el mundo con su nariz de disfraz de naturaleza.

—¡Ah! ¡Los estoy viendo!, —gritó A.

—Suben, bajan, ganan, pierden. Es el Diluvio, que ahoga a todo el mundo, o casi; es la Atlántida, que desaparece; es la Gran Peste que, acá y acullá, mata a un hombre de cada dos.

—Como Caín y Abel.

—Los hombres se pelean. Se salvan. Cuando la historia comienza…

—¡Momento! ¿No me contaste que comenzaba con el *Big Bang*?

—Quiero decir la historia de los hombres, la verdadera historia, la historia escrita, con documentos y archivos, la que viene después de las cavernas y las piedras labradas; cuando da inicio esa historia, el hombre está a salvo. Mira a su alrededor. Está encantado con sus poderes. Y a modo de un especulador de Estados Unidos o de Medio Oriente que festeja con bombo y platillos su primer millón de dólares, a modo de un escritor que celebra su Goncourt, se da grandes fiestas para celebrar su éxito.

—¿Grandes fiestas?

—Los jardines colgantes de Babilonia son una fiesta. Las Pirámides son una fiesta. El templo de Artemisa en Éfeso es una fiesta. Olimpia y Delfos y las Panateneas son fiestas. A los ojos de quienes vendrán después, toda Grecia es una fiesta. Grecia es el baile de matrimonio de la historia con el hombre. ¡Oh!, claro está, incluso en el momento del matrimonio, hay estira y afloja y dramas. No todo es color de rosa en tiempos de Atenas, de Pericles, de Alcibíades, Erecteión, de la aurora de la filosofía, del esplendor de los trágicos griegos. Sócrates mismo es condenado a muerte por haber pervertido a la juventud. Tucídides es el historiador de una guerra llena de matanzas que llamamos la guerra del Peloponeso. Y más vale, en la Grecia clásica, para bailar todo lo que se quiera en la gran fiesta de la historia, ser hombre libre más que un extranjero radicado, y sobre todo más que esclavo. Y ya los persas están al acecho. Y Alejandro de Macedonia. Y Roma, un poco más lejos. Pero cuando los hombres, más tarde, hojean en su álbum de fotos de familia, las imágenes del matrimonio conservan un aroma de felicidad. Si les preguntara a los hombres cuál es el mejor recuerdo de su larga existencia…

—¿Larga?, —preguntó A.

—O breve, si lo prefieres, es como uno quiera… muchos, me imagino, responderían: Grecia.

—¿Podríamos hacer una encuesta?, —propuso A.

—¿Como en los juegos por la noche, en la tele? ¿Mejor recuerdo de la humanidad? Siglo XIX: 7 %; Primer Imperio: 5 %; Revolución: 10 %; Siglo XVIII: 6 %; Renacimiento italiano: 23 %; Grecia antigua: 37 %; no sabe: 12 %. Todo el mundo se precipita ante las cámaras para besar al vencedor. La asistencia bate las palmas. El presentador no cabe de emoción fingida. Confusión. Parloteo. ¿Conoce bien Grecia? No, pero mi cuñada… ¡Bravo! Es usted formidable. Se ganó un horno de microondas y un boleto para dos personas a Epidauro.

Vale decir, más sencillamente: Grecia es la juventud del mundo. De ahí la sorpresa, el asombro, la gracia, todo lo que ya te conté. Pero lo esencial es que en la Grecia antigua el hombre sigue siendo parte de la naturaleza. Es una maravilla, pero una maravilla de la naturaleza. La más grande, la más bella, la más preciada maravilla de la naturaleza. El hombre es un milagro. Pero un milagro de la naturaleza.

Cuándo el mundo da un vuelco de la naturaleza a los hombres, no lo sé. Sé cuando da un vuelco sobre su eje y cuando su centro pasa de Venecia y del Mediterráneo a las dos orillas del Atlántico…

—1492 —dijo A—. Octubre de 1492. 12 de octubre de 1492.

—¡Bravo! Una televisión a colores. Y un boleto a Hollywood. No sé cuándo el equilibrio instaurado por Grecia se rompe entre el mundo y el hombre. En algún punto, supongo, entre el Renacimiento y la máquina de vapor. Entonces nace el mundo moderno, que, en el momento en el que muero, ya está bastante envejecido. Podemos definir a ese mundo moderno de cien maneras distintas. Una de las mejores definiciones es dada por uno de los más grandes filósofos franceses…

—¿Descartes?, —sugirió A.

—¡Bravo! Una computadora.

—No abundan en número —me dijo.

—¿Las computadoras?

—No. Los filósofos franceses.

—Hay más de los que crees. Sería muy injusto olvidar en el reporte el nombre de Malebranche, quien es el rigor mismo del delirio divino, o el de Bergson, quien tiene la fluidez de la experiencia inmediata. Pero ese es Descartes. Nos hace ver en los hombres a los amos y poseedores de toda la naturaleza. Ayer era el mundo el que dominaba a los hombres. Desde ahora, son los hombres los que dominan el mundo. Se ha hablado mucho en esta Tierra, desde hace siglo y medio, de un sentido de la historia. La historia no ha seguido mucho los sentidos obligatorios que le eran indicados por los pensadores y las autoridades. Más bien se precipitó, contraviniendo las consignas, en los sentidos contrarios. Marx vale lo que la Inquisición, y son los rebeldes de la ideología dominante quienes mostraron los caminos del porvenir. Si, a través de guerras y catástrofes sin la menor importancia…

—Excepto para los muertos —hizo notar A.

—Y para aquellos que los amaban… si bien hay una dirección que la historia tomó con obstinación, es la que desemboca en una encrucijada atiborrada de máquinas y de gente que se agitan sin son ni ton en un ruiderío

infernal. La encrucijada lleva un nombre: la posesión del mundo. Los hombres han conquistado el mundo del que eran un fruto, una flor, un brote, una excrecencia entre otras.

A más o menos corto plazo, la naturaleza de la que salieron los hombres será destruida por los hombres. Porque ellos fueron los que ganaron la guerra. Ya te sabes lo de los bosques, de los animales salvajes, de las manchas blancas en el mapa que se borran hasta desaparecer, del Mediterráneo al que ya no le queda mucho tiempo.

—Es cierto —dijo A—. Algunos millones de años.

—Ahí donde el hombre prospera, se marchita la naturaleza. El hombre avanza: ante él, el bosque; tras él, el desierto. Llevemos las cosas al extremo: el hombre se vuelve tan poderoso que hace volar en mil pedazos al planeta. Se cierra el círculo: la naturaleza hizo al hombre y el hombre deshace la naturaleza.

El hombre es una rama de la vida, que era una rama de la naturaleza. He aquí que reina sobre la vida y que reina sobre la naturaleza. Reina con tanto poderío que el reino por entero se reduce solo al rey. Amo y poseedor de toda la naturaleza, el hombre está solo en una Tierra que ha reducido a la esclavitud y de la que hace lo que quiere.

Tal era el mundo en el que viví. Se te hablará de grandes guerras, de costumbres desaparecidas, de creencias que se debilitan, de la revolución francesa, del maquinismo industrial. Todo ello, que es importante, no es más que el efecto de una sola cosa: la toma de posesión del universo por el hombre. El hombre, cuando todavía formaba parte de la naturaleza, se apoyaba en la naturaleza. Brilla, durante siglos, un símbolo de esa naturaleza que le aporta al hombre una ayuda diaria de la que ni Alejandro, ni Aníbal, ni César, ni Cicerón, ni Montaigne, ni Chateaubriand, ni Stendhal, ni incluso Flaubert o el joven Maupassant, pero ese es el límite extremo, pudieron prescindir de él: es el caballo. Desde que el hombre logra apoderarse del mundo, ya no necesita al caballo. Se separa de él. El siglo en el que morí es el primer siglo, desde hace milenios, en que el hombre avanza sin caballo para conquistar su planeta.

Lo que reemplazó al caballo, lo sabes bien. Es lo que lo reemplazó todo. Es el corazón del mundo de hoy, del que me pides hablarte. Es lo que viniste a buscar tomándome de la mano encima de la Aduana de Mar. ¿Es…? ¡Vamos!… Te toca demostrar que comprendes más rápidamente que los demás y que ya casi lo sabes todo. ¿Es…?

—Este… —balbuceó A.

—Es la ciencia. La ciencia vence al caballo. El caballo toma el nombre de caballo de fuerza. El mundo no es más que saber. Y, las más de las veces, un saber sobre el saber. La naturaleza se deshizo como terrón de azúcar en agua. Es como los bosques que los hombres atraviesan en coche por las autopistas: es transparente hasta la inexistencia. La ciencia tomó el relevo y la puso de lado. Victoriosa de la naturaleza de la que brotó como una flor antes de masacrarla, la ciencia es en el mundo moderno el anuncio, la espera, la promesa, y también la amenaza. Es el nombre que tomó la historia en el tiempo de mi vida y la imagen de nuestros terrores así como de nuestras esperanzas.

Marca el triunfo del hombre. Y, por una formidable paradoja, el principio de su fin. La ciencia remata al hombre. Lo alza a la cima y se apresta ya a precipitarlo al abismo. Se le transforma, se le opera, se le manosea, se le reemplaza. Los robots emergen en apretadas filas del fondo del horizonte. Se pudo cantar la muerte del hombre después de la muerte de Dios. Entre la naturaleza y la ciencia, entre los dioses y las máquinas, el reino del hombre solo no habrá sido largo.

A me jaló la manga.

—Óyeme, ¿no querrás que nuestro informe llegue hasta el momento mismo en que el hombre se va?

—Sabes, creo que el hombre es capaz de todo. Sospecho que se deja llevar por quienes quieren echarlo. El hombre es fruto de la naturaleza, la ciencia es un fruto del hombre; el hombre echó a la naturaleza, así que la ciencia echará al hombre: no estoy del todo seguro de que los acontecimientos se rijan por ese paralelismo y sigan ese camino ya trazado. Creo que el hombre es otra cosa que una etapa en una historia. Creo que es el final de esa historia. Y es por esa razón que su vida es sagrada.

—Hay un Dios que se hizo hombre —dijo A—. Y, por ende, el hombre se hizo Dios.

—Si así lo quieres —murmuré ya sin aliento.

Y, las manos en los bolsillos, chiflando las trompetas de *Aída*, caminé un poco.

A corrió tras de mí.

—¿Cómo que «si así lo quieres»? Tú fuiste quien lo dijo. Y no tomes aires de exasperación. Solo repito lo que dijiste.

—Es cierto, confesé. Voy a explicarte lo que pasa: me parece que hay muchas palabras. Ya son casi dos días en los que trato de mostrarte el mundo. «Porque», escribe Calvino en su comentario sobre el Génesis, «Moisés

simplemente quiso decir el mundo». Con toda modestia, yo soy otro Moisés para tu uso personal. Y todo lo que logro hacer es apilar palabras. Si hubieras llegado de Urql hace diez o veinte mil años, o quizá solo cinco mil, hubiéramos hablado mucho menos. Te habría llevado de caza o de pesca. Habríamos mirado los árboles, los lagos, las montañas, las nubes. Habríamos huido de los animales salvajes. Hubiéramos dado ofrendas o quizá hecho sacrificios para algunas divinidades responsables de la lluvia o de la fecundidad. Nos hubiéramos callado mucho tiempo. Pero, desde hace ya algún tiempo, desde hace unos miles de años, y sobre todo desde hace dos o trescientos años, los hombres hacia los que tienes la bondad de mostrar interés…

—Nada de frases —dijo A—. Te quejas de las palabras y haces frases.

—… Los hombres se pusieron a comentar el mundo y a comentarse a sí mismos. El mundo fue reemplazado por ese saber sobre el mundo del que te hablaba hace poco y que llamamos ciencia. Sobre el mundo y sobre nosotros sabemos cada vez más cosas, sabemos casi todo. Excepto lo esencial, por supuesto, que permanece tan oculto que en los tiempos más oscuros y más remotos: de dónde venimos, hacia dónde vamos, lo que hacemos en esta Tierra. Sobre esos puntos, mi querido A, hoy como ayer, hoy como mañana, el informe se callará.

XIII. El desencanto

—¿Son felices, al menos?, —preguntó A.

—Es un gran problema —respondí—. De una manera u otra, todo el mundo aspira a ser feliz. El vividor, naturalmente, el ambicioso, el avaro, el masoquista, el malo, el mediocre de la esquina, pero también el soldado, el santo, el mártir, la madre que se sacrifica por la felicidad de su hijo. «Todos los hombres buscan ser felices», nos dice Pascal, quien escribió un invaluable informe con el nombre de *Pensées*…

—¡Un colega!, —exclamó A.

—Eso es. Un colega… «Eso es sin excepción, por muy diferentes que sean los métodos que utilicen. Todos tienden a esa meta. Es el motivo de todas las acciones de todos los hombres, hasta de los que van a colgar». Pero en esa búsqueda de un sueño que se escabulle, ¿logran su cometido los hombres? Lo dudo un poco. Lo que los hombres tienen hoy a su disposición habría dejado boquiabiertos a los hombres de ayer. Pero no basta para asegurar la felicidad que los hombres de hoy dispongan de lo que hubiera hecho felices a los hombres del ayer. Porque la locura de los hombres es creer que la felicidad solo está vinculada con el éxito cuando está vinculada también al sueño. «A pesar de lo que piensan los ricos», escribió un autor de mi época, «el dinero hace la felicidad de los pobres. A pesar de lo que creen los pobres, el dinero no hace la felicidad de los ricos».

La ciencia responde a un deseo, a una curiosidad, a necesidades. Lo trastornó todo. Entras a una casa. Abres una llave del agua o pulsas un botón: corre el agua, la luz brilla, tu ropa es lavada, tus platos son lavados, no tienes ni calor ni frío, sabes lo que sucede en Tokio, en Sidney, en Río de Janeiro, en los más lejanos pueblos y en los más remotos valles. Vas cada vez más rápido de un lado a otro de la Tierra. Y las máquinas no solo te ayudan en tu vida de todos los días y en tus desplazamientos. Te ayudan también a pensar. Si volvieras dentro de veinte años…

—No vale le pena irme.

—… No le pedirías ayuda a un hombre como yo: sería a una máquina. No necesitaría de tres días: en menos tiempo del necesario para decirlo, te haría un informe sobre la Tierra y los hombres. Pero no haría nada más, naturalmente, que entregarte, transformado, desarrollado, acelerado, en otro orden y con otro ritmo, lo que ya le habrías dado. La consigna de la ciencia, su grito de guerra, su refrán, es el éxito. Y vaya que sabe del éxito. Logra todo lo que toca. Es una palanca formidable. Pero es una palanca ciega. La ciencia

es capaz de seguir cualquier camino y de trazar nuevos. Pero sin saber hacia dónde llevan ni cuál será su resultado. Serán muy rectos e irán muy lejos. Pero ya no seguirán los ríos, ya no estarán bordeados de plátanos, ya no correrán por los viñedos o por los cipreses. Ya no se perderán de madrugada por desconocidos claros del bosque. El drama de la ciencia es que encuentra lo que busca. La felicidad de los hombres proviene a menudo de sus faltas, de sus errores, de inesperadas Américas que no habían buscado. Las máquinas inventadas por los hombres son capaces de hacerlo todo y de darlo todo, excepto felicidad. La felicidad no habita en las casas del éxito.

Es dudoso que los hombres, que han hecho desde hace algunos millones de años, y todavía más desde hace algunos miles, y todavía más desde hace unas centenas, progresos prodigiosos, y en verdad abrumadores, sean más felices hoy de lo que fueron anteayer. Tienen menos hambre. Tienen menos frío. Mueren menos rápidamente. Se desplazan con menos dificultad. Y tienen más dinero.

—¿Todos?, —preguntó A.

—No. No todos. Pero un gran número. Y ya es mucho. Es enorme. Y la primera tarea de los hombres es impedir que otros hombres, porque la vida es sagrada, tengan hambre, sufran de sed y mueran demasiado jóvenes. El primer deber de los hombres, y quizá además el único, es acordarnos del *Big Bang*, de las algas, del hilo que corre a través de la existencia e intentar comprender que cada uno de nosotros es también un poco de los demás y que los demás son un poco nosotros. Para los que nada tienen, la felicidad consiste en tener algo. Pero las cosas están hechas de tal manera en esta Tierra, y por cierto no tan mal, que aquellos que ya lo tienen todo no tienen además la felicidad. La felicidad es más que una masa de satisfacciones, que una acumulación de éxitos y de placeres. Todo sucede como si la felicidad estuviera siempre un poco más allá.

Nunca las esperanzas fueron tan grandes y tan justificadas que en la época en la que vivía. Hacíamos revivir a los moribundos, íbamos a la luna, les encargábamos a las máquinas trabajar por nosotros. Muchos se imaginaban que el sufrimiento y la guerra serían suprimidos. No había límites al poder de la ciencia. Un mundo nuevo nacía en lugar del antiguo. Y, de repente, nos poníamos a extrañar al antiguo.

Como los favores de todas las hadas invitadas a un nacimiento son anulados por la maldición de una sola bruja que habíamos olvidado, las esperanzas aportadas por la historia y por lo que llamamos el progreso son roídas desde dentro por una inquietud que la ciencia arrastra tras de sí.

Pareciera que el mundo nuevo ya no tiene el mismo encanto que el antiguo. Antes no estaba tan bien, claro. Avanzamos, vamos mejorando, no quisiéramos recular ni por un imperio ni volver atrás. Nos importan mucho los botones y los grifos. Pero incluso en la desgracia del mundo había algo que todas las ciencias y las técnicas, con sus poderes sin límites, son incapaces de darnos. ¿Qué? Quizá simplemente la esperanza. Por una formidable paradoja, la ciencia, por mucho tiempo, fue otro nombre de la esperanza. ¿Quizá habría que decir que la esperanza del éxito es más bella que el éxito? «Aurora» es una de las palabras que más se repite bajo la pluma de Hugo. Es también la que termina una de las más célebres obras de un tal Jean Giraudoux que había encantado a nuestra segunda preguerra.

—¿Para el informe?, —preguntó A.

—Pues… creo que sí, aunque Giraudoux, a mi muerte, fue casi olvidado:

NARSÉS: ¡En qué estamos, mi pobre Electra, en qué estamos!

ELECTRA: ¿En qué estamos?

NARSÉS: ¡Sí, explícate! Nunca entiendo muy rápido. Percibo que algo está sucediendo, pero no me doy cuenta muy bien.

—¡Ah!, —gritó A—. Así soy yo.

—¿Verdad? Retomo:

NARSÉS: ¡Sí, explícate! Nunca entiendo muy rápido. Percibo que algo está sucediendo, pero no me doy muy bien cuenta. ¿Cómo se llama cuando el día sale como hoy y todo está echado a perder, todo está saqueado, y sin embargo se respira el aire?

ELECTRA: Pregúntale al mendigo. Él lo sabe.

EL MENDIGO: Eso tiene muy bonito nombre, señora Narsés. Se llama la aurora**(30)**.

Hoy, pareciera que la aurora no genera el mismo movimiento de alegría, el mismo impulso de esperanza. Es que conocimos demasiadas auroras que solo condujeron a noches. Pareciera que el mundo en que viví, y todavía más el que les espera a los hombres después de mí, está tan lleno de desilusiones como de esperanzas bien avenidas. Pareciera que, tras ellas, la ciencia y la técnica arrastran, a modo de remordimiento, el reverso de sus éxitos y su propia negación. El mundo, que es tan joven, ya es un poco viejo. Del porvenir, con su progreso, ya solo ve las amenazas. Del pasado, con sus

errores, ya solo ve los encantos. El mundo, lleno de saber y lleno de lasitud, entra en el desencanto.

—¿Pero el mundo no entró de vez en cuando en el desencanto?, —preguntó A—. ¿No pasó su existencia rodando hacia catástrofes, que por cierto se produjeron sin nunca impedirle proseguir con su carrera? ¿No echó siempre de menos un pasado que lo llenaba de terror mientras solo era un provenir? ¿No siempre se balanceó entre el temor y la esperanza? Según lo que me has contado, me parece que, desde el Edén y Amenofis III, por no hablar de Talleyrand y de las delicias de su siglo, el porvenir ya no es lo que era y la dulzura de vivir se conjuga en tiempo pasado.

—Tienes razón. El mundo nunca cesó de llorar sobre un pasado del que solo pensaba escapar y de temer un porvenir del que todo lo esperaba. Si alguna vez nos volvemos a ver, después de la terminación del informe, podremos atacar juntos un libro que será un rotundo éxito entre los hombres.

—¡Ah! ¿Ese no le estará reservado solo a las poblaciones de Urql?

—No. Será para todo el mundo. Y antes que nada para los hombres. Llevará un bonito título. Se llamará: *Historia del porvenir desde los tiempos más remotos*.

XIV. Un monstruo frío

—Ahora que ya tienes alguna idea de la vida sobre esta Tierra, ha llegado el momento de revelarte un secreto que no preocupa mucho a los hombres y que sin embargo está en el corazón de ese mundo que viniste explorar.

—Pues bien —dijo A—, te escucho.

—Sabes que los hombres viven en el cruce de dos reinos, que por cierto forman solo uno, pero que es más sencillo, por el momento, distinguir el uno del otro. El primero es inmenso. Y es de lo más sencillo. Es material y sensible. Se extiende ante tus ojos. Puedes verlo, y tocarlo, puedes recorrerlo en todos los sentidos y volver sobre tus pasos cuando lo has atravesado. Los hombres lo conquistan, lo dominan y, cada día más, son sus amos y soberanos. Ese reino es el espacio.

—O. K, —dijo A.

—El segundo reino es un reino místico.

—¿Místico?, —se sorprendió A.

—Es impalpable como tú mismo. La muerte lo perdona como a ti mismo. Está por todas partes el mismo tiempo. Es invisible a tus ojos, nadie lo ha visto jamás, ni sentido, ni tocado. Y sin embargo existe, se confunde con la existencia y todo lo que vive le pertenece. Se le recorre solo una vez, en él nunca se puede volver sobre sus pasos. A los que lo atraviesan nunca les ofrece más que una sola oportunidad y el primer recorrido también es el último. Quienes se presentan en sus fronteras están obligados de inmediato a caminar hasta el final, sin descanso y sin parar. Nadie, desde siempre, lo ha conquistado. Pero él ha dominado, esclavizado, devorado gente de toda clase que recorría sus caminos. Ese reino es el tiempo.

Es sumamente extraño que hombres que viven en el tiempo pudieran imaginarse por un momento que el mundo en el que habitaban provenía de la materia. Es difícil acordarle al tiempo, tan ligero, tan tenue, y sin embargo indestructible, el menor carácter material. El espacio mismo, donde se despliegan las substancias y los cuerpos, desborda de materia por todos lados: el espacio puede recubrir vacío. El tiempo, que es el tejido del que está hecho el universo y que ocupa en toda vida un lugar mucho más decisivo que cualquier otra combinación de cualquier substancia, no es ni un cuerpo, ni una substancia, ni una materia, ni tampoco una vida. Está más cercano a una radiación, a una energía, a un soplo, es decir, de cualquier cosa, o de un espíritu como tú, que de la materia. Pareciera que el tiempo, que es el mundo

mismo y el universo, sin el cual no habría ni vida, ni mundo, ni universo, no le pertenece ni al mundo y ni siquiera al universo.

Del tiempo mismo, como de Dios, nadie puede decir nada. Los hombres, para manipularlo, debieron pasar por el espacio: el reloj de arena, el reloj de sol, la marcha de las agujas por la carátula de nuestros relojes. «Si no me preguntas lo que es el tiempo, escribía San Agustín, sé lo que es. Cuando me lo preguntas, ya no lo sé». Todo lo que puedo hacer es hablar de la imagen que los hombres se hacen del tiempo. Está simplificada por una evidencia, tan banal como puede ser, que se confunde para ellos con la vida, con el mundo, con el universo, con ellos mismos, con todo, y que es lo que puedes imaginarte de más complicado y de más elemental: el presente.

Cuando se trata de los hombres, todo, absolutamente todo, sin excepción alguna, se da siempre en presente. Ningún hombre nunca ha visto nada, ni escuchado, ni sentido, hecho nada, pensado nada más que en presente. Se nutre en el presente, duerme en el presente, lucha en el presente, piensa en sus asuntos, en sus amores y en Dios en el presente. Los hombres, que se pasean a placer en todos los puntos de un espacio del que se adueñan poco a poco, viven para siempre en un eterno presente.

El tiempo pasa sin embargo. Hay cosas que eran y que dejaron de ser. Hay cosas que todavía no son y que podemos pensar que serán. Hay recuerdos y hay proyectos. Pero el hombre no es como tú. Nunca vuelve hacia lo que ha pasado y que ya no es, no se pasea nunca en lo que pasará y que todavía no es. Pasa su tiempo en el presente. Recuerda lo que sucedió. Pero lo recuerda en el presente. Anticipa lo que sucederá. Pero lo anticipa en el presente. Nadie sabe adónde fue lo que dejó de ser. Nadie sabe dónde está escondido lo que pasará mañana. En el reino del tiempo solo reina el presente.

Desde la escarpada torre del eterno presente de la que es prisionero, el hombre divisa, en dos direcciones opuestas, dos formidables monstruos cuyo apetito devorador, sea la vida un sueño o una realidad, nadie lo puede poner en duda. El primero es el porvenir. Pareciera estar delante de nosotros. El otro es el pasado. Pareciera estar detrás de nosotros. Desde el momento en que llega al mundo, desde el nacimiento o quizá desde la concepción (y el debate dista mucho de no tener importancia), cada hombre tiene un pasado. Hasta el momento en que muere, y que marca para él el final de todo porvenir en el espacio y en el mundo, cada hombre tiene un porvenir. A lo largo de su vida, y desde lo alto de su presente, los hombres tienen un pasado y tienen un porvenir. Y los dos monstruos, entre ellos, se arrancan el presente.

—¿Y cuál de los dos monstruos —preguntó A—, es el más amenazante? ¿El pasado o el porvenir?

—He ahí una buena pregunta. La respuesta me parece evidente: el porvenir. El porvenir es el lugar de la espera, pero también de los peligros. El pasado es un cementerio donde los muertos entierran a los muertos.

Todo se juega en el porvenir porque ahí es donde los hombres, en cada momento que pasa, tienen la intención de pasar el resto de sus días. Del pasado surgen imágenes, recuerdos, añoranzas, remordimientos que terminan por derretirse en la melancolía y en la nostalgia de los universos desaparecidos: una suerte de dulce muerte y de anticuado encanto. El porvenir es más viril, y casi militar: despiertan a las tropas al son de las flautas y de los tambores, al toque de carga, marcha al combate con las banderas desplegadas. Está lleno de esperanzas. Y también de amenazas.

El pasado está del lado de la noche, de las mujeres, de las largas veladas cerca del fuego, de los perfumes y de las rosas, de los grandes sombreros desvanecidos, de los abanicos, de las especias, de las esclavas negras en los trópicos. El porvenir está del lado de la mañana, de los hombres, de las batallas en filas bajo un diluvio de fuego, de las espadas, de la Bolsa, de los profetas en las colinas. El pasado tiene la tristeza y el olor todavía tibio de las camas deshechas apresuradamente y de los hogares apagados. El porvenir es un glaciar que brilla bajo el sol.

—Ya lo veo —dijo A—. El pasado es puro descanso. El porvenir es de alto riesgo.

—Es lo que se cree. Es lo que se repiten día tras día los que no tienen ni dos dedos de frente. El pasado duerme. El porvenir borbotea. La navegación a vela, las lámparas de aceite, los buenos modales, la dulzura de vivir, las prensas tipográficas, las calesas, el calzado de punta, los incunables, los templos dóricos, los animales prehistóricos que ya a nadie asustan y todos los fósiles de la Tierra dormitan en el pasado. Las máquinas infernales están depositadas en el porvenir. La impaciencia, ¿qué más evidente que eso?, pertenece al porvenir. Las catástrofes también. Nos agitamos en el porvenir, somos ricos en el porvenir, somos felices en el porvenir, y morimos en el porvenir. El pasado ronronea. El porvenir es todo lo que esperamos para hacer algo mejor que el pasado. El pasado es un abolido juguete de inanidad sonora[(31)]. El porvenir es el que triunfa.

—Vaya, pues sí —dijo A—. Nada más claro.

—Nada más falso. En el enfrentamiento de los dos monstruos que el prisionero contempla desde las ventanas de su celda del eterno presente, el

vencido es el porvenir. El pasado es el que triunfa.

—Eso me gustaría verlo —gruñó A.

—Espera un poco.

Y tomé aire como un velocista a punto de iniciar la carrera, como un clavadista en su trampolín.

—Para la Tierra como para los hombres, ya que siempre hablo de los hombres, hay algo que se llama el principio. Los hombres nacen. La Tierra se forma. Y el universo mismo, tal como lo conocemos, comienza con el *Big Bang*. Enseguida después del principio, el pasado y el porvenir toman juntos su impulso.

La ley del universo es que ahí donde hay un principio, también hay un final. Porque nacemos, nuestra vida no es eterna. Nacemos, por ende morimos. La vida de la Tierra tampoco será eterna. Nadie duda que el sol termine algún día por desgastarse y la Tierra por desaparecer. No sabemos cuándo, como tampoco sabemos, gracias a Dios, la fecha exacta de nuestra muerte. Pero sabemos que el mundo llegará a un término como nuestra vida llegará a un término. Así, por un lado, el pasado del mundo y el nuestro no deja nunca de acrecentarse y, por el otro, la duración del porvenir, por muy indeterminada que pueda ser, no deja nunca de reducirse.

—¡Ah! ¡Dios mío!, —exclamó A—. ¡Desde que el mundo es mundo el porvenir no deja de recular ante la invasión del pasado!

—¡Eso es! No es el porvenir, es el pasado el que nos sumerge. En la lucha a muerte entre los dos dragones, el monstruo amenazante ya no es el porvenir. Es el pasado. Contrariamente a las apariencias, él es quien encabeza el ataque. Como ausente, los ojos cerrados, le va ganando paso a paso, centímetro a centímetro, a un porvenir despampanante, cual oficial de caballería más bien apuesto haciéndose el fortachón, pero que no cesaría de recular bajo la presión del enemigo y de batirse en retirada. En la vida de este mundo como en la vida de cada quien, el empuje del pasado es de una regularidad, de un poderío, de un trágico irresistibles. Solo hay dos dramas en el mundo. El primero es individual: es el sufrimiento. El segundo es colectivo, y mucho más que colectivo: es que el universo no cesa de caer en el pasado.

—¿Es un drama?, —preguntó A—. ¿No es más bien una oportunidad para ver ese mundo desaparecer pero también avanzar?

—Es una oportunidad. Y es un drama. Para el universo que corre hacia su final y para cada uno de nosotros que se ve, segundo tras segundo, minuto tras minuto, deslizarse hacia un pasado con rostro de muerte. Un buen día, en la

vida de cada hombre, la reserva de porvenir se agota. El pasado lo recubrió todo. Muere.

Hasta el instante de la muerte, mientras un fortín de porvenir resista al asalto de los batallones del pasado, mientras la mancha del pasado no se haya extendido sobre la totalidad del mapa de un porvenir poco a poco mordisqueado y acorralado en un rincón, mientras los raudales del pasado no lo han invadido todo, algo de libertad se mueve todavía sobre el mar, como un bañista ahogándose y del que advertimos, entre las olas que terminarán por llevárselo, la cabeza que quiere gritar y los brazos que se levantan. Porque la libertad de los hombres, de la que te hablé demasiado poco y que les pertenece de por sí al punto que filósofos llegaron a sostener que la libertad era el hombre mismo y que el hombre no era nada más que una libertad luchando contra el mundo, esa libertad solo se ejerce sobre una delgada línea de encuentro entre el pasado y el porvenir.

Lo propio del pasado es que la libertad ya no tiene valor en él. El pasado es un monstruo frío del que ningún elemento puede ser modificado. Tienes el derecho, cuando mucho, de transformarle el sentido actuando sobre el porvenir. Pero ya no tienes el poder de cambiar nada de su estructura ni de los acontecimientos que lo constituyeron. El mundo entero, los demás, los lejanos planetas, el universo, los siglos por venir, nada se le escapa a los hombres y a sus ambiciones. El pasado se les escapa.

Los hombres conservan del pasado imágenes obligadas y forzosas en las que la libertad ya no juega y que llaman recuerdos. Puedes escoger tus recuerdos, tratar de amaestrarlos, esperar a que se borren, construir con su ayuda universos de ficción. Nada le hace: el pasado es una masa inmensa que no cesa de extenderse en el tiempo como el universo mismo, con sus galaxias en expansión, empeñadas en huir cada vez más lejos, no cesa de expandirse en el espacio. Y es un bloque helado y cuajado, un sueño *ne varietur*, sobre el que ninguna fuerza, ningún Dios todopoderoso es ya capaz de actuar. Los que creen en Dios le conceden un poder sobre el porvenir. Nadie le concede a Dios el más mínimo poder sobre el pasado.

—¿Sabes que algo me estás asustando?, —dijo A—. ¿Querrás hacerme creer que es el pasado el que reina sobre el universo?

—No estoy diciendo eso. El pasado no es rey. No ejerce ninguno de los poderes ligados a la realeza. No ordena, no decide nada, no toma la más mínima iniciativa. Si fuera rey, sería un rey perezoso. Todo lo que es capaz de hacer, ya que no hay porvenir que no sea comandado por el pasado, es impedir que el porvenir sea cualquier cosa.

—No es poca cosa —hizo notar A.

—No es poca cosa, pero no es mucho. El pasado se conforma con almacenar porvenir vuelto de pronto presente, alcanzado de inmediato por el desvanecimiento y echado al olvido. Y con destruirlo.

—¿Destruirlo?

—Vamos… destruirlo de alguna manera. Es un problema tan grave que no lo resolveremos aquí. Quizá con destruirlo y con conservarlo. Digamos que hacerlo de lado. Se pudo hablar del universo como de una máquina de fabricar dioses muertos. Es sobre todo una máquina de fabricar pasado.

—A anotar —dijo A—: el mundo es una máquina de fabricar pasado.

—Es un hecho. Y no es solo cierto para cada uno de los seres vivos que pasó por esta Tierra…

—¿Y si subrayáramos la palabra *pasado*?, —dijo A.

—Sería muy astuto… antes de caer para siempre en el pasado inmóvil. También es cierto para la Tierra, para el mundo, para el universo mismo. El universo es una máquina que se tira en el pasado.

—¿Habría que entender que las galaxias que ustedes llaman lejanas serán, también ellas, engullidas en el pasado?

—¿Acaso lo dudas?

—¡Qué! ¿Quieres decir que el mismo Urql…?

—Me sorprende un poco ser el encargado de hacértelo saber. ¿Qué les enseñan en sus escuelas de espíritus? Como Roma, como París, como Nueva York, como la Tierra, Urql, por supuesto, será cambiado en pasado. La única pregunta que se plantea es fijar la fecha. Puede imaginarse que es bastante lejana.

—¿Algunos miles de millones de años?, —aventuró A.

—No lo sé para nada. Quizá decenas, o centenas, o miles de miles de millones de años. Pero el final está en el extremo. Y el pasado espera. Tiene una paciencia infinita. Pero ignora la piedad.

—¿Y yo?

—Tú, no sé. No conozco a los espíritus puros. Urql, de cualquier forma, no será la excepción. Urql no escapará al monstruo frío del pasado. Ya que el universo entero, que nació del *Big Bang*, va, con lentitud, pero con paso seguro, hacia su fin necesario. Lo que me pregunto…

Me detuve un momento. Si todavía hubiera estado vivo, me hubiera tomado un vaso de agua, o quizá algo de champaña con una gota de alcohol de frambuesa.

—¿Y bien?, —preguntó A, la cabeza inclinada hacia adelante.

—… Es qué pasará cuando el pasado lo haya invadido todo. Cuando un hombre, a su vez, penetra en el pasado, hay otros hombres para recordarlo.

—O mujeres —sugirió A.

—O mujeres, por supuesto. Una de las obsesiones de los hombres fue, durante siglos, durante milenios, proceder para que su recuerdo no sea borrado de inmediato. Les cortaron la cola a sus perros, le prendieron fuego a templos, se tiraron en volcanes, conquistaron imperios, midieron distancias entre la Tierra y la luna, pintaron o esculpieron rostros y cuerpos, ensamblaron sonidos que nos parecen armoniosos, colocaron palabras tras palabras para que los hombres después de ellos sigan acordándose de ellos. Incluso aquellos que no habían hecho gran cosa anhelaban que el amor que les tenían los vivos los hiciera sobrevivir algún tiempo más. «Recuerden en sus plegarias a Sosthène de Plessis-Vaudreuil, o a Albert Rémy-Michault, o a Jean-Christophe Comte…» era una inscripción que se veía a menudo, en mis tiempos, en las tumbas de los cementerios o en los obituarios de los periódicos o en las imágenes pías que los creyentes intercalaban, una tras otra, en sus misales. Cuando el mundo haya desaparecido, cuando haya sido cuajado por los hielos del pasado, ¿quién se acordará del mundo?

—¡Vaya!, sí —dijo A—. ¿Quién? Nadie, quizá.

—Quizá. Es una pregunta que me está dando vueltas en la cabeza.

—Es la misma que saber si el pasado es destruido al grado que todo suceda como si nunca hubiera existido.

—Sí. Es la misma. El mundo ha sido, es, será. Un día, habrá sido. Es seguro. ¿No habrá realmente nada ni nadie para acordarse de él? No sé por qué, pero me cuesta creerlo. Albergo la esperanza de que quizá sea una ilusión, que el recuerdo del mundo será conservado en algún lugar, como el recuerdo de un muerto no fallece del todo en aquellos que lo amaron.

—¿Y el informe?, —exclamó A—. ¡Olvidas el informe! Habrá un informe.

—¿Y eso de qué nos servirá? Se necesitaría alguien para leerlo. Cuando el universo desaparezca, el informe, desgraciadamente, y más vale que te resignes, desaparecerá con él. No, lo que se necesitaría…

—Es alguien como yo —declaró A, con encantadora simplicidad.

—Eso es. Alguien como tú. Una especie de espíritu puro, libre del espacio y del tiempo, más rápido que la luz. Y habría que ver, no sé si tú no estás vinculado de una u otra manera con el universo alrededor nuestro. Y no está excluido que algún vínculo que ignoro te haga depender de mí.

—¡Vaya presunción!

—¿La infinita distancia que me separa de ti, quizá exista, multiplicada por cien, por mil, por miles de millones, por cifras infinitas, entre tú y alguien que sería, para ti, lo que eres para mí y para quien no serías, milagro para los demás, enigma para ti mismo, miserable polvo de estrella echado como yo mismo en desconocidos raudales, que lo que soy para ti?

—Son secretos —me dijo— de los que no tengo el derecho de hablar.

—¿Ni siquiera a las almas de los muertos?

—Ni siquiera a las almas de los muertos.

—Me lo suponía.

XV. Estar en lo que no es

—Hay algo que se me escapa y que tienes que explicarme. Ahora me hablas del pasado que se abalanza sobre el porvenir y lo devora a fuego lento: todo se mueve. Ahora evocas la torre del eterno presente: nada se mueve. ¿Es el tiempo para los hombres como lo es para mí, un océano inmóvil en el que nos desplazamos? ¿O no cesará, al contrario, de correr y de avanzar?

—Se mueve todo el tiempo. Corre. La historia de los hombres y de las cosas no cesa nunca de avanzar. Un ser vivo que no hiciera nada, que no levantara ni un dedo, que pasara día y noche durmiendo sería sin embargo llevado hacia la muerte a la misma terrorífica velocidad que un conquistador de imperios o que un artista genial que habría cambiado la imagen que puede hacerse de la vida. Es que la batalla nunca cesa entre los dos monstruos rivales que sitian el presente. Luchan hocico contra hocico y todo terreno abandonado en cada momento por el porvenir es inmediatamente ocupado por el pasado vencedor. La línea del frente se desplaza sin cesar, con implacable regularidad, que nada puede contrariar, que es la fuente de toda desesperanza y no deja lugar a nada. Está el porvenir, está el pasado, y entre los dos no hay nada.

—No comprendo —dijo A—. ¿Entre el pasado y el porvenir no hay nada?

—Nada de nada. El pasado no deja de morder sobre el porvenir y lo que ya no es porvenir, es pasado.

—No comprendo —repitió A—. ¿Entonces, dónde está el presente?

—En ninguna parte. Uno de los secretos de este mundo que vienes a explorar es que el presente no existe. Nunca nadie ha podido aislar el presente. Es una substancia más volátil que el más ligero de los gases, un espacio más estrecho que el punto de los geómetras, que no tiene espesor alguno, una realidad más fugitiva que el más indivisible de los quarks. Borges, quien habría sido para ti un guía inesperado…

—¿Borges?, —preguntó A levantando la cabeza con un movimiento brusco.

—Un argentino cosmopolita que contaba el mundo a golpe de paradojas. Borges gustaba citar el verso de un poeta francés cuyo sexo, en sus años mozos, había sido arrancado por un ganso encolerizado y debía servirle de maestro al mismo tiempo que de amigo a Racine, a Molière, a La Fontaine, a muchos otros.

—Me gustaría mucho que su nombre figurara en el informe. Primero, porque me aseguraste que Racine, Molière, La Fontaine eran muy grandes

poetas. Pero sobre todo porque el lugar de un hombre cuyo sexo fue tragado por un ganso está, de seguro, en el informe.

—Era Boileau —dije.

—¿Y el verso?

—Es muy sencillo, pero da para soñar:

El momento en el que hablo ya está lejos de mí.

El presente es un ser en huida que nunca se deja apresar. Ese ardor por desvanecerse sirvió de tema, además de a Boileau, a una multitud de poetas que se quejaron sobre todo de la brevedad de sus amores, pero que bien hubieran podido verter sus lágrimas sobre el sol levante, sobre el agua corriendo, sobre la noche cayendo o sobre cualquier cosa, ya que todo en este mundo solo aparece para desaparecer y siempre es demasiado tarde para alcanzar lo que es y ya no es.

Hay en nuestra historia cierto número de grandes mitos cuya mayoría es griega y cada uno constituye un informe sobre el mundo y sobre las pasiones de los hombres: Edipo, Aquiles, Ulises, Jasón, Hércules, Medea, Ifigenia y tantos otros. Lo propio de la era en la que viví, donde reina, como bien sabes, toda la tristeza del desencanto, es la falta de mitos. Pero hay sin embargo dos o tres que marcaron el mundo moderno: Don Juan, quien, bajo la mirada de un Dios desafiado, reina sobre las sulfurosas fronteras del amor, del placer y de la transgresión; el doctor Fausto, imagen de la ciencia conquistadora y del saber sobre el saber; Isaac Laquedem, que llamamos el Judío errante. Los alemanes, que tuvieron grandes soldados, grandes filósofos y grandes músicos, también tienen grandes poetas. Se llaman Goethe, Novalis, Holderlin o Heine, para no hablar de Otto Julius Bierbaum, que no valía nada, que amaba con locura y que escribía cositas de este tipo:

Carlota, lota, lota,
Así se llama mi lavandera.
Ella misma me trae la ropa,
Enamorado me encuentra.
A veces no tengo más ropa,
Entonces no me trae nada.
Ningún día pasa sin Lota,
Nunca Lota me abandona[32].

—¿Es la historia de una lavandera?, —preguntó A.

—¡Bravo! Una lavadora. Una lavandera. Y lavandera enamorada. Goethe, que era genial, escribió un *Fausto*, e incluso dos, que el informe no puede dejar caer en el olvido. El doctor Fausto es una especie de filósofo, un intelectual, un investigador que le vende su alma al diablo a cambio de la ciencia y del poder. En una historia más bien enredada de la que te ahorraré los detalles; de pronto es cuestión de frenar la marcha del tiempo y de gritarle a la hora que está pasando: «¡Detente, eres tan bella!». La hora, por supuesto, no toma en lo más mínimo en cuenta esas súplicas y sigue corriendo. Porque el universo entero, el mundo en particular, y más especialmente los hombres, que probablemente son las únicas criaturas conscientes de la doble catástrofe, son arrastrados sin cesar en un espacio que se dilata y en un tiempo que avanza.

Tan lleno de amenazas y de esperanzas, el porvenir espera delante de nosotros ser segado por un presente delgado y filoso hasta la inexistencia y ser cambiado en pasado. Sepultado bajo los hielos y acechado por el olvido, el pasado, tras de nosotros, extiende sin cesar su reino, al punto que dentro de unos milenios la historia, desmesuradamente hinchada por tantos actores y nuevos acontecimientos, será imposible de manipular en su totalidad e imposible de enseñar a los niños. Y, en medio…

—¿En medio…?, —preguntó A inclinándose hacia adelante.

—Nada de nada. No hay ni el espesor de un papel de fumar entre el terreno abandonado por el porvenir y el terreno ocupado por el pasado. Ni un cabello. Ni un soplo.

—¿Ni un soplo?

—Ni un soplo.

El momento en el que hablo[33]…

Nadie ha podido nunca plantar la más mínima bandera en el territorio del presente. Al pasado, ¡felicidades! Se le explora, se le estudia, se habla de él, se le mima. Todo el pasado del universo es como esas mariposas, tan estimadas por Jünger, por Nabokov, por Callois, finalmente clavadas en su caja y su eternidad, y entre las cuales se pasea vertiendo raudales de palabras no carentes de encanto. Al porvenir también, en el futuro o en el condicional, en los modos de lo irreal todavía no en funciones, se le puede delimitar, medir, soñar largamente en sus colinas o en sus playas, de una belleza que deja sin aliento, y establecer en sus llanos vírgenes y aparentemente indestructibles (pero ahora ya sabes de lo que se trata) refugios de etapas, albergues, castillos en el aire y fortificaciones de las que nadie adivina

todavía, tantos años por adelantado, la fragilidad por venir. Solo del presente queda prohibido no decir nada. Ya que no existe.

A me observó con esa mirada que ya empezaba a conocer y que no presagiaba nada bueno.

—¡Caíste!, —exclamó—. Sospecho desde hace ya bastante tiempo que dices cualquier tontería. ¿No acabas de asegurarme que el presente no existía?

—Intenta asirlo si puedes.

—¿No habías afirmado con el mismo aplomo que el hombre estaba encerrado para siempre en la inmóvil torre del eterno presente?

—Intento salir de ella —dije.

—¿Entonces, cómo concilias esas dos propuestas: el presente no existe y el hombre está instalado en él?

Si hubiera habido un piano encima de las islas del Pacífico que estábamos sobrevolando, creo que me hubiera acodado en él.

—Mi querido A, aquí estás poniendo el dedo en uno de los más profundos misterios de este mundo que viniste a explorar. No podía hablarte de él desde el principio de nuestro encuentro, me hubieras tomado por un iluminado. Así que primero te divertí con los papas Clemente…

—¿Divertiste?, —preguntó A.

—Vamos… con la rue du Dragon, con el descubrimiento de América, con mil detalles insignificantes que podían introducirte, sin trastornarte demasiado, a la simplicidad del abismo que contemplas con estupor y que te costará trabajo sondear: el hombre está instalado en algo que no tiene la más mínima existencia.

Unos piensan que el mundo es una dura realidad, otros sostienen que es un sueño. El mundo no es un sueño, o entonces es ese sueño que llamamos realidad. El sufrimiento, las penas, las lágrimas, el recuerdo, la esperanza, constituyen un sistema de una coherencia sin falla. Explícale a un hombre que tiene hambre o que tiene sed, que perdió a los que amaba, que una perniciosa enfermedad está royendo o cuya mitad del cuerpo ha sido arrancada, que la vida es un sueño. Te mandará al diablo. El mundo es una realidad. Y la realidad es cruel.

Pero esa realidad no tiene la más mínima consistencia. Es envuelta por un torbellino. Está en equilibrio sobre un abismo. Cada instante de nuestra vida es una paradoja, un milagro, una lección de metafísica. ¿Cómo sostener que el mundo solo está hecho de materia cuando es, de cabo a rabo, atravesado por el tiempo? ¿Y que los hombres habitan para siempre el esplendor de un palacio cuya primera definición es que no existe? Los hombres solo viven en

el presente. Y no hay presente. He ahí la imagen más simple por rendir, en el informe, de esa orgullosa criatura que viniste a estudiar.

XVI. Elogio del cuerpo

—Esto va de mal en peor —dijo A—. De por sí, a los papas Clemente no se les entendía gran cosa. Y ahora, por culpa del tiempo que la atraviesa y se la lleva, la vida cotidiana de un campesino de Beauce, de un bróker de Nueva York, de un caballero de la Horda de Oro, de un tintorero de Brujas o de Venecia me parece un juego de una crueldad tal que pone los pelos de punta a un espíritu de Urql.

—La vida es muy sencilla. Es el más banal de los milagros. Se había complicado, en mis tiempos, por mortíferas guerras y por una proliferación de papel llamada administración que era más irritante que dolorosa. Fue ruda para Cartago destruida por los romanos, para los romanos barridos por las grandes invasiones, para los alemanes hambreados por la Guerra de los Treinta Años, para los judíos y los gitanos masacrados por los alemanes, para los campesinos chinos o para las masas de indios de una punta a la otra de la historia, para aquellos instalados en potros de tortura, o perdidos en el desierto, o sitiados en una ciudad sin esperanzas de auxilio. Pero en todas partes y siempre acarreó en sus raudales tanta felicidad como lágrimas. Que el presente no exista no tiene la más mínima importancia para los hombres que lo gozan: ni siquiera lo sospechan. No es necesario para atravesar la existencia plantearse preguntas. Me temo que a fuerza de explicarte lo que son el mundo y los hombres, te dé una idea que no les haga justicia.

La vida es un sistema, un código secreto, un misterio a plena luz. También es un camuflaje. «Los hombres, que son desdichados por esencia», escribe Leopardi, un poeta italiano, pesimista y sabio, de principios del siglo XIX, «quieren creer que lo son por accidente». Los hombres, que no son felices, se las arreglan sobre todo para olvidar y para disimular la vida, es decir, el sufrimiento y la muerte, bajo un alud de placeres. Disponen, en ese deporte que se confunde con ellos, de un sorprendente instrumento: es el cuerpo.

—¡Ah! ¡Sí!, —exclamó A haciendo mímicas y muecas y dando tumbos como pelota sobre sí mismo—, háblame un poco de los cuerpos. Nada es más sencillo para ustedes. Nada es más misterioso a los ojos de un espíritu puro.

—No hay hombres sin cuerpo. En esta Tierra al menos, no hay alma sin máquina. De Virgilio a Marie, de Jesús a Marcel Proust, todos los hombres de los que te hablé, sin ninguna excepción, disponían de esa máquina que llamamos un cuerpo. El cuerpo de los hombres que, como ya lo sabes, es una invención bastante reciente, apenas más vieja por algunos millones de años que la literatura, la música, la agricultura o el fuego, tiene innumerables usos.

Sirve para sentarse, para caminar, para nutrirse y para beber, para reparar otras máquinas, para fabricar niños, para hacer la guerra, para bailar. Sirve sobre todo para sufrir. También sirve para el placer. El placer no vale la felicidad. Pero la reemplaza bastante bien.

Tienes suerte, mi querido A, de no tener cuerpo. Es una inmensa ventaja. No vas con el dentista, no sufres de sarna, de fiebre de heno, de reumatismos, de herpes, de cólicos nefríticos, a nadie se le ocurriría cortarte una pierna, puedes estar en todas partes al mismo tiempo. Es una gran felicidad. También es una discapacidad.

«Estaba muy unido a mi cuerpo», escribe, a propósito de su juventud, un Chateaubriand convertido en embajador, ministro, miembro de la Académie française, par de Francia, poeta oficial del trono y del altar, «y se daba placer a más no poder». El placer del cuerpo toma innumerables formas. A pesar de místicos y de teólogos, lo que más material hay en el hombre está lleno de sutileza y de contradicciones. El esfuerzo es un placer, el descanso es un placer. Vestirse es un placer, desvestirse es un placer. Beber cuando se tiene sed y dormir cuando se tiene sueño son placeres tan difíciles de explicar a quienes todo ignoran de estos como el olor de las rosas o el espectro de los colores o el paso del tiempo.

El cuerpo de los hombres, como lo sabes, está constituido por un tronco, por cuatro miembros equipados de extremidades que llamamos pies y manos y por una cabeza unida al tronco por una corta columna, a veces más estirada en algunas mujeres que asumen con vanidad esa elongación, y que llamamos cuello.

—Lo sé —dijo A—, lo sé: vi dormir a Marie.

—La cabeza, por delante, está amenizada por un rostro. Atrás y arriba crecen cabellos. Son tan numerosos, al menos en la juventud, que nadie, hasta donde sé, conoce el número exacto de los cabellos que transporta en su cráneo. El rostro goza, en los hombres, de muchos privilegios. Ahí es donde se concentra lo esencial de los instrumentos que nos proveen de información sobre el mundo externo y que llamamos sentidos. El rostro es ante todo un tablero de mando. Vemos con el rostro, escuchamos con el rostro, respiramos con el rostro, comemos y bebemos con el rostro. Los instrumentos se llaman los ojos, las orejas, la nariz, la boca. A veces presentan fallas. Los ciegos y los sordos están a expensas de los *boy-scouts* que los ayudan a atravesar las calles, por organismos de beneficencia pública o privada y por los psicólogos que se interesan en sus casos y sacan información sobre la máquina humana.

El rostro de los hombres no solo es una consola de computadora. Expresa sentimientos, emociones, pasiones. Los ojos y la boca desempeñan, en diferentes etapas, un papel esencial en el amor. Las orejas también, y la nariz, como además todo el resto, pero menos.

—¿Menos?, —preguntó A.

—Aunque hay excepciones. Pero no te gustaría, creo, que te hable de ello demasiado.

—¿Y eso por qué?

—Es el sexo.

—¡Ah…!, —exclamó A.

—Porque tantas cosas importantes se inscriben en los rostros, una criatura humana es ante todo un rostro. Todos los rostros se parecen. Y todos son diferentes. Si te pasearas por el mundo mostrando este dibujo, todos te dirán enseguida que es el retrato de un hombre. ¿Cuál hombre? Cualquier hombre.



—Chateaubriand —preguntó A—, ¿se parecería a eso?

—Claro que sí. O más o menos. Y Molé también.

—¿Y tú?

—Yo también.

—¿Pero cómo lograba la gente distinguirlos a unos de los otros?

—Sin ninguna dificultad —le dije—. Siempre hay dos ojos, dos orejas, una nariz, una boca, y sin embargo los hombres se reconocen entre sí sin la menor dificultad. Nunca nadie confundiría el rostro de John Wayne con el de Gary Cooper, que solo difiere del primero por ínfimos detalles. No está excluido que sea una cuestión de hábito. Los europeos piensan a propósito que todos los chinos se parecen y es posible que a los chinos les cueste trabajo distinguir un blanco de un blanco o un negro de otro negro. Más bien estaría

tentado en pensar que tras cada rostro se ocultan abismos de metafísica y todo el misterio del mundo.

La sorpresa, el terror, el deseo se muestran en el rostro. Lo que dicen los rostros no queda del todo claro como las tablas de multiplicación ni como la paleta de colores de un Gauguin o de un Veronese. Todo rostro es ambiguo. No es seguro que seas capaz, del todo seguro, desde el exterior, sin ninguna información, de descubrir en un rostro los sentimientos que lo animan. No solo los hombres, y las mujeres, aprenden a disimular lo que sienten, sino que el placer extremo puede confundirse con el dolor. Y un exceso de alegría con desesperanza. Contemplando en Roma, en la capilla Cornaro de Santa María de la Victoria, el éxtasis de Santa Teresa tal como lo veía Bernini, Charles de Brosses, de quien ya te hablé, exclamó: «¡Si eso es el amor divino, lo conozco!».

Un solo rostro ya es complicado. Dos rostros frente a frente bastarían ampliamente para ilustrar el informe, y quizá a constituirlo. Si el mundo entero ya está contenido en el Capitolio y en el teatro de Marcelo, lo está todavía más en el rostro de un hombre (o de una mujer) que mira a un hombre (o a una mujer) mirándolo. Quizá podríamos sostener, con algo de exageración poética (pero reconoce que no abusé del lirismo de los grandes espacios y de los grandes sentimientos), que en cada mirada intercambiada entre dos de esos seres vivos que queda convenido llamar hombres y que arrastran, a la luz de la conciencia o en las tinieblas del inconsciente, tanto pasado, tantos recuerdos, tantas imágenes, tantas esperanzas, el universo es recreado.

—Me pregunto —murmuró A—, si no hubiera sido más sencillo llevarme conmigo, para mis compañeros de Urql, dos ejemplares de esos hombres que se la habrían pasado mirándose ante nosotros y contándonos el mundo a través de su rostro así como intentas, como puedes, hacerlo en tu informe.

—No puedes. No solo el cuerpo de los hombres se pudre muy rápidamente, sino que no está permitido, hasta ahora al menos, alejarse de la Tierra y de sus suburbios cercanos. Quizá, dentro de miles y miles de años, nada es imposible al poder del espíritu y ya algo nos estamos paseando en los alrededores inmediatos, uno de nosotros llegará a Urql así como te me apareciste encima de la Aduana de Mar. Todo lo que te pido es entonces tener un pensamiento para tu viejo amigo O, que hacía lo que podía para atiborrar el informe con todo lo que ignoraba.

—Dalo por hecho —dijo A—. Pero, sobre todo, nada de emoción. Creo que la emoción sería considerada en Urql como extremadamente vulgar.

Prosigue.

—De acuerdo —suspiré—. En la época en que vivía, los cuerpos estaban unidos a la Tierra. Había como un acuerdo entre la Tierra y el cuerpo de los hombres. Los cuerpos vivían de la tierra y volvían a la tierra. Y se paseaban por su superficie. Los cuerpos de los hombres se sentaban a las terrazas de los cafés. Bebían, comían, se acostaban en las playas a orillas de todo el mar. Y hacían deporte. Con entusiasmo general, saltaban, corrían, perseguían, según las reglas arbitrales acordadas de antemano, pelotas o balones que habían sido lanzados por otros y que lanzaban a su vez.

—¿De veras?, —dijo A.

—De veras. Montaban caballos que no servían para otra cosa que galopar lo más rápidamente posible entre vallas de espectadores que daban grandes gritos. Escalaban a la largo de montañas y las bajaban a toda velocidad sobre largas tablas bastante estrechas que se deslizaban sobre la nieve.

—Es muy extraño —anotó A.

—Es la felicidad. Marie y yo esquiamos sobre flores, en primavera, entre delgados riachuelos que nacían de la nieve. La nieve brillaba bajo el sol. Nos sofocábamos de una felicidad embriagadora. En la paz o en la guerra, los cuerpos les sirven a menudo para luchar unos contra otros y alcanzar un vértigo que les hace olvidarse de todo. Como el teatro, la danza o la literatura, el deporte es una especie de juego que no es necesario para la continuación de la vida, pero en el que, por razones que a menudo han sido estudiadas por los filósofos y los sabios, los hombres hallan placer. La parte del cuerpo es más o menos importante según los juegos que se practican. Es muy escasa en el *bridge* en el *gin rummy*, en los crucigramas, en la redacción de un cuento o de una novela. Es considerable en el ciclismo, en el tenis, en el fútbol, en el *rugby*, en todas las formas de atletismo, y en todos los deportes en general, que no son otra cosa más que una empresa de rehabilitación de nuestro pobre cuerpo, tan calumniado por el alma.

El cuerpo es para los hombres una fuente de delicias y de satisfacción. ¿Te acuerdas de Symi?

—Eso sí, de que me acuerdo de Symi, me acuerdo de Symi. A veces me pregunto si los espíritus de Urql, al leer el informe, no verán al mundo bajo las especies de los papas Clemente, del vizconde de Chateaubriand y de la isla de Symi.

—Es una forma de idiotismo —dije—, y de idiosincrasia. Todos los hombres que interrogarás te hablarán del mismo mundo en términos diferentes y cada uno verá en él lo que más ha amado. A los papas Clemente,

no sé, pero quise mucho a Chateaubriand y quise mucho a Symi. Cuando estábamos, Marie y yo, a orillas de la bahía de Pedi, el sol caía a plomo porque era verano.

—Lo sé —dijo A—. Entre ustedes, el invierno es frío. El verano es caluroso.

—Y hacía mucho calor. Estaba el calor, estaban nuestros dos cuerpos, y estaba el mar. Era un mar de leyenda por donde había pasado todo un mundo de navegadores y de conquistadores. Ulises había pasado por ahí, y Jasón, y los venecianos, Andrea Doria encabezando a los genoveses y el terrible Khair al Din que llamamos Jeireddín o Hayrettin o también Barbarroja y que comandaba las galeras de la flota otomana. Nos importaba un comino. Todos los papas Clemente habían caído en el olvido. Estaba el mar y nosotros. Y éramos nuestros cuerpos.

Corríamos hacia el mar. Nos echábamos al agua. El sol sobre el mar así como el sol sobre la nieve es la imagen de una felicidad desconocida para los espíritus. Nadábamos uno junto al otro. El agua, que es un misterio para ti, es quizá el más poderoso de todos los lugares de la felicidad. Nos deslizábamos en ella, nos envolvía por todas partes. Volvíamos al mar como al seno materno, como a nuestro origen. Si me preguntaras lo que hice de mi vida antes de conocerte, no hablaría ni de puestos, ni de funciones, ni de estudios, ni de combates. Hablaría de algunos libros, de Marie, del sol, de la nieve, del mar. Me bañé en el mar porque era un cuerpo.

—¡Ah!, exclamó A, me gustaría tener un cuerpo, gozar del sol sobre la nieve y bañarme contigo en el mar de los dioses y de los hombres.

—No te adelantes tanto. Casi siempre, entre los hombres (echa un vistazo a su historia y a esa historia degradada que llaman política), el resultado es contrario a lo que esperaban. Porque el tiempo es la forma de la contradicción. En los cuerpos sobre todo, la contradicción está a la orden del día. El cuerpo, que es la felicidad, también es el sufrimiento. Los cuerpos están hechos para sufrir. El cuerpo es una máquina. La máquina se descompone. A veces no es más que un aparato de producir dolor. El cuerpo que se deslizaba en la nieve y que se deslizaba en el agua es acechado por el cáncer, por el sufrimiento, por la muerte.

Poco después de nuestro encuentro, te regocijabas por el dolor que arraiga a los hombres en ese sueño sin consistencia que llamamos realidad. Es el cuerpo el que nos ata a esta Tierra a la que descendiste. Nos ata a él por el placer, nos ata por el sufrimiento. Si nos ves como máquinas, somos hombres

porque también somos espíritus. Si nos ves como espíritus, somos hombres porque nuestro cuerpo nos ata a la Tierra.

—Ya no sé —dijo A—. Ya no sé si me gustaría o detestaría ser un hombre.

—Nosotros tampoco; nosotros tampoco, no sabemos. Es por ello que el amor, en el que el cuerpo desempeña un papel tan importante, ocupa tal lugar en nuestra vida. Los cuerpos solo son placer, los cuerpos solo son sufrimiento. El amor es placer y sufrimiento. El cuerpo, en los hombres, es el lugar del amor porque, en el amor como en el cuerpo, el sufrimiento se mezcla al placer. Los cuerpos de los hombres están hechos antes que nada para el amor porque están hechos para el sufrimiento y están hechos para el placer.

—¡Anotarlo para el informe!, —exclamó A.

—Si quieres. Puedes escribir en el informe que los hombres son cuerpos unidos a la Tierra por el sufrimiento y por el placer.

—¡Ah! ¡Muy bien!

—Y llevados por el amor.

—¿Llevados adónde?, —preguntó A.

—Al sufrimiento. Y al placer.

—¡Qué horror!, —murmuró A.

—Más allá del placer. Y más allá del sufrimiento. Porque no nos echaron a esta Tierra ni por penas poco dignas ni por una miserable felicidad.

XVII. El estatero de oro

—Pero entonces —preguntó A—, si no es ni por las penas ni por la felicidad, ¿por qué están en la Tierra?

—Eso, muchachillo…

—¿Muchachillo?… —dijo A levantando una ceja.

—Discúlpame —balbuceé—, es el entusiasmo, es el temor, es la angustia de ser un hombre, o de haberlo sido… nadie puede decírtelo. Muchos piensan que así es y que estamos aquí por casualidad. Otros sostienen que hay un Dios (o quizá varios, un Padre, un Hijo, un Olimpo, toda una familia de dioses) que lo arregló todo y que nos deja creer, con razón, no se sabe, o no, que actuamos por nosotros mismos. Y lo sorprendente es que la trampa está tan bien colocada y la máquina armada con tanto rigor y tanta precisión que nadie dispone de medio alguno para decidir con certeza si somos nuestros propios amos o los juguetes de alguien más. Los genios, a este propósito, saben tan poco como los tontos del pueblo y todo el mundo, en esta Tierra, está en el mismo barco. Creo haberte hablado ya de todas esas cosas que agitan a los filósofos y a los teólogos y de lo cual el resto de los hombres no se ocupa mucho.

—¿Cómo explicas que los hombres se preocupan tan poco por su origen y por su destino por el solo beneficio de los pocos meses que habrán de pasar en esta Tierra? Es como si un viajero en un tren olvidara de repente de dónde viene y hacia dónde va.

—Es que tienen otras cosas que hacer —le dije.

—¿Y como qué?, —preguntó.

—Como la jardinería.

—¿La jardinería?

Y tendió la mano hacia su libreta de apuntes.

Lo detuve con un gesto.

—La jardinería. Las carreras a pie. La ópera bufa. Las terrinas de pato. Las rectificaciones de fronteras. Las estatuas de mármol. Los juegos de palabras. Todo eso se encadena sin fin en sutiles engranajes que llamamos destino. ¿Quieres que te cuente una historia que te muestre los vericuetos?

—¿Por qué no?, —me dijo—. ¿Una historia de Chateaubriand con una de sus Señoras? ¿Una historia de azteca o de samurái? ¿Una historia de Benvenuto Cellini y de uno de sus saleros, de una de sus valiosas estatuillas que cincelaba para el papa, para el emperador o para los Médicis?

—No, no. Es otra. Es una historia muy sencilla. Podría tener lugar en Frankfurt o en Londres. Tiene lugar en París, a la vuelta del siglo.

—¿De qué siglo?

—Siempre el mismo. El mío. O un poco antes que yo. Hacia finales del siglo pasado. La burguesía triunfa. Apoyada en las máquinas de la posesión del mundo y del desencanto, invade la Tierra. El dinero es muy importante. Toma las más diversas formas. Tierras, granjas, bosques, casas, fábricas, acciones, obligaciones, colecciones de objetos de arte. Se colecciona casi todo: los cuadros, los jarrones, las estatuas, las monedas, los timbres. Podríamos pasar varias horas ocupándonos de los timbres… ¿Quieres?… Pero mejor hablemos de las monedas. Es más bonito. Es redondo. Remonta más lejos en el tiempo. Y hace soñar más.

—Va por la moneda —me dijo—. Tanto que me has repetido que el dinero gobernaba el mundo…

—No lo gobierna. No, no lo gobierna. Pesa sobre él.

El señor marqués de Chamilly pertenecía a lo que conviene llamar una vieja familia. Entendiste bien que no hay familia que sea más vieja que las otras, ya que se remontan todas a Lucy, nuestro ancestro de África del Este del que descendemos todos, a los primates, a los lémures y, a final de cuentas, al *Big Bang*. Pero hay familias cuyos miembros, antaño, ganaron batallas u ocuparon posiciones importantes, llevaron buenos ropajes, acompañaron príncipes, desposaron princesas. Y de ello guardan el recuerdo. Hay familias en las que los hijos son tan mantenidos por el pasado que el porvenir les está asegurado, o les parece asegurado. El señor marqués de Chamilly pertenecía a una de esas familias llamadas buenas o viejas.

—¿Por qué no dices enseguida que es gente rica?

—Porque no sería cierto. A monsieur de Chamilly no le faltaba nada, ciertamente. Pero no era el dinero lo que le daba a monsieur de Chamilly tanto sosiego y tanta calma. Era su educación, su familia, su pasado. Había en Francia, entre la guerra del 70 y la Primera Guerra Mundial, multitud de propietarios, de industriales, de comerciantes, de banqueros muchísimo más ricos que monsieur de Chamilly. Pero el nombre de monsieur de Chamilly ya figuraba en las *Memorias* de Saint-Simon. En ellas no aparecía en términos muy halagadores que digamos: «La edad y las penas, escribía el pequeño duque de Chamilly en su época, lo habían acercado a la imbecilidad». Qué importa. Al cabo de cierto número de siglos, la estupidez misma todavía es un honor. Una fuerza. Un legado del que se está orgulloso. Muchos banqueros o industriales hubieran dado la mitad de su oro para llevar la vida del marqués,

quien era por mucho menos rico que ellos, o para casarse con una de sus hijas. Monsieur de Chamilly tenía patillas, llevaba cuello duro, un abrigo. Presidía con elegancia una sociedad de numismáticos que se reunía, por turnos, cada dos o tres meses en un pequeño hotel de la rue de Chanaleilles.

De dónde le habrá surgido el gusto por las viejas monedas que pronto se había transformado en pasión, no tengo la menor idea. Terminó por hacerse, en el medio de los numismáticos, de cierta reputación que asumía con vanidad. Poseía una moneda de Corinto con efigie de Pegaso, un dracma de Alejandro, acuñado con un hocico de león, un denario de la República Romana que representaba a Apolo, dos sestercios de Augusto, un sólido de oro de Teodoro el Grande, un tetradracma de plata de Naxos, en Sicilia, que llevaba, al anverso, una cabeza barbada de Dionisio y, en el reverso, un sátiro itifálico sentado, aprestándose a beber de un cántaro. Su biblia era la célebre obra de Mionnet, *Descripción de las medallas antiguas*, que nunca dejaba su mesa de trabajo y se enorgullecía, en su biblioteca, de una edición original de la *Doctrina numorum veterum* de Eckhel y sobre todo del estudio, más económico que morfológico, de Guillaume Budé: *De asse*.

Monsieur de Chamilly estaba relacionado con los tres hermanos Reinach que se llamaban Joseph, Salomon, Théodore y que, los tres, se habían ganado el sobrenombre de *Yo Sé Todo*. Eran judíos y la familia de monsieur de Chamilly consideraba con algo de reprobación sus frecuentes visitas a la rue de Chanaleilles. El marqués, que gustaba de las cosas del espíritu y que se relacionará también, en diferentes épocas de su existencia, con Robert de Montesquiou, con Robert de Lers, con Daniel Havély, con Marcel Proust, relegaba las conveniencias muy por detrás del placer que le procuraban el saber y la conversación de los tres hermanos. El primogénito estaba metido en política y apoyaba la causa de Dreyfus. El segundo era normalista, catedrático de gramática. El tercero, Théodore, era humanista y numismático. A menudo, en su juventud, monsieur de Chamilly, cuyo nombre de pila era Edouard, bajaba con Théodore, quien era su preferido, hacia la costa que era tan bella entre Marsella y Mónaco. Habían navegado, ambos, en el velero de un joven escritor, apenas de más edad que ellos, que amaba el sur, Córcega, Argelia, Italia. El joven escritor se llamaba Guy de Maupassant y su barco, *Bel-Ami*. Théodore Reinach tenía predilección por el cabo Ferrat y por Beaulieu, donde ya acariciaba el sueño de mandar construir, en estilo griego, una casa que será, más tarde, la villa Kerylos.

Una noche en que Théodore Reinach cenaba en rue de Chanaleilles, el plato fuerte era una bonita perdiz enviada a sus dos amigos por Guy de

Maupassant. Empezaron a hablar de *La casa Tellier*, de *Bel-Ami*, de *Pierre et Jean*, del caso Dreyfus, de Boulanger, de la duquesa de Uzès, de los Brissac. Y luego de los Rothschild y de los Éphrussi, que eran aliados de los Reinach. Finalmente la conversación abordó, como siempre, las medallas y las monedas. Reinach contó que la palabra *medalla*, que era común en Francia solo hacia el siglo XVI, no provenía, como se había afirmado, del latín *metallia* o *metallum*, metal, sino del italiano *medaglia*, que provenía a su vez del latín *medius*, mitad, y que significaba *medio denario. Moneda*, en cambio, era una palabra francesa muy antigua, que se halla en los textos a partir de mil cien y algo emparentada a la palabra latina *Moneta*, «la Consejera», sobrenombre dado a Juno, cuyo templo servía a la vez, en la antigüedad romana, como taller de monedas.

—A propósito —dijo Reinach—, hay un joven, en Angoulême, al que elogian mucho. Trabajó en Bordeaux con Waddington y Blanchet. Y tendría la pasión por las monedas con las que comercia con mucha sapiencia y honestidad.

—¿Cómo se llama?, —preguntó Chamilly.

—Estienne, creo. Charles Estienne.

—Pues bien —dijo Chamilly—, quizá algún día podríamos tenerlo entre nosotros.

Y hablaron de otra cosa.

Algún tiempo después, sobre una hoja morada acuñada con una corona de marqués, Théodore Reinach recibió una nota de Chamilly:

> «Querido amigo:
> Tengo en mis manos una pieza rara, muy rara, que me ha sido confiada por unos días por mi cuñado, el príncipe Makinski, conservador del Gabinete de Medallas del palacio del Hermitage en San Petersburgo. La adquirió en Berlín y me la dejó en custodia durante su breve estancia en Monte Carlo y en Niza. No le diré más para dejarle la sorpresa. ¿Quiere usted venir y ver mi tesoro el miércoles o el jueves?».

Théodore Reinach contestó enseguida que el ofrecimiento de su amigo lo emocionaba al más alto grado y que se proponía, si el día le convenía al marqués, ir el jueves por la noche, al salir de la Mazarine, donde llevaba a cabo investigaciones. Pedía autorización para traer consigo al joven Estienne del que habían hablado el otro día y que por casualidad se hallaba en París.

El jueves, a las seis de la tarde, Charles Estienne fue por Théodore Reinach a la biblioteca Mazarine. Tomaron un coche los dos y, a las seis treinta en punto, se hicieron anunciar, en el palacete de la rue de Chanaleilles, por un lacayo vestido a la francesa. El marqués de Chamilly apareció de inmediato.

—Es un gran gusto para mí —dijo cortésmente el acompañante de Reinach—, el recibirlo en esta casa donde los amigos de las cosas antiguas siempre son bienvenidos.

Charles Estienne era un hombre de treinta o treinta y cinco años, más bien bajito, fornido, no de muy buen ver, cuya torpe pinta y ropa poco cuidada contrastaban con el garbo y la soltura del marqués y del culto gran burgués. Probablemente nunca había penetrado en un palacete del *faubourg* Saint-Germain y parecía intimidado por la decoración y por sus interlocutores.

—Vaya pues —le dijo Reinach al marqués—, debería estar orgulloso de lo bien que se reserva sus sorpresas. Ya no vivo desde su carta y la curiosidad me devora.

—Antes de pasar a mi despacho, —propuso Chamilly con tono malicioso —, ¿gustan tomar una taza de té o una copita de porto?

Los tres se sentaron en los sillones de tapicería en medio del salón. Y, disimulando su impaciencia bajo el encanto de los buenos modales, se pusieron a hablar de los trabajos de Reinach y de las ocupaciones de Charles Estienne en Angoulême y en Bordeaux, donde había estudiado y donde ahora comerciaba con antigüedades.

Era finales de otoño. Mientras los tres conversaban, la noche empezó a caer. El marqués llamó. Trajeron una lámpara. Monsieur de Chamilly todavía les mostró a sus huéspedes algunos retratos de familia y algunos libros antiguos. Por fin, todo el mundo pasó al despacho del marqués.

Sobre la mesa, en un estuche de terciopelo azul, se encontraba una de las más bellas monedas que Théodore Reinach jamás había visto. Era un estatero de oro de finales del siglo VII, de forma redonda irregular y desgastado por el tiempo, que representaba una máscara haciendo muecas grotescas.

—¡Oh! ¡Oh!, —exclamó Reinach—. Esto, en efecto, no es cosa de risa.

Pidió autorización para examinar el estatero.

—Proceda usted —respondió el marqués.

Reinach se acercó a la moneda con una exaltación y un apetito que daba gusto ver. La tomó, la sopesó, la acarició, la contempló.

—¿Y bien?, —preguntó Chamilly.

—Espléndida —dijo Reinach—. Siglo VII. Atenas, o quizá Egina. O quizá Éfeso. Sí… más bien Éfeso. Increíble estado de conservación. Una pieza única.

Y la tendió a Estienne.

En ese preciso momento, Estienne, bajo los efectos de la emoción, hizo un movimiento algo brusco y tiró la mesita de pie sobre la que estaba la lámpara que alumbraba el despacho. La lámpara cayó y se rompió. El despacho, por algunos momentos, quedó a oscuras. Ya, alertado por el ruido, el lacayo se precipitaba, con otra lámpara en la mano. Levantó la mesita y colocó la lámpara.

—Discúlpenme —balbuceó Estienne, en el colmo de la confusión—. Yo… yo…

—No es nada —dijo el marqués con su exquisita cortesía.

Y, dirigiéndose al lacayo:

—¿Quisiera, Auguste, llevarse la lámpara rota? Limpiará después.

El lacayo se inclinó, se deslizó fuera del despacho, cerró la puerta tras de sí. Los tres hombres retomaron sus lugares. Reinach apoyaba su mano en el hombro de Estienne cuando el marqués, de repente muy pálido, exclamó:

—¡El estatero de oro!

La moneda ya no estaba sobre la mesa, ni en las manos de Reinach, ni en las de Estienne. Había desaparecido.

Los tres hombres se tiraron al piso, miraron bajo la mesa y bajo la mesita de pie, voltearon la alfombra persa que estaba sobre el *parquet* de madera. Nada. Buscaron en las ranuras del *parquet*, en el cajón que se había quedado abierto, en los rincones, bajos las cortinas. Nada.

—¿El lacayo…?, —murmuró Reinach.

—¡Vamos! ¡Reinach!, —dijo el marqués con tono algo seco. Respondo por él como de mí mismo. Auguste está al servicio de la familia desde hace cuarenta y dos años. Le confío todo lo que tengo. Está por encima de toda sospecha.

De todos modos se llamó a Auguste. El marqués le preguntó si había visto la moneda de oro.

—¿Cuál moneda?, —preguntó Auguste.

—La que estaba en el estuche.

—No vi absolutamente nada —gruñó Auguste—. Solo entré al despacho cuando el ruido me alertó.

Despidieron a Auguste.

—Señores —dijo el marqués—, lamento mucho este incidente. Pero entenderán mi preocupación. Si solo fuera por mí, dejaría el asunto en el balance de pérdidas y beneficios. Pero no se trata de mí. Esa moneda no me pertenece. Es propiedad de mi cuñado, el príncipe Makinski, quien la adquirió por cuenta del Gabinete de Medallas del Palacio del Hermitage. Soy responsable ante él. Estaré obligado a realizar un procedimiento muy molesto. Quizá la moneda se habrá metido en la ropa de alguno de nosotros. Sin saberlo, por supuesto. Les propongo proceder en común a un registro de nuestras pertenencias. Huelga decir que me someteré como ustedes a esa operación.

—¡Pero por supuesto!, —exclamó Reinach—. Nada más natural.

Y procedió enseguida a quitarse la chaqueta negra.

Fue entonces que divisó a Estienne, de pie, inmóvil, muy pálido, todos los miembros de su cuerpo entero temblando.

—¿Y bien?, —le dijo—. ¿Qué sucede?

—Es imposible —murmuró Estienne con voz acongojada—. No quiero. Es indigno. Soy un hombre honesto.

—Nadie lo duda —dijo Reinach.

—No quiero ser registrado.

Se hizo un gran silencio.

Monsieur marqués de Chamilly era gentilhombre de la vieja escuela. La educación que había recibido hacía que se sintiera superior a la mayoría de la gente a su alrededor. También se nutría de un gran respeto por los demás, por su sapiencia, por su dignidad. Era el anfitrión de ese hombre al que no conocía. Dudó. Se preguntó por un momento si iba a llamar a Auguste y registrar Charles Estienne a la fuerza. Miró a Reinach.

Reinach se abrió de brazos, no para prepararse a ser registrado, sino en un gesto de impotencia. Estienne, deshecho por la impresión, a punto del desmayo, se había dejado caer en un asiento.

El silencio volvió a caer en el despacho donde la lámpara alumbraba con una luz ahora siniestra la mesa de trabajo sobre la que estaba, abierto y vacío, el estuche de terciopelo azul, viudo de su estatero de oro.

—Como quiera —dijo Chamilly.

—Oigan… —dijo Reinach llevado por la agitación.

—No hay nada que hacer —dijo Chamilly—. Si el señor se niega a ser registrado, no lo obligaré.

Estienne se levantó. Titubeaba.

—Gracias —dijo.

Y salió del despacho.

El asunto hizo mucho ruido. El príncipe Makinski y el marqués de Chamilly asumieron ambos la suma que había sido invertida, en Alemania, en la compra del estatero de oro. No era insignificante. Théodore Reinach propuso contribuir al gasto y dividir la suma entre tres. Chamilly se negó.

Théodore Reinach y sus hermanos representaban, en la Francia de finales del siglo pasado, una verdadera potencia. Llevaron a cabo contra Estienne una campaña implacable. Chamilly, por su lado, alertó a la gente de su medio. La carrera de Estienne quedó destrozada de un solo golpe. Sus amigos le dieron la espalda. Debió vender su empresa. Su mujer, que era hija de comerciantes en vino muy honorables de Bordeaux, acabó por dejarlo. Estienne se fue a Indochina que acababa de ser francesa. Desapareció.

Los años pasaron. Estalló la guerra. Apareció el automóvil, el teléfono, hubo el Tratado de Versalles, los años locos, la gran crisis del 29, el *jazz*, el cine, las novelas de Proust y de Morand. Uno apoyando al otro, Théodore Reinach y el marqués de Chamilly habían ingresado al Instituto de Francia. Hacia finales de los años veinte, después de haber construido en Beaulieu, en un lugar encantador al pie del cabo Ferrat, la villa Kerylos que todos pueden visitar, Théodore Reinach murió. Monsieur de Chamilly era un viejo guapo. El nombre de Charles Estienne había caído en el olvido y no le sonaba a nadie.

A principio de los años treinta, poco antes de la llegada de Hitler al poder, las consecuencias del Jueves Negro en Nueva York se hicieron sentir en París. El señor marqués de Chamilly tuvo que enfrentar serias dificultades financieras. Mantuvo la elegancia acostumbrada y prefirió separarse de su palacete de la rue de Chanaleilles más que de sus monedas. Vendió su casa y se instaló en un departamento de Passy o de Auteuil. En el momento de vaciar su palacete y de mudar sus tesoros, hizo un descubrimiento que lo dejó helado. En el dobladillo de una de las pesadas cortinas de su despacho encontró el estatero de oro.

Envejeció de golpe. La edad, las penas, la guerra, los problemas financieros lo habían dejado de mármol. La injusticia de las sospechas que había concebido contra de Charles Estienne dio cuenta de su salud. Debió encamarse. A los médicos que venían a visitarlo les declaraba:

—No es nada físico. Es un remordimiento.

Los remordimientos de Monsieur de Chamilly acapararon brevemente la atención de algunas veladas parisinas. Y ya no se pensó en ello. Él seguía rumiando un dolor que lo roía por dentro. Para intentar localizar a Charles

Estienne que había desaparecido, y que quizá había muerto, se dirigió a uno de esos despachos de detectives privados a los que acudían los maridos celosos y las víctimas de chantajes.

La diligencia le fue penosa. Se halló frente a un individuo sospechoso y obtuso al que le contó, sin muchas esperanzas y para no entrar en detalles que pudieran parecer increíbles, una vaga historia de herencia y de indemnización. Tres semanas más tarde, para sorpresa suya, el individuo sospechoso y obtuso, cuyo papel membretado llevaba una máscara y una lupa, le anunciaba que el rastro de Charles Estienne había sido localizado: se encargaba de borregos en los Alpes de Provenza. Monsieur de Chamilly le escribió una carta. Fue, en toda su existencia, el acto que más le costó. Le confesó que las penas lo roían, que estaba llegando al final de su vida y que iba a morir. Pero que no quería desaparecer sin decirle la verdad y sin pedirle perdón: el estatero de oro había sido encontrado.

Le decía que estaba consciente de una reparación demasiado tardía. Había destruido una vida. No sabía qué hacer para obtener un perdón que no esperaba obtener. El resto de sus días estaría consagrado a obedecer las órdenes que Charles Estienne tuviera a bien girarle. Y lo que le quedaba de fortuna le estaba asegurado.

«Es muy duro para mí escribirle todo lo que acabo de escribirle. Hasta que acepte concederme su perdón, debo considerarme como una especie de asesino, más cruel, más odioso que aquellos que matan con un cuchillo. Lo ha perdido todo. Por mi culpa. Y yo soy, sin embargo, quien acude a usted para pedirle que se apiade de mí».

Esperó. No por mucho tiempo. Al cabo de unos diez días, recibió, de los Altos Pirineos, la respuesta de Charles Estienne. El papel era mediocre y la escritura temblorosa.

> «Señor marqués:
> Le agradezco su carta. Llega tarde. La espero desde hace cuarenta y cinco años. Es cierto: lo perdí todo. Mi mujer, mi oficio, mis amigos, mi felicidad. Fue rudo porque era inocente. Lo que viví desde que salí de su casa en esa noche de otoño en la que todo se detuvo, no se lo describiré: lo sabe. Ahora la paz me ha llegado. Que le llegue también. Pronto moriré. Usted también. Muera en paz. No puedo decirle más. No hablo mucho. Y ya no sé escribir».

Los ojos del marqués se nublaron. Le costaba trabajo proseguir con su lectura. Se quitó los anteojos, se los puso de nuevo, intentó proseguir.

> «Quisiera sin embargo explicarle por qué me negué a ser registrado. No era por falta de honor. Es porque no podía. ¿Y por qué no podía? Porque tenía en el bolsillo de mi chaqueta el estatero de oro de Éfeso».

El corazón del marqués latía con fuerza. Pensó que se sentiría mal. Se levantó. Fue a tomar un vaso de agua. Se sentó de nuevo. Se puso los anteojos de nuevo.

> «La moneda que me mostró no era única, como lo creía monsieur Reinach. Había otro ejemplar. Por un golpe de azar de cuya inverosimilitud estoy consciente, lo tenía en mi bolsillo. Lo había comprado quince días antes a un inglés algo loco que necesitaba dinero. Lo había traído de Angoulême para darle una sorpresa a monsieur Reinach y a usted. Para sorpresa, vaya sorpresa. Cuando vi su moneda, la cabeza me dio vueltas, creía desmayarme e hice caer la lámpara. ¡Oh!, las dos monedas no eran del todo idénticas: la mía estaba desgastada del otro lado y diferían varios detalles. ¿Pero quién se habría dado cuenta en la agitación en la que nos encontrábamos? No podía dejarme registrar so pena de ser considerado un ladrón. No sé a quién —¿a usted?, ¿a mí?— la muy tardía verdad podría hacerle algo de bien. Le cuento la historia porque es verídica y, a lo largo de la existencia que he tenido desde entonces, me la repetí con una especie de pavor sin nunca contársela a nadie porque nadie me hubiera creído, y puedo al fin, gracias a usted, compartir esta carga que, por la única culpa del azar, tanto ha pesado sobre mi vida.
> Ruego a usted, señor marqués…».

Pero el marqués de Chamilly había dejado caer la carta. Y, como a muchos ancianos a los que cualquier cosa los agita, lloraba.

—¿Ah?, —dijo A—. ¿Lloraba?

—Los hombres ríen mucho. Y es de preguntarse por qué se la pasan llorando.

XVIII. Basílicas y catarinas

—Ya veo —dijo A—. La verdad es triste. La muerte es un alivio. Mejor no hubiera venido. Más le hubiera valido al mundo no existir. Y a cada uno de ustedes más le hubiera valido mantenerse apartado de ese infierno de orgullo y de complicación que llaman vida. Incluso cuando no corre sangre, incluso sin pierna arrancada, incluso sin el menor ojo reventado, incluso sin sufrimiento físico, todo lo que me cuentas no es más que horror y error. Pareciera que los placeres mismos no están ahí más que para marchitarse y para servir de alhaja, antes de borrarse, para dolor y para lágrimas. Debiste decirme enseguida, desde el primer instante de nuestro encuentro sobre la Aduana de Mar, que el mundo era una máquina de fabricar desdicha. Hubiera sido más sencillo. Hubiera sido más exacto. Y nos hubiéramos ahorrado mucho tiempo.

—Si esa es la imagen que te doy del mundo, soy el peor de los guías, y el más infiel. La vida es el bien supremo que más les importa a los hombres y perdiendo la vida los vivos lo pierden todo. Tendré que decírtelo de nuevo y repetírtelo en todos los tonos: el mundo es bello. Sí, el mundo es bello. Reúne a los que se aman, es el lugar del placer, del talento, de la genialidad, de la felicidad; es ahí, y solo ahí, donde hay rosa laurel, catarinas, basílicas románicas, chocolate con avellanas y *confit de canard*, Château Lafite 1961, el *Canto de alabanza del segundo día*, justo en medio de la *Creación* de Haydn, cómodas de Boulle, de Jacob, de Riesener, calancas con pinos que bajan hasta el mar y nada le es superior porque no hay otra cosa bajo el sol.

—¡Vaya audacia!, —exclamó A—. ¡Qué presuntuoso! ¡Qué fatuidad!

—Somos los hombres. Y los espíritus mismos no tienen nuestra dignidad. Y no tienen nuestros placeres. Sufrimos, es cierto, nos equivocamos, no sabemos nada, nos la pasamos discutiendo en las tinieblas de la historia. Pero tenemos una idea de la felicidad y de la perfección y de ahí surge nuestra grandeza: del contraste entre nuestra bajeza y nuestras aspiraciones. Una esperanza nos anima. Siempre creemos que lo haremos un poco mejor.

—¡Ilusión!, —gruñó A—. ¡Ilusión!

—¿Y qué, si la ilusión es bella? ¿Y si la ilusión y la realidad no fueran más que una sola cosa vistas desde los dos lados opuestos? ¿Y quizá, por otro lado, acaso no hay ilusión y no cesamos de subir, más allá de los desiertos y de los pantanos pestilentes, por senderos de montaña al filo de precipicios, hacia algo desconocido? De Lucy a Platón, del alga verde a Einstein, o a mí, como quieras…

—Ustedes nada tienen que ver en eso. Ustedes no son los que caminan. O si ustedes son los que caminan, ustedes no son los que trazan su camino. Ustedes no son los que deciden sus itinerarios en los mapas, de los que nada se puede decir, del misterio y de los sueños. Todo sucede fuera de ustedes y por encima de sus pobres cabezas.

—Pero con nosotros, en todo caso. Si no estuviéramos, no solo nuestro mundo, sino tu universo entero no tendría ya ningún sentido. Porque no habría nadie para buscar uno. Tus mapas de los que nada se puede decir ya no serían leídos por nadie. Sufrimos, lloramos, nos pasamos el tiempo equivocándonos para que el universo tome un sentido. Son los hombres quienes le dan un sentido a los primates de los que descienden, a las algas de las que surgen, al *Big Bang* que lo creó todo.

—Un sentido… un sentido… Pero, mi pobre amigo, no tienen la menor idea de todo lo que les precede y de todo lo que los rodea. No tienen la menor idea de lo que les espera. Avanzan a tientas, son unos ciegos en la noche, imbéciles que nada entienden, unos vanidosos que se imaginan que están solos en el universo y que el espacio y el tiempo giran alrededor de su bola, de la que hicieron el centro de todo y la única referencia.

—De ninguna manera. No creo que los hombres sean el centro del mundo, y si existe una palabra de execración y una distinción de declinación, es el nombre de humanista. Solo sé que es bueno haber pasado por este mundo y haber sido parte de esta vida tan llena de sangre y de sufrimientos, donde los estateros de oro son embarazosamente proclives a esconderse en los dobladillos de las cortinas, con todo lo que resulta. Hay un poco de dignidad, hay un poco de honor en haber sido, para bien o para mal, un hombre entre los demás. Honor, pensándolo bien, es quizá decir demasiado. Y dignidad también. Hay énfasis en la fórmula, algo pomposo. Pongamos simplemente que tuve placer. Y eso no está tan mal.

—¡Ah!, —me dijo—, si lo que persigues es el placer, si lo que buscas es el placer…

—Amé mucho el placer, dije inclinando la cabeza. No es del todo seguro, pero te lo había advertido, que sea el hombre que se necesitaba para preparar el informe. No tengo dignidad y no soy serio.

—*Carlota, Lota, Lota*… —murmuró A.

—¡Por desgracia! Y los conejitos… Ya te di los nombres de aquellos que se lanzaron a escribir un informe. La Biblia es un buen informe. *La divina comedia* es una especie de informe.

—¡Ah!, —interrumpió A riendo con sarcasmo—. Con D y V.

—¿D y V?

—¡Dante y Virgilio, vamos!… Y Beatriz en el papel de Marie…

Encogí los hombros.

—Los *Pensamientos* de Pascal, la *Ética* de Spinoza, las *Memorias* de Saint-Simon, la *Fenomenología del espíritu*, las *Memorias de ultratumba*, la *Comedia humana, En busca del tiempo perdido* algo tienen de un informe. Quizá también el *Edda* de los escandinavos y el *Popol Vuh* de los maya-quichés[(34)].

—Mi pobre amigo —dijo A.

—Claro que sí. Son cosas mucho más pequeñas que debí y que me hubiera gustado hacer: del tipo de *Point de lendemain*, por ejemplo, o de *Mon amie Nane*. No son informes, pero…

—Mi pobre amigo —repitió A.

Me vino a la mente la idea, y no era agradable, de que acababa de soltar una tontería.

—O quizá incluso de *Molinoff, Indre-et-Loire* —agregué a toda prisa—, o de *Parfum des îles Borromées*. O de esas novelas inglesas que a nadie se le ocurriría guardar en su biblioteca y recomendar a los demás, pero que no se pueden dejar mientras se leen.

—De vez en cuando —dijo A—, estoy contento por ti de que hayas muerto. Te lo aseguro: es mejor así.

—¿Ah? ¿Tú crees?

—Mucho mejor. Y quizá ahora, ya que lo estás, ¿podrías otra vez contarme una historia sobre el tiempo de tu vida? No solo son historias… Pero, en fin, son historias. Y como a los hombres mismos, creo, me gustan las historias de los hombres.

XIX. La cartera

—El mundo es finito. Y es infinito. Su laberinto no es más que límites, y no tiene límites.

—Difícil de entender —murmuró A— para un espíritu venido de Urql.

—Para los hombres también —aseguré—. Y sin embargo de una evidencia que salta a la vista de cada quien. Los sentimientos, las emociones, las pasiones, todos esos movimientos del alma que tanto agitan a los hombres, están en números reducidos. Así como está limitado el número de cifras de los que nos servimos o las letras del alfabeto. Y lo que es ilimitado son sus combinaciones. Todo se puede decir con veintisiete letras, todo calcular con nueve cifras, flanqueadas por su cero. Por enorme que sea un número, siempre puede forjarse uno mayor. Y ningún libro agota el mundo.

—¿Incluso el informe?, —preguntó A.

—Incluso el informe. Y en la descripción de un acontecimiento único o de un solo y único hombre, cualquiera, que tuviéramos a la mano, podríamos consagrarle muchas horas y muchos volúmenes. Una infinidad de volúmenes y una infinidad de horas. Porque cada hombre está cerrado sobre sí mismo. Pero por abrir sobre un mundo que nunca termina.

A los temperamentos, a los encuentros, a las casualidades de la existencia, hay que agregar todo lo que está ligado a la historia y que le da sus colores a un medio, a un país, a una época. El estado del saber, por supuesto. La ciencia, la técnica, las carreteras, las comunicaciones. El comercio, la industria, la situación económica. La religión. La cultura. Hasta las tendencias de la moda que desempeñan un papel decisivo. No se puede pensar en tiempos de Hegel o de Nietzsche, con máquinas a vapor y pronto ferrocarriles, como se pensaba en tiempos de Leibniz o de Santo Tomás de Aquino. Hay un clima de las ideas como hay un clima de los periodos geológicos y de la geografía. Hay estratos, hay capas, corrientes, dominaciones y reinos. Epistemes, para hablar como los pedantes. Prejuicios, lugares comunes, rutinas, anteojeras.

En cada era sobreviven huellas de las épocas precedentes y afloran señales de épocas por venir. En medio de la confusión que hoy ya no tiene sentido, hallamos en los filósofos griegos anteriores a Platón el anuncio de la ciencia moderna y en un Al-Ghazali, quien introduce la dialéctica griega en las ideas islámicas y que, antes de convertirse al misticismo y de convertirse en derviche errante, profesa en Bagdad, en el siglo XI, un espíritu crítico muy próximo al escepticismo, algo que ya suena como a la duda de Descartes. Una

parte de la genialidad de los hombres consiste en adivinar, y a veces en inventar los resortes de los tiempos por venir. A las mentes que están retrasadas y que colocan su grandeza en su fidelidad se oponen las que están adelantadas y que trastocan las costumbres, las tradiciones, la comodidad, la continuidad. Todo ello provoca mucha agitación, y a menudo mucho daño. Pasar del ayer al mañana es tan duro para los hombres como llegar a este mundo. Una vez que estamos en el presente y que te acuerdas que nacer es entrar en un presente que solo nos soltará en la muerte, el presente nos sumerge. Cada quien solo puede pensar como se piensa en su época. Aristóteles, San Agustín y hasta Bossuet, que son mentes con un poder excepcional, no son capaces de elevarse a la condena de la esclavitud: algunos siglos más tarde, le parece una evidencia al más bruto de los brutos. Se necesita un esfuerzo sobrehumano para pensar un poco más allá y más arriba de su medio y de su tiempo. Y le es absolutamente imposible al hombre pensar en otra cosa que no piensen los hombres. Esa es toda la lección de ese genio del que ya te hablé y que se llama…

—Emmanuel Kant —murmuró A inclinando la cabeza.

—¡Una máquina de tratamiento de textos!, —exclamé en el colmo del entusiasmo—. Y un boleto de pareja para Königsberg, que tomó el nombre de Kaliningrado cuando la ciudad se volvió rusa después de la caída de Hitler. El hombre es un frágil milagro que se estropea por cualquier cosa. Se confunde con su conciencia, su juicio, su voluntad, su libertad, que no conocen límites, que son como el pájaro en los aires, casi como tú en Urql, y es echado en un mundo del que no puede salir, que le impone sus reglas y al que se somete.

La escena tiene lugar en París, al extremo final del siglo XX después del paso de Cristo por esta Tierra. Podría tener lugar en Londres, en Roma, en Frankfurt, en Marsella. Pero debe tener lugar en Europa o en un país ocupado desde hace tiempo por cristianos privilegiados, o más o menos privilegiados, que se sienten amenazados por la llegada de nuevos tiempos. Y es imposible que tenga lugar en una época diferente. O entonces, hay que cambiar los personajes y su marco. Porque los mismos sentimientos y emociones comparables adquieren rostros diferentes en tiempos sucesivos.

Es un hombre todavía joven. Lo llamaremos Jean-Louis. Se habría llamado Amédée o Arthur hacia principios de siglo, Victor cien años antes, Oskar o Gerhardt o Rainer-Marie del otro lado del Rin, Abigail, Algernon, Alistair o Evelyn del otro lado de La Mancha, Marcus Tillius o Lentulus bajo Tiberio o bajo Adriano. Jean-Louis ya no es soldado, campesino, tendero, seminarista como lo habría sido en vísperas o después de la revolución. Es

algo así como un ejecutivo medio o un técnico superior. Está desempleado porque los negocios van mal. Está la crisis. Tiene un departamento, un teléfono, una mujer, un coche y toma vacaciones, en verano, en España o en Grecia. Pero está sin trabajo, por complicadas razones en relación con el progreso, del que nacen y que lo contrarían. Tiene un padre cuyos veinte años fueron iluminados por la resistencia contra los invasores y una mujer cuyo padre colaboró con los alemanes. Se llama Yvonne. El hermano del padre de Jean-Louis era militar de carrera. Combatió en Indochina. Combatió en Argelia. Se mató en coche, por Avallon. El hermano de Yvonne acaba de morir de cáncer. De vez en cuando, Jean-Louis lleva a Yvonne al cine. Sobre todo busca trabajo. Y no es fácil. Recorre con lupa las ofertas del *Figaro* y del *Monde*. A veces también lee *Le Point, L'Express, Le Nouvel Observateur*. Es más bien de izquierda. De lo que se informa, lo irrita a menudo. Las veladas son largas: mira la televisión.

Jean-Louis fuma Gauloises. Una noche, frente a la televisión, se da cuenta de que ya no tiene cigarros. Entonces, se vuelve a poner el saco que ya había dejado sobre el respaldo de una silla frente a la pantalla chica. Y baja a comprar. Son los gestos cotidianos de los hombres de mi época. La primavera acaba de llegar. Es de noche. Espera que la tienda esté todavía abierta. Más o menos a medio camino entre su casa y la tienda, entre dos arbotantes, un hombre lo detiene. Muy moreno, no muy alto, con un cigarro entre los labios. Pide fuego, con una sombra de acento que ni siquiera se nota. Jean-Louis lleva consigo uno de esos sobres de cartón que reemplazaron las viejas cajas de cerillos. Prende un cerillo, lo protege con ambas manos, lo acerca al cigarro que el otro tiene en su boca. El hombre huele bastante fuerte, está muy cerca del cuerpo de Jean-Louis, casi se apoya en él, y ese contacto tan cercano no es muy agradable. La idea le surge de repente, es una evidencia, es un hecho, no es un juicio de valor ni una condena, que el hombre es un árabe. El árabe se aleja a grandes pasos, muy rápidamente, casi corriendo. El punto esencial es que Jean-Louis no piensa en nada. Sigue su camino. Va a comprar Gauloises. Y, no pensando en nada, palpa, con gesto maquinal, los bolsillos de su saco. El corazón le da un vuelco: su cartera desapareció.

De inmediato lo comprende todo. No duda ni un segundo. Se voltea, regresa sobre sus pasos, se lanza en persecución del árabe, que no debe estar muy lejos. Corre hasta perder el aliento. Percibe más allá una silueta que se aleja. Acelera. Alcanza al hombre, que camina con buen paso, pero que ya no parece apurarse. La ira ciega a Jean-Louis, pero no le impide reconocer al

árabe quien, dos minutos antes, o tres quizá, o cuatro, le pidió fuego. Es él. Sí que es él. Se abalanza sobre el hombre, lo zangolotea. Grita:

—¡La cartera!

El otro, los brazos frente a los ojos, el rostro cerrado, no hace el menor gesto. Entonces el furor invade a Jean-Louis. Golpea al árabe en el mentón y en el vientre. Lo tira al suelo. Algo de sangre sale de los labios del hombre, derrumbado a sus pies.

—¡La cartera!

El árabe hace un movimiento, mete la mano a su bolsillo. Jean-Louis supone que el hombre busca un arma, un cuchillo, un revólver quizá. Le asesta una patada en la cara que la hace perder el conocimiento. Jean-Louis se inclina, lo registra, no encuentra rastro alguno de arma, pero encuentra la cartera, algo usada y negra. La toma apresuradamente y la vuelve a meter en su bolsillo.

La cabeza le está dando vueltas, deja al árabe en la cuneta, se olvida de los Gauloises que había ido a buscar, y vuelve a casa con una agitación que no logra calmar. Está temblando tanto que le cuesta trabajo introducir la llave en la cerradura. Se precipita al interior para contar lo que pasó, grita:

—¡Yvonne! ¡Yvonne!

Y oye la voz de su mujer que viene saliendo de la cocina:

—¡Ah! Eres tú. Olvidaste la cartera sobre la televisión.

XX. El fin empieza ya

Habían transcurrido dos días. El tercer día estaba por llegar. Al modo de los jóvenes que no pueden dejarse y que se acompañan sin cesar a la salida del Instituto, A y yo, platicando, deteniéndonos, reemprendiendo la marcha, revoloteando en el mismo lugar, le habíamos dado más de cien vueltas a la Tierra.

—¡Qué pequeña es!, —exclamó A alejándose de la Tierra y volviendo a ella con un aletazo—. ¡Cuidado! ¡No nos vayamos a pasar de largo!

Ahora se inclina y reconoce Suiza, anidada al pie de los Alpes, a lo largo de los lagos y de los glaciares, en el nudo de sus autopistas, de sus túneles y de sus entronques, la inmensa China, atravesada por su muralla, Canadá, Brasil entre mar y selva, Australia solita en su rincón. Ya no se sorprendía por esas formas y por esos colores que hubieran podido ser diferentes pero que, al menos por un tiempo, por algunas decenas o algunas centenas de miles de milenios, y para cada una de las criaturas llevadas por el planeta en su eterna carrera, es decir temporal, eran lo que eran, o lo que parecían ser: la necesidad misma, una decisión tomada desde muy lejos, un destino para siempre. Solo se podía aprobar: así era. El Mediterráneo lo divertía, con sus puertos y sus islas, sus templos, sus marineros, sus naos en la mar, sus mercados al sol.

—¡Qué divertido!, —dijo A.

—No te equivoques. Es el mar de los dioses. De los profetas. De los conquistadores. Y de los muertos.

Las grandes ciudades se le subían a la cabeza. Los desiertos lo tenían en calma. Los océanos, también. Porque inmóviles o en movimiento, algo había en el mar y en el agua y en su transparencia que se parecía a la nada.

—El momento se acerca, mi vejo A, en que tendré que dejarte. Pronto nos separaremos y cada uno de nosotros seguirá su camino solo, tú de galaxia en galaxia a través de la inmensidad de la que los hombres no saben nada y yo en el sombrío pliegue en el que todos acabamos. Después de la sorpresa de conocerte me invade la melancolía de la separación y al acecho en un porvenir cuya sombra nos invade. Porque caíste en una Tierra en la que todo acaba por terminarse. No me atrevería a decir que vivimos juntos, ya que tú no vives y yo ya no vivo, pero atravesamos juntos extensiones de espacio y de tiempo que no son de risa.

—¿Te parece?… En fin… si así lo quieres…

—Me había acostumbrado a ti. Te quiero bien. Si hay algo más, adonde voy, que pueda servir para recordar, pensaré a menudo en ti.

—Yo también te quiero bien —respondió A—. Razonas con las patas, no dejas de recordar a Virgilio sirviéndole de guía a Dante, ni a Ariadna en el laberinto en auxilio de Teseo, ni a ninguno de esos maestros que dirigen a sus discípulos a través de los tormentos de la existencia, y el mundo que me describes me parece francamente muy raro. Pero hiciste lo que pudiste, y eso no está tan mal. No guardo un mal recuerdo de ese grano de arena en el espacio, de ese guiño en el tiempo que llamas la vida. Si en las altas esferas algo puedo decir del mundo, e incluso de ti, lo haré, tenlo por seguro. Y, después de tantas ilusiones bajo la rúbrica de la existencia, te deseo mil y una cosas buenas en la nada en la que estás por entrar.

—¿Quisieras hacerme algunas preguntas más sobre las ilusiones de este mundo?

—No lo sé. ¿No es siempre lo mismo? Empiezo a entender cómo funciona todo esto. El mundo está inflado de importancia y de complicación. Y es tonto hasta la pared de enfrente. Sube, se desarrolla, se cae a pedazos, se va. Y prosigue durante siglos y siglos, como en fila india. Mejor vamos a tomarnos una copa. Y si pudiéramos encontrarnos con Marie, no estaría mal.

Tercer día

Vaya que recordaremos este planeta.

BARBEY D’AUREVILLY

I. El hostal Gran Velo

—El mundo es una triste broma y un oscuro resplandor que llamamos realidad. Los hombres lo habitan y no le entienden nada. No eres el primero, ni el último, en cuestionarte sobre su historia, sus misterios y su sentido. El pensamiento sale del mundo y lo engloba. El mundo hace el pensamiento, el pensamiento hace el mundo. No habría pensamiento si no hubiera habido materia, un sol, océanos, algas, primates y hombres. ¿Habría un mundo si no hubiera pensamiento? Nada agota el mundo y nada agota el pensamiento. Los hombres se divierten y lloran, son tejedores y panaderos, se pasean por la Tierra, escriben tragedias, persiguen el dinero porque hay que comer para vivir y un techo para dormir, se vuelven ministros, vagabundos, embajadores, pintores de la corte, asesinos, músicos, se enamoran de alguien, escriben informes y mueren.

La felicidad los ocupa, y la pasión también. Inciertos mecanismos los yerguen unos contra otros, y a menudo contra ellos mismos. La desgracia los sumerge, sufren, ya no entienden, su cabeza se nubla, odian, tienen miedo, esperan que mañana sea menos duro que ayer. Tienen curiosidad por otra cosa. Quisieran saber de dónde vienen y adónde van. Construyen sistemas. La ciencia es un sistema. La religión es un sistema. El arte es una especie muy sutil de sistema.

Moisés, Platón, Aristóteles, Buda, Confucio, Mahoma, Santo Tomás y Descartes, Spinoza y Hegel edifican sistemas. Tolomeo también, y Copérnico, y Kepler, y Galileo, y Newton, y Albert Einstein que se volvió muy famoso por haber escrito $E=mc^2$ y por haberle, idea genial, sacado la lengua al periodista que lo fotografiaba. Cada uno de ellos se imagina que descubre la verdad. Destapan solamente, uno tras otro, una parte del gran velo.

—¿Destapas, tú también, una parte del gran velo?

—No me hagas reír —respondí—. Yo no destapo absolutamente nada. Te paseo por el mundo como otros se pasean por los Campos Elíseos, por los jardines Bóboli o por la colina de Pincio, a lo largo de los Zattere o por Central Park. Soy cualquiera, el primero que pasa, el último en llegar. Te cuento lo que pasa en este planeta donde los hombres se suceden y donde descendiste después de un largo viaje, como un viajero que se hospeda, al salir del bosque o de los interminables desfiladeros a través de la montaña, en un hostal desconocido.

—¡Curioso hostal!, —murmuró A.

—Curioso hostal —repetí—. Que es tan familiar, y del que nadie sabe nada. Se llega. Nos instalamos. Se creería casi estar en su propia casa. Todo parece simple y en calma, todo parece caminar por sí solo. Y, de pronto, ya está, algo se descompone. ¡Oh!, no la gran cosa. Casi nada. Un grifo tiene fuga. Una cuarteadura en la pared. Un imperceptible ruido en el cuarto contiguo. Menos grave, por supuesto, que si la casa se derrumbara o se incendiara. Pero molesto. Insidioso. Pronto insoportable. Nos interrogamos, nos alarmamos. Nos preguntamos dónde estamos. Aparece un malestar. ¿Dónde estamos? ¿Qué hacemos? ¿Qué clase de construcción es esta en la que todo anda mal? Es el hotel del Vértigo. Es el hostal del Gran Velo.

No se está tan mal. Gritamos, refunfuñamos, echamos pestes, nos quejamos a la gerencia: las peras ya no son lo que eran, las fresas no tienen el mismo sabor. Afirmamos que ya nada funciona y que el hotel ha cambiado mucho: perdió sus tres estrellas, la ruina lo acecha así como la quiebra. Pero una vez que estamos en él y que dejamos nuestro equipaje, no se nos ocurriría ir a otra parte. Por la más sencilla de las razones: no hay otra parte. Ya nadie sabe de dónde venimos, ya nadie sabe adónde vamos. Lo hemos olvidado todo. No hay nada más en ninguna parte. Aunque hay un jardín que, siglo tras siglo, gracias a una sabia gestión que se transmite de padre a hijo, se agranda poco a poco y en el que se puede dar algunos pasos, bajo el sol de plomo del verano, bajo las estrellas de la noche. El jardín completo pertenece al hostal. El hostal es cómodo, no sabemos dónde estamos y no hay otra parte.

El dueño no está. Deja que los clientes se las arreglen entre ellos. Los viajeros llegan, uno tras otro. Pareciera que empujan a los que ya están ahí y que buscan ocupar su lugar, e instalarse en sus habitaciones. Se grita: «¿Hay alguien?». Pero nadie contesta. Se conoce a los de antes, que rivalizan de celo entre ellos y que se esfuerzan, a cual más, para hacer prueba de experiencia y de buena voluntad, para dar recomendaciones, las más de las veces inservibles, sobre lo que pasa en el hostal. Se conoce a las recamareras. Las recamareras son encantadoras, con su mezcla de audacia y de timidez. Sonríen, hacen gracias. Se va al bar del hotel a tomar una copa con ellas. No son buenas para gran cosa, no saben casi nada. Se conoce al ascensorista, a conserjes con galones que se toman muy en serio, a botones, a contadores. De ellos es imposible obtener información seria sobre el hostal y su administración. Le tienden a uno tarifas, menús, volantes. Lo marean con palabras. Pero no se entiende nada. Unos sirvientes toman su equipaje, lo instalan, le dan de tomar. Afirman hablar todos en nombre del propietario. Pero no todos dicen lo mismo, es un caos indescriptible. Entonces los viajeros

(los viajeros son ustedes, somos todos nosotros, eres incluso tú) se resignan y se organizan. Intentan ocuparse. Unos juegan tenis…

—¡Tenis!, —protestó A—. Yo no juego tenis.

—No importa, los viajeros juegan por ti, los otros hacen boxeo o esgrima, otros se pelean en *croquet*, otros más se van a bañar a la piscina del hotel. Se puede correr por los bosques. Uno puede iniciarse en el ajedrez. Algunos se instalan en sus cuartos y redactan un informe sobre el estado del hostal.

Una vieja dama con sombrero grande, jóvenes desgreñados pintan con acuarela bajo los árboles del paseo. Los más razonables elaboran presupuestos para nuevas construcciones. De noche hay reunión para recitar versos o para tocar el piano y hacer algo de música. Así pasa la vida, deliciosa, inútil, necesaria, contradictoria. A varios les duele la cabeza, el hígado, el corazón. Algunos naturalmente son más encantadores que los demás, más divertidos, más inventivos. Las jóvenes muchachas los miran. Se improvisan juegos. Se organizan concursos. Loterías. Tómbolas. Los vencedores obtienen premios y tocan flautas de carrizo, bajo sombreros de papel. Se intercambian miradas, se rozan manos. Se dan cita en el jardín, bajo la luna, en los rosales del parque. Hay alocados que tocan la trompeta. Percibimos niños peleándose entre sí o con los diablillos venidos del pueblo.

Lo más divertido, quizá, es que cada quien tiene su idea sobre la historia del hostal. Unos cuentan anécdotas sobre los viajeros del pasado, otros inventan cuentos, fábulas, leyendas, otros más urden en los sótanos o suben a los desvanes e intentan encontrar quién construyó la casa y cómo se llama el dueño. Nadie sabe nada definitivo ni de seguro. Pero llega a suceder que uno u otros dan con algunas monedas de oro enterradas bajo un árbol o un viejo mapa de la propiedad ya roída por los gusanos.

Vemos maniáticos midiendo las distancias entre la puerta y la ventana, del piso al techo. Vemos enamorados pasearse a orillas del estanque. Escuchamos voces de mujeres cantando viejas romanzas y nos encontramos con un hombre batiéndose en duelo. Extranjeros que vendrían desde lejos podrían creer que penetran en una casa de locos. Pero las cocinas funcionan, el agua corre en los baños y una gran fogata está eternamente prendida.

Los clientes se quejan mucho. De la comida. Del servicio. De las fallas de los ascensores. Del precio de la pensión, que siempre tiende a aumentar. Pero, excepto quizá por algunos enfermos que se tiran por las ventanas, todos intentan quedarse tanto tiempo como sea posible. Se pelean por las mejores habitaciones, por una vista al jardín, por las *suite* reales, por baños privados y por un teléfono que funcione. Hay locos, por supuesto. Lo toman a uno por

los brazos, lo arrastran, le cuentan historias de no creerse, le murmuran al oído que el hotel está encantado y que, anoche, vieron fantasmas y seres venidos de otra parte.

—¿No me digas?, —dijo A—. ¿Y esos son locos?

—Naturalmente. Muchos no hacen nada de nada. Se tiran sobre el césped o a la orilla de la piscina y esperan que el tiempo pase. Y pasa. Unas damas comen pasteles y toman un poco de té. Dicen que en el hostal siempre hay buen clima y que las temperaturas son agradables. Y es cierto. El jardín, la piscina, todo el establecimiento goza de un microclima. En unas partes hace demasiado calor, en otras hace demasiado frío. En el hostal se está bien. La casa tiene aire acondicionado. Les ofrece a los viajeros lo que se ha convenido en llamar condiciones ideales. Se rehízo el techo, se volvió a pintar la fachada. Las familias, los primos, por mucho que todo el círculo de relaciones dé de gritos, todo ese mundillo se sucede en esos lugares encantadores, de tan lindos paseos, con mucho agrado. Se termina por pensar que solo en el hostal es donde se está bien.

En el hotel, cada quien se las arregla para utilizar todo su tiempo. Nos vamos a dar la vuelta, hacemos pequeños arreglos domésticos, nos disfrazamos, nos ocupamos de los niños, nos vamos a echar un ojo a las cocinas. Hay una mezquita para unos, una sinagoga para otros, una iglesia para los terceros: se acude el viernes, el sábado o el domingo. Cada quien se organiza como quiere, y a menudo como puede. Todo el mundo acaba por irse.

Llega el momento en que hay que pedir la cuenta. «La cuenta, por favor». O: «¡Camarero! La cuenta». Puede suceder que sea muy abultada. ¡Por Dios! ¡No siempre se está de viaje! Hay que saber divertirse mientras tenemos la suerte de aprovechar la cocina, los salones, la piscina, del tenis, de tan acertado renombre, del hostal del Gran Velo. Marcharse no es divertido: el paisaje es tan bello. Unos se van con elegancia, distribuyendo propinas, dando apretones de manos a diestra y siniestra. Otros patalean y lloran un poco. Es para los niños, para los más jóvenes, que la partida es más dura. Tienen ganas de divertirse, de tirarse una vez más desde arriba de los trampolines, de pasearse por los bosques, de darse cita con amigos para ir a bailar, de noche, delante de la sinfonola del hotel. Pero no hay, en el establecimiento, clientes de planta y, año sí, año no, los alquileres se suceden con ritmo sostenido. Hay que marcharse, es la regla. Y aquellos que van a tomar el tren en la pequeña estación algo siniestra cruzan el raudal de los nuevos que llegan con cara de atontados ante lo que les espera en el hostal del Gran Velo.

—Es chistoso —dijo A—, si me hubieras contado todo eso anteayer o incluso ayer, no hubiera entendido nada. Ahora me parece que comprendo más o menos lo que sucede en el hostal del Gran Velo y cómo la gente se acomoda en él.

—Es que tienes el código.

II. La risa de Marie

—Ahora que tienes el código, debes estar empezando a comprender lo que sucede en este planeta que llamamos el mundo y que solo es una minúscula parte del inmenso universo que has atravesado para llegar a la Aduana de Mar, imponente estrave frente a la Piazzetta, garita de la historia a la entrada del Gran Canal. ¿O quizás, al contrario, y con más justa razón, ya no entiendes nada, ya que eres, a tu vez, parte de un mecanismo que se cierra sobre sí mismo y no deja lugar a una mirada exterior? Te pusiste, tú también, a entrar en el sistema del que ya no puedes salir y a ser prisionero de ese código universal y sin embargo tan restringido, construido alrededor del tiempo, del pensamiento, de la vida. Una de las llaves de ese sistema, y una de sus paradojas, es que más se extiende la esfera del saber, más se ensancha el círculo de lo que todavía permanece ignorado. De lo que se trata es de entender que mientras más comprendes, menos comprendes.

—Entonces —me dijo con algo de humor—, dejémoslo así. Fin del informe.

—Imposible. El sistema requiere que avancemos. El código no se detiene nunca. Funciona, traga, se reproduce, progresa. El drama, en lo que estamos, es que queda prohibido poner la palabra *Fin*. El deseo de los hombres no tiene descanso. Se lo lleva todo. Es un torrente. Nadie sabe cómo encauzarlo. Es por ello que es tan bueno, tan duro y tan bueno, que haya términos provisionales, obstáculos, pasajes obligatorios en la existencia de cada uno: se llaman el hambre, la sed, la enfermedad, el dolor, el sueño, el fracaso. Y sobre todo la muerte. Morir es un horror. No morir sería mucho peor: una promesa de locura en un tiempo sin piedad. Los hombres necesitan, para sobrevivir, de límites donde detenerse. A un lado del gran límite que llamamos muerte, hay un límite pequeño que llamamos amor. Mi límite tenía los ojos azules, el cabello negro y se llamaba Marie.

—¿Un límite?, —preguntó A.

—Vamos, algo donde descansar. Un término. Un tope. Algo que no detenga las horas, puesto que nada las detiene, pero que las organiza. Alguien para poner algo de orden en el paso del tiempo. Marie imantaba el mundo y el tiempo. Les daba un centro, una dirección. Dejaba en suspenso la historia y su esparcimiento. Todo se puede discutir, excepto el dolor, la muerte, el amor. Marie, para mí, era indiscutible. ¡Qué alivio! ¡Qué felicidad! Le ganaba a la historia. Le impedía escurrirse entre los dedos de la historia.

—¿Hay vidas que nunca se hayan detenido? ¿Hay vidas en las que no haya amor?, —preguntó A.

—No lo sé. Imagino que el poder o la ciencia, que no frenan al mundo sino que, al contrario, contribuyen a precipitarlo en una carrera sin fin, pueden fungir como amor. Mi amor por Marie era un final de la historia. No buscaba más allá. No quería más. El mundo besaba sus pies. Había llegado a puerto.

—Te estabas durmiendo —dijo A.

—Puede ser. Y puede que no. Le ponía un final a la historia. No le ponía un final a los sueños, a los recuerdos, a la imaginación. El mundo seguía girando: giraba a su alrededor. Al menos tanto como un final, ella era también un principio. Me pregunto si el informe no está redactado para ella: para aportar a Urql algo de su imagen y algo de su beldad. Para hacer escuchar su voz. Para hablar de sus manos. Para que su risa resuene más allá de esta Tierra en la que, como todos nosotros, estaba encerrada. Es para hablar de Marie a través de Tamerlán, a través de la costurera pintada por Vermeer, a través del *Big Bang* y a través de Symi que acepté redactar contigo el informe sobre la Tierra. Cuando te conocí encima de la Aduana de Mar, el mundo, para mí, se reducía a Marie.

—Pero, dime —sopló A bajando un poco la voz como si algún difunto o quizá otro espíritu venido de otras galaxias pudiera escucharnos—, ¿no amaste a nadie antes de amar a Marie?

Dudé un momento.

—Claro que sí. Sabes cómo anda el mundo.

—¿Y cómo anda?, —preguntó.

—Tirando. No hay nada sencillo bajo el sol, nada que no pueda ser alcanzado por la duda y por la incertidumbre. Cada uno de nosotros, en la Tierra, ha visto las cosas cambiar, y cada vez más rápidamente, las verdades derrumbarse, la evidencia embestida y muchos amores eternos desvanecerse en el pasado. Hay que ser muy prudente al hablar de duración, hay que huir de las grandes palabras y de los grandes sentimientos. En el amor como en la política, lo angélico es el enemigo. Los hombres son imperfectos, vacilantes, amenazados por la miopía y la claudicación, quizá casi inacabados. Si te dijera que, para mí, en todo tiempo, solo había Marie en el mundo, si te dijera que, para Marie, solo había yo en el mundo, nos estaría acechando lo angélico. No somos ángeles. Somos hombres. Nos conocemos bajo la lluvia, en la rue du Dragon. Lo inevitable, para nosotros, nace de lo accidental, de la fatalidad, de la casualidad. Partimos hacia Todi, hacia Symi, hacia la villa Rufolo donde Wagner…

—Ya sé —dijo A—: *Parsifal*.

—Somos llevados por la pasión. Pero no se nos engaña. Digamos, más simplemente, que prefería a Marie que a todo el resto de la vida. Y que quizá Marie me prefería de entre los demás.

—¿A Rodolphe?, —preguntó A.

—A Rodolphe. Pero estoy muerto, ¿lo sabías? Y la vida sigue. No sé lo que habría hecho si Marie hubiera muerto. Se puede, naturalmente, esperar confiadamente morir a su vez. Incluso puede uno matarse. Pero, a defecto de matarse, hay que ocuparse hasta el último momento. La vida es de una banalidad, de una repetición que consterna. Y de una inventiva sin límites. No me atrevo a imaginar lo que pudo haber sucedido entre Rodolphe y Marie.

—Yo ya te propuse…

—No quiero saberlo. Rodolphe, con Marie, solo tiene una ventaja, pero es decisiva: está vivo. Estoy muerto. Solo los vivos pueden inscribirse en el mundo, para hacer caminar la historia. No estoy diciendo que nosotros, mi querido A, los espíritus y los muertos, no seamos nada de nada. Somos otra cosa. Y quizá mejor. No está del todo excluido que seamos más cercanos al ser, a su profundidad, a su necesidad (a su eternidad, por supuesto: cuando se está muerto es por mucho tiempo) que los pobres vivos, llevados por el caudal sin fin, y sin embargo tan limitado, de las ilusiones, de las apariencias y de las contradicciones. Pero son los vivos los que hacen esa cosa abyecta y sin embargo tan maravillosa que llamamos la historia. Son los vivos los que viven.

Es Rodolphe quien se pasea con Marie, lo cual me entristece mucho, casi al punto de impedirme hablar y pensar en el informe, por esas pequeñas ciudades de Italia y por el montonal de islas griegas que percibes bajo tus ojos inclinándote un poco.

—¿Dónde?, —preguntó A.

—Ahí… abajo… hacia la izquierda… Es para él, es para ellos que el mar brilla bajo el sol por Amorgos, por Symi, por Castellorizo, que antaño perteneció a los caballeros de Rodas y cuyos habitantes, en masa, se fueron a Australia. Que Haydn escribió ese *Lob des zweiten Tages* que tanto amé. Que Benozzo Gozzoli representó, en Florencia, a algunos de los miembros de la familia Médicis…

—Clemente VII —murmuró A.

—¡Bravo!… desde Pedro El Gotoso hasta Lorenzo El Magnífico, sin olvidarse él mismo, con su propio nombre escrito en su gorro, en el fresco tan alegre que hace pasar, sobre los muros de la capilla edificada por Michelozzo

en el primer piso del palacio Médici-Riccardi, la procesión de los Reyes Magos. Es él, ¡ah!, dolor aún no resentido, quien camina por las calles de Saint-Germaindes-Prés o de Trastevere, la mano de Marie en la suya. Es él quien come langostinos o cangrejo con mayonesa y que bebe un poco de vino blanco con Marie frente a él, del otro lado de la mesa, y prende un cigarro sin esperar el café y ella se pone a reír.

—¿Estás bien?, —preguntó A, con algo de inquietud que me levantó el ánimo.

—¡Oh, A! La risa de Marie… Son ellos, ambos, quienes van a ver, rue Christine o en el barrio latino, a Lauren Bacall explicándole a Humphrey Bogart, en *To Have and to Have not*, alias *Tener y no tener*, cómo hacerle para chiflar: *You know how to whistle, don't you? You just put your lips together, and you blow*…, o *Casablanca*, desfallezco, con Ingrid Bergman.

—Quéjate —me dijo A—. Viviste todo eso.

—Es cierto. Tú ni siquiera supiste que la vida era bella.

III. Dios está en los detalles

—Los libros, las películas, la pintura, la danza, la arquitectura, la cocina también, y las plantas, los animales, las estrellas, la física y la metafísica, la totalidad de la naturaleza y la totalidad de la historia le abren un campo bastante vasto a lo que será ese informe que se confunde con el mundo. El tiempo pasa, mi querido A, y pronto tendré que dejarte para ir a otra parte.

—¡No me dejes!, —exclamó A—. ¿Qué será de mí sin ti? Erraría como alma en pena por los interminables pasillos del hostal del Gran Velo, por este mundo de locura que, a pesar de todos mis esfuerzos, tanto trabajo todavía me cuesta comprender. De vez en cuando, por momentos, me parece entender algo. Vislumbro cosas. Percibo que el tiempo transcurre y que de eso nada se puede decir. Siento correr entre los vivos como un gran vínculo de amor que salva de su miseria lo que puede salvarse. Recuerdo que de la nada emergen solo para caer en un abismo del que nadie sabe nada. Siento por los hombres y por todo lo que han hecho…

—Se dice: su obra —precisé—. Hay que regodearse un poco: las obras de los hombres. Se cita a Bach y a Miguel Ángel. Y a Leonardo da Vinci. No es de mal gusto agregar al doctor Freud. También se dice: la cultura. O: la civilización. Y a menudo: el progreso. Oponemos cultura y naturaleza: es muy cómodo.

—… Una inmensa curiosidad y una inmensa compasión. No sabré en absoluto, si me dejas plantado, cómo presentarle a mi gente ese revoltijo de arbitrarias evidencias y de delirios organizados con presunción y sutileza increíbles que llaman mundo. Cuando vuelva a Urql…

—¿Cuándo vuelves?, —pregunté con tono algo mundano.

—Todavía no lo sé —me dijo mirándose las uñas—. No sé si, después de ti, no pasaré algunos días en Toscana o en Rajastán. También tengo ganas de darme una vueltecita por la Grecia de Pericles, por Tenochtitlán en tiempos de los aztecas y con Federico II.

—¿Cuál?

—Hohenstaufen, por supuesto. El prusiano es odioso. Rival de San Francisco de Asís, amigo y enemigo de los papas, siciliano y alemán, fascinado por el islam, el nieto de Barbarroja y del normando Roger II es mucho más atractivo. Pero si ya no estás, ¿qué será de mí?

—Creía que me tomabas por un cretino… —susurré.

—Dios mío, no es que me deslumbres con tus capacidades…

—No, por supuesto.

—¡Pero has viajado mucho, conoces bastante gente y eres muy amable!

—¿De verdad?, —le dije.

—Sí. Sin ti, no existiría la menor oportunidad de ver concluido el informe y de que tomara forma.

—Es quizá cierto. Si algún día existe ese informe, quizá me deba algo. En muchos aspectos me eres muy superior. Pero tengo una inmensa ventaja que nada ni nadie puede retirarme: fui hombre, viví, rodé como guijarro por los raudales de la historia.

—Bastante poca cosa —hizo notar A.

—Muy poca cosa. Una vida no es nada a los ojos del todo. A nuestros ojos, esa nada lo es todo. Sea lo que fuera que me pudiera suceder, habré pasado por este mundo en el que solo estás de visita. Esto fuera, esto dentro. Vienes de otra parte y yo me voy. Digo de la vida y de los hombres cosas a menudo ineptas y quizá inexactas, pero tú, que eres tan brillante, nada puedes decir de él porque no le perteneces. Sabes tan poco de la Tierra donde viví como yo de Urql de donde llegaste. Si no hubiera estado ahí, encima de la Aduana de Mar, para introducirte a los ríos, a los geómetras, a las pasiones del amor, a los paraguas, quizá hubieras vuelto a Urql sin nunca haber percibido nada de Venecia y de Herodoto, y el mundo, para siempre jamás, te hubiera resultado opaco.

—Y aún no me queda muy claro —refunfuñó A—, pero vamos, gracias a ti, tengo alguna idea.

—Más que una idea —protesté—. Sabes que los hombres, por su cuerpo, se inscriben en el espacio como una piedra, como un árbol, como una esponja, como un avestruz. Y que, por su pensamiento, pueden pasearse, si no por todas partes, al menos por algunas. Tienen una noción de lo imposible, del absoluto, del infinito. Caminan bajo la lluvia por las calles de las grandes ciudades. Comen cacahuates. Construyen imperios. Escriben conciertos. Se aman. Mueren. Y el tiempo se los lleva. Imagino que con tal bagaje, que ningún espíritu, nunca, hubiera podido inventar, puedes irte en paz y volver a Urql.

—De vez en cuando —hizo notar A—, el mundo parece ser de lo más sencillo. Y, de vez en cuando, se complica hasta lo insoportable. Me parece que el informe podría limitarse a algunas palabras. Y que podría extenderse a las dimensiones del universo y de su historia sin fin.

—El informe es como el mundo: sale disparado por todas partes. Descendemos a las moléculas, a los átomos, a los protones, a los neutrones, a los electrones, a los quarks. Subimos hasta el imperio romano y a la idea que

los hombres se hacen de la historia y de Dios. Podemos entregarnos a la lingüística, al buceo, a la arqueología, al golf, a la música concreta, a la pintura al óleo. Podemos beber y dormir. El mundo, como Dios, está en los detalles.

—Son esos detalles —dijo A—, que quisiera conocer.

—Habría que ser hombre. Habría que saber no hacer nada y pasearte por las calles con sueños insensatos y preocupaciones por el dinero.

—¿Si ganara dinero?, —propuso A.

—Si tuvieras cáncer, si una mujer te dejara, si las penas te invadieran, si tuvieras sobrinos, ancestros, un abogado, acreedores, si manejaras un coche, si te interesaras por las inscripciones de Ebla o de Dura Europos a la cocina del sudoeste, entonces serías un hombre. Tendrías que sufrir, anhelar, olvidar, no saber nada. Tendrías que comprender la grandeza del fracaso.

—No puedo —dijo A—. Soy un espíritu puro.

—Los hombres son un espíritu encerrado en un cuerpo. Cuando su cuerpo desaparece, desaparecen con él. Los hombres son muy grandes porque son muy pequeños. Creo que Jesús, del que tanto te he hablado, había prometido que la gloria de los hombres está en su humildad. Y que se vuelven más grandes cuando cesan de querer más.

—Es complicado.

—Muy complicado. Muy sencillo. La muerte está al final de todo. Y la última palabra, sin embargo, nunca la tiene la muerte.

—¿La vida?, —preguntó A.

La Tierra es azul como una naranja. Estaba un poco cansado de dar vueltas a su alrededor. El gran rumor de los hombres llegaba hasta nosotros.

—No sé —le dije—, no estoy muy seguro de ello. La vida es una maravilla. Desde que la dejé, me está cansando un poco. Ahora la inmensidad me parece poca cosa. Y la historia, un detalle.

—Más detalles —suplicó A—. Historias. Vida.

—¡Qué! ¿Sexo? ¿Sangre? ¿Casualidad? ¿Pasiones?

—Si así tiene que ser… —suspiró A.

IV. Sexo, mentiras y compasión

—¿Pero qué relajo es este?, —gruñó Pierre Domberles.

Tenía dos fichas en una mano, dos pasaportes en la otra y los ojos iban muy rápidamente de los dos pasaportes a las dos fichas y de las dos fichas a los dos pasaportes. Una arruga vertical se marcaba encima de su nariz. Era comisario de a bordo del *Ville-de-Marseille* que acababa de zarpar para Génova, Palermo, Taormina y Corfú.

Uno de los dos pasajeros llevaba por nombre Paul Davezy. Y el otro, el de Hélène Fourmes de Davezy. Paul Davezy vivía en Salon-de-Provence, en el 22 de la carretera de Camerone. Por una extraña coincidencia, la dirección de Hélène Fourmes era la misma: 22 de la carretera de Camerone, Salon-de-Provence. Un parentesco entre Paul y Hélène parecía inevitable.

—¿Madre e hijo?, —murmuró Pierre.

Esa solución genial era desgraciadamente imposible. Hélène Davezy tenía tres años menos que Paul Davezy. Una probabilidad de avasalladora simplicidad se imponía cada vez más en la mente lógica de Pierre Domberles, quien había concluido excelentes estudios y conseguido una licenciatura en derecho en la universidad de Aixen-Provence: Paul Davezy y Hélène Davezy tenían toda la apariencia de ser marido y mujer. Lo perturbador era que Paul estaba instalado en el camarote 123 y Hélène en el 42. Pierre Domberles se sentó. Ese tipo de error era de lo más molesto. Era otra vez una tontería de la joven azafata que apenas salía de su escuela de hotelería y que la compañía había contratado por su linda cara y más que probablemente por la recomendación de un padrino o de un tío que debía jugar *bridge* con el presidente. Pierre Domberles tomó el teléfono interno y llamó a Mónica.

Llegó casi de inmediato. Llegó llena de frescura y con cola de caballo.

—Mónica —ladró Pierre Domberles—, ¡estoy harto, pero harto!

—¿Qué pasa?, —preguntó Mónica.

—Pasa que otra vez cometió una estupidez. Mire por favor el 42 y el 123 y dígame qué opina al respecto.

Y agitaba las dos fichas y los dos pasaportes ante los ojos cafés de la azafata con la cola entre las patas.

—¡Dios mío!, —dijo Mónica.

Consultó un largo rollo que nunca dejaba, y que debió salir de alguna máquina, y que se leía como los manuscritos de la antigüedad en manos de los oradores o de los poetas trágicos tal como los vemos en las películas de Cecil B, de Mille.

—42… 42… —murmuró siguiendo con el dedo las líneas impresas que bailoteaban ante sus ojos—. No entiendo…

—Vaya idiota —gruñó.

Y tomó el papel de las manos de la joven muchacha.

Lo que vio no contribuyó a bajar su ritmo cardíaco ni su presión arterial. Monsieur Paul Davezy sí que estaba alojado en el 123 y madame Hélène Davezy en el 42. Lo diabólico es que el 42, que era un bello camarote grande, también le había sido atribuido a un tal Robert Peyrimont. Y faltaba lo peor: lo peor era que madame Roselyne Peyrimont había sido enviada, sin más ni más, al camarote 123, que era el de monsieur Davezy.

—¡Carajo!, —exclamó Pierre—. Bonito desbarajuste. Hay que arreglar esto enseguida.

En ese preciso instante, Pierre Domberles vio algo aparecer por la puerta del camarote que Mónica, en su conmoción, había dejado abierta: una cara de ojos fijos que parecía salida de una vieja película de terror de la época del cine mudo.

—¿Sí…?, —dijo Pierre, en tono desdeñoso.

—Busco al comisario de a bordo —trastabilló la cara de ojos fijos.

—Soy yo —respondió Pierre, que seguía consultando la lista de pasajeros.

—¡Ah! Es usted —dijo la cara.

Se dejó caer en el sillón de cuero que aderezaba el camarote del comisario y se secó con un pañuelo.

—¿En qué puedo servirle?, —preguntó el comisario quien, a lo largo de treinta años de servicio, de los cuales veintidós en Lejano Oriente, se las sabía todas.

—Soy el señor Robert Peyrimont —dijo la cara.

Pierre Domberles alzó los ojos.

—¡Vaya, qué suerte!, —dijo.

—¿Le parece?, —dijo monsieur Peyrimont.

—Quería verlo —dijo Pierre.

—Yo también —dijo monsieur Peyrimont.

Tenía el rostro redondo y rojo, una camiseta deportiva verde sobre un pantalón de tela, y transpiraba como siempre, el aspecto de desparpajo y casi andrajoso del pasajero de vacaciones contrastaba con la estricta vestimenta del comisario y de su asistente que estaban, en principio, a su disposición.

Hubo un largo silencio.

—Tengo un problema —dijo monsieur Peyrimont.

—Lo sé —dijo el comisario.

Hubo otro silencio.

—¡Ah!, —dijo monsieur Peyrimont—, ¿ya lo sabe?

—Es nuestro trabajo —dijo Pierre, aliviado por librarse de un escándalo y de la andanada de insultos que los pasajeros acostumbraban por considerar que la Compañía no cumplía con lo pagado—. Y quisiera antes que nada ofrecerle nuestras disculpas.

—Usted no tiene nada que ver.

—Vamos… —dijo el comisario, a quien le empezaba a parecer que el otro estaba yendo demasiado lejos en su cortesía y sumisión fingidas.

—Ni siquiera estoy seguro de… Es madame Davezy… la dama con la que comparto mi camarote.

—Lo sé —dijo el comisario—, lo sé. Lo siento.

—¡Ah!, —murmuró Peyrimont—. ¡Ella tiene razón!

—¿Perdón?, —dijo el comisario—. No entiendo bien lo que…

—La Sra. Davezy (todo esto, naturalmente, debe quedar entre nosotros) creyó ver a su marido en el puente de primera… primero pensé que estaba soñando… ¡pero insistió tanto!… Entonces vine a preguntarle si, de casualidad, un tal monsieur Davezy… Paul Davezy… figuraba en sus… Según lo que me dice, ¡desgraciadamente!, pareciera que…

El comisario se pasó la mano por la frente. Mónica abría los ojos como platos.

—Ya no entiendo nada —dijo.

Hubo necesidad de largas explicaciones para llegar por fin a la solución del enigma. Monsieur Paul Davezy, quien vivía en Salon-de-Provence, era el amante de madame Peyrimont. Monsieur Peyrimont, quien vivía en Lambesc, era el amante de madame Davezy. Y los cuatro, de dos en dos, sin que los otros dos lo supieran, cada uno esparciendo en su matrimonio mentiras que el cónyuge se tragaba tanto mejor porque él mismo estaba mintiendo, se habían embarcado, para un crucero de ensueño, en el *Ville-de-Marseille*. Los cuatro desembarcaron, de dos en dos, en la primera escala. Génova es una ciudad magnífica, de palacios muy discretos, de sorprendente cementerio.

A quinientos o seiscientos kilómetros al oeste de Cheyenne, capital de Wyoming, en dirección de Idaho o de Utah muy cercano, al sur del famoso parque nacional de Yellowstone, la pequeña ciudad de Green River, a orillas del río del mismo nombre, lleva una existencia bastante tranquila, al ritmo sobre todo de las exigencias, de las rutinas, de los riesgos de la cría de bovinos. El día en que corrió el rumor de que Sue Lyonns estaba embarazada, fue como un estremecimiento para los ganaderos y los mecánicos de Green

River y de sus alrededores. Hay que puntualizar que Sue Lyonns se parecía a esas modelos de comerciales que anunciaban, por la tele, alimentos para perros y gatos o lavadoras. Tenía el cabello rubio, ojos verdes y unos senos (¿entiende lo que le digo?) que harían condenar a los evangelistas que venían, de vez en cuando, rodeados de un verdadero circo de Plymouth y de Cadillac, a predicar el fin del mundo y la virtud necesaria.

Sue Lyonns tenía dieciséis años. Su madre era mormona y provenía de Salt Lake City. La madre de su padre había llegado de Polonia en tiempos de la gran crisis. Todos eran gente buena, de principios más bien rígidos, sin mucho dinero, arropados por la estima de sus vecinos, y Sue había sido criada de acuerdo con los viejos métodos. El día de sus dieciséis años, en el momento de cortar el pastel con los aplausos (*Happy birthday to you!*), estalló en llanto. Su madre la tomó en sus brazos y le preguntó la causa de la pena tan brutal y tan imprevista. Murmuró, entre lágrimas, que esperaba un hijo.

El mariscal Stalin en persona habría entrado en la habitación para tomar un pedazo de pastel de cumpleaños y el estupor de la familia y su consternación no hubieran sido mayores. ¡Sue…! ¡La pequeña Sue…! La primera pregunta que hicieron la madre y el padre y la abuela y las dos tías, y, dos o tres días después, la totalidad de la población de Green River, que no era muy numerosas y que, por misteriosos canales, lo había sabido todo de inmediato, era: «¿Quién es el padre?». Todos tenían un tono de asombro, y casi de incredulidad. Porque nadie en Green River, donde no reinaba el libertinaje que imperaba en Denver o en Fort Worth, por no hablar de Dallas, era mejor portado, más razonable, más decente, ejemplo mismo para las viejas damas de Green River, que no eran cosa de risa, que la joven Sue Lyonns.

Pasaron los días. Y las semanas. La joven Sue, que se había hecho a la idea de su estado y que se preparaba sin aflicción y sin temor a la maternidad, se rehusaba con obstinación a proporcionar el nombre del seductor. Argucias, trampas, plegarias, reproches, nada daba resultados.

—Dime quién es —suplicaba su madre—. ¿Por qué no te casarías con él?

El tiempo de las lágrimas había pasado. Sue sonreía y se callaba.

Entre la escuela, en la que no era brillante, excepto por su encanto y su gentileza, y las noches de niñera en las fincas de la región, menos para ganar dinero de bolsillo que para hacerles un favor a los vecinos, Sue llevaba la misma vida después de la confesión que antes. Era difícil, sin embargo, impedir los comadreos. Todos los hombres de la ciudad y de sus alrededores,

ancianos incluidos, los novios, los pastores, los discapacitados, fueron sospechosos uno tras otro de ser el padre del hijo de Sue.

Mientras que a Sue le crecía el vientre, el ambiente se volvía más pesado en los apacibles hogares de Green River. Las esposas sospechaban de sus maridos. Los matrimonios se peleaban. Dos o tres vagabundos en plenitud de sus vidas fueron objeto de acoso. Las autoridades religiosas y municipales acabaron por involucrarse en el asunto. Dos miembros del Rotary, un pastor, un coronel retirado, una candidata, derrotada es cierto, al Congreso de los Estados Unidos interrogaron a Sue Lyonns. Siempre en vano.

Sue Lyonns nunca estaba sola. No iba mucho al cine. Nunca salía a bailar. Montaba a caballo con su hermano, que no la soltaba un ápice. En la piscina, en el tenis, nunca frecuentaba a nadie. Se examinó el caso del sacristán en el templo, el del mecánico a cuyo taller iba de vez en cuando para inflar las ruedas de su bicicleta, los del tendero y del asistente de farmacia. Más claro ni el agua.

Los únicos lugares donde, por definición, pasaba algunas horas sin estar rodeada de testigos, eran las dos fincas donde iba de niñera para unos amigos de sus padres. Los padres de Jane y de Jimmy tuvieron momentos difíciles. No les costó mucho trabajo demostrar que cuando salían y volvían nunca estaban cara a cara con Sue y que su esposa siempre estaba presente. Jane, que tenía diez años, se quedaba sola con Sue. Pero en la casa de Jimmy, de once años, había un jardinero que era francés y que venía de Borgoña. Se llamaba Jean-Pierre. Tenía veinticinco o veintiséis años. Era encantador. Jugaba a la pelota con Jimmy. Su acento volvía locas a todas las mujeres jóvenes de Green River. Tomaba.

Una noche Jean-Pierre, que había tomado más de la cuenta, fue hostigado por algunos habitantes de Green River. La multitud pronto se agrandó. Fueron todos a la plaza principal donde, primero en broma, y luego de manera menos amable, se erigieron en tribunal. Jean-Pierre titubeaba de cansancio y de ebriedad. Porque era su camino, Sue Lyonns pasó por ahí. Iba en bicicleta. Se detuvo un momento. Desapareció bastante pronto. Veinte minutos más tarde estaba de vuelta, el rostro algo enrojecido. La fiebre, en la plaza, había subido de algunos grados. Jean-Pierre tenía la cola entre las patas. Cuando al escuchar el timbre de la bicicleta de Sue Lyonns todos los jueces improvisados voltearon hacia ella, había detenido su bicicleta y miraba a la gente, que tenía los ojos clavados en ella, bien firme en sus dos piernas, que no eran repulsivas. Atrás, en el portaequipaje, estaba instalado un niñito que

varios reconocieron: era el joven Jimmy Carpenter, el hijo de John Carpenter y de la bella Barbara.

—Ya está bien así —dio Sue—. Dejen a Jean-Pierre en paz. *Leave Jean-Pierre alone*.

Pronunciaba «Jean-Pierre» con un acento estadounidense tan inaudito como el acento del propio Jean-Pierre cuando hablaba inglés.

—El padre soy yo —dijo Jimmy con voz de niño.

Hubo un gran silencio.

Algunas risas estallaron. Una joven mujer aplaudió. Luego un hombre. Luego cinco o seis.

Entonces, Sue dejó caer su bicicleta y encaró a Jimmy, que le llegaba al hombro. Y depositó un beso en la mejilla del niño.

Si no hubiera autobuses, trolebuses, automóviles, motocicletas que surgen de todos lados con ruido infernal, Bolonia sería una de las más deliciosas ciudades de Italia. Es bella, carnosa, roja, sabia, salpicada de torres y de campanarios, y se come bien. El *Don Chisciotte*, el *Dante*, el *Notai*, y sobre todo *Al pappagallo* son lugares que te recomiendo.

—¡Por desgracia…!, —dijo A—. Demasiado tarde.

—Será la próxima. La ciudad no está a punto de caer por tierra como Venecia o como Siena. De ella no tengo los mismos recuerdos que de Positano o de Trani, de Castellina in Chianti, de Soglio…

—De Symi. De Sambuco. De Udaipur. De Bitonto.

—Eso es. Pero Rossini y Donizetti estudiaron y enseñaron en ella. Y la fuente de Neptuno, firmada por Juan de Bolonia, un flamenco nacido en Douai, el Palazzo comunale, la basílica San Petronio donde fue coronado emperador Carlos V por el papa Clemente VII…

—¡No!, —exclamó A.

—Sí… y las dos altas torres de la Piazza di Porta Ravegnana no están para nada mal. El abogado Mario Rospogni es una de las luces de Bolonia.

Es lo que llamamos un hombre guapo, con bigote negro. Algo tiene de Vittorio Gassman en *Il Sorpasso*, que los franceses traducen por *El fanfarrón*. El nombre de su mujer es Paola. Ella también es una bella mujer. Y ella también tiene una sombra, pero solo una sombra, de bigote. Es originaria de Sicilia y se parece a una de esas mujeres que Vittorio de Sica lleva tras de sí, en sus películas, con mal humor.

El abogado Rospogni está a menudo de mal humor. Se parece, en ese aspecto, a esos franceses quejumbrosos denunciados por Cocteau como italianos de mal humor. Hace años, *anni fa*, que, por una razón o por otra, las

relaciones entre Mario y Paola empezaron a agriarse. Creo, cómo decírtelo… que lo que a Paola más le gusta de Mario ya no es su presencia.

—Ya veo —dijo A—. Conozco a los hombres. Y a las mujeres.

—La vida de Mario, por fortuna, está iluminada desde hace algún tiempo por los encantos de una joven mujer rubia que no sería lo contrario de Silvana Mangano, tan bella en *Arroz amargo*. O quizá, si lo prefieres, de Anita Ekberg en la *Dolce Vita*. Si te doy detalles, es para que tengas una idea clara.

—Entiendo —dijo A—. Muchas gracias.

—Nada anda del todo mal en este mundo que ya te es familiar. Y nada anda del todo bien. Le parece a Mario que, desde hace algunas semanas, la bella Carla, a su vez, empieza a alejarse de él. No es una inquietud en sí. Es una preocupación. Todavía halla placer en la cama de su amante, pero señales, que reconoce, le sirven de alarma: Carla ya no tiene para él las miradas de Alida Valli hacia Fairley Granger al principio de *Senso* ni las de Claudia Cardinale hacia Alain Delon, ¿o quizá por Burt Lancaster? ¡Ah!, el intercambio de miradas entre Burt y Claudia… al final del vals, aéreo y famoso, del baile de *El gatopardo*.

Ese miércoles por la tarde, después de una triste comida frente a la Paola, más brutal que nunca, Mario se va caminando, por la Piazza del Nettuno, hasta su despacho. Se deshizo de su mujer quien, gracias a Dios, empezó a jugar a las cartas y que fue, como a menudo, a jugar *bridge* con una amiga de nombre Cristina, del otro lado de la ciudad. Fumó uno de sus Toscani, se lavó la boca con agua de Floris que una pasante, que se llama Pia, que está enamorada de él, le trajo de Londres, se puso gomina en su pelo muy oscuro, y ahora se da una vuelta por las calles haciéndoles guiños a las mujercitas rubias y escandinavas que invaden Bolonia cuando se acerca el verano. El aire es ligero. El clima es espléndido. ¡Vaya desgracia irse a encerrar con esos repugnantes expedientes! De repente le dan ganas de darle una sorpresa a Carla.

Da vuelta a la izquierda en vez de a la derecha. De pronto, más joven por varios años, recorre algunas centenas de metros más. Y se encuentra frente al edificio donde vive su amante.

Sube por las escaleras, de las que conoce cada peldaño. Se detiene en el tercer piso. En el momento de tocar el timbre saca de su portafolios un vaporizador de bolsillo y acciona frente a su boca, de la que no está muy seguro por los Toscani, el mecanismo salvador. En el momento en que se mira en el pequeño espejo que siempre lo acompaña, escucha un ruido de

disputa. Distingue de inmediato la voz de la madre de Carla. Es una verdadera arpía. Le lanza insultos a su hija.

Percibe las palabras «arrastrada», «puta», «vergüenza de la familia». Pega la oreja contra la puerta. Escucha con horror a la madre que le reprocha a la hija el recibir en su cama, desde que se imagina estar sola, a «ese horror de dragón». ¿Un dragón? ¿Cuál dragón? Apenas tiene tiempo de pegarse a la pared y ve abrirse la puerta y surgir como furia un ser despeinado que se arregla a toda prisa. Es el dragón, por supuesto. Es echado a la calle por la madre de su amante. Al abogado le es fácil reconocerlo de inmediato, puesto que es Paola, su mujer, quien sale de la cama de Carla.

Si la condesa Bathory es una húngara sedienta de sangre, Drácula, según la leyenda, es un señor de los Cárpatos. Hace estragos en Transilvania. El tratado de Saint-Germain no deja duda alguna: hoy al menos, Drácula es rumano. Los rumanos son irresistibles. Son latinos de pura cepa que descienden de los romanos, que lucharon contra los turcos, que fueron molestados por los rusos y a los que se mezclan húngaros. Nacen divorciados, antisemitas y francófilos. Ser rumano, según Paul Morand, no es una nacionalidad: es una profesión. Paul Morand hace gala de genialidad. Introduce en la literatura la velocidad, el *jazz*, el cine, el boxeo, el descapotable. No deja nunca de equivocarse. Dice cualquier tontería. Los rumanos son encantadores.

Marika Vulcaresco, o Vulcarescu, como quieras, se parecía a una virgen bajada de un icono. Era dulce y tímida. Sus amigos la llamaban Bambi. Poco después del fin de Carol II de Rumania, que no valía gran cosa y que tenía una amante de nombre Lupesco, que los periodistas estadounidenses por mucho tiempo tuvieron dificultades para no confundir con la Unesco, poco antes de los inicios de Nicolae Ceausescu, quien era un monstruo flanqueado por una mujer que era peor que él y que se llamaba Elena, vivía en una ciudad de unos cien mil habitantes, en los confines de Transilvania, al borde de los Cárpatos: Târgu Mures.

Le sucedió una cruel aventura a Bambi: el corazón, el hígado, el cerebro, no sé, cayó muerta en la calle. Unos transeúntes la recogieron y la dejaron en la morgue. Era de noche, algo tarde. Ya no había en la morgue más que un guardia tarado que se llamaba Radu Brabesco, o quizá Brabescu. Se había emborrachado con tzuica. La tzuica es lo que el vodka o la šljivovica a la mamaliga la polenta o lo que la caciula, el gorro de piel de los rumanos, es a la vieja conocida shapka. Radu Brabesco, o Brabescu, guardó, cual debe ser, a Marika Vulcaresco, o quizá Vulcarescu, en el cuarto frío para esos efectos. La

desvistió con movimientos torpes. La tendió sobre una sábana blanca. Jugó algunos momentos con su bello cabello rubio. La recubrió con otra sábana blanca. Y volvió a sus amores, que tenían el agrio sabor del aguardiente de ciruela.

Se quedó mucho tiempo soñando sobre su vaso, que tenía una fastidiosa propensión por vaciarse y por llenarse antes de vaciarse de nuevo. Los vapores del alcohol escapaban de ese vaso como si fueran rubios mechones de la linda cabeza de Marika. En el idioma de su país, repetía: «Hechos la mocha los mechones se emborrachan» y se ponía a reír como un idiota. Al final se levantó, se dirigió al cuarto frío y violó a la joven muerta.

Lo que pasó entonces solo podía pasar en el país de Drácula, del castillo de los Cárpatos y de Nosferatu el vampiro. Las costumbres, en esta parte del mundo evidentemente atrasada, no eran todavía lo que eran en Londres, en Roma, en Frisco, en París: Marika era virgen. Cuando, después de haber acariciado, en una especie de atontamiento que se convertía en delicias, su cabello, su rostro de ángel, sus senos que eran muy redondos, su vientre liso, sus muslos todavía calientes, Radu Brabesco, o Brabescu, la penetró brutalmente, la muerta abrió los ojos y dio un fuerte grito.

Los cabellos de Radu Brabesco, o Brabescu, se le pusieron de punta. Los ojos desorbitados, las manos levantadas hacia adelante en un gesto de horror, se echó para atrás. La rubia cabeza de grandes ojos negros se balanceaba de derecha a izquierda y gritaba: «¡No! ¡No!». Radu se quedó titubeando un momento. Y entonces, el fantasma se sentó en sus posaderas murmurando: «¿Dónde estoy?». Agarrando con ambas manos su pantalón que caía sobre las rodillas y le impedía correr, Radu Brabesco, o Brabescu, se precipitó a la calle aullando.

—¡Ah! ¡Dios mío!, —exclamó A—. ¿Así que tienen fantasmas?

—Para nada. Bambi estaba efectivamente viva. El *shock* la había hecho volver de los abismos a los que había descendido. Miró su entorno, más bien miserable, que no conocía, y se puso a llorar. Cuando dejó de verter muchas lágrimas y limpió con la sábana sobre la que estaba acostada la sangre que escurrió de sus muslos, vio que el animal que había abusado de ella había dejado abiertas, en su huida, todas las puertas del local. Entonces, volvió a casa.

—¿Y cómo?, —preguntó A—. ¿En taxi, en metro, de aventón, a pie?

—¡Pero qué latoso eres! Creo que todavía ninguna empresa francesa ha cavado un metro en las entrañas de Târgu Mures. Y los taxis de noche, puesto que estamos en plena noche, no deben estar recorriendo mucho las oscuras

calles de la ciudad. Pongamos que vuelve a pie y sobre todo ya no hablemos de eso.

Radu deambuló toda la noche por toda la pequeña ciudad. Se metió de madrugada al primer café que abría sus puertas para los obreros del alba. Bebió, siguió bebiendo. Gritaba: «¡La muerta hablaba! ¡La muerta hablaba!». Se llamó a la policía. Deshecho por el alcohol y por el terror, contó en detalle toda su noche de pesadilla y que la muerta había resucitado.

El asunto, incluso en Rumania, que algo sabe de horrores, hizo tremendo ruido. La prensa rumana, por supuesto, e incluso la prensa internacional, y sobre todo los periodiquillos algo dudosos que mezclan clarividencia y escándalos, princesas y pornografía, le consagraron páginas enteras a la violación de Târgu Mures y a la noche de los muertos vivientes.

Hubo un juicio, por supuesto. La familia de Bambi, que era menor, fue la parte acusadora. Vinieron periodistas de todas partes: la sangre, la muerte, el sexo, el vodka o la tzuica, adoran eso. Se vieron franceses, alemanes, españoles, estadounidenses, e incluso japoneses, recorrer las calles de Târgu Mures, que nunca había conocido fiesta igual. La sala era demasiado pequeña para que cupieran todos. El juicio duró dos días. Sobre Radu Brabesco, o Brabescu, pesaba una larga condena. La violación de una de esas muertas de quien era el encargado y que, para colmo de mala suerte, no estaba siquiera muerta, acumulaba el más atroz de los crímenes con la más imperdonable de las faltas profesionales. Hacia finales del segundo día, antes de la requisitoria y del alegato, el presidente se dirigió a Marika, quien no había dicho palabra alguna durante todo el juicio, y le expresó, en términos escogidos, la compasión del jurado. Le preguntó si tenía algo que agregar a lo que había escuchado.

Bambi se levantó. Sí, tenía algo que agregar. Un gran silencio cayó sobre la sala. La gente se alzaba sobre la punta de los pies y se torcía el cuello para ver el cuello o el perfil de ángel de Marika Vulcaresco, o Vulcarescu. El acusado bajaba la cabeza. La tuica ya no lo llevaba en sus encantadores brazos. Se oían volar todas las moscas del escándalo y de la muerte.

Con mucha sencillez que en vano intentaba luchar contra la emoción, Bambi declaró que Radu Brabesco, o Brabescu, la había violado bajo los efectos de la embriaguez y que era un crimen difícil de perdonar. Pero que él la había, por lo mismo (y hubo, en la sala, risas rápidamente acalladas por el mazo del presidente del jurado), salvado de una muerte segura. Y que no había, en ninguna parte ni nunca, nada mejor que la vida venciendo a la muerte.

Y se volvió a sentar. Todo el mundo lloraba. Radu también. Y ella también.

Radu Brabesco, o Brabescu, quien había violado una muerta y que la había vuelto a la vida, fue declarado inocente por el tribunal.

—¿Se casa con él?, —murmuró A con algo de morbo que me sorprendió un poco.

—La historia —le respondí con mucha dignidad—, no lo cuenta.

—Ya veo —me dijo A—, y ya me sospechaba que lo que te divierte es el sexo. Lo que te interesa es el sexo. El resto… Ya son cuatro historias que me cuentas para explicarme a los hombres, y las cuatro giran alrededor del sexo. ¿No hay otra cosa que impulse a los hombres?

—Hay muchas otras cosas. Las más bellas son el valor, el sacrificio, la caridad.

—¿Pero no conoces historias, apuesto que no, en las que esos nobles sentimientos desempeñen el mismo papel que el sexo, que hace lo que quiere con todos ustedes?

—Por supuesto que sí —dije—. Cantidad. Solo resta, te lo aseguro, de dónde escoger… ¡Pues mira! Durante la gran guerra entre los alemanes y los rusos, que fue quizá en el polvo de la nieve, la más terrible de toda la historia del mundo, había un puñado de franceses. Eran los aviadores de Normandie-Niemen. El escuadrón de caza «Normandie» se había constituido en Rayak, en Siria, en el mes de septiembre de 1942 bajo las órdenes del comandante Pouliquen, y luego del comandante Tulasne. Viajó a Moscú en avión. En marzo de 1943 entró en combate en el frente germano-soviético en los alrededores de Kaluga. Integrado como regimiento en la 303.ª división aérea soviética, participó en las ofensivas de liberación de la Rusia Blanca y el paso del río Niemen en octubre del 44 le valió el nombre, glorioso en el mundo entero, de «Normandie-Niemen». La formación dejó el Ejército Rojo en junio de 1945. Había logrado más de doscientas victorias. Un piloto de cada dos había muerto. Siete veces propuesta a la Orden del Ejército Soviético, fue condecorada en Rusia con las órdenes de la Bandera Roja y de Alejandro Nevski, y en Francia con la Legión de Honor, con la medalla militar y con la Orden de la Liberación.

—Felicitaciones —dijo A.

—El teniente Aymard de V… era uno de los pilotos de Normandie-Niemen. Había sido criado en un castillo, con todo y todo, por Anjou. La cruz y la espada reinaban sobre su familia, que representaba todo lo que puedas imaginar de más reaccionario. Su padre, que estaba cubierto de mujeres y que

había perdido en el juego dos fortunas sucesivas, la suya y la de su mujer, era un admirador de Maurras y de Léon Daudet y leía *L'Action française*. Los primeros versos que Aymard aprendió, niño todavía, eran los de La Fontaine:

Oh, voluptuosidad, antaño amante
Del brillante espíritu de Grecia,
No me desdeñes, alójate en mi casa,
Sin empleo no te quedarás.
Juego, amor, libros y música me gustan
La ciudad y el campo, en fin, todo
Me es supremo bien,
Incluso el placer de un triste corazón[35].

Y de Charles Maurras:

La aceituna está en la prensa, el vino está en el tonel,
Una risueña muchacha nos sirve el moscatel.
Una brisa fresca recogió la verbena y la menta
Para envolvernos de la cariñosa fortuna.
Amigo, escapamos de la tormenta humana
Como dos marinos volviendo a puerto[36].

El padre de Aymard era un amigo de Détroyat, quien había tenido su tiempo de gloria volando al revés para regocijo de la población y estableciendo, en 1928, con el comandante Weill, la primera conexión aérea de noche entre París y Marsella. Détroyat había hecho pilotar a Aymard desde los quince años. Así, Aymard de V… era, en Londres, a partir del verano del 40, el aviador más joven de la Fuerzas Francesas Libres. En la primavera de 1941 había vivido una aventura que les había encantado a todos los franceses de Londres. Era el final del gran *Blitz* que, durante casi un año, cuatro años antes del reinicio de los bombardeos por los V1 y los V2, había destruido buena parte de la ciudad. En los cielos de Londres, V… al mando de su caza, se había enfrentado a un aparato alemán. Después de las persecuciones, de las fintas, de las tradicionales acrobacias a las que V… estaba más que acostumbrado desde su más tierna edad, ambos pilotos, que estaban tan cerca el uno del otro que casi distinguían sus rasgos tras el habitáculo y la máscara, se habían ametrallado mutuamente. Ambos aviones, en llamas, cayeron casi el mismo tiempo.

Ambos hombres, cada quien por su lado, saltaron en paracaídas. El viento empujó el uno hacia el otro. Se vieron en pleno cielo. El alemán levantó la mano. Fiel a tradiciones que no necesitaban mayor trámite para fungir como ley, V… respondió a su saludo. Tocaron tierra casi juntos, rodando casi impecablemente, a unos metros el uno del otro. Cada quien, según la regla, dobló su paracaídas. Caminaron el uno hacia el otro y se soltaron riendo.

Habían caído en una especie de parque con un mantenimiento tan cuidadoso que parecía un jardín. Tras unos grandes árboles se erigía una casa. Un hombre salió de la casa y se dirigió hacia ellos. Llevaba una chaqueta de *tweed* y fumaba pipa. Cuando estuvo frente a ellos, ambos hombres se saludaron y se presentaron.

—Oberleutnant Gerhardt Weber —vociferó el alemán golpeando los talones.

—Subteniente Aymard de V… —dijo el otro arrastrando las palabras con un acento de los suburbios mezclado con acento amanerado de París.

—*Well, well* —respondió el tercero mirándolos cuidadosamente a la cara uno tras otro con la atención de un entomólogo examinando insectos raros en un sembradío de flores, *a German, a Frenchman… I assume I have to play my part as an Englishman. Have a cup of tea?*

Michel Détroyat, a quien no le gustaba Stalin, no estuvo del todo encantado de saber que Aymard iría a combatir al lado del Ejército Rojo. El joven teniente no se sentía culpable. Se llevó de maravilla con los soviéticos. Una férrea disciplina reinaba en la patria del socialismo. A los ojos de los comunistas, que no andaban de broma con sus valores ni con los medios empleados para hacerlos triunfar, los jesuitas de su infancia eran considerados soñadores, modelos de laxismo. Se relacionó con varios aviadores que masticaban el inglés, el francés o el alemán. Sobre todo se llevó muy bien, si así puede decirse, con un grupo de mecánicos encargados del mantenimiento de los aparatos: eran muchachos muy jóvenes y muy hábiles que no entendían otro idioma que no fuera el ruso, que Aymard no hablaba. Se comunicaban con gestos y se iban a emborrachar con vodka.

Un día en que el teniente de V… debía cumplir una misión de rutina hacia Voronej y Tula, un mecánico, que tenía un permiso y que quería visitar a su familia, le pidió llevarlo. Era práctica común en la aviación soviética. El trayecto era corto. Aymard aceptó. El avión del teniente de V… era un caza monoplaza, provisto de una especie de cofre en el que estaba amontonada la herramienta, las municiones, el equipaje. De acuerdo con la costumbre, el

mecánico se metió en el cofre. Veinte minutos después del despegue, el avión fue abatido por un caza alemán.

Ninguno de los dos hombres, de milagro, había sido herido con anterioridad. Aymard, por supuesto, disponía de un paracaídas. Pero el mecánico, en su cofre, carecía de él. Mientras que el avión caía en barrena, el ruso, con sus gritos, con sus gestos, suplicó al teniente saltar en paracaídas. Apoyado en la palanca de mando, Aymard lanzaba palabrotas y agitaba la mano en señal de negación. El mecánico logró arrastrarse hasta la cabina e intentó empujarlo fuera del avión. Aymard se aferraba a su asiento: de ninguna manera se salvaría solo. En los restos del avión se encontraron ambos cuerpos, casi intactos, del vizconde Aymard de V… teniente del escuadrón de caza Normandie-Niemen, y de Serguei Uvlanov, originario de Tula y tornero en Voronej. Ambos hombres se conocían apenas. Estaban tomados de la mano.

—¡Ah!, entiendo —dijo A—. Cuando no es el sexo, es la muerte. Y cuando no es el amor, es la amistad.

—O la curiosidad, o la ambición, o el gusto por el placer, o la avidez, o la generosidad, o la santidad, o la locura de la belleza, o la locura a secas: hay muchos motivos en lo que hacen los hombres. Y tendría muchas historias que contarte sobre ellos: son episodios, fragmentos y esquirlas de la gran historia del mundo. Las más sencillas y las más comunes son a menudo las más bellas y las más cortas son a menudo más bellas, y el amor y la muerte en ellas siempre ocupan un lugar importante.

Me contaron que en el transcurso de una de esas horrendas guerras civiles aumentadas con guerras extranjeras que conoció nuestro planeta había en una cárcel dos condenados a muerte. Eran jóvenes, casi niños. Eran traidores para unos, héroes para los otros. Eran héroes que, a los ojos de sus jueces, se habían vuelto traidores. Toda la cárcel vivía su agonía. En las cárceles hay como un alma colectiva que hace que todos sufran por cada quien. Lo que transforma las cárceles, donde se han juntado asesinos y ladrones, en una especie de lugar santo. El día anterior al alba en que los dos condenados debían ser fusilados, un sacerdote entró en la celda.

Era un sacerdote curioso. Un antiguo sindicalista. Un hombre de pasión y de placer. Andaba en moto. Tomaba alcohol. Fumaba puros. La jerarquía oficial lo veía con malos ojos. Cuando vino a sentarse con ellos, los dos jóvenes apenas levantaron la cabeza.

De repente surgió de la celda un canto de venganza y libre: era un canto de guerra. Era cantado a tres voces: una voz de hombre muy grave y como

dos voces de niños. Toda la cárcel escuchaba, estupefacta.

Después del canto de guerra hubo cantos de amor. Viejas canciones, romanzas, estribillos callejeros. En las celdas vecinas los matones, los héroes, los que ya no aguantaban seguir sufriendo, recordaron sus amores y su juventud feliz. Se pusieron, a media voz, a cantar con los demás. Un canto profundo emergió a través de la cárcel.

Los guardias, inmóviles, sabían que era la última fiesta de aquellos que iban a morir antes de haber vivido. Dejaron que sucediera. Quizá también ellos cantaban, con los demás, su juventud pisoteada.

Toda la noche los cantos de muerte alternaron con los cantos de amor. Toda la cárcel no era más que una canción. De vez en cuando el silencio volvía a caer sobre los hombres encadenados. Y entonces una voz retomaba un cántico de iglesia o una canción para beber. Y, de celda en celda, el fuego de la desesperanza y de la alegría mezcladas volvía a encenderse.

Cantaron *Le Temps des cerises* y *La Internacional*. Cantaron *Les Filles de Camaret* e himnos a la Virgen. Cantaron *El canto de los partisanos* y *Maréchal, nous voilà!*

En el fondo de varias celdas, los duros se pusieron a llorar. Volvían a ver rostros que habían tenido en sus manos en las primaveras de felicidad, puentes sobre los ríos donde los corazones se habían inflamado, donde los cuerpos se habían abrazado, madrugadas a orillas de los lagos o en las calles de las grandes ciudades.

Se escuchaba en la cárcel, donde normalmente resonaban los inmundos ruidos de cubetas y de puertas azotándose, voces puras que subían en la noche aún cerrada:

Oh Virgen María, madre del Salvador…

O:

Cuando vuelva, el tiempo de las cerezas
El alegre ruiseñor, el mirlo negro…

O:

Amigo, ¿oyes
El negro vuelo de los cuervos
Sobre nuestras llanuras?…

O:

Es la lucha final.
Agrupémonos
Y, mañana,
La Internacional…

O:

Con nosotros, sea Reina…
Sea la Madona…
A la que rezamos arrodillados
Que sonríe y que perdona
Con nosotros, con nosotros…

Cuando fue de día, agotada, sin fuerzas casi, la cárcel seguía cantando. Los dos jóvenes salieron juntos, radiantes, hacia la muerte que cantaba. Una voz se elevaba, sola, para acompañarlos en su último viaje en este mundo encantado. En nombre de todos los animales que tendían, a través de los barrotes, sus manos desnudas en señal de adiós, cantaban el *Magnificat*.

—¡Ah! Sí —dijo A—. Los hombres son un alma extraviada en un cuerpo.
—No. Son cuerpos de los que de repente sale un alma.

V. El sitio

La ciudad seguía aguantando. El agua escaseaba en los pozos. Las mujeres levantaban los ojos para ver si las nubes iban a traer la lluvia. Pero el cielo permanecía puro, desesperadamente puro, y el sol brillaba sobre la ciudad sitiada donde ya no había ni carne, ni trigo, ni leche y donde el oro, inútil, ya no servía para nada.

Cómo la ciudad, desde hacía tantos años tan poderosa y tan rica, había llegado a esto, ya muchos no se acordaban bien. Por mucho tiempo los ejércitos de la ciudad habían sido victoriosos. Habían ido hasta el Cáucaso, hasta el Indo, hasta los desiertos atrás del Nilo y habían hecho que reinara el orden y la paz en países muy lejanos. Todas las familias de la ciudad contaban con al menos un soldado que había formado parte de esas fabulosas expediciones de las que muchos no volvieron. Él, el jefe, el general, el amo de la ciudad, el príncipe todavía se había llevado algunas victorias fulgurantes donde, una vez más, dio rienda suelta a su genialidad. Pero la fortuna de las armas acabó por cansarse. Las fuerzas del enemigo no habían cesado de aumentar. Refuerzos le habían llegado de todas partes. Habían cortado el camino hacia el mar. La victoria, cansada, había cambiado de bando. Hubo que replegarse a toda prisa y terminar por refugiarse tras las murallas de la ciudad. Y el sitio había empezado.

Habría de durar unos tres años, y hubo nieve, lluvia, un sol devorador y de nuevo el frío que mataba a los más pobres, y el calor que traía la peste. Las autoridades hacían reinar un orden que todo el mundo respetaba porque era la única oportunidad de sobrevivencia. Toda la ciudad asistía, como antaño, a las grandes fiestas religiosas y civiles donde la miseria y la angustia se ocultaban de algún modo tras los ritos de siempre. Los sacerdotes, y sobre todo el gran sacerdote, quien era tío del príncipe, gozaban de la veneración general: muchos en la ciudad ya solo esperaban un milagro.

Algunos, por encima de toda sospecha —y el hermano del príncipe mismo —, se habían desesperado: se habían pasado al enemigo. Dos o tres de entre los tránsfugas habían sido sorprendidos con las manos en la masa y arrestados a tiempo, uno en el momento en que intentaba enviar, por paloma mensajera o por hogueras sobre una torre o sobre una colina, mensajes al enemigo, el otro en el momento mismo en que se introducía en un pasadizo secreto que desembocaba en la llanura en los alrededores de la ciudad. Los traidores eran llevados ante un tribunal militar que no tardó: en menos de veinticuatro horas habían sido juzgados y quemados en plaza pública.

El hambre, la sed, el miedo reinaban, alrededor del príncipe, en la ciudad sitiada. Los sótanos y los graneros rebosaban afortunadamente no solo de armas y de ropa, sino de grano, de vino, de legumbres secas y de aceite. Había en los establos, por dentro de las murallas, gallinas, cabras, corderos, bueyes y vacas que, al principio muy numerosos, habían acabado por volverse tesoros. Sus propietarios habían hecho fortuna —¿pero de qué podían servirles, en la ciudad sitiada, montañas de monedas de oro?— hasta la decisión de las autoridades de poner bajo su control directo todo lo que podía servir para alimentar a los habitantes. A medida que la libertad aminoraba en la ciudad, la igualdad y la fraternidad empezaban, poco a poco, a reinar en ella como valores supremos. Unos iluminados se instalaban en las encrucijadas y anunciaban a los transeúntes que el reino de los cielos estaba bajando sobre la ciudad sitiada. Cada vez menos detalles separaban al señor de su valet, al banquero de su barbero, al propietario del muerto de hambre. Es la vida lo que distingue y pone las diferencias entre los hombres. La muerte los acercaba y los unía.

Al cabo de un año de sitio se volvió capital, para los sitiados como para los sitiadores, saber algo sobre los sentimientos y la moral del enemigo. Unos espías fueron enviados por la ciudad a los asaltantes y por los asaltantes a la ciudad. Algunos fueron reconocidos, desenmascarados, arrestados. Otros lograron volver a casa y dar información sobre lo que pasaba en el otro bando. Dicha información, las más de las veces, era contradictoria: unos aseguraban que el enemigo se había quedado sin aliento y a punto de ceder. Otros sostenían que se preparaba para enfrentamientos decisivos.

Lo esencial, para cada uno de los bandos, era hacerle creer al otro que sus fuerzas estaban intactas. Los asaltantes bombardeaban la ciudad con legumbres, a menudo podridas, y con carne podrida. Los sitiados vertían sobre las tropas reunidas bajo las murallas barriles de aceite hirviendo y de pez ardiente. Al poco tiempo aparecieron proyectiles de otra especie: los sitiadores enviaron a la ciudad, por encima de las murallas, cadáveres de apestados que los sitiados se esforzaban por quemar lo más rápidamente posible.

Después de dos años y medio de sitio, se organizó un encuentro entre los príncipes de ambos bandos. Demandó muchos esfuerzos y de conversaciones entre los lugartenientes. Varios mensajeros perdieron la vida en el asunto. Pero por fin, rodeada en ambas partes por una inaudita multitud de precauciones, la conferencia tuvo lugar en el gran llano delante de la ciudad. Rehenes habían sido entregados en igual número por cada uno de los dos

bandos al otro y respondían con sus vidas del buen desarrollo de la conferencia.

Rodeado por las matanzas, el encuentro fue una fiesta en que cada uno se esforzó por impresionar a su rival y por convencerlo de retirarse de una lucha demasiado desigual. Se comió y se bebió bajo tiendas tejidas con oro, se pronunciaron discursos, se planearon casamientos entre los príncipes de los asaltantes y las hijas de los de la ciudad, se prometieron unos a otros montones de monedas de oro y provincias completas. Hubo torneos y música. Los sacerdotes intentaron arreglarse a espaldas de los guerreros. Venidos de un bando y del otro, unos comerciantes hicieron fortuna, vendiendo pieles a los sitiados que sufrían por el invierno e iconos sagrados, provenientes de los templos de la ciudad, a las mujeres de los sitiadores y a sus consejeros. Dos o tres veces, los adversarios estuvieron a punto de entenderse y de poner fin al combate. Y terminaron por romper.

Cada quien volvió a casa y se instaló con más fuerza que nunca en una lucha que languidecía. Aprovechando información recogida durante la tregua, las tropas de la ciudad organizaron ataques y trajeron prisioneros. Los asaltantes emprendieron obras de gran alcance. Una mañana la gente de la ciudad vio en el llano, por el bosque de robles delante de la puerta oeste, una torre de madera que se elevaba. Era una máquina de guerra desde donde proyectiles llameantes caerían sobre los sitiados. Toda la ciudad, día tras día, iba sobre las murallas para examinar el progreso de la amenaza que significaba su final. Los generales de la ciudad se reunieron y decidieron que había que destruir, costara lo que costara, la máquina infernal. Se apostaron arqueros en las atalayas de las murallas: dispararon sobre la torre flechas impregnadas de pez e inflamadas en el último momento. La torre se incendió y se derrumbó.

Los sitiadores retomaron la obra instalando arqueros y bombardas en cada piso de la torre que se estaba construyendo de nuevo. Dos de las atalayas voladas fueron destruidas por las balas. Las otras se volvieron pronto insostenibles. La torre se elevaba. Un comando suicida, compuesto por aventureros, gañanes, condenados a muerte a quienes se les había prometido dejarlos con vida si se salvaban, fue enviado para destruirla. Los hombres salieron de noche por una poterna, degollaron a los guardias enemigos, llegaron hasta la torre y la tiraron prendiéndole fuego. Dos miembros del comando lograron volver a la ciudad, donde fueron recibidos como héroes.

Por tercera vez, el enemigo inició la reconstrucción de la torre. De piedra, esta vez, y de hierro. Y todavía más cerca de las murallas. La gente de la

ciudad abatió varias decenas de obreros. Pero al cabo de cuatro meses la torre dominaba las murallas. La ciudad veía a la muerte tomar forma bajo sus ojos.

A lo largo de todo el sitio se sucedieron hazañas y aventuras amorosas que inspiraron durante siglos, en un bando y en el otro, a los poetas y a los historiadores. Dos hermanos combatían por la ciudad sitiada contra los asaltantes. Uno de ellos fue hecho prisionero después de haber sido herido. El otro fue a buscarlo, abatió a todos los guardias, lo trajo sobre su espalda hasta el pie de las murallas y expiró con él al entrar a la ciudad. Una de las hijas del príncipe de la ciudad había sido retenida como rehén en ocasión del encuentro entre los capitanes de los dos ejércitos. Uno de los jefes de los sitiadores tuvo, al verla, un flechazo por su belleza. Ella se enamoró de él. Todas las noches, durante cuatro meses, se reunieron en un jardín oculto bajo las murallas, de las que ella tenía las llaves. Los sorprendieron una mañana, dormidos después del amor. A pesar de sus llantos y de sus gemidos, la gente de la ciudad masacró en sus brazos al extranjero que en vano intentaba proteger con su cuerpo. Fue encerrada en un convento de la parte alta de la ciudad, donde se volvió loca después de tres días.

Había gente feliz en la ciudad sitiada. Aventureros que amaban la guerra y despreciaban el miedo, dos o tres desesperados que aspiraban morir, un gran matemático, que también era geómetra, y al que el sitio no molestaba: vivía en las cifras, los círculos, los triángulos, las esferas, y proseguía con sus investigaciones trazando en el suelo figuras encantadoras.

Más o menos en el momento en que la torre de piedra y de hierro empezó a dominar las murallas, el agua empezó a escasear en la ciudad y A me interrumpió:

—Óyeme, ¿cuándo es tu sitio? ¿Y dónde es?

—En cualquier parte. En cualquier momento. En Troya, en Cartago, en Roma, en París, en Stalingrado, en Berlín. Las armas difieren, y los espíritus. El paisaje. El clima. El lenguaje. Las costumbres. El resultado del combate también. Pero la situación es la misma. En vez de contarte las aventuras de los hombres, que fluyen sin fin las unas de las otras, siempre diferentes, y siempre idénticas, podría describirte, para uso de tus colegas, situaciones y mecanismos que forman, en la historia de los hombres, como constelaciones indefinidamente repetidas. Tendríamos la guerra, la pasión, el comercio, toda suerte de viajes, la conquista, el amor por el arte, la fe, la curiosidad, el interés, y también la locura, la ruina, la enfermedad, el aburrimiento…

—¿El aburrimiento?, —preguntó A.

—El aburrimiento. Así como la esperanza o la historia, como la ambición, como la mentira, el aburrimiento es lo propio del hombre. Y un dios oscuro y muy poderoso.

VI. Elogio del aburrimiento y de los imbéciles

El aburrimiento pasea por el mundo su mirada bovina y fauces de tiburón. Se le ve deambular por las pistas de carreras, por las reuniones de familia, por los salones de moda, alrededor de los grandes bancos y de los edificios administrativos, por los debates y coloquios y por los banquetes de fin de año. Es un parroquiano de la comodidad y de los deseos hechos realidad. La menor desgracia lo hace correr, como el ajo y el crucifijo y la estaca en pleno corazón a la salida del sol hacen desvanecerse a los fantasmas y desaparecer a los vampiros. Huye de las guerras civiles, las catástrofes, las hambrunas de China y del Sahel, las inundaciones de Bengala. Vuelve con su larga jeta cuando regresa la prosperidad. Es un advenedizo, un rentista, un gozador cansado alcanzado por su fatiga, un aventurero retirado, un industrial sin industria, una mandíbula que se disloca en una tribuna que se adormece, un mandarín bajo su cúpula. Deambula por los grandes bulevares, se encierra en los cafés y en los cines, se duerme sobre las obras que nunca logra terminar. La historia es un lenguado muy plano, una aplanadora en los grandes llanos del norte invadidos por la lluvia, la superficie del estanque bajo las brumas del otoño. Y todos los días se parecen.

Le importa un pito el pasado, nada espera del porvenir. Y el presente es tan largo. Bosteza un mundo sin relieve, sin colores, en el que nada sucede. Ignora las pasiones, los furores, la indignación, las penas. Quisiera enojarse. Preferiría morir.

El aburrimiento borra con dedo vacilante el vaho de su soplo en el vidrio de la ventana. Dibuja círculos, cuadrados, corazones flechados en los que no figura nombre alguno,

colgados de una cuerda donde se reconoce.

Canta canciones de infancia que le vienen a la mente y repite sin cesar:

¿En qué pienso? En nada quizá.
Mira las vacas pastando
Y el río correr.

La historia, la astronomía, el fútbol, las altas finanzas: muy vagas caravanas del otro lado del desierto, sonidos a lo lejos y que llegan aminorados.

El mañana lo agobia. El ayer lo fastidia. El hoy lo destroza. Vive en un interminable hoy que no acaba de expandirse sobre el porvenir y sobre el pasado. La única compañía que soporta es la de la pereza, que comparte mucho de sus gustos —y sobre todo de sus disgustos: uno y otro detestan la histeria por los motivos y por las metas, por las resoluciones, los mandatos, por las órdenes, y lo imperativo les causa repulsión—. El modo del aburrimiento es la interrogación: «¿En qué volverse?». «¿Para qué?». «¿Pero qué estoy haciendo aquí?». El aburrimiento es una trampa en la que desaparecen los hombres, una máquina demasiado bien aceitada que los arranca de la acción y de la historia que se está haciendo.

—Ya había notado —dijo A— que te gusta la paradoja. ¿Hubiera querido, sueño acaso?…

Me incliné, discretamente.

—… Que me hablaras de Vitruvio, de Paracelso, de Auguste Comte, de Garibaldi, de Lenin, del presidente Wilson y de esos grandes espíritus que son el honor de los hombres. Y ahora me llevas por los caminos del aburrimiento, flanqueados por la pereza y el embrutecimiento, que los lleva, si entendí bien, al estado de ostión, de esponja, de zanahoria, de piedra apenas dotados de memoria y de imaginación.

—¡Ah!, —le dije—, es que, por una linda voltereta, merecedora de admiración, la metafísica vuelve a toda velocidad en el vacío del aburrimiento. La historia y la acción quizá no tengan otra meta más que camuflar un abismo revelado por el aburrimiento. He aquí el fiestero ocioso más cerca de lo esencial que el banquero, el ministro, el director gerente, el atareado exportador que hace funcionar a todo lo que da el comercio exterior

y las cuentas de la nación. El aburrimiento no se esconde tras los bosquecitos de la política o del *ping-pong*, en los clósets de la lingüística, bajo los pretextos de las bellas artes. Se entrega completamente desnudo al tiempo. Y el ser no está muy lejos. Aflora bajo el aburrimiento como la verdad bajo la mentira.

El aburrimiento es el hombre sin historia y sin diversión. Se voltea sobre sí mismo. Duda, desespera. Se pasa el tiempo que execra y que no sabe usar interrogándose sobre sí mismo. Es la filosofía en su forma más lodosa, más pantanosa. Cuando lanza por las playas sin fin a orillas del océano el desgarrador lamento que lo volvió famoso: «No tengo nada que hacer… ¿Qué puedo hacer?… No sé qué hacer…», ya está murmurando la fórmula de los escépticos acechados por el misticismo: «¿Qué estoy haciendo aquí?». Hay algo que se encuentra en el meollo del aburrimiento: es el ser en estado puro que ya no puede con la vida y que ya no quiere la historia. El aburrimiento entra de lleno, por la puerta trasera, en el reino del espíritu.

—Un esfuerzo más —me dijo A— y, después de haber amueblado el aburrimiento como vestíbulo de la filosofía, después de haberlo decorado con los colores de una metafísica que no pedía tanto, abandonarás el informe, te entregarás allá, bajo el sol de las islas, a sueños de pereza y serás un fracasado, un estúpido, un imbécil, porque bien que veo que te seducen, como el ideal por alcanzar, como el arquetipo del hombre.

—¿Por qué no?, —dije—. Me gusta mucho no hacer nada. Me encantan los fracasados. El aburrimiento me ocupa y me divierte. El fracaso, ¿por qué ocultarlo?, me interesa más que el éxito. No coloco al imbécil que por fin logra tener éxito muy por arriba del imbécil que siempre ha fracasado. A ambos los meto en bloque a medio camino del restringido grupo y más abajo del nivel del suelo de los que se creen tan listos y del grupo, aún más restringido y supremo, de aquellos que lo son realmente. Menos en alto que Flaubert, o que Erasmo, o que el doctor Freud, que pertenecen a la categoría de genios, y que por cierto querían mucho a los idiotas y a los locos, pero más en alto que el jefe, el ministro, la *vedette*, el patrón, el secretario general, el presidente, el conocedor, el importante, el vanidoso, el pomposo: todo lo que el mundo moderno admira bajo la etiqueta del éxito, bajo el letrero del logro, bajo la rúbrica del poder. Las definiciones del fracasado y del talento distinguido me parecen a menudo intercambiables. Es una cuestión de ámbito, de situación, de ocasión. La Aduana de Mar donde llegaste está coronada por un globo, sostenido por dos atlantes, que representa al mundo. Y una estatua

de la Fortuna está de pie sobre el globo con el aspecto de veleta. Ella es quien rige como soberana el destino de los vivos.

Al viento vivo de la laguna
Que la orienta a placer
Vi girar la Fortuna
¡O Dogana di Mare!

Muchos nombres hubieran sido ignorados si no hubieran sido favorecidos por la casualidad y la suerte. Muchos tontos de pueblo o gañanes despreciados hubieran podido adquirir reputación si hubieran encontrado su camino. A finales del Antiguo Régimen, mucho trabajo te costaría dar en Francia con un gran capitán. Al día siguiente de la revolución, a lo largo de las guerras del imperio, caminas sobre generales geniales que hubieran permanecido sobre su estiércol o en su trastienda si los tiempos no hubieran cambiado. Los herradores, los hosteleros, los mercaderes de harina hacen mariscales muy capaces y reyes como cualquier otro. Jefes de guerra duermen por doquier en la paz y más de un poeta, de un artista, de un filósofo, de un sabio fueron ahogados por las convulsiones de la historia. No niego el talento, la inteligencia, la virtud, la obstinación, pero creo que todo es antes que nada una cuestión de circunstancias y que la historia distribuye a placer los éxitos y los fracasos, los poderosos y los miserables. El viento que sopla lo decide todo.

La llave del asunto es que los hombres son un hecho. Y cada uno de ellos está hecho de un poco de toda la gente. Lo que coloca entre ellos un toque de diferencia es la casualidad y la ocasión. Tierra fértil de la filosofía, de la poesía, de las bellas artes en general, el aburrimiento no es nada más que la desnudez del ser que no ha encontrado su sonaja.

—Me temo —hizo notar A— que la atención de mis colegas, los espíritus de Urql, sea atraída en primer lugar por los toques de diferencia. El aburrimiento los hará bostezar. Se compadecerán de los fracasados. Los imbéciles los fastidiarán. Lo que los divertirá, y quizá locamente, son las batallas, las carreras, las instituciones, los poderes, y quizá los matrimonios de *vedette* y de príncipes. En otras palabras, la frivolidad de la historia.

—Son semejantes a los hombres. Los hombres están locos por las frivolidades.

VII. Las frivolidades

—Lo importante, para los hombres, es antes que nada entrar en el mundo. Es nacer. Mientras no hayas nacido, mientras no hayas tomado tu lugar en el espacio y el tiempo —y empieces a saber que el espacio solo es tiempo degradado—, nada está hecho y no hay nada por hacer. Pero apenas has nacido y el circo abre sus puertas. Los farolillos se prenden. El público acude. Hay redobles de tambores. Y el espectáculo empieza. Cada hombre es un poema recitado por el destino. Y todas las vidas de los hombres son números circenses más o menos aplaudidos por la multitud de mirones.

Los hombres, hasta hoy (me pregunto si las cosas no están por cambiar bastante rápido), tienen un padre y una madre. La regla (hay excepciones por supuesto) es que el padre y la madre se preocupen desde el nacimiento mismo por el porvenir de su hijo en el teatro del mundo. Por mucho tiempo establecieron de antemano el papel que en él tendría que desempeñar. No había ni siquiera, en verdad, ningún papel por definir: todo estaba asentado de antemano por el clima, la región, por los demás, por la historia. Y, las más de las veces, el papel del hijo era el mismo que el de los padres. Los hombres no tenían otro destino más que el de su especie. Es por esa razón que la historia por mucho tiempo pareció inmóvil.

Un progreso decisivo se llevó a cabo cuando la marcha de la historia y el cambio de costumbres (decimos con más frecuencia, con ese gusto por el énfasis que nos caracteriza: la evolución de las costumbres) permitieron que los padres se imaginaran sin mucha claridad que el destino de los hijos podría ser diferente al destino de los padres. La libertad superaba la fatalidad. Un paso, un paso más, y les surgió a los padres la audaz idea de que no sería imposible consultar al hijo sobre lo que quería hacer del tiempo que le era acordado para divertirse en el escenario antes de salir del teatro donde acababa de entrar. Un refrán indulgente y siniestro, que es uno de los resortes de la gran novela del mundo, apareció entonces en la larga canción de los padres a los hijos: «¿Qué piensas hacer de tu vida?». Una elección inimaginable hace apenas tres mil años. Un progreso. Un drama.

La mayoría de los niños no tiene la menor idea de lo que quiere hacer más tarde. Y nada más bello, más bello y terrorífico, que los lentos tanteos de los niños, y luego de los jóvenes, en su lucha con la vida. Se le ha dado un nombre a esos esfuerzos y a esos descubrimientos: se les llamó estudios.

La aparición de la escuela, de la universidad, de los estudios es una de las marcas del mundo moderno. Constituyen desde Platón, desde Aristóteles,

desde Virgilio y Horacio y desde Carlomagno uno de los temas dominantes del planeta que estudias. Más universales son los estudios, más largos y abiertos son, más se instala el progreso.

—Los niños —preguntó A—, ¿están ávidos de estudios?

—Creo que los detestan. Preferirían hacer como nosotros, es decir, prácticamente nada. Y pasearse por el mundo.

—¡Casi nada!, —exclamó A—. ¡Esa sí que es buena! ¿Y el informe? ¿Lo consideraría, de casualidad, como nada o como casi nada? ¿Crees que el efecto que espero sobre los espíritus, mis colegas, y sobre la población de Urql sea nada, o casi nada?

—Cálmate. El informe es el mundo. El mundo es poca cosa, pero, de seguro, no es la nada. Y el informe tampoco es nada. Poca cosa quizá, pero no nada. Existe, ahí está, y todos los espíritus de Urql tendrán, tarde o temprano, la felicidad de hojearlo. Y bien sé que nuestro trabajo para informar sobre este mundo demanda muchos esfuerzos. Y que es algo así como los estudios de los niños: una atención, una paciencia, una búsqueda infinitas.

—Me alegro —dijo A.

—Pero eres un espíritu puro venido de otro mundo. Y yo, en este delicioso estado, tan cercano al descanso, del aburrimiento, del sueño, del casi nada que llamamos muerte. Los niños están en la vida. Se debaten con ella. Lo que es cruel en la muerte es que todavía se aferra a la vida. La muerte una vez adquirida es más calma que la vida. La vida es un pulpo, un torbellino. Tenemos la suerte, tú y yo, de estar fuera de la vida: nunca la conociste, y está tras de mí. Está por delante de los jóvenes. Tienen que lanzarse en ella como en un océano. Es una formidable aventura. Los atrae, los agita, mueve en ellos esas grandes esperanzas y esos sudores de angustia que nuestras novelas describen. Creo que, muy a menudo, les gustaría aburrirse y pasearse sin rumbo a orillas de los ríos o entre las colinas y mirar a su alrededor y dejarse ir, como nosotros, por encantos puros del ser. Pero tienen que aprender a escoger sus frivolidades.

—¿Cuáles frivolidades?, —preguntó A.

—Pues el dinero, las finanzas, la administración, el ejército, el clero, la música, el balón redondo, la aventura, la arqueología, la pintura, las obras públicas, la política, el robo de bolsas, la cocina, la teología y todo lo demás de ese tren fantasma, de esa galería de espejos y de esas montañas rusas que llamamos el mundo. Los hombres, mi querido A, tienen que hacer algo de su vida. Y si vacilan en escoger, se les obliga por la fuerza. Por un decreto divino y humano a la vez, tienen que ponerse a trabajar. Las religiones lo

exigen, los gobiernos lo imponen, la sociedad lo reclama, el egoísmo lo aconseja. Y si se niegan, se les impide vivir. Se les alimenta si trabajan. Se les viste si trabajan. Se les protege del frío si trabajan. Se les honra si trabajan. Y, por un sistema de maravillosa sutilidad, se les da dinero a cambio de su trabajo para que se alimenten, se vistan, se alojen para así volver mejor al trabajo.

Algunos, de entre los hombres, viendo el papel del trabajo en la historia y el papel del dinero en el trabajo, cortaron por lo sano: giraron alrededor del dinero para que el dinero girara alrededor suyo. Se volvieron banqueros, usureros, prestamistas, financieros. Hicieron inmensas fortunas que les permitieron ocuparse de la música y de las bellas artes, o quedaron arruinados y a menudo se suicidaron colgándose de una viga, tirándose de un tren o abriéndose las venas cuando el barco cargado de especias había naufragado antes de entrar a puerto o la bolsa se venía abajo. Se ha visto a jugadores pegarse un tiro en los jardines de Monte Carlo porque el 6 o el 24 se habían tardado en salir. Pero la mayoría de los hombres no son jugadores. Bajan a las minas, construyen coches, venden quesos, sombreros, bicicletas, hacen crecer el trigo, papas, viñedos, navegan por el mar. Es poco frecuente que hagan fortuna. Una extraña regla los guía: entre más duro es el trabajo, menos dinero ganan.

—Ya me habías hablado del trabajo y me costaba trabajo comprender lo que trabajar significaba. Los espíritus no trabajan. Se necesita, para que haya trabajo, que haya una historia y cuerpos. No tengo historia, no tengo cuerpo. Entiendo bien que el trabajo es una suerte de maldición y que es el corazón y el final de los hombres. ¿Quizá pudiéramos indicarles a los espíritus de Urql que el tiempo ha hecho a los hombres y que los hombres hacen su trabajo?

—Es del todo cierto que el trabajo es una maldición. Hay una primera maldición: es el nacimiento. Hay una segunda maldición: es el trabajo. Hay una tercera maldición: es el sufrimiento y la muerte. Pero una vez que el mundo y la historia iniciaron su carrera, el viento se pone a cambiar, la maldición se regresa. La peor maldición es el no nacer en este mundo, tan lleno de sol y de belleza que el más miserable de los hombres es menos compadecible que los espíritus…

—¿Incluso los espíritus de Urql?, —preguntó A.

—Incluso los espíritus de Urql —respondí—: no conocen la Aduana de Mar, no han visto a Marie, nada saben de la historia, de los petirrojos, de los torrentes de montaña, de la bahía de Pedi, del descubrimiento de la imprenta,

de la batalla de Waterloo vista por Fabrice del Dongo, todo ignoran del olivo, del calor, del azul, de la canción de Barberine, no se han bañado en el mar.

—Tendrán el informe —hizo notar A.

—Me temo que el informe les dé de este planeta solo una idea imprecisa y una imagen bastante borrosa. No sentirán ni la felicidad de levantarse de mañana para irse a pasear bajo los pinos ni la vergüenza y la pena que forman parte de ese mundo y de su belleza sin igual. Ese mundo tan bello es tan cruel que la peor maldición, después de no haber nacido, sería no morir. El primero de esos derechos del hombre con que los tiempos modernos nos machacan es el de irnos y dejar esta máquina redonda que tanto hemos amado. Todos los hombres, gracias a Dios, tienen el derecho de morir. Pero antes de partir hacia esas verdes praderas del alma en la que nos debatimos, la peor de las maldiciones, para los hombres de esta Tierra, es verse negar un trabajo cuya necesidad, sin embargo, es ya una maldición que todo el esfuerzo de la ciencia, durante siglos, consistió en conjurar.

—¡Qué horror!, —exclamó A—. Tres o cuatro veces ya me has contado cosas odiosas que me hicieron decir: ¡Qué horror! Y vuelves a hacerlo y me explicas a lo largo, con tono más sólido, que en este mundo sin pies ni cabeza todo es maldición: nacer y no nacer, morir y no morir, trabajar y no trabajar. ¿Por qué faltaría trabajo? ¿No hay que, en su Tierra, ya que los hombres tienen la desgracia de estar flanqueados de un cuerpo, hacer crecer legumbres y cortar ropa y construir casas?

—Bien sabes que el mundo es un sistema o una consecución de sistemas, y todos los sistemas se descomponen. Llega un momento en que el trabajo, en vez de producir dinero, empieza a costar. Entonces el trabajo ya no tiene sentido. Y se les niega a los hombres.

—¿Quién se los niega?, —preguntó A.

—Pero ¿quién crees que sea? El sistema, claro. Y también otros hombres, claro.

—Me temo que el informe —suspiró A— le propine un golpazo a la moral de los espíritus de Urql. Pensarán que el mundo no sirve más que para ser tirado al fuego.

—¡Oh no! Lo sabes bien, lo ves bien: el mundo es bello. Los hombres están locos por la vida. Están felices de haber nacido. Tienen miedo de morir. Se encariñan con lo que hacen. E, incluso cuando ya no tienen, siguen soñando con ese trabajo que solo es maldición. Encontraron un nombre para ese surco que, persiguiendo el surco legado por los de antes, preparando el surco de los que vendrán después, ocupará toda su vida: lo llaman carrera.

—¿Una carrera?, —repitió A con una especie de estupor.

—Tienen carreras de ingeniero, de soldado, de abogado, de marinero, de obrero, de empleado, de diplomático, de minero, de fontanero, de enfermera, y cuando terminan su carrera les dan medallas.

—¿Te estás burlando de mí?, —dijo A—. ¿Frivolidades y más frivolidades?

—Les gustan —afirmé—. Porque tanto como pan, ropa, casas, los hombres necesitan perderse en algo, y quizá en lo que sea que los rebase un poco. Por dinero, por supuesto. Y por más que dinero. No es del todo seguro que no haya en el trabajo como un oscuro impulso hacia una forma de salvación. El dinero es algo accidental en la historia, y más reciente todavía que la música, la pintura o la literatura. Y cuando las carreras generan muy poco dinero, se habla de vocación. Ser sacerdote es una vocación. Curar a los demás es una vocación. Hacerse matar es una vocación. Ser pintor es una vocación. Ser músico es una vocación. Escribir libros es una vocación.

—¿Y el informe?, —preguntó A.

—Me temo —dije riéndome— que sea una vocación. Ni siquiera estoy seguro, escuchándote, de que la gloria que me prometiste espere verdaderamente mi nombre en las asambleas de Urql, que solo verán delirio, y quizá tengan razón, en la historia que les cuento. Es necesario sin embargo que comprendas que este mundo tan complicado es más sencillo de lo que crees. Hay una felicidad del esfuerzo, del valor, del trabajo cumplido. El campesino en su campo, el marinero en la mar después de las noches de invierno, el contador con sus cuentas, el comerciante en su tienda: el hombre después de su trabajo está feliz como una lombriz.

—Me alegro por ustedes —dijo A.

—A diferencia de los espíritus venidos de Urql…

—Soy yo —indicó A.

—Sí, eres tú… los hombres se interrogan muy poco sobre el espacio y el tiempo, sobre el ser, sobre su muerte. Están atrapados en sus frivolidades. Las frivolidades se los llevan. Les sirven de pasión y les sirven de olvido. Es una salvación irrisoria, pero una salvación de todos modos. Lo importante para ellos es que una prenda tenga buena caída, que el barco llegue a puerto, que la mesa no se tambalee, que el carbón sea extraído de las minas a las que se va a buscar, que el coche pueda andar, que la pintura sea bella, que el libro sea terminado. Los mejores de entre ellos darían la vida por su trabajo. Los soldados se hacen matar en los campos de batalla, los marineros se hunden

con sus barcos, los revolucionarios son fusilados al alba con sonrisa en los labios y los poetas mueren de hambre. Esa es la vida. Es muy sencilla.

—¡Bueno!, —dijo A—. Basta de bromas. ¡El informe! Habrá que ponerme todo esto en orden. Está hecho, a pesar de todo. Se trata de recortar. Y de solo guardar las grandes líneas.

Puse la cabeza entre mis manos.

—Quizá podríamos considerar algo como: «Los hombres pasan de la nada al espacio y al tiempo para arreglárselas como puedan en el mundo en el que cayeron, antes de salir de nuevo del espacio y del tiempo hacia destinos desconocidos».

—Me imagino —dijo A levantando los ojos al cielo—, que mis colegas me interrogarán sobre «arreglárselas como puedan». Sus «destinos desconocidos» no los sorprenderán en lo más mínimo. Sobre ese tema, al menos, saben bastante. Pero «arreglárselas como puedan en el mundo en el que cayeron» les parecerá muy extraño. ¿Qué podría contestarles?

—Espera un momento.

VIII. El torbellino de la vida

El mundo se extendía ante nosotros. Ambos partimos para ver a los hombres en sus obras. Conocimos sacerdotes, jueces, vagabundos, enamorados, ciclistas en las llanuras y al asalto de los puertos, diplomáticos bajo sus techos pintados por Rubens o Miguel Ángel, bandidos en algún recodo del bosque, tintoreros, carteros, galeotes anclados en sus bancos al fondo de embarcaciones hundiéndose, panaderos, notarios, mujeres comentaristas de televisión, magos, cantantes, envenenadoras al servicio de emperadores, amantes abandonadas y al clan Médicis. Cada quien se agitaba por su lado, atento al éxito de las empresas en las que estaban metidos. Vimos soldados en las montañas de Tonkín y en la jungla de Laos, legionarios romanos al asalto de Masada, franciscanos bajo las tiendas del Gran Kan, personajes de Kipling al pie del paso Khyber. Asistimos al campamento de la Tela de Oro, al congreso de Verona con el príncipe de Metternich y el vizconde de Chateaubriand, al asesinato de Röhm y de sus SA una noche de primavera a orillas de un lago de Baviera. Descendimos en las tabernas de Calabria, en los palacios en Londres, en Roma, en Dallas, en Calcuta, donde pobres morían en las calles. Caminamos con los huelguistas siguiendo banderas rojas, con Espartaco en Apulia y en Lucania, con Pancho Villa y Emiliano Zapata bajo el enorme sol de Durango o de Cuernavaca, con las tropas de Simon de Montfort al asalto de los cátaros y de sus castillos en lo alto. Prendimos una fogata en las sabanas de África del Este con primos de Lucy, alimentamos otra con las vestales, nos calentamos con una tercera bajo las yurtas de los uigures. Vimos reyes siendo coronados en las iglesias de Reims, de Milán o de Roma, y otros huyendo después de grandes derrotas que dejaban un sinnúmero de cuerpos en los campos de batalla donde erraban reinas viudas. Fuimos crucificados con los esclavos, triunfamos con los emperadores en la cumbre de su gloria antes de ser acuchillados y lanzados al riachuelo. Servimos como testigos a los juramentos de los amantes.

Los hombres sufrían mucho. Ante los niños que estaban muriendo porque se habían caído del caballo ante los ojos de su madre o por un coche que los atropellaba, ante los apestados de Jaffa, ante los nómadas perdidos en el desierto por los espejismos o las tormentas de arena, ante las víctimas de las grandes matanzas de Gengis Kan o de Hitler. A ocultaba el rostro tras su brazo doblado. La casualidad y la necesidad no bastaban para producir el sufrimiento: a la naturaleza y a sus accidentes se mezclaban doctrinas de muerte y propósitos muy bien definidos. Las máquinas, las enfermedades, el

sable, la ametralladora, los gases, el agua y la soga, el empalamiento, la guillotina, el hacha, el puñal, el garrote y la cruz, la rueda, el cuchillo de obsidiana, todo le servía a los vivos para atormentar a otros vivos y para arrancarles la vida. La muerte era llamada a gritos por aquellos que ya no aguantaban el sufrir y seguir sufriendo. La piedad y el odio se repartían la historia. La venganza, la justicia, el perdón, la conquista, los remordimientos, la esperanza hacían a través de la historia un escándalo de los mil demonios.

Conocimos santos, justos, héroes. Unos eran más duros que el acero, los otros lo perdonaban todo. Veinte veces A gritó que quería volver a su casa, en Urql, y olvidarse de los hombres. Veinte veces esos mismos hombres le arrancaron lágrimas a golpes de bondad y de grandeza.

Fuimos parte de intrigas, de maniobras secretas, de complots, de bailes. Había valses, perfumes enigmas, golpes teatrales. Había anécdotas a raudales y juegos de palabras por montones. Los hombres se movían, querían otra cosa, perseguían la gloria, la justicia, la verdad, la belleza. El poder, también. Y el dinero. El dinero reinaba por doquier. Construía carreteras, puentes, inmuebles, coches, teatros, aviones, máquinas de matar y máquinas de salvar. Los hombres gustaban derramar sangre e impedir que corriera. Invertían tesoros de energía para masacrar a la gente, para herirla lo más posible con ferocidad y para sanarlos con empeño.

El amor los poseía bajo las más alocadas formas, y se los llevaba. Las madres amaban a sus hijos, los padres amaban a sus hijas, el hermano amaba a su hermana, la víctima amaba a su verdugo. El sexo se mezclaba con el amor, con el odio, con el poder, con el dinero y bailaba con ellos. El obstáculo, lo prohibido, la distancia, la sanción eran atracciones. El mundo estaba lleno de resortes y de mecanismos que lo hacían funcionar.

La contradicción tenía manos a la obra por todas partes. Hundía sus cuñas en la simplicidad del cielo, de la noche, del agua, en los impulsos del corazón. Y terminaba por resolverse en la vida y en el tiempo. Los hombres se peleaban y se reconciliaban. Se amaban y se dejaban. Entrábamos en las casas, en las tiendas, en las estaciones, en los museos, en las escuelas, en los estadios. Bailaban, leían, saltaban lo más lejos y lo más alto posible, redactaban leyes, se metían en taxis y le gritaban al chofer: «¡Siga ese coche!».

La curiosidad los empujaba, los celos, la ambición, la venganza, la avidez. Eran presas de la locura. Tomaban caminos muy sutiles y hacían cosas oscuras que no entendían. Cambiaban. Eran libres. Eran prisioneros. Se

pasaban la mano por los ojos y se preguntaban en voz baja, pero lo suficientemente alto para que los escucharan, si habían soñado.

Se arrodillaban al pie de los altares. Se subían a sillas en los jardines públicos para pronunciar discursos que cambiaban el rumbo de la historia y los tiraban en los estanques para servir de alimento a los peces. Besaban las manos de jóvenes mujeres, de pontífices, de padrinos, de los que iban a abatir. Se elevaban en globos. Volvían a la escena del crimen. «¿Sabe usted», murmuraban de noche, a la luz de las velas o de los candiles, en los salones de gala donde bailaban jóvenes, «que siempre lo he detestado?».

Se acordaban del pasado y lo olvidaban. Imaginaban el porvenir. Desde los tiempos más remotos, el porvenir era diferente de lo que había sido y de lo que habían previsto. La historia era más fuerte que los hombres y los revolcaba en sus olas. Nadie podía hacerse una idea, en la época en que nacía el fuego, la agricultura, la ciudad, de lo que parecería tan evidente en tiempos de los grandes imperios o del maquinismo industrial. Nadie podía hacerse una idea, en la época de los grandes imperios o del maquinismo industrial, de lo que pasaría mil años después, que parecería tan necesario y que todavía era imposible. De vez en cuando espíritus geniales inventaban la rueda, la carretilla, la imprenta, el cero, el paracaídas, la máquina de vapor, el estribo, el submarino, el paraguas y transformaban la vida de los hombres. Se enseñaba sus nombres a los niños de las escuelas, al mismo tiempo que los nombres de los fundadores de religiones, de poetas, de pintores, de músicos y de conquistadores cuando habían ido muy lejos y habían matado a mucha gente.

Descendimos en India, en China, en México, en Perú, en los salones de la Hofburg, en los castillos de los Cárpatos o del Loire, en los castillos en España y en los del rey Cristophe y de Luis II de Baviera, en los templos de Éfeso y de Agrigento, en las pagodas de Pagan y de Chiang Mai, en las chozas de los buscadores de oro y de cazadores de animales salvajes de Klondike y de Wyoming. Los hombres llevaban ropa. Y nunca cualquiera. En tiempos remotos, en las regiones más cálidas, algunos iban desnudos. Pero incluso cuando los cuerpos no estaban cubiertos de ropa, estaban adornados con pinturas, con joyas, con signos secretos o visibles que los distinguían de los demás. A los hombres les gustaba distinguirse de sus enemigos, y quizá sobre todo de sus vecinos. La edad, el sexo, la raza, la familia, la fortuna, las funciones los incitaban a vestirse según ritos y costumbres que era difícil, y casi imposible, infringir. La toga, la coraza, la falda, el jubón, las calzas altas, la peluca, la levita, la gola, el sombrero de copa, el bombín, el sari, la djelaba,

el bubú, el saco de *tweed*, el *blazer* azul, por no hablar de las prendas más o menos suntuosas y a menudo sagradas de los sacerdotes de las diferentes religiones ni de los uniformes militares, que componían por sí solos una formidable tipología jerárquica y clasificadora, estaban ligados cada uno a una era de la humanidad y a papeles en la humanidad. De las grutas de Altamira o de Lascaux a la torre de Babel, de los zigurats de Elam y del mausoleo de Halicarnaso o de la biblioteca de Alejandría a las catedrales de la Edad Media y al Empire State Building, las casas de los hombres y sus monumentos ofrecían ya un ejemplo a la vez de continuidad y de variedad innumerable. La enumeración de sus prendas de vestir rivalizaba en longitud y monotonía con las listas sin fin de los nombres de peces o de flores. Cada una de esas casas, cada una de esas prendas correspondía a una utilidad, a un oficio, a una actividad. Los hombres gustaban de actuar como gustaban de hacer el amor o de contar historias. A tal punto que estaba permitido sostener indistintamente que lo esencial del hombre era el sexo, o la acción, o la palabra. Había gladiadores, notarios, pinches, jueces de la corte de apelaciones y a la Corte Suprema, bomberos, deshollinadores, logotetas del dromo, escribas, a veces sentados, obispos, chamanes, empleados de correos, marineros, y se les reconocía por su aspecto, por su lenguaje y por su ropa.

Bailaban, lloraban, cantaban, reían, huían de los incendios, de las inundaciones, de los aludes, de las invasiones, combatían entre ellos, dibujaban sobre los muros, sobre madera, sobre lienzos, bisontes o santos, manzanas también, y mujeres bañistas que terminaban por venderse a muy alto precio a mercaderes de cañones o a banqueros, edificaban estados que solo aspiraban reforzarse y extenderse antes de derrumbarse. Después de haber surgido no se sabe bien a bien dónde, en África quizá, o en Mesopotamia, o quizá también en otra parte, y después de haberse extendido a través del planeta, la historia avanzaba lentamente, bajo el lindo nombre de entropía, hacia la unificación y la banalidad.

Corría el rumor. Gog y Magog o el sacerdote Jean que nunca habían existido y que la credulidad popular situaba en el Cáucaso o en Etiopía, o quizá también en las Indias misteriosas y lejanas, agitaban a las poblaciones tanto como el asesinato de Julio César, la muerte de Alarico, la caída de Constantinopla, el descubrimiento de América, la batalla de Austerlitz, la condena de Dreyfus, la tragedia de Mayerling. La realidad era sin fin y el imaginario le agregaba a la realidad, que no era quizá más que una idea concentrada y endurecida.

Los hombres vivían de miel, de frutas, de pan, de arroz, de corderos, de agua y de vino. De sueños también, de oscuros pensamientos, de delirios colectivos y de locas esperanzas. La muerte de un príncipe o de un rey, el matrimonio de los grandes, la guerra naturalmente, los juegos, las fiestas, las hazañas físicas, la danza y la música, la religión por supuesto, y quizá ante todo el oro, el dinero, la rareza, todo lo que se situaba aparte y por encima de los demás los ponía como locos. El interés privado y las preocupaciones más cotidianas se combinaban con las especulaciones sobre la marcha de la historia, sobre el universo y sobre Dios para ocupar a los hombres y empujarlos hacia adelante. Correos salían de Roma, de Bizancio, de Venecia, de Londres, de Moscú, de Beijing, de Samarcanda. Navegantes le daban la vuelta a África hacia las Indias y China. Adolescentes apenas salidos de la infancia se enamoraban perdidamente de la hermana o de la madre de la que les era destinada. Un leñador se cortaba con hacha la pierna atrapada bajo un árbol. Muchos morían para que otros vivieran.

Los hombres hablaban. Mientras no había lenguaje, no había historia. Cuando el lenguaje se alzó sobre el mundo, los poemas de amor, los decretos imperiales, los dogmas religiosos, las reglas de juego del beisbol, la información, los juramentos, la historia hacían su ingreso en el escenario de la historia: la historia acogía a la historia. Por el lenguaje, por el pensamiento, por la imaginación, el mundo iba triunfalmente, sin intenciones de regreso, hacia la complejidad. Los intercambios se intensificaban, se cruzaban las conversaciones, los pueblos se mezclaban, todo circulaba en un torbellino que era el torbellino mismo del pensamiento y de la vida.

Todo se mezclaba. Solo la ficción aislaba los acontecimientos, los destinos, los estados, los periodos. Los escritores se disfrazaban de artilleros, los filósofos se volvían locos, Cervantes perdía un brazo en la batalla de Lepanto y Chateaubriand, en la guerra de España que había desatado, solo pensaba en Cordélia. En los jardines, en los banquetes, al mismo tiempo se tramaban intrigas amorosas y conspiraciones. El mundo era llevado a la vez por las ideas, por el dinero, por el sexo, por el amor, por la fuerza, por los dioses o por Dios, por el azar, por los números, por los astros, por el progreso, por los judíos y los francmasones según algunos, por el Sacro Imperio Romano Germánico en la mente de otros, por el comunismo, por el estado, por casi todo y por nada.

Se podía perfectamente no hacer nada. O lo menos posible. No era necesario dejar huella alguna en este mundo. Se podía incluso borrarla para intentar escabullirse por las mallas de la red de la historia y de la memoria de

los hombres. Muchos desconocidos eran precipitados por casualidad a la inmortalidad. A pesar de todos sus esfuerzos, el recuerdo de muchos ambiciosos desaparecía con ellos. El mundo no conocía receta ni modo de empleo universal. Se podía perfectamente empezarlo por el final. Gracias a Dios, el interés personal de cada quien ponía algo de orden en ese desorden y deshilvanaba un hilo a través del laberinto. El universo disponía de tantas perspectivas como contaba con espíritus encarnados en el espacio y el tiempo. Cada deseo, cada voluntad, cada conciencia era un centro del mundo.

Los hombres pensaban primero en ellos mismos. Y primero en su cuerpo. Era su más preciado capital. Excepción hecha del delirio o del drama que los incitaba a odiarse a sí mismos, excepción hecha de la exaltación nacional o mística que los invitaba al sacrificio o a la abnegación, se esforzaban, tanto cuanto se lo permitían su temperamento y sus medios, por mantener en buen estado de funcionamiento la máquina que les pertenecía y a la que, en contrapartida, pertenecían también. Vimos cráneos y vientres reventados, piernas y brazos trozados, arterias reparadas y vísceras cosidas. La medicina era una de las ocupaciones más serias y más constantes de los hombres. Utilizaba más o menos los mismos métodos que la tortura. Cortaba los cuerpos, los hacía sangrar y sufrir, los desarticulaba. Pero era para salvarlos. A lo largo de la historia, el cuerpo, su estado, su bienestar constituía para los hombres, bajo el nombre de salud, una preocupación permanente. Lo preservaban, lo curaban, temían como a la peste su desaparición o su descompostura, se esforzaban por destruirlo en aquellos que no querían y a los que daban por nombre enemigos, y les deseaban a sus amigos conservarlo por mucho tiempo.

Una pierna, una mano, un ojo, el sexo, sobre todo en los machos porque en ellos, si no más frágil, al menos más aparente y más expuesto a los golpes y a las agresiones exteriores, el corazón y la cabeza para todo el mundo, eran posesiones exclusivas que no tenían precio. Los hombres se la pasaban utilizando esas herramientas que desempeñaban un papel más o menos decisivo, pero siempre considerable, en el conjunto de todas las ocupaciones cuya lista intrigaba a A. Los hombres se confundían con su cuerpo y, en este mundo al menos, un hombre privado de cuerpo ya no servía para nada. Su cuerpo les abría a los hombres todo el inmenso campo de la historia. Retozaban en él a su gusto, bajo mil diversas máscaras, siempre inquietos por ver y por sentir lo que algún día sería de sus restos mortales alterándose poco a poco bajo los efectos del tiempo, de las estaciones, de los años, libres y felices porque tenían un cuerpo que les obedecía, y viene al caso decirlo, casi

a pie juntillas y ciegamente, prisioneros y desdichados porque tenían un cuerpo del que eran la presa, la víctima y el rehén. Por las vías más inesperadas, y a menudo las más locas, al modo de los guepardos o de las cabras, al modo del agua, y quizá al modo de las piedras y de las galaxias, que al menos les servían de decorado, los hombres, corazón y sentido de un universo del que no eran ni la causa ni el fin, mantenían en ellos, contra viento y marea, la frágil llama de una vida que iluminaba el universo.

IX. El domingo de la historia

—Oh, O —exclamó A—, no lo lograremos nunca. Fuimos demasiado ambiciosos, apuntamos demasiado alto. Por mucho que tú y yo (tú porque te volviste espíritu, yo porque lo soy desde siempre) pudiéramos pasearnos a placer entre las eras y los continentes, tu mundo, tan ridículamente limitado, es demasiado vasto y demasiado complicado para que podamos aprehenderlo y encerrarlo en los límites de un informe. Se nos escapa por todas partes. Huye de nuestros pobres dedos. Ni siquiera sé si hay que incluirnos nosotros mismos en el catálogo por someter a las autoridades de Urql. Si nos abstenemos de introducirnos en él, el informe será incompleto puesto que somos parte del mundo que queremos estudiar y no habría informe si no estuviéramos aquí. Pero si nos incluimos, ¿cómo lograr ponerle fin ya que siempre nos será posible intercambiar algunas palabras después de haber escrito la última palabra y, aun después de nuestro paso, el mundo continuará? Me pregunto incluso si no haría falta otro espíritu para pensarnos los tres, y uno más para pensarnos los cuatro, y así consecutivamente, ¡por desgracia!, sin nunca un final. Mientras el mundo no haya caído en la nada, no habrá conclusión al torbellino de la vida. Habría que esperar que ya no haya nada para poder hablar de todo.

—Es por esa razón que nosotros, los hombres, amamos tanto los comienzos. La vida es un torrente. La historia no acaba. Siempre nos parece que, para entenderle algo al caudal que nos lleva, hay que remontarse a los orígenes. Los comienzos son sencillos. Vemos claro. No nos distrae la abundancia de detalles. Lejos de deltas sobrepoblados y de los llanos donde se yerguen las ciudades de innumerables pasiones, seguimos los ríos hasta las fuentes, vamos hacia el aire puro y hacia el desprendimiento, buscamos el origen de las familias y de las guerras, empezamos todo desde cero. Es por ello que te expliqué que los hombres salían de los primates, que los primates salían de las algas, que las algas salían de la materia y que en un punto minúsculo que contenía al universo la materia salía del *Big Bang*.

En defecto del *Big Bang*, los hombres tratan sin cesar de empezar o de volver a empezar algo. De darle, en un principio, algo de pureza al mundo. Se levantan por la mañana. Un nuevo amor borra todo del pasado. Y cada uno de nosotros, en su nacimiento, encarna la novedad y la inocencia de la primera aurora y del primer jardín. Los hombres son presa de muchas tentaciones. Una de sus tentaciones es la tentación del comienzo. Porque siempre tienen

ganas de recrear un mundo que no acaba de complicarse y de desarreglarse. Cuando empezamos nuestro informe…

«La Tierra es una bola redonda en el espacio y en el tiempo…».

… Todo era nuevo y posible. Ya, ahora, después de dos días y medio de investigación, y algunas centenas de páginas de informe imposible, todo es más difícil. El tiempo pasa. Los detalles nos sofocan. Estamos sitiados por las imágenes, las ideas, las pasiones, los recuerdos. Por los arrepentimientos también, y por los remordimientos. Tenemos nostalgia por la dulzura de los comienzos donde todo era tan sencillo y tan lleno de promesas.

—Todo es culpa del tiempo —exclamó A—. Escondido bajo la vida acarrea demasiadas cosas amenazadas por la muerte y que se multiplican en vano para intentar luchar contra ella. El tiempo es el que los mata.

—Por supuesto. Empiezas a entenderlo: el tiempo lo es todo. Así que los hombres se esfuerzan por domar el tiempo y por domesticarlo. Para luchar contra el alud de todo lo que nace de la vida en dirección de la muerte y para canalizarlo, inventaron algo que está en el corazón de su existencia y que con tanta banalidad ya ni siquiera notan: es el calendario.

A las órdenes de la naturaleza, los años, las estaciones, los meses y los días no acaban de terminar y de volver a empezar. Los hombres agregaron la semana sacada de la manga. El conjunto de años lo agruparon arbitrariamente en siglos, en milenios, en periodos y en épocas, y lo hacen cambiar al gusto de su fantasía y de su voluntad de poder. Puesto que quien domina el tiempo también domina el mundo.

En Mesopotamia, en China, en Persia y en las Indias, en Egipto, en Grecia, en los romanos y en los aztecas, el calendario y los sacerdotes que lo organizan y lo corrigen en relación con el cielo reinan con lo todopoderoso y en el más sagrado de los misterios. Unos creen en un tiempo cíclico, sin principio ni fin, que vuelve sobre sí mismo, otros en un tiempo lineal y surgido de la nada hasta no sé qué final en forma de catástrofe. Heredera de todo lo sagrado, la iglesia católica impone su marca al tiempo estableciendo a Jesucristo al principio del calendario. Con, a su término, la resurrección de los muertos y el Juicio Final. El mundo, durante dos mil años, y el ciclo no ha terminado, solo ha tenido la edad de Cristo.

Cuando, introducido con el nombre de Alá, otro Dios surgió de los desiertos para reinar sobre este mundo, aportó, por supuesto, su propio calendario, que se abre con la hégira (con la partida del profeta hacia Medina), que, por analogía quizá con la huida de la santa familia hacia Egipto, llamamos la huida a Medina. Y el sistema cronológico de la hégira no

coincide con el sistema cronológico de la iglesia católica, apostólica y romana. En el seno mismo de la iglesia, los que deciden vacilan: el año empieza en marzo, luego en sábado de gloria, antes de empezar, arbitrariamente, en enero. Porque la naturaleza prohíbe ignorar las estaciones, pero no le impone al año ningún principio obligado.

Un juego sutil se establece entre el recorrido de los astros y los calendarios oficiales. Gira durante mucho tiempo alrededor de la fijación de la fecha, sagrada entre todas, de la resurrección de Jesús, «reencuentro contemporáneo, según un historiador de los mitos y de las religiones, de un momento transhistórico», designación de un «lote divino» en la monotonía de los días. Esa resurrección se inscribe muy naturalmente en el calendario del pueblo judío al que pertenece Jesús. La cronología de la Pasión entregada por San Juan, el bien amado discípulo, fijó el día de la Pascua en el 14 del mes de nisán del calendario judío, es decir en la Pascua judía. Los que se atenían a esa fecha del 14 del mes de nisán, y a los que se llamó «cuartodecimanos», ataban el calendario cristiano al calendario judío del que había surgido.

Preocupada por desvincular el calendario cristiano del calendario judío, la iglesia fija sucesivamente la fecha de la resurrección de Cristo al primer domingo después del 14 de nisán, luego al primer domingo después de la luna llena de ese mismo mes lunar, lo que tiene como ventaja evitar cualquier referencia al calendario judío. Pero al término de cálculos de increíble complejidad…

—No lo dudo —dijo A.

—… La fiesta cristiana de Pascuas, desvinculada de la Pascua judía, se vuelve una fiesta móvil, que se distingue hasta en la ortografía de su raíz hebraica.

Una vez solucionado como se pudo el episodio, decisivo para la iglesia, de la fijación de la fecha de la resurrección del Salvador, otra prueba cronológica esperaba al mundo cristiano.

Como los griegos, como los chinos, como los aztecas, como todo el mundo, los romanos, por supuesto, tenían su calendario. Su punto de partida se confundía con la fundación de Roma por Rómulo, descendiente de Eneas, lactante de la loba, asesino de su hermano Remo. Pero los cálculos de los sabios se las tienen que ver frente a las leyes de los astros y de la naturaleza. Unos setecientos años después de los orígenes semihistóricos, semimitológicos (y probablemente, a final de cuentas, más históricos que míticos) de la Ciudad Eterna, bajo el reinado de Julio César, el desarreglo del año había llegado a tal punto que debido al desfase entre la naturaleza y el

calendario oficial los meses de primavera caían en pleno invierno. Dos años después de la batalla de Farsalia (y esa ignorada fecha es mucho más importante que la de la batalla), a dos años de su asesinato en pleno Senado, al pie de la estatua de Pompeya, por Bruto y Casio, Julio César, después de haber consultado a un filósofo originario de Alejandría, comentarista de Aristóteles e ilustre astrónomo, que se llamaba Sosígenes, decidió que el año en curso (que tomaría en la historia el nombre de «año de confusión») tendría 455 días y que todos los años siguientes serían de 365 días con, cada cuatro años, una duplicación del sexto día de los idus de marzo (de ahí la palabra bisiesto). El calendario juliano había nacido.

Algo más de mil quinientos años después de la reforma de Julio César…

Miré a A de reojo: miraba el vacío en dirección del Tigris y del Éufrates, que estábamos sobrevolando.

—¿Te estoy aburriendo?, —le pregunté.

—De ninguna manera —me respondió A con mucha cortesía—. Trato de entender con qué se divierten. Continúa.

—… El papa Gregorio XIII, sucesor número doscientos veintitrés de San Pedro…

—¡Los papas Clemente!, —dijo A—. Esto es de nunca acabar.

—¿Y qué quieres…? Es lo que hay… constató que cada año del calendario juliano estaba adelantado de once minutos sobre el año real. Ese exceso de once minutos era despreciable en un año. Pero en diez siglos, y todavía más en cien, amenazaba con provocar catástrofes y confusiones sin nombre. Era necesario, a cualquier precio, reducir el adelanto tomado por el calendario juliano sobre el desplazamiento de los astros. Había que cortar en la tela demasiado ancha del calendario oficial. Gregorio XIII decidió que al día siguiente del 4 de octubre de 1582 sería el 15 de octubre y que diez días, si no de la historia del hombre, al menos del calendario de los hombres, desaparecerían en la nada.

—¡Qué!, —exclamó A en el colmo de la excitación—. ¿Diez días que no existen, que nunca existieron, que no existirán nunca?

—Es el inicio del calendario gregoriano. Como todos los verdaderos inicios, surge del vacío, de un abismo, de la nada. De un corte radical. Nadie nace, nadie muere, ningún beso se da, ningún juramento, ninguna palabra, entre el 4 y el 15 de octubre de 1582. Es un desarreglo de la vida, una huelga de la historia. Es el hoyo negro de la cronología. Hay diez veces veinticuatro horas que nunca vieron la luz del día. Imagino qué inquietantes noticias, qué prestigiosas obras de teatro, qué batallas de ensueño, qué descubrimientos de

pesadilla podrían situarse en esos días que nunca existieron y que se clavaron como una cuña de nada y también de silencio en el tumulto del mundo. Del 4 al 15 de octubre de 1582 es el gran domingo de la historia. Dios se toma diez días de vacaciones y hace la limpieza del tiempo.

—Siempre me sorprenderá —me dijo A—. Creí haberle dado la vuelta a todas las sorpresas de las que eras capaz. Pero veo que la historia no es parca en recursos. Tú no sirves de mucho, pero el mundo es inagotable.

—Nunca pretendí sorprenderte por mí mismo. Solo soy tu guía en el mundo y el muy indigno portavoz de una historia más grande que yo. Gracias a Gregorio XIII, la marcha de la historia de los hombres se puso al paso de la marcha de los astros alrededor de la Tierra, o de la marcha de la Tierra alrededor del sol y de la luna alrededor de nuestra bola. Quedaba el problema de los once minutos por año. De nada servía poner a la hora el calendario de la historia si la bomba de los once minutos permanecía disimulada en el engranaje del reloj. No era posible volver a hacer cada diez o quince siglos el truco de magia blanca destinado a lavar el tiempo sucio que contaminaba la historia. El mismo tiempo que tachaba diez días de la historia del hombre, Gregorio XIII decretó, para acabar con los once minutos que desbarajustaban el sistema, que los años seculares ya no serían bisiestos. Así se ganaban los once minutos por año que sembraban la confusión en el tiempo. Desgraciadamente, se ganaba un poco más de once minutos por año. Había que acelerar con moderación lo que se había aminorado con brutalidad. O quizá aminorar con prudencia lo que se había acelerado vigorosamente. En su inspirada sabiduría, alentada por sabios y por astrónomos que complementaban al Espíritu Santo, Gregorio XIII decidió entonces que los años seculares ya no serían bisiestos —excepción hecha de aquellos cuyo milésimo sería divisible por 400—. El año 1600, el año 2000, los años 2400 y 2800 serían bisiestos. Pero 1700, 1800, 1900, 2100, 2200, 2300 no serían bisiestos. La historia cambiaba el paso y se reencontraba con los astros.

—¡Vaya pues, bravo!, —dijo A—. ¿Y como tomaron los hombres ese abracadabra cósmico, ese truco de magia dos veces celeste ya que tanto el Santo Padre como la bóveda celeste tienen que ver en ello?

—Esa es también otra historia. España, Portugal, los diversos territorios que formaron Italia adoptaron el mismo día la reforma del Santo Padre. El rey de Francia (era Enrique III) decidió que el día después del domingo 9 de diciembre sería el lunes 20 de diciembre. En los estados católicos del Sacro Imperio Romano Germánico, en Alemania y en los Países Bajos, se eliminó de un plumazo, con encantadora frescura, todo el fin de año: el 21 de

diciembre fue el último día de 1582. En Baviera, a orillas del Rin, en los obispados católicos de Malinas o de Brujas, no hubo Navidad, por decisión del Santo Padre, en el año de 1582 después de Cristo Jesús.

Y con ello ves cuánto, a diferencia de los meses, de las estaciones, de los años, que son realidades tan exigentes que obligan a los calendarios a doblegarse ante sus leyes, los días de la semana son invenciones arbitrarias. Porque si la marcha de los días no hubiera sido interrumpida por el soberano pontífice el 20 de diciembre, en Francia, debió normalmente caer en jueves. Pero, ya que se suprimían diez días, el día después del domingo estaba obligado a ser un lunes. Imaginarás así el desamparo de aquellos a los que se trastocaba el orden de los días y la imaginación temporal. Algo así como los viajeros que, al modo de Philéas Fogg y de su devoto Passepartout, se deschavetan por los juegos de los husos horario, la más elemental ilustración de los lazos entre el espacio y del tiempo. Pero el caso de las víctimas del mortífero otoño y del invierno de 1582 es mucho más patético, ya que el tiempo los agobia en silencio con sus sarcasmos y con sus golpes sin que tengan siquiera que moverse. Un testigo de esa época expone su confusión: «Esto he de decir: que el ocultamiento nuevo de los diez días del papa me tomó tan desprevenido que simplemente no puedo acostumbrarme. Sigo contando los años como los contábamos antes. Un tan antiguo y largo uso me reivindica y me llama. Me obligo a ser un poco herético por ello, incapaz de novedad, incluso correctiva; mi imaginación, a pesar de mis dientes, se lanza siempre diez días más adelante, o más atrás, y me gruñe al oído».

—No es Chateaubriand, ni Aragon, ni Proust. ¿Es Rabelais? ¿Es Pascal?

—Ni uno ni otro —dije—. Pero en tres días has hecho muy importantes progresos. Ya puedes distinguir las épocas y los estilos. Buen alumno. Trabaja bien. Que siga así. No, no es Pascal, pero es uno de los maestros de Pascal, aunque Pascal lo rechaza. Es el autor de un informe sobre la Tierra y los hombres que el nuestro, ¡desgraciadamente!, no hará olvidar.

—¿Entonces?, —preguntó A.

—Es Montaigne. En sus *Ensayos*, libro III, capítulo X: Cómo utilizar su voluntad. Habrás notado la alusión a los riesgos de herejía. Es que estamos, en ese tiempo, veinte o veinticinco años después del Concilio de Trento, en plena Contrarreforma. En los estados alemanes protestantes la reforma del calendario por el papa Gregorio XIII fue asimilada a la Contrarreforma y rechazada sin apelación. No quedaba otra solución sino ser el enemigo de un sol y de una marcha de los astros que pactaban con Roma. Habrá que esperar más de cien años para que los estados protestantes de Alemania, acorralados

por un cielo que se alejaba cada vez más de mesas astrológicas, terminen por adoptar, de mala gana, el 13 de septiembre de 1699 para reencontrar el ritmo exacto de las estaciones y de los meses al que estaba ligada la Pasión de Jesucristo, el calendario gregoriano.

El asunto no había terminado. Las iglesias ortodoxas, nacidas de la ruptura doctrinal entre Constantinopla y Roma, se mostraron todavía más intransigentes que los protestantes germánicos. Tenían buenos motivos para desconfiar de todo lo que procedía de la iglesia católica, apostólica y romana: en 1204, la cuarta cruzada, que se había fijado por objetivo reconquistar Jerusalén en manos de los musulmanes y la tumba de Cristo, no dejó de tomar posesión, por distracción probablemente, de Constantinopla, capital religiosa del Oriente ortodoxo, de saquearla de arriba abajo, de transportar sus obras maestras a Venecia o a otra parte y de construir sobre sus ruinas por algunas decenas de años el imperio latino de Oriente. Después de la toma de Constantinopla por los turcos, en 1453, las iglesias ortodoxas de Oriente se mantuvieron separadas de Roma por un odio permanente. Nada les importaba la Reforma o de la Contrarreforma. Su consigna era: «Más vale el turbante turco que la tiara latina».

Es por ese conjunto de razones, ligado a una larga historia religiosa y sagrada, a toda una serie de desavenencias y de estrepitosas rupturas y, a final de cuentas, a la desconfianza hacia Roma y sus iniciativas, que la Revolución de Octubre en Rusia tuvo lugar en noviembre. El desfase entre el calendario juliano, conservado por los ortodoxos, y el calendario gregoriano, que era de diez días a finales del siglo XVI, había pasado a ser de trece días a principios del siglo XX a causa de los famosos once minutos ocultos agazapados en cada año. Cuando, llegado de Suiza a través de las líneas alemanas gracias a la benevolencia de Berlín, Lenin llega en su tren sellado, que de hecho solo era un compartimento separado del resto del tren por un simple trazo de gis, para reclamar, en sus *Tesis de abril*, calificadas como «delirio» por los socialistas revolucionarios y por los mencheviques, la paz inmediata, la tierra para los campesinos, las fábricas para los obreros, todo el poder para los soviets, el brillante día en Petrogrado es el 3 de abril de 1917. Es el 16 de abril en París, en Londres, en Berlín y en Roma.

Pronto Lenin y Zinoviev deben esconderse en Finlandia, Trotski y Lunacharski son encarcelados, el socialdemócrata Kerenski reemplaza a la cabeza del gobierno provisional al príncipe Lvov, conservador liberal, hostil a los socialistas. El 10 de octubre (es el 23, por cierto), el Comité Central Bolchevique, compuesto por Lenin y Zinoviev, que habían vuelto

clandestinamente a Rusia, por Trotski, liberado bajo fianza y electo presidente del soviet de Petrogrado, por Kamenev, por Stalin, por Dzerzhinski, por Aleksandra Kolontái y por algunos más, vota por diez votos contra dos la preparación inmediata de la insurrección armada, confiada a un comité revolucionario dirigido por Trotski. El 25 de octubre de 1917, cañoneado por las piezas de artillería pesada de la fortaleza de San Pedro y San Pablo y del crucero *Aurora*, el Palacio de Invierno, sede del gobierno provisional, es tomado por asalto por la Guardia Roja reforzada con soldados, marineros, obreros traídos por los bolcheviques. Kerenski logra escapar. Trece ministros son arrestados. La Revolución de Octubre graba para siempre (y por setenta y cuatro años) su fatídico nombre en el calendario juliano de la iglesia ortodoxa. Estamos a 7 de noviembre del calendario gregoriano: la Revolución de Octubre, que cambia la historia del mundo, tiene lugar en noviembre. Habrá que esperar hasta principios de 1918 para que la Rusia de Lenin adopte oficialmente la reforma gregoriana. La Grecia ortodoxa se obstinará en la fidelidad al calendario juliano hasta 1923.

—¿E Inglaterra?, —preguntó A.

—Según la fórmula de Kepler, los protestantes ingleses preferían estar en desacuerdo con el sol que de acuerdo con el papa. Solo se resignaron a aceptar la reforma gregoriana en 1752. Es lo que explica un misterio de nuestra historia literaria. Dos grandes genios de la literatura universal, Shakespeare y Cervantes, autores uno y otro, bajo forma de teatro o de ficción novelesca, de notables informes…

—¿Más notables, que…?, —cortó A.

—Sí, más notables… sobre las ilusiones y las pasiones de los hombres, mueren en la misma fecha: el 23 de abril de 1616. Pero no mueren el mismo día: Shakespeare se retira de los escenarios del mundo que había poblado con innumerables personajes el martes 23 de abril de 1616 y Cervantes se reúne con Don Quijote de la Mancha en los sueños de la eternidad el sábado 23 de abril de 1616.

—¿Me estaré volviendo hombre?, —preguntó A—. Me parece que me estoy volviendo loco.

—La solución del enigma es que Cervantes muere primero, en Madrid, en el corazón de la España católica, el sábado 23 de abril de 1616 del calendario gregoriano. Y que Shakespeare muere diez días más tarde, en Stratford-on-Avon, Warwickshire, en la Inglaterra protestante y en el calendario juliano, el martes 23 de abril estilo antiguo, es decir, el 3 de mayo en el calendario gregoriano.

—Es divertido —dijo A.

—Si se quiere. Los hombres ni siquiera saben cuándo mueren. Todo lo que saben es que morirán. O más bien: lo saben, pero no lo creen. Lo saben por la única razón que todos los hombres siempre han muerto. Pero la vida de cada uno consiste primero en ignorar la muerte y en ahuyentar su fantasma. Lo que hay más cruel en las enfermedades de las que nadie se cura es que cada quien sabe, y el mismo interesado, que el enfermo va a morir. Sabemos todos que moriremos, pero lo olvidamos. Y queremos olvidarlo. Es por ello que los hombres corren tras el placer, el amor, el poder o el dinero sin mucho pensar en la muerte. Corren tras la diversión para cambiarse las ideas. Por una bendición del cielo ignoran cuándo morirán. Es la condición misma de la vida: les permite vivir como si fueran inmortales. Y morir como por sorpresa.

—¿De ahora en adelante, me imagino, en el calendario gregoriano?, —preguntó A.

—O en otro. ¿Qué importa? Todo lo que los hombres han hecho, otros hombres lo pueden cambiar, o al menos olvidarlo. Es lo que no hicieron (la muerte, las estaciones, los océanos, la nieve, también las pasiones y los sueños) lo que dura más tiempo y se impone sin remedio.

X. Un *Te Deum* en Notre-Dame

—Lo sorprendente en la manipulación del tiempo y de los calendarios es que combina la libertad, lo arbitrario, la casualidad, y la necesidad. Para los hombres al menos, la primera necesidad, más evidente, por mucho, que la evidencia y la necesidad de la matemática o de la geometría, que suponen postulados siempre indemostrables y que se vuelven muy lejanas en el momento en que no pensamos en ella, es que hay tiempo, y que pasa.

A pesar de su rudeza y de su brutalidad (cuando me golpeo, me lastimo), siempre está permitido poner en duda la realidad de la materia y de solo ver en ella una suerte de sueño. El tiempo no tiene nada de dudoso. Si el mundo, como podría creerse, es una dura realidad, a esa realidad se la lleva el tiempo. Si el mundo, al contrario, no es otra cosa sino un sueño, a ese sueño también se lo lleva el tiempo. No es del todo seguro que el tiempo, él solo, baste para hacer un mundo. Pero no habría mundo, y ya no habría nada (sino la eternidad, sino un nada que lo sería todo) de no haber tiempo. Con el fin de encarnarse, acá o allá, en el tiempo, Dios, que no existe puesto que es eterno, es la ausencia de todo tiempo. Me imagino que para los espíritus de Urql hay una necesidad divina por la eternidad y por el todo que quizá solo sea un nada para nuestros cegados ojos. La necesidad para los hombres lleva el nombre del tiempo.

La necesidad del tiempo, la libertad de los hombres la recorta a placer.

—¿A placer?, —preguntó A.

—No del todo. Corrige mi fórmula. Ya sabes que hay días, meses, estaciones, años y que nadie puede remediarlo. Desde que el mundo es mundo, está el día y está la noche. Están la primavera y el otoño. Y la nieve cae en invierno y rara vez en verano. Pero de los días en los meses y las horas en el día y los minutos en la hora y los segundos en el minuto, los siglos también y los milenios, del otro lado del abanico, los hombres hacen lo que quieren con ellos. Es el reino de lo arbitrario después del de la necesidad. Hay un tiempo de la naturaleza y un tiempo de la cultura: los hombres están acorralados por el tiempo de la naturaleza (el día que sale, la noche que cae, el sol y la luna, la marea, el calor y el frío), y manipulan como les viene en gana el tiempo de la cultura.

El año de los egipcios, que empezaba, como el de los caldeos o de los persas, en el equinoccio de otoño, contaba con doce meses solares de treinta días. Cada mes estaba dividido en tres grupos de diez días. Para alcanzar al sol los sacerdotes egipcios habían instituido, con una ciencia casi infalible,

cinco días complementarios llamados «epagómenos», es decir «agregados». Los griegos tenían meses lunares compuestos por tres series de nueve o de diez días. El calendario romano descansaba, también él, en meses lunares donde los días estaban divididos en tres grupos. El primer grupo empezaba con un día llamado calendas y terminaba con un día que llevaba el nombre de nonas: las nonas caían el quinto día de cada mes, excepto en marzo, en mayo, en julio y en octubre, cuando caían el séptimo día. El segundo grupo terminaba con idus que dividían el mes en dos y que se fijaban el 13 de cada mes, excepto en marzo, mayo, julio y octubre, donde se fijaban el 15: los idus evitaban cuidadosamente el nefasto día 14. El tercer y último grupo llevaba todo el resto de los días hasta las calendas del mes siguiente. La palabra calendas, de la que proviene por supuesto la palabra calendario, tiene por origen *calare*, llamar, porque, el primer día de cada mes el pueblo de Roma era convocado solemnemente para conocer, por boca de los sacerdotes y de las autoridades, las fechas de los días feriados. La palabra nona viene de nueve, porque las nonas caían siempre el noveno día antes de los idus. Y la palabra idus significa dividir. Los griegos no conocían ni idus, ni nonas, ni calendas. De ahí la expresión «reportar a las calendas griegas» para evocar un acontecimiento que nunca tendrá lugar.

—¡Señor Dios!… —murmuró A.

—¡Precisamente! Es al Señor Dios, a Jehová, a Iahvé que les debemos la semana como la conocemos, es decir, bella y redonda, encerrada en sí misma, casi eterna a nuestros ojos, y en todo caso inmutable con sus siete días bien contados.

«Al principio Dios creó el cielo y la tierra». Los crea en seis días y descansa el séptimo: es el origen de nuestra semana, de sus seis días de trabajo y de su día de descanso. A las lecciones de la Biblia se agregan aportaciones babilónicas, alejandrinas, helenísticas. Así los días de la semana son colocados una vez bajo el signo de la religión y una vez de la astrología. La Luna, Marte, Mercurio, Júpiter, Venus están en el origen de nuestro lunes, de nuestro martes, de nuestro miércoles, de nuestro jueves, de nuestro viernes. La Biblia toma su revancha al final de la semana: el día del Sabbat, *sabato* en italiano, *sábado* en español, y el día del Señor, *dies dominica*, perpetúan entre ellos la lucha entre el judaísmo y la cristiandad, presente ya en el antagonismo entre la Pascua de los judíos y la fiesta de las Pascuas de los cristianos. Ahí como en otras partes, el mundo cristiano sale del mundo judío antes de oponérsele y caldeos y egipcios, por no hablar de los griegos y de los romanos, que contribuyen a la obra común, tan lenta y tan complicada de

división y de regulación de un tiempo sobre el que termina extendiéndose el control de la iglesia.

—Me da vueltas la cabeza —dijo A.

—Y esto no termina. En París, el 20 de septiembre de 1793, Gilbert Romme, diputado de izquierda, matemático de profesión, antiguo preceptor en Rusia del conde Stroganov, sube a la tribuna de la Convención Nacional: presenta un proyecto de reforma del calendario tradicional. Después de la monarquía hay que abatir a la iglesia. La iglesia reina porque ella es quien, con una autoridad arbitraria, impone su ritmo al tiempo: el año entero se encuentra articulado por las fiestas religiosas de Navidad y de Pascuas, el domingo, cada siete días, es el día del Señor y los santos sobrecargan la totalidad del calendario con sus nombres y sus virtudes.

Con el concurso de un personaje atractivo y sospechoso, actor, poeta, autor de mucho éxito, vencedor de los Juegos Florales de Tolosa donde ganó la rosa églantine de oro que añadió a su nombre, creador de la romanza popular «Llueve, llueve, pastora, guarda tus blancos corderos», traficante y oportunista, que lleva el lindo nombre de Fabre d'Églantine, Romme hace adoptar el calendario republicano, triunfo de la razón y del sistema decimal.

El calendario revolucionario que sustituye la nomenclatura de la ignorancia y de la esclavitud, parte de la fundación de la República el 22 de septiembre de 1792: coincide por una inaudita casualidad con el equinoccio de otoño. El calendario consta de doce meses iguales de treinta días cada uno, a los que se agregan, para completar el año, cinco días que no pertenecen a ningún mes y que son llamados «días complementarios». Son evidentemente, puesto que Romme era sabio, los días epagómenos de los antiguos egipcios.

La astrología era rechazada por la Convención Nacional al igual que la religión. La nomenclatura planetaria de los días de la semana «vulgar» era desterrada de la historia. Tanto para los nombres de los días de la década como para los meses del año, Romme había previsto en primera instancia una sencilla numeración ordinal: primero, segundo, tercero… mes del año; primero, segundo, tercero… día de la década. Después, para los nombres de los meses, había sugerido apelaciones históricas y abstractas: Reunión, Regeneración, Juego de Palma o Bastilla… Pero, poeta, escritor, jugador, hombre de imaginación y de sensibilidad, Fabre d'Églantine sostuvo exitosamente la necesidad de introducir coloridas imágenes y accesibles para las masas del pueblo en el nuevo calendario. Para los días de la década propuso e hizo adoptar por ese formidable crisol de ideas, de pasiones, de locuras que era la Convención Nacional, los términos de primidi, duodi, tridi,

quartidi, sextidi, septidi, octidi, nonidi y décadi. Y para los nombres de los meses, con la ambición, de paso, de indicar la estación: vendimiario, brumario, frimario en otoño; nivoso, pluvioso, ventoso en invierno; germinal, floreal, pradeal en primavera; mesidor, termidor, fructidor en verano. Bajo el calendario revolucionario, el Ser Supremo de Rousseau, con su clima y sus producciones, vencía al Dios de los cristianos, heredero de la historia y de las mitologías de la Antigüedad clásica.

Los cinco días complementarios que terminaban el año eran llamados *sans-culottides*. Servían para celebrar, sin mucha preocupación por la ridiculez, las fiestas republicanas de la Virtud, del Genio, del Trabajo, de la Opinión y de las Recompensas. Se le agregarán más tarde, bajo el Directorio, las múltiples fiestas de conmemoración de una revolución que mezclaba con singular alegría el antiguo sistema del tiempo y el nuevo: el 14 de julio, toma de la Bastilla; el 10 de agosto, constitución de la Comuna insurrecta de París; el 1.º vendimiario, día del año republicano; el 21 de enero, aniversario de la ejecución del tirano; el 9 termidor, punto final impuesto al Terror por una revolución triunfante (y podrida).

«Los sacerdotes», escribe Fabre d'Églantine en un texto notable por muchas razones y que iluminará a los espíritus de Urql, «le habían asignado a cada día del año la conmemoración de un pretendido santo: ese catálogo no presentaba ni utilidad ni método alguno; era el repertorio de la mentira, del engaño y de la charlatanería. Hemos pensado que la nación, después de haber echado esa multitud de canonizados de su calendario, debía hallar en él todos los objetos, si no de su culto, al menos de su cultura, las útiles producciones de la tierra, los instrumentos de los que nos servimos para cultivarla, y los animales domésticos, nuestros fieles servidores en los trabajos, animales mucho más valiosos sin lugar a dudas, a los ojos de la razón, que los esqueletos beatificados sacados de las catacumbas de Roma». En conclusión y en ejecución de ese discurso tan emotivo, la Epifanía, el Día de Muertos, la Natividad de María y la Anunciación ceden su lugar a la gallina, al apio, a las avellanas, a la cal viva.

El domingo, que era el día del Señor, había sido tirado a la basura de la historia por el decadi. A partir del 7 de octubre de 1793, el decimosexto día del primer mes del año II de la Era de los franceses, la Convención Nacional decreta que los funcionarios solo podrán tomar vacación los días 10, 20, 30 de cada mes. Pero muy rápidamente, cuatro o cinco meses más tarde, el descanso cede su lugar a una de las mayores ilusiones de la revolución, a una de sus permanentes obsesiones: la fiesta. Todos los decadis del año estarán

consagrados a fiestas cuyo deber será «hacer amar a la naturaleza y a las virtudes sociales» por todos los ciudadanos.

Ya sabes ahora más o menos cómo funciona el mundo. Puedes entender que, algunos años después de las tormentas de la Convención Nacional pariendo un mundo nuevo y fascinada por la fiesta, un célebre y sutil escritor, monárquico él, y burgués, moderado, progresista, liberal, egoísta, móvil y contradictorio hasta la incoherencia, partidario y admirador del emperador Napoleón, amante de madame de Staël y perdidamente enamorado de Juliette Récamier, espíritu nervioso y fino, impresionable, flaco, el más francés de los suizos que jamás haya existido, se ponga a suspirar: «Que el estado se limite a ser justo. Nos encargaremos de ser felices». Era Benjamin Constant, y no está prohibido que su nombre aparezca al lado de los de Horacio, de Degas, de Offenbach, de Oscar Wilde en el informe destinado a instruir y a distraer las gente de Urql.

—¿Qué sucede con Fabre d'Églantine y con Romme?, —preguntó A.

—Adivina.

—Mueren —decidió A.

—¡Vaya listo! Después de haber acordado los honores del Panthéon a los restos mortales de Marat, Romme se pone al frente de los insurrectos durante una de esas jornadas revolucionarias que siguen agitando a la Convención termidoriana. Es vencido. Es arrestado. Es condenado a muerte y se le apuñala. Philippe Fabre, llamado Fabre d'Églantine…

—Por la rosa églantine de oro ganada en Toulouse —balbuceó A.

—… Está comprometido en el escándalo de la Compañía de las Indias que él mismo denunció y, acusado de corrupción, es guillotinado con el clan Danton, el 5 de abril de 1794. El calendario que era su obra sobrevivió algunos años a Fabre d'Églantine y a Romme.

En 1802 la paz ha vuelto con Austria gracias al tratado de Lunéville, la paz ha vuelto con Inglaterra gracias al tratado de Amiens. Napoleón Bonaparte no está quizá todavía en la cima de su poder: está en la cima de su felicidad. Todo parece salirle bien y en todo conoce el éxito: la fortuna atrae la fortuna, así como el infortunio atrae el infortunio. Después de doce años de desórdenes y de incertidumbres ha vuelto la confianza. Los éxitos resuenan como fanfarrias. Los últimos bandidos que infestaban Francia al cobijo de los disturbios son detenidos en Provenza. Por primera vez en años los ingresos del estado aumentan. Corre el rumor en los salones de París que una nueva orden está a punto de ser creada: será la Legión de Honor. El 8 de abril la ratificación del Concordato, ya firmado desde hace un año, marca la

reconciliación oficial entre Francia y la iglesia. El 14 de abril aparece publicado, golpe teatral y de altar, *El genio del cristianismo*. El 18 de abril, día de Pascuas, una asombrosa ceremonia reúne en Notre-Dame de París, para un solemne *Te Deum*, a todos los dignatarios de un régimen que nació de la revolución, que ha vivido y que lo termina, que lo corona y que lo mata.

Rodeado de generales, entre los cuales se halla la mayoría de los mariscales y de los príncipes del imperio todavía por venir, e incluso algunos reyes en potencia, emanados de la caída y del martirio de la legítima monarquía, el Primer Cónsul, todo de rojo, protegido por Roustan y su tropa de mamelucos, baja de su carroza, avanza bajo un baldaquín hasta el sillón de gala que lo espera en el coro. Flanqueado por el legado del papa y por monseñor de Boisgelin, arzobispo de Tours, quien pronunciará el sermón, ahí está, para recibirlo, el nuevo arzobispo de París. Se llama monseñor de Belloy y no es hombre joven: tiene casi tres veces la edad del Primer Cónsul, ya que nació bajo Luis XIV. Alrededor de esas vedetes en sus despampanantes ropajes, treinta obispos funcionarios, bajo las órdenes del Primer Cónsul y del Santo Padre reunidos. Silenciosos desde hace tanto tiempo, la campana mayor y las otras campanas de la catedral de París repican que da gusto o tocan a todo volumen. Púdicas colgaduras disimulan las estatuas de los soberanos decapitados. Pobres de las almas de Gilbert Romme y de Fabre d'Églantine. Un fuerte viento sopla sobre los escombros dispersos de la razón y del Ser supremo: es el de la iglesia y de la tradición, el de la ignorancia y de la esclavitud que habían denunciado. En primera fila de la asistencia destacan un seminarista regicida y un obispo apóstata. De entre los revolucionarios conversos a pesar suyo y viejos soldados del año II y de la Convención Nacional con la cabeza que le da vueltas, son casi los únicos capaces de seguir una misa que les recuerda su pasado. Son Fouché y Talleyrand.

La oposición al Primer Cónsul y a la restauración religiosa tiene sus centros en el Instituto y en los intelectuales. Los miembros del Instituto rabian de ver a su colega Bonaparte, en la sección de Ciencias, «llevar la República al confesionario». Resultado (muevo mi torre), pusieron a concurso el elogio de la Reforma. Resultado (muevo mi rey), el Primer Cónsul le extiende a las iglesias protestantes los beneficios de las medidas que estaba preparando. Las mujeres desempeñan un importante papel en la batalla entre la herencia de la revolución y la herencia de la iglesia: las viudas de los filósofos Helvetius y Condorcet reciben como refuerzo a madame de Staël, que en vano hace repicar la alarma en un intento por acallar la campana mayor de Notre-Dame:

«Solo tienen un momento, mañana el tirano tendrá cuarenta mil sacerdotes a su servicio».

La oposición intelectual, que combate los esfuerzos de Bonaparte por reabrir las iglesias y volver, a contracorriente de Fabre d'Églantine y de la Convención Nacional, a las tradiciones religiosas y al antiguo calendario, halla apoyos hasta en el Consejo de Estado, de muy reciente creación, hasta en el seno del ejército donde al general corso no le faltan ni partidarios fanáticos ni resueltos adversarios. Para llegar a Notre-Dame y participar en el *Te Deum*, los generales Augereau, Lannes, MacDonald y Bernadotte se amontonaron en la misma carroza. A lo largo de todo el camino dieron rienda suelta a su mal humor contra el organizador de la restauración religiosa. Los ánimos ya estaban calientes, poco faltó para que detuvieran la carroza para dar la media vuelta y volver a casa para mascullar o, peor aún, para bajar con la multitud e intentar enardecerla contra la mascarada clerical y la vuelta al pasado. La razón predominó. No son los más fuertes. Ahí están los cuatro, bajo las altas bóvedas de Notre-Dame que hacen resonar la homilía de monseñor de Boisgelin y los viejos himnos sagrados que asaltan con audacia el lugar del *Ça ira* y de la *Carmagnole*. Hierven de impaciencia en silencio. Solo Augereau, el más exaltado de la banda de los cuatro contra el Primer Cónsul, no deja de refunfuñar y de expresar, abiertamente, su desaprobación.

El general Moreau brilla por su ausencia. Muy guapo, muy elegante, declarado adversario del Primer Cónsul, caminaba como león enjaulado por las Tullerías, fumando un puro, mientras se elevaban hacia su rival y toda la pompa que lo rodea los raudales de incienso de la tradición y de la nomenclatura religiosa. De inteligencia bastante temible, Moreau siente por Bonaparte la misma antipatía que Augereau. Hace unos días, para burlarse de la Legión de Honor tan preciada para el Primer Cónsul, le impuso con gran pompa un sartén de oro a su cocinero. No es para asociarse a lo que llama la gran comedia o ronda de sermones. Otro general, Delmas, resume bastante bien la opinión de los opositores sobre el *Te Deum* de Notre-Dame: «Solo faltan los cien mil hombres que se hicieron matar para suprimir todo eso».

Lo que el viento se llevó. Bajo el portal de Notre-Dame, cuando se sube a su carroza, el Primer Cónsul es aclamado por la multitud. La oposición no da el ancho frente al entusiasmo popular. Lo que el pueblo conserva de la restauración religiosa es la vuelta a la celebración dominical. La supresión del decadi, el restablecimiento del domingo tienen una primera consecuencia: se descansará un día de siete en lugar de un día de diez. El progreso es palpable. La multitud alrededor de la catedral aplaude cantando:

¡El domingo se festejará!
¡Aleluya!

Amputado de su semana de diez días y de su decadi, el calendario revolucionario andará todavía por ahí algunos años con una existencia teórica. El 1.º de enero de 1806 —11 nivoso año XIV—, será oficialmente y definitivamente abolido por un senadoconsulto que decreta que el calendario gregoriano estará en uso de nuevo en todo el imperio francés. El calendario revolucionario había vivido algo más de trece años. Había sido utilizado, las más de las veces, y sobre todo hacia el final, al mismo tiempo que el calendario tradicional, durante poco menos de diez años.

Logró revivir, bajo otra forma, gracias al genio de Stalin. El 1.º de octubre de 1929, algo más de diez años después del decreto de Lenin que reemplazaba el calendario juliano por el calendario gregoriano, Stalin suprimía en la Unión Soviética el sábado y el domingo se instauraba la semana productiva de cinco días. Los cinco días de la semana estaban numerados del uno al cinco, había seis semanas al mes, doce meses de treinta días al año, más cinco días feriados soviéticos —y un ciudadano de cinco descansaba cada día, por turno —. La semana de cinco días no tardó mucho en reunirse en el sepulcro de los dioses muertos al calendario revolucionario de la Convención Nacional. Y, de Japón a Tierra del Fuego, de Washington a Moscú, de Barbizon a Taskent y a Ulán-Bator, el calendario gregoriano volvió a reinar sobre el mundo, sobre la memoria execrada de Stalin y sobre el desvanecido recuerdo de Fabre d’Églantine y de Romme, quienes habían, uno y otro, fallecido de muerte violenta. Porque no es buena idea, aquí, jugar con el tiempo.

—¡Uf!, —murmuró A.

XI. Discurso de A a los espíritus de Urql

—Me convenciste —dijo A—, volveré a Urql con el sentimiento de que los hombres están ocupados por entero por la historia y el tiempo.

—No lo están. El tiempo se los lleva, y la historia. Pero pasan su vida, su vida tan corta y tan bella, pensando en otra cosa.

—¿Pero en qué?, —exclamó A—. ¿En qué? ¡Eso es lo que hay que saber y contar en Urql!

—En casi nada. En el dinero. En el trabajo. En la comodidad. En el placer. En el clima que está haciendo. En la ropa que hay que llevar. En la gente que hay que ver. En los asuntos por tratar. En todas las reglas del juego. En casi nada. Y en todo. El mundo es una máquina de fabricar casualidad con rigurosas leyes: los hombres avanzan en esa casualidad según sus deseos. El mundo es una conspiración: los hombres se debaten como pueden en medio de las trampas y de los desastres que surgen por todas partes. El mundo es un secreto; y los hombres, desde siempre y sin fin, se esfuerzan por dilucidarlo.

El mundo es sobre todo una dicha entre tanta desdicha. Es una fiesta llorando. Es un radiante fracaso. Sabía que un día de estos mi historia aquí iba a terminar bastante mal y que iba a morir ya que era un hombre. Hice lo que pude con ese ardiente estupor que me fue dado bajo la forma de días y de noches, de bosques donde pasearme, de mares donde echarme, de palabras por leer o por escribir, de belleza y de risas. Un día que llovía, conocí a Marie en la rue du Dragon. Y fui feliz con ella en muchos rincones de esta Tierra. Por esos fragmentos de espacio, por esos relámpagos de tiempo, es bueno haber sido parte de esa cosa desconocida que me es tan oscura por dentro como te lo es por fuera y que llamamos la vida.

Puedes volver a Urql con ecuaciones y fórmulas que entregarán una parte del secreto de ese detalle del universo donde surgieron los hombres. Puedes volver a casa con imágenes que darán una idea de la belleza de la Tierra y del genio de sus huéspedes. Puedes irte con palabras del tipo del informe que ambos redactamos. A las palabras, imágenes y ecuaciones se les acabará el aire corriendo tras ese sueño sin fin que es la realidad. Es mejor que vuelvas a Urql con el nombre de Marie. Si solo te llevas una cosa de tu expedición en este extraño planeta a una lejana galaxia donde te esperaba desde siempre, que sea el recuerdo encantado de Marie. Reunirás a los espíritus, a tus compañeros y, después de haber distribuido los ejemplares del informe que habremos, tú y yo, terminado mal que bien, pedirás silencio y les dirás a media voz:

«Conocí en la Tierra, encima de la Aduana de Mar, a un hombre entre los demás: llevaba por nombre O. Había nacido, por casualidad, ahí en vez de en otro lado. Vivió, por casualidad, en esos años y no en otros. Murió, por casualidad, en una ciudad de piedra y de agua que morirá ella misma, entre los palacios de los dux y la isola di San Giorgio. Y esa serie de casualidades es su necesidad: es O por casualidad y para la eternidad. Lo era todo para sí mismo porque cada hombre es para sí mismo la totalidad del universo y con cada hombre que muere es el universo el que se apaga. El gran secreto de este mundo, del que les habla el informe que tienen entre las manos…», y habrá, en ese momento, un gran ruido de páginas que se hojean y de papel que se estruja, «es…».

—¿De verdad lo crees?, —dijo A.

—No sé. Me imagino. Caerá el silencio de nuevo. Y continuarás: «El gran secreto de ese mundo es que solo tiene existencia en el espíritu de los hombres. Hay hombres porque hay un mundo. Pero solo hay mundo porque hay hombres. Los hombres son una especie de dioses hundidos por sus cuerpos en la ignorancia y el miedo. Cada hombre crea su propio mundo, en el que creemos ciegamente, pero nadie puede jurarlo, que es el mundo de los demás. Cada hombre está metido en sí mismo y el mundo entero está metido con él. El mundo es el conjunto de todas esas soledades y de todas esas cárceles.

Los hombres se la pasan forjándose llaves para salir de su cárcel, para irse a otra parte y para reunirse con los demás y con sus mundos desconocidos. Las llaves se llaman saber, belleza, esperanza o pasión. Está la llave de la ciencia: explica por el juego de los efectos y de las causas el desarrollo de los acontecimientos que se sitúan en el espacio y sobre todo en el tiempo. Está la llave del arte: precipita las almas de los hombres en sueños de felicidad y a veces de terror, les abre grandes espacios a la imaginación del sentido, de los sonidos, de los colores y de las formas. Está la llave de la religión: promete otra cosa que la realidad, le permite a aquellos que sufren soportar sus sufrimientos. Está la llave del amor. Un día, rue du Dragon, en París, hacia finales del siglo XX después de Jesucristo que salió de la eternidad para caer en el tiempo y hacerlo girar a su alrededor, O, bajo un paraguas, conoció a Marie. El mundo, a los ojos de O, tomó el aspecto de Marie.

Marie, a los ojos de O, era más bella que las guerras, los caracoles, las lavadoras, los impresos. Para él, le ganaba a la geometría, al templo de Carnac, a los encantos de la perspectiva de Masaccio u Uccello, al sitio de Troya por los aqueos de innumerables navíos, al descubrimiento, un día de

otoño, bajo Carlos VIII en Francia, bajo Fernando de Aragón e Isabel la Católica, bajo un papa Borgia, simoniaco y disoluto, de toda una tierra nueva por un genovés extraviado. Tenía más valor en su corazón que los estanques de Versalles, que los tesoros de Golconda, que todos los árboles del bosque de Paimpont, de Brocelandia o de Tronçais. Por razones mecánicas vinculadas con el placer, los hombres en el planeta Tierra desempeñan un papel importante para las mujeres. Y las mujeres para los hombres. Y a menudo las mujeres para las mujeres. Y los hombres para los hombres. El cuerpo de Marie era el de una mujer. Terminó por invadir todo el horizonte de O. Es lo que llaman el amor y el amor los ocupa más que todo el resto del mundo.

O comía y bebía porque tenía un cuerpo. Y dormía mucho. Se entrevistaba conmigo porque era un espíritu. Y porque, privado de su cuerpo, no era más que un muerto que había pasado algún tiempo, algunas estaciones, algunos años en la memoria del mundo. Estaba unido a Marie, por los siglos de los siglos, por ese impalpable impulso, tan fluido como el tiempo y tan fuerte como él, que está en el corazón del mundo y que, en cada instante, le permite sobrevivir.

ENONE

Ya no se verán.

FEDRA

Se amarán por siempre.

«El amor se hace entre los cuerpos. Y reina sobre los espíritus».

—¿Les diré eso?, —preguntó A.

—Tú decides. Yo no. Les dirás lo que quieras. Lo que sucede fuera del mundo o, si lo prefieres, fuera del tiempo, ya no me incumbe. En la idea que me hago de ti, es lo que les dirás. Pero de vuelta a Urql, donde solo seré un recuerdo desvanecido en el tiempo y en el espacio, harás como te dé la gana. Y lo que pensarán de ti, y de nosotros, de eso no sé nada. Los hombres viven en el mundo, no hablan de otra cosa. Y de lo que no se puede hablar, hay que callarlo. El silencio les abre a los hombres, encerrados en su mundo, encerrados en sí mismos, un campo de sueños sin fin.

XII. El silencio

—¿No nos hubiera valido mejor empezar por el silencio en lugar de terminar con él?, —preguntó A.

—Si quieres decirme que debí haberme callado desde el principio, no dudes en hacerlo: te lo concedo sin problema. Los hombres siempre hablan de más y casi todo lo que dicen no vale la pena que sea dicho. Sería una lástima que Platón, o Spinoza, o Shakespeare, o Racine, hubieran decidido callarse. Todo lo que te he contado, en cambio, y lo notaste más de una vez, no reviste mayor interés. Pongamos que no dije nada. Pero lo querías saber todo de este mundo al que llegabas. Porque lo había conocido y solo se está permitido hablar de lo que se conoce, traté de describírtelo y de explicártelo.

Pude haberlo dejado contarse solo. Creemos que hablamos, pero es el mundo el que habla por nosotros. Es más elocuente que Demóstenes y Hugo, que el discurso de Marco Aurelio sobre el cadáver de César. Enseña todo mejor que nadie. No inventamos nunca nada: transformamos lo que existe, lo presentamos de otra forma. Es lo que hacen los sabios, los poetas, los historiadores, los filósofos. Y los novelistas. Pude haberme ahorrado agregar mi granito de arena al espectáculo de los continentes, de las ciudades, de las batallas entre los hombres, de las pasiones del amor.

—No exageres —dijo A—. Estás yendo demasiado lejos. Te he repetido veinte veces que eras más bien un cero a la izquierda y que me has ayudado mucho. No está excluido pensar que te haga erigir en Urql algo inefable que parezca una estatua. Haré grabar en el zoclo, en lo que nos sirve de idioma:

A
O
SU AMIGO
A

—Gracias —le dije con voz temblorosa por la emoción—. Eso paga todos mis esfuerzos. Creo que después de tantas palabras para introducirte al mundo me callaré por mucho tiempo, guardando la estatua de Urql en mi mente y tu nombre en mi corazón.

—Ya basta, gruñó A. Conoces las reglas del informe: ni chismes, ni efusiones, solo el resplandor de la verdad.

—¡Oh, A! Te quiero mucho. Soy un egoísta que amó a Marie y que amó a A. Cómo hubiera querido darle el mundo a Marie y dártelo a ti. Es una difícil

tarea. Después de haber andado de flojo, porque me volví pesado no solo por el egoísmo sino también por la pereza, hubiera querido, yo también, erigirte una especie de estatua. La más bella, la más loca: el mundo, bajo forma de informe, del que hubieras sido el centro. Nos hubiéramos ido, lo dos (tú bajo los rasgos de Sócrates en los *Diálogos* de Platón, yo bajo los del interlocutor, un tarado corto de luces, lleno de buena voluntad, que dice cosas insignificantes) hacia los grandes espacios y la eternidad. Perdóname, mi querido A. Te merecías algo mejor que tu pobre amigo O, ya acechado, gracias a Dios, por el silencio y la nada.

—Vivirás, te lo juro, en el recuerdo de la gente de Urql.

—¿De verdad lo crees?

Y me temo que mis ojos se humedecieron por encima de Ispahán y de Persépolis que acabábamos de sobrevolar, encima del Hindu Kush, cuya imponente masa ya se divisaba a lo lejos.

—Estoy seguro —dijo A—. Nada sé de los hombres pero conozco a mis colegas: les parecerás absurdo, pero los sorprenderás.

—Es motivo de gran felicidad para mí. Te lo debo por entero. ¿Me atrevería a decirte también que no solo soy un egoísta y un perezoso…?

—¿Y qué otra cosas?, —preguntó A.

—Hubiera querido…

Empecé a enrojecer.

—¡Vamos!, —me dijo A—. Accede al logos.

—Hubiera querido dejar una huella en este mundo que tanto amé. Fallé. No hice gran cosa: ocupé solo un lugar en el corazón de Marie. Gracias a ti, quizá, lejos en el espacio, fuera del tiempo, apartados de nuestras sociedades pasajeras y cambiantes que se hacen y se deshacen, algunos espíritus de Urql se acordarán de mí.

El mundo está demasiado poblado como para anhelar sobrevivir en él. Se transforma demasiado rápidamente. Su ruido es demasiado fuerte. Es por esa razón que en primer lugar no quería, lo recordarás, que el informe fuera conocido aquí. Cuando Homero o Virgilio, y quizá Shakespeare y Rabelais, escribían sus informes sobre las pasiones de los hombres, estaban casi solos en el silencio del mundo. El mundo, y así está bien porque todo lo que sucede en la historia, y hasta sus peores horrores, no puede ser de otra manera, se volvió un alegre caos. Todo pasa a toda velocidad. Todo se olvida. La gente grita al mismo tiempo. Y nadie tiene tiempo ya para ver el mundo y su belleza. No es imposible que el silencio se vuelva la única salida en un mundo apurado y ruidoso. Estoy feliz de que mi recuerdo parta a Urql contigo.

Seguiré viviendo un poco, aquí, en la memoria de Marie. Y viviré contigo, para siempre, entre los espíritus de Urql.

—Te lo había prometido —me dijo A con simpleza—. Siempre cumplo con mi palabra.

—Entonces, permíteme que me calle. Desde que el mundo es mundo, siempre ha hecho ruido. Hay un rumor del universo, hay un canto de las estrellas. Pero los hombres hablaban poco. Desde que conquistaron el poder y le ganaron a las piedras y a los árboles y a los otros animales, no dejan de chillar. Ya no tengo muchas ganar de chillar con ellos. Al menos por un momento, callémonos ambos. Metámonos un poco en nosotros mismos. Preparémonos a partir. Ya que tú, espíritu de Urql, vuelves a casa. Y que yo, hombre de esta Tierra, que ayer estaba vivo y que hoy estoy muerto, parta hacia no sé dónde.

—Espera un momento —me dijo A—. Dime más cosas sobre lo que has visto. Cuéntame un poco más de los árboles, de los paraguas, de las pasiones y de los hombres. Te vas a callar para siempre. Unas horas más apenas, y nos separaremos. Con toda seguridad el silencio te llevará hacia el mundo al que vas así como el tiempo lo hacía en el mundo del que vienes…

—¡Qué felicidad! Después de tanto hablar para decir cosas inútiles…

—¡Ya no fastidies!, —chirrió A—. ¡Deja de aumentarle para que te eche flores!

Levanté la mano.

—No le aumento de ninguna manera. Cualquiera, en esta Tierra, hubiera sido capaz de servirte de guía. Un minero cuya mina está cerrada. Un pequeño burgués jubilado. Un sobreviviente del gulag o de los campos de concentración. Una india de la Amazonia. Un banquero de Hong-Kong o de Singapur. Un campesino de Yunnan o de Cuernavaca. Un centurión de Pompeyo, un marino de Magallanes, un jinete de Gengis Kan, un picapedrero de Verona, de Konarak o de Borobudur. Tuve la suerte de irme en el preciso momento en que llegabas sobre la Aduana de Mar. Ahí estaba, eso es todo. Y te conté aventuras y saberes perecederos en los que hubieras podido pasar tu eternidad. Y ahora, después de haber hablado tanto, antes de entrar a mi vez en lo que ya no cambia, que nunca ha cambiado y que no cambiará nunca, dejo al mundo en su ruiderío, me refugio en el silencio. El silencio también forma parte de lo posible y de los poderes del hombre.

—¡Pues bien!, —dijo A—, háblame un poco del silencio.

Me puse a reír. Y me callé.

Se hizo algo así como un gran blanco entre nosotros.

No se oyó nada más que las olas del mar, los rumores de las ciudades y la música de las esferas.

XIII. El sol sobre Sambuco

—Todo eso está muy bien, pero… Nos quedan apenas unas horas. ¿Nada que salvar de las aguas antes de hundirte para siempre? ¿Ningún arrepentimiento, ningún remordimiento? ¿Ningún olvido demasiado doloroso?

—Por supuesto que sí —murmuré.

Pero no me oyó.

—¿Nada esencial que agregar al informe para darle a la gente de Urql algunas luces sobre un planeta perdido entre los cien mil millones de estrellas de una galaxia entre las demás? ¿No querrás, me imagino, verme volver a Urql con un informe incompleto del que nos avergonzaríamos ambos?

—Mi pobre A, deberías empezar por saber que ningún informe sobre la Tierra será nunca completo. El único informe completo sobre el mundo y su historia es el mundo y su historia: incluso a ti, espíritu puro, sin límites y sin cuerpo, no te está permitido llevártelos a Urql. Te irás con algunas palabras, con algunas imágenes, con un sentimiento de estupor y dos o tres guiños. Podrás decirle a Urql que algo oscuro y muy luminoso se lleva a cabo en la Tierra. Y será más o menos todo.

—Me gustaría anunciarte que un día, no sé cuándo, estrechos lazos se establecerán entre tu mundo y Urql, que mis compañeros llegarán en masa a tu Tierra y que el agua, los celos, el calendario y el oro nos serán familiares en casa. Lo dudo un poco. Yo, que en tu Tierra pude estar por todas partes a la vez, requerí millones y millones de sus años para llegar hasta ti. Cuando otro espíritu de Urql venga a pasearse por este lado de tu galaxia y de la Vía Láctea, mucho me temo que la Tierra habrá dejado de existir. No será mañana cuando la gente de Urql tendrá, por otro que no sea yo, noticias de la Tierra. Así que, te lo suplico, intenta decirme en dos palabras, para que pueda reportarlas a los espíritus de Urql, lo que para ti constituye el corazón y el sentido del mundo y de la vida.

Me metí en mí mismo. Mi responsabilidad me apabullaba. «¡Qué!», me decía, «¿miles de espíritus de Urql se harán una idea del mundo donde vivimos escuchando a A contarles lo que les habrá contado? ¿No debí limitarme a entregarle un expediente hecho de fechas y de fotografías, de mapas geográficos, de efemérides, de casetes, de cifras y de muestras?». Me parecía sin embargo que unas gráficas y listas de acontecimientos eran totalmente incapaces de revelarles a los espíritus de Urql el secreto de la vida. Más que cálculos y mapas, más que genealogías, más que hechos y su desarrollo, la vida era una palabra, un recuerdo, una esperanza, un impulso.

Una desesperanza, quizá, un olvido, una rebelión. Algo que los hombres comparaban a una llama y que era un fuego más que un documento.

—¡Marie!, —grité.

Ahí estaba. A mi lado. En el balcón del cuarto 5 del Caruso Belvedere del que salía con el pelo revuelto, todavía medio dormida. Los ojos llenos de sueño, deslumbrada por la luz, se apoyaba en mí.

El calor aumentaba en el valle del Dragón. Y caía del cielo. Caía sobre las viñas, los olivos, los naranjos, los limones, los almendros, los laureles-rosas. Sobre el mar a lo lejos. Sobre los techos de tejas color miel. Sobre las rosas de Ispahán y sobre las camelias. Estábamos en abril. No había ni una nube.

Habíamos llegado a Sambuco en avión, en tren, en coche. Lo habíamos olvidado todo. Dejamos tras nosotros todo lo que los espíritus de Urql no necesitan saber. Habíamos seguido, a lo largo de una costa rocosa, una de las más bellas carreteras de esta Tierra. Caía la noche. Se veían rocas con formas salvajes cayendo al mar. Habíamos leído en alguna parte…

—¿En un informe, quizá?, —sugirió A.

—Quizá en un informe, que unos piratas, antaño, se habían instalado en unos picachos que dominaban los valles y los escollos donde se estrellaban los barcos. Los piratas habían desaparecido. Ahí estábamos los dos. Y nos amábamos.

Habíamos pasado por aldeas de pescadores y pequeñas ciudades todas blancas, acurrucadas en el fondo de las bahías. Había playas, torres, conventos, vertiginosos puentes sobre gargantas o barrancos salpicados de olivos, pueblos cuyos nombres daban ganas de cantar: Sant’Agata sui Due Golfi o Colli di San Pietro. Veíamos en los puertos barcos venidos desde lejos.

La noche estaba oscura cuando subimos por la carretera que serpenteaba, a lo largo del valle del Dragón, de Scala a Sambuco. Entramos en Sambuco como en la frescura y en el silencio. En la oscuridad nos volvíamos, más que apercibíamos, villas, jardines, callejuelas bastante empinadas, escaleras, pasajes abovedados que se colgaban de las abruptas pendientes del valle del Dragón. Nos costó algo de trabajo encontrar el hotel cuyo resplandeciente nombre, el Caruso Belvedere, nos había encantado tanto bajo la lluvia de París. Nos tiramos sobre la cama, matrimonial gracias a Dios, y nos dormimos en brazos el uno del otro. A la mañana siguiente un sol grande brillaba sobre el valle del Dragón, sobre Scala, sobre Sambuco.

¡Oh, A!, ya lo sabes: tendrás, en Urql, sobre todo que hablar de Marie. Y sobre todo del sol. Olvídate del Sacro Imperio Romano Germánico, del

cretáceo y del jurásico, de la proyección de Mercator, las mil maneras de aderezar el tomate, las dos batallas de Tannenberg, las poesías de Auguste Barbier y del cártel de las izquierdas, los juegos del circo de Bizancio y el motor de combustión interna, las máquinas de tratamiento de texto y los hornos de microondas. Habrá que hablar del sol. Del sol y del tiempo. Que por cierto es lo mismo: solo hay tiempo, para los hombres, porque hay un sol. En Sambuco, en esa mañana de abril, el tiempo estaba detenido. El sol ya estaba muy arriba. Y era todopoderoso. Cuando salí al balcón del la habitación 5 del hotel Caruso Belvedere donde había dormido en los brazos de Marie, el sol caía sobre el mundo. El mundo se había cambiado en sol.

Brillaba sobre los viñedos y sobre los árboles frutales. Brillaba sobre la costa y el mar. Brillaba sobre las pendientes del valle del Dragón, sobre los conventos, sobre las capillas, sobre las casas donde vivían los hombres. Brillaba sobre las fuentes, sobre los jardines, sobre los claustros. Marie se me acurrucaba. El mundo entero estaba ahí. Ardía bajo el sol. Se confundía con él. Mi vida flotaba en el sol y podía acabarse. Habría visto el sol brillar sobre Sambuco.

Era inútil saber cualquier cosa sobre Sambuco, su historia, sus ilustres y encantadores huéspedes que se habían sucedido, sus innumerables aventuras a las que el valle del Dragón había servido de decoración. Tenía la mano de Marie en la mía. El sol lo aplastaba todo. Barría con el pasado. Ignoraba el porvenir. Destruía el espacio. Expulsaba del universo todo lo que no era Sambuco. Lo importante en Sambuco no era acordarse de lo que había sucedido en Sambuco, era acordarse de Sambuco. Tanto recuerdo ese presente eterno, tanto recuerdo en el momento de dejarte y de partir hacia no sé dónde, ahí donde ya no hay sol, que quisiera que los espíritus de Urql, que no conocen Sambuco, sin embargo lo recuerden a su vez, o quizá en mi lugar, y que en él vean, gracias a ti, y también algo gracias a mí, como el corazón de esa vida que perseguimos desde hace tres días. ¡Oh, A!, el mundo no es otra cosa más que el sol sobre Sambuco.

XIV. El corazón del mundo

—Creía —murmuró A— que era el sol sobre Symi.

—Trata de entender… —le dije.

—Solo eso me faltaba.

—Sí. Trata de entender. El mundo es el sol sobre Symi. Y es el sol sobre Sambuco. Es también todo lo demás. Es la nieve, la tempestad, la violencia, el crimen. Es la madrugada, es el encanto de las noches a la sombra de los tilos. Es la felicidad en plenitud. Es el entierro de los niños que se fueron de madrugada y las batallas en el llano o a orillas de los grandes ríos. Es la llegada, con las velas desplegadas, de cualquier marino en cualquier bahía de cualquier isla de cualquier océano. O también la entrada, bajo fuerte lluvia, en el puerto de Nueva York, del que se ve el *skyline*, con sus bancos, sus aseguradoras, sus consejos de administración, sus pandilleros y sus vagabundos, desfilar ante ti. El mundo es el sueño de Santa Úrsula y el perrito blanco de Carpaccio que mira a San Agustín quien se entera, por una inspiración divina que le llega por la ventana, de la muerte de San Jerónimo. Es la dama con violetas en un bote, sobre el agua, al lado de un guapetón del que ya te hablé. Es el *Canto de alabanza del segundo día*, es el *Miserere* de Allegri escuchado por un niño que lo transcribe de memoria en su cuarto de hostal. Y es todo lo que el niño, más tarde, escribirá para la eternidad —o, si no para la eternidad, al menos para todos los hombres mientras los haya sobre esta Tierra.

Es también las pirámides de Egipto y también las de los aztecas, y también toda la multitud de los que debieron morir para que pudieran erigirse. Es todos los monumentos en las colinas o en los valles, es las grandes ciudades y su miseria, es lo que muere y desaparece, los oradores de la antigua Grecia, las galeras, las carabelas, los poetas y los trovadores, los molineros, los tejedores de seda, los campesinos en los campos. Es lo que nace y se desarrolla antes de irse a su vez, es los días tras los días, las noches tras las noches, la enorme masa de invenciones y de genialidades, de los errores también, de los olvidos, de los secretos y los recodos de belleza donde los hombres van a soñar.

El mundo tiene muchos aspectos para cada uno de nosotros. Tiene multitud de ellos y casi una infinidad para toda la masa de los hombres. Hay un mundo para cada hombre y para cada instante de cada hombre. Y porque no pudiste conocer a todos los hombres de todas las épocas y de todos los países tuviste que conformarte con conocerme a mí. Mi mundo está en

Sambuco, en Symi, alrededor de la Aduana de Mar, en los alrededores de Chateaubriand, de Aragon, de Toulet. Hay muchos otros mundos. Hay tantos mundos como espíritus para verlos y para hablar de ellos. Y, por una especie de milagro, todos esos mundos diferentes se las arreglan para pegarse los unos a los otros y para formar uno solo. El sol de Sambuco es el sol de Symi. Porque el sol es único.

Puedes quitar casi todo de este mundo: quedará el mundo. Puedes quitar los ríos, las montañas, ¡los árboles por desgracia!, y los coches, que se convirtieron en una de las claves y el símbolo de la era en que viví. Puedes quitar los sacerdotes, los jueces, los presidentes, los soldados. Puedes quitar los libros, la música, los cuadros, el Saint-Émilion y el Nuits-Saint-Georges: el mundo será menos divertido, pero seguirá siendo el mundo. Ya no quedaría nada —pero algo, sin embargo—: quedaría el mundo tal cual era antes de los hombres, quedaría el mundo que estaba esperando a los hombres. Hay al menos dos cosas que no puedes quitar del mundo sin destruir al mundo mismo. No puedes quitar el tiempo. Y no puedes quitar el sol.

Si quitaras el tiempo, todo el universo explotaría. Si quitaras el sol, la catástrofe sería más modesta: ya no habría mundo. El mundo y la vida con anexos del sol, sus alrededores, sus suburbios. Está muy lejos de nosotros, ya es una etapa de camino a Urql y al universo entero.

—Pos… —dijo A—. En fin… si quieres…

—Está muy cerca de nosotros, nos es lo más cercano. Vivimos de él. Cuando desaparece, nos refugiamos en el sueño que es una especie de ausencia. Cuando reaparece, nos levantamos y entramos en el mundo. Lo más natural por adorar bajo el sol, es el sol. Los pueblos primitivos se dieron gusto con eso. Los aztecas mataban hombres para que el sol se dignara brillar de nuevo. Y Platón veía en el sol la imagen suprema del Bien.

Mucho tiempo e historia pasó bajo el sol, y sobre él. Los hombres casi acabaron por olvidar que le deben todo. Tanto como al agua de la que salen y que tanto te sorprendía. Y casi tanto como al tiempo. El agua, el sol, el tiempo: he ahí la vida, he ahí el mundo. El fuego, claro está, el lenguaje, la rueda, la música, la agricultura, la ciudad, la pintura, el motor y las máquinas terminaron por eclipsarlo. Cuando llegaste encima de la Aduana de Mar no te grité, como en los anuncios de las agencias de viajes: «¡Bienvenido al país del sol!». Primero te hablé de los hombres y de su historia, de las mujeres, del sexo, del oro, de la matemática, de las pasiones, del poder. Pero tras esa espuma que salió de la vida y que la transformó, había el sol.

Ahora cada hombre tiene su sol. El dinero es un sol. La literatura es un sol. El estado es un sol. El arte es un sol. El porvenir es un sol. Toda la historia de los hombres quizá solo consista en camuflar el sol y en crear otros. Pero si el sol, el verdadero sol, el único sol del Buen Dios, desapareciera de repente, ya no habría vida ni mundo. Y ya no habría hombres.

XV. El fin de todo

—Pero, pobre amigo mío —me dijo A—, lo sabes tanto como yo: su sol desaparecerá.

—Lo sé. Lo sabemos todos. También sabemos que moriremos. Fingimos no saberlo. Creo haberte explicado que hay algo, en el corazón de los hombres, que se llama el deseo. Y no deja de luchar contra la muerte. Pero el combate que libra es un combate sin esperanza. Al cabo de cada hombre, está la muerte. Al cabo de la historia del mundo, está la muerte del sol. Dentro de cinco mil millones de años, o algo así, ya no habrá sol. Y ya no habrá Tierra. En el momento en que dejo el mundo que traté de presentarte, quizá estemos a mitad de camino de la historia de la Tierra: algunos millones, algunas decenas o centenas de millones de años más o menos, cinco mil millones de años ya pasaron, cinco mil millones todavía por aguantar. Y, en medio, la Aduana de Mar donde me derrumbo una mañana.

Me imagino que el fin será tan rudo como los principios. No nos gusta mucho pensar en el verde azul y en la sopa primitiva de la que salieron los hombres. No me gustaría mucho ver al sol debilitarse como una lámpara que se apaga. Prefiero dejar este mundo hoy más que dentro de cinco mil millones de años porque sé que el porvenir, como siempre lo ha hecho en el pasado, pero quizá todavía más que en el pasado, nos anuncia bellos días en los que pereceremos de espanto. Porque, para hablar como un cardenal que vivía en tiempos de Rancé, veremos cosas que comparadas con las pasadas no serán más que verdores y pastorelas.

Ya le tenemos miedo a lo que los hombres nos preparan para el próximo siglo y para aquellos que lo seguirán, es decir para mañana y pasado mañana: cerebros que cambiarán de cuerpo, cuerpos que cambiarán de cerebro, mezclas de puercos y de hombres, reservas vivas de pulmones y de hígados, bombas capaces, para más seguridad, de destruir de un solo golpe varios miles de planetas. Lo que se prepara a lo lejos, desde siempre, sin que nada sepamos de ello, es mucho más terrorífico. No me disgusta irme contigo hacia destinos desconocidos antes de acabar aquí y ahora según las promesas, a la vez, de nuestros sabios menos exaltados y de nuestras más santas Escrituras.

—¿Estás seguro del fin de la Tierra?, —me preguntó A.

—¡Ah!, tienes razón: no estoy para nada seguro de ello. Lo que es seguro, creo, es que el sol terminará: las estrellas brillan mucho tiempo, pero no son eternas. El sol, un buen día, estará harto de proveer calor, luz, energía, belleza. Y de permitir la vida. Pero hay algo, o quizás alguien, que, para

sorpresa de todos, quizá sea todavía capaz de cambiar las reglas del juego. Es mago, y ya lo adivinaste después de todo lo que te he dicho, es mago…

—¡Es el hombre!, —exclamó A.

—Por supuesto. Es el hombre. Dentro de cinco mil millones de años, y ya algo te dije al respecto, estará tan lejano de nuestra imagen de hoy como nuestra imagen de hoy es lejana de la bacteria o del alga de la que todos salimos. Me imagino, no sé, que habrá sido capaz de lanzar al espacio un sol de repuesto. O que habrá podido modificar nuestros cuerpos de manera tan radical que el sol, ¡por desgracia!, ya no les será necesario. O también que los hombres, como ya me lo has sugerido, habrán dejado la Tierra antes de que el sol los deje. No es imposible que al final de los finales el sol termine por apagarse y que la Tierra desaparezca, pero que los hombres sigan ahí —o más bien en otra parte—. Los hombres, o algo indecible que descenderá de los hombres como nosotros mismos descendemos de esas cosas indecibles que chapoteaban en la sopa primitiva y donde lo desconocido se hizo vida.

—Volveré para ver —dijo A.

—Eso es. Buena idea. No sé si las cosas indecibles que descenderán de nosotros habrán guardado el recuerdo de la Tierra y de los hombres como eran en mis tiempos. Me temo que dentro de cinco mil millones de años el informe mismo, a pesar de tus esperanzas, haya caído en el olvido. Al término del porvenir más lejano, me imagino que el pasado, es decir, nuestro presente de hoy, quedará reducido al estado de mito o de leyenda dorada. Algo, quizá, como un paraíso muy terrestre, como un Edén poblado de Adanes y de Evas de primitiva inocencia y que, a pesar de la miseria de su actuar sobre el universo, se pondrán a encarnar a los ojos del recuerdo la imagen misma de la felicidad. Se les tendrá envidia porque sufrían y morían con sencillez, porque sabían cosas inútiles, porque aún no habían entrado en las infernales eras de la complejidad.

—¿Así es como ves el porvenir de esos hombres a los que perteneces?, —me dijo A sonriendo con indulgencia.

Encogí los hombros.

—No lo sé para nada, claro está. Nada de nada. Menos que nada. Ya les es difícil a los hombres adivinar lo que sea de su porvenir inmediato. Tuvimos, en mi país, que lleva por nombre Francia…

—Lo sé —me dijo A con un gesto de impaciencia—, lo sé: Francia. Se te llena la boca.

—… Una Primera Guerra Mundial que costó muchos muertos y que ganamos. ¿Quién se hubiera atrevido a decir o incluso pensar, en 1918, que

veintidós años después Francia sería vencida en cuarenta días y destruida de cabo a rabo? Y la genialidad de algunos, y no eran numerosos, fue sostener, desde la misma primavera radiante y siniestra de 1940 que veía el triunfo de los Panzer y de los Stuka entrando como Pedro por su casa en la Francia radical y radical-socialista, que la Alemania hitleriana sería vencida a su vez. Y, vencida Alemania, la Rusia comunista se volvió todopoderosa. Infundía terror y reinaba sobre los espíritus: los profesores eran comunistas, los sabios eran comunistas, los poetas eran comunistas. Cuando mecanismos oscuros y casi misteriosos la hicieron caer a su vez, el mundo fue presa de estupor. La historia tiene más imaginación que todos los hombres reunidos. Un famoso informe…

—¿De quién?, —preguntó A.

—Mi pobre amigo, del prefecto de policía… preveía, en París, hacia finales del siglo pasado, inimaginables dificultades por la marea creciente del estiércol de caballo, relacionada con el incremento de la circulación. Algunos años más tarde, el problema insoluble estaba resuelto, como por milagro, por la desaparición de los caballos y por la invasión de la ciudad por los automóviles. El remedio, por supuesto, era peor que el mal. Se hallará, a su vez, a su tiempo, cuando la situación se haya vuelto intolerable, un remedio al remedio y la historia avanzará de catástrofe en catástrofe y de progreso en progreso.

—¿Quieres decir que cada progreso termina, lento pero seguro, por transformarse en catástrofe?, —preguntó A.

—No. O no del todo. Siempre se sube al siguiente nivel. Creo en el progreso con obstinación. Creo que no habría vida si no hubiera progreso y que toda la historia del mundo no es más que un inmenso progreso. Pero ignoramos hacia qué.

Ya sabes ahora que Picasso no pinta mejor que Tiziano y que Kant o Hegel no son más grandes que Platón. Pero el hombre ha recorrido camino desde Neandertal. Y todavía más camino desde Lucy. Avanza, ¿pero hacia qué? Que avanzamos está fuera de toda duda: la meta es la que está oculta. Ya sabes que Lucy nunca pudo imaginar, ni por mucho, algo como el sistema de Aristóteles, como la pintura de Rembrandt o de Tintoretto, como la conquista de la luna. Nada puedo decirte, y nadie puede decirte nada, sobre el futuro de los hombres. Cinco mil millones de años es un poquito demasiado para mí. Cinco mil millones de años no me convendrían mucho más. Y quinientos años, es decir, diez millones de veces menos que cinco mil millones de años, ya es mucho para mi pobre y débil cabeza. No sé, mi querido A, dónde estaré

poco después de haberte dejado, cuando me haya marchado para siempre. ¿Cómo quieres que sepa lo que será de los hombres cuando el sol ya no brille? Lo que sé es que los hombres que tanto han cambiado en unos cuantos millones de años, en los que las cosas cambiaban tan lentamente, cambiarán todavía más y mucho más rápidamente en los millones de años por venir.

Lo que también sé es que, por una gracia divina, los hombres no saben adónde van. Si el porvenir nos fuera conocido, la vida en ese mismo instante se volvería imposible. Sabemos que moriremos, pero no sabemos cuándo. Y nos lleva el deseo como si fuéramos inmortales. Sabemos que la Tierra desaparecerá algún día. Pero no sabemos cómo, y no sabemos si los hombres desaparecerán con ella. Claro que sospechamos que los hombres, que entraron en el tiempo, acabarán por salir de este. Pero no estamos seguros y, como la propia muerte de cada uno de nosotros, el fin de los tiempos y de sus horrores permanecen ocultos a nuestros ojos. El porvenir es un secreto. Y el mundo es un enigma.

XVI. El enigma y el secreto

—¡Alto ahí!, —exclamó A—. Si el mundo es un secreto y no lo desveláramos, ¿qué pondremos en el informe?

—Todo. Absolutamente todo. Como en la vida. Los árboles, las playas, los peces, los celos, las bicicletas, la carga de Reichshoffen. Absolutamente todo. Excepto el secreto. Como en la vida. El mundo al que caíste es un enigma que nunca será resuelto en el interior de este mundo. Incluso a aquellos que sostienen con obstinación que no hay secreto y que todo es tan sencillo como que dos más dos son cuatro les será difícil explicarte de dónde viene el tiempo y a dónde va. Y para qué sirven los líquenes, los patos y los hombres.

—¿Para nada, quizá?, —sugirió A.

—Me temo que los juzgas según yo.

Me interrumpí brevemente para tratar de reflexionar sobre la pregunta planteada por A. Merecía detenerse en ella. Si los patos no servían de nada, ¿de qué servía el informe?

—No es imposible, después de todo, que nada no sirva de algo y que el universo sea absurdo. Grandes espíritus…

—¿Espíritus de Urql?, —preguntó A.

—¡Que no! Espíritus de la Tierra… explicaron con una fuerza y una sutileza admirables que no había secreto. Hallaron un sentido a su vida en este mundo sosteniendo que el mundo no lo tiene. Le dieron un sentido a su vida negándoselo al mundo. Y se les aplaudió mucho. Como el pensamiento mismo, como la imaginación, como el recuerdo, el espacio y el tiempo eran para ellos propiedades de la materia. Y la materia era el hecho de la casualidad y de la necesidad. O más bien el cielo había caído de la necesidad.

A levantó la cabeza.

—Pero entonces es cuento de nunca acabar. Volvemos siempre al mismo punto y damos vueltas en círculos: el enigma es la necesidad.

—Imposible plantear mejor el problema. No se entiende por qué la necesidad sería la única en reinar sobre el absurdo. Sea como sea que tomes el mundo y la vida, hay algo sospechoso en eso. Algo no anda bien. El mundo va demasiado mal por lo que hay de bueno. Y va demasiado bien por lo que hay de malo. Cuando una abeja localiza flores que podrían darle miel, viene a bailar según un código ante las otras abejas. El código ha sido descifrado, como el idioma de los mayas o el lineal B, mejor que el idioma de los etruscos, que todavía nos es extraño. Indica la distancia y la riqueza del tesoro

melífero y también su dirección con respecto al sol. Las hormigas, que, como las abejas, fueron estudiadas por grandes hombres, proporcionan al igual el ejemplo de una organización sin fallas y más bien misteriosa. Los castores también, los lobos, los pulpos, las flores carnívoras que se tragan todo lo que pueden, y todos los chunches minúsculos que giran en los átomos, y las galaxias que conoces mejor que yo y que se echan a correr a toda velocidad…

—Bueno —dijo—… No es la gran cosa: un quinto, más o menos, de la velocidad de la luz.

—No es la gran cosa. Pero de todos modos: la luz se desplaza a una velocidad de trescientos mil kilómetros por segundo. Y para nosotros, al menos, es una velocidad récord, ya que, nunca y en ninguna parte, hay nada más rápido. A todas las preguntas que plantean las avispas, las hormigas, las galaxias, los neutrones, se termina (es la ciencia y los progresos de la ciencia) por responder cómo. Pero nadie, nunca, ha podido responder por qué. Puedo hablar de mi padre y de mi madre, de mi corazón que me falló, de lo que hacía en Venecia, de Marie y de Rodolphe e incluso de algunos otros, de las algas de las que desciendo y de los libros que he leído. Si me preguntas por qué formo parte de estos hombres que forman parte de este mundo, no podré decirte nada. Así es. Es un secreto. Es un enigma sin solución.

A se calló un momento.

—¿Un secreto no presupone alguien para guardar el secreto?, —preguntó.

—Tienes razón. De nuevo tienes razón. Así que la palabra «secreto», tan bella y tentadora, quizá sea exagerada. Considera que el problema ya está resuelto y que la llave del misterio está depositada en alguna parte. Más vale volver al enigma: siempre hay alguien para conservar el secreto, no es imposible que el secreto nunca sea resuelto. Ningún hombre, antes de morir, pudo resolver el enigma de su propia existencia. Hay muchas probabilidades, o más bien un riesgo, de que el mundo desaparezca sin que el enigma haya entregado su llave.

—Siempre lo sospeché —me dijo A—. Ya empezaron mal.

—Me temo que sí. A decir verdad, uno se acostumbra. Los hombres mucho se quejan del estado de su cuerpo, de la falta de dinero, de sus fracasos en amores, del rumbo de los negocios y de la política: todo ello, en todo tiempo, siempre ha salido mal y creado muchas preocupaciones. Se preocupan muy poco por el enigma del mundo y de su propia existencia. Todo sucede como si se tratara en primera instancia de camuflar el enigma bajo un alud de preocupaciones. No hay tiempo de pensar en el enigma porque hay que regar el jardín. Hay que dejar las cartas al correo, hay que ver

al médico, al abogado, al banquero, hay que prender el fuego, hay que pasar con el mecánico, hay que partir a la guerra, hay que ir a tomar un tren. Lo urgente no cesa de vencer lo esencial. El enigma se aleja hasta desvanecerse. Es expulsado por la necesidad y por la diversión.

No muestro el camino que dirige a la salida del laberinto. Solo sostengo que hay un laberinto y que hay un enigma. Es porque hay un enigma que hay algo que se llama ciencia y algo que se llama arte y también algo que se llama religión. Si todo estuviera dado de antemano no habría ni ciencia, ni arte, ni religión. La llave del mundo está escondida. Hay que intentar encontrarla.

Algunos se imaginan que está perdida. Lo que supondría que estaba ahí antes de perderse. Me sorprendería que alguna vez los hombres la hayan tenido en sus manos. Creo simplemente que está escondida. Y aún más: le podemos hacer el mismo reproche evidente a la palabra «escondida» que le harías a la palabra «secreto». Quizá tengamos que conformarnos con reconocer que la llave no está. ¿Quizá no hay llave? ¿Quizá se halla oculta para nuestra débil mirada? ¿Quizá está escondida para obligarnos a buscarla? No lo sé. Pero la llave no está.

—Qué molesto —dijo A.

—Muy molesto. Y encantador. Los hombres viven en un mundo del que no tienen la llave. Es lo que les permite ser libres. O imaginar que lo son. Buscan la llave del mundo como los niños, antaño, buscaban los huevos de Pascua bajo las sillas de la cocina, en el heno del establo o detrás de los robles del bosque. Es una búsqueda del Grial que nunca resulta y que produce conciertos, naturalezas muertas, ánforas o tapicerías, danzas de la muerte en los cementerios, tratados de metafísica y sistemas del universo.

Tú mismo, lo que buscas para llevártela a Urql, es la llave de este mundo. Intenté extenderte todo un manojo de llaves para abrir algunas cerraduras. Pero la llave del torreón en el corazón de la fortaleza no la recibirás de nadie. El mundo no es una ciudad derrotada cuyo agobiado príncipe entregaría la llave, como en un lienzo flamenco, a su vencedor con armadura, con bufanda blanca, rodeado de lanceros. No te entrego nada en absoluto, sino un enigma.

Lo que contarás a Urql es el corazón mismo y la esencia de esos hombres de los que querrías saberlo todo con avidez: es una incertidumbre, un malestar, una interrogación. Es la duda. Ahora sabes lo esencial: es que los hombres no saben. ¡Tantas cosas se les escapan, que perseguirán siempre y que no alcanzarán nunca! Pero lo esencial quizá no sea que la ciencia sea sin fin y que el arte renazca de sus cenizas. Lo esencial ni siquiera es algo que nos impulsa a saber lo que no sabremos nunca y a correr tras una justicia, una

verdad, un bien que no acaban de recular ante nosotros y de escapar a nuestra mirada. Lo esencial, en la duda, no es que no sepamos: es que hay algo por saber. El mundo es un enigma del que hay algo que saber, pero no sabemos qué.

No sabemos qué. No lo sabremos nunca. Pero hay algo. No somos ni nuestra causa ni nuestra meta. La causa está en otra parte, y la meta está en otra parte. La causa está antes del *Big Bang* que, para escapar mejor a las investigaciones, es en la jerga de los físicos, ¿lo recuerdas?: una «singularidad», es decir que las leyes de la física tal como la hemos edificado no se aplican a él. Y la meta no es más en apariencia que vivir primero y morir después. Si la meta de la vida de los hombres no fuera más que la vida flanqueada por la muerte, los hombres no se distinguirían de las algas de las que surgen, de las esponjas, de los leones marinos. Los hombres pintan pequeñas cosas en el lienzo o en la madera, ensamblan sonidos bajo el nombre de lieder, de fugas, de réquiem o palabras bajo el nombre de informe porque por la mente les rondan ideas que vienen de un misterioso allá y que les cuesta trabajo expresar. Los hombres tienen ideas que no saben de dónde vienen. Son vagamente unos extraños a este mundo del que no pueden salir. El informe destinado a Urql sobre el mundo y los hombres estará repleto de algo que no te puedo comentar todavía: algo de otro mundo que sobrepasa a los hombres.

XVII. ¡Y que Dios sea maldito!

—¡Uy uy uy!, —exclamó A.

—¡Uy uy uy! Es el refrán de los hombres. Morimos. ¡Uy uy uy! Hemos nacido. ¡Uy uy uy! No más dinero. ¡Uy uy uy! El hígado enclenque, el corazón que falla, los pulmones se atascan, los reumatismos, la fiebre del heno. ¡Uy uy uy! Es muy raro que los hombres no exclamen: «¡Uy uy uy!». Entre dos soles sobre Symi o sobre Sambuco, entre el *San Agustín* de Carpaccio y la *Creación* de Haydn, entre un partido de *rugby* y un día después de las elecciones en un club del West-End o encabezando una sociedad secreta en los suburbios de Chicago o de Nápoles, se pasan la mano por la frente y gimen: «¡Uy uy uy!». Está el «¡Uy uy uy!» de la ropa desgarrada o manchada por un gesto torpe y el «¡Uy uy uy!» del sufrimiento y de la partida de seres queridos. Está el «¡Uy uy uy!» de las derrotas de amor propio y el «¡Uy uy uy!» de los accidentes automovilísticos. Está el «¡Uy uy uy!» de las grandes batallas perdidas y el «¡Uy uy uy!» de los ancestrales miedos ante el agua, el fuego, los lobos, la tierra temblando. Está el «¡Uy uy uy!» de los ricos cuando se viene abajo la bolsa de valores y el «¡Uy uy uy!» de los pobres que no encuentran trabajo. Está el «¡Uy uy uy!» del enfermo que acaba de enterarse por un médico del nombre de su destino y el «¡Uy uy uy!» de la mesera que deja caer un plato. Está sobre todo el «¡Uy uy uy!» de los amores desvanecidos.

Es más desgarrador y fuerte que los otros. Es más cercano a una muerte a la que aspiramos. Y los libros de historia, las novelas, los poemas, los diarios íntimos, las cartas de amor (porque los hombres y las mujeres, durante algunos siglos que terminan ante nuestros ojos, han escrito y enviado y roto y leído y besado y tirado al fuego muchas cartas de amor) guardan un rastro…

—Para el informe —interrumpió A.

—Sí, para el informe… de los «¡Uy uy uy!» del corazón.

—Excelente —aprobó A—. Eso nos cambiará un poco del secreto y del enigma.

—No tanto. Sería más bien la misma cosa. Toda la felicidad de los hombres, toda su desgracia, todo el misterio de sus destinos, todos sus secretos y sus esperanzas ya están en las cartas en las que se abrevan los unos a los otros. Durante algunos siglos que terminan ante nuestros ojos, de Cicerón, de Séneca, de Plinio el Joven a madame de Sévigné, a Voltaire, al príncipe de Ligne o a Flaubert, las cartas son el reflejo de los hombres y de su condición. Y, sobre todo, cuando son de amor, no pueden escapar a ese

impulso hacia el desgaste y el apoltronamiento que es la marca del tiempo y de los cuerpos. Nadie habló mejor que nuestro bien amado pícaro…

—¿Nuestro bien amado pícaro…?, —preguntó A.

—Chateaubriand… de su funesto destino:

«Al principio, las cartas son largas, vívidas, múltiples; el día no basta: se escribe en la puesta del sol; se trazan algunas palabras a la luz de la luna. Nos dejamos al alba, al alba se espía la primera luz para escribir lo que se cree haber olvidado decir en las horas de delicias. Ni una idea, ni una imagen, ni un ensueño, ni un accidente, ni una inquietud que no tenga su letra.

»Y he aquí que una mañana algo casi insensible se desliza sobre la belleza de esta pasión como una primera arruga en la frente de una mujer adorada. Las cartas se acortan, disminuyen en número, se llenan de noticias, de descripciones, de cosas ajenas; seguros de amar y de ser amados, nos hemos vuelto razonables; nos sometemos a la ausencia. Los juramentos siguen su curso; son siempre las mismas palabras, pero están muertas; les falta alma: *la amo* ya no es más que una expresión por costumbre, un obligado protocolo, el *tengo el honor de ser* de toda carta de amor».

—No está mal —concordó A.

—Ejercicio práctico: el 11 de marzo de 1833…

—¿Qué es eso?, —preguntó A.

—Es una historia.

—¿Para Urql?

—¡Ah!, sí. Para Urql.

—Bueno. Adelante.

—El 11 de marzo de 1833, George Sand le escribe a su amigo Sainte-Beuve: «A propósito, pensándolo bien, no quiero que me traiga a Musset. Es muy *dandy*, no nos entenderíamos y tenía más curiosidad que interés por conocerlo. En lugar de ese, quisiera rogarle que me trajera a Dumas, en el arte de quien encontré alma, prescindiendo del talento».

Sainte-Beuve pertenecía a la desdichada raza de los críticos. Sufría por ello. Hubiera querido ser poeta, filósofo, novelista, inventar pasiones y personajes. Lamentaba, erróneamente, no ser un creador, como si la gran crítica no fuera, también, una especie de creación. Era una mente sensible y sutil, llena de curiosidad y de delicadeza. Tenía el genio para las fórmulas y los retratos literarios. Él es quien le reprochaba a Vigny hacer «obelisco aparte». Él es quien trataba al teatro de Hugo de «marionetas para la isla de los cíclopes». Y a Hugo mismo de «Calibán posando para Shakespeare». Él es quien decía de Juliette Récamier: «Hubiera querido detenerlo todo en

abril». Él es quien había encontrado para Chateaubriand la fulminante fórmula: «Era un epicúreo que tenía la imaginación católica».

—Lo recuerdo —dijo A.

—Mira: la Tierra es una bola redonda y gira sobre sí misma. Tenía la cara regordeta de un querubín que un hada malvada, por venganza o por celos, había cambiado en canónigo. Era llenito y circunspecto como un fraile, y su rostro redondo, afeitado, astuto, estaba lejos de ser bello. Tenía algo de graso y de blanco: se parecía a una esponja metida por el hada malvada en un agua que ya había servido. Tenía un aspecto concupiscente, era tierno y feo. Tan extraño como podría parecer para un hombre que siempre se presenta a los ojos de la posteridad bajo los rasgos de un viejo conserje con gorro negro, tenía veintinueve años cuando recibió la carta de George Sand.

Aficionado a las obras de los demás, rana aterrada por el amor y a menudo enamorada, sacristán del templo de Cnido, Sainte-Beuve fue más de una vez a buscar fortuna de amor con sus compañeros. ¿Recuerdas a Hortense Allart?

—Claro que sí —me dijo A con algo de irritación—, siempre me da la impresión que me consideras un viejo chocho. Chateaubriand. Stendhal.

—Sainte-Beuve la cortejó. Intentó incluso ponerla en contra de René quien, viendo cerca la muerte («Es demasiado cruel al hablarme de un viaje. Pronto emprenderé el último», le enviaba desesperadas y radiantes cartas: «Será mi última musa, mi último encantamiento, mi último rayo de luz. Pongo mi alma a sus pies». O: «Ámame como un recuerdo. No debería desconfiar mucho del tiempo que siempre me engañó; pero lo perdono como a usted. Estoy tan feliz de que tenga todavía algo de interés por mí que tengo que agradecerle de rodillas. Déjeme apoyar, aunque fuera en sueño, mi vida frente a la suya». Hortense, quien ya había engañado mucho al viejo vizconde, pero que le era fiel a su recuerdo, no se dejó del feo fraile. Le escribió una larga carta en la que lo mandaba a volar y le hablaba de René: «Era un hombre que el amor había encantado casi tanto como la gloria, que amó toda su vida y que era el más tierno del mundo…».

—La conozco —cortó A.

—Es cierto. Ya lo sabes casi todo. Enviado al rincón por la amante de una leyenda, Sainte-Beuve tomó revancha con la mujer de un gigante. Se había introducido en el matrimonio Hugo, se había relacionado con Adèle, había engañado y odiado a Victor. Apenas se había convertido, con pasión algo prudente, en el amante de la mujer de Victor Hugo cuando George Sand lo tentó.

George Sand fumaba puro. Era una latosa genial. «No soy de esas pacientes almas que acogen la injusticia con rostro sereno», decía. Había combatido toda su vida. Contra los demás. Para ella misma. Para los pobres. Para las mujeres. Fue la voz de las mujeres en un tiempo en el que las mujeres no tenían más voz que la de callarse.

—Sí, sí —murmuró A—, empiezo a entender cómo avanza su mundo.

—Descendía de una familia de reyes, de soldados, de canónigos, de actrices, de la bella Aurore de Koenigsmark y del mariscal de Sajonia que tenía dones para la guerra y que escribía deliciosas cartas con una delirante ortografía: «Eyos queren ponnerme en la Cademia, ezo meirá como aniyo a un perro». Había perdido a su padre que tenía rasgos del Fabrice de Stendhal. Adoraba a su madre, que era bailarina, o menos que bailarina, y de la raza de vagabundos bohemios de este mundo. Su preceptor estaba loco. Porque tenía un corazón generoso, se volvió socialista y siguió siendo católica. Violó, en su vida privada como en su vida pública, todas las convenciones de la sociedad de su tiempo y forzó la estima de sus mismos adversarios por su trabajo y su valor. «Tenía», dijo Charles Maurras, que no era tierno con ella, «un no sé qué de glotón en el movimiento del deseo».

George había abandonado sucesivamente, sin hablar de algunos más, a su marido Dudevant y a su amante Sandeau. Con su insensata audacia y sus grandes ojos en forma de almendra bajo un cabello casi negro, a Sainte-Beuve le pareció deseable. Hay que decir que había hecho lo mejor para atizar ese deseo y atraer al sacristán hacia su pequeño departamento del 19 quai de Malaquais: «Si soy inoportuna, dígamelo, pero venga a decírmelo usted mismo… Puede venir a cualquier hora que quiera; ahí estaré para usted».

A Sainte-Beuve le dio miedo ese torrente en el que se mezclaban la pasión y la frialdad del mármol. Por mucho que le escribiera, con una buena dosis de ingenuidad: «Usted me dijo algo que me lastimó: dijo que me tenía miedo. Rechace esa idea, se lo ruego… Y no crea demasiado en todos mis aires satánicos: le juro que es una apariencia que me doy… Usted está más cerca de la naturaleza de los ángeles: tiéndame pues la mano y no me deje a Satán»; el hermano de los ángeles contempló el abismo, y dio marcha atrás. Le propuso a George una amistad «seria» que excluía todo lo demás. George Sand se inclinó con una resignación mezclada de ironía: «Después de todo, amigo mío, si no le gusto, sea libre… No le atormentaré más. ¿Es feliz? ¡Tanto mejor! Bendigo al cielo por eso y me parece que hace bien en evitarme».

Quizá consciente de una sombra de ridiculez, Sainte-Beuve intentó redimirse presentándole a su pasión despechada candidatos para la aventura.

Por amor al amor, George Sand era incapaz de mantenerse por mucho tiempo como mujer sin hombre. Cuando Sainte-Beuve tuvo la descabellada idea de proponer la candidatura del filósofo Jouffroy que acababa de exponer en la Sorbona sobre lo Bello y lo Sublime, una tesis muy comentada, se sometió con humildad y con falsa reserva: «Amigo mío, recibiré a monsieur Jouffroy de su mano. Por poco dispuesta que esté a rodearme de nuevas figuras, venceré esta primera sugerencia de mi salvajez y hallaré probablemente en la persona recomendada por usted tan calurosamente todas las calidades que merecen estima». Sin embargo, al igual que Musset o Dumas, Jouffroy fue rechazado.

Tres semanas o un mes después de la misiva que condenaba a Musset, George Sand entabló relación con otro amigo de Sainte-Beuve del que ya te hablé. Era seco, fanfarrón, irónico, algo amargo. Escribía novelas y cartas deliciosas. Se llamaba Prosper Mérimée.

—Es cierto —hizo notar A—: su mundo da vueltas sobre sí mismo.

—Ni que lo digas. Reenvía siempre hacia sí mismo. Cuando George se puso a desgranar el rosario de la mediocridad de la amistad amorosa y a refugiarse tras su marido o su migraña, tan imaginarios el uno como el otro, Prosper soltó la risa: «Mucho le agradeceré decirme si ya se curó, si su marido sale solo de vez en cuando, y si tendré alguna oportunidad de verla sin que sea molestia…». No se puede ser más claro. La receta no era mala: «Creí», le escribió a Sainte-Beuve, «que tenía el secreto de la felicidad y que me lo revelaría».

«Vamos», le dijo a Mérimée, «acepto que las cosas se hagan tal como las quiere, ya que ello le da tanto gusto, porque, en lo que a mí concierne, debo declararle que estoy muy segura de no tener ninguno». Mérimée, ¡por desgracia!, no consiguió más. Ambos subieron a su departamento del quai Malaquais. Cenaron. Ella llamó a su sirvienta para ponerse un camisón que la disfrazaba de turca cruzada con española. Mérimée hervía de impaciencia. Más tarde pretenderá que al comportamiento de George Sand le había faltado pudor y pericia y que había matado el deseo. Fue uno de esos fiascos que atormentaban a Stendhal. Le dejará a George Sand llorando un cruel sabor de cenizas y un recuerdo de amargura.

El tiempo nos acosa y nos apura: ya no tengo derecho de pasearme, al azar de los encuentros, a través del vasto mundo de las abejas, de las galaxias, de los paraguas y de los amantes. Vamos directo al grano: el 20 de junio de 1833, el buen Buloz, director de la *Revue des Deux Mondes*, invita a sus colaboradores al restaurante Lointier, en el 104 rue de Richelieu.

—¿El menú?, —preguntó A—. Podríamos, si así lo quieres, hacerlo aparecer en el informe.

—Lo siento. Lo ignoro. Es un ejemplo que consterna de esas caídas en el olvido del que el mundo es tan pródigo. En Lointier, el 20 de junio, George Sand y Alfred de Musset están sentados juntos como Juliette y René estaban sentados juntos el 28 de mayo de 1817 en casa de madame de Staël, que estaba muriendo. Es la primera vez que esos dos se conocen. Alfred tiene veintidós años. Y George tiene veintinueve.

Alfred de Musset era una mezcla de querubín y de Rimbaud. Era, a sus diecisiete años, un niño prodigio y, al mismo tiempo, un *dandy*. Tenía ojos azules, larga cabellera rubia. Llevaba una gabardina con cuello de terciopelo hasta la cintura, un pantalón pegado de color azul cielo, un sombrero de copa inclinado sobre la oreja. Byron era su modelo. Al autor de *Childe Harold* le gustaban los hombres y las mujeres y había tenido un hijo con su hermana Augusta. Poeta y *dandy*, Musset, aunque no se acostaba con su hermana, también era un libertino. Jugaba, bebía, se daba con vano furor al champaña, al opio y a las muchachas, se llevaba al burdel a ese pobre y aterrado novato de Sainte-Beuve, al que llamaba Sainte-Bévue: Santa Metida de pata, antes de que Hugo lo llamara Saint-Bave: Santa Baba. Las jóvenes muchachas, en los salones del Marais, de la rue de Clichy y del faubourg Saint-Germain solo soñaban con él. Pero hallaba más placer con las prostitutas de las que decía con afecto: «Se les acaricia y se les insulta». Amaba a las mujeres no para ser feliz, sino para atormentarlas hasta la muerte.

Un paje tierno y sensible cohabitaba en él con ese libertino aburrido y un poco ostentoso. De ese contraste y de esa disonancia nacía su poesía. Quería ser Shakespeare, o callarse. Porque se enamoraba un día sí y otro no, escribió versos de amor que le dieron fama a los diecisiete años. En mayo de 1833, *Los caprichos de Marianne* eran publicados en la *Revue des Deux Mondes*. Un mes más tarde, Musset estaba sentado, en Lointier, al lado de George Sand.

—Lointier —hizo notar A con finura— era su rue du Dragon, su Piazza Campitelli.

—Los encuentros… ¿Qué hacen los escritores? Se la pasan hablando de sus libros. Alfred, como una flor, le envió a George Sand algunos versos sobre un capítulo de una novela atormentada y llena de defectos que ella había publicado un año antes y que se llamaba *Indiana*:

Sand, cuando la escribías, ¿dónde habías visto
Esa terrible escena en la que Noun, semidesnuda

Sobre la cama de Indiana se emborracha con Raimon?
¿Quién te dictaba esa ardiente escena
Donde el amor busca en vano, con mano palpitante,
El fantasma adorado de su ilusión?
¿Lo soñaste, George, o solo lo recuerdas?[37]

George le contestó a Alfred amables banalidades: «Además del genio que veló por sus creaciones, esas creaciones son en sí mismas mucho más bellas que las mías…», y bla, bla, bla. Pero al final de la carta literaria y moral, donde una sombra de ñoñería se mezcla con la adulación, figuraban cinco líneas mortíferas: «Cuando tuve el honor de verlo, no me atreví proponerle venir a mi casa. Sigo temiendo que la seriedad de mi morada lo espante y lo aburra. Sin embargo, si en un día de fatiga y de asco por la vida activa estuviera tentado de entrar en la celda de una reclusa, en ella sería recibido con gratitud y cordialidad». La máquina infernal está lista.

—¡Uy, uy, uy!, —dijo A.

—De Ella a Él, en julio, quizá quince días o tres semanas después de su primer encuentro: «¿Puede venir a verme mañana sábado, después de las nueve? Si no tiene otra cosa que hacer, escríbame una nota para que no lo espere y para zambullirme en la tinta sin preocupación. Para no molestar mi augusta presencia». La augusta presencia era una cantaleta conocida con la que se divertían entre ellos y una transparente alusión a la solemnidad de Sainte-Beuve. La historia… ¿sabes?… la historia…

—Lo sé —dijo A.

—La historia alcanza a nuestros héroes. El tercer aniversario de la revolución que echó a los Borbones para reemplazarlos por Luis Felipe se celebrará en julio. Más bien hostil al rey, Luis Felipe sin embargo debe pasar revista a la guardia nacional. De Él a Ella: «Tengo la obligación, señora, de hacerle la más triste confesión: monto guardia el próximo jueves. Cualquier otro día de la semana, o esta misma noche si estuviera libre, estoy a sus totales órdenes y agradecido por los momentos que tendría a bien dedicarme». ¿Ya ves cómo se ponen en marcha las cosas en los hombres?

—Lo veo bien —dijo A—. El deseo, la historia, los obstáculos, la agitación. Todo eso es muy agotador.

—Espera un poco, esto sigue. A finales de julio, George Sand le da el último toque a una nueva novela, bastante boba, cuyo título es *Lélia*. Las galeras de *Lélia* son enviadas a Alfred. Le escribe para agradecerle y, después de algunas insulseces literarias («Hay en *Lélia* veintenas de páginas que van directo al corazón») le asegura su amistad y le declara canturreando: «Me

conoce lo suficiente para estar segura que jamás la ridícula expresión: *¿Quiere o no quiere?* saldrá de mi boca con usted… Puedo ser, no su amigo, sino una especie de camarada sin consecuencia y sin derechos, consecuentemente sin celos ni disputas, capaz de fumar su tabaco, de arrugar sus batas, y de pescar un resfriado filosofando con usted bajo todos los castaños de la Europa moderna».

George Sand le hizo un llamado al amigo sin consecuencia y sin derechos para obtener de él una canción blasfematoria que uno de los personajes de *Lélia* debía declamar con voz alterada por los vapores del alcohol. Musset le envió algunos versos que ella incluyó en sus pruebas.

La canción empezaba con estas palabras, donde revivía todo el pasado del libertino romántico:

Si mi mirada se alza en medio de la orgía,
Si mi trémulo labio de espuma enrojecido
Va buscando un beso…

Y terminaba con estos, que eran premonitorios:

En un beso de adiós que nuestros labios entrelazan
¡Que en un gélido sueño todos mis deseos se apaguen
Y que Dios sea maldito![38]

Alfred iba al 19 quai Malaquais. George lo recibía en el atuendo que le había cortado la inspiración a Prosper Mérimée: bata abierta de seda amarilla y redecilla española para el pelo. Ella le ofrecía fino tabaco de Egipto y se sentaba en el piso sobre un cojín para fumar una larga pipa de cerezo de Bosnia que se pasaban el uno al otro y de la que sacaban largas bocanadas silenciosas. Alfred se arrodillaba a los pies de George Sand y acariciaba sus babuchas turcas de las que admiraba, afirmaba, los bordados orientales.

«No creo en la amistad ni en el amor entre una mujer y un hombre», le declaraba Alfred. «Y yo», respondía George, «siento por usted interés y afecto». «¡Amo a todas las mujeres», exclamaba con provocación, «y las desprecio a todas!». Y hablaba del gusano roedor que le devoraba el corazón. Se estaba al filo del abismo cuando Musset declaraba: «Solo trabajo con algo de propiedad cuando me caigo de cansancio». Cuando caía de cansancio… ¿Cuál cansancio? George soñaba con ese enigma y le confesaba su afecto a «ese niño infeliz y a lo que pudo haber sido».

En los últimos días de julio hacía calor en París, la dama morena del quai Malaquais recibió por correo una carta del niño infeliz: «Mi querida George:

Tengo que decirle algo tonto y ridículo. Le escribo tontamente en vez de habérselo dicho, no sé por qué, al regresar de aquel paseo. Lo lamentaría esta noche. Se reirá en mi cara, me tomará por un hablador en todas mis relaciones con usted hasta ahora. Me echará fuera y creerá que miento. Estoy enamorado de usted».

No se rio en su cara, no lo echó fuera. Tampoco se echó enseguida a sus brazos. Vaciló. Él le escribió otra carta:

«Ame a los que saben amar, solo sé sufrir. Hay días en los que me mataría, pero lloro, o suelto la risa, no hoy, por ejemplo. Adiós, George, la amo como un niño».

Mucho más que la declaración de amor que la había precedido, esa misiva algo incoherente conmocionó a George Sand. La apretaba entre sus temblorosas manos y repetía: «¡Como un niño! ¡Me ama como un niño! ¡Pero qué me dijo, Dios mío! ¿Y acaso sabe lo que me está haciendo?». En los primeros días del mes de julio, George invitó a Musset a ir a verla a su casa a la medianoche. Lo esperaba arriba de las escaleras del 19 quai Malaquais. Cuando lo vio, se echó en sus brazos. La llevó al cuarto, del que puso los cerrojos, y se amaron.

—¡Uy, uy, uy!, —gimió A.

—Todavía no sabían que serían, con Sansón y Dalila, con Antonio y Cleopatra, con Filemón y Baucis, con Romeo y Julieta, los más célebres amantes de toda la historia de los hombres. Tampoco sabían que su amor, por los más sencillos mecanismos y los más implacables, iba a transformarse en infierno y que habrían de maldecir a Dios. «Sin tu juventud y la debilidad que tus lágrimas me causaron, le dijo, habríamos permanecido como hermano y hermana…». Más que su amante, se había convertido en su madre, la madre del niño infeliz. Los escritores no dejan de mezclar sus amores con la literatura y la literatura con sus amores. Apenas algunas horas después de su primera noche en el 19 quai Malaquais, George le dedicó a su amante los dos volúmenes de *Lélia* que acababan de ser publicados. En el primer volumen, ella escribió: «Al señor mi niño Alfred. George». Y en el segundo: «Al señor vizconde Alfred de Musset, respetuoso homenaje de su segura servidora. George Sand».

XVIII. Una temporada en el infierno

—Eres un idiota —me dijo A—. Pero te quiero mucho. También quiero mucho a Marie. Vale más que tú. Quiero mucho a Hortense Allart y a Juliette Récamier. Quiero mucho a tu vizconde, y a Rancé, y a Musset, e incluso a Sainte-Beuve y a Molé, con quien no se querría comer todos los días. Quiero mucho a George Sand. ¿Pero por qué rayos no me cuentas su historia?

—Por una sola razón. Y siempre por la misma. Porque te cuento de los hombres. Y te cuento su historia. Lo que hacen, lo que los agita, lo que temen, lo que anhelan. No hay nada mejor, para ilustrar a los hombres, que el ejemplo de madame Sand. Es libre y virtuosa…

—¿Virtuosa?, —preguntó A.

—Perfectamente. Virtuosa. Ama la vida y es infeliz. Cuando muere…

—¿Muere?

—No seas imbécil. Cuando muere, el 8 de junio de 1876, Hugo envía un mensaje: «Lloro a una muerta y saludo a una inmortal… ¿La hemos perdido? No. Las grandes figuras desaparecen, pero no se desvanecen… La forma humana es un ocultamiento. Enmascara el verdadero rostro divino, que es la idea. George Sand era una idea; está fuera de la carne, hela libre; está muerta, hela viva».

Flaubert y Renan asistían al entierro. A Flaubert le pareció muy bello el texto de Hugo. Renan declaró que era estúpido y que era un montón de lugares comunes. En el momento en que el cuerpo de la autora de *Lélia* era colocado bajo tierra, un ruiseñor se puso a cantar. Flaubert le escribió a su amigo Turguénev: «La muerte de la pobre vieja Sand me apenó infinitamente. Lloré en su entierro como Magdalena… ¡Pobre querida gran mujer…! Había que conocerla como la conocí para saber todo lo que era femenino en el gran hombre, la inmensidad de la ternura que se hallaba en su genialidad».

—Háblame algo de Turguénev —me dijo A.

—Turguénev era el amante de Pauline Viardot, que era la hermana de Malibran. Cuando Turguénev…

Me detuve en seco.

—¿Cuándo Turguénev…?, —preguntó A.

—No, no puedo. Esta vez, francamente, ya no tenemos tiempo. ¿Cómo hablarte de Turguénev sin hablarte de Flaubert, su amigo, gigante entre los gigantes? ¿Cómo hablarte de Flaubert sin hablarte de Louise Colet?, que había escrito, bajo el título de *Lui*, un detestable libro sobre las aventuras de Musset y de Sand y que había sido amante del filósofo Victor Cousin *(Du*

Vrai, du Beau et du Bien), de Musset mismo y del autor de *La educación sentimental* antes de serlo de Alphonse Karr, a quien finalmente intentará apuñalar y expondrá el puñal en casa, adornado con una inscripción:

Dado por la espalda por Mme Louise Colet

¿Cómo hablarte de Flaubert sin hablarte de Maxime de Camp, su más íntimo amigo, su compañero de viaje en Grecia y en Egipto, donde ambos pasaron una noche de excesos, a orillas del Nilo, con la cortesana Kuchiuk-Hanem, una criatura grande y espléndida cuyo duro pecho tenía olor de trementina azucarada, y donde no dejaba de planear por encima de sus cabezas y de lo demás la amenaza del resfriado de calzón? Sin hablar de Louis Bouilhet, su compañero de toda la vida, autor de algunos versos cuyo eco, gracias a ti, llegará quizá hasta Urql:

Se está más cerca del corazón cuando el pecho es plano

O:

Tu lámpara solo encendió tomando mi llama,
Como el gran convivio en las bodas de Caná,
Cambié en vino puro lo insípido de tu alma,
Y fue un festín para asombro de todos.
Nunca fuiste más en tus días extraños
Que un banal instrumento tocado con mi arco.
Aire vibrante en el hueco de la guitarra,
Hice cantar mi sueño en tu corazón vacío[39].

—¿De verdad?, —preguntó A—. ¿Para Urql?

—Lo dudo un poco. Pero de todo se necesita para hacer un mundo y hay un encanto de lo peor y un hastío por lo mejor. Quizá hubiera sido preferible que no cediera ni a uno ni al otro y conformarme con permitirte, para que te los lleves contigo, el relato de la vida de Régulo o de San Francisco de Asís, el croquis de las maniobras de Alejandro Magno en Issos o en Erbil, de César en Farsalia, de Napoleón en Austerlitz, el *Sermón de la montaña*, *Las bodas de Fígaro*, una o dos vírgenes italianas y algunas manzanas de Cézanne, un

diálogo de Platón y un manojo de versos de Racine, de Verlaine, de algunos otros:

Hazme beber en el hueco de tus manos
Si el agua no disuelve la nieve[(40)].

O:

El alma plena de amor y de melancolía,
Acostado sobre flores y bajo naranjos,
Mostré mi herida a los dos mares de Italia
Y pregoné tu nombre a los ecos extranjeros[(41)].

O:

Te amaba inconstante, ¿qué habría hecho fiel?[(42)]

O:

Esos días, para mí tan largos, le parecerán demasiado breves[(43)].

O:

Todos los días amanecían claros y serenos para ellos[(44)].

O:

Llego cubierto aún de rocío
Que el viento matinal hiela en mi frente.
Le doy mi fatiga que a sus pies deposito
Para su alivio en ese preciado instante.
En su joven pecho deje rodar mi testa,
Al son que recuerda sus últimos besos,
Y que se aleje de la gran tormenta.
Haga que yo duerma mientras sus descansos[(45)].

Pero ya que empecé hablándote de paraguas, de la Piazza Campitelli y de las pasiones de los hombres, no puedo, ahora, ni proseguir ni detenerme. ¿Cómo no hablarte de Lucrecia Borgia, hija de papa, y de su hermano César, que mandó estrangular a su marido ante sus ojos? ¿Cómo no hablarte de esos

soberanos de Egipto que se desposaban con sus hermanas por orden de sus dioses o, quizá, no se sabe, para reunir todas las tierras en unas solas manos y para asentar mejor su poder? ¿Cómo no hablarte de los asesinos y de sus geniales ardides, de los viajeros del Himalaya o de los Alpes, de los héroes y de los santos que saben morir así como reír y, por un misterio insondable y sin embargo luminoso, prefieren a los demás que a sí mismos? ¿Y cómo hablarte de ellos, ya que nos falta tiempo?

—Acaba al menos la historia de Musset y de Sand… —sugirió A.

—¿Por qué no? Esa u otra…

—Lo sé —gruñó A—, lo sé: siempre es lo mismo. Pero hay como un encanto en ver a los hombres debatirse entre las pasiones que los agitan y el tiempo que los construye antes de destruirlos.

—A tus órdenes. A tus órdenes hasta el final. París solo hablaba de *Lélia*. La prensa se desató en contra de la obra de George Sand. El libro no valía mucho, pero no merecía tanto honor ni gritos indignados. *Le Figaro* del 18 de agosto de 1833 solo tenía cuatro páginas. Le consagró a *Lélia*, ¡vaya sueño para un novelista!, la totalidad de su primera página y la mitad de la segunda. Era para hacerla pedazos. «*Léila*», decretaba *Le Figaro*, «hace que se sonroje hasta las rodillas». En otro periódico, un tal Capo de Feuillide comparó la novela con «un libro de monsieur Sade» del que se negaba, por pudor, a ni siquiera citar el título. «El día en que abra *Léila*, enciérrese en su despacho para no contaminar a nadie. Si tiene una hija de la que quiera que el alma permanezca virgen e ingenua, mándela a jugar al campo con sus compañeros». Y, después de haber pronunciado los nombres de George Sand y de su heroína, exigía un carbón ardiente para purificarse sus labios.

Esos incidentes, esos comadreos no tienen la más mínima importancia. ¿Qué hacen los enamorados?

—¡Parten!, —recitó A—. Y de preferencia hacia el sur.

—¡Bravo! George Sand y Musset se fueron a Italia el 12 de diciembre de 1833. Se dice que una dama con velo rindió visita, una noche, a madame de Musset madre: era George Sand quien, repentinamente presa de escrúpulos, venía a arrancarle el permiso de llevarse a su muchachote, con ella, a Italia. La Sra. de Musset habría vertido algunas lágrimas antes de terminar por ceder.

El día de la partida, George había cambiado su velo por un pantalón gris perla, botas de cuero de Rusia y un gorro de terciopelo con borlas. La cosa no empezaba bien. El baúl que se llevaron para Lyon en el patio del Hotel des Postes era el decimotercero del día. En el momento de la partida, se enganchó

con un poste y tiró a un aguador. En Lyon, tomaron un barco que bajaba por el Ródano hasta Aviñón. Y a bordo del barco había otro pasajero con el que entablaron conversación sin excesivo fervor y que no era más que el propio Stendhal.

—Creo que exageras —me dijo A— para divertirme y darme gusto, para darles a los espíritus de Urql una bella idea de tu mundo.

—De ninguna manera. Así es la vida. Los dos amantes dejaron que Stendhal prosiguiera su viaje por carretera y fueron a Marsella. George Sand se tomó su tiempo para escribirle una nota a Boucoiran, el preceptor de los niños, para que pusiera a salvo de las miradas indiscretas, y sobre todo de las investigaciones de su marido, las cartas, probablemente comprometedoras, que había dejado en desorden en su escritorio del 19 quai Malaquais. Y después se embarcaron hacia Génova.

Mientras George miraba el mar y fumaba en la cubierta, Alfred, en su camarote, cayó horriblemente enfermo.

George está en la cubierta de arriba
Fumando su cigarro.
A Musset, bizarro,
Le duele la barriga.

En Génova, luego en Florencia, fue al revés: George, que tenía que terminar una novela para Buloz y, poniendo furioso a Musset, trabajaba ocho horas por noche en su cuarto de hotel, fue víctima de fiebre y de diarrea. Mitad por culpa de su trabajo, mitad por culpa de su enfermedad, se le rehusó a Musset. Le dijo de todo: el aburrimiento en persona, la soñadora, la bestia, la religiosa. Ella lo incitó a hacer como ella, y a trabajar en una obra de teatro de la que había tenido la idea y que se convertiría en *Lorenzaccio*. Entonces, exasperado, fue de bar en bar y de chica en chica, que nunca faltan en ninguna parte.

En Florencia, George Sand fue a ver el *Perseo* de Benvenuto Cellini…

—¡Ah! ¡Dios mío!, —exclamó A—. Benvenuto Cellini…

—… Y las estatuas de Miguel Ángel que representan el Día y la Noche, el Alba y el Crepúsculo, la Acción y la Contemplación en la capilla de los Médicis de la iglesia de San Lorenzo. «Me parecía, por momentos», escribe, «que también yo era estatua». Dudaron, en Florencia, entre Venecia y Roma. Un cara o cruz decidió el resto de su viaje. Venecia ganó. Entraron en góndola a la ciudad de los dux y en la bahía de San Marcos. La luna iluminaba los domos de la vieja basílica agobiada por los siglos y el palacio

ducal, aéreo y macizo. George no se sentía bien. Monsieur de Chateaubriand acababa de dejar la ciudad de palacios rosas y blancos donde iban a esconder su amor ya marchitándose antes de haber nacido y donde él, para ganarle al recuerdo de lord Byron, había brillado espléndidamente en los salones rivales de madame Albrizzi y de la condesa Benzoni antes de grabar para siempre sobre la arena del Lido, donde las olas, una a una, las borraban en vano, las bien amadas dieciséis letras del nombre de Juliette Récamier.

La góndola los llevó hasta la riva degli Schiavoni y fueron al Danieli. Se les asignó un cuarto con maravillosa vista sobre la isola di San Giorgio y sobre la Aduana de Mar. Era el cuarto número 13. George estaba en un grito. Alfred quería salir y pasearse por Venecia, que había soñado desde hacía tanto tiempo. Lo agitaban esos sentimientos violentos y a menudo contradictorios que se apoderan de las almas de los hombres y que los hacen castigarse castigando a los demás. Se acercó a la cama donde yacía su amante, se inclinó sobre ella y le dijo:

—George, me equivoqué, te pido perdón, pero no te amo.

—¡Uy, uy, uy!, —exclamó A.

—El infierno empezaba. Alfred iba de teatro en teatro, iba tras las actrices, las bailarinas, por los burdeles con el cónsul de Francia que le servía de guía. George oía desde su cama los rumores de Venecia. No tenía fuerzas para ir hasta la ventana que daba sobre tanta belleza. Una noche, sin embargo, o más bien una mañana, la situación dio un nuevo vuelco. George se había restablecido y Alfred volvió con el rostro bañado en sangre: se la había pasado peleando buena parte de la noche. George debió acostarlo. No volvió a levantarse: una fiebre, tifoidea quizá, una especie de delirio y de locura se había apoderado de él y quería matarse. George mandó llamar al médico que ya la había tratado cuando Alfred frecuentaba los antros y a las chicas de la Fenice. Se llamaba Pietro Pagello. Tenía veintiséis años. Ella le hablaba de Musset como de la persona que más amaba en el mundo y le confió su angustia al verlo en ese estado.

El resto, todo lo que seguirá, ya lo adivinaste. Miles de libros y de artículos han sido redactados sobre los amantes de Venecia. Se distribuyeron sus retratos. Se rodaron películas sobre ellos. Unas los ponían por las nubes, otras los condenaba como siendo la imagen misma de la decadencia y de la depravación. Unos tomaban partido por Él, los otros la defendían, a Ella. Durante noches y noches de delirio y de convulsiones, George Sand y Pagello cuidaron de Musset con devoción. Pagello admiraba al poeta del que había leído algunas páginas. Ella llevaba un corbatín, un cuello blanco a la Byron, y

salía al balcón para fumar un puro. De noche velaban juntos por el enfermo dormido, intercambiaban a media voz algunas palabras italianas y sus manos se rozaban. Alfred, en su delirio, creyó ver a George y a Pagello tomar su té en la misma taza y chorros de tinta de todos los colores rodaron en esa taza. Pagello tenía amantes. George era la amante del enfermo de Pagello. Pero, una noche, como las penas son un proxeneta, agotada por el cansancio y la angustia, George tuvo ganas de Pagello. Una noche en que Musset dormía, George se puso a escribir una larga carta que solo estaba hecha, a su vez, de jadeantes delirios y de interrogaciones: «¿Y tú, cómo amas?… ¿Será para mí un apoyo o un amo?… ¿Sabrás por qué estoy triste? ¿Conoces la compasión, la paciencia, la amistad? Quizá te hayan criado en la convicción de que las mujeres no tienen alma. ¿Sabes que tienen una?… ¿Seré tu compañera o tu esclava? ¿Me deseas o me amas? Cuando tu pasión esté satisfecha, ¿sabrás agradecerme? Cuando te haga feliz, ¿sabrás decírmelo?… Cuando tu amante se duerme en tus brazos, ¿permaneces despierto para rezarle a Dios y para llorar?… No aprendas mi idioma… Quisiera no saber tu nombre.»… Tomó las hojas que acababa de escribir durante una hora en una especie de rabia, las metió en un sobre y se lo tendió a Pietro.

—Pero… —balbuceó Pagello— ¿para quién es?

Entonces George, con un movimiento mucho mejor logrado que la carta entera, le arrancó el sobre de las manos y escribió de un trazo: «Para el estúpido Pagello».

—¡Uy, uy, uy!, —dijo A, volteándose, con un suspiro casi inaudible.

—No hay otra historia. Hay otras versiones, pero siempre es la misma historia. Puede tomar otras formas, siempre cuenta lo mismo. La versión de los amantes de Venecia es más o menos perfecta en su complicación y en su sencillez. Es por ello que tantos libros les fueron dedicados y es por ello que el nombre de Musset y el nombre de George Sand no serán olvidados mientras haya hombres para gustar de las historias.

—Hay otras historias —protestó A—: tú me enseñaste eso.

—Una multitud de historias, donde caben el azar, el valor, la ambición, la venganza. Pero antes que nada dos tipos de historias porque hay dos grandes pasiones para agitar a los hombres: el saber y el amor. Está el saber que se extiende sobre el mundo y que lo penetra y lo transforma poco a poco; y está el amor entre los hombres, del que es inútil decir nada porque ya sabes que es el corazón y el sentido de la vida. Están los sabios y los enamorados.

Lo demás ocupa a los hombres, pero no tiene importancia. El poder, las batallas, el comercio, el dinero, la vanidad, la glotonería… No pondrás en el

informe a un gran capitán o a un director de alguna administración central muy por encima de un cocinero: es el prestigio de la casa y la comodidad, que no valen ni el menor gesto de caridad hacia los demás o de curiosidad ante el orden del mundo. También ves que lo que los hombres llaman el arte se sitúa en alguna parte entre la ciencia y el amor y aúna uno y otro. Hay saber y amor en *La batalla de San Romano* o en la *Misa de la coronación*, en las bailarinas de Degas, en *Las memorias de ultratumba*, en *En busca del tiempo perdido*, en la *Présentation de la Beauce à Notre-Dame de Chartres*.

—¿Y en el informe?, —preguntó A.

—¡Ah!, no sé. Quisiera que contuviera para uso de la gente de Urql todo el saber de los hombres y todo el amor del mundo.

Musset terminó por aliviarse, gracias a los cuidados de su amante y del amante de su amante. Vivieron en Venecia algunas semanas, los tres. Alfred había lastimado a George. Ella se vengaba de él a través de Pagello. Los sentimientos de los hombres son blanco y negro. Oscilan sin fin entre el todavía no y el ya no más, entre el no sé qué y el casi nada, entre la sombra y la luz, entre la evidencia y la contradicción: flotan en la incertidumbre al modo de los quanta. Alfred ya no amaba a George y la amaba todavía. George amaba a Alfred y amaba a Pagello. Pagello no sabía, admiraba al poeta, tenía ganas de la dama y se dejaba.

El 29 de marzo, repuesto, todavía enfermo, heroico, algo cobarde, Alfred de Musset dejó Venecia para ir a París. Le confió George al amor de Pietro. George lo acompañó en góndola hasta Mestre. Y luego volvió a echarse a los brazos de Pagello, que la esperaba en la Piazzetta. Y hablaron de Musset, que había sufrido entre ellos dos, que los había hecho sufrir y que habían, a cambio, hecho sufrir a su vez.

George, que ya no tenía un centavo, se instaló en casa del médico. Pagello, que era pobre, recorría dos leguas a pie para ir a recoger flores en los jardines de los suburbios y hacer un ramo que le ofrecía a su amante. George trabajaba incansablemente para conseguir algo de dinero de *La Revue des Deux Mondes* y de su director. Todavía le daba tiempo de trabajar con la aguja, de coser cortinas y de decorar, con su acostumbrada energía, la morada del médico: tenía, dijo con lindura monsieur André Maurois, el adulterio casero. ¿Cómo es que disponemos de esa multitud de detalles sobre la vida veneciana de George y de Pagello? Es que ella contaba sus nuevos amores en cartas de amor a su antiguo amante.

George le escribía a Alfred. Alfred le escribía a George. Era sublime y ridículo. Pasajes enteros que exaltadas damas y jóvenes fuera de sí

aplaudirían hasta la locura, durante dos o tres siglos en las salas de espectáculos enardecidas («He sufrido a menudo, me equivoqué algunas veces, pero te amé. Yo fui quien amó y no un ser ficticio creado por mi orgullo»), salen de las cartas intercambiadas entre George Sand y Musset en tiempos en que ya no se amaban y en los que todavía se amaban.

Los amores desvanecidos alimentaban esos intercambios de los que surgía, más fuerte, un amor renaciente. «Me dijiste que me fuera», escribe Alfred, «y me fui; me dijiste que viviera, y viví». «Adiós, adiós ángel mío», escribe George. «Adiós pajarillo mío». «Todavía te amo de amor», escribe Musset. «Te creíste mi amante, solo fuiste mi madre». «Que haya sido tu amante o tu madre», responde George, «poco importó. Sé que te amo, y eso es todo».

Musset le contaba a George que se había dado de nuevo a la vida de placer de la que ella había querido sacarlo. «¡Oh! Te lo ruego de rodillas», suplicaba George Sand, «¿todavía nada de vino, todavía nada de chicas? ¡Es demasiado temprano!». «Háble*me* de *sus* placeres», replicaba Musset. Y tachaba las palabras, y garabateaba. «¡No, eso no!».

El 24 de julio de 1834, George Sand, a su vez, dejaba Venecia para ir a París. Iba flanqueada por Pagello, que le escribía a su padre: «Estoy en la última etapa de mi locura… Mañana parto a París, donde dejaré a la Sand».

XIX. ¡Adiós, todo lo que amaba!

—Ya está —le dije a A—. Se acabó. Estamos todos cuanto somos hasta los más jóvenes de entre nosotros y hasta los recién nacidos, en la última etapa de esa locura colectiva llamada vida. Los hombres nunca empiezan más que para terminar enseguida. George Sand dejó a Musset. Pagello dejará a George Sand. Y yo te dejo, mi querido A, para ir a no sé dónde. El mundo sigue, por supuesto. George Sand, antes de morir en la ternura y la estima de Flaubert, todavía tiene ante sí algunas aventuras: Chopin la espera en el futuro, la espera en Mallorca, la espera rue Pigalle, la espera rue Taitbout. Y, cinco años antes de su muerte a los cuarenta y seis años, en el fondo de la desesperanza, desgastado por el alcohol, arruinado, lleno de deudas, habiendo perdido el genio que iluminaba su juventud, Musset será elegido a la Académie française. George Sand y Musset se engancharon el uno al otro para sufrir un poco más y nutrir su pasión. La más cruel y la más encantadora de las páginas de sus amores contrariados está a punto de quedar atrás. Nuestros tres días terminan. Habrá, después de nosotros, otros encuentros y otros hombres, otros amores, otras aventuras, otras derrotas y otras victorias. Nuestras relaciones llegan a término. Y nuestro informe también.

—¡No puedes dejarme!, —gritó A—. ¡Todavía tienes tantas cosas por enseñarme de las que ni pío me dijiste! ¿Qué no ves que al trabajo le falta mucho para terminar? ¡Dame otros tres días!

—Imposible. Me están esperando.

—Ni siquiera sabes quién —refunfuñó A entre dientes.

—Razón de más. Todo encuentro es una sorpresa. Pero una cita de la que no se sabe nada y de la que no se sabe con quién es una sorpresa en la sorpresa. ¿No querrás que O, tu amigo O, llegase tarde por culpa de A?

A encogió los hombros.

—Si supieras…

—Nada quiero saber de lo que no es de este mundo. Soy uno de esos hombres cuyos límites están trazados por el espacio y el tiempo. De lo que está fuera del tiempo nada puedo decir. Lo ignoro. Pero para allá voy.

—¿Entonces, se acabó?

—Sí. Se acabó.

Me miró un instante, en silencio, sin moverse. Y entonces me abrió sus alas. Me eché en ellas sin decir palabra y posé mi cabeza sobre su hombro.

—Inútil —susurró— hacer frases sobre el infinito, del que ni conoces la primera palabra. Los hombres, a excepción quizá de Kant, solo dicen tonterías

cuando hablan de otros lugares donde no reina el tiempo. Pero quisiera que me enseñaras, ya que Dios está en los detalles y solo ellos cuentan a los ojos de un espíritu que contempla a los hombres, lo que devino de Pagello.

—Tienes razón, te hablaré de cosas minúsculas hasta mi último suspiro. George Sand se ocupó de Pagello en París como un caballero mantiene a una amante. Al tiempo que se instalaba en el 19 quai Malaquais, alojó a Pagello en un pequeño cuarto del tercer piso de un hotel del barrio. El precio del cuarto era de un franco cincuenta centavos al día.

Alfred y George se volvieron a ver. Como amigos. En medio de amigos. Musset anunció su decisión de irse a España. Y se fue a Baden-Baden. Cuatro días más tarde, partía sola a Nohant, en la región de Berry, que era su puerto de amarre y su remanso de gracia y donde la esperaban su marido, sus hijos, su madre y sus amigos, que eran fieles y numerosos. Casimir, el marido, quien le pediría, más tarde, la Legión de Honor a Napoleón por causa de infortunios conyugales, había llevado la complacencia hasta invitar al doctor italiano. Pagello se había negado.

George y Alfred volvieron a escribirse. Musset le contaba a George que jóvenes mujeres provocadoras lo cuestionaban sobre ella: «Canta, mi buen gallo, me decía en voz baja, no me harás renegar de San Pedro». Quería escribir un libro sobre ella: «No moriré sin haber hecho mi libro sobre mí y sobre ti (sobre todo de ti). La posteridad repetirá nuestros nombres como los de esos amantes inmortales que solo se tienen el uno al otro, como Romeo y Julieta, como Eloísa y Abelardo. Nunca se hablará de uno sin hablar del otro».

—¿Cómo A y O?, —sugirió A.

—No somos amantes, que yo sepa. Estoy muerto. Tú eres un espíritu. George Sand y Musset estaban vivos, en plenitud de sus facultades. George acababa de cumplir treinta años y le escribía a Sainte-Beuve: «Estoy triste hasta la muerte, y en verdad no sé si saldré de esta horrible crisis del sexto lustro». La crisis del sexto lustro, Alfred hacía lo mejor que podía para apaciguarla, o para exacerbarla. El 1.º de septiembre de 1834 le enviaba a George, de Baden-Baden, donde sin embargo parece ser que se la había pasado bien, una carta que, comparada con las misivas precedentes, tenía aires de sobriedad y casi de sequedad:

«Solo quería hablarte de mi amor, ¡ah George, qué amor! Nunca hombre alguno amó como te amo. Estoy perdido, entiende, estoy ahogado, inundado de amor; ya no sé si vivo, si como, si camino, si respiro, si hablo; sé que te amo. ¡Te amo, oh mi carne y mi sangre!, muero de amor, de un amor sin fin,

sin nombre, insensato, desesperado, perdido… Dicen que tienes otro amante. Lo sé bien, de ello muero, ¡pero amo, amo, amo, que me impidan amar!».

—Sí —murmuró A—, creo que es una suerte no ser hombre. —Sobre ese punto, las opiniones difieren. George le contestó, a lápiz, desde un bosquecillo al que se había ido a pasear sola y donde leía, destrozada, la carta de Baden-Baden: «¡Ah!, todavía me amas demasiado, ya no hay que vernos… Ya no me ames, ¿me entendiste? Ya no valgo nada… Debemos dejarnos, entiende, es necesario ya que logres persuadirte que no puedes curarte de este amor por mí que tanto daño te hace… Adiós, pobre niño mío…».

En la última carta que parecía asestarle el último golpe a la desdichada pasión de Musset, había sin embargo, para Alfred aburriéndose en lo más recóndito de la Selva Negra, como un rincón de arco iris: George estaba harta de Pagello. «Él, que todo lo entendía en Venecia, en el momento en que puso un pie en Francia, ya no entendió nada». ¡Con qué embriaguez Alfred debía leer esas líneas en su hostal lleno de humo! Detrás de la condenación del amor de Musset ya se perfilaba la condenación del amor de Pagello: «Todo lo mío lo hiere y lo irrita, ¿y hay que decirlo?, se va, quizá ya se ha ido a esta hora, y yo no lo retendré».

Pagello dejó París y Musset volvió. George fue de Nohant a París para consolar al médico y despedirlo. Le dio dinero, con delicadeza, para pagar el viaje de vuelta a Venecia. «Una carta de George Sand», escribe el inocente Pagello, «me anunció la venta de mis cuadros por mil quinientos francos… Nuestra despedida fue muda. Le di la mano. Estaba como perpleja; no sé si sufría. Mi presencia la incomodaba…».

Hacia mediados de octubre, Musset, de vuelta en París, le escribió a George Sand en respuesta a una carta que le había enviado:

> «Amor mío, estoy aquí… Quieres que nos veamos, ¡y yo sí quiero…! Así, una palabra, dime tu hora. ¿Será esta noche? ¿Mañana? Cuando quieras, cuando tengas una hora, un momento que perder. Contéstame una línea. Si es esta noche, tanto mejor. Si es dentro de un mes, ahí estaré. Será cuando no tengas nada que hacer. Yo, no tengo nada que hacer más que amarte.
> Tu hermano Alf[d]»

Eran hermano y hermana. Volvieron a ser amantes. El infierno se abría de nuevo.

—¡Uy, uy, uy!, —dijo A.

—Los hombres no saben lo que quieren. En política, en amores, en literatura y en arte, en su vida cotidiana, avanzan por caminos que están obligados a seguir porque empezaron, un buen día, por casualidad, por distracción, para ver dónde llevaban, por convicción también y por entusiasmo, a dar en ellos sus primeros pasos. Pagello tuvo suerte de salirse a tiempo del campo de batalla minado en el que se había aventurado. Quedaban Musset y George Sand. Se ametrallaban sin piedad.

Hubo noches luminosas, como esa cena en quai Malaquais, hacia finales de otoño del 34, donde George Sand y Musset se reunieron con un músico francés de una treintena de años que se llamaba Hector Berlioz, un joven pianista húngaro de veintitrés años de nombre Franz Liszt y el poeta alemán Heinrich Heine. Heine consideró que George Sand era tan bella como la Venus de Milo.

Pero desde el momento en que se volvió a reunir y a reconquistar a George Sand, Alfred de Musset se mostró incapaz de controlar los celos retrospectivos que Pagello le inspiraba, a pesar de haber desaparecido del escenario parisino. Lo que lo atormentaba sobre todo era saber en qué momento George Sand y el médico se habían hecho amantes. ¿Había soñado cuando creyó verlos, en la penumbra del cuarto 13 del hôtel Danieli, en la riva degli Schiavoni, frente a la Aduana de Mar, tomando ambos de la misma taza? ¿Habían sido amantes antes o después de su propia partida de Venecia? La torturaba, la acosaba con preguntas, con sospechas, con recriminaciones, reclamaba detalles, se deleitaba de su propio sufrimiento.

El ciclo infernal de las escenas de celos y de misivas apasionadas era amplificado por el círculo de los amigos. Sainte-Beuve, Alfred Tattet, Gustave Planche y otros también fueron presa del circo de los chismes. Alfred Tattet, un amigo de Musset, se había vuelto íntimo de Pagello. Le repitió a Musset los secretos de alcoba que le había confiado el médico de Venecia. Musset habló de retar a duelo a Gustave Planche, crítico de *La Revue des Deux Mondes*, quien esparcía rumores provenientes quizá de Tattet. Hacia mediados de noviembre, al joven Jean-Jacques Ampère, el hijo del inventor de la electrodinámica, el aterrado enamorado de Juliette Récamier, que se había vuelto amigo de Chateaubriand, del que recibía cartas sublimes sobre Grecia y sobre la vejez…

—¡En anexo!, —exclamó A.

—¡Demasiado tarde! Demasiado tarde. A la próxima.

—¿A la próxima?, —preguntó A.

—Sí. Dentro de cinco mil millones de años. Cuando vuelvas a la Tierra… al joven Jean-Jacques Sainte-Beuve le escribía: «Querido amigo, todo va bien, y las mayores tormentas de las que sé son las rupturas de Lélia y de Rolla, que no dejaron todo el pasado mes de maldecirse, de reencontrarse, de desgarrarse, de sufrir». Y en una nota que le había enviado George para invitarlo a cenar con los niños al Pinson por cincuenta centavos por cabeza, el buen Buloz escribió apresuradamente algunas líneas que llegaron hasta nosotros solo para ir a Urql contigo:

Disputa con A. Caso Pagello.
Confesión de Tattet a Alf. —Horribles escenas.
Ella confiesa tristemente, echándose a las
rodillas de Alfred y exclamando: ¡Perdóname!
Compra de una calavera para encerrar la
última carta de A, y nuevas lágrimas
en mi casa el 13 9^{bre}, Sainte-Beuve se interpone
entre G, y A.

—¡Oh, O!, —exclamó A—. ¡Quisiera que te quedaras unos días más conmigo para contarme tus hombres!

Sacudí la cabeza. A bajó la suya, o lo que tenía por cabeza.

—A petición de Buloz, que mandaba hacer los retratos de los colaboradores de *La Revue des Deux Mondes*, George fue a posar con Delacroix, cuyo taller, en el 15 del quai Voltaire, estaba a dos pasos de su casa. Medio para parecerse a esas mujeres de Goya admiradas por Alfred, medio por sacrificio y en protesta contra la crueldad del destino, se había cortado sus largos rizos negros, como Mathilde de La Mole en *El rojo y el negro*, y se los había enviado a Musset. El retrato de Delacroix rinde la imagen patética de un joven paje perdido y empalidecido por las noches sin dormir, de una Juana de Arco adelgazada por la pasión desdichada, de una María Magdalena sin cabello, pero con lágrimas, con cruz y con calavera. Le mostró a Delacroix (que siempre llama Lacroix) los croquis del álbum que le había dejado Alfred. Le pareció que Musset tenía mucho talento y que habría sido un gran pintor, de haber querido. Intentó, como pudo, distraer a George de sus penas y consolarla. «Suéltese, le decía. Cuando estoy así, no me hago el orgulloso. No nací romano. Me abandono a mi desesperanza, me roe, me abate, me mata. Cuando ya tuvo suficiente, también se cansa, y me deja». Las penas, ¡desgraciadamente!, ya no dejaban a George Sand.

Hubo otros buenos momentos. Un día en que Musset, como a menudo, había enfermado, George se puso el delantal y la cofia de su sirvienta, que se llamaba Sophie, y se dirigió a la casa de los Musset para cuidar a Alfred, que había abandonado el quai Malaquais para refugiarse en casa de mamá. Todo fue de maravilla. La hermana de Alfred nunca la había visto y su madre fingió no reconocerla. Lo veló toda la noche.

Hubo incluso triunfos. En diciembre, molida, agotada, resignada, había vuelto a Nohant. Musset le envió, por nervios, un rizo de su cabello. A cambio recibió una hoja del jardín de George. El 14 de enero de 1835, de regreso en París, podía dirigirle un boletín de victoria a Tattet, que había sido uno de los autores de su reciente derrota:

> «Señor:
> Hay operaciones quirúrgicas muy bien hechas que honran la habilidad del cirujano, pero que no impiden que la enfermedad vuelva. En razón de esa posibilidad, Alfred ha vuelto a ser mi amante. Como presumo que me dará mucho gusto verlo por mi casa, lo invito venir a cenar con nosotros el día que quiera. Pueda el olvido de mi ofensa traer de nuevo la amistad entre nosotros. Adiós, mi querido Tattet. Toda suya.
> George Sand».

—¡Uy, uy, uy!, —dijo A.

—El respiro en el sufrimiento no duró mucho tiempo. Las escenas volvieron, las lágrimas, las apasionadas efusiones, las rupturas y los insultos seguidos por notas ardientes, las alternancias, cada vez más rápidas, de besos y de injurias. En tiempos de Pagello, fue Musset quien había escrito las cartas más delirantes. Eran bellas hasta lo insostenible. Porque era ella, ahora, quien empezaba a sufrir y a debatirse contra la ruptura, fue el turno de George Sand. En su correspondencia con Alfred, en su *Diario íntimo*, lanza gritos de agonía:

«Tengo treinta años, todavía soy bella, lo seré al menos dentro de quince días si puedo dejar de llorar. ¡Ah! ¡Si pudiera empezar a amar! Dios mío, devuélvame mi feroz vigor de Venecia, devuélvame ese violento amor de la vida que me tomó como un arrebato de rabia en medio de la más horrible desesperanza. ¡Haz que siga amando! ¿Es un crimen el amor de la vida?».

—¡Uy, uy, uy!, —dijo A.

—Lo que estás escuchando son los quejidos de la vida. Se pueden soltar de otra manera. Con menos violencia. Con más reserva. Pero esos no están

mal. Las novelas de madame Sand, te las dejo gustoso. No tendrás necesidad de hacer figurar *Indiana* ni *Léila* en los anexos del informe. Ni tampoco *La petite Fadette*, ni *La mare au diable*, ni *François le Champi*, que son bonitos libros: te pesarían inútilmente. Pero lo que George le grita a Alfred, que dejó de amarla después de haberle prometido tanto, es la vida misma de los hombres. Te la llevarás contigo y se la dejarás a la gente de Urql.

«¿Y si corriera cuando el amor me toma por asalto? ¿Si fuera a romper el cordón de su timbre hasta que me abriera? ¿Si me acostara atravesada hasta que pase? ¿Si me echara a sus brazos? Si le dijera: todavía me amas. Ya ves que te amo, que solo puedo amarte a ti. Bésame, no digamos nada, no discutamos. Dime algunas tiernas palabras. Acaríciame, ya que todavía te parezco bella a pesar de mi cabello corto, a pesar de las dos grandes arrugas que se formaron desde el otro día en mis mejillas… Cuando sientas volver tu irritación, échame, maltrátame, pero que no sea nunca con esas dos horribles palabras: *¡última vez!* Sufriré tanto como quieras, pero déjame a veces, aunque sea una vez por semana, venir a buscar una lágrima, un beso que me haga vivir y me dé valor. ¡Pero no puedes! ¡Ah! ¡Cuán cansado estás de mí! ¡Y qué pronto te curaste!».

También intentaba curarse. No lo lograba. Se refugiaba en lo que sabía hacer. Se prometía escribir un libro. Por primera vez en su vida, le costaba trabajar. Notaba que Franz Liszt la miraba con interés. No lograba interesarse por él. «¿Qué me decía Buloz ayer de monsieur Liszt?… ¿Pensó seriamente por un instante que amaría a monsieur Liszt?… Si hubiera podido amar a monsieur Liszt de rabia, lo hubiera amado, pero no podía… Mucho me desagradaría que me gustaran las espinacas porque, si me gustaran, las comería, y no puedo ni verlas…». Además, «Monsieur Liszt solo pensaba en Dios y en la Santa Virgen que en nada se me parece». Liszt, de quien Heine escribía que gustaba de «meter las narices en todas las ollas donde Dios guisa el porvenir del mundo», se decidirá sin embargo a amar una mortal: será Marie d'Agoult. Y porque el mundo no tiene para cuando dejar de proveer materia para el informe, la hija de Liszt y de Marie d'Agoult, un buen día la desposará Richard Wagner.

—¡Wagner!… —gimió A—. ¡*Parsifal*!… ¡Ravello!… ¡Villa Rufolo!… ¿Oye? ¿Me hablarás de Wagner?

Y me jaló la manga.

—Sí, cómo no. Cuenta con eso.

Era la más fuerte de los dos. Pero ya no podía más. Había que ponerle fin a esa agotadora lucha con el ángel que terminaba en agonía. Todavía hacía un

llamado a ese Dios en el que ya no creía: «¡Ah! Devuélvame a mi amante y seré devota y mis rodillas desgastarán los adoquines de las iglesias». Él escribía también: «Te amo, te amo, te amo, adiós. Adiós vida mía, mi bien. Adiós mis labios, mi corazón, mi amor». Fue la primera en irse. Huyó a Nohant, a escondidas. Ya había escrito en su *Diario íntimo* una de las más bellas páginas de amor de la historia de esos hombres en quienes te interesas y a los que, más que nadie, pertenecía esa mujer de pelo cortado llevada por la pasión:

«¡Oh, mis azules ojos ya no me miran! ¡Bella cabeza, ya no te veré inclinarte sobre mí y ocultarte con dulce languidez! ¡Mi pequeño cuerpo ágil y caliente ya no se acostará sobre mí, como Eliseo sobre el niño muerto, para reanimarme! ¡Ya no me tocará usted la mano como Jesús a la hija de Jairo diciendo: "Muchachita, ¡levántate!"! ¡Adiós mi cabello rubio, adiós mi blanca espalda, adiós todo lo que amaba, todo lo que era mío! Ahora abrazaré, por mis ardientes noches, el tronco de los pinos y las rocas en los bosques gritando el nombre de usted y cuando haya soñado el placer, caeré desmayada sobre la tierra húmeda».

—¡Uy, uy, uy!, —dijo A.

—El mundo sigue. Mezcla las risas con las lágrimas y la bajeza con el esplendor. El conde Rodolphe Apponyi, un joven agregado de la embajada de Austria en París, nos cuenta, en su *Diario*, una escena que tiene lugar uno o dos años más tarde. Una noche, en casa de madame Émile de Girardin, quien tiene un salón literario, uno de esos «que hacen garabatos en el papel llenos de sentimentalismos por tres pesos la página y cuya conversación no está menos fuera de lugar como sus escritos» le es presentado a la embajadora de Austria. Se trata de Alfred de Musset. El poeta tiene una espantosa reputación: «Da tumbos en los canapés, pone las piernas sobre la mesa, lleva un gorro en el salón, fuma puros». Pero es un parroquiano de la princesa Belgiojoso. Así que la embajadora lo invita a venir a verla una noche a la que invitó gente de letras.

Esa noche, Musset llega «oliendo a pipa que daba horror». Se acerca a una mesa en la que están sentadas, además de la embajadora de Austria y el conde Apponyi, la princesa de Craon y algunas otras damas de la más alta sociedad. La conversación versa sobre Venecia, donde acaba de suicidarse, por el amor de la princesa Charlotte Bonaparte, el pintor Léopold Robert. Musset dice que él también estuvo a punto de morir el año pasado en Venecia.

Para darle muestras de un educado interés, el conde Apponyi hace notar con sagacidad que la idea de morir en el extranjero, sin pariente, sin amigo,

tiene algo de terrible.

—Probablemente —responde Musset—. Me cuidaba, afortunadamente, más que un amigo y más que un pariente: tenía una compañera adorable y fiel.

—¿Y la perdió desde entones?, —preguntó la embajadora.

—¿La Sra. de Musset murió?, —se preocupa la princesa de Béthune.

—¡Oh!, no —responde el joven poeta—, nunca estuve casado. Era madame Dudevant con quien viajaba por Italia. A ella le debo la vida. Ella me cuidó con ese amor y esa ternura de la que solo ella es capaz.

«Un silencio se hizo después de lo dicho», escribe en su *Diario* el conde Apponyi. «Por esa singular confesión, todas las damas se miraron. A las que no sabían enrojecer, trabajo les costaba no reír. Y los hombres, yo como los demás, huimos a la biblioteca para dar rienda suelta a nuestra hilaridad».

La vida no deja de perseguir sus ornamentos y sus contradicciones. Sus balbuceos. Sus retractaciones. A un amigo que le decía: «¡Oh! ¡Qué bellas son las cartas de Musset! ¡Qué buena persona es madame Sand!», Sainte-Beuve, quien había sido el guía del infierno donde se habían quemado los dos amantes, respondía: «Sí, buena persona y grandes ancas». A la hija del buen Buloz, que estaba contemplando un retrato de George Sand, Jules Sandeau, el antiguo amante de George, en ese entonces «de pelo rizado como un San Juan de la Natividad», ya en camino de la calvicie y de la Académie, murmuraba: «Mira bien a esa mujer, pequeña, es un cementerio, ¿entiendes? ¡Un cementerio!». Y, para redondear bien el asunto y cerrarlo cual se debe, se volvía el amante de Marie Dorval que George Sand había amado tanto y preferido a tantos hombres: «Si me contestas rápidamente, diciéndome por único parlamento: *¡Ven!*, iré, aunque tenga cólera o un amante…».

—¡Uy, uy, uy!, —decía A.

Lo más pesado todavía estaba al acecho en lo futuro. «La mujer Sand», escribirá Baudelaire…

—Lo conozco —cortó A:

Te doy estos versos con el fin de que, si mi nombre…

—Es él. «La mujer Sand es el Prudhomme de la inmoralidad. Nunca fue artista. Tiene el famoso estilo despreocupado tan apreciado por los burgueses…».

—¡Ah!, —me dijo A—, ese eres tú.

—¿Tú crees?, —pregunté con voz impávida.

—Me parece.

—¡Vaya! «Es tonta, es pesada, es parlanchina; tiene, en las ideas morales, la misma profundidad de juicio y la misma delicadeza de sentimientos de los conserjes y de las chicas mantenidas. Que algunos hombres hayan podido prendarse de esa letrina, es la prueba fehaciente del rebajamiento de los hombres de este siglo. No puedo ya pensar en esa criatura sin cierto estremecimiento de horror. Si me la encontrara, no podría contenerme de tirarle una pila de agua bendita a la cabeza».

—¡Uy, uy, uy!, —dijo A—. Cosas que nunca verás en Urql.

—Seguro. Son especialidades de la casa. Como las penas y la memoria. Algunos años después de sus funestos amores, Alfred de Musset volvió al bosque de Fontainebleau, donde ambos amantes se habían paseado juntos, donde había mostrado los primeros signos del delirio que debía golpearlo en Venecia y donde habían pensado matarse. Volvió a ver, de lejos, a George Sand en el teatro. Reía. Le pareció hermosa. Volvió a casa y, de un tirón, en una noche, escribió *Recuerdo*:

El rayo ahora puede caer sobre mi cabeza:
¡Jamás este recuerdo me podrá ser arrancado!
Como el marinero golpeado por la tempestad,
Sigo atado a él.
No quiero saber nada, ni si los campos florecen,
Ni lo que será del simulacro humano,
Ni si estos vastos cielos iluminarán mañana
Lo que ahora cubren.
Me digo solamente: «A esta hora, en este lugar,
Un día fui amado, yo amé, ella era hermosa».
Escondo ese tesoro en mi alma inmortal
Y me lo llevo a Dios[46].

—¡Espera un momento!, —exclamó A—. Dios, ¿no lo había maldecido?

—No importa. Así son los hombres.

XX. Ensayo general

—¡Oh, A!, —le dije a A.

—¡Oh, O!, —me respondió A.

—Estamos a punto de irnos cada quien por nuestro lado. Me pregunto angustiado si te he servido bien. ¿Qué imagen le dará el informe de este mundo a nuestros lectores, los espíritus de Urql?

—No sé. Ya no sé. Me parece que al escucharte y pasearme contigo dejé de ser un espíritu y que me he vuelto hombre.

—Entonces, cuéntales de los hombres a los espíritus, tus compañeros.

—Lo intentaré —me dijo—. Porque no tienen ni idea de lo que pueden ser la vida y los hombres, no será fácil.

—¿Les dirás sobre el tiempo, la historia, el pasado y el porvenir?

—Les diré.

—¿Les dirás sobre el presente, eterna agonía, y la libertad que se desliza, titubeante, embriagada de orgullo, resplandeciente ilusión, entre el pasado y el porvenir?

—Les diré.

—¿Les dirás sobre la máquina redonda, las algas a lo lejos, el nacimiento de la conciencia, el formidable poderío del pensamiento?

—Les diré.

—¿Les dirás sobre el sol, el cielo azul, las nubes sobre el mar?

—Les diré.

—¿Les dirás de nuestras pasiones, el dinero, el amor que nos devora, la ambición, el remordimiento, el secreto, el perdón, todo lo que no pueden conocer porque es el destino de los hombres, y solo de los hombres?

—Les diré.

¿Les dirás de la imposibilidad y la sed de saber, la verdad y la justicia que siempre se alejan un poco más, el reemplazo de la naturaleza por el poder de los hombres, la ineluctable marcha de las ideas y de las cosas, los libros, las herramientas, la esperanza y el miedo?

—Les diré.

—¿Les dirás de Marie?

—Te lo prometo, les diré.

—¿Les dirás nuestra historia, les dirás todas las historias?

—Lo intentaré —me dijo.

—¡Bueno, pues adelante! Regresa a Urql.

Batió las alas.

Derramé algunas lágrimas. Quizá por él. Quizá por mí. Quizá por el mundo donde habíamos pasado tres días a nuestro lado y que era tan triste y tan alegre.

—¡Oh, O!, —me dijo.

—¡Oh, A!, —le respondí.

—Resiento ahora, a mi vez, como un temor de ser inferior a mi obra y de revelarme incapaz de balbucear cualquier palabra cuando las autoridades de Urql me interroguen sobre tu mundo.

—¡Claro que no! Te irá bien. Acuérdate de los paraguas, de la rue du Dragon, del condestable de Borbón, de la Piazza Campitelli, de las algas verdes y azules.

—Preferiría… —me dijo.

—¿Ahora qué?

—Que me hagas algunas preguntas para saber qué tal voy.

Nos quedaban catorce minutos. Me tomé uno para pensar en lo que le iba a preguntar. Respiré profundo.

—¿Qué hacen los hombres?

—Viven.

—¿Qué es vivir?

—Es morir. La muerte empieza en el nacimiento.

—Excelente. Entre el nacimiento y la muerte, ¿en qué se ocupan los hombres?

—En seguir sus deseos y en valerse de astucias con sus pasiones. Y a veces hacia arriba y a veces hacia abajo.

—¿No hay en los hombres algo oscuro y claro que se llama libertad?

—Ella lucha con el porvenir para cambiarlo en presente y en el pasado toma por nombre el de necesidad.

—¿Qué son un hombre, un pino, una libélula, una esponja?

—Tiempo sobre un soporte.

—¿El pasado?

—Desaparecido. Inflexible y muy suave. Quizá presente en alguna parte.

—¿El porvenir?

—Ausente. Implacable y flexible. Todavía en ninguna parte.

—Bien. ¿El dinero?

—Va con los ricos. Huye de los pobres.

—¿El trabajo?

—Mientras más duro, menos se paga. Cansa más ser minero que escritor o banquero.

—¿El saqueo de Roma?

—1527. El Condestable de…

—Está bien. Sé que sabes. ¿Aristóteles, Avicena, Averroes, Kepler?

—Ando bien en eso —me dijo A—. Y Newton y Einstein. Y la radiación de Hubble.

—Los persas, los cartagineses, los aztecas, los kafires siahposh y los kafires amazulla.

—O. K, —me aseguró A.

—¿Hortense Allart?

—Chateaubriand, Stendhal. Sainte-Beuve. George Sand. Henry Bulwer-Lytton.

—¿Podrías hacer lo mismo con Mérimée, con Louise Colet, con Lucrecia Borgia, con Cleopatra, con Petronio, con Victor Hugo?

—Creo que sí —me dijo A—. Tengo la lista completa de sus obras, de sus manías, de sus amantes, hombres y mujeres.

—¿Velocidad de la luz?

—Trescientos mil kilómetros por segundo. Nada ni nadie va más rápido.

—¿Mi mejor recuerdo en esta Tierra? Solo como ejemplo, claro —agregué con modestia.

—Estoy dudando. Symi. Sambuco. Tu llegada. Tu partida. Casi nada. Casi todo. La nieve bajo el sol. Un pequeño número de libros. Y Marie, por supuesto.

—Nada mal. ¿Los osos, los sapos, las águilas, la cochinilla?

—Monógamos —me dijo.

—Curioso. Pero es correcto. Las mariposas, las termitas, las hormigas, las abejas: ¿ningún problema?

—Ninguno. Todo está bien acomodado en su lugar.

—¿Los hoyos negros?

—Los conozco mejor que tú. En ellos la atracción es tan fuerte que ningún rayo luminoso puede escapárseles. Solo se les ubica por sus efectos. Se tragan todo lo que tocan. Abren sobre otro mundo.

—¿Los celos, el odio de sí, las ganas de otra cosa, la histeria, el noúmeno y la cosa en sí, la lucha del amo y del esclavo, el inconsciente estructurado al modo del lenguaje, el deseo de catástrofe?

—Cosa de niños —me dijo. En un dos por tres.

—Bueno. No trates, en Urql, con demasiada ligereza al pequeño burgués de Tréveris que explotaba a sus sirvientas, ni al charlatán de Viena. No

olvides, te lo ruego, que eran genios. ¿Recuerdas las dalias, los tomates, el maíz?

—Llegan de América con la sífilis, la papa, el tabaco.

—¿De las pastas, de las mitras de obispo, del cuento *La cenicienta*?

—Vienen de China con Marco Polo.

—¿De la andouille de Vire, del bistec con papas, del beaujolais nuevo, del Château-Margaux y del Nuits-Saint-Georges?

—Inolvidables —dijo A—. Y son de tu tierra.

—¿El sacrificio, el perdón, la caridad?

—La luz es la sombra de Dios.

—¿De qué sirve el mundo?

—El sentido del mundo consiste, para los hombres, en buscarle un sentido siempre oculto para los hombres y lo único que los hombres saben es que no lo hallarán.

—¿Terminaremos algún día, antes del fin de este mundo, por encontrarlo a pesar de todo?

—Por supuesto que no.

—¿Pero de todos modos hay que buscarlo?

—Por supuesto que sí.

—¿Dido y Eneas?

—Purcell.

—¿El Jinete polaco?

—Rembrandt.

—¿Las novelas francesas de después de la Segunda Guerra?

—Ni idea —me dijo.

—Pues bien, todo eso está perfecto. Parece que aprendiste de este mundo todo lo que hay que saber de él. Falta una pregunta decisiva que los mejores espíritus de Urql no dejarán de hacerte: ¿tienes al menos alguna idea de lo que viniste a hacer aquí?

—Claro que sí: redactar un informe contigo sobre el mundo.

—¿Qué tipo de informe?

—Un informe exhaustivo que vuelva inútil cualquier otra expedición antes de cinco mil millones de años.

—¿Y crees haber tenido buen éxito?

Encajó el golpe. Dudó. Respiró hondo.

—No sé —murmuró.

—Te concedo que tu guía tiene una parte de responsabilidad en el fracaso o éxito de tu exploración. Pero la culpa es tuya: era una loca empresa. El

mundo es una totalidad que incluso un espíritu venido de Urql no es capaz de abarcar y cuyo sentido se le escapa como se nos escapa a nosotros. Tiene fugas por todos lados, se oculta, se disipa ante nuestros ojos y solo llevarás fragmentos a los que te enviaron.

Todos los espíritus de Urql se te echarán encima para reclamarte detalles sobre el misterioso y absurdo mundo del que vienes. Me rehusaría, si fuera tú, a responder a las preguntas. Les tendería el informe y me encerraría en el mutismo y en el recuerdo de Marie y de tu amigo O.

—Sabes que se me ha ocurrido a menudo destruir el informe y fingir que el mundo no ha existido alguna vez. Nada de sol, nada de Sambuco, nada de paraguas, nada de leones de mar. Nada de neurosis de existencia y nada de Chateaubriand. Un fracaso de toda la empresa. Un gran silencio. Una ausencia. Un secreto entre tú y yo. Y entre el mundo, los hombres, el tiempo que pasa y quizá también Dios, o lo que haya como tal.

—Bonita idea, y sin embargo el mundo existe. Ya lo ves: el informe habla de él.

—¿Quizá pueda intentar convencer a la gente de Urql que solo existe el informe y que no hay más mundo que el informe mismo?

—¡Ah!, adivino a dónde quieres llegar: ya que el informe no es más que el mundo, ¿por qué sería el mundo otra cosa más que el informe?

—Sí —dijo A—. ¿Por qué?

—Me temo que eso no funcione. Sospecharán que el informe no nació de la nada y que, tras él, hay algo desconocido.

—¡Ah! ¿Siempre hay, detrás, algo desconocido? Nada es sencillo.

—No es imposible que, justamente, el mundo lo sea. Pero no podemos saberlo porque nos hace falta la llave y estamos en el tiempo, que lo enturbia y lo complica todo, y en ese subproducto del tiempo que llamamos el espacio.

—¿Quizá el informe ayudará a la gente de Urql a tenerlo todo un poco más claro?

—Así lo quisiera yo. No estoy tan seguro de ello. En el tiempo, que todo lo destruye pero que también todo lo conserva, hay que cuidar el más mínimo gesto y la más mínima palabra. Porque cada gesto y cada palabra, y quizá cada pensamiento, están inscritos en alguna parte en desconocidos registros. Hemos complicado el mundo en vez de resumirlo. Le agregamos los espárragos, las efemérides, la guerra de los Cien Años, la *Crítica de la razón pura*, que no pedían tanto. Volvimos el mundo más opaco en vez de volverlo más transparente. Era más sencillo antes del informe. Lo es un poco menos desde que el informe le puso lastre.

—¡Dios mío!, —dijo A—. Me da vueltas la cabeza. El mundo me da vértigo. Dime lo que tengo que hacer.

—Vuelve a Urql. Y cuéntales que en alguna parte hay un mundo inverosímil que le es evidente a los espíritus que lo habitan. Explícales que los hombres son espíritus como tú, pero trastornados por el tiempo que pasa, por la muerte que los acecha, también por el cuerpo que se cargan, que les permite sufrir, que les permite ser felices, que les permite pensar y sin el cual no serían nada.

—¿Y si me quedara aquí? ¿Si me cambiara en hombre? ¿Si me fuera a vivir con Marie?

—No puedes. Es en las novelas en las que, cambiados en sapo, en murciélago, en unicornio, los espíritus se transforman de pronto en jóvenes. En el mundo en el que vivimos los hombres, y los mismos dioses, solo nacen de los hombres.

—¿No podría afirmar que nací de un hombre? Me servirías de padre…

—¿E irías a vivir con Marie? Ya que seré tu padre, sería una especie de incesto: preferiría que no.

—Como quieras —me dijo.

—Muchas gracias.

Me miró con más benevolencia de la que nunca me había mostrado.

—Hacia los hombres y su mundo —me dijo—, vacilo entre el horror y una especie de ternura. Nadie ha causado tanto daño como ustedes, puesto que solo han estado ustedes para causar daño en toda la historia del universo y, en el momento en que baja el telón, en el momento de dejarlos por esa eternidad que llaman la nada, tengo ganas de levantarme y de aplaudirles.

—Te parecía que yo era idiota —le recordé.

—Por supuesto. Lo eres. Lo más grande en ustedes surge de sus límites. Hay bien porque hay mal. Porque el error es posible, la verdad merece ser buscada. El mundo toma sentido porque hay algo escondido. Pareciera que todo eso está perfectamente a punto, hilado fino. Son algas, peces, primates sobre los que pasaron, para permitirles hacerles música y obras de teatro, para enseñarles la justicia, para darles una idea del azul, del triángulo, del infinito, del juego de palabras, algunos millones de milenios. Son materia llevada por el tiempo. Son algo así como polvo de estrellas. Son casi nada, y sin embargo casi todo. Son llevados por la fuerza de las circunstancias y por las generaciones sucesivas. Son bordados por la historia. Se aprovechan de lo que los hombres hicieron antes de ustedes. No saben nada sobre nada. Los más brillantes de ustedes, los más ilustres, los más grandes, inventan cosas

minúsculas, y enseguida obsoletas, en el ámbito de los sonidos, de las imágenes, de las palabras, de la marcha del universo. Y me parece sin embrago que en cada uno de ustedes, en el más desprovisto y en el más imbécil, haya algo de la flama de la que surgió el mundo.

—Porque este es, realmente, Señor, el mejor testimonio
Que podemos dar de nuestra dignidad
Este ardiente sollozo que rueda a través del tiempo
Y viene a morir al borde de tu eternidad[47].

—¿Y ahora qué es eso?, —preguntó A.

—Casi nada. Son palabras.

—¿Serán las palabras, de casualidad, que le decías a Marie cuando vivías?

—¡Por desgracia, no! Jamás mis palabras han volado tan alto.

—¿Imagino que volaban tan alto como las de Chateaubriand a Juliette Récamier, como las de Musset a George Sand o de George Sand a Musset?

—No creas eso —le dije—. En el extremo final de su vida, Chateaubriand conoce a Rachel en casa de Juliette Récamier. Rachel tiene diecisiete años. Está triunfando en *Atala*, tiene a París a sus pies. Medio paralizado, Chateaubriand se arrastra hasta ella y le dice:

—Qué triste es, señorita, conocer algo tan bello cuando uno se va a morir.

Entonces Rachel gira hacia él, le echa una mirada insostenible y, con la misma voz con la que recita todas las noches el sueño de *Atala* a las fervientes salas, le dice:

—Pero, señor vizconde, hay hombres que no mueren.

Recuerda a Sainte-Beuve adivinando el talento de Musset casi todavía en la infancia, recuerda el emperador o el papa recogiendo el pincel de su pintor, recuerda a Alejandro, César, Évariste Galois, recuerda a Haydn y su *Creación*, Haendel y su *Mesías* y Mozart y todos los Bach, recuerda a Vinci, que lo había adivinado todo, y Giorgione, y Rembrandt, y Guillaume, el gran Guillaume:

Paloma mía, blanca ensenada,
Oh margarita deshojada,
Mi isla lejana, mi Desirada,
Mi dulce rosa deseada[48]

Y Maupassant, que hacía obras de arte con cualquier cosa, y Joubert sobre el Adigio y Marceau sobre el Rin…

—Y Flaubert sobre el Nilo —dijo A.

—Y Offenbach y Oscar Wilde y Heine y Toulet, y todo el montón de los que, en cien años, cambiaron nuestra imagen: el informe no vale nada; yo, por entero muero y hay hombres, entre nosotros, llenos de genialidad.

—Es curioso —dijo A—. Me parece que lo que une a los hombres es más fuerte de lo que los distingue. Me parece que cada hombre merece ser recordado como un triunfo único y como tesoro digno de amor. Me parece que el genio solo, es el genio de los hombres.

Una vez más, una última vez, pensé por un momento.

—¡Pues bien!, —le dije—, ¡al menos, qué suerte!, ¡qué felicidad!, habré sido uno de esos hombres.

Entonces A avanzó hacia mí y me tomó en sus brazos.

Epílogo

Espectros de mediodía, aparecidos de plena luz,
Fantasmas de una vida en la que se hablaba de amor.

ARAGON[(49)]

Gracias y perdón

Gracias. Todo estaba bien. Todo era sencillo. El orden reinaba sobre el universo. Me quedé solo sobre la Aduana de Mar. Era el 26 de junio, poco antes de mediodía. Me había sucedido algo que Marie ya no olvidaría: estaba muerto. Todo lo demás, quizá, lo había inventado. El mundo no existía. El espacio y el tiempo eran una ilusión. Los demás eran reflejos. La vida era un sueño. Marx, Rancé, Lenin, el saqueo de Roma, los dos sexos viéndose como enemigos, la Piazza Campitelli a unos pasos del Capitolio y del teatro de Marcelo, los paraguas de la rue du Dragon, la rivalidad de Molé y de Chateaubriand, la carta de amor enviada a George Sand por Musset: «Mi querido George, tengo que decirle algo tonto y ridículo: estoy enamorado de usted», el estatero de oro de Chamilly, la puerta de los baños de la Unesco y del Grand Central en Nueva York, la cena en Lointier el 20 de junio de 1833, e incluso el sol sobre Symi y sobre el valle del Dragón al pie de Sambuco no eran más que un sueño con las dimensiones del universo, lleno de coherencia y de sorpresas, y del que nacían en desorden las felicidades y las lágrimas.

Me había despertado: el sueño se había disipado. Ya nadie sabía a dónde había ido a parar. Había caído a la nada bajo el nombre de recuerdo. Solo había soñado la realidad por entero. ¿Quizá otros, después de mí, y dormidos como yo en el espacio y en el tiempo, perseguirían la misma pesadilla y las mismas ilusiones? Para mí se habían acabado los tumultos del mundo y sus incertidumbres. Se habían dilucidado las dudas que tanto me habían atormentado. Una certidumbre prevalecía, y para la eternidad: había salido del tiempo. Había entrado en él en el seno de mi madre, ¡bendito sea su nombre! De él me había retirado ante la Aduana de Mar. Había dejado mi cuerpo, en el que había habitado durante algunos años. Estaba muerto. El orden reinaba sobre el universo. Todo, por fin, era sencillo. Todo estaba bien. Gracias.

A había volado hacia las verdes praderas. Lo había visto tomar vuelo, invisible y radiante, hacia la realidad: otra realidad, que también me esperaba, fuera del espacio y del tiempo. La eternidad tiene muchos nombres: unos la llaman el cielo, el monte Meru, el Gan Edén, la Yanna y sus huríes, el Valhalla de los guerreros, el paraíso de los santos y de los ángeles; y los demás, la nada. Recordaba a A como recordaba a Carpaccio, a Haydn, a Flaubert, Fabrice del Dongo o a mi amiga Nane, que nunca había conocido. Como la batalla de Adrianópolis, a la que no había asistido. El mundo era un funámbulo algo ebrio, siempre desplomándose y siempre levantado por el recuerdo y por el ser: A remitía, como el mundo, al imperio de los sueños

desvanecidos. ¿Quizá, como Venecia, como el Sacro Imperio Romano Germánico, como el famoso *Big Bang* del que todo había salido, nunca había existido, tampoco él, más que en mi pobre cabeza tirada en cenizas por Marie en la laguna de Venecia? Volvía a ver toda mi vida y la totalidad del mundo. Y era como un espejismo que se habría disipado.

No había más que la muerte. El silencio, la eternidad. El infinito que comienza cuando todo ha terminado. Y el amor de Marie. Todo lo demás había desaparecido. Todo lo que tanto había amado, los libros, las muchachitas de madrugada, gracias a las muchachitas, los pinos bajo la nieve, la llegada a los puertos a la puesta del sol, la miel, los cipreses, la noche que cae, gracias, al tiempo que pasa, gracias, había caído en la ausencia, en un océano de vacío que se confundía con el ser. Sí hubo algo pasajero, fugitivo, inútil, desvanecido: un sueño llamado realidad. Ya no quedaba más que la muerte y el amor de Marie.

¿Quizá A estaba contándoles de Marie a sus compañeros incrédulos ante tanta belleza? ¿Quizá el informe ya estaba circulando por las manos de los espíritus de Urql acongojados de estupor y de temor ante la inverosimilitud del mundo? En el centro del informe, y por ende en el centro de todo, la imagen de Marie, que no cesaba de brillar en un corazón que había dejado de latir, se esparcía de golpe hasta las fronteras del universo. El mundo era algo que se parecía al amor, o no era nada de nada.

Quise mucho a A. Había pasado con él, hablando del tiempo y del espacio y de lo que de ello surgía, algunas horas inolvidables. Había encantado mi muerte y resucitado mi vida. Se había desvanecido como el mundo entero. Era un recuerdo entre otros recuerdos. A los ojos de la eternidad, no era ni más ni menos real que Cleopatra o que Alarico. No era ni más ni menos un sueño que la fundación de Roma o que la Aduana de Mar. Lo confieso: lo echaba de menos. Todo lo que había olvidado decirle del esplendor del mundo —y esas lagunas en el informe eran para mí un verdadero sufrimiento — volvía a mi mente.

—¡Qué!, —me decía a mí mismo puesto que A ya no estaba ahí—, ¡ni una palabra sobre Bellagio como proa sobre el lago donde brillaba el sol, entre la lluvia, con mucha dulzura, ni una palabra sobre Péguy:

Mujer, escúchame: cuando las almas de los muertos
Vuelvan para buscar en las viejas iglesias,
Después de tantas batallas y tantas angustias,
Lo poco que quedará de sus pobres cuerpos…[50]

Ni una palabra sobre el ajedrez, sobre el eterno retorno, sobre el teorema de Gödel y sobre el de Fermat, sobre la batalla de Panipat entre el fundador de la dinastía de los Grandes Mogoles que llevaba por nombre Babur y el último de los Lodi, ni una palabra sobre la estructura matemática del universo que hacía que este mundo, que era todo amor, era también, de un lado a otro, solo una sucesión de cifras, y quizá una cifra única, inmensa, misteriosa y secreta, ni una palabra sobre Timbuctú, sobre Gene Tierney en *Laura*, sobre Domenico Cimarosa y su *Matrimonio segreto*, sobre *Las metamorfosis* de Ovidio («Que el día fatal que solo tiene derechos sobre mi cuerpo ponga, cuando así lo quiera, término al incierto curso de mi vida: la más noble parte de mí mismo se lanzará, inmortal, por encima de la alta región de los astros y mi nombre será imperecedero. Los pueblos me leerán y, desde entonces famoso, durante todos los siglos, si alguna verdad hay en los presentimientos de los poetas, viviré») ni sobre las de Apuleyo, llamadas también *El asno de oro*, el ancestro de todas las novelas que de noche leemos, que va a caer la noche, en los jardines públicos! ¡Y a eso le llamo informe!

Empecé a sonrojarme. Hubiera querido vivir de nuevo para subsanar las lagunas e intentar darle a A una imagen menos desastrosa del mundo al que había descendido. Pero era demasiado tarde. A había emprendido el vuelo hacia Urql, el informe bajo su ala. La gente de Urql, nunca jamás, sabrá algo de los persas en tiempos de los sasánidos, nada de Diderot ni de Alembert, nada de las jirafas de largos cuellos, nada del cultivo del arroz o de la caña de azúcar, nada de Lucky Luciano ni de Jack el Destripador. Se harían, por mi culpa, una falsa idea del mundo, de la vida y de los hombres. El mundo era tan bello: lo había calumniado. El mundo era tan diverso: lo había simplificado al grado de caricatura. El mundo era tan profundo, y apenas lo había rozado. Por ello pedía, de lejos, perdón a los espíritus de Urql que quizá estaban, con los ojos desorbitados, perdidos, el corazón saliéndoles del pecho, hojeando el informe y siguiéndome en Sambuco, en Symi, por la Piazza Campitelli o por la rue du Dragon, bajo un gran paraguas. ¡A, por desgracia, tenía razón!: era un incapaz, un bobo, un bueno para nada, y quizá un miserable. No había hecho nada, o casi nada, de ese sueño tejido de tiempo que llamamos el mundo, que tanto había amado y del que lo había olvidado todo.

Pedía perdón. Me desplomaba en el cielo, puro de todas las nubes que todavía se aferraban al único planeta en haber producido hombres, y pedía perdón. La última palabra que me venía a la mente y al corazón en el momento de partir era la palabra «Perdón». Ya le había pedido perdón a A

yéndose. Me había tomado en sus brazos. Sollozaba sobre su hombro. Con la misma voz con la que había intentado, pero en vano, a lo largo de nuestros tres días, recordar, para la gente de Urql, tanta belleza y placeres que hacían de este mundo un lugar de encantamiento y de todas las felicidades, mascullaba:

—¡Oh, A!… ¡Oh, A!

Me daba palmaditas en la espalda con aire un poco distraído y me murmuraba a la oreja:

—¡Vamos!… ¡Vamos!… No hay por qué hacer todo un escándalo con el pretexto de que entramos en el tiempo por un puñado de temporadas y fuimos algo como una esponja desarrollada, como un mono superior…

Moqueaba todavía más. Repetía:

—¡Perdón!… ¡Oh!, perdón…

—¿Perdón de qué?, —me dijo—. No eras bueno para gran cosa. Hiciste lo que pudiste.

—¡Perdón!, —tartamudeé—. ¡Perdón! ¡Perdón por el mundo! ¡Perdón por mí! ¡Perdón por el informe!

A, con gesto tosco, pasó su mano por mi cabeza.

—¡Qué tonto eres!, —me dijo.

Y me abrazó.

Basta de hacerse el valiente. Lo abracé llorando.

Emprendía el vuelo.

Lo amaba.

Lo veía, como al mundo, desaparecer de mi vista.

Cuando ya solo era un punto en el espacio infinito, pensé en Marie y, con una punzada en el corazón, yo también partí, hombre de todos los tiempos, inocente, bueno para nada, recuerdo en los recuerdos, alma entre las almas, hacia mi eternidad.

Notas sobre las fuentes de esta obra

El curioso lector podrá consultar en esta sección las versiones originales de diversos poemas y versos que O cita para beneficio de A. Las traducciones al español son de Christian Duverger, salvo donde se indica. También se indican datos sobre las fuentes de ciertos pasajes.

Zum Sehen geboren,
Zum Schauen bestellt,
Der Turme geschworen,
Gefallt mir die Welt.

WOLFGANG GOETHE, *Segundo Fausto*, 1832**(1)**.

Nous sommes dans l'inconcevable,
mais avec des repères éblouissants.

RENE CHAR, *Recherche de la base et du sommet*, 1955**(2)**.

Comme un guetteur mélancolique
J'observe la nuit et la mort

GUILLAUME APOLLINAIRE, *Le Guetteur mélancolique*, 1952 (obra póstuma**(3)**).

Le sage est celui qui s'étonne de tout.

ANDRE GIDE, *Les Nourritures terrestres*, 1897**(4)**.

Espèce de morte,
De quels corridors
Ouvres-tu la porte
Lorsque tu t'endors?

JEAN COCTEAU, *Plain-Chant*, 1923[5].

Soleil, soleil!… Faute éclatante!
Toi qui masques la mort, soleil,
Sous l'azur et l'or d'une tente
Où les fleurs tiennent leur conseil;
Par d'impénétrables délices,
Toi, le plus fier de mes complices,
Et de mes pièges le plus haut,
Tu gardes les cœurs de connaître
Que l'univers n'est qu'un défaut
Dans la pureté du non-être!

Soleil, qui suscites l'éveil
A l'être, et de feux l'accompagnes,
Toi qui l'enfermes d'un sommeil
Trompeusement peint de campagnes,
Fauteur des fantômes joyeux
Qui rendent sujette des yeux
La présence obscure de l'âme,
Toujours le mensonge m'a plu
Que tu répands sur l'absolu,
O roi des ombres fait de flamme!

PAUL VALERY, «Ébauche d'un serpent», *Charmes*, 1922[6].

Honneur des hommes, saint Langage,
Discours prophétique et paré,
Belles chaînes en qui s'engage
Le dieu dans la chair égaré.

Illumination, largesse,
Voici parler une Sagesse
Et sonner une auguste Voix
Qui se connaît quand elle sonne
N'être plus la voix de personne
Tant que des ondes et des bois.

PAUL VALERY, «La Pythie», *Charmes*, 1922[7].

Je te donne ces vers afin que, si mon nom

Aborde heureusement aux époques lointaines
Et fait rêver un soir les cervelles humaines,
Vaisseau favorisé par un grand aquilon,

Ta mémoire, pareille aux fables incertaines,
Fatigue le lecteur ainsi qu'un tympanon
Et par un fraternel et mystique chaînon
Reste comme pendue à mes rimes hautaines…

CHARLES BAUDELAIRE, *Les Fleurs du mal*, XXXIX, 1861**(8)**.

Comme on voit sur la branche au mois de mai la rose,
En sa belle jeunesse, en sa première fleur,
Rendre le ciel jaloux de sa vive couleur,
Quand l'aube de ses pleurs au point du jour l'arrose;

La grâce dans sa feuille, et l'amour se repose,
Embaumant les jardins et les arbres d'odeur,
Mais, battue ou de pluie ou d'excessive ardeur,
Languissante, elle meurt, feuille à feuille déclose.

Ainsi, en ta première et jeune nouveauté
Quand la terre et le ciel honoraient ta beauté,
La Parque t'a tuée et cendre tu reposes.

Pour obsèques reçois mes larmes et mes pleurs,
Ce vase plein de lait, ce panier plein de fleurs,
Afin que vif et mort ton corps ne soit que roses.

PIERRE DE RONSARD, «Sur la mort de Marie», *Les Amours*, 1578**(9)**.

Ils ont ce grand dégoût mystérieux de l'âme
Pour notre chair coupable et pour notre destin;
Ils ont, êtres rêveurs qu'un autre azur réclame,
Je ne sais quelle soif de mourir le matin…

Quand nous en irons-nous où vous êtes, colombes!
Où sont les enfants morts et les printemps enfuis,
Et tous les chers amours dont nous sommes les tombes
Et toutes les clartés dont nous sommes les nuits?

Vers ce grand ciel clément où sont tous les dictames,

Les aimés, les absents, les êtres purs et doux,
Les baisers des esprits et les regards des âmes,
Quand nous en irons-nous? Quand nous en irons-nous?

VICTOR HUGO, «Claire», *Les Contemplations*, VI, VIII, 1846.
Traducción de B. S. S**(10)**.

Elle était déchaussée, elle était décoiffée,
Assise, les pieds nus, parmi les joncs penchants;
Moi qui passais par là, je crus voir une fée
Et je lui dis: veux-tu t'en venir dans les champs?

Elle me regarda de ce regard suprême
Qui reste à la beauté quand nous en triomphons
Et je lui dis: veux-tu, c'est le mois où l'on aime,
Veux-tu nous en aller sous les arbres profonds?

Elle essuya ses pieds à l'herbe de la rive,
Elle me regarda pour la seconde fois
Et la belle folâtre alors devint pensive.
Oh!, comme les oiseaux chantaient au fond des bois!

Comme l'eau caressait doucement le rivage!
Je vis venir à moi, dans les grands roseaux verts,
La belle fille heureuse, effarée et sauvage,
Ses cheveux dans les yeux, et riant au travers.

VICTOR HUGO, *Les Contemplations*, I, XXI, 1830.
Traducción de B. S. S**(11)**.

Les soirs illuminés par l'ardeur du charbon,
Et les soirs au balcon, voilés de vapeurs roses,
Que ton sein m'était doux! Que ton cœur m'était bon!
Nous avons dit souvent d'impérissables choses
Les soirs illuminés par l'ardeur du charbon.

Que les soleils sont beaux dans les chaudes soirées!
Que l'espace est profond! Que le cœur est puissant!
En me penchant vers toi, reine des adorées,
Je croyais respirer le parfum de ton sang,
Que les soleils sont beaux dans les chaudes soirées!

La nuit s'épaississait ainsi qu'une cloison,

Et mes yeux dans le noir devinaient tes prunelles,
Et je buvais ton souffle, ô douceur!, ô poison!
Et tes pieds s'endormaient dans mes mains fraternelles.
La nuit s'épaississait ainsi qu'une cloison.

CHARLES BAUDELAIRE, «Le Balcon», *Les Fleurs du mal*, XXXVI, 1861[(12)].

J'aimais, Seigneur, j'aimais, je voulais être aimé.

JEAN RACINE, *Berenice*, acto V, escena 7, 1670[(13)].

J'ai choisi de rester fidèle
Pour rien pour le souci du temps
Pour pouvoir dire elle était belle
La vie au creux de mon amant

ANNE-MARIE KEGELS (1912-1994)[(14)].

Primer verso del poema:

Incertitude, ô mes délices
Vous et moi nous nous en allons
Comme s'en vont les écrevisses,
A reculons, à reculons.

GUILLAUME APOLLINAIRE, «L'écrevisse», *Le Bestiaire*, 1911[(15)].

Elle avait un cœur d'hirondelle
Sur le canapé du bordel
Je venais m'allonger près d'elle
Dans les hoquets du pianola
Est-ce ainsi que les hommes vivent
Et leurs baisers au loin les suivent
Comme des soleils révolus.

LOUIS ARAGON, «Bierstube Magie allemande», *Le Roman inachevé*, 1956.
Traducción de B. S. S[(16)].

Ô mon jardin d'eau fraîche et d'ombre
Ma danse d'être mon cœur sombre

Mon ciel des étoiles sans nombre
Ma barque au loin douce à ramer

LOUIS ARAGON, *Le Fou d'Elsa*, 1963.
Traducción de B. S. S[17].

Je suis plein du silence assourdissant d'aimer

LOUIS ARAGON, *Le Fou d'Elsa*, 1963.
Traducción de B. S. S[18].

Au cloître que Rancé maintenant disparaisse,
Il n'a de prix pour nous que dans ce seul moment
Et dans ce seul regard qu'il jette à sa maîtresse,
Qui contient toutes les détresses,
Le feu du ciel volé brûle éternellement.

LOUIS ARAGON, «Le regard de Rancé», *Cantique à Elsa*, 1942.
Traducción de B. S. S[19].

Y avait dix filles dans un pré,
Toutes les dix à marier.
Y avait Dine, y avait Chine,
Y avait Claudine et Martine,
Ah! Ah! Ah!
Catherinette et Caterina,
Y avait la belle Suzon,
La duchesse de Montbazon,
Y avait Célimène
Et y avait la du Maine…
Le fils du roi vint à passer…

Canción popular francesa, siglo XVII[20].
Verso final del poema:

Il la voit il l'entend ou du moins croit l'entendre
Qui se plaint de toujours attendre
Et lui tend ses bras plus beaux que de raison

L'escalier dérobé la porte et c'est l'alcôve
Les rideaux mal tirés par des doigts négligents
Il reconnaît ces yeux que souffrir a fait mauves

Cette bouche et ces boucles fauves
Cette tête coupée au bord d'un plat d'argent

LOUIS ARAGON, «Le regard de Rancé», *Cantique à Elsa*, 1942[21].

Car sinueuse et délicate
Comme l'œuvre de ses fuseaux,
Venise est semblable à l'agate
Avec ses veines de canaux

HENRI DE REGNIER, «Petite suite vénitienne», 1901[22].

C'est un cri répété par mille sentinelles,
Un ordre renvoyé par mille porte-voix;
C'est un phare allumé sur mille citadelles,
Un appel de chasseurs perdus dans les grands bois!

CHARLES BAUDELAIRE, «Les Phares», *Les Fleurs du mal*, VI, 1861[23].

Wer immer strebend sich bemüht, den konnen wir erlösen.

WOLFGANG GOETHE, *Segundo Fausto*, 1832[24].

Surtout, pas de ragots. Le défunt avait horreur de ça.

VLADIMIR MAYAKOVSKY[25]

L' amour est un enfant, mon maître.
Il l'est aussi du berger et du roi.
Il est fait comme vous, il pense comme moi,
Mais il est plus hardi peut-être.

FRANÇOIS-JOACHIM DE PIERRE, CARDENAL DE BERNIS, *Réflexions sur les passions*, 1741[26].

Versos finales de:

J'ai hiverné dans mon passé
Revienne le soleil de Pâques
Pour chauffer un cœur plus glacé
Que les quarante de Sébaste
Moins que ma vie martyrisés.

GUILLAUME APOLLINAIRE, «La Chanson du Mal-Aimé», *Alcools*, 1913[27].

Regardez tous. Voilà l'homme rouge qui passe.

Último verso del drama *Marion Delorme*, de VICTOR HUGO, 1831[28].

Nous sommes les petits lapins,
Gens étrangers à l'écriture
Et chaussés des seuls escarpins
Que nous a donnés la nature.

N'ayant pas lu Dostoïevski,
Nous conservons des airs peu rogues
Et certes ce n'est pas nous qui
Nous piquons d'être psychologues.

Nous sommes les petits lapins,
C'est le poil qui forme nos bottes
Et, n'ayant pas de calepins,
Nous ne prenons jamais de notes.

THEODORE DE BANVILLE (1823-1891)[29].

El texto es un extracto de la obra teatral *Electre*, de JEAN GIRAUDOUX, 1937[30].

«El pasado es un abolido juguete de inanidad sonora»:
Le passé est un aboli bibelot d'inanité sonore.
El texto hace referencia a un poema de Stéphane Mallarmé:

Ses purs ongles très haut dédiant leur onyx,
L'Angoisse, ce minuit, soutient, lampadophore,
Maint rêve vespéral brûlé par le Phénix
Que ne recueille pas de cinéraire amphore

Sur les crédences, au salon vide: nul ptyx,
Aboli bibelot d'inanité sonore,
(Car le Maître est allé puiser des pleurs au Styx
Avec ce seul objet dont le Néant s'honore).

STEPHANE MALLARME, «Soneto en IX», 1887[31].

Charlotte, lotte, lotte,
Heisst meine Wäscherin,
Sie bringt mir selbst die Wäsche,
Weil ich ihr Liebster bin.

Und hat sie nichts zu bringen,
So kommt sie ohne was,
Kein Tag geht ohne Lotte,
Auf Lotte ist Verlass.

OTTO JULIUS BIERBAUM, *Irrgarten der Liebe*, S. 45, 1901[32].

Pertenece al poema:

Le jour fatal est proche, et vient comme un voleur.
Avant qu'à nos erreurs le ciel nous abandonne,
Profitons de l'instant que de grâce il nous donne,
Hâtons-nous; le temps fuit, et nous traîne avec soi,
Le moment où je parle est déjà loin de moi.

NICOLAS BOILEAU, *Epître III*, 1701[33].

Aquí Ormesson se complace con citar libros poco conocidos. *Point de lendemain*, fechada en 1777, es obra de Vivant Denon, que fue el encargado del Museo del Louvre; *Mon Amie Nane* es una novela de Paul-Jean Toulet publicada en 1905; *Molinoff, Indre-et-Loire* ha sido escrito por el olvidado Maurice Bedel en 1928, y *Le Parfum des îles Borromées*, por el también olvidado René Boylesve en 1898[34].

Volupté, volupté, qui fut jadis maîtresse
Du plus bel esprit de la Grèce,
Ne me dédaigne pas, viens-t'en loger chez moi;
Tu n'y seras pas sans emploi.
J'aime le jeu, l'amour, les livres, la musique,
La ville et la campagne, enfin tout; il n'est rien
Qui ne me soit souverain bien,
Jusqu'au sombre plaisir d'un cœur mélancolique

JEAN DE LA FONTAINE, «Eloge de la volupté», *Les Amours de Psyché et de Cupidon*, libro II, 1669[35].

L'olive est au pressoir, la grappe est dans la tonne.

Une rieuse enfant nous verse le muscat.
Un vent frais a cueilli la verveine et la menthe

Pour nous envelopper des charités du sort.
Ami, nous raisonnons de l'humaine tourmente
Comme deux matelots qui reviennent au port.

CHARLES MAURRAS, *La Musique intérieure*, 1925**(36)**.

Sand, quand tu l'écrivais, où donc l'avais-tu vue,
Cette scène terrible où Noun, à demi nue,
Sur le lit d'Indiana s'enivre avec Raimon?
Qui donc te la dictait, cette scène brûlante
Où l'amour cherche en vain, d'une main palpitante,
Le fantôme adoré de son illusion?
As-tu rêvé cela, George, ou t'en souviens-tu?

ALFRED DE MUSSET, Carta a George Sand, 24 de junio de 1833**(37)**.

Si mon regard se lève au milieu de l'orgie,
Si ma lèvre tremblante et d'écume rougie
Va cherchant un baiser,
Que mes désirs ardents sur les épaules nues
De ces femmes d'amour, pour mes plaisirs venues
Ne puissent s'apaiser.
(…)
Dans un baiser d'adieu que nos lèvres s'étreignent,
Qu'en un sommeil glacé tous mes désirs s'éteignent,
Et que Dieu soit maudit!

ALFRED DE MUSSET, «La chanson de Stenio» en *Lélia* de George Sand, 1833**(38)**.

On est plus près du cœur quand la poitrine est plate

(…)

Ta lampe ne brûla qu'en empruntant ma flamme.
Comme le grand convive aux noces de Cana,
Je changeais en vin pur la fadeur de ton âme,
Et ce fut un festin dont plus d'un s'étonna.

Tu n'as jamais été dans tes jours les plus rares
Qu'un banal instrument sous mon archet vainqueur
Et, comme l'air qui sonne au bois creux des guitares,
J'ai fait chanter mon rêve au vide de ton cœur.

LOUIS BOUILHET, *Festons et astragales*, 1859[39].

Fais-moi boire au creux de tes mains
Si l'eau n'en dissout point la neige.

TRISTAN L'HERMITE, *Le Promenoir des deux amants*, siglo XVIII[40].

L'âme pleine d'amour et de mélancolie,
Et couché sur des fleurs et sous des orangers,
J'ai montré ma blessure aux deux mers d'Italie
Et fait dire ton nom aux échos étrangers.

FRANÇOIS MAYNARD, *La Belle vieille*, siglo XVII[41].

Je t'aimais inconstant, qu'aurais-je fait fidèle?

JEAN RACINE, *Andrómaca*, acto IV, escena 5, 1667[42].

Ces jours, si longs pour moi, lui sembleront trop courts.

JEAN RACINE, *Berenice*, acto IV, escena 5, 1670[43].

Tous les jours se levaient clairs et sereins pour eux.

JEAN RACINE, *Fedra*, acto IV, escena 6, 1677[44].

J'arrive tout couvert encore de rosée
Que le vent du matin vient glacer à mon front.
Souffrez que ma fatigue à vos pieds reposée
Rêve des chers instants qui la délasseront.

Sur votre jeune sein laissez rouler ma tête,
Toute sonore encore de vos derniers baisers.
Laissez-la s'apaiser de la bonne tempête
Et que je dorme un peu puisque vous reposez.

PAUL VERLAINE, «Green», *Romances sans paroles*, 1874[45].

La foudre maintenant peut tomber sur ma tête;
Jamais ce souvenir ne peut m'être arraché!
Comme le matelot brisé par la tempête,
Je m'y tiens attaché.

Je ne veux rien savoir, ni si les champs fleurissent,
Ni ce qu'il adviendra du simulacre humain,
Ni si ces vastes cieux éclaireront demain
Ce qu'ils ensevelissent.

Je me dis seulement: «À cette heure, en ce lieu,
Un jour, je fus aimé, j'aimais, elle était belle».
J'enfouis ce trésor dans mon âme immortelle
Et je l'emporte à Dieu.

ALFRED DE MUSSET, «Souvenir», 1845.
Traducción de B. S. S[46].

—Car c'est vraiment, Seigneur, le meilleur témoignage
Que nous puissions donner de notre dignité
Que cet ardent sanglot qui roule d'âge en âge
Et vient mourir au bord de votre éternité.

CHARLES BAUDELAIRE, «Les Phares», *Les Fleurs du mal*, VI, 1861[47].

Ma colombe ma blanche rade
Ô marguerite exfoliée
Mon île au loin ma Désirade
Ma rose mon giroflier

GUILLAUME APOLLINAIRE, «Voie lactée, ô sœur lumineuse», *Alcools*, 1913[48].

Spectres du plein midi, revenants du grand jour,
Fantômes d'une vie où l'on parlait d'amour.

LOUIS ARAGON, «Vingt ans après», *Le Crêve-cœur*, 1941[49].

Femme, vous m'entendez: quand les âmes des morts
S'en reviendront chercher dans les vieilles paroisses,
Après tant de bataille et parmi tant d'angoisses,

Le peu qui restera de leurs malheureux corps…,

CHARLES PEGUY, «La résurrection des corps», *Eve*, 1913**(50)**.

Notas del Traductor

[1] Apodo de los miembros de la Academia francesa, que llevan un distintivo traje con bordados verdes. <<

[2] *Vers*, verso, y *vert*, verde, tienen la misma pronunciación en francés. <<

[3] Referencia al cardenal de Richelieu, fundador de la Academia francesa. <<

[4] «Tomar desprevenido». <<

[5] *Ver*, lombriz y *vert*, verde; *mer*, mar, y *mère*, madre, tienen la misma pronunciación en francés. <<

[6] *Fer*, hierro, *vert*, verde. <<